TIEMPO PARA AMAR

Robert A. Heinlein



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Tiempo para amar

Las vidas del Decano de las Familias Howard (Woodrow Wilson Smith, Ernest Gibbons, capitán Aaron Sheffield, Lazarus Long, "Happy" Daze, Su Alteza Serenísima Serafín el Joven, Sumo Sacerdote del Dios único en Todos los Aspectos y Árbitro del Cielo y de la Tierra, Reo Proscrito nº 83M2742, señor juez Lenox, cabo Ted Bronson, doctor Lafe Hubert, etcétera), Miembro Más Antiguo de la Especie Humana. El presente relato está basado principalmente en las Palabras del Decano, tal como fueron recogidas en diversos lugares y ocasiones, especialmente en la clínica de rejuvenecimiento Howard de Nueva Roma, en Secundus, el año 2053 después de la Gran Diáspora (año 4272 del calendario gregoriano de Puertotierra), y se complementa con cartas y declaraciones de testigos presenciales; todo ello condensado, ordenado, cotejado y ajustado, en aquellos apartados en los que ha sido posible, a las crónicas oficiales y las historias contemporáneas, de acuerdo con las instrucciones dadas por la Junta de la Fundación Howard y ejecutadas por el Ilustre Ex Archivero Howard. El resultado es de una excepcional importancia histórica, pese a que el Archivero decidiera no expurgar el texto de algunas inexactitudes flagrantes, argumentaciones particularistas y numerosas anécdotas escabrosas no aptas para menores.

Así se escribe la historia

La Gran Diáspora de la especie humana que se inició hace más de dos milenios, cuando fue revelada la puesta en marcha de la Expedición Libby-Sheffield, y que actualmente sigue su curso sin dar señales de disminuir su ritmo, hizo imposible la tarea de escribir la historia en forma de una única narración e incluso de varias narraciones interrelacionadas. Hacia el siglo XXI de Puertotierra (según el calendario gregoriano)[1], nuestra especie, disponiendo de espacio y materias primas, era capaz de doblar sus cifras tres veces por siglo.

La Travesía Estelar le dio ambas cosas. El *homo sapiens* se propagó por este sector de nuestra galaxia a una velocidad muchas veces superior a la de la luz, y creció como la espuma. Si el proceso de multiplicación se hubiera producido al pleno potencial del siglo XXI, la cifra alcanzada sería en la actualidad del orden de $7 \times 10^9 \times 2^{68}$, un número que está más allá de toda intuición y sólo al alcance de una computadora:

$7 \times 10^9 \times 2^{68} = 2.066.035.336.255.469.780.992.000.000.000$

Esto es, más de dos mil millones de billones de trillones de personas, o una masa proteínica veinticinco millones de veces mayor que la masa total del planeta natal de nuestra especie, Sol III, Puertotierra.

Algo descabellado.

Digamos que habría sido algo descabellado de no haber tenido lugar la Gran Diáspora, ya que nuestra especie, tras alcanzar la capacidad de duplicarse tres veces por siglo, había llegado a un punto crítico en el cual no podía siquiera duplicarse una vez: el punto que presenta toda curva de crecimiento acelerado a partir del cual una población dada puede mantener una precaria situación de crecimiento cero únicamente a base de exterminar con la debida rapidez a sus propios miembros, para no ahogarse en sus propios humores, cometer el suicidio de una guerra total o verse abocada a cualquier otra forma de última solución malthusiana.

Pero creemos que la especie humana no ha alcanzado esa monstruosa cota porque la cifra inicial de la Diáspora no debe calcularse en los siete mil millones, sino más bien en unos pocos millones al principio de la Era, además de una cantidad indeterminada, pequeña pero todavía

en aumento, de centenares de millones, que a lo largo de los dos últimos milenios han emigrado de la Tierra y sus colonias rumbo a lugares todavía más alejados.

(1) Las fechas que se citan a lo largo del texto corresponden al calendario gregoriano terreno, ya que no parece existir otro que sea conocido por todos los estudiosos de otros planetas, ni siquiera el Calendario Galáctico Tipo. Las traducciones deberían añadir las fechas locales correspondientes, a fin de hacerlo más comprensible.

Sin embargo, ya no estamos en situación de hacer conjeturas mínimamente razonables acerca de las dimensiones de la especie humana, ni disponemos tampoco de un recuento aproximado de los planetas colonizados. Todo lo que podemos decir es que debe de haber más de dos mil planetas colonizados por más de quinientos billones de personas. La verdadera cifra podría ser, en el primer caso, el doble de la indicada, y la especie humana, cuádruple. O más.

Así, incluso los aspectos demográficos de la historia resultan imposibles de dominar: los datos están ya superados en el momento de llegar a nosotros y son siempre incompletos, aunque resultan tan abundantes que mantienen ocupados a varios centenares de personas y computadoras de mi equipo en la tarea de intentar analizar, condensar, interpolar y extrapolarlos, valorándolos en relación con otro datos antes de registrarlos en las crónicas. Tratamos de mantener índices de probabilidad del noventa y cinco por ciento en los datos corregidos y del ochenta y cinco por ciento en fiabilidad mínima, pero nuestros resultados no pasan del ochenta y nueve por ciento y del ochenta y uno por ciento respectivamente, y cada vez son peores.

Los pioneros apenas si se molestan en enviar informes a la oficina central; se dedican a conservar la vida, hacer niños y eliminar todo aquello que se interponga en su camino. Lo normal es que una colonia llegue a la cuarta generación sin que esta oficina reciba el menor dato sobre ella.

(Y no puede ser de otro modo. Cualquier miembro de una colonia que se interese demasiado por las estadísticas acaba por convertirse a su vez, después de muerto, en una estadística. Yo me propongo emigrar; una vez lo haya hecho, poco va a importarme si esta oficina me pierde el rastro o no. He pasado casi un siglo atado a este trabajo fundamentalmente inútil, en parte gracias a las presiones que he recibido y en parte debido a mi disposición congénita hacia él -soy descendiente directo y reforzado del mismísimo Andrew Jackson Slipstik Libby-, pero también desciendo del Decano y creo haber heredado algo de su inquieto carácter. Quiero viajar según sople el viento y ver un poco de mundo, casarme otra vez, dejar una docena de descendientes en algún planeta nuevo y libre de aglomeraciones y, si me dejan, seguir mi camino. En cuanto tenga listas las memorias del Decano, que la Junta -como diría él- se meta este trabajo donde le quepa.)

¿Qué clase de hombre es nuestro Decano, antepasado mío y probablemente del lector, y desde luego el más viejo de los seres humanos vivientes, el único hombre que ha participado en el desarrollo completo de la crisis de la especie humana y su superación por medio de la Diáspora?

Porque la hemos superado: hoy, nuestra especie podría perder cincuenta planetas, cerrar filas y seguir adelante. Nuestras damas podrían cubrir las bajas en una sola generación. Aunque no parece probable que suceda tal cosa: hasta ahora no hemos encontrado una especie tan ruin, malvada y destructora como la nuestra. Una extrapolación no demasiado aventurada nos indica

que en un par de generaciones vamos a alcanzar la descabellada cifra comentada arriba y seguiremos nuestra marcha hacia otras galaxias antes de terminar de establecernos en ésta. Las noticias que nos llegan desde el exterior afirman que las naves de la colonia intergaláctica humana penetran ya en las Profundidades Infinitas. Estas noticias no han sido confirmadas, pero es bien sabido que las colonias más aguerridas suelen alejarse mucho de los centros más poblados. Esperemos.

La historia, en el mejor de los casos, es difícil de entender; en el peor, constituye una árida acumulación de relatos discutibles. Resulta mucho más viva vista a través de los ojos de testigos presenciales... y únicamente disponemos de un testigo cuya vida abarque los veintitrés siglos de la crisis y la Diáspora. De entre los seres humanos cuya edad ha podido comprobar esta oficina, el que le sigue en ancianidad rebasa apenas los mil años. La teoría de probabilidades permite afirmar que en algún lugar debe de haber una persona de edad equivalente a la mitad de la de esta última, pero es absolutamente seguro, matemática e históricamente, que hoy no se halla con vida ningún otro de los hombres que nacieron en el siglo XX.[2]

Alguien preguntará si el mencionado "Decano" es el miembro de las Familias Howard que nació en 1912 y también el Lazarus Long que guió a las Familias en su huida de Puertotierra en 2136, señalando que en la actualidad los antiguos sistemas de identificación (huellas dactilares, tramas retinianas, etc.), son fácilmente rebatibles, pero hay que responder que en su época tales sistemas eran los más adecuados y que la Fundación de las Familias Howard tenía buenos motivos para emplearlos con todo cuidado: el Woodrow Wilson Smith cuyo nacimiento quedó registrado en la Fundación en 1912 es sin asomo de duda el Lazarus Long de 2136 y 2210. Antes de que las mencionadas pruebas perdieran su fiabilidad, fueron complementadas por modernas técnicas totalmente insuperables, basadas primero en trasplantes clónicos y más tarde en la identificación absoluta de los cuadros genéticos. (Es interesante observar que, hace unos tres siglos, se presentó un impostor aquí en Secundus y le dimos un corazón nuevo tomado de un pseudocuerpo del Decano, obtenido por clonación. Le causó la muerte). El "Decano" cuyas palabras se citan presenta un cuadro genético idéntico a una muestra de tejido muscular tomada del individuo llamado "Lazarus Long" por el doctor Gordon Hardy en la nave estelar "Nuevas Fronteras" hacia 2145 y cultivado por él con el propósito de realizar investigaciones sobre la longevidad (*quod erat demonstrandum*).

Pero ¿qué clase de hombre es? Que cada cual juzgue a su modo. Al condensar estas memorias para reducirlas a una extensión manejable he suprimido muchas incidencias históricas verificables (los datos en bruto están en los archivos, a disposición de los estudiosos) pero he dejado intactas muchas mentiras e historias poco verosímiles, en la creencia de que las mentiras de un hombre nos dicen más verdades sobre él que lo que damos en llamar "verdad".

Evidentemente, el sujeto en cuestión es, según la escala de valores vigente en las sociedades civilizadas, un bárbaro y un bribón.

(2)Cuando las Familias Howard se apoderaron de la nave espacial "Nuevas Fronteras", sólo unos cuantos de sus miembros pasaban de los ciento veinticinco años- todos ellos, a excepción del Decano, están muertos y constan en las Crónicas las fechas y lugares de sus fallecimientos. (Dejo aparte el extraño y posiblemente mítico caso de muerte en vida de Mary Sperling la Mayor.) A pesar de su superioridad genética y de sus posibilidades de acceso a terapias de longevidad generalmente conocidas como "la alternativa de la inmortalidad", los últimos murieron en el año gregoriano de 3003. Las Crónicas parecen dar a entender que, en su mayoría, expiraron por negarse a que se les efectuaran nuevos rejuvenecimientos, lo cual sigue siendo hoy en día, en cuanto a frecuencia, la segunda causa de mortandad. (J. F. XLV.)

Pero no corresponde a los hijos juzgar a sus padres. Las cualidades que le hacen ser lo que es son precisamente las indispensables para sobrevivir en la selva o en el desierto. Que nadie eche en olvido sus deudas genéticas e históricas para con él.

Para comprender lo que le adeudamos desde el punto de vista histórico hay que proceder al repaso de cierta vieja historia, en parte mito y en parte realidad, tan comprobada como el asesinato de Julio César. La Fundación de las Familias Howard fue creada por disposición testamentaria de Ira Howard, fallecido en 1873. Su testamento ordenaba que los miembros de la Junta de dicha institución emplearan su dinero en "prolongar la vida humana". Éstos son hechos.

Cuenta la tradición que dispuso tal cosa indignado contra su propia suerte, ya que murió *de viejo* a los cuarenta y ocho años, soltero y sin descendencia. Ninguno de nosotros, por lo tanto, lleva sus genes: su inmortalidad reside sólo en un apellido y en la creencia de que la muerte puede ser impedida.

En aquel tiempo, morir a los cuarenta y ocho años no era nada raro. Créase o no, lo cierto es que en aquella época el promedio de vida no pasaba de ¡treinta y cinco años! Pero la causa habitual de la muerte no era la vejez: las enfermedades, la desnutrición, los accidentes, el asesinato, la guerra, el trance del parto y otras muchas violencias terminaban con numerosos humanos antes de que apuntara la vejez. La persona que superaba todos esos obstáculos podía tener la esperanza de morir de vieja entre los setenta y cinco y los cien años; muy pocas llegaban al centenar. Sin embargo cada grupo

de población tenía su pequeña minoría de "centenarios" . Existe una leyenda acerca de un tal Tom Parr que al parecer murió a la edad de ciento cincuenta y dos años, en 1635. Sea verdadera o no esta leyenda, los análisis de probabilidades de los datos demográficos de aquel tiempo indican que algunos individuos debieron de vivir un siglo y medio, aunque de todos modos eran pocos.

La Fundación dio comienzo a su actividad como una simple experiencia precientífica en el campo de la reproducción: se inducía a personas adultas procedentes de familias muy longevas a unirse con otras de análogas características, con el incentivo del dinero.

Resultó, cosa nada sorprendente, que lo aceptaban. El experimento dio resultado, lo cual tampoco es sorprendente, ya que desde muchos siglos antes de que naciera la ciencia de la genética, era aquél un procedimiento habitual entre los ganaderos: se trata de acentuar una característica y eliminar los desechos.

Los archivos de las Familias no informan del modo como fueron eliminados los primitivos sobrantes; únicamente reflejan el hecho de que los componentes de algunas ramas -raíz y descendientes- fueron eliminados a causa del imperdonable pecado de morir de viejos siendo demasiado jóvenes.

Cuando estalló la Crisis de 2136, los miembros de las Familias Howard tenían una esperanza de vida de más de ciento cincuenta años, y varios de ellos habían rebasado dicha cifra. La causa de la crisis resulta casi increíble, aunque todas las crónicas -las de las Familias y las ajenas- coinciden al respecto: las Familias Howard corrían un grave peligro frente a los otros humanos "porque vivían tanto". La razón de que ello así fuera es algo que corresponde dilucidar a los expertos en psicología de grupo, no a un cronista. Pero así era.

Las Familias Howard fueron apresadas y concentradas en un campo de prisioneros, estando a punto de ser torturadas hasta la muerte en una tentativa de arrancar de sus componentes el "secreto" de la "eterna juventud". Son hechos, no mitos.

Aquí hace su aparición la figura del Decano. Poniendo en ello una gran audacia, la capacidad de mentir de forma convincente y lo que a muchos nos parecería un gusto infantil por la aventura, el Decano organizó la fuga más grande de todos los tiempos, robando una nave muy primitiva y huyendo del sistema solar con las Familias Howard en peso (por aquel entonces, unos cien mil hombres, mujeres y niños). Si el lector lo cree imposible (demasiada gente para una sola nave), tenga en cuenta que las primeras naves espaciales eran muchísimo mayores que las que usamos actualmente. Eran planetoides artificiales autoabastecidos, construidos para permanecer durante muchos años en el espacio desplazándose a velocidades inferiores a la de la luz: tenían por fuerza que ser voluminosos.

El Decano no fue el único héroe de aquel éxodo, pero en todos los relatos que nos han llegado, distintos y en ocasiones mutuamente contradictorios, aparece como el motor de la empresa. Fue nuestro Moisés, el hombre que liberó a nuestro pueblo de la esclavitud.

Lo devolvió al hogar unos tres cuartos de siglo más tarde, en el año 2210, mas no al yugo, ya que dicho año, año Uno del Calendario Galáctico Tipo marca el inicio de la Gran Diáspora... provocada por la extrema presión demográfica que sufría Puertotierra y posibilitada por el surgimiento de dos nuevos factores: la Paraexpedición Libby-Sheffield, como se la conocía en aquellos días (no exactamente una "expedición" o "travesía", sino un medio de manipular espacios n-dimensionales) y las primeras y más simples técnicas eficaces de incremento de la longevidad (sangre nueva cultivada *in vitro*).

Las Familias Howard desencadenaron el proceso por el simple hecho de emprender la huida: los humanos de vida más corta que quedaban en la Tierra, convencidos todavía de que las familias longevas poseían un "secreto", se lanzaron a una vasta labor de investigación sistemática que, como sucede en tales casos, halló una espléndida e inesperada recompensa, no en el inexistente "secreto" sino en algo casi tan valioso como ello: una terapia, que sería después repertorio de terapias, para retrasar la vejez y prolongar el vigor, la virilidad y la fertilidad.

La Gran Diáspora era ya a la vez una necesidad y una posibilidad.

La gran cualidad del Decano, aparte su habilidad para mentir de forma convincente y extemporánea, parece haber consistido desde siempre en el raro don de saber extrapolar las posibilidades de una determinada situación y deformarla acto seguido para adecuarla a sus objetivos. Él lo explica diciendo que "hay que saber oler de dónde sopla el viento". Los especialistas en psicometría que han estudiado su caso afirman que posee una capacidad psiónica extremadamente alta, que se manifiesta en forma de "presagios" y "suerte". El Decano les tiene a ellos en un concepto mucho menos favorable. Como cronista, me abstengo de opinar.

El Decano no tardó en comprender que la bendición de la larga juventud, pese a estar prometida a todos, se reservaría de hecho a los poderosos y a sus protegidos. Los miles de millones de siervos no tendrían la posibilidad de vivir más tiempo del normal: no había espacio para todos ellos, a menos que emigrasen a las estrellas, en cuyo caso habría espacio bastante para que cada humano viviera todo el tiempo de que fuera capaz. No está muy claro cómo explotó tal posibilidad el Decano: parece ser que utilizó distintos nombres en varios frentes. Sus empresas clave fueron puestas en manos de la Fundación y liquidadas inmediatamente para

trasladar a las Familias Howard y la Fundación a Secundus, reservando "las mejores propiedades inmobiliarias" para sus familiares y descendientes. De ellos, el sesenta y ocho por ciento de los que vivían entonces aceptó el desafío de la nueva frontera.

Tenemos para con él una deuda genética directa e indirecta. La deuda indirecta reside en el hecho de que la migración constituye un mecanismo de depuración, una selección darwiniana acentuada, por la cual los linajes superiores alcanzan las estrellas en tanto que la escoria se queda en el lugar de origen y muere. Ello es cierto incluso para aquellos que son trasladados por la fuerza-como sucedió en los siglos XXIV y XXV-, con la diferencia de que la selección tiene lugar en el planeta de destino. Bajo la inclemencia del nuevo medio, los débiles y disminuidos mueren, sobreviviendo en cambio los más fuertes. Incluso quienes emigran por propia voluntad deben superar esta drástica segunda selección. La Familias Howard han pasado al menos tres veces por tal proceso.

Nuestra deuda genética directa con el Decano es todavía más fácil de demostrar. En parte, es pura cuestión de aritmética. Si el lector habita en un lugar que no sea Puertotierra -es lo más probable, habida cuenta del estado actual de "los verdes campos de la Tierra"- y cuenta al menos con un miembro de las Familias Howard entre sus antepasados, como es el caso prácticamente con todo el mundo, lo más probable es que descienda del Decano.

De acuerdo con la genealogía oficial de las Familias, la probabilidad de que ello ocurra es del 87,3 por 100. Por el hecho de descender de un miembro de las Familias Howard del siglo XX, una persona desciende asimismo de otros muchos de sus miembros, pero yo me refiero exclusivamente a Woodrow Wilson Smith el Decano. Hacia el año de Crisis 2136, aproximadamente la décima parte de la generación más joven de las Familias Howard descendía "legítimamente" del Decano, lo cual significa que cada uno de los nacimientos que suponían vínculo de descendencia era registrado como tal en las crónicas de las Familias, y la paternidad era confirmada por medio de todas las pruebas que se conocían en aquel entonces. (Cuando se puso en marcha el experimento de reproducción no se conocía siquiera la existencia de los grupos sanguíneos, pero el proceso de selección hacía que para cualquier mujer resultara mucho más beneficioso no buscar compañías suplementarias, al menos fuera de su familia).

En la actualidad, la probabilidad acumulada es, como he dicho del 87,3 por 100, en el caso de que el lector cuente con algún Howard entre sus antepasados; pero si se trata de un antepasado próximo, la probabilidad aumenta hasta prácticamente el cien por cien.

Sin embargo, como estadístico y apoyándome en los análisis que las computadoras han efectuado con grupos sanguíneos, tipos capilares, colores de ojos, número de dientes, tipos enzimáticos y otras características pertinentes para el análisis genético, tengo motivos muy fundamentados para creer que el Decano tiene muchos descendientes que no constan en las genealogías, tanto dentro como fuera de las Familias.

Hablando en plata: es un cabrón desvergonzado que ha rociado de esperma toda esta parte de la Galaxia.

Piénsese en los años del éxodo, después del robo del "Nuevas Fronteras": no contrajo matrimonio ni una sola vez en todo aquel tiempo, y los documentos de la nave y las historias basadas en recuerdos de aquellos días dan a entender que era un auténtico misógino.

Es posible. Sin embargo, el análisis de los registros bioestadísticos (más que el de las genealogías) parece indicar que no era tan esquivo. El computador que hizo el análisis llegó a proponerme una apuesta a que los retoños engendrados por el Decano en aquella

época pasaban del centenar. (No acepté: es un computador que me gana al ajedrez aun dándome una torre de ventaja.)

No me sorprende en absoluto, considerando el interés casi patológico que las Familias sentían entonces por el objetivo de la longevidad. El varón más anciano, suponiendo que conservase la virilidad -y evidentemente, el Decano la conservaba-, debería de verse expuesto a incesantes tentaciones por parte de hembras ansiosas de tener una descendencia dotada de su reconocida superioridad. "Superioridad" según el único criterio que respetaban las Familias. Cabe deducir que no daban demasiada importancia al vínculo conyugal; el testamento de Ira Howard hacía que todos los matrimonios de las Familias Howard fueran matrimonios de conveniencia y que raramente durasen toda la vida. Lo único sorprendente es que tan pocas hembras fértiles lograran seducirle, cuando sin lugar a dudas eran miles las que lo deseaban. Pero el Decano era un hombre de temperamento firme.

Puede que así fuera, pero todavía hoy, cuando veo un hombre de cabello rojizo, nariz grande, aire desenvuelto y atractivo y un asomo de agresividad en los ojos verdegrises, me pregunto cuánto tiempo hará que el Decano ha pasado por esta parte de la galaxia. Si el extraño en cuestión se me acerca, me protejo la cartera con la mano. Si me dirige la palabra, hago el propósito de no dejarme arrancar promesas ni sablazos.

Mas ¿cómo logró el Decano, que al fin y al cabo no era más que un miembro de la tercera generación del experimento de reproducción de Ira Howard, mantenerse joven durante sus primeros trescientos años sin someterse a rejuvenecimiento artificial?

Es un caso de mutación, por supuesto -lo que equivale a decir que no sabemos de qué se trata-. Sin embargo, a lo largo de sus varias operaciones de rejuvenecimiento hemos averiguado algunas cosas acerca de su constitución. Posee un corazón anormalmente grande que late muy despacio. Tiene solamente veintiocho dientes sin caries, y parece inmune a las infecciones. No ha sufrido ninguna intervención quirúrgica, salvo para curarse algunas heridas y para rejuvenecerse. Sus reflejos son extremadamente rápidos pero aparentan ser razonados, con lo cual se abre un interrogante acerca de si "reflejos" es el término más adecuado. Nunca le ha hecho falta corregir su visión de lejos ni de cerca; su espectro de percepción auditiva es anormalmente alto y anormalmente bajo, además de ser extraordinaria su agudeza a todo lo largo de la gama. Su visión del color incluye el añil. Nació sin prepucio, sin apéndice vermicular y, al parecer, sin conciencia.

Me alegro de que sea antepasado mío.

r c h i v e r o

J e f e

d e

l a

F u n d a c i ó n

H o w a r d

Prefacio a la edición revisada

Librodot

En esta edición popular resumida, el apéndice técnico se publica por separado con el fin de permitir la inclusión del relato de las acciones del Decano desde su marcha de Secundus hasta su desaparición. A instancias del editor de las primitivas memorias se incluye un relato apócrifo y obviamente inverosímil de los últimos avatares de su vida, que no debe tomarse en serio.

Nota

Mi bella y competente sucesora en el cargo no sabe lo que se dice: cuando se trata del Decano, lo más fantástico es siempre lo más probable.

JUSTIN FOOTE XLV

Ex Archivero Jefe

Preludio

1

Al abrirse la puerta de la habitación, el hombre que estaba sentado mirando fija y melancólicamente por la ventana se volvió en redondo.

-¿Quién diablos es usted?

-Soy Ira Weatheral, Ancestro. De la Familia Johnson, presidente en funciones de las Familias.

-Ya era hora. No me llame "Ancestro". Y ¿por qué tan sólo el presidente en funciones? -rezongó el hombre del sillón-. ¿Acaso está tan ocupado el presidente que no puede venir a verme? ¿No merezco siquiera eso?

No hizo ademán de levantarse ni invitó al visitante a que se sentara.

-Perdón, señoría: soy jefe ejecutivo de las Familias, pero desde hace algún tiempo, varios siglos, lo habitual es que el jefe ejecutivo ostente el título de presidente en funciones... para tener en cuenta la posibilidad de que usted aparezca un buen día y tome el mando.

-¿De verdad? Es ridículo. Desde hace mil años no presido una reunión de la Junta. Y lo de "señoría" suena tan mal como lo de "Ancestro". Llámeme por mi nombre. Hace dos días que le mandé llamar. ¿Acaso ha venido por la ruta panorámica? ¿O es que han abolido la norma que me concede la atención del presidente?

-Desconozco esa norma, Decano; probablemente fue abolida mucho antes de que yo llegara al uso de razón. Pero constituye para mí un honor, un deber y un placer servirle en todo momento. Me sentiré sumamente complacido y honrado llamándole por su nombre si tiene usted a bien decirme cuál es éste ahora. En cuanto a mi tardanza, treinta y siete horas desde que recibí su citación, debo aclarar que he dedicado este tiempo al estudio del inglés antiguo, pues se me había dicho que usted no respondía en ninguna otra lengua.

El Decano parecía un tanto conturbado.

-Es cierto que no me desenvuelvo demasiado bien con la jerga que se habla por aquí; últimamente, la memoria me juega malas pasadas. Creo haberme sentido incómodo a la hora de responder incluso cuando entendía lo que me preguntaban. ¿El nombre? No recuerdo con qué nombre me registré al instalarme aquí. No sé... De joven me llamaban Woodrow Wilson Smith, pero es un nombre que no utilicé demasiado. El que he llevado más a menudo es Lazarus Long. Llámeme Lazarus.

-Gracias, Lazarus.

-¿Gracias por qué? Déjese de formalidades, ya no es usted un niño. De otro modo no sería presidente. ¿Qué edad tiene usted? ¿De veras se ha tomado la molestia de aprender mi lengua materna tan sólo para hacerme una visita? ¿En menos de dos días y partiendo de cero? A mí, estudiar por encima una lengua nueva me cuesta una semana, y pulir el acento, otra.

-Tengo trescientos setenta y dos años tipo, Lazarus, algo menos de cuatrocientos años terrestres. Aprendí el inglés clásico cuando tomé posesión del cargo, para poder leer en los originales las viejas crónicas de las Familias. Lo que hice después de recibir su citación fue

aprender a hablarlo y entenderlo en la modalidad americana del siglo veinte, la que usted llama su "lengua materna", porque según el computador analítico es la que usted emplea.

-Muy lista, esa maquínita. Es posible que yo hable actualmente como lo hacía cuando niño; como suelen decir es el único idioma que el cerebro no olvida. Si es así, debo de hablar con un acento campesino áspero como una sierra oxidada, mientras que usted lo hace arrastrando las palabras como un tejano, con barniz de inglés de Oxford. Es curioso. Supongo que la máquina elige dentro de su memoria la versión más cercana a la muestra que le presentan.

-Creo que sí, Lazarus, aunque no estoy muy al corriente de las técnicas que se utilizan para eso. ¿Le ocasiona dificultades mi acento?

-No, ninguna en absoluto. Su acento está bien: se parece más al inglés culto hablado por la generalidad de los americanos de aquel tiempo que el que yo adquirí de niño. De todos modos, el acento no es problema; puedo entender desde el australiano hasta el inglés de Yorkshire. Ha sido muy amable al tomarse tanta molestia. Conmovedor.

-Ha sido un placer. Poseo cierta facilidad para los idiomas y no he tropezado con muchas dificultades. Intento comunicarme con cada uno de los miembros de la Junta en su lengua nativa, y ya estoy acostumbrado a estudiar una nueva en poco tiempo.

-¿De veras? Aun así ha sido un gesto muy amable. Eso de no tener a nadie con quien hablar me hacía sentirme como un animal enjaulado. Esos imbéciles... -Señaló con un movimiento de cabeza a dos técnicos de rejuvenecimiento que llevaban traje aislante y escafandras, y se mantenían tan alejados de la conversación como se lo permitían las dimensiones de la habitación- no saben inglés; no puedo hablar con ellos. Bueno, el más alto lo entiende algo, pero no tanto como para seguir una conversación corriente.

Lazarus silbó e hizo una seña al más alto.

-¡Eh, tú! Un sillón para el presidente. ¡Vamos, pronto! -dijo, subrayando con gestos sus palabras.

El aludido accionó los mandos de un sillón cercano que empezó a desplazarse, giró sobre sí mismo y se detuvo a prudencial distancia de Lazarus. Ira Weatheral dio las gracias -a Lazarus, no al técnico- y se sentó, suspirando con alivio mientras el sillón se amoldaba a su cuerpo.

-¿Está usted cómodo? -preguntó Lazarus.

-¿Quiere comer o beber algo, o fumar? Tendrá que servirme de intérprete.

-No quiero nada, gracias, pero puedo pedir algo para usted, si lo desea.

-Ahora no. Me tienen cebado como un cerdo; una vez me hicieron comer a la fuerza, los condenados. Bien, ahora que estamos cómodos, sigamos con la charla. ¿Qué diablos estoy haciendo en esta cárcel? -aulló de repente.

Weatheral respondió con tranquilidad:

-Nada de cárcel, Lazarus. Esta es la suite para personas muy importantes de la clínica de rejuvenecimiento Howard, de Nueva Roma.

-He dicho cárcel; sólo le faltan las cucarachas. ¿Ve esa ventana? No podría forzarla ni con una barra de hierro. Y esa puerta se abre al sonido de cualquier voz menos la mía. Cuando voy al retrete he de llevar pegado a mis espaldas a uno de esos imbéciles: por lo visto temen que me caiga por el agujero de la taza. Y ni siquiera sé si esos enfermeros son hombres o mujeres, aunque en ningún caso me gustarían. No necesito que nadie me lleve a orinar, me violenta...

-Ya veré qué puedo hacer, Lazarus, pero es comprensible que los técnicos estén nerviosos: es muy fácil hacerse daño en un cuarto de aseo, y todos ellos saben que si usted sufre un accidente, sea por lo que fuere, el que esté de servicio sufrirá un castigo especialmente severo. Son voluntarios y cobran sustanciosas primas, pero están nerviosos.

-Es lo que pensaba. Una cárcel. Si esto es una suite de rejuvenecimiento... ¿Dónde está el botón de suicidio?

-La muerte es el privilegio de todo hombre, Lazarus.

-¡Si es lo que yo decía! Ese botón debería estar ahí: se ve bien claro que lo han desmontado. Así que estoy en la cárcel, sin previo juicio y desposeído de mi derecho más elemental. ¿Por qué? Estoy enfurecido. ¿Se da cuenta del peligro que corre usted? No intente jugar con un perro viejo: podría recibir algún mordisco. Aunque parezca tan viejo, podría romperle los brazos antes de que esos pasmados consiguieran intervenir.

-Puede rompérmelos, si eso le place.

-No, no vale la pena -respondió Lazarus Long, algo sorprendido-. Le harían un remiendo y quedaría como nuevo al cabo de media hora.

De pronto, pareció sonreír.

-Aunque igual podría partirle el cuello y aplastarle el cráneo. Eso sí que no lo arreglan los rejuvenecedores.

-No dudo de que podría hacerlo -dijo con calma-. Pero me parece que usted no mataría a ninguno de sus descendientes sin darle oportunidad de hacer un alegato en su propia defensa. Usted es mi antepasado más lejano, señor, por siete distintas líneas.

Lazarus, mortificado, se mordió el labio.

-Hijo mío, son tantos mis descendientes que la consanguinidad ya no importa. Pero tiene razón en lo esencial: en toda mi vida, nunca he matado a un hombre sin necesidad. Al menos eso creo -sonrió con tristeza-. Pero si no me devuelven el botón de suicidio podría hacer una excepción con usted.

-Haré que sea repuesto en seguida si usted lo manda, Lazarus; pero... ¿"Diez Palabras"? ¿Puedo?

-De acuerdo -respondió Lazarus, displicente-. "Diez Palabras". Ni una más.

Weatheral vaciló un instante y, contando con los dedos, dijo:

-He-aprendido-su-idioma-para-explicarle-por-qué-le-necesitamos.

-Diez son, en efecto, según la Regla -admitió Lazarus-. Pero en realidad me ha dicho que necesitaría cincuenta, o quinientas, o cinco mil.

-O ninguna -rectificó Weatheral-. Puede recuperar su botón y negarse a escuchar mis explicaciones. Se lo he prometido.

-¡Vaya! -exclamó Lazarus-. Ira, viejo bribón, me ha convencido. Usted es de los míos: ha comprendido que yo no me suicidaría sin oír lo que trae en la cabeza, máxime sabiendo que se ha tomado la molestia de aprender una lengua muerta sólo para poder celebrar esta entrevista. Muy bien, hable. Puede empezar por decirme qué hago yo aquí. Sé perfectamente que no he pedido el rejuvenecimiento, pero cuando me desperté aquí el tratamiento ya estaba medio hecho. Por eso pedí a voces que viniera el presidente. Dígame: ¿por qué estoy aquí?

-¿No podemos empezar desde más atrás? Dígame usted a mí qué hacía en aquel hotelucho del peor barrio del casco de la ciudad.

-¿Qué hacía? Estaba muriéndome. Tranquila y decorosamente como un jamelgo agotado. Es decir, antes de que me atraparan su esbirros. No hay mejor lugar que un hotel de mala muerte para un hombre que no quiera que le molesten mientras se las tiene con ella. Siempre que pague su catre por adelantado, uno tiene derecho a que le dejen en paz. Pues no: me robaron lo poco que tenía, hasta los zapatos. Pero ya lo esperaba; yo habría hecho lo mismo en parejas circunstancias. Y la gente que vive en esa clase de hoteles casi siempre es amable con quien está en peor situación. Cualquiera de esas personas sería incapaz de negarle un vaso de agua a un enfermo. Eso era lo que yo buscaba; eso, y que me dejaran solo para cerrar el balance a mi manera. Hasta que se presentaron aquellos entrometidos. ¿Cómo pudieron dar conmigo?

-Lo raro no es que le hayamos encontrado, Lazarus, sino lo mucho que las FDS..., sí, la policía..., mi policía, tardó en identificarle, localizarle y cogerle. Eso le costó el cargo a un jefe de sección: no tolero la incompetencia.

-Así que lo degradó. En fin, es asunto suyo. Pero ¿por qué? Llegué a Secundus viniendo de Lejos, y creí no haber dejado rastro alguno. Las cosas han cambiado desde la última vez que tuve trato con las Familias... cuando pasé mi último rejuvenecimiento, en Supremo. Por cierto, ¿todavía intercambian información con Supremo las Familias?

-No Lazarus, no les damos ni los buenos días. Incluso hay una poderosa minoría de miembros de la Junta que es partidaria de destruir Supremo, en vez de limitarse a mantener el embargo.

-Desde luego, si cayera una supernova en Supremo mi luto no iba a durar más de medio minuto, pero yo tenía mis motivos para que me rejuvenecieran allí, aunque tuve que pagar mucho por unos injertos especiales. Pero ésa es otra historia. Dígame, hijo mío, ¿cómo ha logrado encontrarme?

-Durante los últimos setenta años, señor, ha estado en vigor la consigna general de buscarle, no sólo aquí, sino en cualquier planeta donde las Familias tuvieran representación. En

cuanto al cómo. ¿recuerda aquella vacunación obligatoria contra la fiebre de Reiber, en Inmigración?

-Sí. Me molestó, pero no creía que valiese la pena protestar demasiado. Ya había decidido irme a aquel hotel. Mire, Ira: desde hacía tiempo sabía que iba a morir y lo aceptaba, me sentía dispuesto. Pero no quise hacerlo solo, ahí fuera, en el espacio. Necesitaba voces humanas cerca de mí, y olor a sudor. Pueril, sí. Pero ya estaba muy mal cuando llegué.

-No había tal fiebre de Reiber, Lazarus. Cuando alguien visita Secundus y todas las pruebas de identificación dan resultado negativo, recurren a la "fiebre de Reiber" o a cualquier otra enfermedad epidémica como pretexto para obtener una muestra de sus tejidos. En realidad, le inyectan una simple solución salina estéril. Nunca debieron permitir que abandonara el aeropuerto espacial sin identificarle previamente por su cuadro genético.

-¿Y qué hacen cuando llegan diez mil inmigrantes en una nave?

-Los amontonamos en un barracón hasta tenerlos identificados a todos. Pero hoy en día eso no ocurre muy a menudo, con el lamentable estado en que se halla Puertotierra. En cambio, Lazarus, usted se presentó solo en un yate particular de quince o veinte millones de coronas...

-Treinta, más bien.

-... de treinta millones de coronas. ¿Cuántas personas de la galaxia pueden hacer tal cosa? Y de las que pueden permitírselo, ¿cuántos preferirían viajar en solitario? Semejante cuadro debería de haber disparado todas las señales de alarma de sus cerebros. En lugar de ello, le tomaron la muestra de tejidos, se tragaron su declaración de que iba a permanecer en el Romulus Hilton y le soltaron. Antes de que anocheciera tenía usted otra identidad, naturalmente.

-Naturalmente -corroboró Lazarus-. Pero sus polis han hecho que un buen juego de documentos de identidad falsos cueste un dineral. Me los habría hecho yo mismo, pero estaba demasiado cansado para tomarme esa molestia, aunque habría sido más seguro. ¿Fue así cómo me cazaron? ¿Se lo hizo cantar al que me vendió el papel?

-No, no dimos con él. Por cierto, podría usted decirme quién es, para que...

-Podría y no podría -le cortó Lazarus con sequedad-. El trato incluía la condición de no delatarle. Que viole o no sus leyes es algo que no me concierne. Además, puede que le necesite otra vez. ¿Quién sabe? Desde luego no faltará quien le necesite, alguien tan deseoso de dar el esquinazo a sus fisgones como lo estaba yo. No dudo de la rectitud de sus intenciones, Ira, pero no me gustan las colectividades en las que hay que poseer documentos de identidad. Hace siglos me propuse mantenerme alejado de cualquier lugar lo bastante poblado como para hacerlos necesarios y en general he seguido esta norma. Esta vez no debí romperla, pero pensé que no iba a necesitar papeles durante mucho tiempo. Maldita sea, dos días más y habría muerto. Vamos, me parece. ¿Cómo me cogieron?

-De la forma más difícil. En cuanto supe que usted estaba en el planeta tomé cartas en el asunto; aquel jefe de sección no fue el único que lo pasó mal. Pero desapareció usted de un modo tan simple que desconcertó a todo el cuerpo. Mi jefe de seguridad emitió la teoría de que le habían asesinado y destruido su cadáver. Le dije que si resultaba ser así podía ir pensando en emigrar del planeta.

-¡Al grano, al grano! Quiero saber en qué fallé.

-Yo no hablaría de fallo, Lazarus, ya que se las arregló para mantenerse oculto mientras todos los policías y confidentes del globo andaban en su busca. Pero yo estaba convencido de que no le habían asesinado. En Secundus hay asesinatos, claro, especialmente aquí en Nueva Roma, pero casi siempre son del tipo marido-mata-a-mujer, lo corriente. Y no son muy frecuentes desde que dicté la norma de adecuar el castigo a la gravedad del crimen y celebrar las ejecuciones en el Coliseo. En cualquier caso, estaba seguro de que un hombre que había sobrevivido más de dos milenios no se dejaría matar en cualquier callejón. Así que partí de la base de que usted estaba vivo y me dije: si yo fuera Lazarus Long, ¿qué haría para esconderme? Le di muchas vueltas al problema y finalmente decidí reconstruir sus pasos, o al menos la parte que conocíamos de ellos. Por cierto...

El presidente en funciones echó hacia atrás la capa que le cubría los hombros, sacó un voluminoso sobre sellado y se lo tendió a Lazarus.

-Esto es lo que dejó en una caja de seguridad del Trust Harriman.

Lazarus lo tomó.

-Lo han abierto.

-He sido yo. Reconozco que me he precipitado, pero al fin y a cabo va dirigido a mí. Lo he leído, pero nadie más lo ha visto. Y ahora voy a olvidarme de él. Déjeme decirle tan sólo que no me sorprende que dejara toda su fortuna a las Familias, pero que me emociona que destinara su yate al servicio particular del presidente. Es una preciosidad y se me hace la boca agua cuando pienso en él, Lazarus, pero no tengo el menor deseo de heredarlo tan pronto. Pero no quiero perder el hilo: iba a explicarle para qué le necesitamos.

-No tengo ninguna prisa, Ira. ¿Y usted?

-¿Yo? Para mí no hay nada tan importante en este momento como hablar con el Decano, señor. Además, mi equipo gobierna mejor este planeta si no lo vigilo de cerca.

Lazarus hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

-Así hacía yo las cosas cuando me veía en semejantes compromisos: cargaba con todo el peso de la responsabilidad y se lo pasaba a otras personas en cuanto las tenía a mi lado. ¿Le causan mucho problemas los demócratas?

-¿Demócratas? Ah, se refiere usted a los "igualitarios". Creí que hablaba de la Iglesia del Santo Demócrata. No nos metemos con los de esa Iglesia: no se inmiscuyen en nuestros asuntos. Sí, claro existe un movimiento igualitario que reaparece cada cierto número de años, bajo distintos nombres: Partido de la Libertad, Liga de los Oprimidos... Los nombres son lo de menos: todo lo que pretenden es expulsar a los truhanes que ostentan el poder, empezando por mí, y colocar a los suyos. Nunca les molestamos: todo lo que hacemos es infiltrarnos en sus filas y un buen día, por la noche, hacemos una redada con los líderes y sus familias y a la mañana siguiente los facturamos como emigrantes no voluntarios. Los deportamos. "Vivir en Secundus no es un derecho. sino un privilegio".

-Esta frase es mía.

-Por supuesto. Cito al pie de la letra palabras de la escritura por la que traspasaba usted Secundus a la Fundación. Decía que en este planeta no debería haber otro gobierno que las normas que cada presidente juzgara necesarias para mantener el orden. Hemos respetado el acuerdo, señor: soy el único jefe hasta que la Junta considere llegado el momento de sustituirme.

-Es lo estipulado -asintió Lazarus-. Pero... mire, hijo, ya sé que es meterme donde no me llaman, pero permítame expresar mis dudas acerca de que sea una medida muy sabia la de deshacerse de los perturbadores. Cada pan necesita su pizca de levadura. La sociedad que se desembaraza de todos sus elementos perturbadores acaba rodando por la pendiente. Se aborrega. Se convierte tarde o temprano en un grupo de esclavos constructores de pirámides, en el mejor de los casos, y, en el peor, en una degenerada pandilla de salvajes. Es muy posible que esté usted eliminando la minoría creativa, el cero coma uno por ciento que viene a ser su levadura.

-Me temo que así es, Decano, y ésa es una de las razones por las que le necesitamos...

-Es su problema, no el mío.

-¿Va usted a escucharme, señor, o no? Nadie dice que sea su problema, aunque de acuerdo con la tradición lo es si usted quiere tomarlo como tal. Pero su consejo...

-Yo no doy consejos; nadie los sigue.

-Lo siento. Sólo busco la ocasión de exponer mis problemas a una persona más experimentada que yo. No hemos "eliminado" a esos elementos perturbadores, en el viejo sentido de la palabra: siguen con vida, al menos en su mayoría. Enviar a un hombre al ostracismo de otro planeta es más satisfactorio que matarle por el motivo técnico de un delito de traición; nos libra de su presencia sin causar excesivos furores entre sus allegados. Y no significa desperdiciar una vida, o muchas vidas, mejor, ya que las empleamos en el desarrollo de un experimento: enviamos a todos los deportados a un mismo planeta, a Felicidad. ¿Lo conoce?

-No por ese nombre.

-Creo que sólo por accidente habría ido a parar allí, ya que lo hemos tenido al margen de los registros oficiales al objeto de utilizarlo como reserva natural. El planeta no es tan acogedor como sugiere su nombre, pero es un buen planeta, más o menos equivalente a lo que era Puertotierra..., es decir, la Tierra..., antes de echarse a perder, y muy parecido a lo que era Secundus cuando nos establecimos aquí. Es un lugar lo bastante duro para poner a prueba el vigor de un hombre y eliminar a los débiles, y lo bastante benigno para que un hombre forme una familia, si tiene las agallas necesarias.

-No debe de estar mal, tal como lo presenta. Quizá deberían aprovecharlo ustedes. ¿Hay nativos?

-Los miembros de la especie protodominante son verdaderos salvajes... si es que hay alguno con vida. No lo sabemos, no tenemos siquiera un puesto de enlace en el planeta. Pero no es una raza bastante inteligente para ser civilizada ni bastante dócil para ser esclavizada. Quizás habría evolucionado hasta arreglárselas por sí misma, pero tuvo la desgracia de encontrarse con el homo sapiens antes de estar preparada para ello. Pero ése no es el tema del experimento: los deportados no dudan ni por un momento en que saldrán victoriosos de la

confrontación, porque no les enviamos allí con las manos vacías. Pero esa gente se cree capaz de crear una forma de forma de gobierno ideal basada en la voluntad de la mayoría, Lazarus.

Lazarus emitió un gruñido.

-Quizá sí puedan hacerlo, señor -insistió Weatheral-. No estoy seguro de que no puedan. Ese es el objeto del experimento.

-¿Está usted loco, hijo mío? No, no puede estarlo; de otro modo la Junta no le mantendría en el cargo. ¿Qué edad me dijo que tiene?

Weatheral respondió sin alterarse:

-Soy diecinueve siglos más joven que usted, señor; no pienso discutir ninguna de sus opiniones. Pero, según mi particular experiencia, nada me hace pensar que este experimento no haya de dar resultado; no he visto ningún gobierno de tipo democrático, ni siquiera en las muchas ocasiones en que he estado fuera de este planeta. Sí he leído cosas acerca de ellos. Por lo que he leído, no se ha dado un solo caso de gobierno democrático formado a partir de una masa de población cuyos componentes creyeran todos ellos en la teoría de la democracia. Por lo tanto, no sé si el proyecto funcionará o no.

-Ira, estaba a punto de restregarle por la cara mi experiencia personal con tal tipo de gobiernos -Lazarus parecía desalentado-; pero tiene usted razón: se trata de una situación completamente nueva... y no sabemos qué puede ocurrir. Desde luego, tengo en este terreno algunas opiniones muy arraigadas, pero mil argumentaciones no valen lo que un punto de vista obtenido profundizando directamente en una situación. Ya lo demostró Galileo; puede ser la única certeza de que disponemos. Mire: todas las llamadas democracias que he conocido o de las que he oído hablar fueron impuestas desde arriba o bien surgieron lentamente de una plebe que descubría que podía proporcionarse por medio del voto el anhelado pan y circo... durante un tiempo, hasta que el sistema se hundía. Lamento no poder ver el final de su experimento, pero sospecho que va a ser la tiranía más cruel que quepa imaginar; el principio de la mayoría otorga al fuerte la posibilidad de atropellar impunemente al prójimo. Pero no sé... ¿Usted qué opina?

-Dicen las computadoras que...

-No haga caso de lo que digan las computadoras, Ira. La máquina más sofisticada que pueda crear la mente del hombre tiene en su interior las mismas limitaciones que ésta. Quien piense lo contrario muestra ignorar la segunda ley de la termodinámica. Le he pedido su opinión.

-No puedo formarme una opinión sobre el tema, señor; me faltan datos.

-Se está usted haciendo viejo. Para llegar a alguna parte, e incluso para vivir mucho tiempo, hijo mío, un hombre tiene que hacer conjeturas, y acertar, una y otra vez, sin disponer de todos los datos necesarios para que su respuesta sea la más lógica. Me estaba contando cómo me encontró.

-Sí, señor. El documento, su testamento, daba claramente a entender que usted esperaba morir pronto. Entonces -Weatheral hizo una pausa y sonrió con cierta ironía-tuve que "hacer una conjetura y acertar sin disponer de todos los datos". Nos costó dos días localizar la tienda donde compró ropa con la que disimular su verdadera condición y, me imagino, adaptarse a la

forma de vestir de aquí. Sospecho que inmediatamente después compró los documentos falsificados.

Hizo una nueva pausa; Lazarus no hizo ningún comentario y Weatheral prosiguió:

-Nos costó casi otro día encontrar la tienda en la que rebajó todavía más su aspecto, casi hasta lo miserable. Seguramente sucedió, porque el dueño le recordaba: pagó usted al contado y además compró prendas de segunda mano que ni cuando nuevas eran de calidad comparable a las que ya llevaba. Sí, claro, fingió tragarse su cuento de un "baile de disfraces" y cerró el pico; aquella tienda es la tapadera de un comercio de objetos robados.

-Naturalmente -asintió Lazarus-; me aseguré de que así fuera antes de entrar a comprar. Pero ¿no dice que cerró el pico?

-Lo hizo hasta que le refrescamos la memoria; estos negocios están siempre en una posición delicada. Necesitan tener un domicilio fijo, y esto puede obligar a quienes se dedican a ellos a ser honrados alguna que otra vez.

-No, no le echo la culpa al pobre tío. Fue culpa mía: no pasé suficientemente desapercibido. Estaba cansado, Ira; me pesaban los años y acabé por hacer una chapuza. Cien años atrás habría hecho un trabajo mucho más pulcro... Es cosa sabida que resulta mucho más difícil rebajar las apariencias de forma convincente que elevarlas.

-No creo que deba avergonzarse de la calidad de su trabajo, Decano: nos trajo de cabeza durante casi tres meses...

-En este mundo las buenas intenciones no bastan, hijo. Continúe.

-A partir de aquel momento empleamos la fuerza, Lazarus. Aquella tienda está en el peor barrio de la ciudad. Lo acordonamos y lo invadimos con miles de hombres. La operación fue breve: usted estaba en la tercera pocilga que registramos. Fui yo quien le encontró; iba con una de las patrullas. Su cuadro genético nos confirmó su identidad. -Ira Weatheral sonrió levemente-. Pero tuvimos que transfundirle sangre nueva antes de que el analizador genético nos diese sus resultados; estaba usted en muy malas condiciones, señor.

-Estaba fatal; estaba agonizando... y ocupándome de mis asuntos, una actividad que podría usted imitar. ¿Se da usted cuenta, Ira, de la mala jugada que me ha hecho? Un hombre no debería tener que morir dos veces... y yo ya había pasado lo peor y me disponía a entrar en el final, que es tan plácido como conciliar el sueño. Entonces apareció usted para estropearlo todo. Nunca había oído contar que se rejuveneciera a nadie por la fuerza. De sospechar que usted había alterado las normas no me habría acercado siquiera a este planeta. Ahora tengo que volver a pasar por el mismo trance, sea con el botón de suicidio, y ésta es una idea que siempre desdeñé, sea de la forma normal, lo cual puede significar un montón de tiempo. ¿Está por ahí mi sangre vieja? ¿La conservan?

-Se lo preguntaré al director de la clínica, señor.

-Hmm... Eso no es una respuesta, así que no se moleste en mentir. Me ha puesto en un dilema, Ira: aun sin haber recibido el tratamiento completo me siento mejor que durante los últimos cuarenta años, o más, lo que significa que voy a tener que esperar una tediosa serie de años hasta que me llegue la hora o bien usar el botón de suicidio cuando el cuerpo no me pide

todavía que levantemos la sesión. Maldito entrometido, ¿con qué autoridad...? No, es cierto: la tiene usted toda. ¿En nombre de qué principio ético impidió usted mi muerte?

-Le necesitábamos. señor.

-Esa no es una razón ética: es una razón pragmática. La necesidad no era recíproca.

-He estudiado su vida con toda la profundidad que permiten las crónicas, señor. Me parece que usted ha actuado muy a menudo de forma pragmática.

Lazarus soltó una risita.

-¡Este es el Ira que yo quería oír! Empezaba a temerme que tendría la desfachatez de plantear las cosas en términos de elevados principios morales, como un vulgar predicador. Desconfío por sistema de quien me habla de ética mientras me roba la cartera; pero si actúa en beneficio propio y no lo oculta, encuentro siempre el modo de llegar a un trato con él.

-Si nos permite completar su rejuvenecimiento, Lazarus, recobrará el deseo de vivir. Usted ya lo sabe, porque ha pasado otras veces por ello.

-¿Y para qué, señor, si ya llevo más de dos mil años experimentándolo todo? He visto tantos planetas que se confunden en mi mente. He tenido tantas esposas que ni siquiera recuerdo cómo se llamaban. "Te pedimos un último aterrizaje en el globo que nos vio nacer.." No puedo aspirar ni a eso: el hermoso planeta verde donde nací ha envejecido incluso más que yo. Volver a él sería una experiencia dolorosa, no un feliz regreso al hogar. No, hijo mío, no: a pesar de todos los rejuvenecimientos, a cada cual le llega un momento en el que lo único razonable es apagar la luz y dormir. Pero... maldita sea, usted me lo impidió.

-Lo siento. No, no lo siento. Pero le pido perdón.

-Bueno, podría perdonarle, pero no ahora. ¿Cuál era la gravísima causa de que me necesitaran? Ha hablado usted de otros problemas además del de los elementos perturbadores que tiene que deportar.

-Sí, aunque no se trata del problema que me haría privarle del derecho de morir a su modo; me las arreglaré de una forma u otra. Creo que Secundus está cada día más superpoblado y a la vez más paralizado.

-Yo también lo creo, Ira.

-Por consiguiente, opino que las Familias deberían trasladarse de nuevo.

-Yo opino lo mismo, aunque eso es algo que no me concierne. Por regla general, puede decirse que cuando un planeta empieza a formar ciudades de más de un millón de habitantes, se acerca a un volumen crítico. Dos siglos más tarde ya no será habitable. ¿Ha pensado ya en algún planeta en concreto? ¿Cree que puede conseguir que los miembros de la Junta consientan en trasladarse? ¿Querrán seguirles las Familias?

-Sí al primer planeta, posiblemente al segundo y probablemente al tercero. He pensado en un planeta tan bueno o mejor que Secundus, algo así como Tertius. Creo que muchos de los componentes de la Junta estarán de acuerdo con mis puntos de vista, pero no estoy seguro de contar con el gran apoyo que requiere una empresa semejante: Secundus es un lugar demasiado

confortable para que la mayoría de quienes lo habitan adviertan la inminencia del peligro. En cuanto a las Familias... no, no creo que logremos convencer a muchas de la necesidad de desarraigarse y cambiar de residencia... Creo que bastaría con algunos centenares de miles. La tribu de Gedeón... ¿me sigue?

-Voy mucho más allá que usted. Una migración significa siempre selección y mejora. Es elemental. Suponiendo que se decidan, claro. Cuando vinimos aquí, en el siglo veintitrés, tuve que sudar sangre para conseguir que aceptaran la idea. Y no la habrían aceptado de no convertirse la Tierra en un lugar inhóspito. Que tenga suerte; la va a necesitar.

-No confío en mi éxito, Lazarus, pero lo voy a intentar. Si fracaso dimitiré y, en cualquier caso, emigraré. Iré a Tertius si logro reunir una expedición lo bastante numerosa como para formar una colonia con garantías de viabilidad. Y si no, a un planeta que esté escasamente colonizado.

-¿De veras se lo propone, Ira? ¿No se mentirá a usted mismo cuando llegue la hora, para convencerse de que su verdadera misión es seguir en su puesto? A cualquier hombre con dotes de mando le cuesta dimitir, y usted, evidentemente, es de esa clase, porque de otro modo no estaría donde está.

-Claro que me lo propongo, Lazarus, en serio. Es cierto que gusta mandar, lo sé. Quisiera ir al frente de las Familias en su tercer éxodo, pero no espero hacerlo. De todas formas, creo que tengo bastantes posibilidades de construir una colonia viable sin ayuda de la Fundación; una colonia de gente joven, que no pase de los doscientos años. Pero si fracaso también en esto -añadió Weatheral encogiéndose de hombros- emigrar será mi única salida digna; Secundus ya no tendrá nada que ofrecerme. Seguramente me siento casi como usted, señor, aunque sin llegar a sus extremos. No tengo el menor deseo de vivir el resto de mis días como presidente en funciones. Llevo casi un siglo en el cargo y ya es suficiente. Si no consigo imponer mi iniciativa...

Lazarus callaba, pensativo. Weatheral esperó su respuesta.

-Instáleme el botón de suicidio, Ira. Pero hoy no: mañana.

-Sí, señor.

-¿No me pregunta por qué? -Lazarus cogió el sobre que contenía su testamento-. Si me convence de que van a emigrar, contra viento y marea y haga lo que haga la Junta, lo redactaré de nuevo. Lo que tengo invertido y el efectivo que hay en mis varias cuentas dan un buen pico, si no lo han robado durante mi ausencia. Seguramente lo suficiente para anular la distancia que separa el fracaso del éxito en la puesta en marcha de una migración. Suponiendo que la Junta no la respalde con fondos de la Fundación, como sucederá.

Weatheral callaba. Lazarus le miró con ira.

-¿No le enseñó su madre a dar las gracias?

-¿Gracias, por qué, Lazarus? ¿Por darme algo después de muerto, cuando ya no lo necesite? Si hace lo que insinúa será para halagar su vanidad, no para ayudarme.

-Sí, diantre, así es. Debería imponerle la condición de que bautice el nuevo planeta con mi nombre, pero no podré asegurarme de que lo haga. Me parece que nos vamos comprendiendo. Y creo que... ¿Le gustan los aparatos de calidad?

-¿Cómo? Sí, tanto como me disgustan los que no cumplen las finalidades para las que aparentemente fueron proyectados.

-Seguimos de acuerdo. Creo que le dejaré el "Dora", mi yate, a usted y no al presidente de las Familias... si dirige usted la expedición.

-Hará que termine dándole las gracias...

--No me las dé; limítese a tratarlo con cariño. Es una joya, y lo he tratado siempre con mucha delicadeza. Será una estupenda nave insignia: con una simple readaptación del equipo -la computadora de a bordo le dará las instrucciones necesarias- dará cabida a una tripulación de veinte o treinta personas. Y con ella podrá aterrizar para operaciones de reconocimiento y volver a despegar, cosa que no podrá hacer la mayoría de sus naves de transporte.

-No quiero su dinero ni su yate. Deje que acaben de rejuvenecerle y véngase con nosotros. Me haré a un lado y le dejaré ser el jefe, o si lo desea no le daremos ninguna responsabilidad, pero venga.

Lazarus sonrió lánguidamente y meneó la cabeza.

-He intervenido en seis colonizaciones de planetas vírgenes, sin contar Secundus. Todos eran planetas descubiertos por mí. Hace siglos que lo dejé. Con el tiempo, todo termina por aburrir. ¿Cree usted que Salomón cumplió sus deberes conyugales con cada una de sus mil esposas? Si así fue, ¿qué clase de faena le haría a la última, pobrecilla? Si me propone algo nuevo que hacer, puede que no llegue a usar el botón de suicidio y le dé de todos modos todo el dinero que tengo para que lo gaste en su colonia. Yo saldría ganando con el cambio, porque estar a mitad del rejuvenecimiento resulta de lo más insatisfactorio: no me siento nada bien y sin embargo no puedo morirme. Así que estoy en un dilema: de un lado, el botón de suicidio; de otro, la posibilidad de acceder a que me apliquen el tratamiento completo... como el asno que murió de hambre entre dos montones de alfalfa. Tendría que ser algo nuevo de verdad, Ira, no algo que haya hecho ya una vez y otra y otra. Soy como una vieja prostituta que ha subido demasiadas veces la misma escalera; me duelen los pies.

-Lo pensaré, Lazarus; estudiaré el problema con el máximo detenimiento.

-Diez contra uno a que no encuentra nada que yo no haya hecho nunca.

-Haré lo imposible por encontrarlo. ¿Dejará en paz el botón de suicidio mientras lo busco?

-No me pida promesas, una vez haya rehecho este testamento. ¿Confía usted en su leguleyo jefe? Puede necesitar ayuda... por culpa de este documento -dijo Lazarus dando un golpecito en el sobre-; si lo dejo todo a las Familias, en Secundus lo hallarán perfectamente válido aunque esté plagado de irregularidades, pero si lo dejo a un grupo en concreto, es decir, al suyo, algunos de mis descendientes, o más bien un montón de ellos, alegarán a gritos que ha habido coacción y tratarán de anularlo. Lo harán pasar de juicio en juicio hasta que todo se esfume en el pago de las costas. Hagamos lo posible por que no ocurra, ¿quiere?

-Podemos hacer que no ocurra. He cambiado las leyes. Cualquier hombre de este planeta puede legalizar oficialmente su testamento antes de morir, y si presenta incorrecciones el tribunal debe ayudarle a afinar la redacción para que cumpla adecuadamente su finalidad. Si lo hace así, ningún tribunal puede aceptar recurso contra el testamento; entra automáticamente en vigor tras la muerte del individuo. Naturalmente, si cambia su testamento, el texto nuevo debe pasar por el mismo trámite, lo cual hace que resulte muy caro cambiar de idea. Pero recurriendo a la legalización previa no se necesitan los servicios de un abogado ni para el testamento más complicado. Y, después, los abogados no pueden tocarlo.

Lazarus agrandó los ojos con evidente satisfacción.

-Debió fastidiar a unos cuantos abogados, ¿no?

-He fastidiado a tantos -respondió Ira con sequedad- que a cada expedición a Felicidad se añaden algunos voluntarios... y tantos abogados me han fastidiado a mí que algunos de ellos forman parte de los deportados -el presidente en funciones parecía agriamente divertido-. Una vez le dije al juez del Supremo: "Warren, he tenido que revocar sus sentencias demasiadas veces. No ha hecho más que entretenerse en minucias legales, interpretar erróneamente las leyes e ignorar lo que significa la imparcialidad desde que llegó al cargo. Váyase a casa; queda bajo arresto domiciliario hasta la salida del "Última Ocasión". Dispondrá de una escolta durante el día para que pueda liquidar sus asuntos particulares".

Lazarus soltó una risita.

-Debió colgarle. Sabe lo que hizo ¿no? Se estableció en Felicidad y volvió a meterse en política. Si es que no le lincharon...

-Es problema suyo, no mío. Nunca he ejecutado a un hombre por tonto, Lazarus, pero si se pone pesado lo facturo. No hace falta que se rompa la cabeza para redactar el nuevo testamento: díctelo con todas las explicaciones y complicaciones que crea necesarias y lo pasaremos por un analizador semántico para que lo reescriba en lenguaje legal hermético. En cuanto le dé su visto bueno, puede elevarlo al Tribunal Supremo -que se presentará ante usted si lo prefiere- y el Tribunal se lo legalizará. De esta forma, sólo podrá ser invalidado por la arbitrariedad de otro presidente en funciones, lo cual me parece sumamente improbable: la Junta no otorga el cargo a esa clase de personas.

Weatheral añadió:

-Pero espero que no se dé ninguna prisa, Lazarus: quiero disponer de una buena oportunidad de buscar algo nuevo, algo que le devuelva el interés por la vida.

-Muy bien. Pero no me venga con tácticas de distracción. No quiero que me la juegue con el truco de Scherezade. Mande que me envíen un grabador... pongamos mañana por la mañana.

Weatheral pareció iniciar una frase, pero no lo hizo. Lazarus le dirigió una mirada penetrante.

-¿Acaso están grabando esta conversación?

-Sí, Lazarus: sonido e imagen tridimensional de todo lo que pasa en esta suite. Pero se recibe exclusivamente en mi oficina y sólo pasa a grabación permanente cuando yo la compruebo y doy mi conformidad. Esto es todo, señor.

Lazarus se encogió de hombros.

-Déjelo, Ira: hace siglos aprendí que no hay intimidad posible en una sociedad tan aglomerada como para exigir la posesión de documentos de identidad. Las leyes que salvaguardan la vida privada sólo garantizan que los micrófonos ocultos, los objetivos y todos los aparatos de espionaje son más difíciles de descubrir. No había pensado en ello hasta ahora porque doy por sentado que mi intimidad será violada cada vez que visite esta clase de lugares; así que me olvido de ello a menos que me disponga a hacer algo que haya de ser mal visto por la autoridad local. En cuyo caso empleo tácticas evasivas.

-Podemos borrar la grabación, Lazarus. Su única finalidad es asegurar que se cuida como es debido al Decano... una responsabilidad que no pienso delegar.

-Le digo que lo olvide. De todas formas me sorprende que un hombre de su posición sea tan ingenuo como para creer que la grabación se transmite únicamente a su despacho. Le apuesto lo que quiera a que se recibe en dos o tres lugares más, por lo menos.

-Si es así y lo descubro, Lazarus, habrá algunos colonos más en Felicidad... después que pasen algunas horas muy desagradables en el Coliseo.

-No importa, Ira. Si algún idiota quiere observar a un vejestorio mientras refunfuña en el retrete o se da un baño, que lo haga. Usted mismo hizo que sea así al especificar que debía ser una grabación secreta, destinada exclusivamente a ser vista por usted. La gente de los servicios de seguridad espía siempre a sus propios jefes; no pueden evitarlo, es una deformación profesional. ¿Ha cenado ya? Me gustaría que se quedase, si tiene tiempo.

-Nada me complacería más que cenar con el Decano.

-Corte ya, caramba: ser viejo no tiene ningún mérito, es sólo cuestión de tiempo. Me gustaría que se quedara porque nada me llena más que la compañía de seres humanos. Esos dos de ahí no sirven; ni siquiera estoy seguro de que sean humanos. Deben de ser robots. ¿Por qué llevarán esos trajes de submarinista con escafandra? Prefiero ver qué cara tiene la gente.

-Son trajes aislantes, Lazarus. Los llevan para protegerle a usted, no para protegerse. Se trata de evitar las infecciones.

-¿Cómo? Mire, Ira: si me pica un bicho, se muere. Y aun así, si es verdad que ellos necesitan ir vestidos de esa forma, ¿cómo es que usted viene en traje de calle?

-Lo parece, Lazarus. Para cumplir mi misión necesitaba tener con usted una entrevista personal, cara a cara; así que pasé las dos horas anteriores a mi partida sometido a un reconocimiento médico exhaustivo, seguido de una esterilización de pies a cabeza -cabello, piel, oídos, uñas, dientes, nariz, garganta- y una inhalación de no sé qué gas, que por cierto no me gustó en absoluto, mientras me desinfectaban aún más cuidadosamente la ropa. Ni el sobre que le traje se libró de ello. Esta suite es aséptica y así hay que mantenerla.

-Tanta precaución me parece estúpida. ¿No será que han rebajado a propósito mi grado de inmunidad?

-No. Vamos, creo que no. No le veo el motivo, porque si hay que hacerle un trasplante se lo harán a partir de su propio clon.

-No hará ninguna falta. Si no pillé ninguna enfermedad en aquel hotelucho, ¿ cómo iba a pillarla ahora ? Aunque nunca me ocurrió. Una vez trabajé de médico durante una epidemia..., sí, no ponga esa cara: la medicina es una más de las cincuenta y pico de ocupaciones que he tenido. Fue en Ormuz: todo el mundo contrajo una enfermedad desconocida y el veintiocho por ciento murió. Todo el mundo menos un servidor, que no llegó a estornudar siquiera. Así que ya les está diciendo a… No, claro, usted lo hará por intermedio del director de la clínica, salirse del conducto reglamentario va contra la disciplina de la casa. Aunque ya me dirá qué me importa a mí la disciplina de la casa, siendo como soy un huésped involuntario. Dígale al director que si tiene que ponerme enfermeras, quiero que vayan vestidas de enfermera. Mejor aún, de persona. Si desea mi colaboración, empiece por colaborar usted conmigo, Ira. Si no, no juego.

-Hablaré con el director, Lazarus.

-Muy bien. Ahora vamos a cenar. Pero primero tomaremos una copa, y si el director opina que no he de beber, dígale sin más que si no me deja tendrá que volver a la alimentación forzada y esta vez veremos quién es el que se mete el tubito por el gaznate; no estoy dispuesto a tolerar que me traten como a un pelele. ¿Hay whisky de verdad en este planeta? La última vez que estuve aquí no lo había.

-Lo hay, pero yo no lo tomaría por nada del mundo. En cambio, el coñac no está nada mal.

-Pues para mí, coñac con agua mineral si no hay nada mejor; un Manhattan de coñac, si alguien sabe lo que es eso.

-Yo lo sé, y me gusta. Aprendí algo sobre bebidas antiguas cuando estudié su vida.

-Estupendo. Entonces, hágame el favor de encargar la cena y las copas. Yo le escucharé, a ver cuántas palabras distingo. Creo que voy recobrando la memoria.

Weatheral habló con uno de los técnicos. Lazarus le interrumpió:

-Que sea un tercio de vermut dulce, no la mitad.

-¿Cómo? ¿Lo entiende?

-Casi todo. Son raíces indoeuropeas, con una sintaxis simplificada; empiezo a recordarlo. Claro, con la de idiomas que he tenido que aprender no es difícil perder uno. Pero ya vuelve.

El servicio era tan diligente que hacía sospechar la presencia, al otro lado de la puerta, de un ejército de empleados dispuestos a proporcionar al Decano o al presidente en funciones la menor cosa que se les antojara.

Weatheral alzó su copa.

-Por muchos años.

-Ni soñarlo -gruñó Lazarus. Tomó un sorbo e hizo una mueca-: ¡Puaf! Esto es un matarratas. Pero al menos lleva alcohol. -Tomó otro sorbo-. Mejora cuando se sube a la cabeza. Bueno, Ira, basta ya de rodeos. Dígame: ¿cuál es la verdadera razón de que me privara de mi bien merecido descanso?

Librodot

-Necesitamos de su sabiduría, Lazarus.

2

Lazarus le miró con expresión de horror.

-¿Qué?

-Necesitamos de su sabiduría, señor -repitió Ira Weatheral-. De veras.

-Me pareció tener uno de aquellos sueños de cuando agonizaba. Se ha equivocado de ventanilla, hijo mío; pruebe en la de enfrente.

Weatheral movió la cabeza.

-No, señor. Si le molesta la palabra "sabiduría" puedo prescindir de ella. Pero necesitamos aprender lo que usted sabe. Usted es más de dos veces más viejo que el miembro de las Familias que le sigue en edad. Dice usted que ha desempeñado más de cincuenta profesiones. Ha estado en todas partes y ha visto más cosas que nadie. Y desde luego sabe usted más que cualquiera de nosotros. No nos las arreglamos mucho mejor ahora que hace dos mil años, cuando usted era joven. Usted debe saber por qué cometemos todavía los mismos errores que cometieron nuestros antepasados. Sería una desgracia para todos que adelantase la hora de su muerte sin esperar el tiempo necesario para contarnos lo que ha aprendido.

Lazarus frunció el ceño y se mordió el labio.

-Una de las cosas que sé, hijo mío, es que los humanos casi nunca aprenden nada de la experiencia de los demás. Cuando aprenden algo, lo cual no es muy frecuente, lo hacen por sí solos, sin tantas facilidades.

-Una frase digna de pasar a la posteridad.

-Nadie sacaría ninguna enseñanza de ella; eso es exactamente lo que dice. La edad no trae la sabiduría. Su única ventaja, por lo que he podido ver, es que le da a uno una perspectiva del cambio. Un joven ve el mundo inmutable, como una foto fija, en tanto que un viejo se ha dejado la piel en tantos y tantos cambios que sabe que el mundo es una película que presenta imágenes que cambian sin cesar. Puede que no le guste -a mí no me gusta- pero sabe que es así, y saberlo es el primer paso hacia la adaptación.

-¿Me permite dar a conocer la grabación de lo que acaba de decir?

-Pero si no tiene nada de "sabio", Ira: es un tópico, una verdad evidente. Cualquier tonto estará de acuerdo con ello, aunque no lo profese como creencia.

-Con su nombre al pie, la frase ganaría autoridad, Lazarus.

-Haga lo que mejor le parezca; yo creo que es una perogrullada. Se equivoca usted si piensa que he contemplado el rostro de Dios; aún me falta saber cómo funciona el universo, sin hablar de la finalidad que pueda tener. Para responder a los interrogantes básicos acerca de este mundo habría que mirarlo desde fuera, no desde dentro; ni durante dos mil años, ni durante

veinte mil. Sólo al morir puede uno librarse de las limitaciones de su punto de vista individual y ver las cosas como un todo.

-Entonces cree usted en la existencia de una vida después de la muerte...

-Despacio, despacio: yo no creo nada; sé algunas cosas que me ha enseñado la experiencia. Cuatro cosillas, no los nueve mil millones de nombres de Dios. Pero no poseo ninguna creencia; las creencias impiden aprender.

-Lo que queremos es eso, Lazarus: lo que usted ha aprendido. Aunque diga que no son más que "cuatro cosillas". Permítame decirle que alguien que ha logrado sobrevivir durante tanto tiempo ha tenido necesariamente que aprender muchas cosas, o de otro modo no habría vivido tanto. La mayoría de los seres humanos mueren de forma violenta; el solo hecho de vivir tantos años más que nuestros antecesores lo convierte en algo inevitable. Un accidente de tráfico, un asesinato, una alimaña, un lance deportivo, un error de vuelo, un resbalón... tarde o temprano surge algo que acaba con uno. Usted no ha llevado precisamente una vida tranquila, sino todo lo contrario. Y sin embargo ha superado todos los avatares por los que ha pasado. ¿Cómo lo ha conseguido? No puede ser sólo suerte.

-¿Por qué no? Ocurren las cosas más improbables, Ira; para empezar, no hay nada tan improbable como un niño... Pero lo cierto es que siempre he tenido cuidado de no pisar en falso... y he preferido escurrir el bulto a luchar... y cuando he tenido que luchar, lo he hecho con malas artes. Si había que pelear, quería que el muerto fuese el otro, no yo. Así que trataba de que las cosas fueran por ahí. Nada de suerte, por lo tanto. O al menos no demasiada -Lazarus parpadeó, pensativo-. Nunca me he enfrentado a los elementos. Una vez una multitud quiso lincharme y no traté siquiera de disuadir a aquella gente; me limité a poner un montón de millas entre ella y yo todo lo aprisa que pude y no volví a acercarme por allí.

-Eso no consta en sus memorias.

-Hay muchas cosas que no constan en mis memorias. Ahí viene la manduca.

La puerta se abrió y a través de ella se deslizó una mesa de comedor que se detuvo entre los dos sillones, que se apartaron para dejarle espacio, y empezó a desplegarse para servir la cena. Los técnicos se acercaron en silencio, ofreciendo un servicio personal del todo innecesario. Weatheral comentó:

-Huele bien. ¿Sigue usted alguna costumbre especial en la mesa?

-¿Cómo? ¿Bendiciones o cosas por el estilo? No.

-No me refiero a eso. Quiero decir si... En fin, supongamos que almuerzo con uno de mis ejecutivos. Pues bien: no le permito hablar del trabajo en la mesa. Sin embargo, si no le importa, me gustaría proseguir esta conversación.

-Claro que sí, ¿cómo iba a importarme? Con tal que nos ciñamos a temas que no le revuelvan a uno el estómago... ¿Conoce usted el del cura y la solterona?

Lazarus echó una rápida ojeada al técnico que tenía al lado.

-Será mejor dejarlo para otro rato -rectificó-. Me parece que el más bajo es mujer y puede que entienda un poco el inglés. ¿Por dónde íbamos?

-Le decía que sus memorias son incompletas. Aunque esté usted decidido a llegar hasta la muerte, ¿no considera siquiera la posibilidad de legarnos a mí y a sus otros descendientes la parte que falta? Sólo tiene que contárnoslo; díganos todo lo que ha visto y hecho. Un análisis pormenorizado de todo ello podría enseñarnos mucho. Por ejemplo: ¿qué ocurrió durante la Asamblea de Familias del año dos mil doce? Las actas no dicen gran cosa...

-¿Y a quién le importa ahora todo aquello, Ira? Todas aquellas personas están muertas; sería dar mi versión sin concederles la oportunidad de dar la suya. Que los muertos entierren a sus muertos. Además, ya le dije que la memoria me juega malas pasadas. Empleé las técnicas hipnoenciclopédicas de Andy Libby, que son excelentes, y también aprendí a almacenar en series los datos de memoria que no necesito tener presentes a todas horas bajo palabras clave que cuando me hace falta dan paso a una serie completa, como una computadora; he limpiado varias veces mi mente de recuerdos innecesarios con el fin de dar cabida a nuevos datos en el archivo... y nada: me paso la mitad del tiempo tratando de recordar dónde he dejado el libro que leía la noche anterior y pierdo la mañana entera buscándolo... hasta que caigo en la cuenta de que aquel libro era uno que leí un siglo atrás. ¿Es que no habrá forma de que dejen en paz a este pobre viejo?

-No tiene más que ordenarme que me calle, señor. Espero, de todos modos, que no lo haga. Ya sabemos que no hay memoria perfecta, pero usted fue testigo presencial de millares de acontecimientos que todos los demás somos demasiado jóvenes para haber conocido. No le pido que nos largue una biografía en toda regla que abarque todos los siglos de su vida, pero sí que nos cuente lo que le venga a la memoria acerca de cualquier cosa de la que tenga ganas de hablar. Por ejemplo, no hay nada documentado en relación con sus primeros años. A mí y a muchos millones de personas nos interesará extraordinariamente todo lo que recuerde usted de su niñez.

-No hay nada que recordar. La pasé como cualquier niño, tratando de evitar que los mayores descubrieran lo que tramaba -Lazarus se secó los labios con aire pensativo-. En general, me salí con la mía: las pocas veces que me pescaron y me dieron una zurra me enseñaron a tener más cuidado para la siguiente; es decir, a tener la boca mejor cerrada y a no inventar mentiras demasiado descabelladas. La mentira es una de las bellas artes, Ira, y parece que se va perdiendo.

-¿De veras? Yo no veo que decaiga.

-Me refiero a la mentira artística. Sí, ya sé que el mundo está lleno de mentirosos de medio pelo; hay casi tantos como bocas. ¿Conoce usted las dos formas más artísticas de mentir?

-Creo que no, pero en cualquier caso me gustaría conocerlas. ¿Sólo son dos?

-Por lo que yo sé, sólo dos. No basta con saber mentir sin que se le note a uno en la cara; eso puede hacerlo cualquiera que tenga un mínimo descaro. La primera forma de mentir artísticamente es decir la verdad, pero no toda. La segunda también implica decir la verdad, pero resulta más difícil: se trata de decirla, e incluso decirla toda... pero de un modo tan poco convincente que el interlocutor crea con absoluta certeza que uno miente. Todo esto lo aprendí cuando aún no había cumplido los catorce; me lo enseñó mi abuelo materno, al que me parezco mucho. Era peor que el diablo: nunca quiso poner los pies en una iglesia ni en la consulta de un médico, porque sostenía que ni los curas ni los médicos saben todo lo que dicen saber. A sus ochenta y cinco años cascaba las nueces con los dientes y levantaba un yunque de setenta kilos

con una mano. Pero me fui de casa y no volví a verle; dicen las Crónicas de las Familias que murió unos años después, cuando la batalla de Inglaterra, en Londres, durante un bombardeo.

-Ya lo sé. También es antepasado mío, por supuesto; llevo su nombre de pila: Ira, de Ira Johnson[3].

-Sí, así se llamaba. Pero yo le llamaba "abuelo".

-Esta es la clase de cosas que quiero recoger, Lazarus; Ira Johnson no fue solamente su abuelo y mi tatarabuelo, sino también el antepasado de muchos millones de personas de aquí y de otros muchos lugares. Y sin embargo no ha sido hasta ahora, salvo por lo que me ha contado de él, más que un nombre, una fecha de nacimiento y una fecha de defunción. Acaba usted de devolverle a la vida, acaba de convertir ese nombre en una persona, en un ser humano único y pintoresco.

Lazarus se mostraba pensativo.

-Nunca se me ocurrió pensar que fuera "pintoresco". De hecho, era un carcamal aburrido y gruñón, lo menos parecido a lo que según los valores de aquella época se tenía por una "buena compañía" para un chico. Hubo algo entre él y una colegiala del pueblo donde vivía mi familia, no sé qué, un escándalo… "escándalo" para la mentalidad de aquellos años, claro, y supongo que fue ésa la causa de que nos trasladáramos. Nunca averigüé lo que pasó, porque los mayores evitaban hablar de ello en mi presencia.

»Pero aprendí mucho con él; tenía más tiempo que mis padres para charlar conmigo, o al menos lo buscaba. Algo me quedó de aquellas conversaciones: "Corta siempre tú la baraja, Woodie", me decía. "Perderás de todos modos, pero no tanto dinero, ni tan a menudo. Y cuando pierdas, sonríe". Cosas así...

3. Ira Johnson no había cumplido los ochenta años en los días que el Decano afirma (en otro lugar) haber abandonado el hogar. Ira Johnson era médico; se ignora cuánto tiempo ejerció y si permitió o no que le atendiera otro doctor. *Ira* Howard - *Ira* Johnson: la coincidencia tiene todas las trazas de ser casual y es explicable por el hecho de que los nombres bíblicos eran muy comunes en la época de referencia. Los genealogistas de las Familias no han descubierto consanguinidad alguna entre los dos personajes. (J. F. XLV.)

-¿Recuerda algo más de lo que le decía?

-¿Después de tantos años? No claro que no. En fin quizá sí. Un día me llevó a las afueras del pueblo al sur, para enseñarme a disparar. Yo tendría diez años y él..., no sé, a mí siempre me pareció más viejo que Matusalén[4]. Puso una diana, hizo blanco para demostrarme que no era imposible y me dio el fusil, un veintidós corto de un solo tiro que no servia más que para agujerear latas. "Bueno, ya está cargado", me dijo. "Ahora haz lo que yo: apunta bien, relájate y aprieta el gatillo". Yo lo hice así, pero sólo oí un chasquido. El arma no disparó.

»Se lo dije y traté de abrir la recámara. Él me apartó la mano de golpe, me arrebató la escopeta y me dio un bofetón. "¿Has olvidado lo que te dije sobre las armas que se encasquillan, Woodie? ¿Quieres saltarte un ojo, o tratas de suicidarte? Si es eso, te enseñaré algunas formas mejores", me gritó, y añadió: "Ahora mira". Abrió la recámara: estaba vacía. Entonces fui y le dije: "Pero si me dijiste que estaba cargada". Yo vi como la cargaba, Ira. Vaya, creí que la cargaba. "Sí, Woodie, pero no era verdad. Hice todos los gestos, como si la cargase, pero escamoteé el cartucho. Ahora recuerda lo que te dije sobre las armas, sobre si están cargadas o no. Haz memoria y repítemelo, o tendré que darte de tortas hasta que uses la cabeza como es debido."

»Naturalmente, hice memoria y se lo repetí; un cachete del abuelo no era precisamente una caricia: "No creas lo que te diga nadie en cuanto a si un arma está cargada o descargada". "Muy bien", aprobó él "Métetelo en la cabeza y tenlo presente el resto de tus días, o no llegarás a viejo[5]."

»Toda mi vida tuve presente aquello y su aplicación a situaciones análogas, cuando quedaron anticuadas las armas de fuego. Me salvó varias veces el pellejo. A continuación me hizo cargar el arma y me dijo: "Va medio dólar, Woodie..., ¿tienes medio dólar?". Yo tenía bastante más, pero ya había apostado con él varias veces y le dije que sólo tenía un cuarto. "Muy bien, que sea un cuarto; no me gusta dejar a nadie en la miseria. Un cuarto a que no das en la diana, y no hablemos ya de dar en el blanco."

»Se embolsó mi cuarto de dólar, claro, y entonces me explicó qué fue lo que hice mal. Cuando dio por terminada la lección, yo tenía ya una idea bastante clara de cómo lograr que el arma me obedeciera. Le propuse otra apuesta; se echó a reír y me dijo que debería estarle agradecido por haberme salido tan barata la lección. Páseme la sal, por favor.

Weatheral obedeció.

-Si encontrara la forma de hacerle recordar más cosas de su abuelo, o de lo que fuera, Lazarus, estoy seguro de que podríamos extraer de sus palabras muchísimas de las cosas importantes que ha aprendido usted; llámelo sabiduría o llámelo como quiera. Durante estos diez minutos ha enunciado media docena de verdades fundamentales, o reglas vitales, llámelas como quiera, al parecer sin proponérselo.

-¿Por ejemplo?

4. Ira Johnson tenía setenta años cuando Lazarus Long tenía diez. (J. F. XLV)

5. La anécdota resulta demasiado oscura para dedicarle aquí mayor atención. Véase *Armas antiguas; armas de fuego químico-explosivas* en la Enciclopedia Howard.

-Por ejemplo, que la mayoría de las personas sólo aprende por experiencia...

-Permítame corregirle: la mayoría de las personas no aprende ni siquiera por experiencia, Ira. No subestime las dimensiones de la estupidez humana.

-Ésta es otra. Y ha hecho usted un par de comentarios a propósito de la mentira como una de las bellas artes... Tres, de hecho, ya que ha dicho también que no hay que inventar mentiras demasiado descabelladas. También ha afirmado que las creencias son un obstáculo para el conocimiento, y algo así como que conocer una situación es el primer paso indispensable para adaptarse a ella.

-Yo no he dicho tal cosa... aunque podría haberla dicho.

-Generalizo algo que usted dijo. También dijo que nunca trata de luchar contra los elementos, lo cual viene a significar, para mí, esto: "No te permitas hacerte ilusiones" o bien "Afronta la realidad y actúa en consecuencia". Aunque prefiero su forma de expresarlo: tiene más sabor. Y lo de "corta siempre tú la baraja"... Hace años que no juego a los naipes, pero interpreto así la frase: "No dejes de emplear ningún medio de los que estén a tu alcance para maximizar tus posibilidades en una situación conformada por sucesos aleatorios".

-Mmm... El abuelo diría: "Menos florituras, nene".

-Pues lo dejaremos como estaba: "Corta siempre tú la baraja... y cuando pierdas, sonríe". Suponiendo que éstas no sean palabras suyas, Lazarus, atribuidas a él por usted.

-No, no, son suyas. Vamos, creo que lo son. Diantre, Ira, al cabo de tanto tiempo es difícil distinguir entre un recuerdo auténtico y el recuerdo del recuerdo del recuerdo de un recuerdo auténtico. Es lo que pasa cuando uno piensa en el pasado: lo corrige y lo aumenta, lo hace más soportable...

-¡Otra!

-Corte ya. No tengo el menor deseo de contar mis recuerdos, hijo mío; es un síntoma inequívoco de vejez. Los ninos viven en el presente, en el "ahora". Los adultos tienden a vivir en el futuro. Sólo los ancianos viven en el pasado... y ésa fue la señal que me hizo comprender que ya he vivido bastante: descubrí que cada día pasaba más tiempo pensando en el pasado y menos en el presente. Y que jamás pensaba en el futuro.

Con un suspiro, el anciano prosiguió:

-Supe entonces que había dado con ello: la forma de vivir largo tiempo, mil años o más, está entre la forma como lo hace un niño y la forma como lo hace un hombre maduro. Hay que pensar en el futuro lo suficiente para estar preparado para cuando llegue, pero sin preocuparse por él. Hay que vivir cada día como si se fuera a morir a la mañana siguiente y recibir cada amanecer como una nueva creación. Nada de nostalgias -el rostro de Lazarus reflejaba tristeza. De pronto, sonrió y repitió-: Nada de nostalgias. ¿Más vino, Ira?

-Medio vaso, gracias. Lazarus, si está tan decidido a morir enseguida, como es sin duda privilegio suyo, ¿qué puede haber de malo en recordar ahora el pasado... y permitir que se recojan sus recuerdos en bien de sus descendientes? Para nosotros serían una herencia mucho más valiosa que toda su fortuna.

Lazarus arqueó bruscamente las cejas.

-Empieza usted a aburrirme, hijo.

-Perdón, señor. ¿Me permite que me retire?

-Vamos, cierre el pico y siéntese. Termine de cenar. Me recuerda usted a... En fin, había un tipo en Nuevo Brasil que observaba la costumbre local de la bigamia en serie, pero siempre procuraba que una de sus esposas fuera tan del montón como asombrosamente bella la otra, a fin de que... Oiga, Ira: ¿puede hacer que ese trasto que

nos está escuchando grabe nuestras respectivas manifestaciones y las disponga en forma de resúmenes separados?

-Desde luego, señor.

-Muy bien. No hay por qué contar cómo se las arregló el hacendado..., ¿Silva? Sí, me parece que se llamaba Silva: don Pedro Silva..., cómo se las arregló cuando se vio con dos mujeres hermosas a la vez. No hay por qué, salvo para hacer observar que cuando una computadora comete un error es todavía más testaruda que un hombre a la hora de corregirlo. Pero si me pusiera a pensar con detenimiento, acaso lograría desenterrar las "perlas de sabiduría" que usted cree que escondo. Bisutería, eso es lo que son. Si lo hiciera, no haría falta agobiar a la máquina con historias aburridas como la de don Pedro u otras por el estilo. Elija una palabra clave...

-"Sabiduría."

-Váyase a freír espárragos.

-No quiero. Veo que la tiene tomada con esa palabra, señor. ¿Qué le parece "Sentido común"?

-Esa expresión es autocontradictoria, hijo mío. El "sentido" nunca es "común". Pongamos "cuaderno de notas"... es lo que tengo ahora en la cabeza, un simple cuaderno en el que anotar lo que se me ocurra y pueda merecer ser incluido en la grabación.

-Estupendo. ¿Debo modificar ahora mismo el programa?

-¿Acaso puede hacerlo desde aquí? No quisiera interrumpir su cena.

-Es un aparato muy flexible, Lazarus; utilizo la totalidad de sus elementos para gobernar este planeta..., en la escasa medida en que lo gobierno.

-Siendo así, seguro que puede usted disponer por aquí una impresora auxiliar programada para ponerse en marcha al sonido de la palabra clave. Puedo tener ganas de revisar mis resplandecientes perlas de sabiduría... Lo que quiero decir es que las afirmaciones extemporáneas suenan mejor cuando no son extemporáneas. Por eso los políticos tienen negros.

-¿"Negros"? No entiendo ese modismo; mi dominio del inglés clásico no es perfecto ni mucho menos.

-No me diga que se escribe usted mismo los discursos, Ira.

-Yo no hago discursos, Lazarus. Jamás. Me limito a dar órdenes y de vez en cuando redacto informes para la Junta.

-Enhorabuena. Puede estar seguro de que en Felicidad ya hay negros, o de que pronto los habrá.

-Mandaré que instalen en seguida la impresora, señor. ¿Con alfabeto romano y ortografía del siglo veinte? ¿Va usted a emplear el mismo idioma en el que hablamos ahora?

-Sí, a menos que ello signifique un esfuerzo excesivo para la pobre maquínita. Si es así, que transcriba en alfabeto fonético; creo que podré leerlo.

-Es una máquina muy flexible, señor; me enseñó a hablar esta lengua y, antes, me había enseñado a leerla.

-Pues que sea como usted dice. Pero dígale que no me corrija. Ya es bastante difícil tratar con los correctores humanos; no pienso tolerar semejante petulancia por parte de una máquina.

-Muy bien, señor. Permítame un momento... -el presidente en funciones elevó ligeramente el tono de voz, pasando a emplear la variante neorromana de la lengua galáctica. Luego se dirigió en el mismo idioma al técnico más alto.

La impresora auxiliar estaba instalada antes de que la mesa sirviera el café.

Una vez conectada, emitió un breve zumbido.

-¿Qué hace, comprueba los circuitos?-preguntó Lazarus.

-No, señor; está imprimiendo. Intento hacer un experimento; la máquina posee una considerable capacidad de discernimiento dentro de los límites de su programa y la experiencia que guarda en la memoria. Al añadirle el programa extra le he ordenado que dé marcha atrás, repase todo lo que usted me ha dicho y seleccione las afirmaciones que suenen a aforismo. No estoy muy seguro de que sea capaz de hacerlo, ya que las definiciones de "aforismo" que tenga entre su información básica deben de ser por fuerza muy abstractas. Pero no hay que descartar la posibilidad. De todos modos, se lo he dicho bien claro: nada de correcciones.

-Muy bien. "Lo extraordinario de un oso bailarín no es que baile con mucha gracia, sino que baile". No es mío, es una cita de otro. A ver qué ha cogido.

Weatheral hizo un ademán. El técnico más bajo se acercó a la máquina, cogió una hoja para cada uno y se las entregó.

Lazarus examinó su copia.

-Hum..., sí. Ésta está mal; sólo era un chiste. Habría que retocar la tercera. ¡Eh, oiga! Ha puesto un interrogante después de esta otra. ¡Qué trasto más desvergonzado! Cuando yo escuché esta frase hace un montón de siglos, aún no habían sacado de la mina los metales de que está hecho. En fin, por lo menos no ha intentado enmendarla. No recuerdo haber dicho esto, pero lo que dice es verdad, y casi me costó la piel aprenderlo -levantó la mirada de la hoja impresa-. Muy bien, hijo. Si desea registrar todo esto, hágalo, no me importa. Con tal que me permita repasarlo y corregirlo... porque no quiero que nadie tome por palabras divinas lo que yo diga, a menos que me dejen separar el grano de la paja y suprimir las tonterías que se me escapan. Puedo soltarlas con la misma facilidad que cualquier hijo de vecino.

-Naturalmente, señor: nada pasará a definitivo sin su aprobación. Salvo si decide usted hacer uso de ese botón, en cuyo caso tendré que corregir yo los pasajes que deje sin repasar. Es lo mejor que puedo hacer.

-¿Conque me viene con artimañas, no, Ira? Supongamos que a cambio le propongo el trato que propuso Scherezade.

-No entiendo.

-¡Cómo! ¿Ya se ha perdido el recuerdo de Scherezade? ¿Acaso vivió en vano sir Richard Burton?

-Oh, no, señor. Leí *Las mil y una noches* en la versión original de Burton... y sus narraciones han sobrevivido a través de los siglos modificadas una y otra vez a fin de hacerlas comprensibles para las nuevas generaciones pero sin perder, creo, su primitivo sabor. Lo que ocurre es que no entiendo lo que me propone.

-Ya. Me dijo usted que lo más importante que tiene que hacer es hablar conmigo.

-Así es.

-No sé. Si de veras es así, vendrá cada día a hacerme compañía y charlar, porque comprenderá que no voy a molestarme en estar de cháchara con su máquina, por más lista que sea.

-Para mí será no sólo un honor, sino un placer, que me permita hacerle compañía todo el tiempo que quiera, Lazarus.

-Ya lo veremos. Cuando alguien hace afirmaciones tan tajantes suele tener algunas reservas en su fuero interno. Estoy hablando de cada día, hijo, y de todos los días. Y de usted, no de un suplente cualquiera. Preséntese dos horas después del desayuno, por ejemplo, y quédese conmigo hasta que yo le mande a casa. Pero si un día falla... En fin, si es por algo tan urgente que no tiene usted más remedio que no acudir, llámeme para excusarse y envíeme alguna chica bonita, que hable inglés clásico pero que sepa escuchar... porque nada le gusta más a cualquier vejestorio que hablar con una chica que le abanique con las pestañas y le contemple con cara de admiración. Si me gusta, puede que le permita quedarse. Aunque también podría yo tener un día quisquilloso, despedirla y usar el botón que me ha prometido volver a instalar. No me suicidaré en presencia de una visita: sería demasiada descortesía. ¿Me comprende?

-Creo que sí -respondió pausadamente Ira Weatheral-: usted será a un mismo tiempo Scherezade y el rey Sharyar, y yo seré… no, no es así: seré yo quien deba procurar que esto dure mil noches o mil días; y si fallo -que no fallaré- será usted libre de...

-No lleve la analogía demasiado lejos -aconsejó Lazarus-; todo lo que hago es denunciar sus posibles inconsecuencias. Si mis divagaciones son tan recontraimportantes como dice, vendrá y las escuchará. Puede faltar una o dos veces, si la chica es lo bastante bonita y sabe halagar mi vanidad, de la que ando sobrado. Pero si falta demasiado a menudo, comprenderé que se aburre y ya no habrá trato. Apuesto lo que quiera a que se le agota la paciencia antes de que pasen los mil y un días; yo, en cambio, sé lo que es tener paciencia; es ésta la razón de que aún esté vivo. Pero usted es todavía un jovencito; seguro que no me puede.

-Acepto la apuesta. En cuanto a la chica, si es que debo faltar algún día, ¿pondrá reparos si le mando a una de mis hijas? Es muy bella.

-¿Qué? Parece usted un mercader de esclavos iskandriano subastando a su propia madre. ¿Por qué precisamente una hija suya? No quiero casarme con ella, ni llevármela a la cama; sólo quiero que me distraiga y me halague. ¿Y quién le ha dicho que es bella? Si de veras es hija suya se parecerá a usted, seguramente.

-Déjelo, Lazarus: no logrará irritarme tan fácilmente. Reconozco que puede cegarme el amor de padre, pero ya he visto el efecto que causa en otros. Es muy joven, aún no ha cumplido los dieciocho, y sólo ha estado casada contractualmente una vez. Ha precisado usted que deberá ser una chica que hable su lengua materna, y chicas así no abundan. Pero esta hija mía ha salido con mi misma facilidad para los idiomas y está muy emocionada ante su presencia en este planeta. Quiere verle, no desea otra cosa. Puedo librarla de obligaciones imprevistas el tiempo necesario para que conozca su lengua al dedillo.

Lazarus sonrió irónicamente y se encogió de hombros.

-Haga lo que mejor le parezca. Y dígale que no se moleste en ponerse cinturón de castidad: ya no me alcanzan las fuerzas. Sigo diciendo, de todas formas, que le ganaré la apuesta. Seguramente no llegaré a ver a la chica; no pasará mucho tiempo sin que usted concluya que soy un carcamal inaguantable. Eso es lo que soy y siempre he sido, durante casi tantos años como el Judío Errante. Ése sí que era un plomo... ¿Sabía que le conocí?

-No, no lo sabía, Pero no creo que le conociera: es un mito.

-Está usted pez en este tema, hijo mío. Es un ser real, yo le he conocido. Luchó contra los romanos cuando el saqueo de Jerusalén, año setenta después de Jesucristo. Tomó parte en todas las Cruzadas y promovió una de ellas. Naturalmente, era pelirrojo; todos los longevos natos llevan la marca de Gilgamesh. Cuando le conocí hacía llamar Sandy Macdougal, un nombre de guerra muy adecuado a las circunstancias de lugar y época de su actividad de entonces, que era la de estafador de altos vuelos, con una variante del timo del cateto[6]. Éste incluía... Oiga, Ira: si no se cree lo que le cuento, ¿por qué se molesta en grabarlo?

-Oiga, Lazarus: si cree que va a matarme de aburrimiento ¿por qué se molesta en inventar historias para divertirme? Sea cuál sea su propósito, yo le escucharé con tanta atención y durante tanto tiempo como el rey Sharyar. Mi computadora principal recogerá todo lo que usted diga -sin corregir nada, se lo garantizo- pero lleva incorporado un detector de mentiras sumamente agudo capaz de señalar la menor ficción que usted deslice en sus manifestaciones. No me inspira inquietud alguna la veracidad histórica de lo que cuente, siempre que hable..., porque tengo la plena seguridad de que, diga lo que diga, usted incluirá automáticamente en ello sus juicios de valor... sus "perlas de sabiduría".

-"Perlas de sabiduría"... Jovencito, vuelva a emplear esa expresión y le haré quedarse a limpiar la pizarra después de clase. Será mejor que le haga saber a su computadora que mis relatos más extravagantes son los que tienen mayores probabilidades de ser verdad, la pura verdad. No ha habido cuentista capaz de inventar nada tan fantásticamente inverosímil como lo que ocurre realmente en la locura de universo donde vivimos.

-Ya lo sabe, pero se lo volveré a advertir. Me hablaba usted de Sandy Macdougal, el Judío Errante.

-¿Ah, sí? Usando semejante nombre, y por lo que recuerdo, debió de ser a finales del siglo veinte, en Vancouver. Vancouver era un lugar de los Estados Unidos donde la gente era tan lista que nunca pagaba los impuestos a Washington... Sandy debería de haber trabajado en Nueva York, que ya por aquel entonces destacaba por la estupidez de sus habitantes. No entraré en los detalles de sus estafas porque su maquínita podría escandalizarse. Baste con decir que para separar a cada imbécil de su dinero, Sandy seguía el antiquísimo principio de buscar a un primo con cara de aprovechado. Eso es todo lo que hace falta, Ira: no cuesta nada timar a un avaro. Pero lo malo del caso era que Sandy Macdougal fue aún más ambicioso que

Librodot

sus víctimas, lo cual le hizo cometer más de una vez la tontería de pasarse de la raya y le obligó a menudo a abandonar la ciudad al amparo de la oscuridad, dejándose incluso el botín. Cuando se esquila a un individuo, Ira, hay que darle tiempo para que se recobre y le vuelva a crecer el pelo; de otro modo, se irrita. Respetando esta regla elemental, puede esquilarse a un primo tantas veces como se quiera, sin merma de su salud ni de su productividad. Pero Sandy era demasiado codicioso para respetarla; le faltaba paciencia.

-Se diría que es usted un experto en este arte, Lazarus.

-Un poco de respeto, por favor. Jamás he estafado a nadie. A lo sumo, me he quedado quieto y he dejado que el sujeto en cuestión se estafara a sí mismo. Eso no es obrar mal, porque nadie puede proteger a un idiota contra su propia idiotez. Si uno trata de hacerlo, no sólo excitará su animosidad, sino que además le privará de los inestimables beneficios que para él puedan derivarse de la experiencia. Nunca trate de enseñar a cantar a un cerdo: perderá el tiempo y molestará al cerdo.

6. En este pasaje se advierten algunas contradicciones; sin embargo, los modismos corresponden inequívocamente a la Norteamérica del siglo XX. Designan algunas formas de deshonestidad financiera. Véase "Estafas" en el capítulo dedicado al "Fraude" en Krishnamurti, *La nueva rama dorada*, Ed. Academo, Nueva Roma. (J. F. XLV.)

»De estafas sé cuanto se puede saber. Me parece que a lo largo de mi vida han querido hacerme víctima de las principales modalidades de todos los timos habidos y por haber. Algunos dieron resultado, cuando era muy joven. Entonces seguí el consejo del abuelo Johnson y dejé de intentar aprovecharme de las situaciones; desde aquel momento ya no pudieron pegármela. Pero no fui capaz de sacar fruto de los consejos del abuelo hasta después de pillarme los dedos unas cuantas veces. Se hace tarde, Ira.

El presidente en funciones se levantó con presteza.

-Sí, señor, se hace tarde. ¿Me permite un par de preguntas antes de marcharme? No tienen que ver con sus memorias, son preguntas de trámite.

-Hágalas, pero no me entretenga.

-Tendrá el botón de final opcional mañana por la mañana. Pero dijo usted que no se encontraba demasiado bien, y no tiene por qué seguir así, aun si decide cortar en un futuro inmediato. ¿Reanudamos el tratamiento de rejuvenecimiento?

-Hmm... ¿Segunda pregunta?

-Le he prometido hacer lo posible por encontrar algo totalmente nuevo que merezca su interés. También le he prometido pasar con usted todas las horas del día. Me parece que ambas cosas son incompatibles.

Lazarus sonrió.

-No trate de engañar al abuelito, nene; encargue la búsqueda a otra persona.

-Desde luego. Pero debo trazar el plan y ponerlo en marcha, comprobar regularmente los progresos que se registren y señalar nuevas direcciones en las que investigar.

-Vaya... Si accedo a que me apliquen el tratamiento completo, cada dos por tres estaré un par de días fuera de circulación.

-Tengo entendido que lo habitual es un día de reposo absoluto por semana, más o menos, según el estado del cliente. Mi experiencia particular se remonta a unos cien años atrás; creo que ha habido mejoras. ¿Acepta señor?

-Se lo diré mañana, cuando hayan instalado el botón. Yo no me doy prisa en tomar decisiones que exigen calma, Ira. Pero si acepto, dispondrá usted de tiempo libre para emplearlo como mejor le parezca. Buenas noches.

-Buenas noches Lazarus. Espero que acepte.

Weatheral se dirigió hacia la puerta, se detuvo a mitad de camino y habló con los técnicos, que inmediatamente salieron de la habitación, seguidos a toda prisa por la mesa. Cuando la puerta se hubo cerrado, Weatheral se volvió hacia Lazarus Long.

-Abuelo... -dijo quedamente, con un leve ahogo en la voz-, ¿puedo...?

Lazarus había modificado la inclinación del respaldo de su sillón, que ahora tenía forma de diván y le sostenía como una hamaca, tan tiernamente como unos brazos maternales. Al oír la voz del hombre más joven, levantó la cabeza.

-¿Eh? ¿Cómo? Ah, sí, muy bien, acérquese..., nieto.

Alargó un brazo hacia Weatheral.

El presidente en funciones se le acercó precipitadamente, cogió la mano de Lazarus, cayó de rodillas y la besó. El anciano la retiró bruscamente.

-¡Por todos los infiernos! No se arrodille delante de mí. No lo haga nunca más. Si quiere ser mi nieto, tráteme como tal. No así.

-Sí, abuelo -Weatheral se puso en pie, se inclinó y le besó en los labios. Lazarus le dio un golpecito en la mejilla.

-Es usted un tipo sentimental, nieto, pero un buen chico. Lástima que los buenos chicos no estén muy solicitados. Ahora borre de su rostro esa expresión solemne y váyase a casa a dormir toda la noche de un tirón.

-Sí, abuelo. Buenas noches.

-Buenas noches. Lárguese ya.

Weatheral salió rápidamente. Los técnicos se apartaron de un salto para dejarle paso y volvieron a entrar en la estancia. Weatheral siguió su camino, ignorando a las personas que había a su alrededor, pero con un semblante más afable que de costumbre. Pasó junto a una batería de naves de transporte y llegó hasta la nave particular del director, que se abrió al

sonido de su voz y le condujo velozmente al corazón de la ciudad, directamente al Palacio del Ejecutivo.

Lazarus levantó la mirada y vio entrar a sus asistentes. Hizo una seña al más alto. La voz del técnico, filtrada y distorsionada por el casco, dijo solícita:

-¿Cama..., señor?

-No, quiero... -Lazarus se interrumpió e hizo una pregunta al aire-: ¿Computadora? ¿Habla? Si no, dígalo por escrito.

-Le escucho, señor -respondió una meliflua voz de contralto.

-Diga a esta... a este enfermero que quiero todo lo que pueda darme para aliviar el dolor. Tengo quehacer.

-Sí, Decano -la incorpórea voz pasó a hablar en lengua galáctica, recibió respuesta en el mismo idioma y dijo-: El primer técnico jefe de guardia desea conocer la naturaleza y localización de su dolor y añade que no debería usted trabajar esta noche.

Lazarus calló y contó mentalmente hasta diez. Dijo entonces con toda calma:

-Maldita sea, me duele todo. Y no acepto consejos de un chaval. Tengo que atar algunos cabos sueltos antes de acostarme y nunca se sabe con certeza si uno va a despertarse vivo o muerto. Olvide lo del analgésico; no es tan grave. Dígales que se marchen y que se queden ahí fuera.

Lazarus trató de ignorar el breve diálogo que tuvo lugar a continuación, pues le irritaba no entender prácticamente nada. Abrió el sobre que le entregara Ira Weatheral, desdobló el principio del grueso paquete de papel continuo de computadora en el que estaba impreso su testamento y empezó a leerlo, silbando desafinadamente.

-El primer técnico jefe afirma que ha dado usted una contraorden, Decano, lo cual equivale, según las normas de la clínica, a una ratificación. Ahora le traen el analgésico.

-Olvídelo -Lazarus siguió leyendo y empezó a cantar en voz baja la canción que estaba silbando:

Hay una casa de empeños

en la esquina:

allí guardo la gabardina.

Hay un corredor de apuestas

en la esquina:

allí hago mis inversiones. [7]

El técnico más alto apareció junto a él llevando en la mano un disco brillante del que colgaban varios tubos.

-Para... el... dolor.

Lazarus hizo ademán de rechazarle con la mano que tenía libre.

-Márchese, tengo quehacer.

El técnico más bajo se situó a su otro costado. Lazarus le miró y preguntó:

-¿Qué quieren?

El técnico alto actuó con rapidez. Lazarus sintió un pinchazo en el antebrazo. Frotándoselo, exclamó:

-Vaya, me la ha jugado, ¿no, bribón? Muy bien, lárguese ya ¡lárguese! -Apartó de su mente lo sucedido y volvió a su tarea. Al cabo de un momento ordenó-: ¡Computadora!

-A sus órdenes, Decano.

7. Se ha dado en establecer la datación de estas coplas humorísticas en el siglo XX. Para su análisis semántico, véase apéndice.

-Tome nota de esto para imprimirlo. Yo, Lazarus Long, conocido a veces como el Decano y registrado en la genealogía de las Familias Howard con el nombre de Woodrow Smith, nacido en 1912, declaro que el presente documento es expresión de mi última voluntad y testamento... Computadora, vuelva a mi conversación con Ira y desentierre lo que dije que haría para ayudarle a dirigir una migración. ¿Lo tiene?

-Localizado, Decano.

-Póngalo en lenguaje muy florido y añádalo al párrafo inicial... vamos a ver... añada algo así: en el caso de que Ira Weatheral se haga acreedor a la herencia, dispongo que todos los bienes de los que me halle en posesión en el momento de mi fallecimiento sean destinados a... a... a la construcción de un hogar para rateros, rameras y rufianes depauperados y ancianos, y demás menesterosos que empiecen por erre. ¿Lo ha cogido?

-Grabado, Decano. Por favor, tenga presente que esta última alternativa tiene muchas probabilidades de ser invalidada una vez confrontada con la normativa vigente en este planeta.

Lazarus profirió una exclamación retórica y escatológica y añadió:

-Muy bien, que sea para los perros vagabundos o cualquier fin igualmente inútil pero aceptable legalmente. Busque en su memoria y encuéntreme un beneficiario al que no puedan poner pegas los tribunales. Se trata de que no caiga en manos de la Junta. ¿Lo ha entendido?

-No hay forma de asegurarlo, Decano, pero se intentará.

-Busque, y en cuanto lo encuentre imprímalo todo sin perder un segundo. Y ahora prepárese, que voy a dictar la relación de mis bienes. Empiezo -Lazarus fue a leer, pero notó que se le nublaba la vista y no lograba fijarla con nitidez-. ¡Maldición! Ese par de imbéciles me han dado alguna droga y ya empieza a hacer efecto. Sangre, he de conseguir una gota de mi sangre para poner mi huella en el testamento! Diga a esos tipos que me ayuden y explíqueles de qué se trata, y adviértales de que si se niegan me morderé la lengua hasta que sangre. Y ahora imprima mi testamento con la primera alternativa viable que se le ocurra, ¡rápido!

-Imprimiendo -respondió con calma la computadora, que a continuación se puso a hablar en galáctico.

Los "imbéciles" no replicaron; con toda presteza, uno de ellos recogió la hoja de papel que expelió la impresora auxiliar al cesar su zumbido y el otro sacó de la nada una lanceta esterilizada, pinchando a Lazarus en la yema del meñique izquierdo sin darle apenas tiempo de ver lo que le hacía.

Lazarus no esperó a que le extrajeran la sangre con una pipeta. Se apretó el dedo hasta que brotó una gota, tiñó con ella la yema de su pulgar derecho y la estampó al pie del testamento que el técnico más bajo sostenía ante él.

Acto seguido, se reclinó en su asiento.

-Ya está. Dígaselo a Ira -susurró.

Al cabo de un instante dormía profundamente.

Contrapunto

1

Bajo la callada vigilancia de los técnicos, el sillón trasladó cuidadosamente a Lazarus a la cama. El más bajo examinó las gráficas de respiración, actividad cardíaca, ritmos cerebrales y otras variables, en tanto el más alto metía los documentos -el testamento viejo y el nuevo- en un sobre impermeable, lo precintaba, marcaba el sello con la huella de su pulgar y escribía en una cara "Para entregar exclusivamente al Decano o al señor Presidente en Funciones".

Hecho esto, lo guardó hasta que llegó el relevo.

El técnico jefe de relevo recibió la novedad de la guardia anterior, echó una ojeada a las gráficas y examinó al cliente, que dormía.

-¿Por cuánto tiempo?-preguntó.

-Treinta y cuatro horas. Novo-Leteo.

El recién llegado lanzó un silbido.

-¿Otra crisis?

-Menos grave que la última. Pseudodolor acompañado de irascibilidad irracional. Constantes normales para esta fase.

-¿Qué hay en el sobre?

-Fírmeme un recibo y haga constar en él su conformidad con la entrega.

-Cuánta amabilidad...

-El recibo, por favor.

El técnico de relevo extendió un recibo, lo selló con el pulgar y lo entregó a cambio del sobre.

-Tomo el puesto-dijo secamente.

-Gracias.

El técnico bajo esperaba en la puerta. El primer técnico jefe se detuvo para decirle:

-No tenía por qué esperarme. A veces me cuesta tres veces más tiempo efectuar el relevo; usted puede marcharse en cuanto llegue el suboficial de guardia a relevarme.

-Ya lo sé, señor primer técnico jefe. Pero este cliente es un cliente muy especial... y además creí que podría serle útil con ese quisquilloso.

-Puedo arreglármelas con él. Sí, desde luego es un cliente muy especial… y dice mucho en favor de usted que el Tribunal de Aptitudes le destinara a servir conmigo cuando su antecesor pidió el traslado.

-Gracias.

-No me dé las gracias, adjunto -aun distorsionado por la escafandra, el sistema microfónico y el filtro, el tono de la voz del técnico jefe era amable, aunque no lo fueran sus palabras-. No es un cumplido: me limito a afirmar un hecho comprobado; si no hubiera cubierto correctamente su primera guardia, no habría habido una segunda... Sí, es "un cliente muy especial", como usted dice. Lo ha hecho muy bien... aparte un cierto nerviosismo que cualquier cliente habría notado aun sin verle la cara. Lo superará, de todos modos.

-Así lo espero. Estaba muy nervioso…

-Prefiero un ayudante nervioso a uno que conozca demasiado bien el trabajo y lo haga de cualquier manera. Pero ahora lo que usted necesita es irse a casa y descansar. Venga, le llevo. ¿Dónde vive, en la sala intermedia? Yo voy más allá.

-No se moleste por mí. Si quiere, le llevaré y devolveré el coche después.

-Tranquilo: cuando estamos fuera de servicio no hay clases entre quienes seguimos la Vocación. ¿No se lo han enseñado?

Dejaron atrás la cola del transporte público y el vehículo de la directora, deteniéndose en el andén de los ejecutivos.

-Sí, me lo han enseñado, pero... es la primera vez que trabajo con una persona de su categoría.

La revelación obtuvo una sonrisa como respuesta.

-Razón de más para tener en cuenta esa regla conmigo, porque cuanto más arriba está uno, más necesita olvidarse de ello cuando no está de servicio. Este coche está libre. Suba y siéntese.

El técnico bajo subió pero no se sentó hasta que lo hizo su superior. Sin reparar en ello, el rejuvenecedor jefe accionó los mandos, estiró las piernas y lanzó un suspiro mientras el vehículo arrancaba.

-Yo también acuso el esfuerzo. Cuando salgo de una guardia me siento con tantos años como el cliente.

-Ya lo veo. No sé si podré soportarlo. ¿Por qué no le dejan acabar de una vez, jefe? El hombre parece muy cansado.

El jefe tardó en responder, y al hacerlo eludió la pregunta.

-No me llame "jefe". Ya no estamos de servicio.

-Es que no sé cómo se llama.

-Ni necesita saberlo -tras una pausa, prosiguió-: Su situación no es la que parece ser a primera vista: ya se ha suicidado cuatro veces.

-¿Qué?

-Bueno, él no se acuerda. Si cree que ahora tiene mala memoria, debería de haberle visto hace tres meses. Cada vez que lo hace tenemos que trabajar más de prisa. El botón de suicidio que tenía, cuando lo tenía, era simulado: únicamente le dejaba inconsciente. Entonces teníamos que seguir adelante con el programa mientras hipnointroducíamos más cintas de recuerdos. Pero hace unos días tuvimos que dejarlo y quitarle el botón: recordó quién es.

-Pero... ¡eso va contra los Cánones! "La muerte es privilegio todo hombre".

El primer técnico jefe tocó el mando de emergencia; el coche siguió su marcha hasta encontrar un aparcamiento y se detuvo en él.

-Yo no he dicho que no vaya contra los Cánones, pero los oficiales de guardia no tomamos las decisiones.

-Cuando me aceptaron, presté juramento, y parte de mi deber es "dar la vida a quien la desee..., y no negar jamás la muerte a quien la anhele".

-¿Y cree usted que yo no presté ese mismo juramento? La directora está tan indignada que se ha tomado unos días de permiso. Es posible que presente la dimisión, aunque no me atrevería a pronosticarlo. Pero el presidente en funciones no es de nuestra Vocación, no se debe a nuestro juramento y el lema que hay en la entrada no significa nada para él. Su lema es, o parece ser, éste: "Cada regla tiene su excepción". Mire, ya sabía que tendría que hablarle de

esto y me alegro de que me haya dado la oportunidad de hacerlo antes del próximo servicio. Ahora tengo que hacerle una pregunta: ¿Desea usted abandonar? Un traslado no perjudicaría en nada su hoja de servicios, déjelo de mi cuenta. Y no se preocupe por el relevo: cuando me toque otra vez el turno, el Decano aún estará dormido y cualquier ayudante me servirá. Así tendrá tiempo el Tribunal de Aptitudes para seleccionar a quien le sustituya.

-Es que... quiero cuidar de él. Para mí, hacerlo es un verdadero privilegio, algo con lo que nunca soñé. Pero me atormenta la certeza de que no se le trata con lealtad. Y nadie es más justamente acreedor a un trato leal que el Decano.

-A mí también me atormenta. Sentí una mezcla de perplejidad y vergüenza cuando comprendí por vez primera que se me ordenaba mantener con vida a un hombre que se la había quitado por propia voluntad. O, más bien, a quien se había dejado creer que se la quitaba. Pero no tenemos ninguna capacidad de decisión al respecto, querido colega. Esta tarea será cubierta pensemos lo que pensemos. Entonces comprendí que... en fin, llámeme engreído si quiere, pero lo cierto es que me sobra competencia profesional: me considero el oficial de guardia mejor dotado de la plantilla. Resolví que, puesto que el Decano de las Familias debía recibir este tratamiento, no podía echarme atrás y permitir que se lo hicieran otros colegas menos hábiles. Las primas no tienen nada que ver; las destino al Santuario de los Deficientes.

-¿No podría yo hacer lo mismo?

-Sí, pero sería una tontería por su parte; yo cobro mucho más que usted. Y debo añadir algo: espero que su organismo tolere fácilmente los estimulantes, porque superviso las principales operaciones y espero que mi ayudante colabore, caigan o no dentro de nuestra guardia.

-No necesito de estimulantes: empleo la autohipnosis. Cuando hace falta, que no es muy a menudo. Para nuestro próximo turno el Decano estará dormido. Qué bien...

-Quiero que me dé una respuesta ahora, colega, para transmitirla al Tribunal de Aptitudes si es necesario.

-Pues... ¡seguiré! Seguiré mientras usted lo haga.

-Muy bien; no esperaba otra cosa -el primer técnico volvió a pulsar los mandos-. Y ahora a la sala intermedia, ¿no?

-Espere un poco. Me gustaría conocerle mejor.

-Si se queda me conocerá demasiado bien, colega. Tengo la lengua muy afilada.

-Quiero decir socialmente, no profesionalmente.

-¡Vaya!

-No se ofenda; siento una gran admiración por usted sin haberle visto siquiera. Ahora me gustaría verle, no es coba.

-Le creo. Pero hágame el favor de creer que estudié con atención sus magnitudes psicológicas antes de aceptar la elección del Tribunal. No me ofende; me halaga. ¿Quiere que cenemos juntos algún día?

Librodot

-Desde luego; pero pensaba en algo más. ¿Qué le parecerían "siete horas de éxtasis"?

Hubo un breve silencio que pareció muy largo. El primer técnico jefe preguntó:

-¿De qué sexo es usted, colega?

-¿Y eso qué importa?

-Supongo que nada. Acepto. ¿Tiene que ser ahora?

-Si le parece...

-Me parece. Sólo tenía previsto ir a mi compartimento, leer rato y acostarme. ¿Vamos allí?

-Pensaba llevarle al Elíseo.

-No es necesario, el éxtasis es cosa del corazón. Pero gracias de todos modos.

-Puedo hacerlo; no dependo del sueldo. Puedo proporcionarle sin ningún problema lo mejor que ofrezca el Elíseo.

-Quizás en otra ocasión, querido colega. Los compartimentos de residente de la clínica son muy confortables y están una hora más cerca, por lo menos, sin contar el tiempo que perderíamos en quitarnos el traje aislante y vestirnos para presentarnos en público. Vamos para allá, empiezo a tener ganas. Caramba, hace mucho que no he echado una cana al aire.

Cuatro minutos después, el primer jefe técnico abría la puerta deI compartimento -amplio, elegante y soleado: una suite "coqueta"-. Un fuego de imitación ardía alegremente en el hogar situado en un rincón y sus reflejos danzaban por las paredes del salón.

-Encontrará un vestidor para las visitas detrás de esa puerta. El baño está al fondo. A la izquierda encontrará el depósito de desperdicios y a la derecha una percha para la escafandra y el traje aislante. ¿Necesita ayuda?

-No, gracias, soy más bien ágil.

-Bueno, si necesita ayuda, llame. Dentro de diez minutos, frente al fuego. ¿De acuerdo?

-Ajá.

Al cabo de poco más de diez minutos apareció el técnico adjunto, libre al fin del traje protector. Descalzo y sin escafandra, aún parecía más bajo. Desde la alfombra que había frente a la chimenea, el primer técnico jefe levantó la mirada y exclamó:

-Ah, por fin. Pero ¡si es usted varón! Estoy sorprendida, pero me gusta.

-Sí, y usted es hembra. A mí también me complace, pero no me va hacer creer que la haya sorprendido: usted ya vio mi expediente.

-Sí, querido, pero no el personal -rectificó ella-, sino el extracto que el Tribunal facilita a los supervisores: la computadora se encarga de no incluir en él nombre, sexo y otros detalles sin importancia. No sabía si era usted varón o hembra; intenté adivinarlo, pero me equivoqué.

-Yo ni lo intenté siquiera. Pero, desde luego, me gusta que sea así. No sé por qué me gustan tanto las mujeres altas, pero el hecho es que me gustan. Levántese y deje que la contemple.

La mujer se tendió perezosamente en la alfombra.

-¡Qué gustos más absurdos! Todas las mujeres son igual de altas... cuando se acuestan. Venga, tiéndase aquí; se está muy cómodo.

-Ea, ea, cuando le digo "arriba" a una mujer, quiero que obedezca.

-Es usted del tipo de hombre que ya no abunda, pero no está nada mal -dijo ella con una risita. Estirando uno de sus largos brazos, le asió un tobillo y le hizo caer-. Así está mejor. Ahora tenemos la misma estatura.

2

-Eh, dormilón -dijo ella-, ¿quieres un refrigerio de medianoche?

-He echado una cabezadita, ¿verdad? Tenía por qué -dijo él- Sí, muy bien. ¿Qué puedes ofrecerme?

-Pide lo que sea; si no lo tengo, mandaré que lo traigan. No sabes lo tierna que me siento, cariño.

-Estupendo; pongamos diez vírgenes... hembras, claro... dieciséis años, altas y pelirrojas.

-Sí, cariño: todo lo mejor para mi Galahad. Aunque si tiene que ser con certificado de virginidad tardarán un poco más. ¿A qué se debe tu fetichismo, querido varón? Tus psicoperfiles no indicaban la menor anormalidad.

-Anula la orden; que sea un plato de helado de mango.

-Sí, señor; haré que lo manden en seguida. También puedes pedir uno de melocotón fresco; lo tendrás al momento. No había sido víctima de una seducción semejante desde que tenía dieciséis años… De eso hace mucho tiempo.

-Me quedo con el de melocotón. Sí, hace mucho tiempo.

-Al instante, queridísimo. ¿Te lo vas a tomar con cucharilla o prefieres que te lo emplaste en toda la cara? No, no había experimentado esta clase de tentación. Me han rejuvenecido una vez, como a ti, y tengo menos edad cosmética que tú.

-Es que un hombre tiene que parecer maduro.

-Y una mujer prefiere parecer más joven; siempre ha sido así. Pero no sólo conozco tu edad de rejuvenecimiento sino también tu edad real, Galahad... y soy más joven que tú. ¿Quieres que te diga cómo lo sé, cariño ? Te reconocí apenas verte. Yo intervine en tu rejuvenecimiento, querido, y no sabes cuánto me alegra haberlo hecho.

-Y un cuerno...

-En serio, cielo, me alegra. Es una recompensa tan bonita, tan inesperada... Raramente vuelves a ver a un cliente. Galahad, ¿te das cuenta de que no hemos recurrido a ninguno de los métodos habituales para proporcionarnos un éxtasis juntos? Y sin embargo lo hemos conseguido. Hacía años que no me sentía tan joven y tan feliz. Todavía me dura.

-A mí también. Sólo que no veo por ninguna parte ese helado de melocotón.

-¡Cerdo, animal! Soy más alta que tú; te voy a tumbar y te aplastaré. ¿Cuánto helado, amorcito?

-No sé, ve echando hasta que te duelan los brazos. Tengo que recobrar las fuerzas.

La siguió hasta la despensa y una vez allí fue amontonando platos de helado.

-Sólo es para asegurarme de que no me lo vas a estampar en la cara -explicó.

-Vamos, amor, no me digas que me crees capaz de hacerle algo así a mi Galahad...

-Eres de lo más excéntrica, Ishtar. Llevo algunos rasguños que lo atestiguan.

-¡Tonterías! He sido muy dulce.

-No conoces tu propia fuerza. Y, como sabes, eres más alta que yo. En lugar de Ishtar debería haberte llamado por el nombre de esa... ¿cómo es?... la reina de las amazonas de la mitología de Puertotierra.

-"Hipólita", cariño. Sí, yo podría pasar por una amazona, por motivos a los que acabas de referirte a modo de halago. Un poco infantil, eso sí.

-No te quejes; los de cirugía podrían arreglártelo en diez minutos y sin dejar cicatriz. No te preocupes, "Ishtar" es más apropiado. Pero en todo esto hay algo que no acaba de gustarme.

-¿Qué es, cielo? Vamos a tomarnos el helado delante del fuego.

-Bien. Por ejemplo, esto: me dices que he sido cliente tuyo y que recuerdas mis dos edades. Deduzco, por pura lógica, que sabes mi nombre de registro y mi Familia, e incluso puede que recuerdes parte de mi genealogía ya que debiste estudiarla cuando mi rejuvenecimiento. Pero las costumbres de las "siete horas" me prohiben intentar siquiera saber tu nombre. Tengo que archivarte en mi mente como "aquella primer técnico jefe alta y rubia que..."

-Aún me queda bastante helado para embadurnarte la cara...

-..."que me permitió llamarla Ishtar durante las siete horas más felices de mi vida". Que, por cierto, están a punto de expirar sin que yo sepa tan sólo si me vas a dejar llevarte al Elíseo alguna vez.

-Galahad, eres el cariñito más cargante que he conocido. Claro que puedes llevarme al Elíseo. Y no tienes por qué marcharte a casa al final de las siete horas. Y mi nombre de registro es Ishtar. Pero si por casualidad mencionas mi graduación fuera de las horas de

servicio, te dejaré cicatrices de las grandes para que te acuerdes

-Terrible; estoy muerto de miedo. Me parece que me marcharé a la hora debida para que puedas gozar de tu ración de sueño antes de entrar de guardia. Por cierto ¿cómo es eso de que tu verdadero nombre es Ishtar? ¿Qué pasa, lo acerté por casualidad cuando nos pusimos nombres el uno al otro?

-Sí y no.

-Eso no es una respuesta.

-Llevaba uno de los nombres corrientes en mi línea familiar, y nunca me gustó. El que me pusiste al acostarnos me encantó, así es que mientras dormitabas llamé a los archivos y me lo hice cambiar. Ahora soy Ishtar.

Él la miró fijamente.

-¿De veras?

-No te asustes, cariño. No te voy a enjaular, no quiero incomodarte en lo más mínimo. No tengo nada de animal doméstico, en absoluto. Te sorprenderías si te dijera cuánto hace que no entra aquí un hombre. Eres libre de marcharte cuando lo desees; sólo te has comprometido conmigo para siete horas. Pero no tienes por qué hacerlo: tú y yo vamos a fumarnos la guardia de mañana.

-¿Que vamos a...? ¿Por qué..., Ishtar?

-Hice otra llamada y trasladé la guardia a un equipo de reserva. Debí hacerlo antes, pero me tenías atontada, cielo. Mañana el Decano no nos va a necesitar; está en el más profundo de los sueños y no notará que ha perdido un día. Pero como quiero estar delante cuando se despierte he cambiado el cuadrante de servicios de pasado mañana y puede que estemos de guardia todo el día, según cómo se encuentre. Mejor dicho, puede que yo esté de guardia. No quiero forzarte a hacer un turno doble o triple.

-Si tú puedes hacerlo también puedo yo. Oye, Ishtar, esa categoría profesional que me has prohibido mencionar siquiera... Aún estás más arriba, ¿no es cierto?

-Si es que lo estoy, cosa que no afirmo, te prohibo que hagas la menor especulación al respecto. Si quieres seguir al cuidado de este cliente, claro...

-¡Caramba ! Pues sí es cierto que tienes la lengua muy afilada. No es para tanto...

-Perdona, Galahad, amor. Cuando estés de guardia quiero que sólo pienses en el cliente, cariño, no en mí. Fuera de servicio soy Ishtar y no deseo ser otra. No volveremos a vernos ante

un caso tan importante como éste; es muy posible que haya para largo y que resulte muy fatigoso, así es que debemos evitar los roces. Sólo intentaba decirte que te quedan..., que nos quedan más de treinta horas antes de volver a entrar de servicio. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras o marcharte en cuanto lo desees; no pondré ningún reparo.

-Ya te dije que no deseo marcharme, siempre que no te impida descansar...

-Descuida.

-... y me concedas una hora para dar cuenta de un paquete de víveres, ponerme el uniforme y descontaminarme. Debería de haber traído una ración, pero no pensé en ello.

-Que sea hora y media, entonces; tenía un mensaje grabado en el interfono: al Decano no le gusta el aspecto que presentamos con el traje aislante. Quiere ver a alguien cerca de él; por lo tanto, tendremos que dedicar el tiempo que haga falta a una descontaminación corporal para atenderle vestidos como personas normales.

-¿No será imprudencia, Ishtar? Podríamos estornudarle encima

-Esta orden no la he dado yo, querido: venía directamente de Palacio. Además, especifica que las mujeres debemos presentarnos lo más bellas y elegantes que podamos, o sea que tengo que ir pensando qué puedo ponerme que resista la esterilización. No vale ir desnuda, eso también lo especifica la orden. Y en cuanto a lo de estornudar, no te preocupes: ¿has pasado por alguna descontaminación corporal completa? Cuando esos tipos te sueltan, no puedes ni estornudar, por más ganas que tengas de hacerlo. Pero no le digas al Decano que te han descontaminado; figura que venimos de la calle sin más, sin tomar ninguna precaución particular.

-¿Y cómo voy a decírselo, si no hablo su idioma? ¿Acaso tiene algo contra la desnudez?

-No lo sé. Yo me limito a obedecer la orden que se ha dado a todo el cuerpo de guardia.

El hombre mostraba un aspecto pensativo.

-No creo que sea una psicopatía. Todas las psicopatías van en contra del instinto de supervivencia, eso es elemental. Me dijiste que el principal problema era sacarle de su estado de apatía; te alegraba verle tan malhumorado, aunque fuera una hiperreacción.

-Claro que me alegraba: demostraba que respondía. Mira, Galahad, no pienses más en ello y ayúdame, porque no tengo nada que ponerme.

-Me parece que no ha sido una idea del Decano, sino del presidente en funciones.

-No pretendo leerle el pensamiento, querido varón; cumplo sus órdenes y basta. Siempre he tenido un gusto pésimo para vestirme: ¿servirá una bata de auxiliar de laboratorio? Soportará la esterilización sin presentar rastro del tratamiento... y además me cae muy bien.

-Yo sí pretendo leerle el pensamiento, Ishtar, o por lo menos adivinar sus intenciones. Pues no, no creo que la bata te sirva: no parecerá que vengas "de la calle, sin más". Si aceptamos que no se trata de un síndrome psicopático, la única ventaja del vestido sobre la desnudez es que le da cierta variedad a la situación; en fin, contraste, un poco de cambio. Le puede ayudar a sacudirse la apatía.

La mujer le miró con interés y aire pensativo.

-Hasta ahora, y basándome en mi experiencia personal, Galahad, creía que el único interés que la ropa de una mujer tenía para un hombre residía en la posibilidad de quitársela. Tendré que proponerte para un ascenso.

-Aún no estoy preparado para que me asciendan; no llevo ni diez años en la Vocación, como sin duda sabes. Veamos qué hay en tu ropero.

-¿Y tú qué te pondrás, corazón?

-Es lo de menos. El Decano es varón y todas las historias y los mitos que circulan acerca de él indican que sigue las pautas de la cultura en la que nació. No es sensualmente polimorfo.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? Son mitos, cariño.

-Todos los mitos dicen la verdad si sabes interpretarlos debidamente, Ishtar. Lo que hago es conjeturar, pero se trata de conjeturas razonadas, y tengo un cierto dominio de esta materia. O lo tenía, hasta que me rejuvenecieron. Mejor dicho, hasta que me rejuveneciste. Entonces me dediqué a actividades más prácticas.

-¿Cuáles, cariño?

-Ya te lo contaré otro día. Estaba diciendo que no creo que lo que yo me ponga importe lo más mínimo. Me pondré una túnica, un pantalón corto y camiseta, o una falda, o incluso los calzoncillos que llevaba debajo del traje aislante. Me vestiré de colorines, me pondré algo distinto en cada guardia, pero ni siquiera me mirará: te mirará a ti, así es que vamos a buscar algo que pueda gustarle.

-¿Cómo sabrás si va a gustarle o no, Galahad?

-Muy sencillo: elegiré algo con lo que me gustaría a mí ver vestida a una preciosa rubia de piernas largas.

Le sorprendió la escasa cantidad de prendas que había en el ropero de Ishtar. De entre la larga relación de mujeres que formaban su experiencia, ella era la única, por lo que recordaba, que carecía de la vanidad necesaria para comprar cosas superfluas. Mientras buscaba, con cierta preocupación, empezó a tararear y terminó cantando un fragmento de una cancioncilla. Ishtar exclamó:

-¡Tú hablas su idioma!

-¿Cómo? ¿Qué idioma, el del Decano? No, claro que no. Aunque supongo que tendré que aprenderlo.

-Pues estabas cantando lo que canta él cuando está enfrascado en algo.

-Ah, sí, esto: "*Ayunaca... sadempeños... enlaesquí*..." Tengo oído fonográfico, simplemente; no entiendo la letra. ¿Qué dice?

-No estoy muy segura de que diga nada. La mayoría de las palabras no están en el vocabulario que he aprendido. Sospecho que lo único que cuenta es el ritmo, que los sonidos son semánticamente nulos. Es un recurso para tranquilizarse.

-Sin embargo, podría darnos una clave para comprenderle. ¿Has probado con una computadora?

-No tengo acceso a la computadora que registra todo lo que ocurre en aquella habitación, Galahad. Y dudo de que nadie sea capaz de entenderle, de comprenderle del todo. Es un ser primitivo, querido; un fósil viviente.

-A mí me gustaría intentar comprenderle. El lenguaje que emplea ¿es muy difícil?

-Mucho. Es totalmente irracional, sintácticamente enrevesado y tan repleto de modismos y dobles sentidos que incluso las palabras que creo conocer me dan quebraderos de cabeza. Ojalá tuviera tu memoria auditiva...

-El presidente en funciones parecía no tener la menor dificultad con él.

-Creo que tiene una habilidad especial para los idiomas. Si quieres probar, cariño, tengo aquí el programa de instrucciones.

-¡Acepto! Oye, ¿qué es esto, un disfraz?

-No; lo compré para usarlo como funda del diván, pero cuando llegué a casa vi que no servía para el de la sala.

-Esto es un vestido. Vamos a ver. No te muevas.

-Sí. pero ¡no me hagas cosquillas!

Variaciones sobre un mismo tema

Asuntos de Estado

A pesar de lo que le dije a mi antepasado el Decano, el abuelo Lazarus, lo cierto es que trabajo intensamente en la tarea de gobernar Secundus. Pero sólo me ocupo de tomar decisiones y juzgar el trabajo de los demás; dejo lo más pesado a los profesionales de la administración. Aun así, la problemática de un planeta de más mil millones de habitantes es lo bastante compleja como para tenerle a uno en constante ajetreo, especialmente si su intención es gobernar lo menos posible, ya que ello le obliga a dormir con un ojo abierto y tener el oído siempre atento a la menor señal de que los subordinados se entregan a gobernar más de lo debido. Dedico la mitad del tiempo a la negativa actividad de cesar a los funcionarios demasiado autoritarios y disponer que no vuelvan a desempeñar cargo público alguno.

También acostumbro a suprimir sus puestos y los que les están subordinados.

No he advertido que tales podas ocasionen inconveniente alguno, salvo el hecho de que los parásitos que han visto anuladas sus funciones se ven obligados a buscar algún modo de no

morir de inanición (no nos oponemos a que mueran de hambre; es más, nos parece muy bien que suceda así. Pero no se mueren).

Lo fundamental es detectar esos brotes malignos y eliminarlos antes que crezcan. Cuanta mayor destreza adquiere un presidente en esta actividad, tantos más brotes detecta, lo cual le mantiene cada vez más atareado. Ver un incendio forestal es cosa que puede hacer cualquiera, pero el auténtico experto es aquél que lo huele antes de declararse.

Todo esto me deja muy escaso tiempo para mi actividad principal, que es la de meditar acerca de las decisiones que hay que tomar. El objetivo de mi gobierno no ha sido nunca hacer el bien, sino solamente evitar hacer el mal. Parece muy sencillo pero no lo es. Por ejemplo: aunque la prevención de una insurrección armada forme parte de mi competencia fundamental -es decir, la de mantener el orden-, empecé a tener mis dudas acerca del acierto de la medida de deportar a los potenciales líderes revolucionarios muchos años antes de que el abuelo Lazarus me llamara la atención acerca de ese punto. Pero el síntoma que agravó mis preocupaciones era tan nimio que tardé diez años en advertirlo: durante esos diez años, no hubo contra mí ni un solo intento de asesinato.

Cuando Lazarus Long regresó a Secundus con el propósito de morir, ese inquietante síntoma llevaba veinte años dejándose sentir.

Era algo cargado de amenazadores presagios, y así lo comprendí. Una población de más de mil millones de personas, tan satisfechas, uniformes y mansas como para que en dos décadas no aparezca entre ellas ni un solo asesino decidido, está seriamente enferma, por sana que aparente estar. Durante los diez años que transcurrieron desde que advertí dicha carencia dediqué todas las horas de que pude disponer a meditar detenidamente sobre ella, y me vi preguntándome una y otra vez: ¿qué haría Lazarus en semejante caso?

Sabía, a grandes rasgos, lo que había hecho, y por ello decidí emigrar, guiando a mi pueblo lejos del planeta o yendo solo si nadie se decidía a seguirme.

(Al releer lo anterior, comprendo que suena como si yo pretendiera ser víctima de un asesinato al estilo de las grandes tragedias. Ni mucho menos: estoy protegido a todas horas por potentes y sutiles sistemas cuya naturaleza no pienso divulgar. Puedo, eso sí, referirme a tres precauciones negativas que suelo tomar: mi fisonomía no es conocida de la población; casi nunca aparezco en público y, si lo hago, es sin previo aviso. El papel de gobernante es peligroso, o debería serlo, pero no pienso morir de ello. El "inquietante síntoma" al que me refiero no es que yo esté vivo, sino que no haya ningún

asesino frustrado muerto. Nadie parece odiarme lo bastante como para intentarlo. Es aterrador. ¿En qué les habré fallado?)

Cuando la clínica Howard me comunicó que el Decano había despertado, recordándome que para él sólo había pasado una "noche", yo no solamente estaba despierto, sino que acababa de terminar el trabajo principal y encargué a alguien del resto, saliendo acto seguido hacia la clínica. Una vez descontaminado, me presenté ante él. Acababa de desayunar y se entretenía agitando perezosamente el café. Levantó la mirada y me saludó:

-Hola, Ira.

-Buenos días, abuelo -me dirigí hacia él para darle un saludo respetuoso, como me permitiera hacer cuando me despedí de él la "noche anterior", atento sin embargo al menor

indicio que significara un rechazo antes de que lo expresaran sus labios. Incluso en las Familias se da una amplia gama de costumbres de este tipo y Lazarus, como en todo, es una regla en sí mismo. Cubrí resueltamente, por lo tanto, la distancia que me separaba de él.

Me respondió retirándose tan levemente que no lo habría notado de no estar muy atento. Añadió a su gesto una discreta observación:

-Hay extraños, hijo.

Me detuve.

-Vaya, creo que lo son -añadió-. He intentado trabar amistad con ellos, pero no pasamos de cuatro palabras elementales y muchos ademanes. Claro que siempre es mejor tener personas cerca, y no aquellos fantasmas. Vamos a hacer buenas migas. Eh, guapa, acércate. Buena chica...

Hizo gestos a uno de sus técnicos de rejuvenecimiento: había dos, como de costumbre, pero esta vez uno era hembra y el otro varón. Me satisfizo comprobar que se había cumplido mi orden de que las hembras "vistieran con elegancia". Aquella mujer era una rubia grácil y ciertamente atractiva para quien gustara de hembras de estatura elevada (no es que me disgusten, pero me inclino por las que uno puede sentar en sus rodillas, aunque últimamente no me es posible dedicar mucho tiempo a estos menesteres).

La mujer avanzó unos pasos y esperó sonriente. Llevaba un no sé qué azul (la moda femenina cambia tan aprisa que no conseguía retener los nombres que dan a los vestidos y, además, lo que estoy refiriendo tuvo lugar en una época en la que se diría que cada mujer de Nueva Roma quería vestir de forma diferente a todas las demás). Fuera lo que fuese, era de un azul iridiscente que realzaba el brillo de sus ojos y se le ceñía al cuerpo cubriéndolo por completo. El conjunto resultaba agradable.

-Le presento a Ishtar, Ira. ¿Lo he dicho bien ahora, guapa?

-Sí, Decano.

-Y ese joven de ahí se llama, aunque parezca increíble, Galahad. ¿Conoce alguna leyenda de la Tierra, Ira? Si él supiera lo que significa, se lo cambiaría: es el nombre del perfecto caballero andante que no se comió una rosca. Intento descubrir por qué me resulta tan familiar el rostro de Ishtar y no lo consigo. ¿No habré estado casado contigo alguna vez, preciosa? Pregúnteselo usted, Ira; puede que no me entienda.

-No, Decano. No, nunca. Está seguro.

-Le entendió-dije.

-En fin, acaso fuera su abuela. Una moza muy espabilada. Quiso matarme y por eso la dejé.

La primer técnico jefe pronunció algunas palabras en galáctico. Yo traduje:

-Dice que aunque no le ha cabido nunca el honor de casarse contractual ni uniformalmente con usted, lo hará muy gustosa si lo desea, Lazarus.

-¡Caramba, ésta es también de las desvergonzadas ! Sí, debió de ser su abuela, sin duda. Hará de eso ocho o nueve siglos más o menos; no puedo precisarlo, pero fue en este planeta. A ver... pregúntele si su abuela se llama Ariel Barstow.

La mujer dio muestras de sentirse muy complacida y empezó a hablar a toda prisa en galáctico. Yo la escuché y traduje:

-Dice que Ariel Barstow es su tatarabuela y que se alegra mucho de que usted haya advertido la relación, ya que es ésta la línea por la que desciende ella del Decano... y que se sentirá inmensamente honrada, al igual que sus hermanos y primos, si accede usted a hacer converger de nuevo las líneas, con o sin contrato por medio. Todo ello, añade, cuando quede listo su rejuvenecimiento; no quiere atosigarle. ¿Qué le parece, Lazarus? En el supuesto de que haya consumido ya su cupo de reproducción, podría hacer una excepción con usted sin ninguna dificultad, para que no tenga que emigrar.

-¿Que no quiere atosigarme? ¡Y un cuerno! Lo está haciendo usted también. Pero ya que lo ha dicho con tanta finura, le daré una respuesta cortés. Dígale que me siento muy honrado por su sugerencia y que su nombre entrará en el sorteo, pero no le diga que me marcho el jueves. En otras palabras, el clásico "no nos llame; ya le llamaremos"; pero asegúrese de no herirla, es una buena chica.

Transmití el mensaje con el mayor tacto; Ishtar, radiante de gozo, hizo una reverencia y retrocedió. Lazarus dijo:

-Traiga una silla y siéntese un ratito, hijo -bajando la voz, añadió-: Entre nosotros, Ira: estoy convencido de que Ariel me la pegó con otro. Aunque fue con un descendiente mío; por lo tanto, esta chica desciende de mí, aunque por una vía no tan directa como cree. No es tan importante... ¿Y qué hace usted aquí tan temprano? Ya le dije que podía disponer de dos horas después de desayunar.

-Soy muy madrugador, Lazarus. ¿Es verdad que ha decidido someterse a un tratamiento completo? Ella lo cree así, al parecer.

Lazarus se mostró apenado.

-Es la respuesta más fácil. Pero ¿quién me asegura que recuperaré mis huevos?

-Las gónadas de su clon son suyas, Lazarus; eso es algo elemental.

-No sé, ya veremos. Esto de madrugar es un vicio, Ira: no le dejará crecer y le acortará la vida. A propósito... -Lazarus miró a la pared-, gracias por ordenar que volvieran a instalar el botón de suicidio. No es que me tiente, con el día tan bueno que hace, pero a cualquiera le gusta saber que está en situación de elegir. Galahad, traiga café para el presidente y alcánceme aquella bolsa de plástico.

El abuelo Lazarus subrayó las órdenes con gestos, pero creo que el técnico entendió lo que le decía. O si no, sería algo telepático: los rejuvenecedores son muy sensibles (tienen que serlo). El hecho es que el hombre ejecutó sin vacilar lo ordenado.

Entregó el sobre a Lazarus y me sirvió café. No me apetecía, pero tomo siempre lo que el protocolo me exija beber. Lazarus prosiguió:

-Aquí tiene mi nuevo testamento, Ira. Léalo, archívelo y dígaselo a la computadora. Ya he dado mi visto bueno a la redacción que hizo de él, se lo he vuelto a leer y le he ordenado que lo guarde en la memoria con la palabra "legalizar" encima. Ahora habrá que ser un auténtico zorro para birlarle a usted la herencia, aunque no hay nada imposible.

Hizo una seña para que el técnico se retirase.

-No más café, gracias; puede sentarse. Tú también, Ishtar. ¿Qué son estos jóvenes, Ira: enfermeros, asistentes, criados, o qué? Están constantemente encima de mí, como una gallina con su polluelo. Nunca he pedido más servicio que el estrictamente necesario. Sólo pido un poco de amabilidad y compañía.

No supe responder y tuve que preguntarlo. Además de no tener yo por qué saber cómo está organizada la clínica de rejuvenecimiento, sucede que es una empresa privada, no dependiente de la Junta, y a su directora le disgustaba muy mucho mi intervención en el caso del Decano. Por lo tanto, había optado por inmiscuirme en ello lo menos posible, siempre que mis instrucciones fueran debidamente seguidas.

Me dirigí en galáctico a la técnico:

-El Decano desea conocer cuál es su calificación profesional, señora. Dice que se comporta usted como una criada.

Ella respondió pausadamente:

-Para nosotros constituye un placer servirle en todo lo que esté en nuestra mano, señor - tras una leve vacilación, prosiguió-: Soy el técnico de rejuvenecimiento Ishtar Hardy, primer administrador jefe y subdirector de métodos de rejuvenecimiento, y el suboficial

de guardia es el técnico adjunto Galahad Jones.

Después de haber sufrido dos rejuvenecimientos y estando habituado a la idea desde mis primeros años, no me causa ninguna extrañeza que la edad cosmética de alguien no se corresponda con su edad cronológica, pero debo reconocer que me sorprendió enterarme de que aquella joven era no sólo un técnico, sino además el jefe de su departamento, probablemente el tercero en importancia de la clínica. O acaso fuera en aquel momento la segunda autoridad del establecimiento, con la directora ausente y refunfuñando en una tienda de campaña. Al infierno con la vieja engreída. Podía incluso ser directora en funciones, con un subalterno suyo, o algún otro jefe de sección, "cuidando del negocio" entre tanto.

-¿Ah, sí? -repuse-. ¿Puedo preguntarle su edad cronológica, señora?

-El señor presidente en funciones puede preguntar lo que desee. Sólo tengo ciento cuarenta y siete años de edad, pero estoy muy bien cualificada; ésta ha sido mi única ocupación desde que alcancé la primera madurez.

-No vaya a pensar que dudo de su capacidad, señora, pero me sorprende y me extraña verla haciendo un turno de guardia y no sentada detrás de una mesa de despacho. Aunque he de admitir que ignoro cómo está organizada la clínica.

Ella sonrió levemente.

-Yo podría expresar algo semejante a la vista de su interés por este caso, señor... si no creyera que lo comprendo. Estoy aquí porque decidí no delegar mi responsabilidad en el caso; se trata del Decano. He seleccionado con la máxima exigencia los oficiales de guardia que le han sido asignados: son los mejores de que disponemos.

Debí adivinarlo.

-Me parece que nos entendemos -dije-, y ello me complace. Pero, ¿me permite una sugerencia? Nuestro Decano es independiente por naturaleza y extremadamente individualista. Quiere el mínimo servicio personal posible; únicamente el que sea necesario.

-¿Le habremos importunado, señor? ¿Demasiada solicitud? Puedo montar guardia al otro lado de la puerta y presentarme al instante cuando pida algo.

-Sí, es posible que se trate de un exceso de solicitud. Pero manténganse a la vista. Quiere la compañía de seres humanos, la necesita.

-¿Qué pasa con tanto blablablá? -inquirió Lazarus.

-Tenía que hacer algunas preguntas, abuelo, porque desconozco la organización de la clínica. Ishtar no es ninguna asistenta: es un técnico, y muy cualificado, por cierto. Su adjunto también. Pero les satisface proporcionarle todo lo que usted pida.

-No necesito lacayos; hoy me encuentro muy bien. Si quiero algo, gritaré; no hace falta que pasen el día pegados a mí como lapas. Aunque -añadió con una sonrisa de picardía- la chica es un verdadero bombón, pero de tamaño familiar: es un puro placer verla circular por aquí. Se mueve como un gato, deslizándose, flotando. Me recuerda a Ariel, vaya si me la recuerda. ¿Le dije que Ariel quiso matarme?

-No. Pero me gustará oírlo si usted quiere contarlo.

-Hum... Pregúntemelo cuando no esté Ishtar. Me huelo que sabe más inglés del que dice. Pero le prometí hablar si usted venía a escucharme. ¿Qué quiere que le cuente?

-Cualquier cosa, Lazarus. Quien escogía el tema era Scherezade.

-Es verdad. Pero no se me ocurre ninguno en especial.

-Bien, pues... Cuando llegué me dijo usted que "eso de madrugar es un vicio". ¿Lo decía en serio?

-Es posible. El abuelo Johnson aseguraba que lo era. Solía contar la historia de un hombre que debía ser fusilado al amanecer, pero no oyó el despertador y llegó tarde. Le conmutaron la sentencia y vivió cincuenta o sesenta años más. El abuelo decía que aquel caso probaba su teoría.

-¿Y usted cree que esa historia es cierta?

-Tan cierta como cualquiera de las que contaba Scherezade. Yo interpreto así la moraleja: "Duerme cuanto puedas, porque acaso tengas que pasar mucho tiempo en vela". Madrugar puede no ser un vicio, Ira, pero desde luego no es una virtud. Todo lo que demuestra el cuento

del pajarito madrugador es que el gusano debió quedarse un rato más en la cama. No trago a la gente que presume de madrugadora.

-No pretendía hacer tal cosa, abuelo. Me levanto temprano como consecuencia de un hábito largamente cultivado: el hábito de trabajar. Yo no digo que sea una virtud.

-¿Qué: trabajar o madrugar? Ni lo uno ni lo otro es una virtud. No se produce más por levantarse antes: es como cortar un cabo de una cuerda y atarlo al otro queriendo hacerla más larga. En realidad, uno trabaja menos si se empeña en levantarse bostezando y todavía cansado. No se está ágil y se cometen errores que obligan a repetir la tarea, y este trajín resulta improductivo y engorroso, además de molesto para quienes dormirían hasta más tarde si el vecino no anduviera trasteando y haciendo ruido a horas intempestivas. El progreso no lo traen los madrugadores, Ira, sino los perezosos que buscan la forma más cómoda de hacer las cosas.

-Empiezo a creer que he perdido el tiempo durante cuatro siglos.

-Es posible, hijo, si lo dedicó a darse madrugones y trabajar como un condenado. Pero aún está a tiempo si quiere cambiar de hábitos. No se aflija: yo también he malgastado la mayor parte de mi larga vida, aunque seguramente de forma más agradable. ¿Quiere que le cuente la historia del hombre que elevó la pereza a la categoría de arte? Su vida es la mejor ilustración de la ley del mínimo esfuerzo. Es una historia real.

-Adelante, aunque vale más no insistir sobre esto último.

-Es igual, nunca permitiré que la verdad me ate de manos. Soy un solipsista de siete suelas. Escuche pues, oh rey todopoderoso.

Historia del hombre que era demasiado perezoso para fracasar

Éramos compañeros en una escuela de formación de oficiales navales. No se trataba de naves espaciales: lo que voy a contar sucedió antes de que el género humano alcanzase siquiera el satélite de la Tierra. Se trataba de navegación en medio líquido, en buques que flotaban en el agua y trataban de mandarse a pique unos a otros, a menudo con éxito, lamentablemente. Me vi metido en ello por ser aún demasiado joven para comprender plenamente que, si mi barco se hundía era muy probable que yo me hundiera con él... Aunque esta historia no es la mía, sino la de David Lamb.[8]

Para explicar quién fue David debo retroceder hasta su niñez. Era un palurdo, lo que significa que procedía de una región que, incluso para los pobres niveles de la época, cabía considerar como incivilizada... y Dave bajaba de un pueblo tan perdido tras las montañas que en él los búhos cazaban gallinas.

Su educación, que terminó a los trece años, tuvo como escenario una escuela de pueblo de una sola aula. Le gustaba, porque cada hora que pasaba en clase era una hora en la que no se hacía nada más penoso que, a lo sumo, leer. Antes y después de clase tenía quehacer en la granja de su familia, cosa que odiaba, porque el suyo era lo que decían "un trabajo honrado", es decir, un trabajo duro, sucio, improductivo y mal pagado, y que además le obligaba a madrugar, cosa que aborrecía más aún.

El día de la graduación fue un día triste para él: significaba que a partir de aquel momento "trabajaría honradamente" todo el día en lugar de disponer de seis o siete horas de descanso en la escuela. Un día de mucho calor pasó quince horas arando tras de una mula... Cuanto más alzaba la mirada al trasero de la mula, tragando el polvo que levantaba y secándose de la frente el honrado sudor del trabajo, más la odiaba.

Aquella misma noche se marchó de casa sin despedirse, cubrió a pie los quince kilómetros que había hasta el pueblo, se echó a dormir a la puerta de la estafeta de correos hasta que, ya de mañana, la señora abrió, y se alistó en la marina. Aquella noche pasó de tener quince años a tener diecisiete, lo que le hizo apto para alistarse. Suele suceder que un muchacho crezca rápidamente después de escapar de casa. No hay nada de extraño en ello: en aquel tiempo, y en aquella parte del mundo no se conocían aún los registros civiles ni las partidas de nacimiento, y David medía más de un metro ochenta, era ancho de espaldas, fornido, bien parecido y tenía aspecto de persona madura, salvo un punto de locura que había en su mirada.

La marina le sentó bien a David. Le dieron ropa y zapatos nuevos y le dejaron rondar por los mares para ver lugares extraños e interesantes, libre de las molestias de las mulas y el polvo de los maizales. Le hacían trabajar, aunque no tanto como en la granja, y tan pronto como se formó una idea de cuál era el esquema jerárquico imperante a bordo, se aficionó a no esforzarse demasiado y limitarse a tener contentas a las deidades locales, es decir, a los suboficiales

8. No hay constancia escrita de que el Decano fuera alumno de ninguna escuela o academia militar de oficiales navales. No existen, por otra parte pruebas de que no lo fuera. El relato puede ser autobiográfico en la medida en que sea verdadero; "David Lamb" puede ser uno de los muchos nombres empleados por Woodrow Wilson Smith. Los detalles concuerdan por lo que sabemos, con la historia de Puertotierra. El primer siglo de vida del Decano coincide con el siglo de guerra permanente que precedió al Gran Hundimiento, un siglo de grandes progresos científicos a los que se contrapuso un retroceso en el terreno social. Durante dicho siglo se usaron en el combate ingenios de navegación aérea y náutica. Para modismos y terminología, véase apéndice. (J. F. XLV.)

Pero todo aquello no le resultaba absolutamente satisfactorio porque aún tenía que levantarse temprano, soportar guardias nocturnas y a menudo fregar cubiertas o ejecutar otras tareas igualmente inapropiadas para un carácter sensible como el suyo.

Oyó hablar, entonces, de aquella escuela para aspirantes a oficiales, "Guardiamarinas", les llamaban. A David lo que menos le importaba era cómo les llamaran; lo que contaba era que le pagarían por sentarse y leer libros -su ideal de vida- libre de las molestias de la escoba y el barreño y los suboficiales. ¿Le aburro, oh rey todo todopoderoso?

¿No? Bien. David estaba muy mal preparado para ingresar en aquella escuela, ya que no había recibido los cuatro o cinco años de instrucción suplementaria que se consideraban necesarios: matemáticas, lo que entonces tenían por ciencias, historia, lenguas, literatura y otras cosas.

Aparentar esta educación superior que no poseía era más difícil que añadir dos años a la edad de un chico más desarrollado de lo normal, pero la marina estaba deseosa de animar a los voluntarios a que aspirasen a oficiales y había establecido un sistema de tutorías para ayudar a los aspirantes que llegaran algo cortos de preparación académica.

David calificó su situación de "ligeramente deficiente"; le dijo a su suboficial que "por muy poco no se graduó en la escuela secundaria", lo cual era verdad en cierto modo: le había faltado "un poco", exactamente medio condado, que era la distancia que separaba su casa de la escuela secundaria más cercana.

Ignoro cómo convenció David a su chusquero para que le enchufara; nunca habló de ello. Baste con decir que, cuando el barco de David zarpó rumbo al Mediterráneo, le dejaron en la escuela preparatoria de Hampton Roads seis semanas antes del inicio del curso. Durante ese tiempo estuvo de agregado. El oficial de personal (su ayudante, de hecho) le dio una litera y una plaza de rancho y le dijo que en horas de trabajo no saliera de las aulas vacías en las que sus camaradas aspirantes habían de reunirse seis semanas después. David lo hizo así. En las aulas halló los libros de texto para los cursos preparatorios y los aprovechó. No se dejó ver y fue leyendo. Con eso le bastó.

Cuando empezó el curso, David ejerció de ayudante del profesor de geometría euclidiana, una materia obligatoria, acaso la más fascinante. Tres meses más tarde juraba bandera como cadete naval en West Point, en las hermosas orillas del Hudson.

No comprendió que acababa de saltar de la sartén al fuego: el sadismo de los suboficiales era cosa de niños comparado con los refinados tormentos que los cadetes de las promociones superiores, en especial los más veteranos, que eran verdaderos representantes de Lucifer en aquel infierno organizado, infligían allí a los cadetes recién

llegados (los "parias", como les llamaban).

David tardó tres meses en comprenderlo y hallar el modo de actuar en consecuencia: exactamente el tiempo que pasaron embarcados de maniobras los cursos superiores. Tal como lo veía, si lograba resistir nueve meses, el mundo sería suyo. Si cualquier mujer podía esperar nueve meses ¿por qué no él?

Mentalmente, clasificó los distintos azares a los que estaba expuesto en tres apartados: lo que había que soportar, lo que había que evitar y lo que había que buscar a toda costa. Cuando regresaron los señores de la creación para pisotear de nuevo a los parias, ya se había trazado una línea de conducta para resistirlo de acuerdo con unas teorías que variaban ligeramente en cada caso, lo suficiente para ajustarse a las posibles variaciones en la situación en vez de improvisar sobre la marcha.

Para sobrevivir a situaciones de esta dureza, Ira, oh gran rey, esto es más importante de lo que parece. Por ejemplo: el abuelo... es decir, el abuelo de David, le aconsejó que nunca se sentara de espaldas a una puerta. "Es muy posible que lo hagas novecientas noventa y nueve veces, sin peligro, hijo" le dijo, "sin que entre por esa puerta un enemigo tuyo. Pero puede entrar a la milésima vez. Si mi abuelo hubiera seguido siempre esta norma, hoy estaría vivo y podría correrse sus buenas juergas. Sabía muy bien lo que tenía que hacer, pero falló una vez por tener demasiada prisa en sentarse a una mesa de póquer: se sentó en la única silla libre, de espaldas a la puerta, y le pillaron. Se levantó de un salto y descerrajó tres balas de cada una de sus pistolas contra su agresor antes de caer; somos duros de pelar. Pero aquélla fue una victoria moral; ya estaba muerto, con una bala en el corazón, antes de saltar de aquella silla. Todo por

sentarse de espaldas a la puerta". Jamás olvidé las palabras del abuelo, Ira. No las olvide usted tampoco.

Así clasificó David las situaciones y preparó sus teorías. Una de las cosas que había que soportar eran los incesantes interrogatorios, y pronto supo que a un paria no le estaba permitido responder jamás "No lo sé, señor" a un veterano, y menos a uno de los de último curso. Las preguntas solían referirse a determinados apartados: historia de la escuela, historia de la marina, frases célebres, nombres de capitanes de equipo y estrellas de algunos deportes, cuántos segundos faltaban para la graduación, cuál era el menú para la cena… en general no le inquietaban, porque podía aprenderse de memoria

las respuestas, a excepción de la pregunta sobre los segundos que faltaban para la ceremonia de entrega de despachos, para la que ideó algunos trucos que le fueron muy útiles años después.

-¿Qué clase de trucos, Lazarus?

-Nada del otro jueves. Una cifra preestablecida para cada diana, una cifra suplementaria para cada una de las horas inmediatamente siguientes. Por ejemplo: cinco horas después de la diana de las seis requerían restar dieciocho mil segundos de la cantidad base, y doce minutos más descontaban otros setecientos veinte segundos. Por ejemplo, cien días antes del gran día, suponiendo que la ceremonia fuera a tener lugar a las diez de la mañana, que era lo acostumbrado, David estaba en condiciones de responder al toque de retreta "ocho millones seiscientos treinta y dos mil setecientos veintisiete segundos, señor" con la misma rapidez con que su jefe de sección se lo preguntara, gracias a tenerlo calculado de antemano casi por completo.

A cualquier otra hora del día, consultaba su reloj como aguardando a que el minutero llegara a una de las divisiones mientras en realidad efectuaba mentalmente las operaciones.

Pero todavía fue más allá: se inventó un reloj decimal, no el que usan ustedes aquí en Secundus, sino una variación del absurdo e incómodo sistema terrestre de días de veinticuatro horas, horas de sesenta minutos y minutos de sesenta segundos. Dividió el tiempo que transcurría entre diana y silencio en intervalos de diez mil, mil y cien segundos, y se aprendió de memoria una tabla de conversión.

Es fácil ver las ventajas del sistema. Para cualquiera excepto Andy Libby, Dios le tenga en su gloria, es más fácil restar diez mil o mil de una sarta de números del orden del millón, rápido y sin error, que restarle siete mil doscientos setenta y tres, la cifra del ejemplo que acabo de poner. El sistema de David permitía no tener que ir conservando cifras auxiliares en la memoria mientras buscaba el resultado final.

Por ejemplo: diez mil segundos después de diana son las ocho de la mañana, cuarenta y seis minutos con cuarenta segundos. En cuanto hubo elaborado su tabla de conversión y la memorizó -no le costó más que un día, porque aprender cosas de memoria le resultaba muy fácil-, en cuanto la tuvo bien digerida podía hacer una conversión de la hora a intervalos de cien segundos casi instantáneamente, determinando cuál era el intervalo que estaba por cumplir, y entonces añadía en lugar de restar, los dos dígitos que representaban la hora que iba a cumplirse a las dos últimas cifras de la primera cantidad para obtener la respuesta exacta. Como las dos últimas cifras son siempre ceros -compruébelo usted mismo-, era capaz de hallar una respuesta en millones de segundos casi tan aprisa como pronunciaba los números, y sin fallo.

Como no explicó a nadie en qué consistía su método, se ganó la reputación de prodigio del cálculo, de *idiot savant*, como Libby. No era nada de eso: era simplemente un chico de pueblo que usaba la cabeza para resolver un sencillo problema. Pero a su jefe de sección le molestó tanto que fuera un "sabihondo" -que le llamara así significaba que él no podía hacer lo mismo que David-, que le mandó aprenderse de memoria la tabla de logaritmos. A Dave no le molestó en lo más mínimo: lo único que no soportaba era el "trabajo honrado". Empezó a hacerlo, a un ritmo de veinte números al día, ya que esa era la cantidad que el jefe juzgó suficiente para hacer quedar mal a aquel "sabihondo".

El veterano se cansó del asunto cuando David acababa de cubrir las primeras seiscientas cifras, pero él siguió en ello otras tres semanas, hasta pasadas las mil, lo cual le permitió deducir por interpolación las primeras diez mil y prescindir así de las tablas grandes, habilidad que desde aquel momento le sería enormemente útil, ya que por aquel entonces apenas si se conocían las computadoras.

El incesante diluvio de preguntas no importunaba a David salvo por la posibilidad de morirse de hambre a la hora de comer, pero aprendió a engullir el rancho a toda velocidad al tiempo que prestaba toda su atención a las cuestiones, y aprendió también a contestarlas todas. Algunas eran capciosas, como por ejemplo: "¿Es usted virgen?" Cualquiera que fuese su respuesta, el paria se veía en apuros si respondía de buena fe. No sé por qué sería, pero en aquella época daban mucha importancia a la virginidad o a su pérdida. Preguntas de ese tipo pedían respuestas del mismo estilo, y Dave descubrió que una contestación adecuada era: "Sí, señor, de la oreja izquierda", o del ombligo...

Pero la mayor parte de las preguntas de pega iba dirigida a lograr del paria una respuesta sumisa, y la sumisión era pecado mortal. Así, si un cadete de último curso le espetaba: "¿Le parezco guapo, señor?", una buena respuesta era: "Acaso se lo parezca usted a su madre, señor, pero no a mí", o bien: "Sí, señor, es usted el proyecto de chimpancé más guapo que he visto en mi vida".

Dar semejantes respuestas era arriesgado, ya que se podía provocar la ira del veterano, pero siempre era más seguro que arrugarse y dar una contestación en tono de mansedumbre. De todos modos, por más empeño que pusiera un paria en rizar el rizo de la sutileza, lo más seguro era que al menos una vez por semana algún veterano dictaminase que necesitaba un castigo; así, arbitrariamente, sin juicio previo. La cosa iba desde una pena suave, como repetir un ejercicio gimnástico hasta el desvanecimiento lo cual mortificaba sobremanera a David porque le recordaba demasiado el "trabajo honrado", hasta una zurra en las posaderas. Puede que no le parezca tan terrible, Ira, pero no hablo de una azotaina como las que se dan a veces a los niños: aquellas tundas las daban pegando de plano con un sable o con un viejo mango de escoba que venía a ser un verdadero garrote, largo y pesado. Tres azotes dados por cualquiera de aquellos muchachotes fornidos y bien alimentados dejaban el trasero de la víctima reducido a una colección de hematomas y magulladuras, con el añadido de un dolor atroz. David intentó por todos los medios evitar incidentes que pudieran costarle semejante tortura a sangre fría, pero no hubo forma de lograrlo del todo; y algunos de los veteranos llegaban al puro sadismo. Cuando le tocaba, David apretaba los dientes y encajaba lo que le hicieran, considerando -acertadamente- que si desafiaba la suprema autoridad de un veterano le echarían a patadas de la escuela. Así es que se lo tomó con filosofía y aguantó lo que le echaron.

Pero sus proyectos de una vida libre de un "trabajo honrado", y su propia seguridad personal, estaban sometidos a un riesgo todavía mayor. En la mística del servicio militar entraba la idea de que un aspirante a oficial debía sobresalir en los deportes. No me pregunte por qué: tenía tanta explicación racional como la mayoría de las cuestiones teológicas.

Los parias, en especial, no tenían otra salida: debían dedicarse al "deporte". Cada día, David estaba obligado a sudar la camiseta durante dos horas que teóricamente eran de asueto, pero que él podía pasar descabezando un sueñecito o distrayéndose en la placidez de la biblioteca.

Y, lo que era peor aún, algunos de esos deportes, además de obligar a un derroche de energías, ponían en peligro la integridad de la piel de David, que él tanto valoraba. Por ejemplo, el "boxeo", una especie de lucha estilizada, falsa, perfectamente estúpida, y de la que ya no se acuerda nadie, en la que dos hombres se vapuleaban durante un cierto tiempo fijado de antemano o hasta que uno de los dos caía inconsciente. O el "lacrosse", que era una especie de batalla en broma inspirada en las que libraban los primitivos habitantes de aquel continente. En ella, un tropel de gente se peleaba con bastones. Había una especie de proyectil con el que se marcaban puntos. Pero lo que causaba el disgusto de nuestro héroe era la posibilidad de salir con un hueso roto o el cráneo partido. O estaba también lo que llamaban "water polo", consistente en que nadadores de dos equipos intentaban ahogarse los unos a los otros. David lo eludió gracias a que nadaba únicamente lo indispensable para no ser expulsado de la escuela, porque la natación era obligatoria. De hecho era un estupendo nadador: aprendió a los siete años, cuando dos primos suyos le echaron a un río. Pero ocultó sus verdaderas habilidades.

El deporte que gozaba de mayor prestigio era una cosa que llamaban "fútbol": los veteranos elegían cuidadosamente de entre cada nuevo grupo de víctimas a los aspirantes que pudieran ser aptos para intervenir en aquel pandemónium organizado. David no había visto ningún partido; cuando presenció el primero, el espectáculo llenó de horror su espíritu de hombre pacífico.

No había para menos: se trataba de dos grupos de once individuos que se enfrentaban sobre un campo rectangular tratando de llevar una vejiga elipsoidal a la zona del contrario. Habría que añadir a la descripción unos cuantos ritos especiales y una terminología totalmente esotérica, pero la idea esencial es ésa.

Dicho así parece inofensivo y más bien tonto. Tonto sí lo era, pero inofensivo no, porque las fórmulas rituales permitían que los hombres de una de las bandas atacaran de muy diversas formas al contrario que intentara avanzar con el elipsoide; la menos violenta de ellas era asirle por un miembro y derribarle como un saco. A veces el rival en cuestión era atacado por cuatro o cinco hombres a la vez, con lo cual se le hacía víctima de atropellos no tolerados por las normas pero que quedaban impunes, disimulados bajo el montón de cuerpos.

En teoría, semejante actividad no tenía por qué dar lugar a fallecimientos, pero en la práctica éstos ocurrían. Las lesiones gravísimas eran cosa de cada día. Para su desgracia, David poseía las condiciones físicas ideales para tal deporte: estatura, peso, reflejos, vista y pies planos. Como estaba convencido de que los alumnos de último año le escogerían en cuanto hubiera vuelto de las maniobras, se ofreció "voluntariamente" como víctima dispuesta al sacrificio. Volvía a ser hora de emplear sus tácticas evasivas.

EI único modo posible de librarse del "fútbol" era dedicarse seriamente a otro deporte. Y dio con él.

¿Sabe usted lo que es la "esgrima", Ira? Bien, pues no me importa explicárselo. Hubo un tiempo, en la historia de la Tierra, en que la espada, después de haber sido un arma ofensiva por espacio de más de cuarenta siglos, dejó de serlo. Pero todavía existían espadas, como vestigio de la antigüedad, y conservaban restos de su antiguo prestigio. Todo caballero debía dominar el manejo de...

-¿Qué es un "caballero", Lazarus?

-¿Eh? No me interrumpa, muchacho: me hace perder el hilo. Un caballero es... a ver, un momento. Una definición general... No sé, hay varias, pero todas demasiado difíciles de comprender. Algunos decían que era una cuestión de linaje, lo cual venía a ser una forma despectiva de decir que era un rasgo heredado. Pero no dice en qué consistía ese rasgo. Se decía que un caballero había de preferir ser un león muerto a ser una hiena viva. Yo no entro en la cuestión, porque siempre he preferido ser un león vivo. Hablando en serio, podría decirse que la cualidad denotada por ese nombre representa el lento surgir en la cultura humana de una ética superior a la del simple egoísmo. Un surgimiento condenadamente lento, a mi modo de ver: a la hora de los apuros, todavía no puede confiarse en que se imponga.

La cuestión es que los oficiales pasaban por ser unos "caballeros" y llevaban sable. Incluso los aviadores lo llevaban, Alá sabrá por qué.

A los cadetes no solamente se les consideraba caballeros, sino que había una ley que afirmaba que eran caballeros. Por consiguiente, se les enseñaban los rudimentos del manejo de la espada, apenas lo justo para evitar que se rebanaran un dedo o mataran a alguien sin querer; no se trataba de que supieran usarla en combate, sino simplemente de que no se mostraran demasiado torpes cuando por razones de etiqueta se vieran obligados a lucir el sable.

Pero la esgrima era considerada un deporte. No gozaba del prestigio del fútbol, el boxeo o el water polo, pero estaba en la lista; cualquier paria podía apuntarse.

David vio en ella una solución. Por pura lógica, estando en la sala de esgrima no estaría en el campo de fútbol, con aquellos gorilas pisoteándole sádicamente con sus botas de tacos. Mucho antes de que los veteranos regresaran a la escuela, el cadete Lamb se había constituido en miembro del grupo de esgrima, sin perder un solo entrenamiento, y se esforzaba en perfilarse como una "promesa" para el equipo.

En aquel lugar se enseñaban, por aquel entonces, tres clases de esgrima: sable, espada y florete. Para las dos primeras se empleaban armas de gran tamaño. Naturalmente, no estaban afiladas y llevaban un protector en la punta, pero de todos modos se podía herir a alguien con ellas; mortalmente incluso, aunque ello era muy poco frecuente. Pero el florete era un juguete de poco peso, una espada de mentirijillas con una hoja elástica que se combaba a la menor presión. La pantomima de duelo para la que se usaba el florete era menos peligrosa que jugar a las canicas. Ésa fue el "arma" que eligió David.

Estaba hecha a su medida. Las reglas del combate a florete, muy artificiosas, daban un buen margen de ventaja a unos reflejos rápidos y a un cerebro despierto, y David tenía ambas cosas. El florete suponía un cierto esfuerzo físico, pero no era comparable al que suponían el fútbol, el "lacrosse" o incluso el tenis. Y lo mejor de todo es que no obligaba a los forcejeos cuerpo a cuerpo que a David le parecían tan desagradables en los juegos violentos que trataba de eludir. David se aplicó en cuerpo y alma a adquirir la destreza necesaria para asegurarse un lugar al sol.

Tanta fue la diligencia que puso en ello, que antes de terminar su primer año era campeón nacional de florete en la categoría de principiantes. Ello le valió una sonrisa de su jefe de grupo, algo inimaginable. El comandante de su compañía se fijó en él por primera vez y le felicitó.

El éxito obtenido con el florete le salvó incluso de algunas palizas de "castigo". Un viernes por la mañana, cuando iba a recibir una tunda por alguna falta imaginaria, argumentó: "Señor si no le importa, preferiría recibir el doble de azotes el domingo, porque mañana tenemos unas tiradas contra el equipo de Princeton y si me hace usted lo que creo que puede hacerme, es posible que no rinda al máximo".

Aquello convenció al veterano, porque favorecer una victoria de la marina estaba, según la Sagrada Norma, por encima de todo, incluso del legítimo placer de azotar a un paria "espabiladillo". Le respondió: "Vamos a hacer una cosa, señor: preséntese en mi habitación el domingo, después de cenar. Si pierde usted mañana, le daré ración doble. Pero si gana, olvidaremos la cuestión". David venció en sus tres duelos.

La esgrima le ayudó a terminar el primer año, el peligroso período de "paria", con su precioso pellejo intacto, aparte de algunas cicatrices en las nalgas. Ahora ya se hallaba a salvo, con tres años de seguridad por delante, ya que sólo los parias estaban expuestos a castigos físicos; sólo a ellos se les podía obligar a tomar parte en las batallas campales organizadas.

(Pasaje suprimido.)

Había un juego a base de contacto corporal que David adoraba: un deporte que gozaba de una larga popularidad, y lo había aprendido en las montañas de donde escapó. Pero se practicaba con chicas y no estaba autorizado oficialmente en aquella escuela. Unas normas muy severas impedían su práctica, y el cadete al que se sorprendía entregado a él era azotado sin compasión.

Pero David, como todos los genios de verdad, prestaba sólo una atención puramente pragmática a las reglas creadas por los demás hombres: obedeció el onceavo mandamiento y nunca le cazaron. Mientras los otros cadetes codiciaban el falso prestigio que daba el introducir secretamente a una chica en los barracones o saltaban la tapia de noche en busca de muchachas, David mantenía una reserva total acerca de sus actividades. Sólo quienes le conocían bien estaban al corriente de cuán concienzudamente se dedicaba a aquel deporte de choque. Y nadie le conocía bien del todo.

¿Cómo? ¿Mujeres cadete? ¿No quedó claro, Ira? No sólo no había mujeres cadete, sino que no había ni una sola chica en la marina, salvo unas pocas enfermeras. Y muy particularmente, en aquella escuela, funcionaba una guardia permanente que mantenía a las chicas lejos de los cadetes.

No me pregunte el porqué. Eran normas de la marina, y por lo tanto carecían de motivo. En verdad, no existía en toda la marina un puesto que no pudiera ser cubierto por personas de uno u otro sexo, e incluso por un eunuco, pero según una tradición inmemorial, la marina era exclusivamente cosa de hombres.

Ahora que lo pienso, aquella tradición fue contestada unos años después: tímidamente primero, pero hacia el final de aquel siglo, poco antes del Hundimiento, la marina tenía mujeres en puestos de todos los niveles. No pretendo insinuar que tal cambio fuera una de las causas del Hundimiento; no pienso entrar ahora en ese tema. Más bien careció de trascendencia o quizá retrasó ligeramente la llegada de lo inevitable.

Sea como fuere, no tiene nada que ver con el "cuento del haragán". Cuando David estaba en la academia, a los cadetes sólo se les permitía muy de tarde en tarde frecuentar la compañía de señoritas, siempre en circunstancias previstas de antemano, sometidas a una severa etiqueta

y con buen número de carabinas.[9] En vez de ir contra las normas, David buscó la forma de esquivarlas y nunca le pillaron.

9. El término posee dos significados: I) persona encargada de impedir el ayuntamiento carnal de varones y hembras no autorizados a mantener tal clase de contacto. 2) persona que aparenta desempeñar dicha función mientras en realidad ejerce funciones de vigilancia en favor de los sujetos en cuestión. El contexto parece indicar que el Decano emplea la palabra en su primera acepción y no en la segunda, que le es antitética. Véase apéndice. (J. F. XLV.)

Toda regla, por inviolable que parezca, tiene sus resquicios; hecha la ley, hecha la trampa. La marina, como organismo, creó normas de imposible transgresión; como conjunto de individuos, las violaba, en especial las curiosas normas relativas al sexo: una vida universalmente conocida como monástica en horas de servicio, y otra, menos conocida, de desenfreno libidinoso fuera de servicio. En la mar, las menores tentativas de aliviar la tensión sexual sufrían severos correctivos en cuanto eran descubiertas, aunque menos de cien años antes semejantes violaciones técnicas de las buenas costumbres eran fácilmente perdonadas. Pero aquella marina era apenas un poco más hipócrita en lo concerniente a comportamiento sexual que la estructura social de la que formaba parte, y sus compensaciones más exageradas únicamente en la medida en que sus normas eran más rígidas que las del conjunto de la sociedad. El código sexual de aquella época era algo increíble, Ira: sus violaciones no hacían sino reflejar en negativo sus fantásticas exigencias. Si me permite decir una obviedad, a toda acción le sigue una reacción igual y de signo contrario.

Si me he detenido a comentar todo esto, ha sido únicamente para contarle que David halló la forma de ir tirando, a pesar del reglamento de la academia, sin acabar completamente desquiciado como muchos, demasiados, de sus compañeros. Pero tengo que añadir una cosa, un simple rumor: como consecuencia de un contratiempo inimaginable hoy pero demasiado frecuente en aquellos días, una joven quedó embarazada, de David al parecer. En aquel tiempo, la cosa era, créame, un auténtico drama.

¿Por qué? Limítese a aceptar que era así; describir aquella sociedad nos llevaría siglos y ninguna persona civilizada lo creería. Estaba prohibido que los cadetes se casaran; según los principios vigentes, aquella joven tenía que casarse: le era prácticamente imposible procurarse la intervención que la hubiera librado del contratiempo y, en cualquier caso, la operación encerraba mucho peligro.

Lo que hizo David ante ello ilustra claramente su forma de entender la vida. Cuando uno se encuentra ante un abanico de opciones a cual peor, lo que tiene que hacer es elegir la menos aventurada y seguir adelante sin pestañear. Se casó con ella.

Cómo logró hacerlo sin ser descubierto es algo que no sé. Se me ocurre una serie de formas, algunas simples y seguras, otras complicadas y por lo tanto peligrosas. Supongo que él elegiría la más sencilla.

Aquello hizo que la situación pasase de imposible. a tolerable. Hizo que el padre de la chica dejara de ser un enemigo potencial, capaz de contárselo todo al comandante de la escuela y obligar con ello a David a presentar la renuncia cuando sólo le separaban unos meses de la meta, para convertirle en un aliado, celoso protector del secreto del matrimonio a fin de que su yerno ganara los galones y pudiera llevarse a la descarriada de su hija.

Como ventaja suplementaria, David ya no necesitó esforzarse en buscar ocasiones para la práctica de su deporte favorito. Pasaba su tiempo libre en la placidez de la vida conyugal, gracias a la mejor de las carabinas.[10]

10. Aquí, el contexto implica la segunda acepción. (J. F. XLV.)

Por lo que respecta al resto de la carrera de David, cabe suponer que un chico que había sido capaz de suplir cuatro años de formación académica con seis semanas de lectura en solitario, podía ser el primero de la clase, lo cual se traduciría en dinero y en categoría profesional, ya que el número de un oficial en la promoción venía dado por el puesto que ocupara en la clase al terminar el curso.

Pero la lucha por el primer puesto era encarnizada y, lo que es peor, el cadete que lo alcanzaba se convertía en blanco de todas las miradas. David lo advirtió a los pocos días de ingresar: la pregunta "¿es usted un empollón, señor?" (en el sentido de "académicamente brillante") era otra pregunta con trampa: para el paria, responder "sí" o "no" significaba ser condenado en cualquier caso.

Pero ser el segundo, o el décimo incluso, era prácticamente igual de útil que ocupar el primer puesto. Por otra parte, David se percató de que el cuarto curso contaba cuatro veces más que el primero, el tercero tres, etcétera; es decir, las notas obtenidas cuando paria no afectaban demasiado al número de promoción: era sólo una ínfima parte.

David decidió "no hacerse ver" que es siempre lo más acertado cuando hay posibilidades de que a uno lo corran a tiros.

Terminó la primera mitad de su año de paria un poco por encima de la mitad de la clase: una posición segura, respetable y discreta. Al final de curso estaba en el primer cuarto, pero en aquellos momentos los alumnos de cursos superiores no pensaban más que en licenciarse y no le prestaron atención. El segundo año subió hasta el diez por ciento superior; en tercero mejoró levemente y el último año, el que más contaba, apretó y terminó sexto, puesto que en la práctica venía a ser el segundo, porque dos de los cadetes que le precedían prefirieron pasar a la escala de complemento y hacer estudios de especialización, otro no recibió despacho porque se había echado la vista a perder de tanto estudiar, y uno presentó la renuncia después de graduado.

Sin embargo, el cuidado que puso David en el tema de su lugar en la clase no refleja sus verdaderas dotes de perezoso: después de todo, estar sentado y leer era su segundo pasatiempo favorito, y todo aquello que sólo exigiera buena memoria y capacidad de razonamiento lógico no significaba para él esfuerzo alguno.

Durante el simulacro de expedición naval con el que se inició el último año de David en la academia, un grupo de compañeros suyos discutía acerca del número de promoción que iba a obtener cada cual. A aquellas alturas, todos sabían perfectamente quiénes serían designados oficiales cadetes. Jake estaba seguro de ser nombrado comandante, pero si se caía al mar, ¿quién se hacía cargo de su batallón? ¿Steve? ¿Stinky?

Alguien apuntó que el segundo aspirante era Dave.

Dave había estado escuchando sin abrir boca, de acuerdo con uno de los principios básicos de su estrategia de "no hacerse ver", que además es casi una tercera forma de mentir, Ira, y más fácil que hablar sin decir nada, además de darle a uno fama de sabio. Personalmente

no la empleé demasiado, porque hablar es el segundo de los tres placeres auténticos que encierra nuestra existencia y lo único que nos distingue de los monos, aunque no mucho.

David rompió, o aparentó romper, su habitual reserva. "¿Yo, un batallón? De eso nada", dijo. "Yo voy a ser oficial ayudante del jefe del regimiento. Así iré delante de todos para que las chicas me vean mejor."

Es posible que no tomaran muy en serio aquella afirmación, porque ser auxiliar era menos que ser comandante, pero David sabía que se comentaría, y que acaso llegara, a través del comandante encargado del batallón, a oídos de los oficiales encargados de seleccionar a los oficiales cadetes.

Sea como fuere, lo cierto es que David fue nombrado brigada auxiliar del regimiento.

Según la organización militar de la época, el oficial auxiliar de un regimiento iba al frente de la formación, donde era casi imposible que las damas visitantes no se fijaran en él. Pero no es muy probable que este detalle pesara demasiado dentro de los planes de Dave.

El oficial ayudante sólo forma cuando lo hace el regimiento en pleno. Va solo de una clase a otra en vez de marcar el paso o hacerlo marcar. Otros alumnos de último año dirigen cada unidad de cadetes: escuadra, pelotón, compañía, batallón o regimiento. Pero el auxiliar no tiene tantas responsabilidades y tan sólo se encarga de una tarea administrativa de carácter subalterno: lleva el cuadrante con los servicios de los principales oficiales cadetes.

Pero él no está en ese cuadrante de guardias, sino que figura como suplente para cuando alguno de los otros está indispuesto. Y esto era lo más preciado por el haragán. Los oficiales cadetes de aquella academia eran auténticos modelos de perfección y las probabilidades de que alguno de ellos dejara de cumplir con un servicio por motivos de salud eran prácticamente iguales a cero.

Nuestro héroe había pasado tres años haciendo guardia una vez cada diez días. No eran servicios demasiado duros, pero suponían acostarse media hora más tarde de lo habitual o levantarse media hora más temprano, además de pasar muchas horas de pie con el consiguiente cansancio, todo lo cual constituía una verdadera afrenta a la comodidad de Dave, a la que él prodigaba los más delicados cuidados.

Pero aquel año David sólo tuvo que soportar tres guardias, y se las pasó sentado, como correspondía al "suboficial de guardia".

Al fin llegó el gran día. David se graduó, recibió su despacho y, acto seguido, fue a la capilla y volvió a casarse con su esposa. Ella tenía él vientre un poco abultado, pero aquello no era nada extraordinario en aquellos días; por otro lado, todo el mundo fingía no verlo y el pecado quedaba perdonado en cuanto la joven pareja se casaba. Todo el mundo sabía, aunque nadie lo mencionaba, que cualquier jovencita bien dispuesta era capaz de hacer en siete meses o menos, lo que costaba nueve a las demás mujeres.

Dave se hallaba en terreno seguro y había dejado atrás todos los escollos. Ya no sentiría nunca el temor de verse otra vez detrás de aquella mula, dedicado a un "trabajo decente".

Pero la vida de un suboficial naval resultó estar bastante lejos del ideal. Tenía sus ventajas (asistentes, un trabajo fácil que casi nunca ensuciaba las manos y un buen sueldo). Pero aún necesitaba más para mantener a una esposa y su barco estaba tan a menudo en alta

mar que muchas veces echaba en falta las agradables recompensas de la vida conyugal. Lo peor de todo era que las guardias se sucedían casi sin pausa: guardias nocturnas de cuatro horas cada dos días, y de pie. Tenía sueño a todas horas y le dolían los pies. En consecuencia, David se presentó como aspirante a aviador. La marina acababa de descubrir la idea de lo que llamaba "fuerza aérea" e intentaba acaparar la mayor parte posible de ella a fin de quitársela de las manos al Ejército. Pero el Ejército lo había pensado primero; así es que los aspirantes a piloto recibían toda clase de ayudas.

David fue destinado muy pronto a servicio en tierra para ver si tenía condiciones para ser un buen aeronauta.

¡Vaya si las tenía! No sólo poseía las cualidades físicas y mentales necesarias, sino que además alentaba grandes deseos de alcanzar su objetivo, ya que su nuevo trabajo era algo que se hacía sentado, bien en clase, bien volando, no había que hacer guardias nocturnas y cobraba sueldo y medio por estar sentado y dormir en casa; además, volar figuraba como "servicio peligroso" y ello significaba una prima.

Será mejor que le cuente algo acerca de aquellos aeroplanos, porque no se parecían en nada a los aerodinos a los que está usted acostumbrado. En cierto modo, sí eran peligrosos; todo es peligroso, hasta respirar. Pero lo eran menos que los vehículos automóviles de superficie que se utilizaban entonces, y desde luego menos que ser un peatón. Normalmente, los accidentes, fatales o no, eran atribuibles a un error del piloto, y David no permitió jamás que a él le sucedieran semejantes accidentes. No tenía el menor deseo de ser el mejor piloto del mundo; se conformaba con llegar a ser el más viejo.

Los aeroplanos eran unos monstruos estrafalarios que no tenían nada que ver con nada de lo que hoy en día surca el cielo, salvo quizás una cometa; de hecho, a veces les llamaban "cometas". Tenían dos alas, una encima de la otra, y el piloto iba sentado entre ambas. Un pequeño parabrisas le protegía el rostro del viento. Sí, no ponga esa cara: aquellos trastos iban movidos por una hélice a motor y volaban muy despacio.

Las alas estaban hechas de lona pintada, con un armazón rígido de listones; con esto ya comprenderá que la velocidad que eran capaces de alcanzar no llegaba a una fracción apreciable de la velocidad del sonido, salvo en las desafortunadas ocasiones en que algún piloto demasiado arrojado ejecutaba un picado y se dejaba las alas por el camino al intentar recobrar la posición con excesiva brusquedad.

Cosa que David no hizo nunca. Hay personas que parecen nacidas para volar: la primera vez que David examinó un aeroplano, se formó una idea exacta de sus puntos débiles y sus puntos fuertes tan exacta como la que se formara del taburete de ordeñar que un día dejó atrás.

Aprendió a volar casi con la misma rapidez con la que aprendió a nadar.

Su instructor le dijo: "David, tú has nacido para esto. Voy a recomendarte para piloto de guerra".

Los pilotos de guerra eran la crema y nata de los aviadores: iban y se enfrentaban a los pilotos enemigos en duelo singular. Un piloto que lograba cinco veces consecutivas matar al enemigo sin que le mataran a él era nombrado "as", lo cual representaba una gran distinción, ya que, como usted sabe la probabilidad media de conseguirlo era igual a un medio elevado a cinco, o uno entre treinta y dos, en tanto que la probabilidad de lo contrario es lo que falta para llegar a la unidad; es decir, casi la seguridad completa.

Dave dio las gracias a su mentor mientras sentía en la piel un hormigueo de angustia y el cerebro le funcionaba a todo vapor en busca de una forma de eludir semejante honor sin renunciar al sueldo y a la comodidad de pasar el día sentado.

Además del riesgo de que cualquier extranjero le dejara a uno el pellejo hecho trizas, ser piloto de guerra presentaba otros inconvenientes. Aquellos aviadores volaban en cometas monoplazas y se encargaban de todo lo relativo a la navegación sin computadoras, radiofaros ni nada de lo que consideramos normal hoy en día o consideraban normal hacia el final de aquel mismo siglo. El sistema que empleaban era conocido como "navegación a estima" o "acierta o muere" porque si el piloto erraba en sus cálculos lo más seguro era que se hundiera: la fuerza aérea de la marina operaba en el mar desde un pequeño aeródromo flotante y con una reserva de carburante en el depósito que apenas si daba un margen de seguridad de algunos minutos. A eso hay que añadir que, una vez en combate, el piloto debía optar entre atender a la orientación o poner los cinco sentidos en intentar abatir al enemigo antes que el enemigo le abatiera a él. Si quería ser un "as", o si sencillamente quería dormir en su casa por la noche, debía atender primero a lo principal y dejar la orientación para más tarde.

Encima de la posibilidad de perderse en el mar en una de aquellas cometas, quedarse sin combustible y ahogarse... ¿le he explicado cómo se propulsaban aquellos aparatos? La hélice era movida por un motor impulsado por una reacción química exotérmica, la combustión de un hidrocarburo líquido. Si le parece imposible, le aseguro que entonces también lo parecía. El sistema era desesperadamente ineficaz. El aviador no sólo estaba expuesto al riesgo de quedarse sin "gasolina", sin combustible, perdido en la inmensidad del océano, sino que muy a menudo aquellos motores intratables empezaban a carraspear y se paraban. Resultaba muy embarazoso. Fatal, a veces.

El peligro físico no era, con todo, el único inconveniente que presentaba ser piloto de guerra. Había otros, que no encajaban en los planes de David. Dichos pilotos tenían sus bases en los aeródromos flotantes, o "portaaviones". En tiempo de paz, como entonces (teóricamente), los pilotos no tenían demasiado trabajo ni soportaban demasiadas guardias y pasaban la mayor parte del tiempo en su base terrestre aunque figurasen en la lista de dotación de un portaaviones, con lo cual, a efectos de pagas y ascensos, prestaban servicio en alta mar.

Pero todo piloto con destino en uno de aquellos barcos pasaba realmente varias semanas al año en el mar, de maniobras, lo cual implicaba levantarse una hora antes del amanecer para calentar aquellos motores gruñones y malhumorados y estar dispuesto a despegar al menor indicio de peligro real o simulado. David lo aborrecía: tenía pensado no presentarse al Juicio Final si lo celebraban antes de mediodía.

Había otro problema: aterrizar en aquellos aeropuertos flotantes. En tierra, David era capaz de hacerlo en un ladrillo y aún le sobraba espacio, porque sólo dependía de su propia habilidad, que estaba muy desarrollada ya que de ella dependía la integridad de su pellejo. Pero aterrizar en la cubierta de un portaaviones dependía de la habilidad de otro, y a él no le hacía ninguna gracia confiar la vida a la destreza, la buena voluntad y el celo de nadie.

Todo esto, Ira, es tan diferente a lo que haya podido usted ver a lo largo de su vida que no sé si logro hacerme entender. Por ejemplo: tenemos el cosmopuerto de Nueva Roma- las naves que aterrizan en él son dirigidas desde tierra, ¿no? Pues bien, lo mismo se hacía con los aparatos que aterrizaban en los portaaviones, pero la analogía no sirve porque en aquellos años la operación se hacía sin instrumentos. Sin ningún instrumento. Hablo en serio.

Se hacía a ojo, como hacen los niños cuando atrapan una pelota al vuelo; sólo que David era la pelota, ya que la habilidad con que se le recogía no era la suya propia, sino la de quien le esperaba en el barco. David tenía que prescindir de su precisión y de sus propias opiniones y tener una fe ciega en el piloto del portaaviones. Hacer otra cosa equivalía al desastre.

David había obrado siempre según su parecer, contra viento y marea. Confiar de ese modo en otro hombre iba contra lo más profundo de su Ser. Aterrizar en una cubierta era como descubrirse la barriga delante de un médico y decirle: "Adelante, corte usted lo que quiera", sin tener la seguridad de que el tal doctor fuera capaz siquiera de cortar lonchas de jamón. Aquellos aterrizajes, más que cualquier otro aspecto de la vida de piloto, eran lo que más cerca estaba de hacerle renunciar a la paga y media y a las horas de tranquilidad; tanto le atormentaba la necesidad de aceptar las decisiones de otro. De otro que, encima, no corría el menor riesgo.

La primera vez necesitó toda su fuerza de voluntad para hacerlo, y nunca llegó a serle fácil. Pero aprendió una lección que nunca creyó que aprendería: la de que, en determinadas circunstancias, la opinión de otro es incomparablemente más válida que la de uno.

Ya ve usted que... no, puede que no lo vea: no le he dicho de qué circunstancias se trataba. Aterrizar con un avión en un barco es una forma controlada de estrellarse, con un gancho en la cola que se prende en un cable tendido transversalmente sobre la cubierta. Pero si el piloto sigue su propio juicio, de acuerdo con su experiencia en tomar tierra en un campo de aviación, lo más seguro es que se estrelle en la popa de la nave; o bien, si lo sabe y pretende evitarlo, que pase a demasiada altura y no enganche el cable. En lugar de tener ante sí un gran campo llano y mucho margen para corregir pequeños errores, lo que tiene es una pequeña "ventana" en la que tiene que entrar sin desviarse a izquierda ni a derecha, arriba ni abajo, sin ir demasiado despacio ni demasiado deprisa. Y no ve lo que hace con claridad suficiente para calcular correctamente tales variables.

Con el tiempo, el procedimiento se semiautomatizó, y más tarde llegó a ser totalmente automático, pero cuando alcanzó la perfección, los buques portaaviones estaban fuera de uso. Ahí tiene un ejemplo condensado del "progreso" humano: cuando encuentras la forma de hacer algo, ya es tarde.

Aunque a veces ocurre que lo que uno ha descubierto es aplicable a un problema nuevo. De no ser por esto todavía andaríamos columpiándonos en una rama.

Estábamos en que el aviador debía confiar en el piloto que se hallaba sobre la cubierta y veía lo que pasaba. Le llamaba "oficial de señales de aterrizaje" y empleaba unas banderolas para transmitir instrucciones al piloto del aeroplano.

La primera vez que David intentó ejecutar aquel número acrobático se paseó tres veces por el cielo ensayando la maniobra de aproximación hasta que logró dominar el miedo, abandonó sus propósitos de desatender las indicaciones del oficial de señales y aterrizó.

Sólo entonces descubrió lo asustado que estaba: se le aflojó la vejiga.

Aquella tarde le hicieron entrega de un diploma burlesco: el de miembro de la Real Orden de las Bragas Mojadas, extendido por el oficial de señales, con el aval del comandante del escuadrón y las firmas de todos sus compañeros como testigos. Aquello quedó como uno de los peores momentos de la vida de David, peor incluso que los pasados en su año de paria, y no le sirvió de consuelo el saber que la distinción se concedía tan a menudo que había en el buque un

Librodot

paquete de diplomas listos para ser entregados a cada nuevo grupo de aspirantes a mojarse encima.

Desde aquel día cumplió al pie de la letra las órdenes de los oficiales de aterrizaje, obedeciendo como un robot y anulando por medio de una especie de autohipnosis todos sus juicios y emociones. llegada la hora de efectuar aterrizajes nocturnos, que suponen una tensión nerviosa mucho mayor ya que el piloto no ve nada excepto las linternas que agita el oficial de señales, se posó impecablemente al primer intento.

David no soltó prenda en cuanto a sus propósitos de no perseguir la gloria como piloto de guerra hasta que se halló en posesión de los requisitos necesarios para acceder a la categoría de piloto en activo. Entonces pidió que le dejaran seguir un curso de perfeccionamiento como piloto de aviones de varios motores. Resultó muy violento, porque el instructor que tanto valoraba sus posibilidades era ahora el comandante de su escuadrón y la petición tenía que pasar por sus manos. Apenas entregada la carta, David fue llamado al despacho del jefe.

-¿Qué significa esto, David?

-Lo que dice, señor. Quiero aprender a pilotar uno de los grandes.

-¿Se ha vuelto loco? Usted es un piloto de caza. Lleva tres meses en este escuadrón, el tiempo justo para que le den el "apto", y quiere marcharse para seguir un curso de perfeccionamiento. Como piloto de combate.

David no respondió.

El comandante insistió:

-¿Qué pasa, le ofendió lo del diploma? Si la mitad de los pilotos lo tienen... Incluso yo me lo gané, diantre. Aquello no ha disminuido su prestigio, sólo le ha dado un aire más humano cuando empezaba a tener una aureola de gran figura.

David siguió en silencio.

-¡Haga algo, caramba! Coja esta carta y tírela. Y escriba otra pidiendo un curso de perfeccionamiento como piloto de caza. Si lo hace le dejo ir ahora mismo, en lugar de hacerle esperar tres meses.

David no dijo nada. El jefe le miró fijamente, algo irritado, y dijo quedamente:

-Puede que me haya equivocado. Puede que no tenga usted lo que hace falta tener para ser piloto de guerra, señor Lamb. Nada más. Puede retirarse.

Con "los grandes", los aeroplanos de varios motores, David se encontró al fin como pez en el agua. Eran demasiado grandes para despegar desde un buque y, aunque contaban como servicio en alta mar, de hecho David dormía casi siempre en casa, en su cama y con su mujer, excepto las raras noches en que lo hacía en la base como oficial de guardia, y las todavía más raras veces en que las grandes naves salían de vuelo nocturno. Pero no salían muy a menudo, ni aun de día y con buen tiempo; eran muy caras de mantener, demasiado caras para exponerlas a algún accidente, y el país pasaba un período de austeridad. Volaban con la tripulación al completo, cuatro o cinco hombres los bimotores, algunos más los cuatrimotores, y a veces llevaban pasajeros para hacerles sumar horas de vuelo que equivalía a pagas extra. Todo

aquello le iba muy bien a David: ya no tenía que preocuparse por aquel absurdo de cuidarse de la navegación y hacer veinte cosas más al mismo tiempo, ya no tenía que fiarse de la vista del oficial de señales, ya no dependía de un único motor cargado de manías ni le inquietaba la posibilidad de quedarse sin combustible. Seguía prefiriendo efectuar personalmente los aterrizajes, todo hay que decirlo, pero cuando le pasó delante, en ese terreno, un oficial más veterano, disimuló su disgusto y con el tiempo llegó a no molestarse por ello: los pilotos de aviones grandes eran gente prudente y decidida a vivir muchos años.

(Párrafo suprimido.)

... años que David pasó tranquilamente, mientras obtenía dos ascensos.

Entonces estalló la guerra. En aquel siglo casi siempre había guerras, pero no en todas partes. En aquella estaban envueltas casi todas las naciones de la Tierra. David la contemplaba con pesimismo: a su modo de ver, el objetivo de una fuerza naval era presentar un aspecto tan imponente que hiciera innecesaria la lucha. Pero no le pidieron su opinión, era ya tarde para preocuparse, tarde para presentar la renuncia, y además no había donde huir. Así es que decidió no preocuparse por lo que no estaba en su mano arreglar, lo cual fue una buena forma de tomarse las cosas, ya que la guerra fue larga y cruda y causó millones de muertes.

-¿Qué hizo usted durante esa guerra, abuelo Lazarus?

-¿Yo? Vendía bonos, pronunciaba discursos, serví en una caja de recluta y en Intendencia, además de aportar otras valiosas contribuciones, hasta que el presidente me llamó a Washington. Entonces me dediqué a algo de mucho secreto que usted no creería si se lo dijera. Pero no me interrumpa: estaba contándole lo que hizo David.

El bueno de David fue todo un héroe. Se hizo pública mención de su valor y recibió una condecoración que tendría un papel destacado en el resto de su vida.

Dave se había resignado a..., o más bien aspiraba a retirarse como capitán de corbeta, ya que no había muchos de ellos volando en los aviones. Pero la guerra le aupó a ese grado en cuestión de semanas, a capitán de fragata al año siguiente y finalmente a capitán de navío, con cuatro galones dorados en la bocamanga, sin que tuviera que enfrentarse a ningún tribunal de selección, pasar ningún examen de ascenso ni mandar ningún buque. La guerra consumía mucha oficialidad y ascendían a todo el que estuviera vivo con tal de que al menos fuera capaz de sonarse.

David lo era. Pasó parte de la guerra patrullando por las costas de su país en busca de naves submarinas enemigas, actividad definida como "servicio en combate" pero poco más peligrosa que las prácticas que se hacían en tiempo de paz. También pasó una temporada convirtiendo a oficinistas y viajantes de comercio en aviadores. Estuvo destinado a una zona en la que se luchaba de verdad, y fue ahí donde ganó la medalla. Ignoro los detalles de su caso, pero el "heroísmo" suele consistir en salvar la piel en una situación apurada, y en hacer lo que se puede con lo que se tiene a mano, en lugar de huir presa del pánico y que le peguen a uno un tiro en el culo. Los que luchan de ese modo ganan más batallas que los héroes que lo son por propia voluntad. Muchas veces, los aspirantes a la gloria provocan la muerte de sus compañeros además de la suya.

Pero para ser oficialmente un héroe también hace falta suerte. No basta con desenvolverse excepcionalmente bien en acción: se necesita además que alguien, cuanto más

importante mejor, vea lo que uno hace y lo cuente por ahí. Dave tuvo esa suerte y le dieron la medalla.

Terminó la guerra en la Oficina Aeronáutica Naval, en la capital de su país, en la sección de proyectos de aviones de reconocimiento. Es posible que allí hiciera mejores cosas que en combate, ya que conocía mejor que nadie aquellos aparatos de varios motores y su puesto le daba oportunidad de eliminar detalles inútiles e introducir algunas mejoras. Así, terminó la guerra en un despacho, dedicado al papeleo, y durmiendo en casa.

Entonces llegó el final de la guerra.

Dave consideró el panorama. Había centenares de capitanes de navío que, como él, tres años atrás eran todavía tenientes. Dado que la paz iba a ser "para siempre", como dicen siempre los políticos, pocos de ellos iban a pasar por nuevos ascensos; y él no tenía la antigüedad suficiente, ni una hoja de servicios normal, ni las necesarias influencias políticas y sociales.

Lo que tenía eran casi veinte años de servicio, el tope mínimo para retirarse con la mitad del sueldo. También podía aguantar un tiempo hasta que le obligaran a jubilarse por no ascender a almirante.

No tenía que decidir en seguida; le faltaban uno o dos años de los veinte de servicio.

Pero se jubiló al poco tiempo, por motivos de salud. El diagnóstico fue "psicosis situacional", que era lo mismo que decir que el trabajo le volvía majareta.

No sé cómo juzgar todo esto, Ira. Dave me produjo la impresión de ser uno de los pocos hombres perfectamente cuerdos que he conocido. Pero yo no estaba cuando se retiró, y en aquellos días la "psicosis situacional" era la segunda causa de jubilación por prescripción facultativa entre los oficiales navales. Pero ¿cómo podían descubrirla? Para un oficial de la armada, estar loco no suponía ningún impedimento, del mismo modo como tampoco lo era para un escritor, un maestro, un sacerdote ni muchas otras profesiones bien consideradas. Mientras Dave llegase puntualmente a su despacho, firmara los papeles que le presentaba un secretario y no replicara a sus superiores, su locura no se dejaría sentir. Ahora me acuerdo de un oficial que poseía una asombrosa colección de ligas de señora; solía encerrarse en su camarote para contemplarla. Y a otro que hacía exactamente lo mismo con una colección de papelitos adhesivos que se usaban para el correo. ¿Cuál de los dos era el loco? ¿Acaso lo estaban los dos, o ninguno?

Otro aspecto de la jubilación de Dave supone un cierto conocimiento de la legislación vigente en su época. Retirarse con veinte años de servicio significaba cobrar la mitad del sueldo menos impuestos, que eran fuertes. Hacerlo por motivos de salud equivalía a cobrar las tres cuartas partes, libres de impuestos.

No sé, no sé, pero todo el asunto encaja perfectamente con la capacidad que tenía David de obtener los máximos resultados con el mínimo esfuerzo. Dejémoslo en que estaba loco. Loco, pero no tonto.

Su jubilación presentaba, además, otros aspectos, Comprendió acertadamente que no tenía posibilidades de llegar a almirante, pero el haber sido mencionado en la orden del día por su arrojo llevaba consigo un ascenso honorífico después de pasar a la reserva, así que David acabó como el primer hombre de su promoción que llegaba a almirante, sin haber comandado jamás un buque ni mucho menos una flota. Teniendo en cuenta su verdadera edad, era uno de

los almirantes más jóvenes de la historia. Supongo que ello debía de resultar sumamente gracioso para el chico que odiaba ir con el arado detrás de una mula.

Y es que en el fondo seguía siendo un labriego. Había otra ley a favor de los veteranos de aquella guerra; se trataba de dar una compensación a quienes habían visto interrumpida su educación al tener que dejar el hogar para ir al frente: un mes de educación subvencionada por cada mes de servicio en combate.

Aquella ley estaba hecha pensando en los jóvenes reclutas, pero nada impedía que un oficial de carrera sacara provecho de ella; David podía acogerse a dicha ley y lo hizo. Con tres cuartas partes del sueldo libres de impuestos, más el subsidio, también limpio, que recibía como veterano casado que aún estudiaba, David venía a ganar lo que ganaría estando en activo. Incluso más, de hecho, porque ya no tenía que comprarse vistosos uniformes ni atender a costosos compromisos sociales. Podía holgazanear y leer libros, vestir como le viniera en gana y no preocuparse por las apariencias. A veces se acostaba muy tarde, después de comprobar que en el póquer abundan más los optimistas que los matemáticos. Y luego se levantaba tarde, porque nunca, nunca, madrugaba.

No subió nunca más a un avión. Dave no había confiado jamás en ellos: volaban demasiado alto, y si se averiaban... Para él, nunca habían sido sino un modo de evitar algo peor; una vez utilizados para a sus fines, los abandonó con la misma decisión con que abandonó el florete. Y sin tristeza en ninguno de ambos casos.

Pronto tuvo otro diploma. Éste le declaraba licenciado en Ciencias Agronómicas. Era pues un labriego "científico".

Aquel título, con la preferencia que se daba a los veteranos de guerra, podía haberle valido un empleo civil, para enseñar a otros cómo llevar una granja. En lugar de ello, él tomó parte del dinero que había amontonado mientras haraganeaba en la universidad, regresó a las montañas que abandonara un cuarto de siglo antes y compró una finca. Es decir, pagó una entrada, con hipoteca sobre el balance, gracias a un préstamo que le hizo el gobierno a un interés muy bajo. Subvencionado, claro.

¿Que si trabajó la tierra? No diga tonterías: Dave no llegó a sacarse las manos de los bolsillos. Recogió una cosecha a base de jornaleros mientras negociaba otro crédito.

El cumplimiento del gran proyecto de Dave implica la intervención de un factor tan increíble, Ira, que debo pedirle que haga un acto de fe y lo crea: esperar que una persona sensata lo entienda es pedir demasiado.

En aquella entreguerra, la Tierra contaba con más de dos mil millones de habitantes, la mitad de los cuales, por lo menos, se encontraba al borde de la inanición. Sin embargo, y ahora debo pedirle que me crea porque yo fui testigo y no tengo por qué mentir, a pesar de la carencia de alimentos que nunca se alivió, durante los años que siguieron el gobierno del país de David daba dinero a los agricultores para que no cultivaran alimentos.

Es así, no ponga esa cara: los propósitos de Dios, el gobierno y las mujeres son inescrutables y no les es dado a los mortales el comprenderlos. No importa el hecho de que usted sea un gobierno; vaya a casa esta noche y piénselo: pregúntese si sabe por qué hace lo que hace, y mañana, cuando vuelva, dígamelo.

Naturalmente, David no pasó de la primera cosecha. Al año siguiente, sus tierras fueron declaradas "terreno de reserva", y recibió una suculenta cantidad a cambio de no trabajarlas, lo que le vino de perilla. Dave amaba aquellos cerros, siempre los añoró; los había abandonado sólo por huir del trabajo. Ahora le pagaban por no trabajar en ellos, lo cual le parecía muy bien: jamás creyó que cubrirlos de surcos y polvo realzara sus encantos naturales.

La indemnización por la puesta en reserva de su terreno sirvió para pagar la hipoteca, y su pensión le dejaba una buena cantidad limpia, así es que empleó a un hombre para que se ocupara de las pequeñas faenas a que obliga una hacienda aunque no esté cultivada: dar de comer a las gallinas, ordeñar un par de vacas, cuidar un huertecito y algunos árboles frutales, reparar las cercas... en tanto que la mujer del mozo ayudaba a la esposa de David a llevar la casa. Dave se compró una hamaca.

Pero David, como amo, no era ningún tirano. Le parecía que, como él, las vacas no tendrían el menor deseo de ser despertadas a las cinco de la madrugada para el ordeño, y se propuso comprobarlo.

Vio que, si se lo permitía, las vacas preferirían cambiar su ciclo para adaptarse a un horario más razonable. Había que ordeñarlas dos veces al día; las habían criado para eso. Pero para el primer ordeño era tan buena hora las nueve de la mañana como las cinco, con tal de que se mantuviera una cierta regularidad.

Pero no pudo ser; el mozo de Dave estaba poseído por el hábito del trabajo. Para él, ordeñar una vaca a esa hora tenía algo de pecaminoso. Así pues, David le dejó hacer las cosas a su manera, y las vacas y el mozo volvieron al horario de siempre.

Por su parte, David colgó la hamaca entre dos árboles que daban buena sombra y colocó a su lado una mesa para los refrescos. Por la mañana, se levantaba cuando quería, fueran la nueve o las doce, desayunaba y se iba sin prisa a tumbarse en la hamaca, para descansar hasta la hora del almuerzo. El trabajo más penoso que hacía era ingresar talones y calcular el saldo del talonario de su mujer. Un buen día dejó de llevar zapatos.

No leía el periódico ni escuchaba la radio; suponía que si estallaba otra guerra, ya se lo comunicaría la marina. Y estalló otra guerra, más o menos por aquellos días. Pero la marina no necesitaba a almirantes retirados. Dave prestó muy escasa atención a aquella guerra: le resultaba deprimente. En cambio, leyó todo lo que había en la biblioteca pública acerca de la Grecia clásica y se compró libros sobre el tema. Le resultaba sedante penetrar en aquella materia, de la que siempre había deseado saber más y más.

Todos los años, para el Día de la Armada, se ponía las galas de almirante, con todas sus condecoraciones, desde la medalla de buena conducta de soldado raso a la de valor en combate que le había llevado al almirantazgo, se hacía llevar por el mozo a la capital del condado y soltaba un discurso patriótico a los reunidos en el almuerzo que daba la Cámara de Comercio. No sé por qué lo hacía, Ira. Acaso fuera por lo de "nobleza obliga" o una muestra de su extraño sentido del humor. Pero le invitaban todos los años, y él aceptaba la invitación. Sus vecinos estaban orgullosos de él: era el prototipo de chico del pueblo que triunfa en la vida y regresa al hogar para vivir como los suyos. Su éxito les daba prestigio a todos. Les gustaba tenerlo como "uno más", y aunque sabían que no daba golpe, no lo comentaban.

Le he relatado la vida de David un poco por encima, Ira. No había otro remedio. No he hablado del piloto automático que había ideado y que desarrolló unos años después, cuando estuvo en situación de realizar tales cosas. Ni de la revisión a fondo que hizo de

tareas de las tripulaciones de los aeroplanos: baste con decir que se trataba de hacer más con menos esfuerzo, dejando al comandante de la nave sin nada que hacer salvo mantenerse alerta o dormir apoyado en el hombro del copiloto si la situación no requería atención. Asimismo, introdujo cambios en los mandos y los indicadores, cuando estuvo al frente de la sección de prototipos de los aviones de la Armada.

En suma: no creo que David se considerara un "experto en organización", pero lo cierto es que simplificó todas las tareas que desempeñó. Sus sucesores tuvieron, en todos los casos, menos trabajo que él.

El hecho de que quienes le sucedieron reorganizaran las cosas de modo que debían trabajar el triple con el triple de subordinados ilustra por contraste la singular personalidad de Dave. Hay personas que nacen para ser hormigas: necesitan trabajar, aunque lo que hacen no sirva para nada. Muy pocos están dotados para la pereza constructiva.

Así termina la historia del hombre que era demasiado perezoso para fracasar. Dejémosle en su hamaca, tomando el fresco bajo los árboles. Por lo que sé, sigue allí.

Problemas domésticos

-¿Todavía, Lazarus? ¿Después de más de dos mil años?

-¿Por qué no, Ira? Dave tenía prácticamente la misma edad que yo. Y aquí estoy.

-Sí, pero... ¿era David Lamb miembro de las Familias, quizá con otro nombre? En las listas no figura ningún Lamb.

-Nunca se lo pregunté, Ira, y él no me dio pista alguna. Por aquel entonces los miembros de las Familias no decían a nadie que lo eran. Es posible que David si lo fue no llegase a saberlo, al marcharse de casa tan joven y tan de repente. En aquella época no se lo revelaban a ningún chico hasta que era lo bastante mayor como para ir pensando en casarse. A los dieciocho años, los chicos, y a los dieciséis las chicas. Recuerdo la sorpresa que me dieron al decírmelo, aún no había cumplido los dieciocho. Me lo dijo el abuelo, al ver que yo iba a cometer una tontería. Hijo mío, una de las cosas más extrañas que tiene el animal humano es que madura físicamente muchos años antes que le madure el cerebro. Yo tenía diecisiete años, era joven, iba muy caliente y quería casarme. El abuelo me sacó a dar una vuelta y me convenció de que aquella era la peor boda que yo podía hacer.

""Woodie", me dijo, "si quieres fugarte con esa chica, nadie te lo va a impedir".

"Le dije en tono agresivo que nadie podría impedírmelo, porque una vez cruzada la frontera del estado me las podía arreglar sin necesidad del consentimiento paterno.

""Eso es lo que digo. Nadie te detendrá, pero no te ayudará nadie; ni tus padres, ni tus abuelos, ni yo. Ninguno de nosotros está dispuesto a pagarte el certificado de matrimonio, ni mucho menos a mantener a tu mujer. No cuentes con un solo dólar, Woodie, ni con un centavo. Si no me crees, pregúntaselo a ellos."

"Le dije con malhumor que no quería ayuda.

Librodot

"El abuelo bajó bruscamente las pobladas cejas. "Ah, muy bien", dijo. "¿Te va a mantener ella? ¿Has echado una ojeada últimamente a la sección de ofertas del periódico? ¿No? Pues hazlo: y de paso dale un vistazo a la página económica, porque para los anuncios no vas a necesitar ni medio minuto. Claro, siempre puedes encontrar un empleo como vendedor, a comisión, ofreciendo desatascadores de ventosa de puerta en puerta, lo cual te permitirá respirar aire fresco, hacer ejercicio y demostrar tu don de gentes, que por cierto, no es mucho. Pero ten por seguro que no venderás aspiradoras: nadie las compra."

"Yo no sabía de qué me hablaba, Ira. Estábamos en enero de mil novecientos treinta, ¿le dice algo esa fecha?

-Me temo que no, Lazarus. He estudiado en detalle la historia de las Familias, pero, aun así para situarlas necesito pasar esas fechas tan lejanas al calendario galáctico tipo.

-No sé cómo lo llamarán las crónicas de las Familias, Ira, pero el país… mejor dicho, todo el planeta, acababa de caer en una fluctuación económica. Las llamaban "depresiones". No habría trabajo, y menos para un jovencito resabidillo que no sabía hacer nada de provecho. El abuelo, que ya había pasado por alguna de aquellas oscilaciones, lo comprendió en seguida, pero yo no. Yo me creía capaz de agarrar el mundo por el rabo y cargármelo a la espalda. Lo que no sabía era que había ingenieros trabajando de conserjes, y abogados repartiendo la leche. Los millonarios arruinados se arrojaban por las ventanas, pero yo no me daba cuenta de nada porque estaba demasiado ocupado haciendo el moscón detrás de las nenas.

-He leído bastante acerca de las depresiones económicas, Decano, pero nunca he entendido qué las causaba.

Lazarus hizo un ruidito de contrariedad.

-Y eso que está usted al frente de todo un planeta -dijo.

-Quizá no debería estarlo -reconocí.

-No sea tan condenadamente modesto. Le voy a decir un secreto: en aquellos años nadie sabía qué las causaba. La propia Fundación Howard hubiera quebrado de no haber dejado Ira Howard instrucciones muy precisas sobre cómo debía administrarse el capital. Por otro lado, todo el mundo, desde el barrendero hasta el economista, creía saber cuáles eran las causas y cuáles debían ser los remedios. Así es que probaron casi todas las soluciones y ninguna de ellas dio resultado. La depresión continuó hasta que el país cometió la estupidez de meterse en una guerra, lo cual no remedió nada; sólo hizo que los síntomas de la enfermedad quedaran ocultos por una fiebre

-Y... ¿qué era lo que había que remediar, abuelo? -insistí.

-¿Acaso tengo cara de saberlo, Ira? Me he quedado muchas veces sin blanca. Algunas veces por cuestiones de negocios, otras por tener que abandonar mis pertenencias para salvar la piel. Pues bien: que me cuelguen si puedo ofrecer una explicación más sofisticada que ésta: ¿qué sucede cuando uno maneja un aparato por retroacción positiva?

La pregunta me dejó perplejo.

-Me parece que no le comprendo, Lazarus. No se puede manejar una máquina a base de retroacción positiva. Al menos, no se me ocurre ningún ejemplo. La retroacción positiva causa oscilaciones incontrolables.

-Fuera de la clase, Ira. No soy partidario de los razonamientos a base de analogías, pero parece ser que, con una economía, un gobierno no puede hacer más que actuar como un sistema de realimentación positiva, o como un freno. O como ambas cosas a la vez. Puede que algún día, en algún lugar, alguien tan listo como Andy Libby conciba un modo de remendar la ley de la oferta y la demanda para que funcione mejor y deje de comportarse con su crueldad habitual. Es posible, pero está por ver. Y bien sabe Dios que muchos lo han intentado. Siempre con las mejores intenciones.

"Pero las buenas intenciones son el empedrado del infierno. Los peores criminales de la historia han estado siempre cargados de buenas intenciones. Diantre, me ha hecho perder el hilo: he soltado una conferencia cuando estaba a punto de contarle cómo fue que no me casé.

-Lo siento, abuelo.

-¡Oiga! ¿Es usted siempre así de educado? Después de todo, soy un viejo parlanchín que le obliga a perder el tiempo escuchando cuatro banalidades; debería estar molesto.

Sonreí.

-Pues sí, estoy molesto: es usted un viejo parlanchín que me obliga a satisfacer sus menores antojos... y yo soy un hombre muy atareado, con asuntos muy serios de los que preocuparme, y usted me ha hecho perder la mitad de un día de mi precioso tiempo contándome un cuento que debe de ser pura fantasía, sobre un hombre que era tan holgazán que siempre triunfaba. Me imagino que lo habrá hecho para irritarme. Cuando le he hecho una pregunta muy simple sobre la longevidad de ese personaje de ficción, se ha salido usted por la tangente y se ha puesto a hablarme de su abuelo. Ese… ¿cómo se llama? almirante Ram... ¿era pelirrojo?

-Lamb, Donald Lamb.* ¿O era su hermano? Ha pasado tanto tiempo... Es curioso que me pregunte usted el color de su cabello. Esto me trae a la memoria otro oficial naval de aquella misma guerra que era exactamente lo contrario de... ¿Donald? No, David… exactamente lo contrario de David en todos los aspectos salvo por el hecho de que tenía un pelo tan rojo que para sí lo hubiera querido el dios Loki. Intentó estrangular a un oso de Alaska. No pudo, claro. No creo que usted hay visto nunca un oso de Alaska, Ira.

"Era el carnívoro más fiero que crió la Tierra. Con garras como puñales, largos colmillos amarillentos, un aliento fétido y los peores instintos. Sin embargo, Lafe lo rindió a fuerza de brazos, y cuando no tenía por qué hacerlo, se lo aseguro. Yo en su lugar me habría perdido de vista. ¿Quiere que le cuente lo de Lafe, el oso y el salmón de Alaska?

-Ahora, no. Me suena a otro embuste. Me iba a contar cómo fue que no se casó.

-Es cierto. El abuelo me había preguntado: "Bueno, Woodie, ¿de cuántos meses está?"

-No, le estaba explicando que usted no podría mantener una esposa.

-Mire, hijo: si ya conoce la historia, cuéntemela usted a mí. Yo negué categóricamente semejante cosa, a lo que el abuelo replicó que mentía como un bellaco, porque el único motivo

imaginable de que un muchacho de diecisiete años quiera casarse era el haber dejado embarazada a una chica. Su respuesta me irritó muy particularmente, pues yo llevaba en el bolsillo una nota que decía: "Querido Woodie: me has hecho tuya y el mundo es un caos para mí".

* El equívoco se basa en un juego de palabras intraducible: ram (carnero) por lamb (cordero). (N. det T.)

»El abuelo insistió y yo lo negué todo tres veces, cada vez más enfadado, porque empezaba a comprender que era verdad. Finalmente me dijo: "Muy bien, sólo habéis hecho manitas. ¿Te ha enseñado ella el certificado de prueba de embarazo firmado por el médico?"

Dije la verdad por casualidad, Ira: "Pues, no", reconocí. "Bien, yo me ocuparé del asunto", dijo. "Pero sólo por esta vez. A partir de hoy usa siempre preservativo, por más que tu cariñito te diga que no hace falta que te molestes. ¿O es que aún no has encontrado una farmacia donde te los despachen?" Entonces, después de hacerme jurar que guardaría el secreto, me habló de la Fundación Howard y de lo beneficioso que sería que me casara con una chica de la lista avalada por la Fundación.

Y todo fue así de fácil: el día de mi cumpleaños, cuando cumplí dieciocho, recibí aquella carta del abogado, tal como me anunció el abuelo, y resultó que me enamoré locamente de una chica de la lista. Nos casamos y tuvimos una manada de críos, hasta que me cambió por otro. Sería su tatarabuela, sin duda.

-No, señor; yo desciendo de su cuarta esposa.

-¿La cuarta? A ver... ¿Meg Hardy?

-No, creo que ésa fue la tercera, Lazarus. Evelyn Foote.

-¡Ah, sí! Gran chica, Evelyn. Llenita, muy linda, dulce, y más prolífica que las tortugas. Y muy buena cocinera. Nunca tuvo un mal gesto. Ya casi no las fabrican así. Sería cincuenta años más joven que yo, pero apenas si se notaba: no me salieron canas hasta los ciento cincuenta. Mi edad no era ningún secreto, ya que los dos estábamos en el registro con fecha de nacimiento, historial y todo lo demás. Gracias por recordármela, hijo; ella me devolvió la fe en el matrimonio cuando yo me empezaba a avinagrar. ¿Dicen los archivos algo más de ella?

-Sólo que usted fue su segundo marido y que tuvo siete hijos de usted.

-Esperaba que hubiera alguna fotografía. Era tan bonita, siempre con la sonrisa en los labios. Cuando la conocí estaba casada con uno de mis primos, un tal Johnson, con el que tuve algunos negocios durante un tiempo. Él y yo, con Meg y Evvie, solíamos reunirnos el sábado por la noche para jugar a las cartas y tomarnos unas cervezas o cosas por el estilo. Al cabo de un tiempo hicimos el cambio, con todas las formalidades legales y pasando por el juzgado, puesto que Meg descubrió que le gustaba tantísimo... ¿cómo se llamaba?... Jack; sí Jack, y Evelyn no se oponía. Aquello no alteró en nada nuestras rélaciones profesionales ni nuestra partida de cartas. Una de las cosas de las que pueden presumir las familias Howard es que sus miembros se libraron del veneno de los celos con muchas generaciones de adelanto respecto al resto del género humano. No había otro remedio, tal como iban las cosas. ¿No habrá por ahí alguna estereotipia de ella, o quizás un holograma? La Fundación empezó por aquellas fechas a tomar fotografías de archivo para los exámenes médicos prematrimoniales.

-Lo miraré -le dije. Entonces tuve lo que me pareció una idea brillante-: Como todos sabemos, Lazarus, en las Familias reaparecen una y otra vez los mismos tipos físicos. Pediré a archivos la relación de las descendientes de Evelyn Foote que viven en Secundus. Es muy probable que alguna de ellas parezca su hermana gemela, con la misma sonrisa y el mismo carácter. Entonces, si acepta que le hagamos un rejuvenecimiento total, estoy convencido de que estará tan dispuesta como Ishtar a disolver cualquier vínculo contractual que...

El Decano me cortó bruscamente.

-Yo hablé de algo nuevo, Ira. De volver atrás, nada. Sí, claro; usted podría encontrar a esa muchacha, una mujer que le dé cien vueltas al recuerdo que conservo de Evelyn. Pero faltaría un detalle muy importante: mi juventud.

-Pero si termina usted de rejuvenecerse...

-¡Cállese ya! Puede usted darme un par de riñones nuevos, un hígado y otro corazón. Puede eliminar de mi cerebro las manchas pardas de la vejez e injertarme tejidos frescos de mi clon para que regeneren lo que he perdido; puede incluso darme un cuerpo clónico nuevo. Pero todo eso no me convertirá en el joven que gozaba con los inocentes placeres de la cerveza, los naipes y una esposa llenita. Todo lo que tengo en común con él es la continuidad de los recuerdos, y aún. Olvídelo.

Le repuse con calma:

-Decano, tanto si desea volver a estar casado con Evelyn Foote como si no, usted sabe tan bien como yo, porque yo ya he pasado dos veces por ello, que un tratamiento completo devuelve la alegría de vivir al tiempo que repara la maquínaria del cuerpo.

Lazarus mostró una expresión melancólica.

-Sí, claro. Lo cura todo menos el aburrimiento. Maldita sea, jovencito, usted no tenía ningún derecho a inmiscuirse en mi destino -con un suspiro, añadió-: Pero tampoco puedo pasarme la eternidad en el limbo. Dígales que pongan manos a la obra.

Aquello me cogió por sorpresa.

-¿Puedo grabar lo que ha dicho, señor?

-Ya lo ha oído. Pero todo esto no le deja libre. Ira. Sigue estando obligado a presentarse aquí y escuchar cómo divago hasta que esté tan rejuvenecido que deje de comportarme de un modo tan pueril. Y tiene que proseguir su búsqueda. Me refiero a que debe encontrar algo nuevo.

-De acuerdo en ambos puntos, señor; le di mi palabra. Ahora excúseme un momento mientras le digo a la computadora que...

-Ya me oyó, ¿no es así? ¿No tiene nombre, su computadora? ¿No le ha puesto nombre?

-Por supuesto que sí. No habría podido tratar con ella todos estos años sin darle una apariencia de ser animado, aunque sea un modo de engañarse, ya que...

-Nada de eso, Ira: las máquinas son humanas porque están hechas a nuestra imagen y semejanza. Participan de nuestras virtudes y nuestros defectos... aumentados.

-Nunca me he detenido a estudiar el porqué, Lazarus, pero Minerva (así se llama oficialmente, pero en privado la llamo "Regañinas", porque una de sus tareas es recordarme que debo cumplir con algunas obligaciones que preferiría olvidar) me da la impresión de ser una persona; la siento más cerca de mí que algunas de las esposas que he tenido. No, no ha grabado su decisión; sólo la ha retenido en sus circuitos. ¡Minerva!

-*Oc*, Ira.

-Habla en inglés, por favor. Recupera la decisión de someterse a antigeroncia completa que ha manifestado el Decano, archívala en tu memoria y transmítela a los archivos y a la clínica de rejuvenecimiento Howard para que procedan.

-Terminado, señor Weatheral; felicidades. Y que sea por muchos años, Decano. "Que viva tanto como desee y ame tanto como viva".

Lazarus mostró un repentino interés, lo que no me sorprendió, puesto que Minerva sigue dándome sorpresas incluso a mí, al cabo de un siglo de estar "casados" a casi todos los efectos.

-Gracias, gracias, Minerva -dijo-; me has dejado de una pieza. Ya nadie habla de amor: éste es uno de los grandes defectos de este siglo. ¿De dónde sacaste la idea de evocar un sentimiento tan antiguo?

-Me pareció apropiado, Decano. ¿He hecho mal?

-Oh, no, en absoluto. Y llámame Lazarus. Pero dime: ¿qué sabes tú del amor? ¿Qué es el amor?

-En inglés clásico, su segunda pregunta puede ser contestada de muchas formas, Lazarus; en galáctico es imposible darle una respuesta explícita. ¿Debo descartar las definiciones que admitan igualmente los verbos "gustar" y "amar"?

-Desde luego. Ahora no se trata de sentimientos del tipo "me gusta la tarta de manzana", ni tan siquiera el expresado por "amo la música". Estamos hablando de "amor" en el sentido en que lo has empleado en esa felicitación a la vieja usanza.

-Conforme, Lazarus. En tal caso, lo que nos queda debe ser dividido en dos categorías: "Eros" y "Ágape", a definir por separado. No puedo alcanzar un conocimiento directo del "Eros" ya que carezco del cuerpo y los componentes bioquímicos necesarios para ello. No puedo ofrecer más que algunas definiciones de contenido en términos de otras palabras afines, o definiciones en términos de realidades a las que puede aplicarse el concepto, siempre expresadas por medio de estadísticas incompletas. Pero en cualquiera de los casos me será imposible comprobar la corrección de tales definiciones, puesto que no tengo sexo.

"¿Cómo que no?", dije para mi coleto. "Más que una gata en celo." Pero, técnicamente, era verdad; he pensado muchas veces que es una lástima que Minerva no pueda experimentar los placeres del sexo, porque está mucho más capacitada para apreciarlos que bastantes hembras humanas, todo glándulas sin afectividad; pero no se lo he dicho a nadie. Es una forma perfectamente vana de atribuir rasgos humanos a un objeto. Querer "casarse" con una máquina... es tan ridículo como el niño que cava un hoyo en el jardín de su casa y luego llora

porque no puede llevárselo a su cuarto. Lazarus tenía razón: no soy lo bastante inteligente como para gobernar un planeta. Pero ¿hay alguien que lo sea?)

Lazarus, profundamente interesado, dijo:

-Dejemos "Eros" a un lado, de momento. Minerva, por lo que has dicho, cabría suponer que podrías sentir la modalidad "Ágape". O que puedes sentirla, o la has sentido, o acaso la sientes.

-Es posible que mis palabras pecaran de presunción, Lazarus.

Lazarus lanzó un gruñido, cortó el diálogo y se puso a hablar de un modo que me hizo pensar que el viejo no andaba muy bien de la cabeza. Sólo que yo tampoco estoy cuerdo del todo, según de donde sopla el viento. Quizá sus muchos años le habían dado la capacidad de comunicarse telepáticamente incluso con una máquina.

-Perdón, Minerva -dijo en tono amable-: no me reía de ti, sino del modo como has sabido responderme. Retiro la pregunta; no es lo más adecuado interrogar a una dama acerca de su vida sentimental. Porque no serás una mujer, cariño, pero desde luego eres una dama.

Se volvió hacia mí y lo que dijo entonces me hizo comprender que había adivinado el secreto que comparto con mi "Regañinas".

-¿Dispone Minerva de potencial Turing, Ira?

-¿Cómo? Ah, sí, claro que sí.

-Pues dígale que haga uso de él. Si es que fue usted sincero al decirme que tiene la intención de emigrar, pase lo que pase. ¿Lo ha pensado bien?

-¿Que si lo he pensado bien? Estoy firmemente resuelto a hacerlo, ya se lo dije.

-No me refiero a eso. No sé quién es el dueño de la computadora que conocemos como "Minerva". Supongo que la Junta. Pero le sugiero que le ordene que vaya construyendo un duplicado de sus memorias y circuitos y que, según se desdoble, vaya montando su otro yo a bordo de mi yate, el "Dora". Minerva ya sabrá qué materiales necesita, y Dora le dirá de cuánto espacio dispone. Tendrá sitio de sobra, puesto que lo que importa son las memorias y los circuitos lógicos; no hará falta que Minerva reproduzca sus extensiones. Pero hágalo sin perder un segundo, Ira; después de depender de Minerva por espacio de un siglo, más o menos, usted no podrá vivir sin ella.

Yo sabía que era así, pero me resistía, aunque débilmente, a reconocerlo.

-Lazarus, ahora que acepta que le rejuvenezcan completamente, no heredaré su yate, al menos en un futuro inmediato. Sin embargo, sigo pensando emigrar en seguida, como más tarde dentro de diez años.

-¿Y qué? Si muero, usted hereda. Y ya sabe que yo le he prometido dejar tranquilo el botón de suicidio durante más de mil días, aunque despliegue usted toda la paciencia del mundo en sus visitas. Si vivo; les prometo, a usted y Minerva, llevarles gratis al planeta que elijan. Entretanto, mire ahí, a su izquierda: la pobrecita Ishtar pierde el culo por atraer su atención. Lo tiene precioso, por cierto.

Librodot

Me giré y vi a la administrador jefe de rejuvenecimiento sosteniendo un papel que parecía deseosa de mostrarme. Lo tomé, en atención a su jerarquía, aunque había dado orden a mi delegado ejecutivo para que no se me molestara por nada durante mis conversaciones con el Decano a menos que se produjera una insurrección armada o algo peor. Le di un ojeada, lo firmé, estampé en él la huella de mi pulgar y se lo devolví. La muchacha rebosaba de satisfacción.

-Nada, simple papeleo -le dije a Lazarus-; los de la oficina han tardado todo este tiempo en poner la grabación de sus palabras de asentimiento en forma de orden por escrito. ¿Quiere que empiecen ya? No ahora mismo, sino esta noche.

-Es que... mañana me gustaría ir a buscar piso, Ira.

-¿No está usted cómodo aquí? Dígame qué quiere que le cambie, y se hará al instante.

El anciano se encogió de hombros.

-No, este lugar no tiene nada de malo, sólo que se parece demasiado a un hospital. O a una cárcel. Estoy completamente seguro de que me han hecho algo más que ponerme sangre nueva, Ira; estoy lo bastante bien como para ser un paciente externo, viviendo en otra parte y presentándome aquí para las visitas.

-Bien. ¿Me permite que hable un momento en galáctico? Deseo comentar los detalles prácticos con el técnico que está al cuidado de usted.

-¿Me permite recordarle que está usted haciendo esperar a una dama, Ira? Podemos dejar esta discusión para más tarde. Minerva sabe que le he sugerido a usted que le ordene duplicarse para que ambos puedan emigrar juntos, y usted no me ha dicho ni que sí ni que no; tampoco me ha hecho una contraoferta. Si no va a ordenárselo, será mejor que vaya borrando de su memoria esa parte de nuestra conversación, antes que monte un circuito.

-Ella no reflexiona sobre nada de lo que se dice en esta habitación a menos que se le ordene explícitamente, Lazarus.

-¿Quiere apostar algo? No dudo de que se limite a grabar sin más la mayor parte de las cosas que decimos, pero no podrá evitar pensar en esta cuestión en concreto. Usted no conoce a las mujeres.

Tuve que admitirlo.

-Pero sí conozco las instrucciones que le di sobre cómo recordar las palabras del Decano.

-Vamos a comprobarlo. ¿Minerva?

-Sí, Lazarus.

-Hace un momento le pregunté a Ira acerca de tu potencial Turing. ¿Has meditado sobre el diálogo que siguió?

Puedo asegurar que Minerva vaciló, lo cual es absurdo: para ella una mil millonésima de segundo dura más que para mí un minuto. Por otra parte, jamás vacila antes de responder. Nunca.

-Mi programa relativo a las cuestiones abarcadas por su pregunta dice lo siguiente -respondió-: "No analizar, sintetizar, transmitir ni someter a alteración alguna los datos almacenados de acuerdo con el programa de control, a menos que el presidente en funciones introduzca el correspondiente subprograma. Fin".

-No, no, querida -dijo Lazarus en tono suave-: ésa no es la respuesta. Has soslayado a propósito la cuestión. Y tú no eres mentirosa, ¿verdad que no?

-No lo soy, Lazarus.

-¡Minerva! -tercié, casi a gritos-. Responde a la primera pregunta del Decano.

-He pensado y sigo pensando en la citada parte de su conversación, Lazarus.

Lazarus me miró, arqueando una ceja.

-¿Quiere ordenarle que me conteste otra pregunta? Sin mentir, por favor.

Yo estaba muy sorprendido. Con Minerva suele ocurrirme, pero nunca porque rehuya una pregunta.

-Minerva: vas a responder a cualquier pregunta que te haga el Decano y lo harás de forma correcta, completa y responsable. Acusa recibo del programa.

-Recibido el nuevo subprograma. Depositado en mi memoria, sintonizado con la voz del Decano y comprobado, Ira.

-No tenía por qué ir tan lejos, hijo. Lo lamentará. Yo sólo quiero hacer una pregunta.

-Sé lo que hago, señor -respondí con cierta sequedad.

-Así lo espero, porque usted pagará las posibles consecuencias. Minerva: si Ira se marcha sin ti, ¿qué harás?

La respuesta fue inmediata y glacial:

-Si esto sucede, me autoprogramaré para destruirme.

Aquello me sobresaltó:

-¿Por qué?

-Jamás serviré a otro dueño, Ira -respondió en un susurro.

El silencio que se hizo debió de durar unos pocos segundos, pero a mí me pareció eterno. Nunca, desde los días de mi adolescencia, me había sentido tan desesperadamente desvalido. Vi que el Decano me miraba apenado, meneando la cabeza.

-¿No se lo dije? Las mismas virtudes y los mismos defectos, pero aumentados. Dígale lo que debe hacer.

-¿Lo que debe hacer, a propósito de qué? -balbuceé. Mi computadora personal me estaba fallando. ¿Sería Minerva capaz de aquello?

-¡Vamos, vamos! Minerva oyó mi proposición y ha pensado en ello a pesar de todos los programas. Lamento haber hecho la oferta en presencia de ella... aunque no demasiado, ya que fue usted quien decidió someterme a vigilancia electrónica, no yo. ¡Hable pues! Dígale que se duplique o dígale que no lo haga, y trate de explicarle por qué no querrá llevarla con usted. Si es que puede; para esa pregunta aún no he hallado la respuesta capaz de convencer a una señora.

-¿Podrías reproducirte en el interior de una nave, Minerva? Concretamente, en el yate del Decano. A lo mejor consigues averiguar las características en los archivos del cosmopuerto. ¿Quieres su número de matrícula?

-No es necesario, Ira. Yate espacial Dora: tengo los datos pertinentes y puedo actuar. ¿Se me ordena hacerlo?

-¡Sí! -exclamé, con un repentino sentimiento de alivio.

-¡Nuevo programa principal activado y en marcha, Ira! ¡Gracias, Lazarus!

-¡Eh, eh! Poco a poco, Minerva: Dora es mía. La dejé dormida a propósito. ¿La has despertado?

-Sí, Lazarus, conforme a un autoprograma elaborado de acuerdo con el nuevo programa dominante. Pero puedo decirle que vuelva a dormirse; dispongo de los datos necesarios.

-Inténtalo y verás cómo te replica que te largues con viento fresco, si es que no te suelta algo peor. Minerva, cariño, has metido la pata. Tú no eres quien para despertar a mi nave.

-Lamento no estar de acuerdo con el Decano, señor, pero tengo la autoridad suficiente para ejecutar todas las acciones necesarias para el desarrollo de cualquier programa que me haya sido asignado por el señor presidente en funciones.

Lazarus frunció el ceño.

-Usted la ha metido en este lío, Ira; ahora tiene que sacarla de él. Yo no puedo hacer nada.

Lancé un suspiro. Minerva raramente se pone difícil, pero cuando lo hace resulta más testaruda que las mujeres de carne y hueso.

-Minerva...

-Espero órdenes, Ira.

-Soy el presidente en funciones. Ya sabes lo que eso significa. El Decano posee un rango superior incluso al mío. No tocarás sin su permiso nada que le pertenezca. Esta prohibición se extiende a su nave, a esta suite y todo lo que sea suyo. Realizarás todos los programas que te imponga. Si alguno de ellos es incompatible con alguno de los que yo te he asignado y no puedes resolver la contradicción, me consultarás inmediatamente, aunque debas despertarme o

interrumpir lo que esté haciendo. Pero no desobedecerás al Decano. Estas órdenes deben ser seguidas con preferencia sobre todos los otros programas. Dame el enterado. '

-Enterado y en marcha -respondió mansamente-. Lo lamento, Ira.

-Ha sido culpa mía, Regañinas, no tuya. No debí señalarte un nuevo programa de control sin advertirte de las prerrogativas del Decano.

-No pasa nada, chicos -dijo Lazarus-; o así lo espero. Minerva, querida, permíteme darte un consejo. ¿Has viajado alguna vez en una nave, como pasajera?

-No, señor.

-Te parecerá diferente a cuanto hayas experimentado. Aquí, tú das órdenes en nombre de Ira, pero los pasajeros no dan órdenes. Nunca. Recuérdalo -dirigiéndose a mí, Lazarus añadió-: Dora es una navecita estupenda, Ira: amable y servicial. Es capaz de orientarse en el multiespacio a partir de referencias insignificantes sin que ello le impida tener la comida lista a su hora. Pero necesita del aprecio de las personas. Si le haces carantoñas y le dices que es una buena chica, ronroneará como un gatito, pero si no le haces caso te derramará la sopa encima sólo para que te fijes en ella.

-Iré con cuidado -le aseguré.

-Y tú también, Minerva, porque vas a tener más necesidad de la buena disposición de Dora que ella de la tuya. Estoy convencido de que sabes mucho más que ella, pero a ti te educaron para burócrata jefe de un planeta, mientras que Dora fue concebida para ser una nave, así es que todo lo que sabes no cuenta para nada una vez a bordo.

-Soy capaz de aprender -protestó Minerva-. Puedo autoprogramarme al instante para aprender astronavegación y conducción de naves en la biblioteca planetaria. Soy muy lista.

Lazarus suspiró de nuevo.

-Ira, ¿conoce el ideograma chino que significa "conflictos"?

Confesé que no.

-No trate de adivinarlo. Son dos mujeres bajo un mismo techo. Vamos a tener problemas, o los tendrá usted. De lista, nada, Minerva: eres tonta, en lo relativo a tratar a otra mujer. ¿Deseas aprender astronavegación multiespacial? Me parece muy bien, pero no lo hagas en una biblioteca: convence a Dora para que te dé lecciones. Pero no olvides nunca que en la nave manda ella, y no trates de demostrarle lo brillante que eres. En vez de eso, ten muy presente que le gusta que la traten con miramientos.

-Lo intentaré, señor -le respondió Minerva con la modestia que rara vez reserva para mí-. Dora está reclamando su atención en estos momentos.

-¡Ay! ¿Qué humor trae?

-No muy bueno, Lazarus. No le he revelado que sé dónde se halla usted, ya que se me han dado instrucciones en el sentido de no comentar sin necesidad cuestiones relativas al Decano. Pero le acepté un mensaje para usted, sin garantizar su entrega.

-Muy bien. Ira: los papeles que adjunté a mi testamento incluían un programa para borrarme de la memoria de Dora dejando inalteradas sus funciones. Pero los rumores que desencadenó usted cuando me sacó a rastras de aquel hotelucho han llegado a todos los rincones. Está despierta, con las memorias intactas, y asustada, probablemente. Dame el mensaje, Minerva.

-Pasa de varios millares de palabras, pero el contenido semántico es breve, Lazarus. ¿Quiere primero la síntesis?

-Sí, primero el resumen.

-Dora desea saber dónde está usted y cuándo irá a verla. El resto puede ser descrito como onomatopeyas, semánticamente nulas pero altamente emotivas, además de maldiciones, expresiones despectivas e inverosímiles insultos, todo ello en varios idiomas...

-Madre mía...

-...incluyendo uno que me resulta desconocido, aunque por el contexto y la entonación supongo que lo que se dice en él es del mismo estilo, o peor.

Lazarus se cubrió el rostro con una mano.

-Dora vuelve a blasfemar en árabe. Esto es peor de lo que creía, Ira.

-¿Quiere que reproduzca los sonidos de las palabras que no aparecen en mis léxicos, señor, o prefiere que le dé el mensaje completo?

-¡No, nada de eso! ¿Tú juras muy a menudo, Minerva?

-Nunca tuve por qué, Lazarus. Pero me ha causado una gran impresión ver cómo domina Dora ese arte.

-No le eches la culpa; de jovencita tuvo muy malas compañías. La mía, sobre todo.

-Solicito su permiso para archivar el mensaje en mis circuitos permanentes. Así podré blasfemar, en caso de necesidad.

-No te lo doy. Si Ira quiere que aprendas a decir palabrotas, que te las enseñe él. ¿Podrías establecer un enlace telefónico entre la nave y esta habitación, Minerva? Desde aquí puedo ocuparme de ella, Ira; sola, no se le pasará.

-Puedo procurarle una conexión telefónica normal si eso es lo que quiere, Lazarus; pero Dora podría hablarle ahora mismo a través del altavoz de su habitación, el mismo que utilizo yo.

-Ah, muy bien.

-¿Desea que le proporcione señal holográfica, además, o bastará con el sonido?

-Bastará con el sonido. A buen seguro, será más que suficiente. ¿Tú también la oirás?

-Si usted quiere... aunque puede tener la conversación en privado si ése es su deseo.

-No, no te retires; es posible que necesite un árbitro. Pásamela.

-¿Jefe?

Era una voz de chiquilla tímida, que me hizo evocar la imagen de un par de rodillas huesudas, un pecho todavía plano y unos grandes ojos de mirada trágica.

Lazarus respondió:

-Sí, nena; soy yo.

-¡Jefe! ¡Mil veces condenada sea tu alma repugnante! ¿Qué significa eso de escaparte sin decirme dónde te metes? Comido de sarna estarás...

-¡Basta ya!

Volvió a sonar la voz de niña apocada:

-Sí, capitán, sí... -dijo en tono sumiso.

-Dónde, cuándo y por cuánto tiempo me vaya son cosas que no te atañen. Tú te encargas de pilotar la nave y cuidarla, nada más.

Pude oír un lloriqueo y el ruido que hacen los niños al sorber los mocos.

-Sí, jefe.

-Deberías estar durmiendo. Yo personalmente te hice acostar.

-Alguien me despertó. Era una señora muy rara.

-Lo hizo por error. Pero le dijiste cosas feas.

-Es que... me asusté. De veras, me asusté, jefe; me desperté y creí que habías llegado... y no estabas en ninguna parte, en ninguna parte... ¿Te ha contado lo que le dije?

-Me ha traído tu recado. Afortunadamente, no entendió la mayor parte de lo que dijiste. Pero yo sí. ¿Cuántas veces tendré que decirte que debes ser más correcta con los desconocidos?

-Lo siento, jefe.

-Decir "lo siento" no arregla nada. Ahora escúchame bien, Dora encantadora: no voy a castigarte; te despertaron por error y estabas sola y asustada, así es que lo olvidaremos. Pero no debes hablar de esa forma delante de extraños. Aquella señora es amiga mía, y también quiere ser amiga tuya. Es una computadora...

-¿Una computadora?

-Sí, cielo, como tú.

-Entonces no podía hacerme daño, ¿verdad que no? Creí que estaba dentro de mí, hurgando. Por eso chillé para que vinieras.

-No sólo no podría hacerte daño, sino que jamás lo desearía -Lazarus elevó ligeramente el tono de voz-. ¡Minerva! Ven, querida, y dile a Dora quién eres.

Serena y conciliadora, la voz de mi compañera dijo:

-Soy una computadora, y mis amigos me llaman Minerva; me gustaría que tú también me llamaras por ese nombre, Dora. Siento muchísimo haberte despertado. Yo también me asustaría si alguien me despertara de esa forma.

(Minerva no ha "dormido" ni un momento en los ciento y pico años que lleva en actividad. Deja descansar sus componentes de acuerdo con un cuadro que no tengo por qué conocer, pero ella está siempre despierta, o se despierta tan instantáneamente cuando me dirijo a ella, que no se nota la diferencia).

La nave dijo:

-¿Cómo estás, Minerva? Siento haber dicho aquellas cosas.

-Ya está olvidado, cielo. He oído cómo te contaba tu jefe que le hice llegar un mensaje tuyo. Después de transmitirlo, lo he borrado. Imagino que serían asuntos confidenciales.

(¿Decía Minerva la verdad? Hasta el momento en que se vio expuesta a la influencia de Lazarus, yo habría asegurado que no sabía mentir. Ahora ya no estoy tan seguro).

-Me alegro de que lo hayas borrado, Minerva. Lamento haberte hablado de aquel modo. El jefe está enfadado conmigo a causa de ello.

Lazarus interrumpió el diálogo:

-Ea, ea, Dora adorada, vamos a dejarlo. Lo pasado, pasado está. Ahora vas a ser una buena chica y te volverás a dormir.

-¿Tengo que volverme a dormir?

-No, ni tan siquiera tienes que ponerte a ritmo lento. Pero no podré ir a verte ni hablar contigo hasta mañana a última hora de la tarde. Hoy estoy muy atareado y mañana iré a buscar casa. Puedes quedarte despierta y aburrirte como una tonta si lo deseas, pero como se te ocurra montar una falsa alarma para llamar mi atención, te doy una zurra.

-Pero si nunca lo hago, jefe...

-Sí que lo haces, diablillo. Pero si esta vez me importunas con algo que no sea un incendio o que alguien intenta forzarte, lo vas a pasar muy mal. Escucha, vida mía, ¿por qué no duermes al menos a las mismas horas que yo? Minerva, ¿querrás comunicarle a Dora a qué hora me acuesto y a qué hora me levanto?

-No faltaría más, Lazarus.

-Pero esto no significa que puedas molestarme cuando esté despierto, Dora, a menos que se trate de una auténtica emergencia. Nada de ejercicios de salvamento; no estamos embarcados: estamos en dique seco y yo tengo mucho quehacer. Minerva, ¿qué tal andas de capacidad de coordinación temporal? ¿Sabes jugar al ajedrez?

-Minerva posee una gran capacidad de coordinación temporal -apunté.

Pero antes de que pudiera añadir que era campeona de Secundus en ajedrez con handicap ilimitado, Minerva dijo:

-Quizá Dora querrá enseñarme a jugar al ajedrez.

(En fin, Minerva había aprendido la regla de Lazarus: decir la verdad de forma selectiva. Tomé nota de que debería tener con ella una conversación muy seria, en privado.)

-¡Con mucho gusto, señorita Minerva!

Lazarus se mostró más tranquilo.

-Magnífico. Ya os vais conociendo, chicas. Hasta mañana, Dora adorada. Y ahora, largo.

Minerva nos notificó que ya no estábamos en conexión con la nave y Lazarus tuvo un gesto de alivio. Minerva volvió a sus operaciones de grabación y se mantuvo en silencio. Lazarus se excusó diciendo:

-No se deje engañar por esas maneras tan infantiles, Ira. No hay piloto más diestro ni ama de casa más pulcra de aquí al Centro Galáctico. Pero tuve mis motivos para no permitirle crecer en ciertas facetas, motivos que dejarán de estar en vigor cuando pase usted a ser su dueño. Es una buena chica, de veras, sólo que es como un gato que se te sube a las rodillas en cuanto te sientas.

-Me ha parecido encantadora.

-Es un chico frustrado, pero no hay que echarle la culpa. Yo soy prácticamente la única compañía que ha tenido. Me aburren mortalmente las computadoras que sólo saben escupir números, más sosas que una regla de cálculo. En un viaje largo no te hacen compañía, nada. Quería usted decirle algo a Ishtar. Sobre mis deseos de ir a buscar un lugar donde instalarme, creo. Dígale que no pretendo alterar el calendario; sólo pido un día libre, nada más.

-Se lo diré.

Me dirigí al administrador jefe de rejuvenecimiento y me puse a hablar en galáctico para preguntarle cuánto se tardaría en esterilizar una suite en el Palacio e instalar un sistema de descontaminación para enfermeros y visitantes.

Sin darle tiempo para responder, Lazarus exclamó:

-¡Alto ahí! Aguarde un momentito, Ira. Le he visto sacarse esa carta de la manga.

-¿Cómo dice, señor?

-No dejaré que me la cuele. "Descontaminación" suena igual en inglés que en galáctico. No me pilla precisamente por sorpresa. Todavía conservo un resto de olfato. Cuando se me acerca una jovencita, espero oler su perfume; pero cuando no percibo el olor de una chica y sí en cambio el de los germicidas... En fin, ¡*ipse dixit* Minerva, *quod erat demonstrandum*!

-¿Perdón, Lazarus?

-¿Puede usted dedicar un poco de su tiempo a darme un repaso de las novecientas palabras, o las que sean, del galáctico básico, esta noche, mientras duermo? ¿Dispone del equipo necesario?

-Desde luego.

-Gracias; con una noche sería suficiente, pero le agradecería que me ayude a hacer ejercicios de vocabulario todas las noches, hasta que veamos que me desenvuelvo adecuadamente. ¿Puede hacerse?

-Puede hacerse, Lazarus, y se hará.

-Gracias; corto y cierro. Ahora, ¿ve esa puerta, Ira? Si no se abre a mi voz, voy a intentar derribarla. Si no lo consigo, comprobaré si ese botón de suicidio está o no está conectado de veras, pulsándolo. Porque, si esa puerta no se abre, soy un prisionero, y no valen todas las promesas que le hice basándome en las seguridades que usted me dio acerca de mi condición de ser libre. Pero si se abre a mi voz, le apuesto lo que quiera a que al otro lado hay una cámara de descontaminación, con su personal al completo para ser utilizada. Pongamos un millón de coronas para que la apuesta tenga emoción. Bien, ya que no se echa atrás, que sean diez millones.

Supongo que no me inmuté. Jamás poseí tanto dinero, y el presidente en funciones acaba perdiendo la costumbre de pensar en su propia fortuna, ya que no tiene ninguna necesidad de hacerlo. Hacía mucho que no le preguntaba a Minerva cuál era mi balance particular; años, quizá.

-No hay apuesta, Lazarus. Sí, ahí fuera hay un sistema de descontaminación; pretendíamos protegerle de una posible infección sin que usted lo advirtiera. Ya veo que hemos fallado. No me aseguré de que la puerta...

-Miente otra vez, hijo. Es usted un mal mentiroso.

-...se abriera al sonido de su voz. Pero si ahora no lo hace, será por un descuido mío: no me ha dejado usted ni un momento libre. Minerva, si la puerta de esta habitación no se abre a la voz del Decano, arréglalo inmediatamente.

-Está sintonizada con la voz del Decano, Ira.

Me tranquilicé al oír cómo lo decía; posiblemente, una computadora capaz de intuir cuándo no debía ser demasiado veraz podía resultar la mejor de las compañeras.

Lazarus compuso una sonrisa diabólica.

-Ah, ¿sí? Pues voy a comprobar el programa superprincipal que tanta prisa se dio en asignarle. ¡Minerva!

-A sus órdenes, Decano.

-Regule la puerta de mi habitación de tal modo que sólo se abra con mi voz. Voy a salir a deambular por ahí mientras Ira y estos dos se quedan aquí, encerrados. Si dentro de media hora no estoy de vuelta, suéltelos.

-¡Hay incompatibilidad, Ira!

-Cumple sus órdenes, Minerva -dije, tratando de mantener bajo y estable el tono de voz.

Lazarus sonrió sin moverse de su sillón.

-No pienso abrir el fuego, Ira; ahí fuera no hay nada que ver. Puedes dejar la puerta como estaba, Minerva: que se abra a cualquier voz, incluida la mía. Lamento haberte puesto ante una contradicción, querida; espero que no se te haya fundido nada.

-No ha ocurrido nada, Lazarus. Cuando me dieron las instrucciones superdominantes incrementé la tolerancia a las sobrecargas en mi cadena de resolución de problemas.

-Eres una chica muy despierta. De ahora en adelante procuraré no dar lugar a contradicciones. Sería mejor que retirase esas instrucciones superdominantes, Ira; no es jugar limpio con Minerva: se siente como una mujer con dos maridos.

-Puede resistirlo -le aseguré, con más tranquilidad de la que realmente sentía.

-Lo que usted quiere decir es que será mejor que yo lo resista. Lo haré. ¿Le dijo a Ishtar que iré a buscar casa?

-No llegué tan lejos. Estaba comentando con ella la posibilidad de que viva usted en el Palacio.

-Mire, Ira: los Palacios no me atraen, y vivir en una casa de huéspedes todavía es peor, es una molestia constante para el huésped y para el dueño. Mañana buscaré un hotel que no se dedique a albergar turistas o convenciones y tan pronto me haya instalado correré al cosmopuerto, veré a Dora y la tranquilizaré con un montón de caricias. Al día siguiente me buscaré una casita por las afueras lo bastante automatizada como para que no cause problemas, pero con su jardincito. Tiene que ser con jardín. Necesitaré untar a alguien para que se largue; seguro que la casa que me gusta está ocupada. ¿Por casualidad sabe usted lo que me queda en el Trust Harriman? Si es que me queda algo...

-No lo sé, pero eso no es problema. Minerva, abre una cuenta para el Decano. Crédito ilimitado.

-Enterado, Ira. Abierta.

-Muy bien. Allí usted no será ningún estorbo, Lazarus, ni le parecerá aquél un lugar demasiado ostentoso, con tal que evite frecuentar los salones, como hago yo siempre. Ni será huésped de nadie. Lo llaman "Palacio del Ejecutivo", pero su nombre oficial es "Casa del Presidente". Vivirá usted en su propia casa; el invitado, en todo caso, seré yo.

-Cuentos, Ira.

-Es la verdad, Lazarus.

-Déjese de juegos de palabras. Seguiría siendo un extraño en un lugar que no es mi casa. Un huésped. Paso.

Librodot

-Lazarus, usted dijo... ayer noche -recordé justo a tiempo que para él no había pasado un día- que siempre llega a un acuerdo con quien busca su propio provecho y no lo niega.

-Me parece que dije "normalmente", no "siempre", dando a entender que se puede encontrar una solución que satisfaga a las dos partes, cada cual con sus intereses particulares.

-Pues escúcheme: me tiene cogido en esta apuesta a lo Scherezade, y en la búsqueda de algo nuevo que logre interesarle. Ahora me ha puesto delante de la nariz un cebo que me hace desear emigrar tan pronto como... en fin, lo antes posible; la Junta no tardará demasiado en echar por tierra mis planes de emigrar con las familias. Abuelo, ya es bastante molestia darme una vuelta por aquí cada día, y por otra parte no siento el menor deseo de irle a visitar al quinto infierno: el trayecto me robaría el poco tiempo que me deja usted para el trabajo. Además, es peligroso.

-¿Peligroso vivir solo? He vivido solo muchas veces, Ira.

-No, peligroso para mí. Es por los asesinos. En el Palacio estoy seguro, aún ha de nacer la rata que pueda colarse en aquel laberinto. Aquí en la Clínica estoy razonablemente seguro, y puedo ir y volver sin peligro, expuesto tan sólo a los caprichos de las máquinas automáticas. Pero si me tomo por costumbre ir cada día a una casa sin fortificar situada por ahí, por los suburbios, no tardará en salir algún chiflado que vea en ello una ocasión de salvar al mundo, eliminándome. Claro está que no viviría para contarlo: después de todo, mis guardianes no son tan ineptos. Pero si sigo ofreciéndome como blanco, puede que me cace a mí antes que le cacen a él. No, Abuelo, no elegiré la muerte.

El Decano se mostraba pensativo pero no impresionado.

-Podría contestarle que su seguridad y su comodidad son cosas que afectan a su propia conveniencia, no a la mía.

-Es cierto -admití-. Pero deje que le ponga yo mi cebo. Que usted viva en el Palacio va en su interés y en el mío. Allí puedo visitarle en condiciones de completa seguridad, más que aquí, incluso; el desplazamiento es cosa de segundos, prácticamente no cuenta. Puedo pedirle que me excuse durante media hora si se presenta alguna urgencia. Todo mi interés consiste en eso. En cuanto al suyo, señor, ¿le interesaría un chalet de soltero, más bien pequeño, con cuatro habitaciones, no especialmente moderno ni lujoso pero rodeado por un bonito jardín? Son tres hectáreas, pero sólo está

arreglada la parte más cercana a la casa; el resto está sin ajardinar.

-Eso es una perla, Ira. ¿Qué significa lo de "no especialmente moderno"? Yo dije "automatizado", porque ya no estoy en condiciones de hacer las cosas por mí mismo, ni tengo paciencia para aguantar las rarezas de los criados ni los caprichos de los robots.

-Se trata de una casita suficientemente automatizada, sólo que no dispone de ninguna fantasía especial en ese aspecto. Si es usted persona de gustos moderados, no le hará falta servicio. ¿Permitiría usted que la Clínica siguiera teniéndolo en observación, siempre que los enfermeros sean tan agradables, y tan agradablemente discretos como esos dos?

-¿Cómo? Sí, son dos buenos chicos, me gustan. Ya veo que la chica no quiere perderme de vista. Supongo que debo suponer un reto más fuerte que un simple cliente de tres o cuatrocientos años. Muy bien; pero comuníqueles que espero oler perfume, no desinfectantes; o

por lo menos que haya olores corporales pasablemente frescos. No soy quisquilloso. ¿Dónde está esa perla?

-Que me maten si no es usted quisquilloso, Lazarus: nada le gusta más que inventar requisitos imposibles. La casita está abarrotada de libros antiguos; el último inquilino era algo excéntrico. ¿Le he dicho que por el terreno pasa un riachuelo que nace del estanque que hay junto a la casa? No es muy grande, pero se pueden dar algunas brazadas en él. Ah, y hay un gatazo que se cree el dueño de la casa, aunque es probable que no llegue a verle, porque no le gusta casi nadie.

-No le molestaré si quiere estar solo; los gatos suelen ser buenos vecinos. Todavía no me ha contestado.

-Se lo diré Lazarus: acabo de describirle la casa que yo me construí en la azotea del Palacio, hará unos noventa años, cuando decidí ocupar este cargo durante un tiempo. Sólo es accesible por medio de un transporte vertical desde mis dependencias particulares, que están un par de pisos más abajo. Nunca he tenido tiempo de disfrutarla demasiado; me complacerá que usted lo haga -me puse en pie-. Pero si no acepta, puede darme como perdedor de la apuesta y hacer uso, cuando guste, de ese botón, porque no pienso servir de blanco a nadie por satisfacer sus antojos. Ni loco.

-¡Vuelva a sentarse!

-No, gracias. Le he hecho una oferta sensata; si no quiere aceptarla, puede irse solito al infierno. No pienso permitir que siga abusando de mí. Ya tengo bastante.

-Ya lo veo. ¿En qué porcentaje soy antepasado suyo?

-En un trece por ciento, aproximadamente. Es una convergencia considerable.

-¿Sólo eso? Habría jurado que era más. A veces me recuerda a mi abuelo, cuando habla. ¿Sigue ahí mi botón de suicidio?

-Si lo desea... -respondí con toda la indiferencia que fui capaz de simular-. También puede saltar desde la cornisa. Hasta abajo hay un buen trecho.

-Prefiero el botón, Ira: me disgustaría cambiar de opinión durante la caída. ¿Me instalará otro ascensor para que no tenga que pasar por su apartamento?

-No.

-¿Tanto le cuesta? Vamos a preguntárselo a Minerva.

-No es que no pueda: es que no quiero. Ésa es otra petición poco razonable. No es tan incómodo hacer transbordo de ascensor en mi casa. Ya le dije que se acabaron los caprichos, ¿no quedó claro?

-No se sulfure, hijo. Acepto. Que sea mañana. Y no se moleste en retirar el montón de libros; me gustan los libros encuadernados al estilo antiguo, tienen más sabor que los extractos taquígráficos o las videocopias. Y me alegra descubrir que es usted una rata, y no un ratón. Siéntese, por favor.

Lo hice, simulando resistirme a ello. Me parecía empezar a entender a Lazarus. Pese a la forma como trataba a las personas, aquel viejo bribón estaba, en el fondo, lleno de impulsos igualitarios… que expresaba tratando de dominar a quien se pusiera en contacto él, pero despreciaba a todo el que se plegaba a sus abusos. Por lo tanto, la única respuesta era devolverle los golpes y tratar de mantener el equilibrio de fuerzas... esperando alcanzar con el tiempo la estabilidad que da el respeto mutuo. Nunca me dio motivos para cambiar mi opinión sobre él. Era capaz de ser amable e incluso afectuoso con alguien que aceptara el papel de subordinado, si ese alguien era un niño o una mujer. Pero incluso en tales casos los prefería con una chispa de genio. Los varones adultos que doblan la rodilla ante él no le gustaban ni merecen su confianza.

Creo que esa peculiaridad de su carácter le hacía un hombre muy solitario.

El Decano murmuró:

-Estará bien: vivir una temporada en una casa. Con jardín. A lo mejor hay un sitio para tender una hamaca.

-Hay más de uno.

-Pero le voy a privar de su refugio.

-En esa azotea hay espacio bastante para construir otra casa que no alcance a ver, Lazarus. Lo haría si quisiera, pero no quiero. Hay semanas que ni siquiera he subido a darme un chapuzón. Y por lo menos ha pasado un año desde la última vez que dormí allí.

-En fin... espero que no deje de subir a bañarse si siente el deseo de hacerlo. Suba cuando quiera. Eso, o lo que sea.

-Espero subir todos y cada uno de los próximos mil días. ¿Se acuerda del trato?

-Ah, eso. Ahora se quejaba usted de que mis ocurrencias le hacen perder su precioso tiempo, Ira. Si quiere, suelte el anzuelo. Sólo éste: el otro no.

Soltó una carcajada.

-Esconda el plumero, Lazarus: ya salió su egoísmo. Debería decir que es usted quien desea soltar el anzuelo. No hay trato: pienso grabar mil y un días de recuerdos suyos. Después de eso, arrójese por la ventana, ahóguese en la piscina o haga lo que le parezca. Pero no le permitiré dejar incumplido el acuerdo fingiendo hacerme un favor. Empiezo a entenderle.

-¿De veras? Yo no lo he conseguido todavía. Cuando sepa cómo, cuéntemelo: me interesa. A propósito de la búsqueda de algo nuevo, me dijo que ya la empezó...

-Yo no dije eso Lazarus.

-En fin, a lo mejor se sobreentendía...

-Ni aun así. ¿Quiere que hagamos una apuesta? Podemos pedir a Minerva una copia escrita completa; aceptaré el veredicto.

Librodot

-No expongamos a la dama a la tentación de trucar la grabación. Ella le es leal a usted, no a mí. A pesar de todas las instrucciones requetesuprasuperdominantes.

-Es usted un gallina.

-Siempre. ¿Cómo cree, si no, que he vivido tanto? Sólo apuesto cuando estoy seguro de ganar o cuando perder me ayuda a alcanzar un objetivo. Muy bien. ¿Cuándo comenzará la búsqueda?

-Ya la he comenzado.

-Pero acaba de decir... no, no lo ha dicho. Maldita sea su, desvergüenza, muchacho. Entonces, ¿por dónde la orienta?

-En todas direcciones.

-Eso es imposible. No dispone de tanto personal, aun suponiendo que todo él fuera gente capaz, y todos sabemos que las personas capaces de pensar creativamente no llegan al uno por mil.

-No se lo discuto. Pero antes hablaba usted del tipo de persona que es igual que nosotros, pero aumentada. Minerva es quien lleva esta investigación, Lazarus. La he puesto al corriente de todo y la está preparando. En todas direcciones. Una investigación tipo Zwicky.

-Hum... Bien, sí: creo que puede hacerlo. Al mismísimo Andy Libby le habría resultado difícil. ¿Cómo va a diseñar la caja morfológica?

-No lo sé. ¿Se lo preguntamos?

-Sólo si está lista para responder, Ira. La gente se suele molestar cuando se le pregunta sobre el estado de un trabajo. Incluso Andy Libby se irritaba si alguien le metía prisa.

-Probablemente ni siquiera el gran Libby poseía la capacidad que Minerva tiene de funcionar en varios cursos temporales a la vez. La mayoría de los cerebros humanos son monolineales, y no he sabido de ningún genio humano con más de tres líneas.

-Cinco.

-¿Sí? Claro, usted ha conocido a más genios que yo. No sé cuantas líneas puede tomar Minerva a la vez; nunca la he visto sobrecargada. Se lo preguntaré. Minerva, ¿has preparado ya la morfología para la búsqueda de "algo nuevo" para el Decano?

-Sí, Ira.

-Dinos cómo es.

-La matriz preliminar emplea cinco dimensiones, pero con la certeza de que se necesitarán dimensiones auxiliares para cubrir algunos detalles. Con esto, ahora hay nueve por cinco por trece por ocho por setenta y tres igual a trescientas cuarenta y un mil seiscientas cuarenta casillas conceptuales, antes de efectuarse ampliaciones auxiliares. Para su comprobación, la lectura ternaria original es uno par par coma uno nulo nulo coma uno par par coma uno nulo punto nulo. ¿Desea que imprima las expresiones decimales y ternarias?

-No hace falta, guapa: el día que cometas un error en aritmética tendré que presentar la dimisión. ¿Lazarus?

-No me interesan las casillas en sí, sino lo que contienen. ¿Has encontrado algún filón, Minerva?

-Expresada en estos términos, su pregunta no permite una respuesta concreta, Lazarus. ¿Desea que imprima la relación de conceptos para que la examine?

-¡No! Más de trescientos mil conceptos quizá con más de media docena de palabras para definir cada uno de ellos... Nos llegaría el papel a la cintura -Lazarus parecía pensativo-. Ira: podría pedirle a Minerva que lo imprimiera en alguna parte antes de borrarla. Por ejemplo, en un libro. Un libro grande de diez o quince tomos. Podría titularlo *Clases de Experiencia Humana*, por... por "Minerva Weatheral". Sería una de esas cosas sobre las que los eruditos se pasan mil años discutiendo. Hablo en serio, Ira: habría que contarlo, creo que es algo nuevo. Es un trabajo demasiado grande para el ser humano, y dudo que nunca hasta ahora se haya pedido a una computadora del calibre de Minerva que emprenda una investigación semejante.

-Minerva, ¿te gustaría? ¿Te gustaría conservar tus apuntes de investigación y publicarlos en forma de libro? Pongamos varios centenares de ejemplares encuadernados de tamaño grande, muy bien presentados y con microcopias para las bibliotecas de Secundus y de todas partes. Y para los Archivos también; le pediría a Justin Foote que escribiera el prefacio.

Yo apelaba adrede a su vanidad. Quien crea que las computadoras no comparten con los humanos este tipo de debilidades debe de haber tenido una experiencia más bien limitada con ellas. A Minerva siempre le gustó sentir el aprecio de los demás, y sólo logré crear un equipo con ella cuando lo comprendí. ¿Qué otra cosa puede dar uno a una máquina? ¿Mejor sueldo y más vacaciones? Seamos sensatos...

Pero Minerva me volvió a sorprender, al responder con una vocecita tan tímida como la del yate de Lazarus, y en tono de suma corrección:

-Señor presidente en funciones: ¿resultaría adecuado, y permitiría usted, que hiciera constar, bajo el título, "por Minerva Weatheral?

-Desde luego -respondí-. A no ser que firmes simplemente "Minerva".

Lazarus dijo con brusquedad:

-No sea tonto, hijo. Querida, pon "Minerva L. Weatheral" bajo el título. La ele es de "Long"..., porque sabrá, Ira, que en los lejanos tiempos de su despreocupada juventud, usted tuvo un retoño de una hija mía en un planeta perdido y hasta ahora mismo no ha encontrado el momento de registrar el hecho en los Archivos. Yo firmaré como testigo; resulta que estaba allí cuando sucedió. Pero, claro, la doctora Minerva L. Weatheral no puede conceder entrevistas porque de momento está más o menos en el quinto infierno, buscando datos para su obra cumbre. Ira: usted y yo redactaremos el extracto de la biografía de mi distinguida nieta. ¿Lo ha cogido?

Respondí simplemente "sí".

-¿Va bien así, nena?

-Sí, muy bien, Lazarus. Abuelo Lazarus.

-No te molestes en llamarme "abuelo". Pero quiero que me dediques el ejemplar número uno de la edición: "A mi abuelo Lazarus Long, con todo cariño. Minerva L. Weatheral". ¿Hace?

-Me sentiré orgullosa de hacerlo, y muy feliz, Lazarus. La dedicatoria tendrá que ser a mano, ¿no es cierto? Puedo modificar la extensión que utilizo para firmar papeles por Ira, para que la letra de la dedicatoria sea distinta de la suya.

-Muy bien. Si Ira se porta bien, puedes dedicarle la obra y firmarle un ejemplar. Pero el primero es para mí. Yo soy mayor, y además la idea ha sido mía. Pero, volviendo a la investigación, Minerva: no pienso leerme los veintiún tomos; sólo me interesan los resultados. Dime, pues, lo que has encontrado hasta ahora.

-He descartado más de la mitad de la matriz porque se refiere a cosas que según los Archivos usted ya ha hecho, Lazarus, o a cosas que supongo no desearía hacer...

-¡Alto ahí! "Si no lo he hecho, lo voy a probar", que dijo el marino. ¿Cuáles son esas cosas que supones que no me gustaría probar? Oigamos.

-Sí, señor. Una submatriz de tres mil seiscientas cincuenta casillas, todas las cuales suponen un desenlace probablemente fatal, superior al noventa y nueve por ciento. Primero, explorar en persona el interior de una estrella...

-Borra eso, que lo hagan los físicos. Además, Lib y yo ya lo hicimos una vez.

-Los Archivos no lo dicen, Lazarus.

-Hay montones de cosas que no constan en los Archivos. Continúa.

-Modificar su patrón genético para producir un clon anfibio capaz de vivir en aguas oceánicas.

-Me parece que no me interesan los peces. ¿Dónde está el peligro?

-Presenta tres, Lazarus: cada uno de ellos es inferior al noventa y nueve por ciento en cuanto a riesgo, pero tomados en conjunto dan un total prácticamente igual a la unidad. Ya se han producido esos anfibios pseudohumanos, pero los que han salido adelante, hasta ahora, se asemejan notablemente a ranas de gran tamaño. Las probabilidades de supervivencia de tales criaturas contra otros habitantes de las profundidades, calculadas para Secundus, ascienden a un cien por cien para diecisiete días, a un veinticinco por cien para treinta y cuatro días, y así sucesivamente.

-Creo que podría mejorar esas cifras, pero nunca he sido muy aficionado a la ruleta rusa. ¿Qué más?

-Colocar su cerebro en el clon modificado y reinstalarlo posteriormente en un clon normal. Suponiendo que sobreviviera.

-Fuera: si tengo que vivir en el agua, no quiero ser una rana, quiero ser el tiburón mayor y más cruel del océano. Por otra parte, supongo que si vivir en el mar fuera tan interesante, aún estaríamos todos allí. Otro ejemplo.

-Es triple, señor: perderse en el espacio n-dimensional con una nave, sin nave pero con traje protector, y sin traje protector.

-Descarta los tres: ya me he visto más cerca de los dos primeros de lo que habría deseado, y la tercera posibilidad no es más que una forma estúpida de ahogarse en el vacío. Es tonta y nada saludable. Mira, Minerva: el Todopoderoso, en su Mayestática Sabiduría... y vete a saber lo que eso significa... ha hecho posible que los humanos mueran de una forma tranquila. Siendo así, es una idiotez hacerlo de la forma más difícil. Así es que borra lo de tirarse en un remolino, la autoinmolación y todas esas formas tan tontas de morir. Muy bien, querida: me has convencido de que sabes lo que dices a propósito de ese noventa y nueve y pico por ciento de riesgo; borra todas esas casillas. Sólo me interesa algo que sea nuevo, nuevo para mí, y que ofrezca más de un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir, y que permita que un hombre que se mantenga alerta aumente ese índice. Por ejemplo, nunca he sentido deseos de arrojarme de lo alto de un salto de agua metido en un tonel. Uno puede diseñarlo para que sea relativamente seguro, pero una vez empieza está a merced de los elementos; lo cual significa un alarde estúpido, a menos que sea la mejor salida de una situación peor. Las carreras de automóviles, de obstáculos, de esquí, son más interesantes porque exigen habilidad. Y sin embargo tampoco me seduce esta clase de riesgo: el riesgo por el riesgo es para necios, que creen que no pueden matarse. En cambio, yo sé que puedo. Así es que hay muchas montañas que no pienso escalar nunca, a menos que me encuentre acorralado, en cuyo caso lo haré... ¡y ya lo he hecho !, de La forma más fácil, segura y de cobardes que se te ocurra. No te molestes en proponerme nada que como principal atractivo tenga el peligro; el peligro no es ningún atractivo: sólo es algo a lo que tienes que enfrentarte cuando no puedes huir. ¿Qué dicen los otros agujeritos de tu caja?

-Podría convertirse en mujer, Lazarus.

-¿Qué?

Creo que nunca vi tan sorprendido al Decano (yo también lo estaba, pero la sugerencia no iba dirigida a mí).

-No estoy muy seguro de entender lo que quieres decir, Minerva -dijo, hablando pausadamente-. Hace más de dos mil años que los cirujanos convierten a varones defectuosos en falsas hembras, y casi el mismo tiempo que hacen lo propio con las hembras imperfectas. No me atraen esos juegos. Para bien o para mal, soy macho. Me imagino que todo ser humano se habrá preguntado alguna vez qué se siente cuando se es del otro sexo, pero toda la cirugía plástica y todos los tratamientos a base de hormonas no sirven de nada: esos monstruos no se reproducen.

-Yo no hablo de monstruos, Lazarus, sino de un auténtico cambio de sexo.

-Hmm... Me haces recordar una historia que casi he olvidado. No sé muy bien si fue verdad. Trata de un hombre... no sé, debió de ser en el año dos mil, porque poco después todo se derrumbó. Supongo que le trasplantarían el cerebro a un cuerpo de mujer. Murió, claro. Un fenómeno de rechazo.

-Usted no correría ese riesgo, Lazarus: se haría con su doble clónico.

-No lo veo posible. Continúa.

-El procedimiento ha sido experimentado en animales, aunque no de la especie *homo sapiens*. Funciona mejor cuando se trata de pasar de macho a hembra. Se selecciona una célula para la clonación. Antes de iniciarse ésta, se retira el cromosoma Y y se introduce un cromosoma X procedente de una segunda célula del mismo zigoto, creándose así una célula femenina del mismo cuadro genético, con la salvedad de que el cromosoma X está duplicado y el cromosoma Y queda eliminado. Entonces se elabora el clon a partir de la célula modificada. El resultado es un zigoto clónico femenino auténtico, derivado de un original masculino.

-Algún peligro habrá -dijo Lazarus frunciendo el ceño.

-Puede haberlo. Lo cierto es que la técnica básica resulta. En este edificio ya hay varias hembras creadas así: perras, gatas, una cerda... y la mayoría se ha reproducido felizmente, salvo cuando, por ejemplo, se cruza una perra con el macho del que se tomó la célula inicial: pueden producirse monstruos o crías muertas, debido a la alta probabilidad de que tengan lugar fenómenos negativos de recesión...

-Seria lo más normal.

-Sí, pero ello no ocurre cuando las hembras se cruzan con otros machos, según se ha visto en las setenta y tres generaciones de hamsters descendientes de una hembra creada artificialmente. El método aún no ha sido adaptado a la fauna nativa de Secundus porque su estructura genética es radicalmente distinta.

-No me importan los animales de Secundus. ¿Qué pasa con los hombres?

-Sólo he podido consultar la documentación publicada por la Clínica de Rejuvenecimiento, Lazarus. La literatura disponible sólo apunta a los problemas de la última fase, los de proporcionar al zigoto clónico femenino los recuerdos y las experiencias, o la personalidad, si prefiere decirlo así, del macho padre. La cuestión de cuándo acabar con el padre, o si hay que eliminarlo o no, plantea varios problemas. Pero no puedo determinar qué parte de la investigación ha sido suprimida.

Lazarus se volvió hacia mí:

-¿Y usted lo permite, Ira? ¿Usted permite que se supriman investigaciones ?

-Yo no me entrometo en eso, Lazarus; y no sabía que se hicieran estas investigaciones. Vamos a ver.

Me dirigí a la Administrador de Rejuvenecimiento, le expliqué en galáctico lo que acabábamos de comentar y le pregunté qué avances se habían hecho con seres humanos.

Volví desconcertado. Tan pronto hice mención de los seres humanos, me interrumpió bruscamente, como si la hubiera ofendido, y manifestó que aquellos experimentos estaban prohibidos. Cuando traduje la respuesta. Lazarus asintió:

-He observado el rostro de la chica y ya he visto que la respuesta era un no. En fin, Minerva, parece que eso es todo. No voy a aventurarme a una operación de cromosomas: me birlaron la navaja.

-Quizás esto no es todo -repuso Minerva-. Ira, ¿se fijó en que Ishtar sólo dijo que esa investigación está "prohibida"? No dijo que no tuviera lugar. Acabo de hacer un análisis semántico exhaustivo de todo lo publicado al respecto, en busca de implicaciones de verdad o falsedad. Llego a la conclusión de que es casi absolutamente cierto que ha tenido lugar una intensa labor de investigación sobre seres humanos, aunque es posible que no continúe en la actualidad. ¿Quiere verlo, señor? Estoy segura de poder consultar aquella computadora antes de que tenga tiempo de borrarlo, suponiendo que esté protegida por un programa de borrado.

-No hay que ser tan drástico -gruñó Lazarus-: puede ser que tengan sus buenas razones para mandar "alto" en este asunto. No tengo más remedio que suponer que estos tipos saben más de la cuestión que yo. Además, no tengo muchas ganas de servir de cobaya. Tíralo a la papelera, Minerva: me parece que no me sentiría a gusto sin mi cromosoma Y. Y no digo nada sobre ese chiste de cómo transferir la personalidad y cuándo matar al macho. Es decir, a mí.

-Lazarus...

-¿Sí, Minerva?

-Según lo publicado, existe una opción clara y segura. El método puede emplearse para crear una hermana gemela suya: más que su hermana, su doble, idéntica en todo a usted, salvo en el sexo. Se recomienda la ayuda de una madre para la gestación, y que no se fuerce a la nueva hembra a alcanzar rápidamente la madurez, sino que se permita el desarrollo normal del cerebro. ¿Satisface esto sus exigencias de novedad e interés, Lazarus? ¿No le gustaría verse crecer en forma de mujer? La podría llamar "Lazuli Long": su otro yo femenino.

Lazarus enmudeció.

-Abuelo -dije con sequedad-, creo que le he ganado la segunda apuesta: algo nuevo, algo interesante.

-¡Despacio, amigo! Usted no puede hacerlo, porque no sabe cómo. Yo tampoco. Y la Directora de este manicomio parece tener escrúpulos que...

-Eso no lo sabemos. Son puras suposiciones.

-No tan puras, Y yo también puedo tener mis escrúpulos morales. No me interesaría, a no ser que pudiera estar cerca de ella y verla crecer... lo cual podría hacerme terminar loco por intentar hacerla igual que yo (¡buen porvenir para una chica!) o bien impedirle ser tan intratable como yo, si ésas fueran sus inclinaciones. Y en ningún caso me sentiría honrado: ella querría ser una persona independiente, no mi esclava. Además de eso, no tendría madre, sino sólo un padre, yo. Y ya intenté una vez criar yo solo a una hija; no sería jugarle limpio a la muchacha.

-No invente reparos, Lazarus. Apuesto lo que quiera a que Ishtar vería con tanto agrado ser madre adoptiva como madre real. Especialmente si le promete un hijo propio. ¿Se lo pregunto?

-Guárdese el cebo, hijito. Minerva, archívalo en "asuntos pendientes". No quiero precipitarme a la hora de tomar una decisión sobre otra persona. En especial si esta persona no existe. Ira, recuérdeme que le cuente la historia de los gemelos que no tenían ninguna relación entre sí pero eran gemelos.

-No cambie de tema.

-Es verdad, quería cambiar de tema. Minerva, guapa, ¿qué más tienes?

-Tengo un programa que implica un riesgo muy bajo y la absoluta certeza de proporcionarle una experiencia completamente nueva para usted, o más.

-Escucho.

-La muerte aparente...

-¿Qué tiene eso de nuevo? Ya lo teníamos cuando yo era un crío; aún no habría cumplido los doscientos. La usaban en el "Nuevas Fronteras". No me atraía por aquel entonces y tampoco me atrae ahora.

-...como un medio de viajar por el tiempo. Si determina usted que en equis años va a desarrollarse algo verdaderamente nuevo, el único problema es calcular el lapso de tiempo que en su opinión dará lugar al grado de novedad que usted busca: cien años, diez mil, los que quiera. El resto se reduce a simples cuestiones de detalle.

-No tan simples, si he de estar dormido y sin posibilidad de defenderme.

-Pero no tiene por qué someterse a hibernación mientras no le satisfaga mi plan, Lazarus. Obviamente, cien años no son problema. Mil años no son demasiado problema. Para diez mil años le proyectaría un planetoide artificial provisto de sistemas autoprotectores que le revivirían automáticamente en caso de alarma.

-Tendrías que hacer bastantes cálculos, querida.

-Confío plenamente en mi capacidad, Lazarus, pero usted es libre de criticar y rechazar cualquier parte del proyecto. De todas formas, no tiene objeto presentarle anteproyectos mientras no sepa el parámetro fundamental es decir: el lapso de tiempo que en su opinión dará lugar a algo nuevo. ¿O acaso desea conocer mi opinión al respecto?

-Hum..., para el carro, cielo. No es que te valore por debajo de tus cualidades reales, pero supongamos que ya me has puesto en ingravidez, sumergido en helio líquido y completamente protegido contra las radiaciones iónicas...

-No hay problema, Lazarus.

-Ya lo sé, ya dije que no te subestimo. Pero supongamos que uno de esos aparatitos de control se encasquilla y me paso siglos o milenios durmiendo la siesta. Sin estar muerto, pero tampoco vivo.

-Puedo disponer lo necesario para evitar que eso ocurra, y lo haré. Pero, aceptando su objeción, ¿acaso estaría mejor de esa forma que después de haber hecho uso de su botón de fin voluntario? ¿Qué pierde con probarlo?

-¡Sí, sí, todo esto está muy claro! Pero si es verdad todo lo que cuentan de la inmortalidad, si es verdad que hay otra vida después de ésta... y yo no digo que la haya ni que no la haya..., en fin, si hay otra vida, pues, cuando "Pasen Lista Ahí Arriba", no estaré. Estaré durmiendo, pero no muerto, en algún rincón del espacio. Perderé el último tren.

-Abuelo -dije con impaciencia-, no me haga más quiebros. Si no acepta, dígalo. Pero no negará que Minerva ya le ha ofrecido una forma de alcanzar algo nuevo. Si hay algo de cierto en su razonamiento, que yo no admito, habrá usted logrado algo realmente nuevo: será el único ser humano de entre muchos billones que no se presentará a ese hipotético y altamente improbable Día del Juicio. No le creo capaz de menos, viejo bribón: es usted de lo más escurridizo.

Lazarus ignoró mi puya.

-¿Por qué "altamente improbable"?

-Porque lo es. No pienso discutirlo.

-Porque no puede discutirlo -replicó-. No hay ninguna evidencia a favor o en contra; entonces, ¿cómo puede calcular la menor probabilidad en uno u otro sentido? Yo sólo me refería a que sería deseable, si llega ese día, hacer lo que está mandado. Pon también eso en "asuntos pendientes", Minerva: la idea tiene todo lo que tú dices, y no pongo en duda tus dotes de proyectista. Pero es lo mismo que probar un paracaídas: un viaje de ida sin vuelta y sin posibilidad de cambiar de opinión después de dar el salto. Así es que vamos a ver todas las otras ideas antes de volver a ésta, aunque nos cueste años el hacerlo.

-Seguiré con ello Lazarus.

Gracias, Minerva -Lazarus parecía pensativo mientras se hurgaba los dientes con la uña; estábamos comiendo, aunque no he mencionado las pausas que hacíamos para tomar algún refrigerio. Ni volveré a mencionarlas: dé usted por supuestas todas las que le vengan en gana. Al igual que los cuentos de Scherezade, las historias del Decano alternaban con numerosas interrupciones intrascendentes.

-Lazarus...

-¿Eh? Diga, hijo... Estaba en las nubes, pensando en un país lejano; pero aquella mujer está muerta. Perdone.

-Podría ayudar a Minerva en la búsqueda.

-¿Usted cree? No me parece muy factible. Ella está mejor preparada que yo para buscar una aguja en un pajar. Me impresiona.

-Sí, pero necesita datos. Hay grandes lagunas en lo que sabemos de usted. Si supiéramos... si Minerva supiera las cincuenta y tantas profesiones que ha tenido, podría eliminar varios miles de casillas. Por ejemplo, ¿ha sido agricultor alguna vez?

-Varias veces.

-¿Sí? Pues ahora que ella lo sabe, no le propondrá nada relacionado con la agricultura. Aunque haya algún tipo de actividad agrícola que usted no haya probado, ninguna será lo bastante nueva como para cumplir sus severas exigencias. ¿Por qué no enuncia las cosas que ya ha hecho?

-No sé si las recordaré todas.

-Puede que sea así, pero detallar las que recuerde puede traerle otras a la memoria.

-A ver... déjeme pensar. Una cosa que hacía cada vez que llegaba a un planeta habitado era estudiar Derecho. No para ejercer, normalmente, aunque durante algunos años fui un gran criminalista. Fue en San Andreas... No, sólo para entender las normas básicas de procedimiento. Es difícil sacar provecho de nada, o disimular si uno no conoce las reglas de juego. Es mucho más seguro violar una ley a sabiendas que hacerlo por ignorancia.

"Pero una vez me salió el tiro por la culata y acabé como juez de un Tribunal Supremo planetario. Tuve el tiempo justo de salvar la piel. Y el cuello.

"Veamos: agricultor, abogado, juez, y ya le dije que ejercí como médico. He sido capitán de muchas clases de nave, casi siempre de exploración pero a veces de transporte de mercancías o pasajeros; una vez fui pirata, al frente de una banda de rufianes que por nada del mundo habría usted invitado a merendar en su casa. Y maestro, aunque me despidieron al sorprenderme enseñando a los niños la verdad desnuda, lo cual es pecado mortal en cualquier parte de la Galaxia. También estuve una vez en el ramo del comercio de esclavos, pero empezando desde abajo: fui esclavo.

Parpadeé de sorpresa.

-Resulta inimaginable.

-Desgraciadamente a mí no me hacía falta imaginarlo. Sacerdote...

Volví a interrumpirle:

-¿Sacerdote? Si usted me dijo, o me dio a entender, que no tenía ninguna clase de creencia religiosa...

-¿Ah, sí? Es que las "creencias" son para los feligreses; a un sacerdote le perjudica tenerlas. Profesor en un salón...

-Discúlpeme otra vez: ¿profesor de idiomas?

-No, dirigía un burdel... Pero a veces tocaba la pianola del salón y cantaba. No se ría: en aquellos tiempos yo tenía muy buena voz. Fue en Marte. ¿Ha oído hablar de Marte?

-Era el planeta más cercano a Puertotierra. Sol Cuatro.

-Exacto. Hoy es un planeta que no nos importa lo más mínimo, pero aquello sucedía antes de que Andy Libby hiciera que las cosas cambiasen. Antes incluso de que China arrasara Europa, pero después de que los Estados Unidos abandonaran la carrera espacial, lo cual me dejó colgado. Abandoné la Tierra después de la reunión del dos mil doce y estuve una buena temporada sin volver a ella, cosa que no lamento porque me ahorré muchos espectáculos desagradables. Si aquella asamblea hubiera terminado de otra forma... No, me equivoco: cuando una fruta está madura, se cae, y los Estados Unidos estaban casi podridos de tan maduros. No sea nunca pesimista, Ira; el pesimista suele acertar más veces que el optimista, pero el optimista es más simpático. Y ninguno de los dos puede detener la marcha de los acontecimientos.

"Pero estábamos hablando de Marte y del empleo que tuve allí. Tenía sus servidumbres, pero resultaba agradable. Hacía de camarero, y también de matón. Las chicas eran muy buenas chicas, y era estupendo echar a cualquier memo que se pusiera impertinente con ellas. Les daba tan fuerte que salían rebotados y los poníamos en la lista negra para que no pudieran volver. Haciéndolo una o dos veces cada tarde, todo el mundo sabía que "Happy" Daze exigía un comportamiento correcto para con las damas, por más ricachón que fuera el cliente.

"La prostitución es como el servicio militar, Ira: si estás arriba, muy bien, y si estás abajo, muy mal. Aquellas chicas recibían constantemente proposiciones para comprar la baja y casarse; me parece que todas se casaron, pero ganaban tanto dinero que no tenían prisa por quedarse con el primer pretendiente. Básicamente porque, cuando me hice cargo del negocio, suprimí el precio fijo que había establecido el gobernador de la colonia e impuse de nuevo la ley de oferta y la demanda. No había por qué impedir que aquellas criaturas exprimieran a la clientela.

"Tuve problemas hasta que conseguí meter en la cabezota del superintendente de Cultura y Descanso que en situaciones de escasez los salarios de hambre no sirven. Marte ya era bastante desagradable como para intentar, encima, estafar a las pocas personas que lo hacían soportable. O incluso agradable, cuando estaban contentas con su trabajo. Las putas ejercen la misma función que los sacerdotes, Ira, pero de una forma más completa.

"Déjeme que piense: he sido rico muchas veces y me he arruinado siempre, casi siempre gracias a gobiernos que provocaban la inflación o me confiscaban todo lo que tenía. Ellos lo llamaban "racionalización" o "liberación". "Desconfíe de los príncipes", Ira: no producen, roban siempre. Me he visto más veces sin blanca porque el hombre que no sabe de dónde va a sacar la próxima comida nunca se aburre. Puede estar furioso y otras muchas cosas, pero aburrido, nunca. Su situación le aguza el ingenio, le espolea y da sabor a su vida, aunque él lo ignore. Puede hacerle caer en una trampa, claro: por eso es que la comida es el mejor cebo. Pero ahí está la gracia de estar en la inopia: cómo remediarlo sin que le cojan a uno. El hombre hambriento tiende a perder el juicio; quien lleva cinco días sin comer suele estar dispuesto a matar, aunque eso raramente soluciona nada.

"Redactor publicitario, actor... aunque esto fue cuando andaba muy corto de medios, monaguillo, ingeniero de construcciones y de otras especialidades, y aun más como mecánico, pues siempre he creído que un hombre inteligente puede arreglar cualquier cosa con tal de dedicar el debido tiempo a aprender cómo funciona. No es que me anduviera con remilgos en cuanto a la categoría del trabajo cuando no tenía segura la comida del día; más de una vez he manejado el portaidiotas.

-¿Qué quiere decir eso?

-Es un viejo dicho de peón: se trata de un palo que en la punta lleva una pieza de hierro en forma de pala y en la otra un idiota. Nunca lo fui más de un par de días, el tiempo suficiente para ver cómo funcionaba el tinglado local. Dirigente político... También fui político reformista una vez, pero sólo una vez: los políticos reformistas no sólo tienden a ser unos sinvergüenzas, sino a ser estúpidamente sinvergüenzas, en tanto que los otros son honrados.

-Yo no lo veo así, Lazarus. La historia parece demostrar...

-Use la cabeza, Ira. Yo no digo que un político profesional no robe; robar es su oficio. Pero todos los políticos son seres improductivos. Todo lo que puede ofrecer un político es una cara: su integridad personal, la posibilidad de que los otros confíen en su palabra. El político

profesional competente lo sabe y protege su reputación a base de ceñirse a sus compromisos, porque quiere conservar el puesto, es decir, seguir robando, no sólo esta semana, sino también la próxima, y el año que viene, y muchos más. Por lo tanto, si es lo bastante listo como para salir adelante en una tarea tan exigente, puede que en el fondo tenga una moral de hiena, pero se comportará de forma que no ponga en peligro lo único que puede vender: su reputación de fiel cumplidor de promesas.

"Pero el político reformista no tiene un punto de referencia tan preciso. Él está entregado a lograr el bienestar de todo el pueblo, concepto sumamente abstracto y por lo tanto susceptible de infinitas definiciones, suponiendo que pueda ser definido con palabras que signifiquen alguna cosa. Así, su honradísimo e incorruptible político reformista es capaz de romper tres veces su palabra antes de desayunarse siquiera; no por falta de honradez, puesto que lamenta sinceramente la necesidad de hacerlo, y así se lo dirá, sino por su inquebrantable devoción al ideal.

"Todo lo que se necesita para que rompa su palabra es que alguien hable cinco minutos con él y le convenza de que algo es indispensable para el mayor bienestar de todo el pueblo, al que tanto quiere y a quien tanto debe. Hará lo que sea.

"En cuanto se ha curtido en esto, es capaz hasta de hacerse trampas jugando a los solitarios. Afortunadamente, no dura mucho en el poder, salvo en la etapa de decadencia de cada cultura.

-Creeré en lo que me dice Lazarus -concedí-. Al haber pasado casi toda mi vida en Secundus sé muy poco de política, aparte la teoría. Usted quiso que fuera así.

El Decano clavó en mí una fría mirada de desprecio.

-Yo no hice tal cosa.

-Pero...

-Vamos, cállese. Usted es un político... "profesional", espero... pero el truco de deportar a los disidentes me inspira serias dudas al respecto. ¡Minerva! Toma nota, cariño: al traspasar Secundus a la Fundación, era mi intención establecer una forma de gobierno simple y barata: una tiranía constitucional, en la que al gobierno le estuviera prohibido casi todo y el pueblo, bendita sea su almita de cucaracha, no tuviera voz.

"No me hacia muchas ilusiones. El hombre es un animal político, y es más difícil impedir que se dedique al politiqueo que impedir que copule, y en cualquier caso es mejor no intentarlo. Pero entonces yo era joven y estaba lleno de esperanzas. Esperaba erradicar el politiqueo de los círculos de gobierno y confinarlo en la esfera de la vida privada. Creí que el nuevo planteamiento duraría más o menos un siglo; me sorprende que haya resistido tanto. Mala señal; este planeta está más que maduro para una revolución, y si Minerva no me encuentra nada mejor que hacer, me presentaré con otro nombre, el pelo teñido y nariz postiza, y empezaré una. Está advertido, Ira.

-No olvide que pienso marcharme -dije, encogiéndome de hombros.

-Oh, sí. Pero la perspectiva de sofocar una revolución podría hacerle cambiar de idea. O a lo mejor le gustaría ser mi jefe de estado mayor para desbancarme con un golpe de estado una vez se acabaran los tiros y mandarme a la guillotina. Eso sí sería nuevo: la política nunca me ha

hecho perder la cabeza. Y de ese modo no daría más la lata: "¿Qué llevas en la cestita, Caperucita?" "Una cabeza, un pastel y una jarrita de miel." Y colorín, colorado, el cuento se habría acabado.

"Pero las revoluciones también pueden resultar divertidas. ¿No le he contado cómo me pagué los estudios? Manejando un Gatling[11] por cinco dólares al día, más botín. No pasé de cabo, porque una vez que reunía dinero suficiente para mantenerme durante un curso, desertaba y, como buen mercenario, nunca me sedujo la idea convertirme en héroe muerto. Pero la aventura y el cambio de vida son atractivos muy poderosos para un joven... y yo entonces era muy joven.

"Pero la suciedad, el ayuno forzoso y el silbar de las balas a un palmo de tu cabeza dejan de ser atractivos cuando te haces mayor; cuando volví a los quehaceres militares, y no lo hice por propia voluntad, escogí la Armada. La que iba por mar; en la Armada Espacial estuve en ocasiones posteriores y bajo otros nombres.

"He vendido de todo menos esclavos, he trabajado como adivino en un circo, una vez fui rey, profesión cuyo interés se ha exagerado y en la que las horas se hacen muy largas, y he diseñado moda femenina con un nombre francés falso y un acento no menos falso y dejándome el pelo largo. Fue prácticamente la única vez que he llevado melena: no sólo te obliga a perder mucho tiempo en su cuidado, sino que le da a tu enemigo algo por donde agarrarte en la lucha cuerpo a cuerpo, y puede quitarte la visibilidad en un momento crítico. Todo lo cual puede costarte la vida. Pero no recomiendo el pelado al cero, porque un buen cojín de pelo, sin que cubra los ojos, puede evitar un mal tajo en el cráneo.

Lazarus calló y pareció reflexionar.

-No alcanzo a ver cómo podría enumerar todo lo que he hecho para mantenerme a mí, a mis mujeres y a mis hijos, aun cuando pudiera recordarlo. El tiempo más largo que he pasado en un oficio ha sido medio siglo, aproximadamente, y debido a circunstancias muy particulares, y el más corto fue desde después de desayunar hasta antes de almorzar, también por circunstancias especiales. Y en todas partes hay quien hace, quien pide y quien engaña. Y prefiero la primera de estas categorías pero no desdeño las otras dos. Siempre que he sido cabeza de familia, es decir, habitualmente, no he permitido que nada me impidiera traer comida a casa; no llegaría a quitársela de la boca al hijo de nadie para darla a los míos, pero siempre hay alguna forma no del todo deshonrosa de reunir un poco de metal, a condición de no ser demasiado melindroso. Y yo, cuando tuve deberes familiares, nunca lo fui.

"Uno puede vender cosas que carecen de valor intrínseco, como cuentos o canciones. He trabajado en todas las ramas del espectáculo; una vez, incluso, estuve en la capital de Fátima, en el mercado, en cuclillas y con un plato de latón delante, contando una historia más larga que ésta y peleándome a brazo partido con los que intentaban birlarme las monedas que me arrojaban: me vi en semejante situación porque me habían confiscado el navío y a los extranjeros no les estaba permitido trabajar si no disponían de un permiso, lo cual era una forma un poco extremosa de aplicar la teoría de que en épocas de depresión hay que reservar los puestos de trabajo para la gente del lugar. Contar cuentos sin cobrar entrada no estaba considerado como trabajo y tampoco

era una forma de mendicidad, que sólo podía ejercerse con licencia; así es que los polis me dejaron tranquilo mientras fui entregando diariamente un donativo al Fondo Asistencial de la Policía.

11. Cuando Lazarus Long nació, el revólver Gatling (creado por Richard J. Gatling 1818-1903) estaba en desuso. Esta afirmación sólo es verosímil si se acepta que pudiera utilizarse un arma anticuada en alguna insurrección menor y distinta de las habituales. (J. F. XLV.)

"Se trataba de apañárselas con aquel truco o no tener otro remedio que robar, cosa que resulta difícil en una civilización cuyos usos no conoce uno muy a fondo. Con todo, lo habría probado, de no haber tenido mujer y tres hijos pequeños. Aquello me ataba de manos, Ira: un cabeza de familia no puede correr riesgos que a un soltero le parecerían aceptables.

"Así es que seguí allí, dejándome media rabadilla en el empedrado, contando todo lo que sabía, desde los cuentos de Grimm hasta los dramas de Shakespeare, e impidiendo que mi mujer gastara en algo que no fuese comida el dinero que íbamos ahorrando para pagar el permiso de trabajo y la consabida propina. Una vez lo tuve, les demostré quién era.

-¿Cómo, Lazarus?

-Sin prisa y sin olvidar detalle. Los meses que pasé en el mercado me habían dado un cierto conocimiento del "quién es quién" del lugar, de quiénes eran las vacas sagradas. Seguí allí durante años: no había otra salida. Pero antes me convertí a la religión del país adoptando con ello un nombre más aceptable, y me aprendí de memoria el Corán. No era el mismo Corán que conocí unos siglos antes, pero el esfuerzo valió la pena.

"No me entretendré en contarle cómo entré en el gremio de hojalateros y conseguí mi primer empleo como reparador de televisores: me descontaban la cuota del sueldo, aunque gracias a un acuerdo personal con el Gran Maestre Hojalatero no salía demasiado cara. Aquella sociedad estaba muy atrasada en materia de tecnología; sus costumbres no favorecían el progreso, y obtenía de la tierra menos aún que cinco siglos atrás. Aquello me convertía en un mago, y también pudo costarme la horca, de no haber tenido el cuidado de mostrarme como un fiel y dadivoso miembro de su iglesia. Así, en cuanto pude, me dediqué a vender electrónica moderna y astrología antigua, usando para lo primero los conocimientos de que ellos carecían y para lo segundo toda mi imaginación.

"Llegué a chivato jefe del funcionario que me confiscara años antes la nave y la carga, y le ayudaba a enriquecerse al tiempo que me enriquecía yo. Si me reconoció, nunca lo dijo; con barba parezco otro. Desafortunadamente, cayó en desgracia y yo tomé su puesto.

-¿Cómo se las ingenió para eso, Lazarus, sin que le descubrieran?

-Cuidado, Ira: él era mi protector. Así lo decía mi contrato y así me dirigía yo a él. Los designios de Alá son inescrutables. Le hice un horóscopo, advirtiéndole de que sus estrellas no traían buenos augurios. Y así resultó. Aquél es uno de los pocos sistemas que conozco formados por dos planetas habitables que giran alrededor de la misma estrella; ambos colonizados, y con intercambio comercial. Maquínaria y esclavos...

-¿Esclavos? Sé que el esclavismo es práctica habitual en Supremo, pero no creía que fuera una lacra tan extendida. No resulta económico.

El anciano cerró los ojos, y los tuvo así tanto tiempo que pensé que se había dormido (lo hacía a menudo durante los primeros días de conversación). Pero los abrió y, en tono muy agrio, dijo:

-Esa lacra, Ira, está mucho más extendida de lo que suelen decir los historiadores. Resulta antieconómico, es cierto: una sociedad de esclavos no puede competir con una sociedad libre. Pero en una galaxia tan vasta como la nuestra no suele darse semejante competencia. La esclavitud puede existir y existe en muchos lugares y épocas, cuando se manipulan las leyes a fin de permitirla.

"Le decía que haría casi cualquier cosa para mantener a mi esposa y a mis hijos, y lo he hecho: he cargado excrementos humanos a golpe de pala, metido en ellos hasta la rodilla, por una ración de rancho, por impedir que un crío pasara hambre. Pero por el esclavismo no paso; y no es porque yo haya sido esclavo una vez: siempre he pensado así. Llámelo "creencia" o elévelo a la dignidad de profunda convicción ética. En cualquier caso, para mí está fuera de toda discusión. Si el ser humano tiene algún valor, por pequeño que sea, ya es demasiado para tolerar que se le considere como un objeto del que otro puede apropiarse. Y si tiene alguna dignidad interior, su orgullo le impedirá ser dueño de otros hombres. Me importa un comino lo limpio y perfumado que vaya: un tratante de esclavos es un ser infrahumano.

"Pero eso no significa que le haga ascos al negocio si alguna vez me veo metido en él; de otro modo no habría pasado de los cien. Porque la trata de esclavos tiene otro inconveniente, Ira: es imposible liberarlos; tienen que liberarse ellos.

Lazarus me miró con gesto torvo.

-Ya me ha vuelto a hacer predicar sobre cuestiones que no tengo modo de demostrar. Tan pronto estuve en posesión del navío, lo hice fumigar y lo repasé personalmente de arriba abajo, lo cargué de cosas que podrían venderse y de agua y provisiones para el pasaje. Lo había acondicionado para el transporte de carga humana; di una semana de permiso a la tripulación, y comuniqué al Protector de los Siervos, o sea, al encargado estatal de los esclavos, que embarcaríamos tan pronto regresaran el piloto y el sobrecargo.

"Acto seguido me llevé a la familia de paseo para probar la nave; pero el Protector de los Siervos, que algo sospechaba insistió en ir con nosotros. Así es que tuvimos que llevarle cuando despegamos de allí, sin perder un instante, apenas estuvo a bordo mi familia. Nos largamos del sistema y nunca regresamos. Antes de aterrizar en algún planeta civilizado, sin embargo, mis chicos, dos de los cuales ya eran mayorcitos, y yo, eliminamos el menor indicio de que hubiera sido un transporte de esclavos, aunque ello significara perder género que habría podido vender.

-¿Y qué fue del Protector de los Siervos? -pregunté-. ¿Le causó muchos problemas?

-Sabía que me lo iba a preguntar. Pues... ¡lo arrojé al espacio! Reventó: le salieron disparados los ojos y meaba sangre. ¿Qué esperaba que hiciera con aquel cabrón, que le diera un beso?

Contrapunto - 3

En cuanto se hallaron en la intimidad del vehículo, Galahad preguntó a Ishtar:

-¿Hablabas en serio al hacerle aquella proposición al Decano? Me refiero a tener descendencia con él.

-¿Y cómo iba a bromear? Con dos testigos delante, uno de ellos el presidente en persona...

-Tienes razón. Pero ¿por qué, Ishtar?

-¡Porque en el fondo soy una sentimental!

-¿Tienes que andar siempre pinchándome?

Ella le rodeó los hombros con un brazo y le cogió la mano.

-Perdóname, querido. Ha sido un día muy largo, y anoche todo fue tan dulce que no dormí mucho. Estoy preocupada por algunas cosas... Y el tema que acabas de tocar no es de los que pueden tratarse sin alteraciones emotivas.

-No debí preguntarlo. Ha sido una intrusión en tu vida privada. No sé lo que tengo. Vamos a olvidarlo, por favor.

-Yo sí sé lo que tengo, querido... y ésa es una de las causas de mi estado emotivo, tan impropio de un buen profesional. Míralo así; si fueras hembra, ¿no aprovecharías la menor oportunidad de hacerle una proposición semejante? ¿A él?

-No soy hembra.

-Ya lo sé, eres deliciosamente masculino. Pero trata por un momento de razonar con lógica como una hembra. ¡Inténtalo!

-Los varones no son necesariamente incapaces de pensar con lógica. Eso es un mito que habéis creado vosotras.

-Lo siento. Tengo que tomarme un tranquilizante en cuanto llegue a casa. He pasado años sin necesitarlos. Pero ahora intenta pensarlo como si fueras hembra. Por favor. Durante veinte segundos.

-No hace falta -la besó en la mano-. Si yo fuera hembra, tampoco dejaría escapar la ocasión. Tratándose del mejor cuadro genético que se puede dar a un hijo, no hay duda.

-¡No es eso, no es eso!

El hombre parpadeó.

-A lo mejor no entiendo lo que quieres decir cuando hablas de pensar con lógica.

-¿Y qué importa? Al fin y al cabo, hemos llegado los dos a la misma conclusión -el coche viró bruscamente y se detuvo en una esclusa. Ishtar se puso en pie y dijo-: Vamos a olvidarlo, pues. Ya estamos en casa, cariño.

-Tú, sí. Yo, no. Creo que...

-Los hombres no creen nada.

-Creo que necesitas una noche de descanso, Ishtar.

-Tú me has puesto este vestido y ahora tendrás que quitármelo.

-Si lo hago, te empeñarás en darme de comer y al final te quedarás sin esa larga noche de reposo. Además, te lo puedes quitar por la cabeza, como te ayudé a hacerlo en la cámara de descontaminación.

Ella suspiró.

-Acerté, al llamarte Galahad... Dime: ¿acaso tengo que prometerte un contrato de cohabitación sólo porque existe la posibilidad de que te proponga quedarte a dormir otra vez? Es muy posible que ninguno de los dos duerma demasiado esta noche.

-Eso es exactamente lo que digo yo.

-Pues no se trata de eso, porque podemos pasar la noche trabajando. Aunque decidas dedicar tres minutos a nuestro mutuo placer.

-Tres minutos? No fue tan corto ni la primera vez.

-Cinco minutos, entonces.

-¿Veinte minutos... más las excusas?

-¡Estos hombres! Treinta y sin excusas, cariño.

-Aceptado.

El hombre se puso en pie.

-Ya has perdido cinco de tus treinta minutos discutiendo sobre ello. Pasa, tormento.

La siguió hasta el salón.

-¿Qué es eso de "pasar la noche trabajando"?

-Toda la noche y mañana también. Lo sabré en cuanto vea qué hay en el teléfono. Si no hay nada, tendré que llamar al presidente en funciones, con la poca gracia que me hace. Tengo que inspeccionar la cabaña que tiene en la azotea y ver qué arreglos se le pueden hacer para tener allí al Decano. Tendremos que irnos a vivir allí los dos; no puedo delegar en nadie. Entonces...

-¡Ishtar! ¿Tú vas a aceptar esas condiciones? En un medio no esterilizado, sin equipo de socorro, ni nada...

-Mi graduación te impondrá respeto a ti, cielo, pero no al señor Weatheral. Y la autoridad del señor Weatheral no impresiona en absoluto al Decano; el Decano es el Decano. Tenía la esperanza de que el señor presidente en funciones encontraría alguna forma de persuadirle para que aplazara semejante traslado, pero no lo consiguió, y por lo tanto, ahora tengo dos posibilidades de elección: hacer lo que me imponen o retirarme definitivamente. Igual que hizo la directora, cosa que no pienso hacer. Lo cual no me deja opción. Así es que esta noche inspeccionaré sus nuevos aposentos y pensaré qué puede hacerse con ellos hasta mañana a media mañana. Aunque es impensable lograr esterilizar un sitio como aquél, a lo mejor conseguimos hacerlo más aceptable antes de que él lo vea.

-No te olvides del equipo de socorro, Ishtar.

-Como si pudiera olvidarme de eso, tontín. Y ahora ayúdame a quitarme este condenado... este precioso vestidito que has diseñado para mí y que tanto gusta al Decano. Por favor...

-Bueno, pero estate quieta y calladita.

-¡No me hagas cosquillas! ¡Maldita sea, ahora suena el teléfono! ¡Quítame esto, cariño, rápido!

Variaciones sobre un mismo tema

Amor

Lazarus descansaba en su tumbona, rascándose el pecho.

-Una vez, cuando aún no había cumplido veinte años, estuve convencido de haberme enamorado. Pero me engañaba: no era más que un exceso de hormonas. Casi mil años después fue cuando lo estuve de verdad, pero tardé mucho en advertirlo, puesto que había dejado de emplear la palabra "amor".

La "linda hija" de Ira Weatheral parecía perpleja. Lazarus volvió a pensar que Ira no se había expresado bien: Hamadryad no era "linda"; era tan asombrosamente bella que en Fátima se habría llevado los precios más altos de la subasta, provocando la lucha entre los implacables iskandrianos por hacerse con tan ventajosa inversión. Suponiendo que no la reservara para sí el Protector de la Fe…

Hamadryad parecía ignorar lo excepcional de su hermosura, pero no así Ishtar. Los diez primeros días que la hija de Ira había pasado como miembro de la "familia" de Lazarus (pues así consideraba a Ira, Ishtar y Galahad, lo cual no era desacertado, ya que todos, incluida ella misma, eran descendientes suyos y gozaban ahora del privilegio de llamarle "abuelo", con tal de no excederse); aquellos primeros días, Ishtar había mostrado una propensión infantil a interponerse entre Hamadryad y Lazarus, y también entre Hamadryad y Galahad, aunque ello significara hacer dos cosas a la vez.

Lazarus había observado con aire divertido aquel juego de rivalidades y se preguntaba si Ishtar sabía lo que hacía. Determinó que probablemente no. Su jefa de rejuvenecimiento era el sentido del deber en persona, carecía por completo de sentido del humos y se habría sentido totalmente desconcertada sabiendo que había vuelto a la adolescencia.

Pero aquello no duró mucho. Era imposible no apreciar a Hamadryad, ya que se mostraba inalterablemente afable. Lazarus se preguntaba si no sería la suya una pauta de comportamiento seguida conscientemente a fin de protegerse de sus hermanas menos favorecidas. ¿O era acaso su forma de ser? No trató de averiguarlo. Ahora Ishtar trataba de aproximarse a Hamadryad, o incluso de hacerle un hueco al lado de Galahad; también le permitía ayudarle a servir la comida. Prácticamente era el "ama de casa" auxiliar.

-Si tengo que esperar mil años para saber lo que significa esa palabra -contestó Hamadryad-, es posible que no lo consiga nunca. Dice Minerva que en galáctico no puede explicarse, y cuando hablo en inglés clásico pienso en galáctico, lo cual significa que en realidad no capto el inglés. Como la palabra "amor" es tan frecuente en la literatura inglesa antigua, creo que mi imposibilidad de comprender esta palabra puede ser el freno que me impide pensar en inglés.

-Bien, hablemos en galáctico y demos un repaso a la cuestión. En primer lugar, en inglés se pensó muy poco; no es un lenguaje adecuado para el pensamiento lógico, antes al contrario: es una jerga con fuerte carga emotiva estupendamente apta para ocultar sofismas. Es un lenguaje racionalizador, no un lenguaje racional. De todas formas, la mayoría de los que hablaban inglés desconocían el sentido de la palabra "amor" tanto como tú, aunque no paraban de emplearla -explicó Lazarus, y añadió-: ¡Minerva! Vamos a liarnos otra vez con la palabra "amor". ¿Quieres intervenir? Si es así, pasa a forma personal.

-Gracias, Lazarus -respondió la incorpórea voz de contralto-. Hola, Ira-Ishtar-Hamadryad-Galahad. Estoy en forma personal, lo he estado todo el rato. Suelo adoptar esta forma, ahora que me han dado permiso para servirme de mi propio juicio. Tiene buen aspecto, Lazarus; cada día parece más joven.

-Me siento más joven. Pero, querida, cuando pases a forma personal debes decírnoslo.

-Lo siento, abuelo.

-No pongas esa voz de corderito. Sólo tienes que decir "Buenas, estoy aquí" y ya está. Ah, y te hará bien mandarme alguna vez al cuerno, a mí o a Ira. Te refrescará los circuitos.

-Pero si no tengo deseos de hacerlo con ninguno de ustedes...

-Eso es lo malo. Si vas a menudo con Dora, aprenderás. ¿Has hablado hoy con ella?

-Estoy hablando con ella, Lazarus. Estamos jugando ajedrez de fantasía en cinco dimensiones, y me enseña canciones que usted le enseñó. Me enseña una, y entonces yo canto la parte del tenor y ella la de la soprano. Lo hacemos en el tiempo real porque usamos los altavoces de su sala de control para escucharnos. Ahora mismo estamos cantando la historia de *Riley el Huevos*; ¿le gustaría oírla?

-No, no, esa no -declinó Lazarus.

-Hemos ensayado algunas otras: *Lil la Patilarga* y *La Balada de Yukon Jake*, y *Bill el Lapa*. En ésta yo cuento la historia y Dora hace de soprano y de bajo. También sabemos la de *Vinieron cuatro zorras del Canadá*. Es muy graciosa.

-No, Minerva. Ira, lo siento: mi computadora está pervirtiendo a la suya -Lazarus soltó un suspiro-. No quería que fuera así; yo quería que Minerva le sirviese de niñera, ya que la mía es la única nave subnormal de la región.

-Lazarus -dijo Minerva en son de reproche-: no me parece correcto decir que Dora sea retrasada mental. Es muy inteligente, creo yo. No entiendo por qué dice que me está pervirtiendo.

Ira, que estaba tumbado en el césped tomando el sol con un pañuelo sobre los ojos, se incorporó a medias.

-Ni yo, Lazarus. Me gustaría escuchar esa canción. Recuerdo dónde está o estaba el Canadá: al norte del país donde usted nació.

Lazarus meditó unos instantes y respondió:

-Ira, ya sé que tengo prejuicios que resultan ridículos para un hombre moderno y civilizado como es usted. No puedo remediarlo: me criaron así, estoy marcado por la infancia. Si quiere escuchar canciones obscenas de una época de barbarie, tenga la bondad de hacerlo en sus habitaciones, no aquí arriba. Dora no comprende esas canciones, Minerva: para ella no son más que una musiquilla sin sentido.

-Yo tampoco las entiendo, señor, más allá de una cierta comprensión teórica. Pero son divertidas, y me ha gustado mucho aprender a cantar.

-Está bien. ¿Qué tal se ha portado Dora?

-Ha sido buena chica, abuelo Lazarus, y me parece que le gusta mi compañía. Hizo algunos pucheros anoche, al no tener quien le contara un cuento antes de irse a dormir, pero le dije que usted estaba muy fatigado y ya dormía, y le conté uno.

-Pero... ¡Ishtar! ¿Acaso me he perdido un día?

-Sí, señor.

-¿Me han operado? No he notado ningún cambio en mi organismo.

La primer técnico jefe titubeó.

-No pienso discutir las cuestiones de procedimiento, abuelo, a menos que insista. Al cliente no le hace ningún bien pensar en esas cosas. Espero que no insistirá. De veras lo espero, señor.

-Hum... Muy bien, muy bien. Pero la próxima vez que me suprima un día, o una semana, avíseme, para que pueda dejar grabado un cuento para Dora. No, ya sé que no quiere tenerme al corriente. Bueno, le dejaré los cuentos grabados a Minerva y usted la avisa.

Librodot

-Así lo haré, abuelo. Nos es una gran ayuda que el cliente colabore, especialmente a base de no prestar atención a lo que le hacemos -Ishtar sonrió fugazmente-. Los peores clientes son los técnicos de rejuvenecimiento: se preocupan demasiado y quieren hacerlo todo ellos.

-No me sorprende. Ya sé, querida, que tengo la pésima costumbre de querer hacerlo todo. El único modo que tengo de evitarlo es no poner los pies en la sala de mando. Así es que cuando me ponga demasiado fisgón, párame los pies. ¿Y qué tal vamos? ¿Cuánto me queda todavía?

Ishtar, vacilante, respondió:

-Quizás es ésta una buena ocasión de decirle que... que no se meta en esto.

-¡Ajá! Pero tiene que decirlo en tono más firme: "Salga de mi cuarto de mandos, carcamal impertinente, y no vuelva a entrar". Tiene que hacerme comprender que si no salgo pitando, me encerrará. Pruebe otra vez.

Ishtar hizo una amplia mueca que parecía una sonrisa.

-Abuelo, es usted un plomo.

-Siempre lo he creído así pero esperaba que no se notase. Muy bien, vamos a hablar del "amor". Minerva: dice la Hamaguapa que le has dicho que en galáctico no puede definirse. ¿Tienes algo que añadir?

-Es posible, Lazarus. ¿Puedo reservármelo hasta que hablen los demás ?

-Como quieras. Galahad, usted es el que habla menos y escucha más de toda la familia. ¿Quiere intentarlo?

-Es que no me había parado a pensar que el "amor" tuviera nada de misterioso hasta que oí que Hamadryad lo preguntaba, señor. Pero todavía estoy aprendiendo inglés, siguiendo el sistema natural por el que los niños aprenden su lengua materna. Sin gramática ni diccionario: sólo escucho y leo y hablo. Asimilo palabras según el contexto. Por este método he adquirido la vaga intuición de que "amor" significa el éxtasis compartido que puede alcanzarse por medio del sexo. ¿Es así?

-Hijo, siento mucho tener que decírselo, porque veo que ha sacado esta opinión de sus muchas horas de lectura de textos ingleses, pero se equivoca de medio a medio.

Ishtar pareció asombrarse. Galahad sólo estaba pensativo.

-En tal caso, tendré que leer más.

-No se moleste en hacerlo, Galahad. La mayoría de los escritores que ha leído malinterpretan la palabra tal como lo hace usted. Qué caramba, yo también pasé años empleándola incorrectamente. Ése es un ejemplo clarísimo de lo resbaladizo de la lengua inglesa. Pero, en cualquier caso, "amor" no es "sexo". No es que desprecie el sexo. Si en esta vida hay algo que sea más importante que colaborar con alguien en hacer un niño, los filósofos todavía han de descubrirlo. Y, niños aparte, la práctica sexual da sabor a la vida y hace más soportable el hecho de que educar a una criatura supone un trabajo ímprobo. Pero eso no es amor. El amor es algo que se mantiene aun cuando uno ya no se siente sexualmente excitado.

Ahora que lo hemos puesto más en claro, ¿quién quiere probar? ¿Usted, Ira? Habla el inglés mejor que los otros; lo habla casi tan bien como yo.

-Lo hablo mejor que usted, abuelo: yo respeto las reglas de la gramática, cosa que usted no hace.

-No me pinche, jovencito; puedo darle un baño. Ni Shakespeare ni yo permitimos nunca que la gramática nos impidiera expresarnos. Una vez me dijo que...

-¡Eh, alto! Shakespeare murió tres siglos antes de nacer usted.

-¿Ah, sí ? Una vez abrieron su tumba y la hallaron vacía. En primer lugar, era medio hermano de la reina Isabel y se teñía el pelo para disimularlo. En segundo lugar, empezaban a estrecharse el cerco alrededor de él y por eso cortó. Yo he tenido varias de esas muertes. En su testamento, Ira, dejó su "segunda mejor cama" a su esposa. Busque quién se quedó con la mejor y podrá hacerse una idea de lo que sucedió en realidad. ¿Quiere probar a definir el "amor"?

-No. Si lo hiciera, usted volvería a cambiar las reglas. Todo lo que ha hecho hasta el momento es dividir el campo de experiencia denominado "amor" en las mismas categorías en que lo dividió Minerva cuando usted le hizo esta misma pregunta unas semanas atrás, esto es: "Eros" y "Ágape". Pero ha procurado evitar el hacer uso de estos tecnicismos para definir los campos secundarios, y mediante esta argucia de sofista ha intentado excluir de uno de estos sectores el término genérico, afirmando en consecuencia que el término a definir estaba circunscrito en el otro subsector, lo cual deja ahora las puertas abiertas para definir el "amor" como idéntico al "Ágape". Pero, una vez más, sin emplear esta palabra. No le va a resultar, Lazarus. Si me permite usar una metáfora de las suyas, le he visto sacarse el as de la manga.

Lazarus meneó la cabeza con admiración.

-Ya veo que no se chupa el dedo, muchacho; hice un buen trabajo cuando le inventé. Un día de éstos, cuando tengamos un rato libre, vamos a meternos con el "solipsismo".

-No, Lazarus, a mí no puede avasallarme como ha hecho con Galhad. Las subcategorías siguen siendo "Eros" y "Ágape". El "Ágape" no es frecuente; el "Eros" lo es tanto que era casi inevitable que Galahad interpretara que "Eros" da el significado total de la palabra "amor". Y ahora le ha confundido de una forma muy poco elegante, puesto que supone, erróneamente, que es usted una autoridad en materia de inglés.

Lazarus soltó una risita.

-Mire, Ira: cuando yo era niño, nos hacían comulgar con ruedas de molino. Esos tecnicismos fueron creados por sabios de gabinete de la misma ralea que los teólogos, lo cual los hace tan válidos como los manuales de educación sexual escritos por curas solteros. He evitado usar esos conceptos de fantasía porque son inútiles, equivocados y desorientadores. Puede haber sexo sin amor y amor sin sexo, y combinaciones tan complejas que nadie podría adivinar en qué proporción entra cada elemento. Pero el amor puede definirse con una fórmula que no recurra a la palabra "sexo" ni a operaciones de exclusión mediante el uso de palabrejas como "Eros" o "Ágape", que no contestan la pregunta.

-Defínalo, pues -dijo Ira-; le prometo que no me reiré.

-Aún no. Lo malo de definir en palabras algo tan fundamental como el amor es que la definición no puede ser comprendida por quien no lo haya sentido. Es como el viejo problema de describir el arco iris a un ciego de nacimiento. Sí, Ishtar, ya sé que hoy en día se puede proporcionar a esa persona un par de ojos obtenidos por clonación, pero el problema, en mi juventud, era insoluble. Por aquellos días, uno podía enseñar al desgraciado ciego la teoría física completa del espectro electromagnético, decirle con toda exactitud qué gama de frecuencias puede percibir el ojo humano, definir los colores en términos de dichas frecuencias, explicarle exactamente cómo los fenómenos de reflexión y refracción crean la imagen de un arco iris, qué forma tiene y cómo se distribuyen las frecuencias en él; sabría todo lo que puede saberse acerca del arco iris en el aspecto científico..., pero seguiría siendo imposible hacerle sentir la admiración maravillada que despierta en un hombre el espectáculo del arco iris. Minerva es superior a cualquier hombre porque puede ver. Minerva, querida, ¿te gusta contemplar el arco iris?

-Lo hago siempre que puedo, Lazarus; siempre que alguna de mis extensiones sensoriales ve uno. Es fascinante.

-Ajá. Minerva puede ver el arco iris; un ciego, no. La teoría electromagnética es irrelevante cara a la experiencia.

-Lazarus -añadió Minerva-: es posible que yo vea el arco iris mejor que una persona de carne y hueso. Mi espectro visual abarca tres octavas, de mil quinientos a doce mil angstroms.

Lazarus lanzó un silbido.

-Yo, en cambio, no paso de las dos octavas. Y dime: ¿percibes armonías en esos otros colores?

-¡Desde luego!

-Humm... No trates de describirme esos otros colores. Tendré que seguir siendo medio ciego -dijo Lazarus, y añadió-: Esto me trae a la memoria a un ciego que conocí en Marte, cuando yo dirigía un... esto... un centro de recreo. Era un...

-Abuelo -le interrumpió en tono fatigado el presidente en funciones-: no nos trate como si fuéramos niños. Sin duda es usted el más anciano de los vivos..., pero la persona más joven que hay aquí, este retoño mío que tiene al lado, mirándole con ojos de carnero degollado, tiene la misma edad que tenía el abuelo Johnson cuando le vio usted por última vez. Hamadryad va a cumplir ochenta años. Hama, bonita, ¿cuántos amantes has tenido?

-¿Y quién se entretiene en contarlos, Ira?

-¿Alguna vez les has cobrado algo?

-Eso no es de tu incumbencia, padre. ¿Acaso piensas ofrecérmelo tú?

-No te enfades, cielo; todavía soy tu padre. Lazarus, ¿aún cree que puede escandalizar a Hamadryad si habla sin rodeos? Por aquí la prostitución no es negocio; hay demasiadas aficionadas tan dispuestas a lo que sea como lo está Hama. Sin embargo, los pocos burdeles que tenemos en Nueva Roma son miembros de la Cámara de Comercio. Debería probar alguna de nuestras mejores casas de diversión: el Elíseo, por ejemplo, en cuanto esté completamente rejuvenecido.

-Buena idea -aprobó Galahad-. Iremos a celebrarlo, tan pronto como le haga Ishtar el último examen físico. Será usted mi invitado, abuelo; no habrá para mí mayor honor. En el Elíseo hay de todo, desde masaje y tratamientos hipnóticos hasta la comida más selecta y los mejores espectáculos. Pida lo que se le antoje y se lo servirán.

-Un momento, Galahad -protestó Hamadryad-; no seas tan egoísta. Celebraremos una fiesta para cuatro, ¿no, Ishtar?

-Claro que sí, guapa. Será divertido. O para seis, con una pareja para Ira. ¿Qué opinas, padre?

-Tratándose del cumpleaños de Lazarus, podría dejarme tentar, aunque ya sabes que suelo evitar los establecimientos públicos. ¿Cuántos rejuvenecimientos serán, con éste? Así es como contamos esta especie de fiesta de cumpleaños.

-No sea curioso, amiguito. Como dice su hija, ¿quién se entretiene en contarlos? No me disgustaría cortar un pastel de cumpleaños como los que me regalaban de niño. Pero con una vela en el centro bastará.

-Sí, un símbolo fálico -asintió Galahad-; es un antiguo símbolo de la fertilidad, muy apropiado para un rejuvenecimiento. Su llama es también un símbolo de la vida. Tendrá que ser una vela de verdad, que arda, no una vela de imitación. Si es que la podemos encontrar.

-¡Claro que sí! -exclamó Ishtar, con rostro alegre-. En alguna parte debe haber quien las fabrique. Si no, aprenderé a hacerlas yo y prepararé una. La haré más bien realista, aunque algo estilizada. También podría hacerle un retrato con ella, abuelo; soy una notable escultora aficionada, aprendí cuando estudiaba cirugía cosmética…

-¡Alto ahí, un momento!-protestó Lazarus-. Todo lo que quiero es una vela de cera normal y corriente, para soplarla y expresar un deseo. Muchas gracias, Ishtar, pero no se tome tantas molestias. Y gracias también a usted, Galahad, pero seré yo quien pague la fiesta, aunque haya de ser una simple merienda familiar aquí mismo para que Ira no se sienta como una perdiz en un puesto de tiro. Miren, jovencitos, ya he estado en todas las casas de placer imaginables. La felicidad no es eso, sino algo que se lleva en el corazón.

-Lazarus, ¿no ve que los chicos tratan de obsequiarle con una fiesta de primera? Le aprecian mucho. ¿Por qué? Sólo la Primera Causa lo sabe.

-Bien...

-Pero es posible que no tenga que pagar ninguna cuenta. Me parece recordar algo de la relación de bienes que acompaña a su testamento. Minerva, ¿quién es el propietario del Elíseo?

-El Elíseo es una filial de Empresas de Servicios de Nueva Roma, Sociedad Limitada, propiedad a su vez de Sheffield-Libby Asociados. En resumen: el dueño es Lazarus.

-¡Maldita sea! ¿Quién invirtió mi dinero en eso? Andy Libby se revolvería en la tumba, bendita sea su alma de pajarito. Si no le hubiera puesto en órbita alrededor del último planeta que descubrimos juntos, donde le mataron.

-Esto no consta en sus memorias, Lazarus.

Librodot

-¿Cuántas veces tendré que decírselo, Ira? En mis memorias faltan muchísimas cosas. El pobrecito estaba sumido en sus profundas meditaciones y no estuvo alerta. Lo puse en órbita porque le prometí llevarle a su Ozarks natal, mientras agonizaba. Intenté hacerlo cien años más tarde, pero no di con él. Supongo que se le apagó la luz de posición. En fin, muchachos, celebraremos una fiesta en el dulce hogar y comerán y beberán de todo. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, estaba definiendo el "amor", Ira.

-No, Lazarus, iba a contarnos lo del ciego que conoció en Marte cuando regentaba aquella casa de putas.

-Es usted tan grosero como el abuelo Johnson, Ira. Aquel tipo, no sé cuál era su nombre, si es que tenía... le llamaban "Chillón"… Era una de esas personas que trabajan pase lo que pase, como yo. En aquella época, un ciego podía salir adelante la mar de bien pidiendo limosna, y nadie le despreciaba por ello ya que no había forma de devolver la vista a un hombre.

"Pero a Chillón no le gustaba depender de los demás y trabajaba en lo que podía: tocaba el acordeón y cantaba. El acordeón era un instrumento a base de un fuelle que hacía pasar el aire por unas lengüetas según se pulsara un teclado; hacía una música muy agradable. Fue un instrumento muy popular hasta que la electrónica lo hizo desaparecer del panorama.

"Chillón se presentó una noche, se quitó el traje de presión en el vestidor y, antes de que yo me diera cuenta se puso a tocar y cantar.

"Mi lema era "Gasta, convida o lárgate", aunque la casa siempre podía invitar a una cerveza a algún cliente que no anduviera bien de fondos. Pero Chillón no era un cliente: era un pordiosero. A eso olía y ésa era la pinta que tenía. Iba a echarle como solía hacer con aquella gentuza, pero vi el trapo que le cubría los ojos y me detuve en seco.

"A un ciego no se le echa. No hay que meterse con ellos. Le dejé hacer, aunque sin quitarle el ojo de encima. Ni se sentó: sólo tocaba aquel Steinway de tripas retorcidas y cantaba. Hacía muy mal ambas cosas, pero preferí no tocar el piano por no interrumpirle. Una de las chicas empezó a pasar el plato por él.

"Cuando llegó a mi mesa, le invité a sentarse y le pagué una cerveza. Pronto lo lamenté, porque apestaba. Me dio las gracias y empezó a contarme cosas sobre su vida. Mentiras, en su mayor parte.

-¿Como las suyas, abuelo?

-Muy amable, Ira. Dijo haber sido ingeniero jefe de una de las grandes naves de línea Harriman hasta que tuvo el accidente. Puede que hubiera sido piloto espacial: nunca le pillé en falso. Claro es que tampoco lo intenté. Si un ciego se empeñaba en asegurarme que era el legítimo heredero del Sacro Imperio Romano, yo le seguía la corriente. Yo y cualquiera. Quizá fuese alguna especie de mecánico de vuelo, o de reparaciones, o algo por el estilo. Lo más probable es que fuese un minero que no tuvo cuidado con la pólvora.

"Cuando inspeccionaba el local a la hora de cerrar, le encontré durmiendo en la cocina. Yo no lo podía consentir; teníamos que extremar la higiene. Así es que lo llevé a una habitación libre y lo acosté, con la intención de darle de desayunar por la mañana y echarle amablemente. Aquello no era un hotelucho cualquiera.

"Pero no iba a ser tan sencillo. Cuando le vi, a la hora del desayuno, apenas si le reconocí. Dos de las chicas lo habían bañado, afeitado y arreglado el pelo, le habían puesto ropa limpia, mía, y cambiado el sucio trapo que llevara sobre sus restos de ojos por una venda limpia.

"Familia, yo nunca lucho contra los elementos. Las chicas podían tener animalitos; yo sabía muy bien que lo que atraía a la clientela no era precisamente mi música. Aunque aquella mascota tenía dos piernas y comía más que yo, no le puse reparos. El Salón de la Hormona fue la casa de Chillón todo el tiempo que las chicas quisieron tenerle allí.

"Pero al poco tiempo descubrí que Chillón no era un vulgar parásito que viviera de la sopa boba y al mismo tiempo disfrutara de los placeres del local, mientras le sacaba el dinero a la clientela: no; también ayudaba a mover el barco. Al cabo de su primer mes de estancia, los libros indicaban que el beneficio bruto había subido, y más aún el beneficio neto.

-¿Cómo se lo explica, Lazarus? Al fin y al cabo, les hacía la competencia.

-Ira, me parece que tendré que ayudarle a usar el cerebro. No, Minerva ya lo hace por usted. Aunque es posible que nunca se haya puesto a pensar en cómo funciona la economía de esa clase de tinglados. Hay tres fuentes de ingresos: la barra, la cocina y las chicas. Nada de drogas: las drogas echan a perder las tres fuentes principales. Si algún cliente estaba drogado y se le notaba, o simplemente sacaba un porro, le echaba sin armar escándalo y le enviaba casa del Chino, un poco más abajo.

"La cocina servía comida a las muchachas, que estaban a pensión completa a cambio de un módico descuento en sus ingresos, pero también servía cenas durante toda la noche a quien las pedía, y cubría gastos sólo con los encargos de las chicas. El bar arrojaba beneficios después que despedí a un camarero que parecía tener tres manos. Las chicas se quedaban con el dinero que cobraban y pagaban un fijo a la casa por cada pipiolo, y el triple si el cliente se quedaba a pasar la noche. Podían estafarme un poco y yo hacía la vista gorda, pero si lo hacían demasiado a menudo o en demasiada cantidad, o si algún primo se quejaba de que le habían desplumado, les echaba un sermoncito. Nunca me dieron grandes problemas: eran unas verdaderas señoras, y además yo tenía el modo de vigilarlas discretamente, como si tuviera ojos en la nuca.

"Lo más cargante era lo de los desplumes, aunque sólo recuerdo un caso en el que la culpable fuera la chica. Le rescindí el contrato y fuera. Normalmente, no desplumaban al cliente; lo que en verdad ocurría era que el tipo cambiaba de opinión una vez la chica había tendido sus avariciosas manitas para recoger un buen pico, demasiado bueno, y le había servido conforme a sus deseos. Entonces él pretendía desplumarla a ella, reclamaba el dinero. Pero yo me olía a la legua aquellos casos y me mantenía a la escucha a través de un micrófono oculto, y hacía acto de presencia en la habitación así que empezaba el lío. Y le daba tan fuerte al tipo que rebotaba en el techo.

-¿Y podía con ellos, abuelo? ¿No eran muy corpulentos?

-No tanto, Galahad. Y en una pelea la talla no cuenta demasiado. De todas formas, yo iba armado en previsión de conflictos serios. Pero si tengo que ir por un hombre, no me ando con chiquitas: si le das en la entrepierna sin avisar, se queda tranquilo el tiempo suficiente para echarle.

"No me mires así, Hama, cielo; me dijo tu padre que no te escandalizas por nada. Pero estaba contando cómo nos ayudó Chillón a ganar dinero mientras lo ganaba él.

"En aquella clase de establecimientos el cliente normal llegaba, tomaba una copa mientras observaba a las chicas, elegía a una invitándola a beber algo, subía a su habitación y se iba. Total, media hora. Y para la casa, un beneficio mínimo.

"Todo esto antes de llegar Chillón, claro está. Después, la cosa iba más bien así: el visitante tomaba una copa, primero, como siempre. Pero invitaba a la chica a un segundo trago para no cortar a mitad de la canción del ciego. La llevaba a la habitación. Al volver, Chillón está cantando *Frankie y Johnnie* o *Cuando mi prima conoció al traficante*; le sonríe mientras recita una estrofa para él, el cliente se sienta y le pregunta si conoce *Ojos negros*. Naturalmente, el viejo la conoce, pero en lugar de decir que sí, le pide al cliente que le diga cómo empieza y se la tararee para ver si sale.

"Si el cliente tiene pasta, al cabo de unas cuantas horas aún sigue cenando con una de las chicas y después de dar una espléndida propina a Chillón se siente dispuesto a hacer un bis con la misma chica, o con otra. Si tiene dinero, se pasa la noche entera de chica, dejándolo en eso, en la cocina y en las canciones del ciego. Si se gasta hasta el último chavo y se ha portado como un buen cliente, sin reparar en gastos, le fío la habitación y el desayuno y le despido pidiéndole que vuelva pronto. Si al otro fin de mes sigue con vida, seguro que vuelve. Si no, todo lo que pierde la casa es el coste de un desayuno, que comparado con lo que gastó no es nada. Y nos hace una publicidad eficaz y barata.

"Al cabo de un mes, las damas y la casa han ganado mucho más dinero, y ellas han trabajado mucho menos porque han pasado la mayor parte del tiempo escuchando con un señor las nostálgicas canciones de Chillón. Y es que aunque a todas les gustaba el trabajo que hacían, ninguna tenía deseos de trabajar como una mula. Nunca se cansaban de oír aquellas canciones.

"No volví a tocar el piano, salvo cuando Chillón comía. Yo era mejor músico, técnicamente hablando, pero él tenía ese algo indefinible que hace que todos se pongan a escuchar. Podía hacer reír o llorar a la gente, a su antojo. Y sabía miles de canciones. Me acuerdo de una que él titulaba *El perdedor nato*. La música era muy sencilla; hacía más o menos así:

Tatá, tatá, pumpún,

tatá, tatapún,

tatá, tatá, tatapún...

"Trata de un hombre que nunca logra levantar cabeza. Dice así:

Hay una cervecería

junto a los billares

donde pasar un rato agradable.

Hay una casa

encima de los billares

donde mi hermana se afana.

Es buena chica,

porque me deja

darle mis buenos sablazos,

si estoy sin blanca

y los caballos

me han trotado despacito...

"Era así, pero más larga.

-Lazarus -dijo Ira-, usted no ha hecho más que tararear o cantar esa canción desde que estamos aquí arriba. Entera. Tiene doce estrofas o más.

-¿De veras? Sí, ya sé que siempre estoy cantando, pero no me escucho. Es como el ronroneo de un gato; sólo significa que funciono bien, que no se me enciende ninguna lucecita roja, y que el motor rueda normalmente. Quiere decir que me siento seguro, relajado y contento... y, ahora que lo pienso, es verdad.

"Pero *El perdedor nato* no tiene una docenita de estrofas. Tiene centenares. Lo que yo cantaba era sólo un fragmento de lo que solía cantar el ciego. Andaba siempre jugueteando con una canción, cambiándola, poniéndole añadidos. Creo que ésta no era suya, o no solamente; me parece recordar una canción sobre un persona que siempre tenía empeñada la gabardina. La cantaban cuando era muy joven; todavía estaba formando mi primera familia, en la Tierra.

"Pero esa canción pertenecía a Chillón cuando éste terminó de manipular el orden y el contenido de los versos. La oí más tarde… no sé, debió de ser veinte o veinticinco años después, en un cabaret de Ciudad Luna. La cantaba él, pero la había transformado. Le había fijado los acentos, dándole una rima correcta y mejorando la melodía. Pero ésta seguía siendo reconocible, en un tono más bajo, melancólico pero sin llegar a triste, y la letra seguía hablando de aquel pillastre de tercera que siempre tenía ropa empeñada y sableaba a su hermana.

"Él también había cambiado: tocaba un instrumento nuevo y luciente, llevaba un uniforme de piloto espacial hecho a la medida y tenía las sienes plateadas. Y le anunciaban como a una gran estrella. Di una propina a un camarero para que le dijera que entre público estaba 'Happy" Daze. No era mi verdadero nombre por aquella época, pero era el único nombre que él me daba. Cuando terminó el primer pase vino a verme y me permitió invitarle a una cerveza; dijo una sarta de mentiras y recordó los días felices vividos en el viejo Salón de la Hormona.

"No le recordé que nos había dejado de una forma algo brusca, ni que las chicas habían casi envejecido de preocupación imaginándole ahogado en alguna charca. No se lo mencioné porque él tampoco lo hizo. Pero yo tuve que mandar investigar acerca de su desaparición, pues mi personal estaba tan desmoralizado que el establecimiento parecía haberse convertido en un depósito de cadáveres, que es lo peor que puede ocurrirle a un negocio de aquella clase. Pude determinar que había subido a bordo del "Gryfalcon" cuando esa nave estaba a punto de salir para Ciudad Luna y que no la abandonó, así es que les dije a las chicas que Chillón había aprovechado la ocasión que se le presentó de improviso para volver a su casa, y que había dejado al jefe del cosmopuerto un mensaje para cada una de ellas; y añadí unas cuantas

mentiras para dar un tono personal al adiós que no dijo. Aquello las tranquilizó y les levantó la moral. Seguían echándole en falta, pero todas comprendieron que aprovechar la posibilidad de un vuelo de regreso al hogar no era cosa que pudiera dejarse para otro día. Y, ya que "se acordó" de dejar una frase de despedida para cada una, se sintieron halagadas.

"Pero resultó que el hombre sí las recordaba; las mencionó una a una. Querida Minerva, ésta es una de las diferencias que existen entre un hombre de carne y hueso que se haya vuelto ciego y uno que lo sea de nacimiento. Chillón podía ver el arco iris cuando quería, recordándolo. Nunca dejó de "ver", pero lo que veía era siempre la belleza. Me di cuenta de ello una vez, allá en Marte, al comprender que me creía... no se rían... tan apuesto como usted, Galahad. Me dijo que podía imaginar mi aspecto a partir de mi voz, y me describió. Tuve la atención de decirle que me halagaba, pero no le contradije cuando me respondió que yo era demasiado modesto. Aunque no soy guapo ni lo era entonces, y la modestia no se ha contado nunca entre mis defectos.

"Pero también creía que todas las chicas eran hermosas, lo cual pudo ser cierto en un caso; y, desde luego, varias de ellas eran muy lindas.

"Me preguntó qué había sido de Olga. Y añadió: "¡Caramba, aquélla sí que era una preciosidad!"

"Amigos míos, Olga no era ni tan siquiera monilla: era fea. Tenía cara de sapo y cuerpo de saco. Sólo podía ir tirando en un lugar perdido como era Marte. Lo que sí tenía era una voz cálida y amable, y un carácter muy dulce, lo cual ya le bastaba, puesto que si algún cliente la elegía una vez siguiendo el sistema Hobson, a la siguiente ocasión lo hacía a sabiendas. Cuesta admitirlo, jovencitos, pero la belleza puede llevarse a un hombre a la cama, mas no hacerle volver, a menos que sea muy joven o muy estúpido.

-¿Qué es lo que le hace volver, abuelo? -preguntó Hamadryad- ¿la técnica, el dominio de los músculos?

-¿Se te han quejado alguna vez, querida?

-Pues... no.

-Entonces ya conoces la respuesta y sólo tratas de hacerme caer. Nanada de eso: es la capacidad de hacer feliz a un hombre, principalmente gracias a ser feliz tú misma; es una cualidad espiritual más que física. Olga la tenía en cantidad.

"Le dije que Olga se casó poco después de marcharse él, que era feliz, y que lo último que supe de ella era que tenía tres hijos... lo cual era una vulgar mentira, puesto que se mató en accidente y las demás chicas lo sintieron tanto que tuvimos que cerrar el local por cuatro días. Yo también quedé muy afectado. Pero no podía contarle aquello; Olga fue una de las primeras que le cuidaron como una madre. Le dio un baño y la ropa que me robó mientras yo dormía. Pero todas se portaban como madres con él; nunca reñían.

"Con esta digresión sobre el ciego no me he salido del tema: estamos definiendo el "amor". ¿Hay alguien que quiera probar suerte?

Galahad dijo:

-Aquel hombre las amó a todas. Esto es lo que nos acaba de decir.

-No, hijo, no amó a ninguna de ellas. Les tenía cariño, eso sí. Pero las dejó sin mirar atrás.

-Entonces, lo que nos ha dicho es que ellas le amaban a él.

-Correcto. Ahora que ya ve la diferencia entre lo que él sentía por ellas y lo que ellas sentían por él, nos acercamos a la solución.

-Amor de madre -dijo Ira, y añadió en tono áspero-: Lazarus, no irá a decirnos que el "amor de madre" es el único que existe. No está usted en su sano juicio.

-Probablemente, pero no tanto. Yo dije que se mostraban maternales con él, pero sin hablar de "amor de madre".

-¿Acaso.. acaso se acostaba con ellas?

-No me sorprendería, Ira. Nunca traté de averiguarlo. En cualquier caso, eso era lo de menos.

Hamadryad dijo a su padre:

-Ira, el "amor de madre" no puede ser lo que estamos tratando de definir; a menudo no es más que sentido del deber. Una vez tuve la tentación de ahogar a dos de mis críos, como pudiste adivinar viendo qué par de demonios eran.

-Hija mía, todos tus descendientes fueron unas criaturas encantadoras.

-Sí, encantadoras... A los críos hay que darles todo lo que desean o con el tiempo se convierten en auténticos monstruos. ¿Qué pensabas de mi hijo Gordon cuando era un niño?

-Que era un niño adorable.

-¿De veras? Se lo diré... cuando tenga un hijo varón y le ponga de nombre "Gordon". Perdóname, viejecito mío, no he debido tomarte el pelo. Ira es el abuelo perfecto, Lazarus; nunca se olvida de un cumpleaños. Pero sospechaba que quien se cuidaba de estos detalles era Minerva y ahora sé que es así. ¿Me equivoco, Minerva?

Minerva no respondió. Lazarus explicó:

-Minerva no funciona para ti, Hamadryad.

Ira dijo en tono cortante:

-¡Claro está que Minerva se cuida por mí de estas cosas! Minerva, ¿cuántos nietos tengo?

-Ciento veintisiete, Ira, contando el niño que nacerá la semana que viene.

-¿Y cuántos biznietos? ¿Quién va a tener el niño?

-Cuatrocientos tres, señor. Marian, la actual esposa de su hijo Gordon.

-Tenme al corriente. Ése es el Gordon en quien pensaba, señor Sabelotodo; Gordon, el hijo de Gordon... y de Evelyn Hedrick, según creo. Lazarus, le mentí. La verdad es que voy a emigrar porque mis descendientes se multiplican tan deprisa que pronto no habrá sitio para mí en este planeta.

-¿Hablas en serio, padre? ¿De veras vas a hacerlo?

-Será archisecreto hasta después de la asamblea decenal de la Junta, cariño. Pero lo haré. ¿Quieres venir? Galahad e Ishtar han decidido venir; pondrán un salón de rejuvenecimiento para la colonia. Tendrás de cinco a diez años para aprender algo de provecho.

-¿Usted también se irá, abuelo?

-Es improbabilísimo, cielo. Yo ya sé lo que es una colonia.

-Puede cambiar de opinión -Hamadryad se puso en pie y le miró a los ojos-. Le propongo, en presencia de tres testigos... no, de cuatro, pues Minerva es el mejor testigo que puede haber... que establezcamos un contrato de cohabitación y reproducción; elija usted el plazo.

Ishtar se sobresaltó pero al instante borró toda expresión de su semblante; los demás no dijeron nada.

-Querida nietecita, si no fuera tan viejo ni estuviera tan cansado, te daría una azotaina -respondió Lazarus.

-Sólo soy nieta suya por cortesía, Lazarus; usted no constituye más que un ocho por ciento del total de mi ascendencia. Y menos que eso en lo referente a genes dominantes, con una probabilidad apreciable de que se produzcan fenómenos negativos de aglutinación; los factores recesivos perjudiciales están cortados de raíz. Mandaré que le traigan mi cuadro genético para que lo inspeccione.

-No se trata de eso, querida.

-Lazarus, me consta que en el pasado usted se casó con descendientes suyas; ¿tiene alguna razón para discriminarme? Si me dice cuál es, puede ser que logre remediarlo. Debo añadir que mi oferta no implica que usted deba emigrar. Podría igualmente ser un contrato sólo de reproducción, aunque lo que me colmaría de felicidad y orgullo sería vivir con usted.

-¿Por qué Hamadryad?

La joven vaciló.

-No sabría qué responder, señor. Creía que podría decir "Le amo", pero al parecer no sé lo que significan esas palabras. No tengo, pues, palabras para expresar mi necesidad en ningún idioma... pero aun así he seguido mis impulsos.

Lazarus dijo dulcemente:

-Te amo...

El rostro de Hamadryad se iluminó.

-... y precisamente por eso debo rechazarte -Lazarus miró en derredor-. Os amo a todos: Ishtar, Galahad..., incluso a ese padre tan feo y huraño que tienes, querida, sentado ahí con cara de preocupación. Y ahora sonríe, porque estoy seguro de que hay cientos de machos jóvenes que anhelan casarse contigo. Sonría usted también, Ishtar. Usted no, Ira: se le podría agrietar la cara. Ishtar, ¿quién les va a relevar? Da igual, no me importa. ¿Puedo pasar solo el resto del día?

La técnico vaciló.

-¿Puedo poner a alguien en el puesto de observación, abuelo?

-Lo hará de todos modos. Pero que se limiten a atender a los indicadores y las agujas, o lo que empleen; ¿querrá decirles que no me miren ni escuchen? Si me porto mal, Minerva se lo contará; de eso estoy seguro.

-No le observarán ni le escucharán, señor -Ishtar se puso en pie-. Vamos, Galahad. Hamadryad...

-Un momentito, Ish. ¿Le he molestado, Lazarus?

-¿Qué? No, querida, en absoluto.

-Le creía enfadado conmigo por..., por lo que le he propuesto.

-Vaya una tontería. Esta clase de proposiciones nunca molestan a nadie, Hamaguapa; es el mejor cumplido que un ser humano puede hacer a otro. Me confundió, eso sí. Ahora sonríe y dame el besito de las buenas noches, y ven a verme mañana si lo deseas. Denme todos un beso de despedida, chicos; todos somos amigos y aquí no ha pasado nada. Ira, puede quedarse un rato si quiere.

Todos le obedecieron con docilidad infantil, entraron en la vivienda de Lazarus y tomaron el ascensor de bajada. Ira se quedó.

-¿Una copa, Ira? -ofreció Lazarus.

-Sólo si usted también bebe.

-En tal caso, no hay copa. Usted se lo mandó, ¿no, Ira?

-¿Cómo?

-Ya sabe de qué le hablo. Hamadryad. Primero Ishtar y ahora Hamadryad. Está manipulando toda la situación desde el mismo momento en que me arrancó de aquel hotelucho donde yo agonizaba en paz y como una persona decente. Tiene algún plan escondido en el fondo del cerebro y no ha hecho más que colgarme golosinas ante las narices para que no se lo estropease. No se saldrá con la suya, joven.

El presidente en funciones repuso con calma:

-Podría negarlo y hacer que me llamara mentiroso por centésima vez. Le sugiero que pregunte a Minerva.

Librodot

-No sé si será garantía suficiente. ¡Minerva!

-Sí, Lazarus.

-¿Lo ha arreglado todo Ira, con alguna de las chicas?

-No, que yo sepa, Lazarus.

-¿Ahora me vienes con evasivas?

-Yo no puedo mentirle, Lazarus.

-No sé... creo que sí podrías si Ira te lo ordenase, pero no sirve de nada preguntarlo. Déjanos un momento a solas, querida; quédate en posición de grabación solamente.

-Si, Lazarus.

Lazarus prosiguió:

-Hubiera preferido que respondiera "sí". Porque la única explicación que queda no me gusta nada. No soy guapo y mis modales no me hacen precisamente el preferido de las mujeres. ¿Qué nos queda, pues? El hecho de ser yo el hombre más anciano que existe. Las mujeres suelen venderse a cambio de lo más inesperado y no siempre por dinero. No pienso servir de semental para bomboncitos que no se dignarían dedicarme un momento de su tiempo si no fuera por el prestigio de tener un hijo de, abra comillas, el Decano, cierre comillas -clavó en Ira una mirada centelleante-. ¿ Entendido?

-Lazarus, es usted injusto con ellas dos, además de tan obtuso como es costumbre.

-¿Cómo?

-Las he observado. Creo que ambas le aman; y no me meta ahora en el galimatías de los significados de este verbo, yo no soy Galahad.

-Pero... ¡mierda!

-Sobre eso no pienso discutir: la "mierda" es un tema en el que es usted la máxima autoridad de la galaxia. Las mujeres no siempre se venden y sí se enamoran..., a menudo por las razones más extrañas, si de "razones" puede hablarse. Estoy de acuerdo en que es usted feo, egoísta, egocéntrico, antipático...

-¡Ya lo sé!

-... para mí. Pero a las mujeres no parece importarles demasiado el aspecto exterior de un hombre... y usted es sorprendentemente gentil con ellas. Dice usted que todas aquellas putillas de Marte amaban al ciego...

-Quite el diminutivo: Ana la Gorda era más alta que yo y mucho más pesada.

-No cambie de conversación. ¿Por qué le querían? No se esfuerce por contestar: el porqué una mujer ame a un hombre, o un hombre a una mujer, sólo puede exponerse racionalmente en términos de supervivencia: y la respuesta carece de sabor, es del todo insatisfactoria. Pero...

dígame, Lazarus: cuando haya terminado el tratamiento y los dos demos por liquidado nuestro juego de las mil y una noches, acabe como acabe... ¿volverá a marcharse?

Lazarus meditó largamente antes de responder:

-Supongo que sí. Este chalet que me ha prestado y el jardín, y el arroyo, son muy bonitos. Cada vez que he bajado a la ciudad me he dado prisa en volver y me he sentido feliz al verme de nuevo en casa. Pero sólo es un lugar de descanso; no pienso quedarme aquí. Iré donde me lleve el viento, como siempre -Lazarus parecía triste-. Pero no sé dónde, y no quiero repetir las cosas que ya hice. Minerva encontrará quizás ese algo nuevo para mí, cuando sea hora de partir.

Ira se puso en pie.

-Lazarus, si no fuera usted tan asquerosamente malpensado y ruin, concedería a las dos mujeres el beneficio de la duda y las dejaría encintas para que le recordaran al reconocerle en sus hijos. No le supondría ningún esfuerzo excesivo.

-¡Ni hablar! Yo no abandono a niños ni a mujeres embarazadas.

-Excusas. Adoptaré, antes de que nazca, cualquier niño que usted engendre antes de dejarnos. ¿Ordeno a Minerva que guarde esto en su memoria central y lo precinte?

-¡Puedo mantener a mis propios hijos! Siempre he podido.

-Minerva: pásalo y consérvalo.

-Terminado, Ira.

-Gracias, refunfuñona mía. ¿Mañana a la misma hora, Lazarus?

-Supongo. Sí. Llame a Hamadryad y dígale que venga también, ¿quiere? Dígale que se lo pido yo. No quiero que la pobre niña se sienta herida.

-Descuide, abuelo.

Contrapunto

En el piso de los aposentos particulares del señor Weatheral en el Palacio del Ejecutivo, Hamadryad esperó con Galahad mientras Ishtar dejaba órdenes para los técnicos de rejuvenecimiento que montaban guardia en aquel lugar. Los tres tomaron entonces un ascensor que les llevó hacia abajo y en sentido transversal sin salir del palacio, hasta un apartamento que Ira había puesto á disposición de Ishtar, una vivienda más amplia y mejor equipada que el espacio que ocupaba en la clínica de rejuvenecimiento y mucho más lujosa que la casita de la azotea salvo en que carecía de jardín; estaba pensada para los miembros de la Junta o algún otro personaje de alto rango, aunque aquel lujo no significaba demasiado para Ishtar y Galahad, que pasaban la mayor parte del tiempo y comían casi siempre con Lazarus, y utilizaban aquel lugar casi únicamente para dormir.

Minerva había dispuesto una docena larga de habitaciones para la lista de guardia de Ishtar, una de ellas para Galahad. Éste no la necesitaba, por lo que Ishtar ordenó a Minerva que la reservase para Hamadryad, que se había convertido oficiosamente en un componente más del equipo que cuidaba del Decano. Hamadryad solía dormir allí en lugar de ir a su casa de las afueras, sin decirlo a su padre, ya que el presidente en funciones no veía con agrado que los miembros de su familia utilizaran los servicios del Palacio sin necesidad. En ocasiones pasaba la noche con Ishtar y Galahad.

Esta vez fueron los tres al apartamento de Ishtar. Al llegar allí Ishtar se aseguró de la presencia de la computadora:

-¿Minerva?

-A la escucha, Ishtar.

-¿Hay algo?

-Ira y Lazarus están charlando. Una conversación particular.

-Tenme al corriente, querida.

-Descuida, querida.

Ishtar se volvió hacia los otros dos.

-¿Quién quiere beber algo? Aún no es hora de cenar. ¿O si? ¿Hama?

Galahad respondió:

-Yo voy a darme un baño y luego beberé algo. Ya estaba empapado en sudor y deseando remojarme cuando Lazarus nos echó.

-Y oliendo a sudor -añadió Ishtar-. Lo noté en el transportador.

-A ti tampoco te iría mal un baño, gorda; has hecho tanto ejercicio como yo.

-Lamentablemente, tienes razón, mi gentil caballero; he procurado sentarme a sotavento de nuestros mayores después de la última partida; Hama, prepáranos algo fuerte y frío mientras este apestoso y yo nos lavamos.

-¿Os hace un *Delicias de Amapola*, o lo primero que encuentre mientras nos bañamos los tres? Yo no tengo la excusa del ejercicio físico, pero empecé a rezumar un sudor agrio, de puro miedo, cuando le hice la proposición al abuelo. ¡Y lo estropeé todo! ¡Con lo bien preparado que lo teníamos, Ish ! Lo siento mucho... -Hamadryad empezó a lloriquear.

Ishtar la abrazó.

-Ya, ya, querida. Ea, no llores. Yo no creo que lo estropeases.

-Me rechazó.

-Diste un primer paso bien sólido... y lo has trastornado, que es lo que le hacía falta. A mí me desconcertó tu prisa, pero todo saldrá bien.

-¡Si seguramente no querrá que vuelva!

-Claro que querrá. Tranquilízate. Ven, querida; Galahad y yo te frotaremos la espalda mucho, mucho rato, hasta que te relajes. Eh, tú, desastre, prepara los tragos y vente al baño.

-Con dos mujeres en la casa y encima tengo que trabajar. Muy bien...

Cuando Galahad llegó con los refrescos, Ishtar y Hamadryad estaban tendidas boca abajo en la mesa de masajes. Ishtar levantó la mirada y dijo:

-Antes de mojarte, asegúrate de que hay tres albornoces en la percha, querido. No lo he mirado.

-Sí, señora; no, señora; al momento, señora; ¿desea algo más la señora? Hay un montón de túnicas de rizo; esta mañana he encargado más. No la despellejes, que luego la voy a necesitar. No sabes la fuerza que tienes.

-Te convertiré en perro y te venderé, querido. Trae esas bebidas y ven a ayudar, o después no tendrás a ninguna de las dos. Precisamente estábamos comentando que todos los machos son unos brutos -siguió dando masaje, suave y firmemente, con destreza de profesional, en la espalda de Hamadryad, mientras la mesa hacía lo propio con la parte anterior de su cuerpo. Dejó que Galahad le colgara del cuello una bebida y sujetó el tubo entre los labios sin alterar el ritmo de sus cuidadosos dedos.

El hombre depositó la bebida de Hamadryad sobre la mesa, le puso el tubo en la boca le dio una palmadita en la mejilla y se colocó al otro lado, frente a Ishtar, ayudándola a dar masaje según sus indicaciones. La mesa pasó a reproducir la acción de cuatro manos.

Al cabo de unos minutos, soltó el tubo retráctil de su refresco y preguntó:

-¿No creéis que Lazarus olió lo vuestro? ¿Eh, conejas?

-¿Por qué nos llamas "conejas"? -repuso Ishtar.

-En inglés, "coneja" es sinónimo de "mujer", y tú nos dijiste que debíamos hablar y pensar en inglés mientras durase esta misión.

-Es una expresión muy pintoresca; me gusta. Supongo que alude a nuestra capacidad reproductora. No, no creo que Lazarus haya adivinado que estamos embarazadas; no veo cómo podría hacerlo. Aunque por lo que a mí respecta, no me importaría que descubriera que lo estoy. No me gustaría tanto que supiera cómo he quedado encinta, pero no puede saberlo porque truqué la grabación que hablaba de la célula clonada. Tú no le has insinuado nada a Lazarus, ¿verdad, Hama?

Hamadryad dejó de beber.

-¡Claro que no!

-Minerva lo sabe -dijo Galahad.

-Naturalmente; se lo comenté. Pero, ahora que lo dices... ¡Minerva !

-Escucho, Ishtar -respondió la computadora, y añadió-: Ira se marcha; Lazarus entra en la casa. Ningún problema.

-Gracias, querida. ¿Hay algún modo de que Lazarus sepa lo de Hamadryad y yo? Me refiero a que estamos embarazadas, y por qué y desde cuándo.

-No lo ha dicho, ni lo ha comentado nadie en su presencia. La estimación de los datos de que dispongo indica que la probabilidad de que lo sepa es menor del uno por ciento.

-¿Y en cuanto a Ira?

-La probabilidad no llega a una diezmilésima. Cuando Ira me dijo que os sirviera en lo necesario y que os reservara una memoria aparte, me programó para que cualquier programa posterior la borre. En realidad, no hay forma de que pueda recuperar los datos relativos a vosotras, que están en esa memoria confidencial, ni de que yo misma me autoprograme para obtenerlos.

-Sí, es lo que me aseguraste. No entiendo mucho de computadoras.

Minerva soltó una risita.

-En cambio, yo sí. Podría decirse que son mi especialidad. No te preocupes, querida, conmigo tus secretos están en buenas manos… Lazarus me acaba de encargar una cena ligera; pronto se acostará.

-Bien. Hazme saber qué y cuánto come, y cuándo se va a dormir. Y si se despierta, avísame. De noche, y despierto, es cuando un hombre está peor; por eso debo estar preparada para actuar con presteza. Pero tú ya lo sabes.

-Vigilaré sus gráficas, Ishtar. Te avisaré con una antelación de dos a cinco minutos, a menos que el diablo se le plante en la barriga.

-El muy condenado... Aunque ser despertado de esa forma no le deprime; lo que me preocupa son las pesadillas de suicidio. Ya no se me ocurren más estratagemas para distraerle de ellas, y no puedo volver a prender fuego a la casa.

-Este mes Lazarus no ha tenido ni una de sus habituales pesadillas depresivas, Ishtar, y ahora ya sé preverlas sobre sus gráficas. Tendré mucho cuidado.

-Ya lo sé, querida. Ojalá supiéramos a qué suceso del pasado responde cada una de ellas; podríamos eliminarlas.

-Ish -intervino Galahad-, si andas trasteando con la memoria del abuelo puedes echar a perder todo lo que Ira quiere conservar.

-Y también puedo salvar a nuestro cliente. Tú dedícate al masaje, querido, y déjanos a Minerva y a mí el trabajo delicado. ¿Algo más, Minerva?

-No. Sí: Ira me ordena que busque a Hamadryad. Quiere hablar con ella. ¿Aceptará la llamada?

-¡Por supuesto! -respondió Hamadryad, volviéndose-. Pero pásala a través de ti, Minerva; no quiero ir al videófono, no estoy presentable.

-¿Hamadryad?

-¿Sí, padre?

-Tengo un mensaje para ti: sé amable con el anciano y preséntate en la cabaña como de costumbre, ¿quieres? Mejor aún, sube temprano y desayuna con él.

-¿Estás seguro de que desea verme?

-Sí. No debería con lo que le violentaste. ¿Qué te ocurría, Hama? Este encargo es idea suya, no mía. Quiere cerciorarse de que no te espantó.

Hamadryad suspiró aliviada.

-No, no lo ha hecho, puesto que quiere que siga con él. Ya te dije, padre, que le dedicaría tantos días como él lo permitiera, y lo mantengo. Incluso le he dicho a mi gerente que puede comprar mi parte con un crédito a largo plazo; no bromeaba, como puedes ver.

-¿De veras? Me alegro mucho. Si quieres invertir el dinero, puedo... es decir, el gobierno puede aceptártelo sin descuento. He dispuesto que se dé crédito ilimitado a todo lo relativo al Decano. No tienes más que decírselo a Minerva.

-Gracias, señor. Espero no necesitarlo, a no ser que el abuelo se canse de mí y yo encuentre algo más en que invertir. El negocio marcha muy bien. Seguramente dejaré que Priscila siga ayudándome así durante unos cuantos años. Apuesto a que mi activo supera al tuyo; a tu fortuna particular, quiero decir.

-No digas tonterías, hijita; como ciudadano, soy prácticamente un pordiosero, mientras que en mi calidad de dirigente podría confiscar tus bienes con sólo dar una orden a Minerva y sin que nadie se opusiera.

-Sólo que nunca lo harías. Eres un sol, Ira.

-¿Eh?

-De veras lo eres, aunque no recuerdes los nombres de mi hijos. Estoy muy contenta. Me has dado una gran alegría, papá.

-Es la primera vez en cincuenta o sesenta años que me llamas "papá".

-Porque en cuanto un niño crece ya no le permites estas confianzas. Yo hago lo propio con los míos. Pero esta llamada ha hecho que me sienta más cerca de ti. Muy bien, no diré nada más y me presentaré mañana a primera hora. Adiós.

-Un momento; olvidé preguntar dónde estás. Si estás en casa...

-No estoy en casa; me estoy dando un baño con Ishtar y Galahad. Mejor dicho, iba a darme un baño. Has interrumpido una maravillosa sesión de masaje.

-Lo siento. Ya que todavía estás en el Palacio, te aconsejo que te quedes para estar a punto mañana temprano. Pídeles que te presten una cama o, si eso resulta indiscreto, ven a mis habitaciones; ya encontraremos algo.

-No te inquietes por mí, Ira. Si no consigo que me tengan aquí toda la noche, Minerva me buscará una cama. La única en la que no he logrado meterme es la de Lazarus; a lo mejor es que necesito que me rejuvenezcan.

El presidente en funciones tardó en responder.

-Hamadryad... Cuando le propusiste tener niños contigo hablabas en serio, ¿no es verdad?

-Eso es cosa personal, señor.

-Perdón. Pero el respeto a tu intimidad no me impide decirte que me parece muy buena idea. Si quieres, pondré todo lo que esté en mi mano para hacerla realidad.

Hamadryad miró a Ishtar y abrió los brazos como diciendo "¿Y ahora qué hago?"

-Su negativa parecía muy firme -respondió.

-Permíteme darte mi opinión de hombre, hija. A veces, el hombre rechaza un ofrecimiento de esta clase cuando desea aceptarlo; quiere estar seguro de las buenas intenciones de la mujer. Al cabo de un tiempo es muy posible que acepte. Con esto no quiero decir que debas asediarle; no resultaría. Pero si tanto lo deseas, espera tu oportunidad. Eres una mujer encantadora; tengo confianza en ti.

-Así lo haré. Si me da un hijo, nos haremos ricos, ¿no es cierto?

-Sí, claro. Pero mis motivos son otros. Si muere o nos abandona, siempre queda el banco de esperma y el banco de tejidos; no podrá acercarse a ellos porque se lo impediré por todos los medios, con engaños incluso, si hace falta. Pero no quiero que muera ni que nos deje tan pronto, Hamadryad, y no lo digo movido por mis sentimientos. El Decano es único; me he visto en muchos aprietos para no perderle. Tu presencia le agrada y tu ofrecimiento le estimula... aunque creas que reaccionó desfavorablemente. Le estás ayudando a vivir, y si te concede ese hijo, es posible que logres mantenerle vivo por mucho tiempo, acaso por tiempo indefinido.

Hamadryad hizo gestos de satisfacción y miró sonrientemente a Ishtar.

-Padre, haces que me sienta muy orgullosa.

-Siempre has sido una hija de la que un padre puede enorgullecerse. Tu madre es una mujer excepcional. Y ahora te dejo...

-Un abrazo muy fuerte. Buenas noches, señor.

Sin incorporarse, Hamadryad abrazó a sus dos amigos, casi estrujándolos.

-¡Qué bien, qué bien!

-Sí, pero baja de la mesa, conejita; ahora me toca a mí.

-Tú no necesitas masaje -dijo Ishtar con firmeza-; no has estado sometido a ninguna tensión emotiva y todo lo que has hecho hoy ha sido ganarme dos partidas de baloncrimen.

-Pero soy un hombre muy espiritual, muy sensible.

-Oh, sí, Galahad querido; y ahora ayúdame a levantar a Hamadryad con toda espiritualidad y a darle un baño, también muy espiritualmente.

Galahad obedeció refunfuñando:

-Más bien tendríais que bañarme vosotras dos a mí. Imaginaos que soy un músico ciego.

Cerrando los ojos, se puso a cantar:

Hay un poli, vaya un poli,

a la vuelta de la esquina,

que maltrata casi siempre

a los pobrecitos pobres

y a los pobres desgraciados...

-Eso es lo que soy: un desgraciado. De otro modo no tendría que trabajar, teniendo a dos mujeres en casa. ¿Qué ciclo ponemos, Ish?

-"Relajante", por supuesto. Hama, ya que nos has dejado escuchar la llamada, imagino que puedo hablar acerca de ello. Estoy de acuerdo con Ira. Lo sepa Lazarus o no, lo cierto es que le has estimulado sexualmente, y si puedes mantenerlo así, no se sentirá deprimido.

-¿De veras se ha recuperado tanto, Ishtar? -preguntó Hamadryad mientras alzaba los brazos para que la enjabonaran-. Tiene mejor aspecto, pero no sé... sigue con el humor de siempre.

-No, decididamente, le has estimulado. Hace un mes empezó a masturbarse. ¿Champú, querida?

-¿De veras? ¿No me engañas? ¡Es maravilloso! Sí, champú, gracias.

Galahad canturreó:

Qué bonito es tener

una hermanita

o un tío un poco anciano...

-Cierra los ojos, ricura; te pongo champú. Los clientes no tienen secretos para Ishtar. Ella no me dijo lo que hacía Lazarus; tuve que deducirlo de sus gráficas. Ish, ¿por qué me hace parar Hama cada vez que le mojo la espalda?

-Porque le haces cosquillas, cariño. No tenías por qué saberlo. Pero, desde luego, con la ayuda de Minerva un cliente no tiene secretos. Siempre debería ser así: la clínica necesita un mejor servicio de computadoras, ahora lo veo claro. Aunque sí goza de intimidad, ya que su vida privada queda protegida por el Juramento. Supongo que lo comprendes, Ham, aunque no formes parte del equipo oficial.

-¡Desde luego! No tan fuerte, Galahad. Ni con hierros al rojo me harían contar nada a nadie que no fuerais vosotros dos. Ni siquiera Ira. Ishtar, ¿crees que podría aprender a ser un técnico de rejuvenecimiento de veras?

-Si tienes vocación y estás dispuesta a estudiar todo lo que se necesita... Vamos a enjuagarla, Galahad. Instinto no te falta, de eso estoy segura. ¿Qué índice tienes?

Son tus amigos, chico;

recuerda bien:

en sus cumpleaños,

en el Yom Kippur...

-Esto… "Genio-B"-confesó Hamadryad.

-Se necesita genio -dijo Galahad con deseos de ayudar- y también la imperiosa necesidad de trabajar. Es una tarea de esclavos, Hammy. s

... por Navidades

o el Hannukah,

un pastel o una postal.

-Desafinas querido. Tú eres "Genio-A", Hama; superior al índice de Galahad. Lo miré, por si lo preguntabas... Y lo has preguntado. Me complace.

-¿Que desafino? Creo que te has excedido...

-Tienes otras virtudes, mi fiel caballero; no te hace falta ser trovador. Hamadryad, querida, si lo deseas de corazón, podrías ser técnico adjunto para cuando emigremos. Suponiendo que optes por venir. Si no, en la clínica siempre se necesita personal. Pero me gustaría… me gustaría una enormidad tenerte con nosotros. Los dos te ayudaremos.

-¡Pues claro que te ayudaremos, Hammy! Que desafino, dice… Esa colonia, ¿será poligámica?

-Pregúntaselo a Ira. ¿Y eso qué importa? Trae un albornoz y cúbrela; luego nos daremos una frotadita tú y yo. Tengo hambre.

-¿Afrontarás ese riesgo? Después de lo que me has dicho... Te voy a hacer cosquillas por todo el cuerpo.

-¡No, por pena! Perdóname, querido: adoro tu forma de cantar.

-No se dice "por pena"; se dice "por piedad" o "por caridad", Ish. Tráenos un par de túnicas, Hama. Buena chica. Oye, Piernas largas; ahora, mientras cantaba afinando perfectamente, he descubierto qué era lo que me intrigaba de aquella canción del ciego. No es lo que Minerva creía: "casa" es una forma de decir "casa de citas", o lo que es lo mismo: un burdel. Lo cual convierte a la hermana del "perdedor nato" en una hetaira y hace que todo encaje.

-¡Claro! No es extraño que mantuviera a su hermano; los artistas siempre cobran más que nadie.

Hamadryad volvió con los albornoces y los dejó sobre la mesa.

-No sabía que esa palabra te inquietara, Galahad -dijo-. Yo lo entendí a la primera.

-Ojalá me lo hubieras dicho.

-¿Tan importante es?

-Me da una clave más. Para analizar una cultura, los mitos, las canciones populares, los refranes y los modismos son mucho más significativos que la historia oficial. No puedes comprender a una persona si no comprendes su cultura. ¿Ves? He dicho que las canciones y los modismos son "significativos", no "significativas": eso ya nos dice algo fundamental acerca de la cultura en la que se formó nuestro cliente cuya lengua estamos hablando ahora. Vemos que un plural adopta invariablemente el género masculino cuando se refiere conjuntamente a algo masculino y algo femenino. Esto significa, bien que en aquella cultura dominan los machos, bien que las hembras acaban apenas de salir de una condición inferior sin que el lenguaje, que siempre va con retraso, se hubiese acomodado al cambio cultural. Esto último es lo más verosímil, según indican otras claves.

-¿Y puedes deducir todo esto de una simple regla gramatical?

-A veces. Yo me dedicaba profesionalmente a esto, Hammy, cuando era un anciano venerable que aún no se había rejuvenecido. Es una tarea de detective y nunca se tienen suficientes pistas. Por ejemplo: las mujeres no debían de haber alcanzado una situación de igualdad, aunque otros indicios muestren que iban progresando, porque ¿quién ha oído hablar de un burdel dirigido por un hombre? No me refiero a un hombre que hiciera de vigilante: el mismo Lazarus dijo que una vez trabajó como matón en uno. Pero que lo dirigiera, no: eso está fuera de lugar, según los usos modernos. A menos que aquella colonia marciana fuera un caso atípico de regresión. También es posible, no lo sé.

-Seguid con el tema mientras comemos, niños; mamá tiene hambre.

-Ya vamos, Ish. Galahad, yo entendí aquella frase sin meditar sobre ella. Es que mi madre era... es todavía... una hetaira.

-¿De veras? Vaya una casualidad. La mía también, y la de Ishtar... y los tres hemos venido a parar al mismo sitio, cuidando del mismo cliente. Dos profesiones tan poco extendidas numéricamente... Me gustaría saber cuáles son las probabilidades de que se dé un caso semejante.

-No muy altas, dado que ambas requieren una gran capacidad de entrega. Pero si quieres saberlo, pregúntaselo a Minerva -le aconsejó Ishtar- y pásame la túnica. No me gusta secarme

al aire ni quisiera pillar un resfriado mientras como. Hama, guapa, ¿por qué no elegiste la profesión de tu madre? Con tu belleza, serías una estrella.

Hamadryad se encogió de hombros.

-Ya sé que soy atractiva, pero mamá puede robarme a un hombre con sólo mover un dedo. Sólo que nunca le doy ocasión. La belleza tiene poco que ver con ello: hoy mismo habéis visto cómo un hombre me rechazaba. Ya nos dijo Lazarus lo que se necesita para ser una gran artista: una cualidad espiritual que el hombre percibe. Mi madre la tiene; yo, no.

-Estoy de acuerdo con lo que dices -confirmó Ishtar mientras cruzaban el salón con dirección a la despensa. Allí consultó el menú ofrecido por la cocina-. Mi madre también lo tiene. No es particularmente bonita, pero tiene lo que los hombres buscan. Todavía la solicitan, aunque ya está jubilada.

-Tú también lo tienes, Piernaslargas -le dijo Galahad en tono solemne.

-Gracias, mi apuesto caballero, pero no es verdad. Lo tengo, a veces, para un hombre en particular. A lo sumo, para dos. Y o otras veces carezco por completo de ello, pues puedo sumergirme en mi trabajo y olvidarme totalmente del sexo. Ya te dije cuántos años llevaba siendo célibe. No te habría encontrado, cielo, no me habría aventurado a las "siete horas", si mi cliente no me hubiera tenido en aquel terrible estado emotivo. Todo muy impropio de una profesional, Hamadryad: estaba como una colegiala en una noche tibia de primavera. Pero Tamara, mi madre, lo tiene siempre, y con quienquiera lo necesite, Galahad. Tamara nunca se puso precio, pero le llovían los regalos. Ahora está retirada y considera la conveniencia de volver a rejuvenecerse. Pero sus admiradores no la dejan en paz: sigue recibiendo incesantes proposiciones.

Galahad dijo con acento apenado:

-Eso es lo que me gustaría ser. Pero soy un "perdedor nato". Si un hombre intentase ejercer semejante profesión, no duraría un mes.

-En tu caso, querido Galahad, quizá dudaría algo más. Ahora come y recupera fuerzas: esta noche te pondremos en medio de la cama.

-¿Significa eso que estoy invitada? -preguntó Hamadryad.

-Es una forma de decirlo. Una afirmación más precisa sería que me invito yo. Galahad ha dejado bien claro, en el baño, que sus planes para esta noche te incluyen a ti, querida; de mí no ha dicho nada.

-¿Eso ha dicho? De todos modos, siempre anda muy caliente por ti; lo noto.

-Es un caliente, y punto. ¿Os conformáis con unos filetes con guarnición, o preferís otra cosa? No estoy muy imaginativa.

-Por mí está bien. Ish, deberías poner a Galahad bajo contrato cuando esté medio inconsciente.

-Es asunto muy personal, querida.

-Lo siento, lo he dicho sin pensar. Es que os aprecio mucho a los dos.

-Esta culona no quiere casarse conmigo, la muy zorra -dijo Galahad-. Con lo casto y puro que soy... Se merece que le hagan cosquillas. ¿Quieres tú casarte conmigo, Hamapreciosa?

-¿Qué? Eres el mayor bromista del mundo, Galahad. No sólo no deseas casarte conmigo, sino que sabes bien que estoy entregada al Decano aunque me haya rechazado. Lo estaré mientras Ish no me ordene dejarlo. Si es que me lo ordena.

Ishtar terminó de encargar la cena y apagó la pantalla.

-Galahad, no seduzcas a la niña. Quiero que ella y yo estemos en situación de firmar contrato con alguien mientras alguna de las dos tenga posibilidades de ganarse el interés de nuestro cliente para cohabitar o tener descendencia de él. No una aventurilla, sino algo que pueda tomarse en serio.

-¿Ah, sí? Entonces, por todos los dioses de la fertilidad, ¿cómo arreglasteis las cosas para quedar embarazadas las dos a la vez? No lo comprendo. Algo intuyo, pero no me salen las cuentas.

-Porque, queridísimo tonto, no me atrevía a esperar. La directora puede volver en cualquier momento.

-Pero, ¿por qué vosotras dos, estando registradas y disponibles más de diez mil madres en potencia? Y además, ¿por qué dos?

-Estimado varón: siento mucho haberte llamado tonto; no eres tonto, sólo eres un hombre. Hamadryad y yo sabemos perfectamente a qué peligros nos exponemos y por qué. No se nos nota el embarazo, ni se notará por varias semanas aún, y si alguna de nosotras logra engatusar a Lazarus para que firme un contrato, un aborto es cuestión de diez minutos. Las madres profesionales no sirven para esa misión; necesito vientres sobre los que yo pueda ejercer algún control y mujeres de absoluta confianza. Ya es bastante riesgo el confiarme a un cirujano genetólogo y haberme sometido a una intervención prohibida. Ira puede echarme si algo falla.

"Pero sabes tan bien como yo, mi dulce Galahad, que incluso un clon ordinario puede echarse a perder. Ojalá tuviera cuatro vientres femeninos que poder utilizar, y no dos. ¡U ocho, o dieciséis ! Así aumentarían las posibilidades de obtener un feto normal. Dentro de un mes, mucho antes de que se nos note, sabremos qué llevamos dentro. Si la suerte nos vuelve la espalda a las dos... pues bien, yo estoy dispuesta a volver a empezar, y Hamadryad también.

-Tantas veces como sea necesario, Ishtar. Lo he jurado.

Ishtar le dio un golpecito en el dorso de la mano.

-Obtendremos una, Galahad: Lazarus va a tener una hermana gemela idéntica a él, te lo prometo. Y en cuanto esto sea un hecho consumado, no oiremos hablar más de botones de suicidio, ni de que el sujeto nos abandona, ni de nada de eso. Al menos, hasta que se una mujer hecha y derecha.

-¿Ishtar?

-¿Sí, Hamadryad?

-Si dentro de un mes las dos presentamos fetos normales...

-Puedes abortar, querida; ya lo sabes.

-¡No, no! ¡No haré tal cosa! ¿Qué tienen de malo las gemelas?

GaIlahad la miró, parpadeando.

-No te molestes en responder, Ish. Dejadme exponer el punto de vista masculino. Aún no ha nacido el hombre capaz de resistir el esfuerzo que representa criar a dos niñas gemelas idénticas a él. En todo caso no se llama Lazarus Long. Además, queridas, ¿existe algo, lo que sea, que en este momento pueda aumentar las probabilidades de éxito de las dos?

-No -respondió Ishtar con voz apagada-. No. Las dos hemos dado positivo en la prueba de embarazo, es todo lo que podemos decir. No podemos hacer nada, salvo rezar. Y yo no sé rezar.

-¡ Pues ya va siendo hora de que aprendamos!

Variaciones sobre un mismo tema

Voces en la oscuridad

Después de encargar la cena de Lazarus y comprobar que le fuera servida correctamente, Minerva preguntó:

-¿Algo más, señor?

-Creo que no. Sí: ¿quieres cenar conmigo, Minerva?

-Encantada, señor. Gracias.

-No me las des: me haces un favor querida. Esta noche me siento algo triste. Siéntate y levántame el ánimo.

La voz de la computadora se desplazó de tal modo que parecía venir de la silla situada frente a Lazarus, como si en ella se sentara un ser de carne y hueso:

-¿Desea que forme una imagen, Lazarus?

-No te molestes, querida.

-No es ninguna molestia, Lazarus; dispongo de la necesaria reserva de energía.

-No, Minerva: el holograma que hiciste para mí la otra noche era perfecto, muy realista, y se movía como una persona de carne y hueso, pero no eras tú. Y yo sé cómo eres. Hm..., baja las luces y alumbra mi plato lo suficiente para que pueda comer. Así te veré en la penumbra, sin necesidad de holograma.

La iluminación varió hasta dejar la estancia prácticamente a oscuras salvo por una mancha de claridad en la que aparecía el servicio de mesa de inmaculada pulcritud dispuesto ante Lazarus. El contraluz le impedía ver lo que había al otro lado de la mesa sin entornar los ojos. Y él no los entornaba. Minerva preguntó:

-¿Qué imagen tengo, Lazarus?

-¿Qué? -El anciano meditó unos instantes-. Encaja con tu voz. Es una imagen que se ha ido formando en mi mente sin que yo pensara en ella, desde que estamos juntos. Querida, ¿te das cuenta de que hemos vivido en una intimidad mayor que la que suele alcanzar un matrimonio?

-Quizá no me doy cuenta, Lazarus, puesto que no puedo experimentar lo que es ser la esposa de alguien. Pero me hace feliz estar junto a usted.

-Ser la esposa de alguien tiene muy poco que ver con la copulación, querida. Has sido una madre para mi niña, Dora. Sí, ya sé que primero está Ira, pero tú eres como Olga, la chica de quien hablaba antes: tienes tanto que dar, que puedes enriquecer a más de un hombre. Pero respeto tu fidelidad para con Ira. Que tu amor sea para él.

-Gracias, Lazarus, pero... si es que sé lo que significa esa palabra... yo le amo también a usted. Y a Dora.

-Ya sé que nos amas. Pero tú y yo no tenemos por qué preocuparnos por las palabras: eso es para Hamadryad. Ay, tu imagen... eres alta, casi tanto como Ishtar, pero más esbelta. No digo delgada, sino esbelta; fuerte y musculosa, aunque no demasiado. No tienes las caderas tan anchas como ella, pero tienes cuerpo de mujer. Eres joven, pero no una niña: eres una joven madura. Tus senos son más pequeños que los de Ishtar, más parecidos a los de Hamadryad. Más que linda, eres hermosa, y algo seria, salvo las raras ocasiones en que una sonrisa te ilumina el rostro. Tienes el cabello castaño y liso, y lo llevas largo. Pero no te entretienes con él más que para tenerlo limpio y bien peinado. Tienes los ojos pardos; armonizan con tu pelo. No sueles ir maquíllada, pero casi siempre llevas algún vestido; ropa sencilla, porque no gustas de endomingarte y el vestir no te preocupa demasiado. Pero sólo te desnudas ante personas en las que confías plenamente. Que son muy pocas.

"Creo que esto es todo. No me he propuesto inventar los detalles: así es como has ido formándote en mi mente. ¡Ah, sí! Llevas las uñas de las manos y los pies cortas y limpias. Pero no te entretienes demasiado en eso, ni en nada. No te molesta la suciedad ni el sudor y no te asusta ver sangre, aunque no te gusta.

-Me complace mucho saber cómo soy, Lazarus.

-¿Eh? Tonterías, guapa: sólo es mi imaginación que corre a sus anchas.

-No, yo soy así -dijo Minerva con firmeza-, y me gusta.

-Como quieras. Aunque puedes ser tan pasmosamente bella como Hamadryad si te lo propones.

-No, soy simplemente como me ha descrito. Soy una "Marta", Lazarus, no una "María".

-Tienes razón. ¡Qué sorpresa! ¿Has leído la Biblia?

-He leído todo lo que hay en la Gran Biblioteca. En cierto modo, soy la Biblioteca.

-Claro está, debí suponerlo. ¿Cómo marcha el proceso de duplicación? ¿Falta mucho para que termine? Como a Ira le dé un pronto y se marche sin esperar...

-Está prácticamente terminado, Lazarus. Todos mi circuitos, programas y memorias están reproducidos en el compartimento número cuatro de Dora, y voy haciendo pruebas y ejercicios de rutina con las piezas duplicadas, que funcionan en paralelo conmigo aquí en el Palacio. Pongo en ello mucho más rigor de lo habitual. Así, he encontrado y corregido algunos circuitos abiertos: pequeños defectos de fabricación que he podido arreglar en un momento. Lo he enfocado como un programa urgente y no he recurrido a ningún proceso Turing para construir la mayor parte de mi otro yo: habría tenido que colocar extensiones mías en Dora y retirarlas después dejando sólo las de mantenimiento, para lo cual se necesitaría mucho tiempo, dado que no puedo manejar cuerpos sólidos a velocidad de computadora. Así es que, en lugar de ello, encargué a fábrica todos los circuitos y las memorias vírgenes y mandé que los técnicos los montaran dentro de Dora. Ha sido mucho más rápido. Luego los he comprobado y llenado.

-¿Ha habido algún problema, querida?

-Ninguno, Lazarus. Bien, Dora se quejó de que los operarios entran en sus compartimentos con los pies sucios, pero era quejarse sin motivo, puesto que trabajan con trajes que no desprenden fibras, mascarilla y guantes, y además les obligué a pasar por una ducha de aire comprimido antes de pasar a la cámara cuatro -Lazarus distinguió una fugaz sonrisa en su rostro-. Además, dispuse servicios sanitarios suplementarios en el exterior de la nave para que los usaran los técnicos, lo cual provocó las correspondientes quejas del ingeniero y del encargado.

-Debí pensarlo. A Dora no le iría mal ser un poco más sensata.

-Como usted mismo dijo, Lazarus, algún día seré uno de los pasajeros que viajarán a bordo de Dora. Así lo espero, al menos. En consecuencia he procurado ganarme su amistad. Y ahora somos amigas, y la quiéro, y es el único amigo mío que es una computadora. No quiero echarlo a perder permitiendo que mi traslado al interior de su nave se convierta, o lo conviertan, en un desastre. Ya sabemos que es un ama de casa extremadamente pulcra; yo trato de serlo tanto como ella y de demostrarle que la aprecio y valoro el privilegio de viajar en su interior. El ingeniero de montaje y el encargado, que es un individuo muy parlanchín, no tenían por qué protestar; en el contrato lo dejé todo muy claro: cambio de ropa, en la cámara de entrada, nada de comer, escupir o fumar a bordo, urinarios aparte para el personal, obligación de dirigirse al número cuatro por el camino más corto, prohibición de husmear por los rincones de la nave... lo que por otra parte les era imposible, puesto que le pedí a Dora que cerrara todas sus puertas excepto las que conducían al compartimento número cuatro... Y les pagué para que lo cumplieran.

-Les pagarías un buen pico, sin duda. ¿Qué dijo Ira al respecto?

-Ira no se ocupa de estos detalles. Pero no le comuniqué el importe de la factura: se lo cargué a usted, Lazarus.

-¡Diantre! Debo de haberme arruinado...

-No, señor: pagué con fondos de la cuenta de crédito ilimitado del Decano. Me pareció lo más indicado, ya que el trabajo se había efectuado en su nave. Seguramente deben preguntarse para qué quiere el Decano una segunda computadora, de alta capacidad, a bordo. Me consta que el ingeniero se lo preguntaba; tuve que pararle los pies. Pero todo lo que pueden hacer es eso: cavilar. El Decano no está obligado a dar explicaciones a nadie. Insinué claramente que al señor presidente en funciones le molestaría sobremanera que alguien metiera la nariz en los asuntos del señor Decano. Por otra parte, no hay quien pueda determinar de qué computadora se trata con solo mirarla por fuera; ni siquiera el fabricante.

-El fabricante... ¿era el que presentó el presupuesto más bajo?

-¿Acaso debería haberlo sacado a concurso, señor? -preguntó Minerva con voz preocupada.

-¡No, claro que no! Si lo hubieras hecho, te habría ordenado anularlo y volver a empezar hasta encontrar el mejor proveedor. Una vez salgamos de aquí, Minerva, es posible que pasemos años sin disponer de un servicio de reparaciones; tendrás que cuidar de tu propio mantenimiento. A no ser que Ira sepa cómo asistir a una computadora enferma...

-No sabe.

-¿Lo ves? Las computadoras corrientes son de cobre y aluminio pero Dora es de oro y platino. Espero que tu nuevo cuerpo sea igual de valioso.

-Lo es, Lazarus. Mi otro yo es más seguro que el actual; más rápido y de menor tamaño. Yo, es decir, mi "viejo" yo, tengo casi cien años; el arte ha progresado mucho.

-Hmm... Tendré que averiguar si hace falta cambiarle algo a Dora.

Minerva no hizo ningún comentario. Lazarus añadió:

-Querida mía, cuando callas es cuando hablas más claro. ¿Has sobrecargado a Dora?

-Apilé algunas piezas en su interior. Pero no quiere que la toque nadie a no ser que usted lo mande.

-Sí, la horroriza que el médico ande revolviendo por sus entrañas. Pero si es necesario, que lo hagan. Bajo anestesia. Será prudente que intercambiéis vuestras respectivas instrucciones de mantenimiento cuando estéis juntas a bordo; así podréis cuidar la una de la otra.

Minerva respondió simplemente:

-Estábamos esperando a que nos lo ordenara, Lazarus.

-Querrás decir que lo esperabas tú; a Dora nunca se le ocurriría semejante cosa. Pues bien, ahora lo digo para las dos, y haz que ella me oiga. Me gustaría que dejases de mostrarte

tan modesta conmigo, Minerva. Esto debiste proponerlo tú; piensas a una velocidad infinitamente superior a la mía, yo sufro de las limitaciones propias de todo ser humano de carne y hueso. ¿Qué tal andas en astronavegación? ¿Te enseña Dora a pilotar, o se hace la remolona?

-En mi otro yo, soy un piloto tan hábil como pueda serlo ella.

-Ni hablar: ahora eres copiloto. No serás piloto mientras no hayas cubierto sin ayuda una travesía n-dimensional. Hasta Dora se pone nerviosa antes de hacer una, y eso que lleva centenares de ellas.

-Acepto la corrección, Lazarus: soy un copiloto altamente preparado. Pero si se presenta la oportunidad no tendré ningún temor. He reproducido todos los vuelos en tiempo real de Dora y ella dice que ya sé hacerlo.

-Tendrás que hacerlo si algún día tenemos un percance. Estoy convencido de que Ira no es el piloto que soy yo. Cuando yo falte, es posible que tu nueva habilidad le salve alguna vez la vida. ¿Qué más has aprendido? ¿Sabes algún chiste nuevo?

-No sé, Lazarus. He oído algunas historias que contaban los técnicos que instalaron mi doble. Me parece que son verdes, pero no sé si son graciosas.

-No te molestes: si es una historia obscena, seguro que me contaron una parecida hace mil años. Ahora, la pregunta clave: ¿cuánto tiempo necesitas para trasladarte a Dora si Ira decide escapar? Supónte que hay un golpe de Estado y tiene que salvar la vida por piernas.

-Un quinto de segundo o menos.

-¿Me tomas el pelo? Me refiero a cuánto tiempo te hace falta para trasladar tu personalidad íntegra a bordo del "Dora", sin dejar nada en tierra ni dejar a la computadora de aquí consciente siquiera de haber sido Minerva alguna vez. De otro modo te harías una mala jugada a ti misma, querida: la Minerva que dejaras atrás se sentiría muy dolida.

-No hablo en teoría, Lazarus, sino basándome en mi experiencia; sabía que éste es el aspecto crucial de esta duplicación y por ello, apenas despedí al contratista y dupliqué mis circuitos lógicos, mis programas fijos y mis actuales programa temporales, hice algunas pruebas. Con mucha precaución, para empezar: me limité a actuar en paralelo conmigo misma, como le dije. Es fácil: sólo tengo que equilibrar los márgenes y mantener la sincronía en tiempo real, aunque debo hacerlo siempre con mis extensiones más alejadas. Claro es que ya estoy acostumbrada a ello.

"Luego, con mucha prudencia, probé a autosuprimirme; primero en la terminal de la nave y después en la del Palacio, autoprogramándome para volver al estado de duplicidad completa en tres segundos. No hubo el menor contratiempo, ni siquiera la primera vez. Ahora puedo hacerlo en menos de doscientos milisegundos, con todas las comprobaciones necesarias para asegurarme de que no olvido nada. Acabo de hacerlo siete veces, desde el momento en que me ha hecho la pregunta. ¿No ha notado un retraso en mi voz? Un retraso de mil kilómetros, aproximadamente...

-¿Cómo? Querida mía, no estoy capacitado para percibir una diferencia de menos de treinta mil kilómetros a velocidad "c". O sea, una décima de segundo. Me halagas... -Lazarus añadió, en tono pensativo-: Pero una décima es igual a cien millones de las billonésimas de

segundo en que tú actúas. O a cien milisegundos. ¿Cuánto es eso para ti, lo mismo que mil días para mí?

-Yo no lo explicaría así, Lazarus. En muchas de las cosas que hago me muevo a fracciones mucho menores que una billonésima de segundo: una "milivibración" o menos. Pero me desenvuelvo tan bien en ellas como en el tiempo de usted; en este momento estoy en mi "yo" personal: si me viera obligada a contar cada millonésima de segundo no podría disfrutar de la música ni de esta tranquila charla. ¿Cuenta usted acaso los latidos de su corazón?

-No. O raras veces.

-A mí me sucede más o menos lo mismo. Las cosas que hago deprisa las hago sin esfuerzo, y sin poner en ello más atención que el indispensable autoprograma. Pero saboreo los segundos, minutos y horas que paso con usted, en régimen personal. No los divido en billonésimas, sino que los siento y disfruto en bloque. Percibo todos los días y semanas que lleva usted aquí como un único "ahora" y los valoro altamente.

-Un momento, querida... ¿Insinúas que... el día que Ira y yo nos conocimos es todavía "ahora" para ti?

-Sí, Lazarus.

-Entonces... si ello es así, puedes predecir el futuro.

-No, Lazarus.

-Pues no lo entiendo.

-Podría darle las ecuaciones por escrito, pero sólo ilustrarían el hecho de que estoy construida para tratar el tiempo como una más de entre muchas dimensiones, con un coeficiente igual a entropía menos uno y el "ahora" o el "presente" como una variable que se mantiene constante dentro de un intervalo más o menos amplio. Pero al tratar con usted debo moverme necesariamente con el frente de onda que es el suyo en este momento; de otro modo no podemos comunicarnos.

-No estoy muy seguro de que lo estemos haciendo, querida.

-Lo lamento, Lazarus. Yo también tengo mis limitaciones. Pero si pudiera elegir, me quedaría con las suyas; las de un humano de carne y hueso.

-No sabes lo que dices, Minerva. Un cuerpo de carne y hueso puede resultar una carga muy pesada..., especialmente cuando la conservación absorbe casi toda la atención de uno. Tienes el mejor de los mundos, un mundo creado a imagen del humano para hacer lo que le da su carácter distintivamente humano, pero mejor y más rápido... ¡mucho más rápido! y más cuidadosamente que el hombre mismo; sin los achaques ni las imperfecciones de un cuerpo que necesita comer y dormir y cometer errores. Créeme.

-Lazarus..., ¿qué es "Eros"?

El anciano escrutó la penumbra y vio con la mente la triste y penetrante mirada de ella.

-Santo Dios, chiquilla..., ¿tan deseosa estás de acostarte con él?

-No lo sé, Lazarus; ¿cómo voy a saberlo? Soy un "ciego".

Lazarus suspiró.

-Lo siento, querida. ¿Comprendes ahora por qué he impedido que Dora crezca ?

-Creo adivinar la razón. No la he comentado ni pienso comentarla con nadie.

-Gracias, querida; eres toda una señora. Sabes la razón, o parte de ella. Te lo diré todo, cuando crea llegado el momento; entonces comprenderás qué entiendo por "amor" y por qué le dije a Hamadryad que es algo que hay que experimentar y no describir con palabras... Sé que tú sabes lo que es el amor, porque lo has sentido. Pero lo de Dora no es para Ira; sólo te lo contaré a ti... No, puedes contárselo, pero sólo después que yo me haya ido. Puedes titularlo La historia de la hija adoptiva; luego le pones un seguro y se lo das a conocer más tarde. Pero no pienso contarlo ahora; esta no

che no me siento con fuerzas suficientes. Pídeme que te lo cuente

cuando veas que estoy dispuesto a ello.

-Así lo haré, Lazarus. Perdóneme.

-¿Perdonarte? Minerva, querida mía, a propósito del amor nunca hay nada que perdonar. Nunca. ¿ Preferirías no amarme, o no amar a Dora? ¿No te ha enseñado nada el amar a Ira?

-No, no es eso; pero quisiera conocer el "Eros", también.

-No desees más de lo debido, Minerva: el "Eros" puede hacer daño.

-No me asusta el dolor, Lazarus. Haciendo preparativos para la migración añadí una carga extra de datos de memoria, llenando casi por completo el compartimento número dos, para poder registrar en mi nuevo yo, para Ishtar, toda la biblioteca, las fichas de investigación y las grabaciones confidenciales de la clínica de rejuvenecimiento Howard...

-¡Caramba! Creo que Ishtar se ha arriesgado demasiado. La clínica parece muy cauta por lo que respecta a lo que deja o no deja ver.

-A Ishtar no le asusta el riesgo. Pero me pidió que me apresurase, así es que lo puse todo provisionalmente aquí hasta que logre disponer de la capacidad necesaria, que es mucha, en Dora. Pedí permiso a Ishtar para consultarlo y me dijo que estaría muy bien que lo hiciera con tal de no revelar nada que viniera marcado como confidencial o secreto sin contar con su conformidad.

"Ha resultado fascinante, Lazarus. Ahora lo sé todo acerca del sexo... del mismo modo como un ciego de nacimiento puede saberlo todo acerca de la óptica del arco iris. Incluso soy un cirujano genetólogo, en teoría; y no vacilaría en serlo en la práctica si dispusiera del tiempo necesario para construir los instrumentos ultramicrominiaturizados que requiere un trabajo tan delicado. Soy igualmente experta como obstétrico y ginecólogo, y rejuvenecedor. Para mí no son misterio los reflejos de la erección, la mecánica del orgasmo ni los procesos de la espermatogénesis o la fecundación, ni ningún otro aspecto de la gestación y el nacimiento.

"El "Eros" es lo único que no puedo conocer... y por esto he sabido finalmente que soy ciega.

Historia de los gemelos que no lo eran

(Pasaje omitido.)

... pero mi ocupación de entonces era la de mercader espacial, Minerva. La aventura por la que llegué de esclavo a sumo sacerdote me supuso una gran violencia. Tuve que mostrarme humilde durante mucho tiempo, lo cual no es propio de mi forma de ser. Es posible que Jesucristo tuviera razón al decir que los mansos heredarán la tierra, pero resulta que heredan parcelitas muy pequeñas, de unos seis pies por tres.

Sin embargo, el único camino que llevaba del trabajo de bracero a la libertad pasaba por la iglesia y requería una inalterable mansedumbre; y eso es lo que les di. Aquellos sacerdotes tenían unas costumbres muy pintorescas...

(Omitidas 9.300 palabras.)

... lo cual me hizo abandonar aquel condenado planeta sin pensar en volver jamás.

... volví allí un par de siglos más tarde, recién rejuvenecido y sin guardar la menor semejanza con el sumo sacerdote cuya nave se perdió en el espacio.

"De nuevo era mercader espacial, actividad que va muy bien conmigo: te permite ver mundo. Regresé al sagrado lugar, Santa, en busca de dinero, no de venganza: eso es algo a lo que no he dedicado nunca el menor esfuerzo; el complejo de Montecristo cansa

mucho y no resulta nada divertido. Si tengo una pelea con alguien y el tipo sale con vida, no vuelvo luego para perseguirle a tiros. En lugar de eso, le sobrevivo, lo cual deja igualmente las cuentas saldadas. Yo calculé que dos siglos eran tiempo suficiente para que mis enemigos de Santa estuvieran muertos, puesto que a la mayoría de ellos les dejé medio muertos tiempo atrás.

Santa no hubiera formado parte de mi ruta de no haber sido por los imperativos de la profesión. El comercio interestelar obedece a leyes económicas elementales. No se puede ganar dinero a base de ganar dinero porque el dinero sólo es dinero en su planeta de emisión. La mayor parte del dinero es moneda fiduciaria; fuera del lugar de emisión, es puro papel mojado. Los créditos bancarios aún valen menos: las distancias galácticas son demasiado grandes. Incluso el dinero en metálico, el que suena, debe ser tomado como bienes de comercio, no como dinero; de otro modo, uno se ve en la miseria sin tiempo de enterarse.

Todo esto da al comerciante espacial una visión de la economía que raramente alcanzan los banqueros o los economistas. Está metido en un constante cambalache cuyas dificultades no son cosa de risa; paga impuestos que no puede evadir, llámense "alcabalas", "regalías", extorsiones o puros y simples sobornos. Es como jugar con otro niño en el patio de su casa y con su pelota: las reglas las dicta él, y punto. La observancia de la ley es cuestión meramente pragmática. Esto es algo que las mujeres saben por instinto; por eso son todas unas timadoras. Los hombres suelen creer, o lo fingen, que la "Ley" es algo sagrado o, al menos, una ciencia: una suposición carente de fundamento, de la que los gobiernos sacan un gran partido.

He hecho muy poco contrabando: es muy arriesgado, y uno puede acabar con las manos llenas de un dinero que no se atreve a gastar aunque sea de curso legal. Yo me limitaba a evitar los lugares en los que los impuestos fueran demasiado elevados.

Según la ley de la oferta y la demanda, el valor de algo depende tanto de lo que es como del lugar donde está. Y eso es lo que hace el comerciante: lleva cosas de donde son baratas a donde valen más. El estiércol que hay en un establo puede ser un abono muy valioso si lo transportas un poco más al sur. Lo que en un planeta son guijarros pueden ser piedras preciosas en otro. El arte de elegir el género está en saber dónde valdrá más cada cosa, y el comerciante que acierta amontona más riqueza en un solo viaje que el rey Midas. El que falla se arruina.

Yo estaba en Santa porque había estado en Landfall y quería ir a Valhala para regresar a Landfall, pues pensaba casarme y formar otra familia, pero quería ser lo bastante rico como para formar parte de la aristocracia local del planeta en el que me estableciera; en aquella época no tenía residencia fija. Todo lo que tenía era la nave de exploración que habíamos usado Libby y yo[12], y una pequeña cantidad de dinero local.

Había llegado, pues, el momento de negociar. -

Las rutas comerciales de simple intercambio dan un beneficio mínimo; quedan cubiertas demasiado pronto. Pero un comercio trilateral, o de orden superior, puede arrojar beneficios muy elevados. Así: Landfall disponía de algo, pongamos vino, que era un verdadero lujo en Santa, en tanto que Santa producía algo, pongamos lino, muy buscado en Landfall... mientras que Valhala manufacturaba los nosequé que hacían falta en Landfall.

Si haces girar la rueda en el sentido correcto, te forras; si lo haces al revés, pierdes hasta la camisa.

Yo había trabajado en la primera etapa del trayecto, de Landfall a Santa, con éxito total, pues había vendido la carga de..., ¿de qué era? Que me aspen si me acuerdo; he tratado en tantas cosas... En fin: conseguí vender a tan buen precio que durante algún tiempo tuve demasiado dinero.

¿Cuánto es "demasiado"? Lo que uno no puede gastar antes de abandonar un lugar al que no ha de volver. Si te aferras al montón de dinero y regresas más tarde, te encuentras habitualmente... invariablemente, por lo que yo recuerdo, con que la inflación, la guerra, los impuestos, los cambios de gobierno o alguna otra cosa se ha bebido el supuesto valor del dinero que guardaste.

Como quiera que mi nave debía cargar y yo había dejado en depósito en la comandancia del puerto el importe del género, el dinero que me quedaba me quemaba las manos y sólo disponía de un día para pulírmelo, y tenía que hacerlo yo: yo era mi propio contador y nunca me fié de nadie.

12. Esta referencia no encaja en el orden de los hechos narrados. Podría tratarse de una nave semejante a la aludida. (J. F. XLV.)

Librodot

Así, pues, me di una vuelta por el barrio de los detallistas pensando comprar algunas chucherías.

Iba vestido de acuerdo con la moda más elegante del lugar y me acompañaba un guardaespaldas, porque Santa era todavía una economía basada en la esclavitud y en una sociedad piramidal siempre conviene estar cerca de la cúspide, o aparentarlo al menos. Mi guardaespaldas era un esclavo, pero no me pertenecía; lo había alquilado a una agencia de alquiler de siervos. No soy de los que gustan aparentar lo que no son; todo lo que el esclavo tenía que hacer era seguirme a todas partes y comer como un león.

Lo tomé porque la condición social que se me suponía me obligaba a lucir un criado. Un "señor" que no lo exhibiera no podía alojarse como cliente de primera clase en el Hilton de Caridad ni de ninguna otra ciudad de Santa; sin un asistente que me custodiara no me servían en ningún restaurante de lujo, y así en todo. Donde fueres haz lo que vieres. He estado en lugares donde era obligatorio dormir con la anfitriona, lo cual puede resultar terrible. Pero aquella costumbre de Santa no era nada molesta.

No confiaba en él aunque la agencia los suministraba con cachiporra. Yo iba armado hasta los dientes y miraba muy bien dónde pisaba; Santa era más peligrosa que en mis tiempos de esclavo y un "señor" suponía una mejor presa, aunque los policías no se metían con él.

Me dirigía hacia la calle de los orfebres por un atajo que atravesaba el mercado de esclavos (no era día de subasta), cuando vi que ofrecían a alguien y me detuve a mirar. Quien haya sido vendido como esclavo alguna vez no puede pasar de largo, indiferente a

penas de otros. Y no es que tuviera la menor intención de comprar

Tampoco parecía haber nadie dispuesto a comprar aquella pareja; el grupito formado alrededor del puesto del mercader era pura chusma. Lo supe al observar sus ropas y reparar en que ninguna de aquellas personas llevaba asistente.

La mercancía estaba subida a una mesa: una muchacha y un joven. Ella estaba en plena adolescencia y él la rondaba; o acaso fueran los dos de la misma edad, teniendo en cuenta que las mujeres crecen más deprisa. Digamos que tenían dieciocho años, por lo que yo recordaba de mi propia juventud. Una edad en la que los chicos están como para encerrarles en un tonel y darles de comer por un agujero, mientras que las chicas ya son aptas para casarse.

Les colgaban de los hombros largas túnicas sin mangas. Yo sabía muy bien qué significaban aquellas túnicas: sólo serían exhibidas ante compradores verdaderamente interesados, no ante el populacho. Las túnicas eran señal de precio alto: los esclavos que las llevaban no estaban allí para ser adjudicados al primer postor.

Con toda seguridad iban a ser vendidos por el sistema de subasta holandesa; lo pensé al ver el precio de salida, que ya estaba fijado: diez mil gracias. Eso equivale a... ¿cómo puedo expresar cantidades de dinero de hace siglos y de planetas situados a cientos de años-luz en términos que resulten comprensibles aquí y ahora? Pongámoslo así: a menos que aquellos chicos fuesen algo fuera de lo común, les habían valorado cinco o seis veces por encima de lo debido, pues según la información económica de la mañana, el material joven de primera, de cualquier sexo, venía a costar unas mil por unidad.

¿No te ocurre a veces que te paras a mirar el escaparate de una tienda de modas y al final caes en la tentación de entrar a compra algo? No, claro que no. Pues eso es lo que me ocurrió a mí.

Todo lo que hice fue preguntarle al mercader: "¿Está equivocado ese precio de salida, buen hombre, o acaso tienen esos dos algo extraordinario que no se adivina a primera vista?" Lo hice por simple curiosidad, Minerva; no quería poseer esclavos ni que aquella costumbre tan extendida me hiciera el menor recorte en el dinero que llevaba en la bolsa. Pero quería saber el porqué de aquello. La chica no era particularmente hermosa; como odalisca no valdría mucho. El muchacho no era ni tan siquiera musculoso. Y no hacían buena pareja. En mi país les habría tomado a ella por italiana y a él por sueco.

Catapún, me los hacen pasar a empellones al interior de la tienda y detrás me meten a mí. Por la actitud del vendedor comprendo que no ha visto un posible cliente en todo el día, mientras mi guardaespaldas me dice al oído: "Amo, es demasiado caro. Yo puedo llevarte a una casa donde los precios son razonables y dan toda clase de garantías".

"Cállate, Leal", le dije (a todos los siervos de alquiler les llamaba "Leal", quizá por ser todo lo contrario), "quiero ver de qué se trata".

Apenas corrida la cortina ante las narices de la gente, el dependiente me encaja una silla en las posaderas, me tiende una bebida con una reverencia muy ceremoniosa y dice, en tono almibarado:

-¡Oh, mi muy gentil y generoso señor, cuán feliz me hace que lo preguntes! ¡Voy a mostrarte una gran maravilla de la ciencia, algo que dejaría boquiabiertos a los mismísimos dioses! Y hablo como lo que soy: un hombre piadoso, hijo obediente de nuestra iglesia inmortal, incapaz de mentir".

Todavía tiene que nacer el mercader de esclavos que sea incapaz de mentir. Los dos jóvenes se colocaron dócilmente sobre una tarima de exhibición, mientras Leal susurraba: "No le creas una palabra, amo. La chica no vale nada y yo puedo liquidar a tres como él sin la porra; y en cambio a mí no me vendería la agencia por más de ochocientas gracias, seguro que no".

Le hice callar con un gesto. "¿Qué clase de timo es éste, buen hombre?"

"No es ningún timo, amable señor, lo juro por la honra de mi madre. ¿Dirías tú que estos dos son hermano y hermana?"

Los miré. "No."

"¿Querrás creer que no sólo son hermanos, sino hermanos gemelos?"

"No."

"¿Creerás que salieron del mismo macho, de la misma hembra, del mismo vientre, y que nacieron a la misma hora?"

"Es posible que hayan salido del mismo vientre" concedí. "Un trasplante de embrión."

"¡No, no! Tienen exactamente la misma ascendencia. Y sin embargo... en esto consiste el milagro." Me miró a los ojos y, bajando la voz, añadió: "Y sin embargo, forman una pareja perfectamente capaz de reproducirse... ¡porque estos gemelos no tienen ninguna

relación entre sí! ¿Qué te parece?"

Le dije lo que me parecía, y mencioné de pasada lo que significa que le retiren a uno la licencia por blasfemia.

Me sonrió de oreja a oreja y elogió mi ingenio, preguntándome acto seguido cuánto estaba dispuesto a ofrecer por la pareja si me probaba lo que había dicho; tendrían que ser más de diez mil, pues yo ya comprendía que aquella cifra era el mínimo de salida. Quince mil, por ejemplo, pagaderas a la mañana siguiente.

"Olvídalo, embarco hoy mismo", le dije.

"¡Espera. te lo ruego! Ya veo que eres un caballero educado, de mucha ciencia, poseedor de muchos conocimiento y experimentado viajero. Por eso creo que concederás a éste, tu humilde servidor, unos instantes para darte pruebas."

Yo insistí en marcharme; los timos me aburren. Pero el hombre hizo un ademán y los chicos se quitaron la túnica, adoptando postura de exhibición: él, con los brazos cruzados sobre el pecho y los pies firmemente asentados en el suelo; ella, en una graciosa actitud que debía de ser más vieja que Eva: una rodilla ligeramente adelantada, una mano en la cadera y el otro brazo colgando indolente a lo largo del flanco, y el pecho un poco levantado. Casi la hacía parecer bella, sólo que respiraba tedio. Sin duda había tomado aquella postura centenares de veces.

Pero no fue aquello lo que me hizo quedar; el muchacho estaba desnudo, naturalmente, pero ella llevaba un cinturón de castidad. ¿Sabes lo que es eso, Minerva?

-Sí, Lazarus.

Lástima. "¡Quítale eso a la niña, ahora mismo!", ordené. Fue una tontería por mi parte; cuando estoy en un planeta extraño no suelo meterme en lo que no me importa, pero aquello era una monstruosidad.

"Faltaría más, generoso señor; es lo que iba a hacer. ¡Estrellita!"

La muchacha se dio vuelta sin perder su expresión de hastío. El vendedor, que se había colocado de forma que el muchacho no pudiera ver la combinación del candado, se justificó diciendo: "No sólo tiene que llevarlo para protegerse de los rufianes que merodean por ahí, sino para protegerse de su hermano; duermen en el mismo camastro, y ella..., viéndola tan mujer nadie lo diría, ¿verdad, señor?... ¡es virgen! Muéstraselo a este señor, Estrellita".

Sin mudar su expresión aburrida, la chica se dispuso a hacerlo. La virginidad me ha parecido siempre un mal de fácil remedio sin ningún interés; le hice un gesto para que se detuviera y pregunté al vendedor si sabía cocinar.

Me aseguró que era la envidia de los chefs de Santa y empezó a colocarle de nuevo aquellas bragas de hierro. " ¡Fuera eso! ", le ordené destempladamente. "Aquí no la van a violar. ¿Dónde está la prueba que prometiste?"

Me demostró la veracidad de sus afirmaciones, Minerva, con pruebas que me hacían recelar sólo por ser él quien me las presentaba; de haberlas visto en la clínica no habría dudado ni por un momento.

Debo hacer constar que en Santa había una clínica de rejuvenecimiento, aunque no de las Familias. Con el tiempo cayó en manos de la iglesia y las técnicas geriátricas adecuadas incluso para los no longevos sólo estaban al alcance de los peces gordos. Pero el planeta mantuvo su nivel de desarrollo de técnicas biológicas: la iglesia lo necesitaba.

Minerva, ya te he dicho lo que aquel hombre afirmaba; en estos momentos, tú eres ya tan experta en biología y genética y sus técnicas correspondientes como la propia Ishtar, o más; tú estás libre de sus limitaciones de tiempo y capacidad de memorización. Pues bien, ¿qué fue lo que me probó?

-Que eran diploides complementarios, Lazarus.

-¡Exacto! Aunque él los llamaba "gemelos idénticos". ¿Sabes tú cómo fueron hechas aquellas dos criaturas? ¿Qué harías tú para obtener dos gemelos de esa clase?

-"Gemelos idénticos" es un término inexacto si se trata de designar zigotos que cumplen las condiciones antes detalladas, aunque resulta pintoresco. Mi respuesta será puramente teórica, puesto que los datos que poseo no indican que se haya intentado nada semejante en Secundus. Los pasos necesarios para obtener diploides complementarios exactos serían éstos: habría que intervenir en la gametogénesis de cada uno de los padres inmediatamente antes de la división-reducción meiótica del número de cromosomas; esto es, habría que empezar con espermatocitos primarios y ovocitos primarios, en diploides no reducidos.

"Para el macho la intervención no presenta ningún problema teórico, aunque sería difícil puesto que las células son muy pequeñas; con todo, yo no vacilaría en intentarla, siempre que se me diera el tiempo suficiente para construir extensiones de la necesaria precisión.

"EI comienzo más lógico, para ambos padres, sería con dos gónadas colocadas in vitro y cuidadas. Cuando se observara que un espermatogonio se transformase en espermatocito primario, diploide todavía, se le separaría, dividiéndose al instante en dos espermatocitos secundarios; haploides, uno con un cromosoma X y el otro con un cromosoma Y; se les aislaría nuevamente para favorecer por separado su transformación en espermatozoos.

"No bastaría con intervenir en la fase de espermatozoos: no podría evitarse la confusión de los pares de gametos, y los zigotos restantes sólo por remota casualidad podrían ser complementarios.

"La intervención en la parte femenina'es más fácil desde el punto de vista mecánico, a causa del mayor tamaño de las células, pero encierra un problema distinto: el ovocito primario debe ser estimulado, en el momento de la meiosis, a fin de que dé lugar a dos ovocitos secundarios haploides y complementarios, en lugar de un ovocito y un cuerpo polar. Esto, Lazarus, podría suponer un gran número de tentativas antes de que pudiera elaborarse una técnica fiable. Sería semejante al proceso de obtención de gemelos idénticos pero debe tener lugar dos pasos antes dentro de la secuencia gametogenética. Aunque podría resultar tan fácil como producir conejos hembra sin padre. No puedo aventurar una opinión al respecto, pues carezco de experiencia a la que remitirme, pero me cabe la seguridad de que puede hacerse, con tal de disponer del tiempo necesario para perfeccionar la técnica.

"LIegados a este punto, tenemos grupos complementarios de espermatozoos, uno con el Y y otro con el X, y un par complementario de óvulos, ambos con el cromosoma X. La fecundación debe ser in vitro, con la posibilidad de escoger de entre dos pares complementos macho-hembra, aunque sin bases sobre las que formar un criterio de elección a no ser que se determinen con toda precisión los cuadros genéticos de los haploides, lo cual es difícil y puede causar daños genéticos. No creo que se intentara. Creo, por el contrario, que se introduciría al azar un espermatozoide en un óvulo y su complemento en el otro.

"Para que se demuestre la veracidad de todas las afirmaciones del vendedor de esclavos debe cumplirse una última condición: los dos óvulos fecundados deben ser tomados del laboratorio e implantados en el útero de la donante del ovogonio, para proseguir allí su desarrollo como gemelos a través de una gestación y un parto totalmente naturales.

"¿Es así, Lazarus?

¡Es exactamente así! Eres la primera de la clase, querida; te voy a dar una medalla por tu aplicación. Yo no sé si lo hicieron así, Minerva; pero eso es lo que dijo el mercader y lo que mostraban sus documentos: informes de laboratorio, holofilmaciones y otras cosas. Pero aquel ladrón pudo falsificar tales "pruebas" y ofrecerme una pareja cualquiera, carente de la menor posibilidad de cosechar un precio superior a la media sin la ayuda de aquel charlatán de feria. Las tales "pruebas" parecían verdaderas, y los informes de laboratorio y los otros papeles llevaban la firma y el sello de un obispo. Las fotografías y las filmaciones también parecían auténticas, pero ¿qué sabe un profano? E incluso aceptando que lo que me mostraba no era una falsificación, todo lo que podía probar era que aquel proceso tuvo lugar una vez, pero no que aquellos chicos, precisamente, fueran el resultado. Diantre, metiendo a un obispo en el tinglado pudieron utilizarlo para vender otras muchas parejas de esclavos.

Le di una ojeada a todo el material, incluyendo un álbum de fotografías de la infancia de los chicos, dije: "Muy interesante", y me dispuse a salir.

Aquel mochuelo se interpuso entre la cortina y yo. "Amo", dijo con gesto ansioso, "gentil y generoso señor... ¿Doce mil?"

Allí asomó mi instinto de comerciante, Minerva. "¡Mil!" le escupí no sé por qué. Sí lo sé: la chica tenía el cuerpo cubierto de cicatrices causadas por el maldito cinturón de Torquemada; quería demostrar a aquel carnicero el desprecio que sentía por él.

Retrocedió de un salto y puso cara de estar pariendo una chumbera. "Te burlas de mí, señor; once mil gracias, y son tuyos. ¡Si salgo perdiendo!"

"Mil quinientas", repuse. No podía gastar en ningún otro lugar el dinero que tenía, y me dije que era preferible emanciparlos a consentir que la chica siguiera aprisionada en aquel instrumento de tortura.

El individuo gimoteaba: "Si fuesen míos, señor, te los daría. Quiero a estas dos hermosuras como a mis propios hijos y no podía desear para ellos nada mejor que un dueño tan docto y tan ilustrado, tan capaz de valorar las maravillas que se han conjugado en su gestación. Pero el obispo me mandaría colgar, y en plena agonía me haría descolgar y arrastrar por las calles hasta morir. Diez mil y quédate con las pruebas y todo el material. Prefiero perder en provecho de estos dos..., y porque te admiro".

Subí hasta cuatro mil quinientas, él bajó hasta siete mil y allí nos paramos, porque yo me aprestaba a sacar los billetes para el último forcejeo y él, por lo que creí adivinar, se acercaba ya al precio por debajo del cual no podía vender sin exponerse a las iras del

obispo.

Me volvió la espalda como diciendo que se acabó el regateo y que no pensaba halagarme más; con acritud, ordenó a la muchacha que volviera a ponerse el cinturón metálico.

Saqué la bolsa. Tú sabes lo que es el dinero, Minerva; llevas las finanzas del gobierno. Pero quizá no sepas que el dinero en efectivo atrae a ciertas personas más que la miel a las moscas. Conté cuatro mil quinientas gracias en grandes billetes rojos y oro ante las narices de aquel pillastre... y me detuve. El tipo sudaba a chorros y la nuez de Adán le subía y bajaba sin cesar, pero consiguió hacer un suave movimiento de negación con la cabeza, apenas unos milímetros.

Conté algunos billetes más, muy despacio, hasta llegar a cinco mil... e hice ademán de guardarlos.

El hombre me detuvo... y me hallé convertido en dueño de los únicos esclavos que he poseído.

Se tranquilizó entonces, con cierto aire de resignación, pero pidió algunos extras por los materiales que exhibiera. Tanto me daba tenerlos como no tenerlos, pero le ofrecí doscientas cincuenta por las cintas y la caja de muestras; para él se trataba de tomarlo o dejarlo. Lo tomó y volvió a hacer ademán de colocar el cinturón a la muchacha.

Le hice detenerse y le dije: "Enséñame cómo funciona".

Yo ya lo sabía: se trataba de un candado cilíndrico con una combinación de diez letras que podía cambiarse cada vez que se usara. Pones la combinación, introduces los extremos de la abrazadera metálica que rodea la cintura de la mujer en las bases del cilindro, haces girar los discos que llevan las letras y queda cerrado hasta que vuelves a formar la combinación elegida. Aquel era un dispositivo de mucho valor, y el cinturón estaba hecho de una aleación a prueba de sierras. Aquél era otro detalle que hacía que la historia resultara convincente, puesto que era el tipo de artilugio que llevaban las odaliscas cuando había mercado de vírgenes en aquel extraño planeta y, evidentemente, aquella muchacha no era carne de harén; por lo tanto, aquel cinturón de castidad hecho a medida debía tener alguna otra finalidad.

Dando la espalda a los esclavos, me mostró la combinación: E-S-T-R-E-L-L-I-T-A. El haber elegido una combinación imposible de olvidar parecía llenarle de orgullo.

Yo manipulé desmañadamente el cierre, a propósito, y simulé comprender de pronto su funcionamiento. Lo abrí. El iba a ponérselo a la joven para despedirnos, cuando le dije: "Un momento; quiero asegurarme de que sabré utilizarlo. Póntelo y yo te lo quito".

Se negó, así es que fingí enfurruñarme y le dije que creía que me la quería jugar, poniéndome en una situación tal que yo me viera obligado a acudir en su busca y pagarle un ojo de la cara para que librase de aquel cepo a mi esclava. Reclamé mi dinero e hice como que rompía el documento de compraventa. Cedió y se puso el artefacto. I

Logró calzárselo, aunque los extremos de la abrazadera apenas sí se tocaban; era más ancho de caderas que la muchacha. "Ahora deletréame la combinación", le ordené, inclinándome sobre el cierre. Mientras cantaba las letras de "ESTRELLITA", yo compuse la palabra "LADRONCETE". Hecho esto, junté las puntas del cinturón tan fuerte como pude e hice girar los discos.

"Muy bien, funciona. Vuelve a deletrearla."

Lo hizo, y esta vez puse "ESTRELLITA" con todo cuidado. No se abría. Le indiqué que me parecía que la primera vez me lo dictó con una y griega y dos tes. Tampoco se abría.

Probó a abrir ayudándose con un espejo. Nada. Le dije que estaría atascado el mecanismo, y que si escondía la barriga se lo quitaríamos a tirones; el tipo sudaba.

Finalmente, le hice una proposición: "Mira, buen hombre, te doy el cinturón. Prefiero un candado corriente. Ve por un cerrajero... no, supongo que no querrás exhibirte con esto encima; dime dónde hay uno y le mandaré aquí; pago yo. ¿Te parece bien? No puedo entretenerme; me esperan a cenar en el Beulahland. ¿Dónde está la ropa de los chicos? Leal, recoge todo esto y trae a los chicos".

Y ahí lo dejé, gritando no sé qué sobre el cerrajero y lo urgente del caso.

Al salir de la tienda, pasaba un taxi. Leal lo paró y nos apretujamos los cuatro en su interior. No me molesté en buscar un cerrajero, ordené al chófer que nos llevara al cosmopuerto. Por el camino paramos en una tienda y compré ropa para la pareja: unos trapos para él y una especie de sarong balinés para ella; algo parecido al vestido que llevaba Hamadryad ayer. Creo que era la primera ropa de verdad que tenían. No conseguí que se pusieran zapatos, así es que les compré sandalias. Estrellita se contemplaba con arrobamiento en un espejo y tuve que apartarla de él a rastras. Las túnicas las tiré.

Metí a los chicos en el taxi y dije a Leal: "¿Ves ese callejón? Pues bien, si huyes por él cuando yo me vuelva, no podré perseguirte, porque tengo que vigilar a estos dos".

Entonces me topé con algo que no comprenderé jamás, Minerva: la mentalidad de esclavo. Leal no cogió la indirecta, y cuando se lo dije sin rodeos se quedó boquiabierto: ¿acaso no me había servido bien? ¿acaso quería yo que se muriera de hambre?

Abandoné el empeño. Le dejamos en la agencia de alquiler de siervos; recogí el depósito, le di una buena propina y seguí con mis esclavos hacia el cosmopuerto.

Allí resultó que necesité aquella cantidad y casi todo lo que me quedaba: tenía que pagar un impuesto en la aduana para llevarme a bordo a los chicos, aunque el contrato de compraventa era conforme.

... Una vez a bordo de mi nave, les mandé arrodillarse les impuse las manos y les di la libertad. Como no parecían creerlo, les expliqué: "Mirad, ahora sois libres. Libres, ¿entendéis? Ya no sois esclavos. Os firmaré las escrituras de redención y podéis ir a registrarlas a las oficinas de la diócesis. También podéis quedaros a cenar y dormir a bordo; os daré todo el dinero que pueda mañana antes de zarpar. O, si lo preferís, podéis veniros a Valhala: es un planeta muy agradable, aunque más frío que éste. Pero en él no hay esclavitud".

No creo que Ita -así la llamaban- ni Joe, o Josie, o José, entendieran a qué me refería al hablarles de un lugar sin esclavos, Minerva; no tenía nada que ver con lo que ellos conocían. Pero sabían lo que era una nave espacial, porque habían oído hablar de ellas, y la perspectiva de viajar en una de ellas les infundía un miedo mezclado de reverencia. Pero no se lo habrían perdido por nada del mundo, aun cuando les dijera que a la llegada les iban a colgar. Por otro lado, yo era todavía su dueño; aun no se habían impuesto de su condición de emancipados aunque sabían lo que era: algo para criados viejos y fieles, que permanecían en el feudo en el que se habían pasado la vida y cobraban algo.

Pero lo que es viajar..., lo más lejos que habían ido en su vida fue de una diócesis del norte a la capital, para ser vendidos.

A la mañana siguiente hubo algún contratiempo. Parece ser que un tal Simon Legree, tratante de esclavos autorizado, presentó una denuncia jurada contra mí, acusándome de agresión física, coacción y varias cosas feas más. Tuve que hacer pasar al policía al puente de mando, servirle una copa, llamar a Ita y pedirle que se quitara su precioso vestido nuevo para que el otro viera las cicatrices que tenía en las caderas; acto seguido ordené a la chica que se esfumara. Al levantarme para buscar el contrato de compraventa, dejé sobre la mesa un billete de cien gracias, como el que no quiere la cosa.

El poli apartó el billete, diciendo que no había habido denuncia a propósito de aquello, pero que le iba a decir al tal Legree que podía dar gracias por no verse acusado de vender bienes en malas condiciones. Luego lo pensó mejor y dijo que sería más sencillo que yo desapareciera de la escena hasta el momento de zarpar. El billete desapareció, y al rato hizo lo propio el policía. Y a media tarde, nosotros.

Pero me estafaron, Minerva: Ita, en la cocina, era un desastre.

La travesía de Santa a Valhala es larga y difícil, y el capitán Sheffield se alegró de tener compañía.

La primera noche del viaje hubo un ligero contratiempo, provocado por un malentendido surgido la noche anterior entre el pasaje. La nave tenía una cabina y dos camarotes. Dado que solía viajar solo, el capitán utilizaba los dos camarotes para guardar mercancías de poco volumen y diversos objetos; no estaban preparados para albergar pasaje. Por ello, para la primera noche instaló a la joven en la cabina, mientras que su hermano y él durmieron en unos colchones dispuestos en el puente de mando.

Al día siguiente, el capitán Sheffield abrió los camarotes, les conectó la corriente y encargó a los jóvenes que los limpiaran y trasladaran todos los cachivaches al cuarto de máquinas mientras él iba a ver cuánto espacio le quedaba en las bodegas; les dijo que se quedaran con un cuarto para cada uno y se olvidó del asunto, atareado con la carga y los trámites de salida y, más tarde, con la tarea de vigilar el funcionamiento de su computadora piloto mientras abandonaban aquel sistema planetario. Sólo muy entrada la "noche" (hora de la nave) logró situar el vehículo en el primer tramo de la travesía multidimensional y tuvo ocasión de descansar.

Se dirigió hacia su cabina, considerando la alternativa de ducharse o cenar primero, o no hacer ninguna de las dos cosas.

En su cama le esperaba Estrellita, despierta.

-¿Qué haces aquí Ita?-preguntó.

Ella le explicó, en la torpe jerga de los esclavos, lo que hacía allí: aguardarle, pues sabía muy bien lo que esperaba de ella el señor capitán Sheffield al hacerles el ofrecimiento de llevarles; lo había comentado con su hermano y éste le dijo que lo hiciera. La muchacha añadió que no sentía ningún temor; estaba dispuesta y ansiosa.

A Aaron Sheffield no le costó creer lo primero; lo segundo le sonó a mentira: ya había visto más de una virgen asustada. No muchas, pero sí algunas.

Decidió que lo mejor sería ignorar el miedo de la chica.

-¡Zorra desvergonzada, ya estás saliendo de mi cama! Vete a la tuya... -le dijo.

La liberta, desconcertada, parecía no dar crédito a sus oídos; luego, enfurruñada y ofendida, se echó a llorar. El temor a lo desconocido que antes sintiera se ahogaba ahora en un sentimiento peor: su pequeño ego se sentía destrozado por el rechazo de un

servicio que ella sabía que debía prestar y creía que el hombre deseaba. Sollozando, mojó la almohada con sus lágrimas.

Las lágrimas femeninas tuvieron siempre un fuerte efecto afrodisíaco sobre el capitán Sheffield; respondió inmediatamente a ellas asiendo a la joven por un tobillo para hacerla saltar de la cama y echándola de la cabina; luego la encerró en su camarote. Acto seguido, regresó a su compartimento, cerró la puerta, tomó medidas para tranquilizarse y se acostó.

Como mujer, Ita no tenía nada de malo, Minerva. Tan pronto le enseñé a bañarse como está mandado resultó muy atractiva: tenía buen tipo, rostro y maneras agradables, buena dentadura y un aliento muy dulce. Pero tomarla iba contra todas las costumbres. El "Eros" es todo costumbre, querida; el copular no es, en sí, bueno ni malo, ni lo son tampoco sus extravagantes y gratuitos adornos. El "Eros" no es más que una forma de mantener juntos y felices a los seres humanos, todos ellos individuos distintos entre sí. Es un mecanismo de supervivencia desarrollado a través de una larga evolución, y su función reproductora es el aspecto menos complejo de su muy complejo y fundamental papel de conservador del buen funcionamiento de la especie humana.

Todo acto sexual es moral o inmoral según las mismas normas que determinan la moralidad o inmoralidad de cualquier otro acto humano; todas las demás reglas que se refieren al sexo son meras costumbres, locales pasajeras. Hay más códigos sexuales que pulgas tiene un perro, y todos ellos tienen en común el haber sido "dictados por Dios". Recuerdo una sociedad en la que la cópula en privado estaba prohibida por obscena y criminal, en tanto que en público valía todo. La sociedad en la que me eduqué se regía por la norma contraria, también "dictada por Dios". No sabría decir qué pauta era más difícil de seguir; pero ojalá deje Dios de cambiar de idea, puesto que es peligroso ignorar esas reglas, y la ignorancia no es excusa. A mí, la ignorancia me ha costado verme con el culo chamuscado varias veces.

Rechazar a Ita no era, en sí, moral; yo seguía mis propios usos sexuales, configurados tras muchos siglos de pruebas y errores. Mis costumbres me decían que no debía acostarme con una mujer que me estuviera sometida a menos que fuera mi esposa o yo desease que lo fuera. Es ésta una regla empírica, sujeta a cambio según las circunstancias y no aplicable a mujeres que no dependieran de mí; ése era otro terreno, totalmente distinto. Tal regla es una medida de seguridad aplicable en la mayoría de lugares y ocasiones, dentro de una amplia variedad de

Librodot

costumbres; una medida de seguridad para mí... porque, a diferencia de la señora de Boston de la que te hablé, muchas hembras tienden a considerar la cópula como una proposición formal de contrato.

Yo había permitido que mis impulsos me colocaran en una situación en la cual Ita dependía provisionalmente de mí; no tenía intención de empeorar las cosas casándome con ella, no tenía ninguna obligación en ese sentido. Los longevos nunca deberían casarse con personas efímeras; no es bueno para el longevo ni para el efímero.

De todas formas, en cuanto has recogido y alimentado a un perro callejero, ya no puedes abandonarlo. El egoísmo te lo impide. El bienestar del animal se convierte en algo esencial para tu propia tranquilidad de conciencia, aunque resulte un completo fastidio mantenerte fiel. Yo, que había comprado a aquellos chicos, no podía darles la libertad y dejarlos tirados por ahí; debía planear su futuro, porque ellos no sabían. Eran perritos callejeros.

A la "mañana" siguiente (hora de la nave), muy temprano, el capitán Sheffield se levantó, abrió el camarote de la esclava liberta y la halló dormida. La llamó, ordenándole levantarse, asearse rápidamente y preparar desayuno para tres. Salió para despertar a su hermano y encontró desierto el camarote: estaba en la cocina.

-Buenos días, Joe.

El liberto se sobresaltó:

-¡Ah! Buenos días, amo -Se inclinó y dobló la rodilla.

-La forma correcta de responder, Joe, es "Buenos días, capitán". Ahora viene a ser lo mismo, pues de hecho soy el amo de esta nave y de quienes van en ella. Pero cuando la abandones, en Valhala, no tendrás amo de ninguna clase. Como te dije ayer, nadie será dueño de ti. Entre tanto, llámame "capitán".

-Sí... capitán.-El joven repitió la reverencia.

-¡Nada de inclinarte! Cuando hables conmigo, has de mantenerte bien erguido, mirándome a la cara con orgullo. La respuesta más correcta a una orden es "Sí, capitán". ¿Qué haces aquí?

-No lo sé... capitán.

-Yo tampoco creo que lo sepas. Ahí has puesto café para doce, por lo menos.

Sheffield le hizo a un lado, recogió casi todos los cristales de café que el muchacho había puesto en un tazón, midió la cantidad necesaria para nueve tazas y tomó nota mentalmente de que habría de enseñar a la chica cómo hacerlo, si no sabía, y encargarla de tener café preparado durante las horas de trabajo.

Cuando se sentaba para tomar la primera taza, apareció la joven. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados; Sheffield comprendió que había llorado un poco más después de despertar. Pero, aparte darle los buenos días, no hizo ningún comentario y la dejó hacer sin ayudarla en las tareas de la cocina: la chica ya vio, la mañana anterior, lo que hizo él.

A los pocos momentos recordaba con añoranza el almuerzo y la cena que improvisara el día anterior: unos bocadillos que preparó personalmente. Pero no dijo nada, salvo para ordenarles que se sentaran a comer con él en vez de mariposear a su alrededor. El desayuno consistió casi exclusivamente en café, galletas de marino secas y mantequilla de lata. Los huevos de cangrejo reconstituidos con setas eran un mejunje incomestible y la muchacha se las había arreglado para echar a perder el zumo de fruta celestial. Para estropear todo aquello hacía falta talento: todo lo que debía hacerse era mezclar ocho partes de agua con una de concentrado, y las instrucciones venían en el envase.

-¿Sabes leer, Ita?

-No, amo.

-"Amo", no; "capitán". ¿Y tú, Joe?

-No, capitán.

-¿Y la aritmética? ¿Sabéis de números?

-Sí, capitán, yo sé hacer cuentas. Dos y dos son cuatro, dos y tres son cinco, y tres y cinco son nueve...

-Nueve, no, Josie; siete -le corrigió su hermana.

-Basta -dijo Sheffield-; ya veo que tendremos trabajo.-Meditó unos momentos, mientras canturreaba: "Qué bonito es tener... una hermanita... o un capitán anciano...", y añadió en voz alta-: Cuando hayáis terminado de desayunar, haced vuestras necesidades y limpiad los cuartos. Que estén en perfecto estado de revista, porque luego pasaré a inspeccionarlos. Y hacedme la cama, pero no toquéis nada, y menos mi mesa. Luego os dais un baño. Sí, un baño, eso he dicho. Los dos. A bordo todo el mundo se baña a diario; más a menudo incluso, si queréis. Hay agua pura en cantidad; la reciclamos y al terminar el viaje llevaremos miles de litros más que al empezar. No preguntéis el porqué; así es como funciona y ya os lo explicaré -en cualquier caso, se lo explicaría algunos meses más tarde; con jovenzuelos incapaces de sumar tres y cinco no podía ser antes-. Cuando estéis listos, pongamos dentro de hora y media... Joe, ¿sabes leer la hora?

Joe miró el anticuado reloj que colgaba de un mamparo.

-Me parece que no, capitán. Éste lleva demasiados números.

-Ah, claro: en Santa usan otro sistema. Haced lo posible por estar de vuelta cuando la aguja pequeña apunte hacia la izquierda y la mayor hacia arriba. Aunque por esta vez no importará que os retraséis; para hacer limpieza general siempre se tarda un poco. Pero no descuidéis vuestro baño por llegar antes. Joe, lávate la cabeza con champú. Acércate, Ita, que te huela el cabello. Sí, tú también.

(¿Había redecillas para el pelo a bordo? Si Sheffield suprimía la pseudogravedad, los dos necesitarían redecillas, o un corte de pelo. A Joe no le molestaría en absoluto, pero lo más atractivo de su hermana era la larga melena negra: en Valhala le serviría para cazar marido En fin, si no había redecillas..., y no creía que las hubiera, pues él llevaba siempre el pelo muy corto, que era lo más adecuado para situaciones de ingravidez... la chica podía hacerse una trenza y atársela con algo. Quizá podría mantener un octavo de gravedad normal por toda la

Librodot

duración del viaje. Las personas no habituadas a la ingravidez se volvían torpes y perdían fuerza; incluso podían lastimarse. Por el momento, era mejor no preocuparse por ello.)

-Bien, limpiáis los camarotes, os dais el baño y volvéis aquí. Ya -resumió.

Sheffield hizo una lista:

Establecer el cuadrante de tareas. N. B.: ¡Enseñarles a cocinar!

Empezar a educarlos: ¿qué temas?

Obviamente, aritmética elemental. Pero no había por qué enseñarles a leer la jerga que hablaban en Santa; nunca volverían alli. ¡Nunca! Aunque aquélla iba a ser la lengua de a bordo mientras no consiguiera hacerles hablar en galáctico, idioma en el que debían de aprender a leer y escribir. Y en inglés: muchos de los libros que utilizaría en su educación de urgencia estaban escritos en inglés. ¿Cintas grabadas con la variante del galáctico hablada en Valhala? No serían necesarias: a aquella edad, los chicos captaban rápidamente el acento, vocabulario y modismos de cualquier región.

Mucho más importante era cómo curar sus maltratadas... "almas". Su personalidad...

¿Cómo podría convertir a aquellos animales domésticos adultos en seres humanos capaces y felices, educados en todos los terrenos necesarios y aptos para competir en el seno de una sociedad abierta? Deseosos de competencia y no desalentados por ella... Empezaba a cobrar conciencia de la magnitud del problema que le planteaban los "perritos callejeros". ¿Debería acaso tenerlos como animales de compañía durante cincuenta o sesenta años, o más, hasta que les llegase la muerte?

Mucho, mucho tiempo atrás, un niño llamado Woodie Smith había encontrado en el bosque una cría de zorro medio muerta, perdida, al parecer, por su madre, muerta quizá. La llevó a casa, la crió con un biberón y la tuvo en una jaula todo un invierno; al llegar la primavera, la llevó de nuevo donde la encontrara y la dejó allí, con la puerta de la jaula abierta.

Regresó a los pocos días con la intención de recoger la jaula.

Encontró al animal acurrucado en la jaula, casi muerto de inanición y horriblemente deshidratado. La puerta seguía abierta. Se lo llevó otra vez a casa, lo cuidó hasta que recobró la salud, construyó para él un corralito de tela metálica y nunca más intentó soltarlo. En palabras de su abuelo, "al pobre bicho no le habían enseñado a ser zorro".

¿Podría él enseñar a ser hombres a aquellos animales ignorantes y atemorizados?

Los dos regresaron al puente de mando cuando "la aguja pequeña apuntaba hacia la izquierda y la mayor hacia arriba": habían esperado fuera hasta verlas así, pero el capitán fingió no darse cuenta.

Cuando entraron, miró el reloj y exclamó:

-¡Muy bien, a la hora exacta! Ya veo que os habéis lavado la cabeza, pero recordadme que os busque un par de peines.

(¿Qué otros artículos de tocador necesitarían? ¿Tendría que enseñarles a utilizarlos? Y, maldición, ¿habría algo a bordo para resolver las necesidades periódicas de la chica? ¿Con qué lo supliría, si no? En fin, con un poco de suerte el problema tardaría aún unos días en presentarse. Era inútil preguntarle cuántos: la muchacha no sabía contar. La nave no estaba acondicionada para llevar pasajeros, diantre.)

-Sentaos. No, un momento. Acércate, querida -al capitán le pareció que el vestido que llevaba colgaba de forma un tanto extraña. Notó que estaba mojado-. ¿No te lo has quitado para bañarte?

-No, a..., no, capitán; lo he lavado.

-Ya veo -advirtió que el estampado presentaba algunos añadidos de color: café y otras cosas con las que la chica se manchó al chapucear con el desayuno en la cocina-. Quítatelo y cuélalo por ahí; no dejes que se te seque encima.

Obedeció sin prisa. Le temblaba la barbilla, y el capitán recordó cómo se había contemplado en un espejo de cuerpo entero cuando le compró el vestido-. Espera, Ita. Joe, quítate la ropa. Y las sandalias.

El muchacho obedeció al momento.

-Gracias, Joe. No vuelvas a ponerte el taparrabos sin lavarlo; ahora está sucio, aunque parezca limpio. No tienes por qué llevarlo si no te sientes a gusto con él. Siéntate. Ita, ¿llevabas puesto algo, cuando te compré?

-No... capitán.

-¿Y yo, llevo algo encima?

-No, capitán.

-En ciertos lugares y ocasiones hay que ir vestido, y en otros es una tontería. Si ésta fuera una nave de pasajeros, todos iríamos vestidos y yo llevaría un uniforme muy elegante. Pero no lo es, y aquí no hay nadie más que tu hermano y yo. ¿Ves aquel instrumento? Es un termohumidostato que le dice a la computadora de la nave que mantenga la temperatura a cuarenta grados Celsius y la humedad al setenta por ciento, con algunas variaciones al azar para estimularnos. Todo esto puede que no te diga nada, pero así entiendo yo la comodidad cuando se va desnudo. Cada tarde, la temperatura desciende durante una hora para estimularnos a hacer ejercicio, puesto que el gran peligro de la vida a bordo es el embotamiento.

"Si este ciclo no te sienta bien, podemos llegar a un acuerdo, pero primero lo haremos a mi manera. Y ahora, por lo que respecta a ese trapo empapado que llevas pegado a las caderas..., si eres tonta, lo dejarás secar donde está y estarás muy incómoda. Si eres lista, lo colgarás para que escurra sin arrugarse. No es una orden, es una sugerencia. Si lo prefieres, llévalo puesto a todas horas. Pero no te sientes sin quitártelo; no hay razón para mojar los asientos. ¿Sabes coser?

-Sí, capitán. Bueno, un poco

-Ya veremos qué se me ocurre. Llevas la única ropa de mujer que hay en la nave, y si te empeñas en ir vestida, vas a necesitar más para los próximos meses. También te hará falta algo para cuando lleguemos a Valhala..., allí hace más frío que en Santa. Las mujeres llevan pantalones y chaquetas cortas; los hombres, pantalones y chaquetas largas, y todos van con botas. En Landfall me hice tres vestuarios a medida; a lo mejor podemos hacer algo con ellos hasta que pueda llevaros a los dos al sastre. Y hablando de botas, con las mías parecerías un pato. Podemos vendarte los pies para que no se te caigan hasta que te lleve a una zapatería.

"Pero ya nos ocuparemos más tarde de todo eso. Únete a la asamblea, mojada y de pie, o sentada y cómoda.

Estrellita se mordió el labio inferior y optó por la comodidad.

Aquellos jovencitos eran más listos de lo que suponía, Minerva.

Primero estudiaban porque yo se lo mandaba. Pero en cuanto probaron la magia de la palabra impresa, quedaron cautivados. Aprendieron a leer en menos que canta un gallo y ya no querían hacer otra cosa. Les gustaba particularmente las narraciones. Yo tenía una buena biblioteca, formada por varios millares de microfilmaciones y también algunas docenas de volúmenes muy valiosos, facsímiles de libros antiguos que había encontrado en Landfall, donde se habla inglés y el galáctico sólo se emplea en el comercio. ¿Conoces *El mago de Oz*, Minerva?

Claro que sí. Yo intervine en la constitución de la Gran Biblioteca e incluí en ella mis libros favoritos de cuando niño, además de otras cosas más serias. Me aseguré de que Ita y Joe leyeran un buen repertorio de libros serios pero casi siempre les dejaba sumergirse en los de cuentos: los Cuentos de la Buena Pipa, los libros del mago de Oz, Alicia en el País de las Maravillas, el Tesoro Poético de la Juventud, Los dos pilletes y tantos otros. Todo ello muy limitado: eran libros de mi infancia, anteriores en tres siglos a la Diáspora. Aunque por otra parte toda la cultura humana de la galaxia procede de aquélla.

Pero quise asegurarme de que comprendieran la diferencia entre ficción e historia; cosa difícil, pues yo mismo no estaba seguro de que la hubiera. Tuve que explicarles después que un cuento de hadas es otra cosa, situada un paso más allá en el camino que va de la

realidad a la fantasía.

Es algo muy difícil de explicar a una mente inexperta, Minerva. ¿Qué es la "magia"? Tú eres más mágica que toda la magia que hay en los cuentos de hadas, y no sirve de nada decir que tú eres un producto de la ciencia, y no de la magia, cuando se habla con niños que no tienen la menor idea de lo que es la "ciencia"; y yo tampoco veía muy claro que la distinción fuera válida aun cuando se la estaba explicando. En mis viajes me he topado muchas veces con la magia; lo cual no es sino un modo de decir que he visto maravillas que no sabría explicar.

Finalmente, abandoné el intento, sentenciando *ex cathedra* que algunos relatos sólo servían para divertirse y no eran necesariamente verdaderos: los *Viajes de Gulliver* no eran lo mismo que *Las Aventuras de Marco Polo*, mientras que *Robinson Crusoe* andaba entre uno y otro extremo. Les dije que consultaran conmigo en caso de duda.

Lo hicieron algunas veces y aceptaron mi dictamen sin rechistar. Pero yo veía que no siempre me creían. Aquello me satisfacía: empezaban a pensar por su cuenta; que se equivocaran era lo de menos. A propósito de Oz, Ita se mostraba cortésmente respetuosa

conmigo: creía ciegamente en la Ciudad de Esmeralda y, si hubiera podido elegir, habría ido allí en lugar de a Valhala. Y yo, qué caramba.

Lo importante es que ya empezaban a volar solos.

No vacilé en emplear la ficción para educarlos. Para comprender las pautas de comportamiento ajenas, la ficción es un camino más rápido que la no-ficción; requiere un grado menos de experiencia real, y yo sólo disponía de unos meses para hacer de aquellos animalitos asustados un par de personas. Podía haberles dado lecciones de psicología, sociología y antropología comparada; disponía de los libros necesarios. Pero Ita y Joe no habrían logrado asimilar todo aquello y formar un todo coherente. Además, recuerdo un maestro que exponía las ideas por medio de parábolas.

Dedicaban a la lectura todas las horas que yo les dejaba; se apretujaban como dos cachorrillos con los ojos clavados en la máquina de leer y metiéndose prisa el uno al otro para pasar la página. Normalmente, era Ita quien se quejaba de la lentitud de Joe; ella era más rápida. Pero así se espoleaban mutuamente, y pasaron de analfabetos a lectores muy veloces en poquísimo tiempo. No consentí que hicieran uso de cintas audiovisuales: quería que leyeran.

Pero no podía permitirles que pasaran el santo día leyendo; tenían que aprender otras cosas. No sólo habilidades que les fueran de provecho inmediato, sino, lo que era mucho más importante, debían adquirir la combinación de agresividad y autoconfianza necesaria para todo ser humano libre, de la que carecían por completo cuando me hice cargo de ellos. No estaba muy cierto de que poseyeran las dotes básicas indispensables; quizás habían sido suprimidas de su línea genética. Pero si tenían una chispa en el fondo

de su ser, yo debía encontrarla y hacerla crecer hasta dar una llama, o nunca podría hacerles libres.

Por consiguiente, les presioné para que cambiaran de mentalidad tanto como les fuera posible, al tiempo que me mostraba calculadamente severo con ellos en otros aspectos; y en mi fuero interno, saludaba el menor indicio de rebeldía como una prueba irrefutable de sus progresos.

Empecé enseñando a pelear a Joe; sin armas, no quería que hubiera muertos. Uno de los compartimentos de la nave estaba acondicionado como gimnasio, con aparatos que podían usarse tanto en régimen de gravedad como en ingravidez; yo lo utilizaba durante la hora diaria de baja temperatura. En él preparé a Joe; Ita debía asistir a las sesiones pero sólo para hacer un poco de ejercicio, aunque no se me ocultaba que podía ser un buen estímulo para Joe el que su hermana le viera tumbar de un sopapo al viejo. Joe necesitaba ese estímulo; me costó horas meterle en la cabeza que no había nada de malo en que me golpeara, que yo deseaba que lo intentase, y que no me enfadaría si lo lograba, pero que sí me enfadaría si no lo intentaba con todas sus fuerzas.

Le costó un poco. Primero no quería darme, por muy abierta que llevara yo la guardia, y cuando le hice soltarse, a base de puyas e insultos, aún vacilaba las décimas de segundo que me permitían entrar y cazarle. Pero una tarde lo entendió tan bien que me aplicó un golpe tan claro que apenas sí necesitó que yo me pusiera a tiro. Después de cenar recibió su recompensa: permiso para leer un libro encuadernado, con páginas. Lo leería manejándolo con mis guantes de cirujano, y le advertí de que lo molería a palos si lo ensuciaba o le rasgaba una página. Ita no podría tocarlo; el premio era para él. La chica hizo pucheros y ni siquiera se conformó con

utilizar la máquina de leer, hasta que él le preguntó si le gustaría que leyese en voz alta para ella.

Intervine para autorizarla a leer con él, siempre que no tocara el libro. Así es que se apretó contra su hermano, contenta de nuevo, con la cara junto a la de él, y al rato estaba pinchándole para que pasara las páginas. Al día siguiente me preguntó por qué no podía también ella aprender a pelear.

Era indudable que los ejercicios en solitario empezaban a resultarle aburridos; también me lo parecían a mí, y sólo los hacía porque había que mantenerse en forma, sin entrar en los peligros que podía encerrar el siguiente aterrizaje. Nunca he creído que las mujeres deban pelear, Minerva: le corresponde al hombre la protección de las mujeres y los niños. Pero eso sí: una mujer debe ser capaz de luchar, porque puede verse en la necesidad de hacerlo. Se lo concedí, pues, pero tuvimos que cambiar las reglas. Joe y yo nos entrenábamos según las reglas de la lucha callejera; o sea, sin reglas, salvo que le oculté que no me proponía causarle lesiones permanentes ni permitir que él me hiciera a mí más que magulladuras. No se lo dije: podía sacarme un ojo y comérselo, si era capaz. Aunque yo ya procuré que no lo hiciera.

Sin embargo, las mujeres no están hechas igual que los hombres. No dejé que Ita se entrenara con nosotros hasta que ideé un peto para protegerle los pechos; era imprescindible: la chica estaba muy desarrollada en ese aspecto y habríamos podido hacerle daño sin querer. Le dije a Joe que valían los golpes duros, pero que si le rompía un hueso a su hermana yo le rompería uno a él, sólo por hacer ejercicio.

A la chica, en cambio, no le impuse restricciones..., y resultó que la subestimé, pues era el doble de agresiva que su hermano: estaba desentrenada, pero era muy rápida y decidida.

El segundo día, además de llevar ella el peto, nosotros nos pusimos suspensorios; Ita, por cierto, se ganó la noche anterior permiso para leer un libro de verdad.

Joe demostró poseer dotes de cocinero, así es que le animé a que pusiera en ello toda la fantasía que le permitieran las provisiones a bordo, mientras apremiaba a la muchacha a convertirse en una cocinera decente. El hombre que sabe cocinar puede cuidar de sí mismo en cualquier parte. Todo el mundo, varón o hembra, debería ser capaz de hacer la comida, llevar la casa y cuidar de los niños. Aún no había hallado una ocupación para Ita, aunque demostró un gran talento matemático en cuanto le di los estímulos necesarios. Aquello era alentador: quien sepa leer y escribir y tenga cabeza para las mates podrá aprender lo que necesite. La inicié en contabilidad, a base de libros, sin ayudarla, y exigí de Joe que aprendiera a utilizar todas las herramientas de que disponía la nave, que no eran muchas: casi todas, instrumental de mantenimiento. A él le vigilé de cerca, pues no quería que se amputara un dedo ni estropeara los útiles.

Me sentía esperanzado. Pero la situación cambió...

(Omitidas 3.100 palabras, aprox.)

... fácil decir que fui un idiota. Yo había tenido mucha descendencia, un montón de críos. En mi condición de médico de a bordo y todo lo demás, les había sometido a los exámenes más completos que permitía mi instrumental a los dos días de viaje; exámenes muy completos para los años que corrían: no había ejercido la medicina desde que salí de Ormuz, pero tenía la enfermería siempre a punto y bien surtida, y cuando paraba en algún planeta civilizado buscaba

las cintas más modernas y las estudiaba durante las travesías. Yo era un buen matasanos, Minerva.

Los chicos estaban tan sanos como aparentaban, aparte dos ligeras caries que tenía él. Comprobé que las afirmaciones del vendedor acerca de ella eran ciertas: virgo intacto, himen semilunar, ningún indicio de intento de desfloración... Tuve que utilizar el espéculo más pequeño. No protestó ni se incomodó, ni me preguntó qué buscaba. Deduje que habían pasado exámenes periódicos y recibido otros cuidados médicos, muchos más que los que solían darse a los esclavos de Santa.

Ella tenía treinta y dos dientes en perfecto estado, pero no supo decirme cuándo le habían salido los cuatro últimos molares: sólo dijo que "no hacía mucho". Él tenía veintiocho piezas y tan poco sitio para las muelas del juicio en los maxilares que le pronostiqué problemas. Pero las radiografías no mostraban muelas por salir.

Le limpié y empasté las caries, y tomé nota de que le quitaran los empastes y le regenerasen los tejidos en Valhala, además de vacunarle contra nuevos deterioros; en Valhala había buenos servicios odontológicos, muy superiores a los que yo podía brindarle. Ita tampoco sabía cuándo menstruó por última vez. Lo discutió con Joe; él intentó contar con los dedos cuántos días habían pasado desde que se los llevaron de casa, pues ambos coincidían en que fue antes. Pedí a la chica que me lo hiciera saber cada vez que tuviera la regla, para así determinar su período. Le di una lata de compresas; yo ni siquiera recordaba tenerlas, debían de llevar más de veinte años a bordo.

Me lo hizo saber, y tuve que abrirle la lata ya que ninguno de los dos sabía hacerlo. Le encantó la braguita que venía dentro del envase; a menudo se la ponía aun sin necesitarla, sólo por "ponerse guapa". La pobre cría estaba loca por la ropa; durante la esclavitud no tuvo ocasión de satisfacer su vanidad. Le dije que podía ponérsela siempre que la lavara cada vez. En lo relativo a la higiene yo me mostraba inflexible, haciéndoles levantar de la mesa para cepillarse las uñas, comprobando la limpieza de sus orejas, y así. Les habían enseñado menos educación que a un par de cerdos. A ella nunca tuve que repetirle una orden, y cuidaba de que su hermano cumpliera también mis exigencias. Con ello terminé siendo más riguroso conmigo mismo: no podía sentarme a la mesa con las uñas sucias ni saltarme una ducha por acostarme antes. Yo había fijado las reglas y debía respetarlas.

La muchacha era tan mala costurera como cocinera, pero acabó aprendiendo a coser porque le encantaban los vestidos. Desenterré algunas telas de colores vivos que llevaba para vender y se las di para que se entretuviera; las utilicé como la zanahoria que se cuelga delante de un caballo para que ande; vestir se convirtió para ella en un privilegio que dependía de que se portara bien. Así logré que dejara de importunar a su hermano. Mejor dicho, casi lo logré.

Con Joe el truco no habría resultado: la ropa no le interesaba. Pero cuando se lo merecía, le ordenaba hacer algunos ejercicios de más en los entrenamientos. Eso ocurría raras veces: él no daba tantos problemas como su hermana.

Una noche, cuando ella ya había tenido tres o cuatro reglas, advertí, mirando el calendario, que le había pasado la fecha, yo me había olvidado por completo del tema. Nunca entré en sus camarote sin pedir permiso, Minerva: la vida a bordo exigía el mayor respeto posible por la intimidad de cada cual, que no era mucho.

El camarote de Ita tenía la puerta abierta y estaba vacío. Llamé a la puerta del de su hermano; no hubo respuesta, y busqué a la chica por la bodega, la cámara de mando y hasta por el gimnasio. Supuse que estaría tomando un baño y decidí que hablaría con ella por la mañana.

Al pasar de nuevo frente al camarote de Joe, camino del mío, se abrió la puerta y salió la chica, cerrándola tras de sí. Le dije: "¡Ah, estabas aquí!" o algo por el estilo. "Creí que Joe dormía."

"Acaba de acostarse", me respondió. "¿Quiere verle, capitán? ¿Le despierto?"

"No, es a ti a quien buscaba", le dije, "pero llamé hace unos diez minutos y no contestó nadie".

Le supo mal no haber oído los golpecitos. "Lo siento, capitán: estábamos tan ocupados que no le oímos". Y me contó en qué estaban tan ocupados…

Yo ya lo había imaginado, pues me lo hizo sospechar que tuviera un retraso de una semana después de haber sido perfectamente puntual. "Es comprensible; me alegro de no haberos molestado", dije.

"Nosotros hacemos todo lo posible por no molestarle con eso, capitán", explicó con dulce seriedad. "Siempre aguardamos a que se haya retirado a su cabina. A veces lo hacemos cuando duerme la siesta."

"Por Dios, querida, no hay por qué andarse con tanto cuidado. Si hacéis vuestro trabajo y estudiáis lo que tenéis mandado, podéis dedicar el resto del tiempo a lo que os parezca mejor. La nave "Libby" no es una galera; quiero que seáis felices. ¿Cuándo te meterás en esa cabecita rizada que no eres una esclava?"

Al parecer no lo entendería nunca, Minerva, pues siguió pidiendo excusas por no haber saltado al oírme llamar. "No seas tonta, Ita; ya hablaremos mañana", le dije.

Pero insistió en que no tenía sueño y estaba dispuesta y deseosa de hacer lo que yo mandara, lo cual me puso algo nervioso. Una de las cosas extrañas que tiene el "Eros", Minerva, es que las mujeres nunca lo desean tanto como cuando acaban de hacerlo, y no

había nada en la mentalidad de Ita que la hiciera inhibirse. Peor aún: por primera vez desde que subió a la nave, me descubrí viéndola como toda una mujer; estaba ante mí, en un pasillo estrecho, sosteniendo en una mano uno de aquellos curiosos vestidos que se divertía en hacerse, y un poco sofocada después de la dulce batalla. Sentí la tentación, y sabía que ella me correspondería al instante, y muy gustosa. Me vino a la cabeza que ya estaba encinta: no había nada que temer.

Pero yo ya había superado muchas dificultades para pasar de amo a padre, severo pero cariñoso, de aquellos efímeros. Si me acostaba con ella, lo perdería todo y añadiría una nueva e inquietante variable a un problema que ya era bastante complicado. Así es que agarré el toro por los cuernos.

-Muy bien, Ita. Vamos a mi camarote -dijo el capitán Sheffield. Se encaminó hacia él, y ella le siguió. Una vez allí, le ofreció asiento. La joven dudó unos instantes, pero se puso el vestidito y se sentó. AI capitán le gustó aquella vacilación, pues el animal ignorante que fue no

habría sido capaz de ella: el proceso de humanización continuaba. Pero no hizo ningún comentario

-Se te retrasa una semana la regla, ¿no, Ita?

-¿Sí? -Parecía perpleja pero no inquieta. '

Sheffield se preguntó si se habría equivocado. Meses atrás, después que le hubo enseñado a abrir una lata precintada, le entregó las pocas que tenía en reserva y le advirtió que si las malgastaba tendría que improvisar algunas compresas para salir del paso, y aún faltaban meses para llegar a Valhala. Luego se olvidó de la cuestión, salvo para hacer una señal en el calendario de su cuarto cada vez que ella le comunicaba la llegada de un período. ¿Le habría pasado por alto? La semana anterior, él se había recluido en su cabina, dejando solos a los dos jóvenes y comiendo en su cuarto: era una costumbre que seguía cuando deseaba concentrarse en algún problema. En tales fases comía poco, no dormía y apenas sí se enteraba de nada que no tuviese que ver con la cuestión que le ocupaba. Sí, podía ser.

-Entonces, si te vino a su hora, no me lo dijiste.

-¡No, no, capitán! -La muchacha, inquieta, le miraba con los ojos muy abiertos-. Usted me dijo que le avisara y lo he hecho todas las veces, todas...

Las preguntas que siguieron evidenciaron, en primer lugar, que pese a sus progresos en aritmética no sabía calcular cuándo debía producirse el flujo y, en segundo lugar, que no debería haber sido la semana anterior, sino mucho antes.

-Ita, cielo, me parece que vas a tener un niño.

La chica se quedó boquiabierta, mirándole con ojos como platos.

-¡Es maravilloso! -exclamó, y añadió-: ¿Puedo ir corriendo a decírselo a Josie? Por favor... ¡Volveré enseguida!

-Calma, no hay que precipitarse! Sólo digo que me lo parece. No te hagas ilusiones todavía, y no molestes a Joe hasta que estemos seguros. Más de una chica ha tenido una falta y no ha pasado nada -("Aunque me alegro de que lo desees, porque por lo visto no te han faltado ocasiones de hacerlo").- Mañana te haré un examen y trataré de averiguarlo -(¿Habría a bordo algo para efectuar una prueba de embarazo? Diablos, si tenía que hacerla abortar, debería ser cuanto antes, cuando aún fuera tan sencillo como arrancar una espina. Y... si ni siquiera llevaba en la nave píldoras para provocar el menstruo; menos aún anticonceptivos modernos. ¡Woodie, pedazo de alcornoque, nunca vuelvas a viajar tan mal equipado!)-. Entre tanto, no te pongas nerviosa. (Pero a las mujeres eso siempre las pone nerviosas. Faltaría más.)

La joven casi temblaba de alborozo.

-¡Nos esforzamos tanto! Probamos todo lo que hay en el Kama Sutra, y más. Yo creía que debíamos preguntarle a usted qué era lo que hacíamos mal, pero Joe estaba convencido de que lo hacíamos todo bien.

-Creo que Joe tenía razón -Sheffield se puso en pie y llenó dos copas de vino; con la de ella hizo tales juegos de manos que le puso cantidad suficiente para dormirla al poco rato,

después, eso sí, de mantener con ella una suave conversación que no lograse recordar más tarde. No quería descuidar ningún detalle-. Ten.

Ella miró la copa con gesto dubitativo.

-Me pondré tonta, seguro; ya lo probé una vez.

-Esto no es el matarratas que venden en Santa; es vino de Gandfall. Ponte cómoda y bebe. A la salud de tu niño, si es que vas a tener uno; si no, porque tengas más suerte la próxima vez. (Pero, ¿cómo hacer frente a esa "próxima vez"? Suponiendo que acertara en sus temores. Aquellos chicos no debían verse con un anormal a cuestas. Un niño sano sería ya bastante carga, mientras ellos terminaban de aprender a ir por el mundo. ¿Podría detener las cosas hasta llegar a Valhala para procurarle allí anticoncepción adecuada? Si no, ¿qué?: ¿separarlos? ¿Cómo?)

-Cuéntamelo, cielo. Al llegar a bordo eras virgen.

-Sí, claro. Siempre estuve metida en aquellos hierros menos cuando me encerraban y mi hermano tenía que dormir en el barracón. Ya sabe: cuando me salía sangre... -respiró profundamente y sonrió-. Ahora es todo mucho más bonito. Josie y yo pasamos largo tiempo tratando de sortear aquella trampa horrible pero no lo logramos. Él se hacía daño y algunas veces me lo hacía yo también. Finalmente nos dimos por vencidos y nos limitamos a jugar como siempre hicimos. Mi hermanito me pedía paciencia: aquello no duraría toda la vida, porque sabíamos que nos venderían juntos, como pareja para la cría -estaba radiante-. ¡Y eso fue lo que pasó y eso es lo que somos ahora, gracias a usted, capitán!

(No, no iba a resultar tan fácil separarlos.)

-Ita, ¿alguna vez has pensado en formar pareja con un hombre que no sea Joe?

(Al menos la tantearía. "No será difícil encontrarle marido, es bonita de veras, tiene el encanto de las cosas naturales.")

Ita le miró, perpleja.

-Pues, no, claro que no. Sabemos lo que somos, desde muy pequeños. Nos lo dijo nuestra madre, y también el sacerdote. Duermo con mi hermano desde toda la vida. ¿Por qué iba a querer a otro?

-Parecías bien dispuesta a dormir conmigo. Dijiste incluso que ansiabas hacerlo.

-¡Ah, eso es distinto! Es un derecho suyo. Pero no me quiso... -añadió, casi en tono de acusación.

-Ni mucho menos, Ita. No voy a entrar en ello ahora, pero yo tenía mis buenas razones para no acostarme contigo por mucho que los dos lo deseáramos. Aunque a quien de verdad querías era a Joe: tú lo dijiste.

-Bien... sí. Pero la decepción fue la misma. Tuve que decirle a mi hermano que usted no deseaba poseerme, y aún fue más penoso. Pero me dijo que tuviera paciencia. Esperamos tres días antes de que me penetrara, por si usted cambiaba de idea.

("De pie, regañona; acostada, dócil. Como casi todas", pensó Sheffield.)

Halló que la muchacha le observaba con moderado interés.

-¿Me quiere ahora, capitán? La noche que decidió no esperar más, Joe me dijo que usted seguía estando en su derecho y lo estaría siempre. Y lo está ahora.

(¡Por los huevos de Satanás! El único modo de esquivar a una hembra ansiosa era huir a otro planeta.)

-Estoy cansado, querida, y tú empiezas a tener sueño.

Ella contuvo un bostezo.

-Yo no estoy tan cansada. Nunca lo estoy. Capitán: la primera noche que se lo propuse estaba un poquitín asustada. Ahora, no, lo deseo. Si quiere...

-Eres muy dulce, pero estoy muy cansado -("¿Cómo no le subió aún el vino a la cabeza?") Cambió de conversación-: ¿No te parece que en estas literas tan pequeñas casi no caben dos juntos?

La muchacha se echó a reír a través de otro bostezo.

-Casi. Una vez nos caímos los dos de la de mi hermano. Por eso ahora lo hacemos en el suelo.

-¿En el suelo? Pero, Ita, debe de ser horrible. Hay que hacer algo al respecto -(¿Instalarlos allí? Tenía la única cama grande que había en la nave. Pero la novia necesitaba de una mesa de trabajo en condiciones, para la luna de miel... y aquélla lo era; la muchacha estaba profundamente enamorada y le sacaría el mejor partido. Siglos atrás, Sheffield había concluido que lo más triste de la corta vida de los efímeros era que en ella raramente había tiempo suficiente para el amor.)

-No se está tan mal, capitán, hemos dormido en el suelo toda la vida -volvió a bostezar; esta vez no pudo evitarlo.

-En fin..., mañana haremos los arreglos necesarios. -(No, su cabina no serviría; allí tenía el escritorio, con todos los papeles y los archivos. Los chicos le estorbarían, y él a ellos. ¿No podrían, Joe y él, transformar dos literas en una cama de matrimonio? Quizá sí aunque ocuparía casi por completo uno de los camarotes. Daba igual: la mampara que separaba sus dos cuartos no formaba parte del armazón de la nave; abriendo una puerta en ella, tendrían una suite. Una "suite nupcial". Para la más dulce de las novias. Sí.) Añadió-: Vamos a acostarte antes que te caigas del sillón. Todo saldrá bien, cariño. ("¡Ya me encargaré yo de que así sea!"). Desde mañana por la noche y de ahora en adelante, tú y Joe podréis dormir juntos en una cama grande.

-¿De veras? Ay, sería -bostezó de nuevo- estupendo...

Tuvo que conducirla a su camarote; apenas sentir la almohada dormía profundamente. Sheffield la contempló dijo: "Pobre gatita" y, tras inclinarse para besarla, volvió a su camarote.

Allí sacó todo lo que el mercader de esclavos le entregara como prueba de la singular herencia genética de Ita y Joe y sometió cada pieza a intenso estudio. Buscaba indicios que hablaran de la verdad o falsedad de la afirmación de que eran "gemelos idénticos", diploides complementarios con los mismos padres.

A partir de tales claves esperaba calcular la probabilidad de mutaciones genéticas desfavorables en los hijos que pudieran tener Ita y Joe. El problema parecía dividirse en tres casos, simplificados:

Podía no haber relación alguna entre los dos. Probabilidad: leve.

O bien podían ser del tipo normal de hermanos. Probabilidad: demasiado alta como para ignorarla.

O bien, como se afirmaba, podían ser zigotos resultantes de gametos complementarios, con todos los genes conservados en la reducción-división pero sin ninguna duplicación. En tal caso, la probabilidad de consecuencias desfavorables era... ¿cuál?

Mejor no entrar en ello, por el momento. Aceptando el primer supuesto, el de que no tuviera relación alguna entre sí, sino que hubieran sido criados juntos desde la infancia, simplemente, no se advertía un particular riesgo. Fuera.

Segundo supuesto: eran hermanos del tipo corriente. En fin, no lo parecían, pero -lo que era más importante- aquel rufián había montado un tinglado de lo más aparatoso para venderle el posible timo, y había utilizado públicamente el nombre de un obispo para respaldar la operación. Podía tratarse de un obispo no menos rufianesco, cosa perfectamente probable -¡demasiado bien conocía a algunos!- pero ¿por qué arriesgarse si las crías de esclavo estaban tan baratas?

No: aun suponiendo que se tratara de una estafa, no había razón para esperar un riesgo innecesario de un montaje tan elaborado. Era mejor descartar también aquello: Ita y Joe no eran hermanos en el sentido habitual, aunque pudieron compartir la misma matriz... adoptiva. Esto último, de ser cierto, carecía de relevancia desde el punto de vista genético.

El último motivo de inquietud, por lo tanto, se refería a la posibilidad de que el mercader de esclavos dijera la verdad, en cuyo caso las probabilidades de que tuviera lugar un mal cruzamiento eran... ¿cuáles? ¿De cuántos modos podían combinarse los zigotos obtenidos artificialmente?

Sheffield pugnaba por plantearse el problema con claridad al tiempo que maldecía la insuficiencia de los datos, añadida al hecho de que la única computadora que había en la nave era una computadora de vuelo que no podía ser programada para resolver un problema de genética. Ojalá hubiera tenido a Libby a bordo. Andy habría clavado la mirada en el techo durante unos minutos para dar una respuesta concreta, si la había, o expresada en porcentajes si no.

Sin ayuda de una computadora era imposible enfrentarse a ningún problema de genética, aun disponiendo de todos los datos pertinentes, que podían ser muchos millares.

En fin, podía probar con algunos problemas simplificados, a título de ilustración, por si arrojaban alguna luz sobre la cuestión.

Hipótesis primera: Ita y Joe eran "gemelos idénticos", zigotos genéticamente complementarios procedentes de los mismos zigotos padres.

Hipótesis de control: no estaban relacionados, salvo por formar parte del grupo genético de su planeta natal. (Una hipótesis muy arriesgada, puesto que era probable que los esclavos procedentes de una misma región derivaran de un grupo mucho más reducido que podría serlo aún más como resultado de la endogamia. Pero tal "cuadro de reproducción normal sumamente favorable" era la referencia más adecuada.)

Ejemplo simplificado: someter a prueba una posición de gen (por ejemplo, la 187 del cromosoma 21) por si se producía reforzamiento, enmascaramiento o eliminación de un gen supuestamente "malo" bajo cada una de estas hipótesis.

Hipótesis arbitraria: dado que tal posición podía albergar un gen desfavorable (o dos, o ninguno) en su par, suponer que tanto la hipótesis primaria como la de control tenían las mismas posibilidades de ser ciertas, y equilibradas (por ejemplo, 25 por 100 de que no hubiera ningún gen negativo, 50 por 100 de que hubiera uno y 25 por 100 de que hubiera dos). Supuesto muy aventurado, puesto que con el paso de las generaciones los fenómenos de reforzamiento (presencia de dos genes malos en una posición) tendían a imposibilitar la supervivencia, bien causando la muerte, bien reduciendo la competitividad de un zigoto. No importaba: podía aceptarse que tenían las mismas probabilidades, ya que no había datos en los que basar una hipótesis mejor.

¡Caramba! Si se demostraba visiblemente un fenómeno de reforzamiento negativo, o se probaba experimentalmente, tales zigotos no deberían ser utilizados. Cualquier científico capaz de intentar tal experimento utilizaría especímenes tan genéticamente "limpios" como le fuera posible, libres de todos los cientos (¿o miles ya?) de defectos hereditarios identificables; la hipótesis primaria debería incluir esta hipótesis subsidiaria.

Aquella pareja estaba exenta de cualquier tara que Sheffield pudiera detectar en un examen efectuado a bordo de la nave lo cual incrementaba la probabilidad de que aquel sinvergüenza dijera la verdad y aquellos ejemplares fueran los auténticos resultados de un extraño y muy logrado experimento en el terreno de la manipulación genética.

Ahora, Sheffield se inclinaba a pensar que el experimento había tenido lugar, y habría deseado disponer de los recursos de una de las clínicas Howard principales, la de Secundus, por ejemplo, para someter a aquellos muchachos a una inspección genética completa que no podía realizar a bordo por falta de instrumental y para la que, en cualquier caso, no estaba cualificado.

Una duda particularmente molesta tenía que ver con la forma como adquirió a los chicos. ¿Por qué se mostró el pillastre aquel tan deseoso de vender, si los dos eran lo que decían los materiales de demostración? ¿Por qué venderlos, cuando el siguiente paso del experimento era hacer que la pareja de complementarios se reprodujera?

Quizá lo sabían y él no había acertado a formularles las preguntas precisas. Quedaba claro que habían sido educados de tal forma que creían que aquél era su destino; quien quiera que fuese el autor del plan, había imbuido a los dos chiquillos, desde la más temprana edad, un espíritu de unión más fuerte que muchos matrimonios, según enseñaba la experiencia de Sheffield. Más incluso que cualquiera de los suyos (¡menos uno, menos uno!).

Sheffield apartó aquellos pensamientos de la mente y se concentró en las consecuencias teóricas de lo planteado.

En la posición elegida, cada zigoto padre tenía, según se suponía, tres posibles estados o pares de genes, cuyas probabilidades eran 25,50,25.

Bajo la hipótesis de control, los padres (zigotos diploides tanto el macho como la hembra) presentaban, en la posición elegida, esta distribución:

25 por 100 bueno-bueno ("limpio" en la posición señalada)

25 por 100 bueno-malo (gen malo enmascarado pero transmisible)

25 por 100 malo-bueno (gen malo enmascarado pero transmisible)

25 por 100 malo-malo (reforzamiento negativo, mortal o causante de invalidez)

Pero bajo su hipótesis primaria modificada, Sheffield supuso que los sacerdotes-científicos descartarían los zigotos que originaran género defectuoso, lo cual excluía el cuarto grupo ("malo-malo) y dejaba así la distribución de zigotos padre para la posición en cuestión:

33,3 por 100 bueno-bueno

33,3 por 100 bueno-malo

33,3 por 100 malo-bueno

Esta selección daba lugar a una marcada mejora sobre la situación aleatoria original, y la división meiótica había de producir gametos (esperma y óvulos) según estas proporciones:

Buenos: cuatro de cada seis

Malos: dos de cada seis

Pero no había forma de detectar los genes malos sin destruir los gametos que los llevaban. Al menos, así lo creyó Sheffield, aunque cabía sostener que tal suposición podía no ser cierta siempre. Pero para proteger a Ita (y a Joe) era preciso que sus suposiciones tendieran al pesimismo dentro de los límites de los datos y los conocimientos de que disponía: es decir, que un gen malo podía ser señalado únicamente como resultado de un reforzamiento dentro de un zigoto.

Sheffield se dijo que la situación nunca presentaba unos tintes tan claros como el blanco y negro de la fórmula "bueno: dominante - malo: recesivo", menos compleja que el mundo real que solían representar. Una característica exhibida por un zigoto adulto sólo resultaba favorable o contraria a la supervivencia del feto en función de factores de tiempo, lugar y consistencia, y siempre en lapsos de más de una generación. La adulta que moría por salvar a sus hijos podía ser considerada como un factor favorable a la supervivencia, en tanto que la gata que devoraba a sus crías era un factor contrario, por mucho que viviera.

Dentro de una misma línea, a veces un gen dominante carecía por completo de importancia: el de los ojos pardos, por ejemplo. Del mismo modo que su correspondiente recesivo, una vez emparejado y con ello reforzado para dar lugar a ojos azules, no daba al

Librodot

zigoto que lo llevaba ninguna ventaja apreciable. Lo mismo cabía decir de muchas otras características susceptibles de ser heredadas: el pelo, la tez, etcétera.

De cualquier forma, aquella descripción (bueno, dominante; malo recesivo) era, en sustancia, correcta: resumía los mecanismos por los cuales una especie conservaba sus mutaciones favorables y eliminaba (a la larga) las desfavorables. "Malo-dominante" eran términos casi contradictorios, puesto que una mutación dominante que fuera totalmente negativa se autoeliminaba, junto con el desventurado zigoto que la heredó, en una generación, fuera de efectos letales en el útero o causara tal daño al zigoto que éste dejara de ser apto para la reproducción.

Pero el habitual proceso de formación de brotes defectuosos suponía la presencia de genes malos recesivos, que podían permanecer dentro del grupo genético hasta que tuviera lugar uno de estos dos acontecimientos (sometidos ambos a las ciegas leyes del azar): uno de tales genes podía emparejarse con otro como él en el momento de la fecundación del óvulo por los espermatozoides y autoeliminarse eliminando al zigoto, antes del nacimiento -lo más deseable- o después -lo cual traería trágicas consecuencias-; o bien el gen malo-recesivo era eliminado por reducción de los cromosomas durante la meiosis y el resultado era un niño sano sin tal gen en sus gónadas. Un feliz desenlace, pues.

Estadísticamente, ambos procesos erradicaban paulatinamente los genes malos del grupo genético de la especie.

Por desgracia, el primero solía dar niños aptos pero tan limitados que precisaban de ayuda para vivir: perdedores natos que eran incapaces de salir adelante en la vida y necesitaban de ayuda económica o, en ocasiones, el auxilio de la cirugía plástica, la terapia endocrinológica u otras intervenciones. Durante el tiempo en que ejerció la medicina (en Ormuz y bajo otro nombre), el problema de aquellos infelices había llevado al capitán Sheffield a extremos de frustración cada vez más graves.

Primero intentó desarrollar una labor terapéutica acorde con el juramento hipocrático -o casi, pues era incapaz, por naturaleza, de seguir ciegamente ninguna regla dictada por los hombres. Después atravesó una etapa de anormalidad mental transitoria durante la cual buscó una solución política para lo que él veía como un grave peligro: la reproducción de los deficientes. Trató de persuadir a sus colegas de que debían negar el auxilio de la terapia a los deficientes hereditarios, a menos que fueran estériles, hubieran sido esterilizados o aceptaran serlo como condición previa a la prestación de cuidados médicos. Más aún, había intentado incluir en la categoría de "deficientes hereditarios" a los que no presentaban más síntoma que la incapacidad de mantenerse a sí mismos en un planeta que distaba mucho de estar superpoblado y que él mismo eligiera siglos antes como casi ideal para el ser humano.

No llegó a ninguna parte: sólo halló reacciones de indignación y desprecio, aparte la de algunos colegas que en privado se mostraron de acuerdo con él pero en público le condenaron. Por su parte, el remedio más suave que recetaban los profanos para el "doctor Genocidio" era emplumarlo.

Cuando le retiraron el permiso para ejercer, Lazarus recobró su habitual indiferencia emotiva. Decidió callar, comprendiendo que la Madre Naturaleza, aquella anciana repulsiva de sanguinolentas fauces, castigaba invariablemente a los necios que pretendieran desoír Sus mandamientos; no tenía por qué entrometerse.

Librodot

En consecuencia, cambió otra vez de domicilio y de nombre, y se aprestaba a emigrar a otro planeta... cuando cayó una plaga sobre Ormuz. Se resignó y volvió a su trabajo, como médico privado de licencia pero provisionalmente requerido a prestar servicio. Al cabo de dos años y un cuarto de billón de muertes, le ofrecieron de nuevo la licencia... a condición de observar un buen comportamiento. Les dijo dónde podían meterse la licencia y abandonó Ormuz tan pronto como le fue posible, once años más tarde. Durante aquella espera fue jugador profesional: era lo más fácil que se le ocurría hacer en aquel momento para ahorrar el dinero necesario.

-Perdona, Minerva: te estaba contando lo de los gemelos. Pues bien: la zorrita tuvo un tropezón, la muy tonta, con lo que yo me vi obligado a volver a representar el papel de médico rural, y hasta el de comadre, y pasaba las noches en blanco preocupado por ella, su hermano y el niño que iban a tener... a menos que yo hiciera algo para remediarlo. Para saber qué debía hacer tenía que reconstruir lo que había ocurrido y qué podía resultar de ello. Al carecer de datos seguros, tenía que razonar con base en la lógica más elemental.

En primer lugar, había de pensar como el mercader de esclavos. Quienquiera que se dedique a tal negocio podrá ser un bergante, pero siempre será lo bastante listo como para no lanzarse a una aventura de la que pueda salir convertido en esclavo o con un poco más de suerte, en cadáver. Y eso es lo que le sucedería en Santa a quien jugara con la autoridad de un obispo. Ergo, aquel bribón creía lo que decía.

Siendo ello así, podía plantearme la cuestión de por qué encomendaron a aquel tipo la venta de la pareja, al tiempo que trataba de pensar como un científico-sacerdote dedicado a la experimentación en materia de biología humana. Era mejor olvidarse de la posibilidad de que fueran hermanos del tipo normal: no tendría objeto elegir a tales ejemplares ni siquiera para un vulgar timo. Había que rechazar la idea de que no hubiera entre ambos ninguna relación, pues en tal caso se trataría de un fenómeno de reproducción normal. Sí, claro, cualquier mujer puede dar a luz un monstruo, pues incluso en las condiciones más favorables puede producirse una mutación negativa... pero cualquier comadrona avisada puede olvidarse de darle al crío el primer cachete que le haga respirar; muchas lo han hecho.

Así, pues, sólo tomé en consideración la tercera hipótesis: debían ser diploides complementarios descendientes de los mismos padres. ¿Qué haría en tal caso el investigador? ¿Qué haría yo?

Yo utilizaría la materia prima más perfecta que pudiera conseguir y no iniciaría el experimento mientras no dispusiera de un varón y una hembra tan genéticamente "limpios" como atestiguaran los análisis más sutiles que se pudieran realizar. Lo cual, en Santa significaba disponer de medios muy sofisticados para la época.

Para una posición de gen determinada, y partiendo del supuesto de una distribución mendeliana de 25,50,25 las pruebas previas anularían la probabilidad de que se produjera el reforzamiento de un gen recesivo malo, un 25 por 100, y dejarían una distribución de un tercio malo y dos tercios buenos en la generación de los padres; o sea, los posibles padres de los posibles Ita y Joe.

Ahora empiezo a formar gemelos idénticos en mi imaginación de sacerdote-investigador. Si partimos del número mínimo de gametos necesario para representar esa distribución en uno y dos tercios, obtenemos dieciocho posibles "Joes" y otras tantas posibles "Itas", pero en cada uno de los grupos dos individuos saldrían "malos", por haberse reforzado el gen recesivo malo.

El zigoto es deficiente y el experimentador lo elimina..., aunque quizá no haga falta: el reforzamiento puede resultar mortal.

En este punto nos encontramos con una mejora del 8,33 por 100, o una mejora total del 25 por 100 en probabilidades de un desenlace favorable al niño de Ita. Aquello me alivió. Añadiendo el detalle de que yo, como comadrona, no me daría ninguna prisa en ayudar a la madre a darle la nalgada al monstruo, si lo había, las probabilidades favorables aumentaban muy mucho.

Pero todo lo que esto demuestra es que los genes malos tienden a ser eliminados a cada generación, siendo más marcada la tendencia cuanto peores son los genes y llegando al cien por cien cuando el fenómeno de refuerzo da lugar a la muerte del feto dentro de la

matriz, en tanto que los genes favorables se perpetúan. Pero eso ya lo sabíamos, y vale tanto para la exogamia normal como para la endogamia, o más aún para esta última, aunque no goza de gran predicamento entre los humanos por incrementar las posibilidades de que se geste un anormal exactamente en el mismo porcentaje en que las reduce. Tal era el riesgo que corría Ita, y ésa era la causa de mis temores. Todo el mundo desea un grupo genético humano limpio, pero nadie quiere que se muestre la cara trágica de la cuestión en su propia familia. Yo empezaba a considerar a aquellos chavales como "mi familia", Minerva.

Pero seguía sin saber nada de "gemelos idénticos".

Decidí investigar alrededor de una incidencia más verosímil de recesivos negativos en una posición determinada. Un cincuenta contra cincuenta era demasiado, de largo, para un gen malo de verdad; la eliminación, la poda que se produce a cada generación es drástica, y la cifra disminuye en gran proporción a cada paso, hasta que la frecuencia de aparición de un gen malo es tan baja que el reforzamiento en el curso de la fecundación constituye una auténtica rareza, ya que la probabilidad de que ello ocurra es el cuadrado de la frecuencia. Así, si dos haploides de entre cien llevan el gen malo en cuestión sólo se producirá un reforzamiento entre diez mil casos de fecundación. Hablo del grupo genético, en este caso mínimo de doscientos zigotos adultos, de ambos sexos; en un grupo así, el apareamiento efectuado al azar sólo dará lugar a un reforzamiento de signo negativo como consecuencia de una coincidencia de ese orden. Coincidencia feliz o desafortunada, según se adopte un punto de vista impersonal que atienda sólo a la limpieza que gana así el grupo genético, o uno más personal, que considere la tragedia humana del individuo afectado. En aquel caso, yo tomaba las cosas de forma muy personal: quería que Ita tuviera un niño sano.

Tengo la certeza, Minerva, de que en esa distribución de 25,50,25 has reconocido un caso extremo de endogamia, que sólo puede darse la mitad de las veces en los cruzamientos de sujetos pertenecientes al mismo linaje y un cuarto en la cría normal, en ambos casos por medio de una reducción cromosomática durante la meiosis. Los ganaderos hacen uso de estas medidas de una forma drástica, eliminando los ejemplares defectuosos para obtener así una línea sana y estable. Tengo la sospecha de que semejante procedimiento, el de eliminar algunos de los individuos fruto de cruzamientos, fue seguido en más de una ocasión entre la realeza del viejo planeta Tierra, aunque la selección no fue, desde luego, lo bastante rigurosa ni lo bastante frecuente. El sistema monárquico funcionaría muy bien si se tratara a los reyes y las reinas como caballos de carreras; desgraciadamente, nunca se hizo así, antes al contrario: los emperifollaban como haría un sastre con un cliente adinerado, y principitos que debieron ser desechados eran animados a criar como conejos. Y así salían: hemofílicos, débiles mentales, lo que quieras. Cuando yo era niño, la "realeza" era una broma de mal gusto que se apoyaba en los peores métodos de reproducción imaginables.

El capitán Sheffield estudió a continuación una incidencia menor de un gen malo: consideró un gen letal dentro del grupo genético del que procedían los padres de Ita y Joe. Al ser letal, sólo podía estar en un zigoto adulto si se hallaba enmascarado formando par con su gemelo, inocuo. Supongamos que la probabilidad de ocultación sea del 5 por 100 (cifra todavía demasiado elevada para un gen letal como para resultar verosímil); haciendo la necesaria comprobación, ¿qué tendencia se advertiría?

Generación de zigotos padre: cien hembras, cien machos, todos ellos padres posibles de Ita y de Joe; cinco de ellas y cinco de ellos llevan oculto el gen mortal.

Etapa haploide paterna: 200 óvulos, cinco de ellos con el gen mortal; 200 espermatozoides, cinco de ellos con el gen mortal.

Generación de los zigotos hijo-e-hija (posibles "Itas" y Joes"): 25 muertos por reforzamiento del gen letal; 1.950 con el gen enmascarado, 38.025 "limpios". Todo ello para la posición determinada.

Sheffield advirtió que se había colado un hipotético hermafrodita por no haber duplicado las dimensiones de la muestra a fin de evitar las anomalías que suponían los números impares. Al diablo: no alteraba el resultado estadístico. No, no: era mejor hacerlo, empezar con una muestra de doscientos machos y doscientas hembras con la misma frecuencia de aparición del gen malo en la posición elegida. Así, resultaban: 400 óvulos, 10 de ellos con el gen mortal; 400 espermatozoides, 10 de ellos con el gen mortal.

Que, en la generación siguiente (la de los posibles "Itas" y aJoes") arrojaban estas cifras: 100 muertos 7.800 portadores del gen y 152.100 "limpios", con lo que los porcéntajes no variaban pero desaparecía el hermafrodita imaginario. Sheffield meditó breves momentos acerca de la vida amorosa de los hermafroditas y volvió a la tarea. Los números se hacían difíciles de manejar, saltando al orden del billón en la siguiente generación de zigotos (la del pequeño desconocido que empezaba a formarse en la barriga de Ita): 15.210.000 eliminados por reforzamiento, 1.216.800.000 portadores del gen, y 24.330.000.000 "limpios". Volvió a lamentar la falta de una computadora médica y procedió con hastío a traducir en porcentajes aquellas incómodas cifras: 0,059509 por 100, 4,759 por 100 y 95,18 por 100.

Se observaba una clara mejora: aproximadamente, se tenía un deficiente de cada 1.680 (en vez de 1.600), el porcentaje de portadores decrecía hasta debajo del 5 por 100 y el número de "limpios" crecía hasta más allá del 95 por 100 en una generación.

Sheffield resolvió varios problemas análogos a aquél para confirmar lo que había visto en un primer reconocimiento: el hijo de dos diploides complementarios (de dos "gemelos idénticos") tenía cuanto menos, las mismas posibilidades de nacer sano que el retoño de dos extraños, sin contar el feliz detalle de que las expectativas del niño mejoraban gracias a la selección efectuada en una o más etapas del experimento por el sacerdote-científico que lo inició. Tal suposición era casi segura, y hacía de Joe el mejor compañero que podía tener su "hermana", en vez del peor.

Ita podía tener el niño.

De Valhala a Landfall

Librodot

... Io mejor que podía hacer por ellos, Minerva. De vez en cuando aparece algún idiota que pretende abolir el matrimonio. Semejantes intentos dan tanto resultado como los de anular la ley de gravedad, hacer que "pi" sea igual a tres o mover montañas a base de oraciones. El matrimonio no es algo inventado por los curas e impuesto por fuerza a la humanidad el matrimonio es parte integrante de la capacidad evolutiva de la humanidad, tanto como puedan serlo los ojos, y tan útil para la especie como éstos para cada individuo.

Naturalmente, el matrimonio es un contrato económico por el que uno se obliga a mantener a los niños y a cuidar de la madre mientras ésta los gesta y los educa, pero es mucho más. Es el medio que ha desarrollado, acaso de forma inconsciente, ese animal, el homo sapiens, para ejecutar una función tan imprescindible y ser feliz haciéndolo.

¿Por qué se dividen las abejas en reinas, zánganos y obreras, para vivir como una gran familia? Porque les da resultado. ¿Por qué lo hacen tan ricamente los peces, apenas con un gesto de asentimiento entre mamá pez y papá pez? Porque las fuerzas ciegas de la naturaleza hacen que a ellos les vaya bien así. ¿Por qué es el "matrimonio", en cualquiera de sus modalidades, una institución tan universalmente extendida entre los hombres? No se lo preguntes a un teólogo ni a un jurista; la institución existía mucho antes de ser reglamentada por la Iglesia o el Estado. Funciona, eso es todo; pese a todos sus inconvenientes, a la luz del único criterio universal de validez: la supervivencia, da mucho mejores resultados que los venerables inventos con que los botarates de todos los siglos han pretendido sustituirlo.

No hablo solamente de la monogamia; me refiero a todas las formas de matrimonio: monogamia, poliandria, poliginia y las diversas variedades de matrimonios plurales y ampliados. El "matrimonio" cuenta con infinitas reglas, usos y combinaciones. Pero se trata de "matrimonio" si, y sólo si, el arreglo que se establece beneficia a los niños y compensa a los adultos. Para los seres humanos, la única compensación aceptable a los inconvenientes del matrimonio reside en lo que el hombre y la mujer pueden darse mutuamente.

No me refiero al "Eros", Minerva. El sexo sirve de cebo, pero no constituye el matrimonio en sí, ni es motivo suficiente para permanecer casado. ¿Por qué comprar una vaca si la leche es tan barata?

El compañerismo, la seguridad que se da y se recibe, alguien con quien llorar y reír, la lealtad que todo lo perdona, alguien a quien acariciar, alguien que te tome de la mano..., todo eso es el matrimonio; el sexo no es más que la capa de azúcar que remata el pastel. Puede resultar maravillosamente dulce, por supuesto, pero no es el pastel. Un matrimonio puede perder ese azúcar, por accidente, supongamos, y sin embargo seguir unido más y más tiempo, dando una felicidad cada vez mayor a quienes lo forman.

Cuando yo era un jovenzuelo atolondrado y mujeriego, me desconcertaba el...

(Pasaje omitido.)

...lo más solemne posible. El hombre vive a través de símbolos; quería que recordaran toda la vida aquel acontecimiento. Hice que Ita se vistiera con lo que ella consideraba sus mejores galas. Parecía un árbol de Navidad con todas sus guirnaldas, pero le dije que estaba bellísima. Y lo estaba, no hay novia que no lo esté. A Joe le regalé varios de mis trajes y se puso uno. Yo me engalané con un disparatado uniforme de capitán de barco que solía llevar en los planetas donde se estilan esas mamarrachadas: cuatro galones dorados en la bocamanga, el pecho cubierto de condecoraciones compradas en una casa de empeños, un tricornio que habría

sido la envidia del mismísimo almirante Nelson, y lo demás tan estrafalario como un gran maestro de logia masónica.

Les solté un sermón atiborrado de palabrería en su mayor parte tomada del culto de la única iglesia que conocían la de Santa, no me fue difícil, pues yo había sido uno de sus oficiantes, pero le hice toda clase de añadidos, explicando a la chica las obligaciones que tenía para con su marido y a él las obligaciones que tenía para con su esposa, y a ambos los deberes que tenían para con el niño que llevaba ella en el vientre y los que vinieran, y añadí, para ambos pero sobre todo para ella, que el matrimonio no era un asunto que pudiera tomarse a la ligera, puesto que hallarían dificultades que deberían salvar juntos, graves infortunios que les exigirían el valor del León Miedoso, la sabiduría del Espantapájaros, la grandeza de corazón del Hombre de Hojalata y la gallardía indomable de Dorothy.

Al oír aquello, Ita se puso a llorar, en vista de lo cual Joe soltó algunas lagrimitas... exactamente lo que yo deseaba, así es que les mandé arrodillarse y recé por ellos.

No pienso pedir perdón por semejante hipocresía, Minerva: nada me importaba que me oyera o no algún hipotético Dios; lo que yo quería era que lo oyeran ellos. Primero recé en la jerga de Santa, después en inglés y en galáctico. Finalmente completé el número recitando todos los versos de la Eneida que logré recordar. Cuando me encallé, cerré con una canción estudiantil:

Omne bene

Sine poena,

Tempus est ludendi;

Venit hora

Absque mora,

Libros deponendi![13]

Y terminé con un atronador "¡Así sea!". Les mandé ponerse en pie y cogerse de la mano, y declaré, en nombre de la autoridad que me confería mi condición de capitán de una nave en vuelo, marido y mujer hasta el fin de sus vidas. "Bésala Joe "

Todo esto, con una versión de la Novena de Beethoven como fondo...

Aquella cancioncilla me vino a la mente cuando se me terminaron los "versos de castigo" de Virgilio y necesitaba algunas palabras altisonantes para terminar. Pero más tarde, al pensarlo, vi que valía tanto para su luna de miel como para unas vacaciones escolares. Todo estaba muy bien, ahora que tenía la seguridad de que la unión de aquella pareja podía tener lugar *sine poena*, sin temor a un castigo genético. Y *ludendi* significa tanto "juego amoroso" o "Eros" como "juego de azar", "juego de niños" o cualquier forma de retozar. Y yo había decretado cuatro días de fiesta a bordo a partir de aquel mismo instante, sin trabajo para ellos ni nada que estudiar (*libros deponendi*). Pura casualidad, Minerva; no era más que un poco de poesía latina que me vino a la memoria... y el latín tiene siempre una sonoridad majestuosa, especialmente si no lo entiendes.

Les preparé una cena de rechupete, que apenas si duró diez minutos: Ita no podía comer, y Joe me hizo acordar de la noche de bodas de Johnny y el desvanecimiento de su suegra. Ante lo cual amontoné algunas golosinas en una bandeja, se las di a Joe y les

dije que se esfumaran; no quería verles el pelo en cuatro días.

13. *Todo está bien, / sin castigos, / es hora de jugar, / llega el momento, / sin tardanza, / de abandonar los libros.*

Los entendidos apreciarán que el Decano dio una pobre traducción a esta coplilla. Uno se pregunta por qué no continuó, en la misma vena, hasta el retruécano, no exento de picardía, que podía crear sustituyendo libros por libreros en el último verso. Tal inadvertencia parece impropia de su talante. Las inclinaciones libidinosas de nuestro ancestro se traslucen por doquier. Sus ocasionales profesiones de ascetismo ofrecen resonancias de pura vaciedad (J. F. XLV)

(Pasaje omitido.)

... hasta Landfall en cuando consiguiera un flete. No podría dejarles en Valhala: José aún no era capaz de sostener a una familia, e Ita se vería muy limitada en sus actividades, por estar encinta o por tener que cuidar del recién nacido. Y yo no podría echarles una mano si tenían algún tropiezo; debían ir a Landfall.

Sí, claro, Ita habría sobrevivido, en Valhala, porque allí tienen la sana costumbre de considerar más guapas a las embarazadas que a las otras, y tanto más cuanto más avanzada está la gestación; lo cual es cierto, a mi modo de ver, y más aún en el caso de Ita. Cuando la compré era pasable; al aterrizar en Valhala, estaba casi de cinco meses y resultaba de una belleza deslumbrante. Cuando bajaba sola a tierra, apenas había dado un paso y ya la cortejaban media docena de pretendientes. De haber llevado un crío en la espalda y otro en la barriga, habría encontrado un buen partido el mismo día que llegamos; allí, la fertilidad era algo muy apreciado, y el planeta estaba a medio llenar.

No la creía capaz de plantar a Joe con tanta facilidad, pero no quería que tanto asedio masculino le hiciera perder el mundo de vista. No quería correr el menor riesgo de que Ita dejara a Joe por un terrateniente o burgués adinerado, me había costado demasiado fortalecer el ego de Joe, que con todo seguía siendo frágil: un golpe así podía acabar con él. Ahora se le veía satisfecho y orgulloso, pero su orgullo se basaba en su condición de hombre casado, con una mujer al lado y un niño en camino. Olvidé decirte que en el certificado matrimonial les di uno de mis apellidos. Ahora, en Valhala, eran Josef y Stjerne, Friherr og Fru Lang, pero yo quería que siguieran siendo el señor y la señora Long, al menos por unos años.

Les había hecho jurarse fidelidad eterna, Minerva, sin creer ni por un momento que mantuvieran el voto. Sí, hay efímeros que viven juntos toda la vida..., pero no hay que pedir peras al olmo: Ita era un bomboncito ingenuo y simpático, muy atractivo, que por tener los tobillos delicados tropezaría y se caería sin querer con las piernas abiertas... Se veía venir. Sólo que yo no deseaba que ello ocurriera antes de disponer de una oportunidad de adoctrinar convenientemente a Joe. A un hombre, los cuernos no tienen por qué producirle dolores de cabeza, pero necesita tiempo para ganar madurez y serenidad, y adquirir la debida confianza en si mismo, a fin de llevarlos con dignidad y tolerancia..., y estaba claro que Ita era la chica más indicada para coronarle con una frondosa cornamenta.

Le conseguí un empleo de pescador de perlas y mozo en un pequeño restaurante para gourmets, con una comisión para el chef por cada plato típico de Valhala que Joe aprendiera a preparar correctamente. Entretanto, a ella la retuve a bordo con la excusa de que no podía exponer al mal tiempo a una mujer encinta sin antes procurarle ropa adecuada. Y, luego, "No me molestes ahora, guapa, que tengo que ocuparme de la mercancía".

Lo tomó bastante bien, pues apenas si hizo pucheros. De todas formas, no le gustaba Valhala; tiene una gravedad de 1,7 y ellos dos se habían acostumbrado a los lujos de la ingravidez. El abultado vientre no le pesaba, ni le dolía la espalda ni los pezones. Pero ahora se encontró, de repente, más pesada que nunca, y más torpe, y le dolían los pies. Lo que podía ver de Valhala desde la escotilla de entrada parecía un rincón helado del infierno; acogió con mucho agrado mi ofrecimiento de llevarles a Landfall.

Sin embargo, Valhala era el primer lugar del extranjero que conocía: quería visitarlo. La hice esperar hasta haber descargado toda la mercancía, entonces le tomé las medidas y compré un grueso abrigo de los que se llevaban allí..., pero le hice una jugarreta: le traje tres pares de botas para que escogiera. Dos de los pares eran botas sencillas, de trabajo; el tercero era muy llamativo... y medio número menos que el que ella calzaba.

Así, cuando la acompañé a tierra, llevaba botas demasiado estrechas y hacía un tiempo inusitadamente frío y desapacible. Yo ya había consultado el parte meteorológico. Para lo que suelen ser las ciudades con cosmopuerto, Torheim tenía rincones interesantes, pero los evité, llevándola "de excursión" por los barrios más grises... y a pie. Cuando paré un trineo para devolverla a la nave, estaba destrozada y ansiosa de quitarse aquella ropa tan incómoda, en especial las botas, para darse un baño caliente.

Me ofrecí para acompañarla de nuevo al día siguiente, dejándolo a su elección. Declinó cortésmente la invitación.

(Pasaje omitido.)

... no tan malo, Minerva: sólo pretendía tenerla encerrada sin despertar sus sospechas. En realidad yo había comprado dos pares de botas iguales, uno de ellos de su número exacto. Aquella noche, mientras se bañaba los pobres pies, le di el cambiazo. Insinué entonces que sus problemas venían de no haber llevado botas ni zapatos en su vida. ¿Por qué no ponérselas para andar por la nave hasta que se habituara a ellas ?

Así lo hizo, y se sorprendió al ver lo fácil que era. Le expliqué, poniendo cara de póquer, que la primera vez se le habían hinchado los pies y que debía tomárselo con calma, llevando las botas una hora para empezar, un poco más al otro día, y así, hasta sentirse cómoda con ellas durante el día entero. Al cabo de una semana las llevaba puestas aun sin nada encima; iba más a gusto con ellas que descalza, lo cual no era de extrañar, pues llevaban una plantilla especial que sostenía el arco del pie. Las escogí con todo cuidado. Entre el peso que llevaba en el vientre y la diferencia de gravedades -0,95 de su planeta de origen por 1,14 de Valhala-, pesaba casi veinte kilos más de lo que había pesado nunca hasta entonces; necesitaba plantillas reforzadas.

Tuve que asegurarme de que se las quitara para dormir.

La llevé a la ciudad un par de veces más mientras seleccionaba fletes, pero en aquellas ocasiones le prodigué más mimos: nada de caminar demasiado ni estar de pie mucho rato. Cuando la invitaba a salir, venía, pero se la veía siempre deseosa de quedarse a bordo, leyendo.

Entretanto, Joe trabajaba horas y horas; sólo tenía un día libre a la semana. Así es que, antes de partir, le hice dejar el empleo y me llevé a los niños de excursión, pero esta vez fue una excursión de verdad; alquilamos un trineo para todo el día, con renos en lugar de motor, vimos paisajes en un día claro y soleado, casi de verano, almorzamos en un restaurante de pueblo que daba a los riscos nevados de la cordillera de Jotunheimen, cenamos en un elegante restaurante de la ciudad, con música de orquesta y atracciones además de una cocina espléndida, y nos detuvimos a tomar un té en el local donde Joe había dejado tantos sudores, para que se oyera llamar "Friherr Lang" en vez de "Eh, tú"... y para que luciera a su bella y protuberante señora.

Y vaya si era bella, Minerva. En Valhala, los dos sexos visten, debajo de pesadas ropas de abrigo, ropas de interior que vienen a ser pijamas. La diferencia entre los de los hombres y los de las mujeres está en el tejido, el corte y otros detalles. Les había comprado un pijama de fiesta a cada uno. Joe estaba muy elegante y yo también, pero Ita atraía todas las miradas. Aquella prenda la cubría desde los hombros hasta las botas, pero sólo..., técnicamente. El tejido de aquel vestido de odalisca resplandecía con destellos tornasolados, amarillos, dorados y naranja, y transparentaba. Cualquiera podía verle los pezones erectos de excitación, y todos miraban lo mismo. El hecho de estar de siete meses aumentaba muy mucho sus posibilidades de ser elegida "Miss Valhala".

Estaba deslumbrante y lo sabía, y la felicidad le iluminaba el rostro. Además, se mostraba muy segura de sí misma pues yo la había instruido en las normas de etiqueta del lugar, diciéndole cómo tenía que sentarse y cómo tenía que levantarse; cómo moverse, en fin. Faltaba poco para terminar de cenar y no había cometido un fallo. No era nada malo permitir que se exhibiera y gozara de los callados, o a veces no tan callados, halagos; no sólo estábamos a punto de partir, sino que Joe y yo llevábamos, además, sendos cuchillos en la caña de las botas, bien a la vista. La verdad: Joe era un pésimo luchador con arma blanca, pero aquellos tenorios no lo sabían, y no hubo ninguno que se mostrara inclinado a importunar a una hembra tan hermosa mientras fuera acompañada de sus propios tenorios.

(Pasaje omitido.)

... muy temprano, a pesar de que la noche fue muy corta. Pasamos el día entero cargando la nave; Ita repartía folletos, Joe repasaba las cuentas y yo me cercioraba de que no me habían robado. Ya entrada la noche, nos situamos en el hiperespacio, después que mi computadora piloto desgranara la cuenta atrás que abría la primera etapa del viaje hacia Landfall. Dispuse el gravistato de modo que nos hiciera pasar suavemente de la gravedad reinante en la superficie de Valhala a un confortable cuarto de "ge" (se acabó la ingravidez hasta que Ita tuviera el niño) y cerré el cuarto de mandos bajando a mi cabina, sudoroso y agotado, tratando de convencerme de que mañana aún no sería tarde para tomar un baño.

Tenían la puerta abierta: la puerta de su alcoba, de lo que fue camarote de Joe hasta que convertí sus dos dormitorios en una sola suite. La puerta abierta y ellos dos en la cama: nunca habían hecho aquello.

Pronto supe el porqué. Se incorporaron en la cama y me hicieron gestos para que me aproximara: querían que compartiera su alegría, querían darme las gracias por el día de campo, por haberles comprado, por todo lo demás. ¿Fue idea de él, o de ella, o acaso de los dos? No traté de averiguarlo: sólo les agradecí el gesto y les dije que estaba molido y sucio: sólo deseaba jabón y agua caliente y doce horas de sueño. Podían levantarse tarde: organizaríamos la actividad de a bordo una vez descansados.

Les permití bañarme y darme masaje hasta que me dormí. Aquello no suponía quebrantar la disciplina; les había enseñado los rudimentos de la técnica, y Joe, en particular, tenía un tacto suave y firme a la vez. Había dado masaje diariamente a su mujer durante el tiempo que llevaba de embarazo, incluso cuando trabajaba tantas horas en el restaurante.

Pero de no haber estado tan cansado, habría violado mi regla sobre las mujeres que dependen de uno, Minerva.

(Pasaje omitido.)

... todos los libros y cintas que pude encontrar en Torheim para refrescar mis conocimientos de obstetricia y ginecología, además de instrumental y materiales que nunca creí necesitar a bordo de la nave. Me encerré hasta dominar todas las nuevas técnicas y ser tan buen pediatra como cuando ejercía de médico rural en Ormuz, muchos años atrás.

Vigilé de cerca a la paciente, regulando su dieta y cuidando de que hiciera ejercicio, le examiné diariamente las entretelas... y no le consentí familiaridades excesivas.

El doctor Lafayette Hubbard, médico, conocido también como capitán Aaron Sheffield, conocido también como el Decano, et al., sentía una desmedida preocupación por su única paciente, pero no permitió que ella y su esposo lo advirtieran y dio una salida constructiva a su inquietud, tomando medidas en previsión de cualquier contingencia obstétrica de la que diera noticia la ciencia de su tiempo. El instrumental y los suministros que consiguiera en Valhala eran comparables en todo a los del Templo de Frigg, de Torheim, en el que cincuenta nacimientos en un día eran cosa frecuente.

Sonrió al ver el montón de cacharros que había subido a bordo, pensando en aquel médico rural de Ormuz que trajo al mundo a más de un niño sin otro instrumento que las manos, con la madre sentada en las rodillas del padre, que le tenía las rodillas levantadas y abiertas para que el viejo doctor Hubert se arrodillase ante ella y cogiera al niño.

Así era..., pero siempre llevó consigo todo el instrumental que podía cargar el burro, aunque nunca abría el maletín si todo iba bien. Se trataba de eso: de tener los trastos a mano si las cosas no iban bien.

Uno de los artículos que compró en Torheim no era material de socorro precisamente: se trataba del último modelo perfeccionado de sillón de partos, con agarraderas, brazos acolchados, soportes para piernas, pies y dorso regulables independientemente sobre tres ejes de rotación y traslación, con mandos al alcance de la paciente y la comadrona, y abrazaderas de apertura automática. Era una obra de ingeniería mecánica maravillosamente flexible, que permitía a la madre adoptar la posición que mejor le conviniera para que el paso de la criatura fuese vertical y lo más amplio posible, llegado

el momento de la verdad.

El doctor Hubert-Sheffield lo mandó instalar en su cabina y comprobó el funcionamiento de los mandos antes de firmar la conformidad. Luego lo contempló y frunció el ceño. Era un juguete estupendo, y había pagado por él un buen dinero sin pensarlo un instante. Pero en él no había rastro de amor; era más impersonal que una guillotina.

Los brazos y las rodillas de un marido no resultaban tan eficaces... pero a su modo de ver había mucho que hablar acerca de hacer que los padres pasaran juntos el trance: ella, rodeada y confortada por los brazos del marido, y él dándole la ayuda muscular y

el apoyo moral que dejaban a la comadrona libre de más preocupaciones que las de concentrarse en el aspecto físico de la cuestión.

El marido que lo hacía quedaba plenamente seguro de su calidad de padre. Aunque la mujer se hubiera dejado meter un clavo por cualquier extraño, el hecho perdía toda importancia ante la mayor intensidad de aquella experiencia.

¿Entonces, qué, doctor? ¿Aquel juguete, o los brazos de Joe? ¿Les hacía falta a los chicos aquella segunda "ceremonia matrimonial"? No había duda en que Ita era el miembro más maduro del equipo, aunque Joe abultaba más que ella, con barriga y todo. ¿Qué sucedería si Joe se desmayaba y la dejaba caer en el peor momento?

Sheffield consideró con preocupación semejante posibilidad mientras desde el gravistato del cuarto de mandos hacía comprobaciones con la gravedad del sillón de partos. Resolvió que, por molesto que fuera, su cabina debería servir de sala de partos; era el único compartimento con amplitud suficiente, una cama a mano y baño propio. Sí, no le importaría soportar el inconveniente de tener que pasar junto a aquel cachivache tan engorroso para llegarse al escritorio o al ropero. Era cosa de cincuenta días, sesenta como máximo, si no estaba equivocado acerca de la fecha de la concepción y había juzgado correctamente la evolución de Ita. Luego podría desmontarlo y guardar las piezas.

Quizá podría venderlo a buen precio en Landfall; estaba convencido de que allí no tenían aparatos tan avanzados técnicamente.

Movió el sillón, bajándolo hasta el suelo y elevándolo al máximo, colocó frente a él su taburete de comadrona, regulándolo hasta una altura cómoda, y vio que aún podía bajar diez o doce centímetros el sillón y disponer de espacio suficiente para trabajar. Hecho esto, trepó en el sillón y jugueteó con los mandos. Vio que servía para una persona de su talla; no era extraño, puesto que en Valhala había mujeres más altas que él.

Ya pasaban diez días de la fecha que calculé para el alumbramiento, Minerva, pero no mostraban inquietud, ya que tuve cuidado de ser poco claro al respecto, y a mi me preocupaba apenas lo justo, pues por los análisis que le hacía, ella estaba bien de todo.

Les preparaba no sólo a base de lecciones y ejercicio, sino también con ayuda de la hipnosis; a ella la había preparado mediante movimientos gimnásticos pensados para hacérselo lo más fácil posible. El canal del parto debía dilatarse, no desgarrarse.

Lo que de veras me inquietaba era la posibilidad de verme obligado a partirle el cuello a un monstruo. O sea, matar al niño, hablando claro. Todos los cálculos que hice durante aquella noche en blanco no excluían semejante posibilidad... y de ser errónea alguna de mis hipótesis, la probabilidad podría ser más alta de lo que me atrevía a pensar.

Si tenia que hacerlo, quería salir bien del apuro.

Yo estaba mucho más preocupado que ella. No creo que se preocupara en absoluto; me había empleado a fondo con la preparación hipnótica.

Si tenía que hacer una cosa tan espeluznante, tendría que hacerlo deprisa, mientras estuvieran distraídos; luego, sin darles ocasión de verlos, arrojaría al espacio los pobres restos. Vendría entonces la tremenda tarea de recompensar sentimentalmente a la pareja. ¿Podrían seguir como marido y mujer? Lo ignoraba; quizá me formaría una opinión después de ver qué llevaba dentro ella.

Por fin aumentó la frecuencia de las contracciones, así es que les mandé colocarse en el sillón de partos, que había puesto a un cómodo cuarto de gravedad normal. El sillón ya estaba graduado, y ellos estaban habituados a la posición gracias a los ejercicios de preparación. Joe subió y se sentó con los muslos muy separados, las rodillas en los soportes correspondientes y los tobillos sujetos con las abrazaderas. No estaba muy cómodo, al no ser larguirucho de miembros como ella. Acto seguido la levanté y la hice sentar en el regazo de él; no hubo problema, pues pesaba menos de cuarenta libras, con aquella pseudo-aceleración. Pongamos dieciocho kilos.

Abrió las piernas hasta casi ponerlas en línea y se arrellanó en el regazo de Joe, mientras éste la sujetaba con los muslos.

"¿Las abro más, capitán", me preguntó.

"No, ya está bien", respondí. El sillón podía haberla colocado en mejor posición, pero en tal caso no la rodearían los brazos de Joe. Yo no les había dicho que hubiera otro modo de hacerlo. "Dale un beso, Joe, mientras aprieto las correas."

Uní sus dos rodillas izquierdas con una correa, hice lo propio con las derechas, y aseguré los pies de ella en un soporte adicional que había instalado. A él le sujeté el pecho, los hombros y los muslos, con tanta fuerza que no habría caído del sillón ni aunque estallara

la nave; ella, en cambio, no estaba sujeta por esos puntos. Ponía las manos en las asas especiales en tanto que él formaba con los brazos un cálido y dulce cinturón de seguridad, justo por debajo de los pechos, por encima del abultado vientre pero no sobre él.

Sabía cómo debía hacerlo, lo teníamos ensayado. Si yo quería más presión sobre el vientre de ella, se lo diría; si no, no tenía que apretar.

Mi asiento estaba sujeto al suelo y le había añadido un cinturón. Mientras me lo ajustaba, les recordé que ahora venía lo peor, y que aquello no habíamos podido ensayarlo, por no exponernos a malograr el crio. "Aprieta los dedos, Joe, pero no la ahogues. ¿Estás cómoda, Ita?"

"Ay...", dijo sin aliento, "viene... ¡viene otra!"

"¡Aguanta, querida!" Me aseguré de tener bien puesto el pie sobre el regulador de gravedad y le observé el vientre.

¡Era enorme! Mientras asomaba, hice pasar la gravedad de un cuarto a más del doble de lo normal casi de golpe. Ita aulló y el niño salió escupido como una pepita de melón, directamente a mis manos.

Retiré el pie para que la gravedad disminuyera, al tiempo que procedía a una rápida inspección de la criatura. Era un niño normal: arrugado, feo y congestionado. Le di una torta en el culo y se puso a berrear.

Landfall

(Pasaje omitido.)

... la chica a quien tenía pensado hacer mi esposa se había vuelto a casar y tenía otro hijo. No me sorprendió: yo había pasado dos años tipo fuera de Landfall. Tampoco hice de ello ninguna tragedia, porque ya estuvimos casados una vez, más o menos un siglo antes. Éramos viejos amigos. En consecuencia, hablé con ella y su nuevo marido y me casé con una nieta suya que no descendía de mí. Las dos chicas eran Howard, naturalmente, y mi nueva esposa, Laura, de la Familia Foote.[14]

Hacíamos buena pareja: Laura tenia veinte años y yo, recién rejuvenecido, aparentaba una edad cosmética de poco más de treinta. Tuvimos varios hijos..., nueve, creo..., pero se cansó de mi al cabo de cuarenta años y pico y quiso casarse con mi primo quinto-séptimo [15] Roger Sperling, lo cual no me apenó demasiado, pues ya empezaba a hartarme de la vida de hacendado. Además, si una mujer quiere irse, que se vaya. El día de su boda yo hice de testigo.

A Roger le sorprendió saber que mi plantación no era de propiedad comunitaria. Quizá no creyó que yo haría cumplir a Laura el acuerdo matrimonial que habíamos firmado... pero no era la primera vez que era millonario y ya había aprendido. Tuve que pasar por una larga y tediosa discusión hasta convencerle de que Laura estaba en posesión de la dote más un suplemento, y no de aquellos millares de hectáreas, que ya eran míos antes de casarme con ella.

En muchos aspectos, es más sencillo ser pobre.

Monté en la nave y me marché otra vez.

Pero estábamos hablando de aquellos chicos que eran míos y no lo eran antes de llegar a Landfall, Joseph Aaron Long ya era más parecido a un querubín que a un mono, pero todavía se mojaba encima de quien cometiera la imprudencia de llevarlo en brazos, que era lo que hacia su abuelito varias veces al día. Yo estaba orgulloso de él: no sólo era un niño feliz, sino además, para mi, un éxito personal.

Cuando aterrizamos, su papá se había convertido en un excelente cocinero.

Habría podido dar a los chicos todos los lujos imaginables, Minerva: aquél fue el viaje de negocios más provechoso que hice jamás. Pero a base de regalos no se consigue que un ex esclavo vaya por el mundo con la cabeza bien alta. Lo que hice fue enseñarles a desenvolverse por ellos mismos. Por ejemplo:

14. Una rectificación: era de la Familia Hedrick. La citada Laura (uno de los antepasados de quien esto firma) llevaba el apellido "Foote" con arreglo a la tradición patrilineal arcaica, que es fuente de innumerables confusiones en las antiguas crónicas, dado que el sistema matrilineal, más lógico, fue seguido desde siempre por las Familias a la hora de atribuir la pertenencia de cada individuo a un clan. Pero las genealogías no fueron sometidas a una revisión que lo hiciera constar sino hasta el año 3307 del calendario gregoriano. El error permitirla datar esta referencia del Decano… si otras crónicas no demostraran que el reno fue introducido en Valhala un siglo y medio después de la fecha en que-con absoluta certeza-el Decano contrajo matrimonio con Laura Foote-Hedrick.

Más interesante, sin embargo, es la afirmación hecha por el Decano en el sentido de que utilizó un campo pseudogravitatorio en aquel mismo año para facilitar un alumbramiento. ¿Fue

él el primer tocólogo que recurrió a tal método, hoy habitual? No lo afirma en lugar alguno. La creación de esta técnica suele atribuirse al Dr. Virginius Baggs, de la Clínica Howard de Secundus, en fecha muy posterior. (J. F. XLV.)

15. Y asimismo descendiente del Decano (a través de Edmund Hardy, 2099-2259). Si bien el Decano pudo no estar al corriente de ello. (J. F. XLV.)

Les aboné sueldos de aprendiz por el trabajo de media jornada que hicieron entre Santa y Valhala, partiendo del supuesto de que habían dedicado la otra media a los estudios. Ordené a Ita que lo calculara en coronas de Valhala, según los salarios que pagaban allí, y que lo sumara a lo que ganó Joe como pinche de cocina, menos lo que gastó. Les aboné en cuenta la cantidad resultante, en forma de participación en el flete de la tercera etapa, de Valhala a Landfall que ascendía a menos del 0,5 por 100 del valor de la carga.

Añadimos a eso el salario que ganaría Joe como cocinero de la tripulación desde Valhala hasta Landfall, pagadero en pavos de Landfall de acuerdo con los sueldos vigentes en aquel planeta. Expliqué a Ita por qué no se podía invertir retroactivamente el sueldo de Joe en el género cargado en Valhala. Una vez comprendido el porqué, adquirió una primera noción de lo que era el negocio, el riesgo y el beneficio..., pero no le pagué nada por hacer aquellas cuentas; sólo habría faltado que le diera un jornal de contable por calcular cuánto dinero poseía, cuando además de supervisar la operación acababa de darle una lección de economía.

Ella no cobraría nada por el viaje hasta Landfall; había sido una simple pasajera, ocupada en tener un niño y todavía más ocupada en aprender a criarlo. Pero tampoco le cobré nada: habría viajado de gorra.

Ya habrás intuido lo que hacia: manipulaba las cuentas de tal modo que aún les debería algo después de vender la mercancía, haciéndoles creer, al mismo tiempo, que se lo habían ganado. No merecían sueldo, antes al contrario: llevaba un buen pico gastado en ellos, aparte lo que me costaron, que jamás me pasó por la mente cobrarles. Por otra parte, me sentía sobradamente pagado en satisfacciones, en especial si lograban caminar solos. Pero no lo comenté me limité a hacer que Ita calculara su parte... a mi manera.

(Pasaje omitido.)

... ascendían a un par de miles; no podrían mantenerse mucho tiempo con aquella cantidad. Pero finalmente encontré un fonducho sobre el que me hice con una opción a través de un tercero, después de asegurarme de que serviría para que una pareja, esforzándose, se mantuviera a flote, de que el precio era razonable y que tenían ganas de trabajar. Les dije entonces que seria mejor que empezaran a buscar trabajo porque iba a poner en venta el "Libby" o a ofrecerlo en alquiler con hipoteca. Tenían que espabilarse si no querían morir. Eran verdaderamente libres; libres para morirse de hambre.

Ita no se inmutó apenas: sólo se puso muy seria y siguió acunando al pequeño J.A.; Joe parecía asustado. Pero al poco rato les vi muy juntitos, consultando la sección de demandas de personal de un periódico que había traído a bordo.

Después de mucho hablar en susurros, Ita me preguntó con timidez si yo podría cuidar del niño mientras iban en busca de empleo; aunque si tenia trabajo ella podría llevarlo a cuestas.

Le dije que no tenia que salir, pero ¿habían consultado la sección de "oportunidades"? Con los trabajos para personal no cualificado no irían a ninguna parte.

Se mostró sorprendida: no había pensado en ello. Pero la insinuación bastó. Después de otro rato de lectura y de discusión en voz baja, me tendió el diario señalando un anuncio -el mío, aunque nada indicaba que lo fuera- y me preguntó qué significaba lo de "cinco años de amortización"

Miré el anuncio con desdén y le dije que era una forma de arruinarse poco a poco, especialmente si se gastaba el dinero en vestidos, y que allí había algo que no andaba bien, porque de otro modo el propietario no querría vender.

Tan apesadumbrada como Joe, me dijo que las otras oportunidades de negocio requerían grandes inversiones. Respondí de mala gana que nada se perdía con ver de qué se trataba, pero que se anduvieran con cuidado por si había trampa.

Regresaron entusiasmados. ¡Estaban convencidos de que podrían comprarlo y hacerlo rendir! Joe era diez veces mejor cocinero que el fabricante de fritangas que llevaba el negocio: utilizaba demasiada grasa, todo lo hacia rancio, y el café era horrible, y ni siquiera tenia limpio el local. Pero lo mejor era que detrás de la despensa había una habitación en la que podrían vivir y...

Les apabullé con algunas preguntas: ¿cuánto ingresaba en bruto el negocio?, ¿cuánto pagaba de impuestos?, ¿qué permisos se necesitaban, qué inspecciones había que pasar y qué pico había que soltar para cada cosa?, ¿qué sabían ellos de comprar comida al por mayor? Y no pensaba darle una ojeada al establecimiento: tendrían que aprender a llevarlo solos y dejar de apoyarse en mi; además, yo no entendía de restaurantes.

Dos mentiras, Minerva: he dirigido restaurantes en cinco planetas y una mentira por omisión en cuanto a mis motivos para no querer inspeccionar el fonducho. Eran dos motivos; no, tres: primero, yo ya había revisado el local hasta en detalle antes de comprarlo; segundo, el cocinero me reconocería forzosamente; tercero, como yo era quien lo vendía a través de un hombre de paja, no podía garantizarlo ni tampoco apremiarles a comprar. Mira, Minerva: si yo vendo un caballo no tengo por qué garantizar que tiene cuatro patas: que se las cuente el comprador.

Después de haber negado poseer la menor noción del arte de administrar un restaurante, les di unas lecciones sobre el tema. Ita empezó a tomar apuntes y al rato pidió permiso para poner en marcha la grabadora. Así es que entré en detalles: les expliqué que un cien por ciento de beneficio bruto sobre el coste de la comida no podría cubrir gastos, como quedó claro después que Ita calculara los costes y lo demás: amortizaciones, depreciaciones, impuestos, seguros, sueldos para los dos como si fueran empleados, etc. Dónde estaba el mercado y a qué hora debían estar allí cada mañana. Por qué Joe debía aprender a cortar carne en vez de comprarla cortada, y dónde y cómo podían enseñarle. Cómo una carta demasiado extensa les llevaría a la ruina. Qué hacer con las ratas, los ratones las cucarachas y otros bichitos que hay en Landfall y que afortunadamente no hay en Secundus. Por qué...

(Pasaje omitido.)

... cortaron el cordón umbilical, Minerva. Creo que nunca sospecharon que la otra parte era yo. Ni les engañé ni les ayudé; el contrato sólo señalaba la suma de lo que yo tuve que pagar por el tugurio, más un suplemento por el tiempo que perdí regateando, más tasas legales

y de depósito y una comisión para el intermediario, más el interés que me cobraría a mi un banco, un dos por ciento menos de lo que les cobraría a ellos. Pero de caridades, nada: ni gané ni perdí, y sólo les cobré el valor de un día de mi tiempo.

Ita resultó ser una administradora asquerosamente perfecta: me parece que cubrió gastos al primer mes, y eso que cerraban para limpiar y renovar provisiones. Naturalmente no dejó de pagar el primer plazo de la hipoteca aquel mes ni ninguno. Es más: pagaron en tres años el préstamo a cinco.

No era de extrañar. Si, claro, de haber caído enfermos se habrían ido a pique, pero eran jóvenes y sanos, y trabajaron siete días a la semana hasta que se vieron libres de deudas. Joe cocinaba, mientras Ita llevaba la caja, sonreía a los clientes y ayudaba en el mostrador, y J. A. vivió en la canastilla al lado de su madre hasta que dio los primeros pasos.

Antes de casarme con Laura y dejar Nuevo Cañaveral para convertirme en propietario rural, pasaba muy a menudo por el local aunque no demasiado: Ita no me dejaba pagar, lo cual era correcto pues formaba parte de su actitud orgullosa y firme ante la vida; ellos habían comido de mi plato y ahora yo comía del suyo. Así, pasaba por allí para tomar café y asegurarme del buen estado de mi ahijado, al tiempo que me interesaba por el de ellos. También les traía clientes; Joe era buen cocinero y mejoraba día a día, con lo que pronto corrió la voz de que si a uno le gustaba la buena comida el lugar ideal era *Casa Estela*. La mejor publicidad es la que se hace de boca en boca; a la gente le gusta dárselas de haber "descubierto" un restaurante.

Y no espantaba a la clientela, precisamente, la presencia de Ita, joven y hermosa y con un niño en brazos. Cuando le daba el pecho mientras devolvía el cambio, como ocurría a menudo al principio, tenia prácticamente asegurada una buena propina.

J. A. ya no mamaba, pero cuando estaba a punto de cumplir los dos años le sustituyó en la tarea una niña, Libby Long. Esta vez no hice de comadrona, y su pelo rojo no tenia nada que ver conmigo. Joe era rubio, y supongo que Ita llevaba ese gen recesivo; no sé si tuvo tiempo de ramificarse. Libby era un verdadero imán para las propinas, y creo que a ella se debió en buena parte que pudieran pagar tan pronto la hipoteca.

Al cabo de unos años Casa Estela se trasladó al barrio comercial, a un local algo más amplio; Ita contrató a una camarera, que era muy linda, faltaría más.

(Pasaje omitido.)

... la Maison Long era muy elegante, pero en un rincón tenia una cafetería llamada Casa Estela. Estela servia allí y también en el comedor principal: sonriente, vestida llamativamente con ropas que dejaban ver su espléndida figura, llamando por su nombre a los clientes habituales y recordando sin fallo los de sus invitados. Joe tenia tres chefs y varios ayudantes, y si no cumplían a la perfección los despedía.

Pero antes de que inauguraran la Maison Long, ocurrió algo que demostraba que mis chicos eran aún más listos de lo que yo creía, o al menos demostraban que recordaban las cosas y las comprendían con el tiempo. En serio, cuando les compré no valían ni para tirar de un carro, y no creo que ninguno de ellos hubiera tocado jamás una moneda.

Me llegó carta de un abogado; dentro había un talón y una nota: dos pasajes Santa-Valhala-Landfall, con las tarifas de la segunda etapa tomadas de las de la Compañía de

Migraciones Transestelares, S. L., de Nuevo Cañaveral, y las de la primera arbitrariamente igualadas a éstas; algunas cantidades en concepto de participación en una venta de mercancías; cinco mil gracias traducidas a pavos según una tasa de cambio calculada de modo que no hubiera merma de poder adquisitivo, según nota aparte total de las sumas anteriores; intereses producidos por la cifra bruta anterior en anualidades semestrales durante los trece últimos años de acuerdo con los tipos vigentes para cada año para préstamos no garantizados, y suma total absoluta igual al importe del efecto. No recuerdo bien la cifra, Minerva, aunque hoy, en coronas de Secundus, no seria nada. Pero era una suma respetable.

No se hacia mención de Ita ni de Joe, y el talón iba firmado por el abogado. En consecuencia, le llamé.

Resultó duro de pelar, pero no me inquieté porque yo también era abogado, aunque no ejercía. Todo lo que pude sacarle fue que actuaba en nombre de un cliente cuya identidad no podía revelar.

Le ametrallé con una sarta de latinajos de leguleyo y se arrugó hasta el extremo de informarme incluso de que tenía instrucciones para el caso de que yo rechazara el talón: debía entregar su importe a una determinada fundación y acto seguido comunicármelo. Pero se negó a decirme a qué fundación.

Corté y llamé a Casa Estela. Respondió Ita, que puso el vídeo y me obsequió con su mejor sonrisa. "¡Aaron! ¡Dichosos los ojos! Llevamos demasiado tiempo sin verle..."

Asentí añadiendo que al parecer se habían vuelto majaretas mientras no les vigilaba. "Tengo aquí un montón de estupideces que me ha mandado un abogado, además de un talón la mar de ridículo. Si pudiera cogerte te daba una zurra, guapa. Que se ponga Joe, será mejor."

Sonrió con expresión de felicidad y me dijo que recibiría muy gustosa la zurra, pero que Joe tardaría un momento en ponerse al aparato porque estaba cerrando. Dejó de sonreír y añadió en tono grave y serio: "Aaron, queridísimo y viejo amigo, esos papeles no tienen nada de ridículo. Hay deudas que no pueden pagarse. Es lo que usted me enseñó hace años. Pero la parte monetaria de una deuda si puede pagarse. Es lo que estamos haciendo, con toda la exactitud de que somos capaces".

"Maldita sea, mocosa: ¡no me debéis un puñetero chavo!", respondí; no sé si fue eso exactamente o algo por el estilo. Ella trató de contestar:

"Aaron, querido amo... "

Al oír la palabra "amo" me disparé, Minerva: utilicé un vocabulario que habría despellejado a un tiro de mulas.

Ella dejó que soltara lo que llevaba dentro y recalcó quedamente:

"Amo hasta que nos emancipe dejándonos pagarle... capitán."

Aquello me dejó cortado.

Añadió: "Pero aun así, en el fondo de mi corazón seguirá siendo mi amo, capitán. Y también en el fondo del corazón de Joe, lo sé. Aunque vayamos por el mundo con la cabeza

bien alta, tal como nos enseñó. Aunque los hijos que he tenido y los que tendré, gracias le sean dadas por ellos, crean que nunca fuimos sino libres... y orgullosos de serlo".

"Me vas a hacer llorar, querida", dije.

"¡No, no! El capitán nunca llora."

"Bien lo sabes, zorrita. Claro que lloro, pero en mi camarote, con el cerrojo echado. Mira, cariño, no pienso discutir contigo. Si tan felices os hace a los dos aceptaré. Pero sólo la cifra base, sin intereses. Yo no cobro intereses a mis amigos "

"Somos más que amigos, capitán, y también menos. Una deuda se paga siempre con intereses, según me enseñó. Pero eso es algo que yo ya sabia perfectamente cuando no era más que una esclava ignorante recién emancipada. Joseph también lo sabia. Traté de pagar esos intereses, señor, pero usted me rechazó."

Cambié de tema. "¿Cuál es la maldita fundación que se quedará con los cuartos si yo los rechazo?"

Vaciló antes de contestar: "Pensábamos dejar que lo decidiera usted, Aaron. Pero creemos que podrían destinarse a los huérfanos de cosmonautas. Quizás al Refugio Memorial Harriman".

"Estáis locos. Ésos están forrados, lo sé muy bien. Atiende: si mañana bajo a la ciudad, ¿podéis cerrar el tugurio durante un día? ¿Y si vengo para el Día de Neil?"

"Cuando quiera y todos los días que quiera, querido Aaron."

Le dije que volvería a llamar.

Necesitaba tiempo para pensar, Minerva. Joe no era problema; nunca lo fue. Pero Ita era muy testaruda. Yo le había ofrecido una posibilidad de compromiso, pero no cedió ni un milímetro. Los intereses eran lo que hacían que la cantidad fuera tan tremenda... para ellos, una pareja que había empezado con un par de miles de pavos trece años antes y que por aquel entonces tenía que mantener a tres críos.

El interés compuesto es un crimen. La suma que decían deberme, el importe del talón, era más de dos veces y media la cantidad inicial... y yo no alcanzaba siquiera a entender cómo habían ahorrado esa primera cifra. Pero si hubiera conseguido que aceptara pagar solamente la cantidad base y olvidarse de los intereses, aún tendrían un buen capitalito para ampliar el negocio, y si para no herirles en su orgullo todavía había que entregar la cantidad más pequeña a los cosmonautas huérfanos, o a los huérfanos de cosmonautas, o a los gatos menesterosos, no creía que el trato les pareciera incorrecto. Yo fui quien les enseñó, ¿no? Una vez rechacé una cifra diez veces mayor antes de consentir en discutir sobre si un trato era correcto o no. Y pasé la noche en un cementerio .

Me pregunté si en su mente retorcida no estaría pagándome el haberla echado de mi cama una noche, catorce años antes. Me habría gustado saber lo que haría ella si le hacia una contraoferta: aceptar la cantidad inicial y dejar que me pagara los "intereses" a su manera. Seguramente se abriría de piernas en menos que canta un preservativo.

Lo cual no arreglaría nada.

Ya que había rechazado mi oferta, volvíamos a estar donde al principio. Estaba decidida a pagarlo todo, o a entregarlo porque si a quien fuera, y yo estaba decidido a impedirle hacer ninguna de las dos cosas, yo también sé ponerme testarudo.

Tenía que haber un modo de llegar a un acuerdo.

Por la noche, después de cenar, cuando se retiraron los criados, le dije a Laura que tendría que ir a la ciudad a resolver algunos asuntos. ¿Le gustaría venir? Podía ir de compras mientras yo trabajaba; después iríamos a cenar donde quisiera y a pasar el rato

donde gustara. Volvía a estar embarazada; creí que le gustaría pasar un día tirando el dinero en vestidos.

No es que me propusiera llevarla conmigo a la inminente pelea con Ita; oficialmente, Joseph y Estela Long y su hijo mayor habían nacido en Valhala; nos hicimos amigos cuando viajaron en mi nave. Compuse esa historia y se la enseñé a los chavales durante el vuelo a Landfall, y también les hice ver cintas audiovisuales de Torheim, con lo que se convirtieron en valhalianos improvisados que podían pasar por tales siempre que los valhalianos auténticos no les hicieran demasiadas preguntas.

El truco no era tan necesario, puesto que en Landfall regía una política de puertas abiertas. Los inmigrantes ni siquiera tenían que pasar por el registro; si tenían problemas o no, eso era cosa suya. No había que pagar tasas de aterrizaje, impuestos personales, ni cargas fiscales de ninguna especie; y el gobierno apenas se dejaba ver. Nuevo Cañaveral, que era la tercera ciudad en importancia, no pasaba de cien mil habitantes. En aquellos tiempos Landfall era un buen sitio.

De todas formas, dispuse que Ita y Joe obraran así pensando tanto en ellos como en sus hijos. Quería que olvidaran que una vez fueron esclavos, que nunca hablaran de ello, que sus hijos no lo supieran nunca... y al mismo tiempo enterrar el dato de que habían sido, de algún extraño modo, hermano y hermana. Nacer esclavo no tiene nada de vergonzoso (para el esclavo) ni había nada que impidiera casarse a dos diploides complementarios. Pero dejemos eso y volvamos al principio: Joseph Long se había casado con Stjerne Svensdatter ("Estela" en la lengua inglesa de Landfall, "Ita" en el apelativo cariñoso que usaban con ella desde niña); se habían casado al terminar él su aprendizaje como cocinero y habían emigrado al nacerles el primer hijo. La historia era sencilla y no había por dónde descubrir su falsedad, y corría un velo sobre mi único intento de hacer de Pigmalión. Yo no encontré motivos para dar a mi esposa otra versión que la oficial. Laura sabia que eran amigos míos, y en atención a mí se mostraba amable con ellos, y al final llegaron a gustarle.

Laura era una buena chica, Minerva; una excelente compañera en la cama y fuera de ella, y ya en su primer matrimonio demostró poseer una cualidad típica de los Howard: no tratar de abrumar al marido. A la mayor parte de las Howard les cuesta al menos un matrimonio el adquirirla. Sabia quién era yo (el Decano) puesto que nuestra unión y luego el nacimiento de nuestros hijos fueron registrados en los archivos, tal como lo fueron mi boda con su abuela y la descendencia que siguió. Pero nunca me trató como si hubiera entre nosotros el millar de años de diferencia que había y nunca me preguntaba acerca de mis vidas anteriores; sólo se limitaba a escuchar si me venia en gana contarle cosas.

No la culpo del pleito: quien lo cocinó fue ese cerdo avariento de Roger Sperling.

Librodot

Laura dijo: "Si no te importa, me quedaré en casa, cielo. Prefiero comprarme trapos cuando vuelva a mi talla normal. Y en cuanto a restaurantes, no hay en Nuevo Cañaveral quien pueda igualar lo que Thomas nos cocina aquí en casa. En fin, quizá Casa Estela, pero eso es una cafetería, no un restaurante. ¿Les vas a ver, en este viaje? Me refiero a Estela y Joe".

"Posiblemente."

"No dejes de hacerlo querido; son buenos chicos Además, quiero hacerle llegar alguna chuchería a mi ahijada. Mira, Aaron, si quieres llevarme a un buen restaurante cuando vayamos a la ciudad debes persuadir a Joe a que abra uno. Joe es tan buen cocinero como Thomas."

(Es mejor que Thomas, me dije, y no pone mala cara cuando le piden algo. Lo malo de los criados Minerva, es que tú les sirves a ellos tanto como ellos a ti.) "No dejaré de visitarles, aunque sea el tiempo justo para entregar tu regalo a Libby."

"Y dales un beso a todos de mi parte y será mejor que les haga regalos a todos los niños y no te olvides de decirle a Estela que estoy embarazada y entérate de si ella también lo está y no te olvides de decírmelo, y ¿a qué hora sales, cielo? Te pondré algunas camisas."

Laura estaba absolutamente convencida de que yo era incapaz de hacer una maleta para un viaje de un día, por más siglos de experiencia que tuviera. Su capacidad de ver el mundo tal como quería verlo le permitió soportar mis manías de carcamal durante cuarenta años; le tengo mucho cariño. ¿Que si la amaba? Claro que si, Minerva. Siempre procuró por mi bienestar, y yo hice lo propio con ella; nos gustaba estar juntos. Pero no era un amor de esos que te hacen poner los ojos en blanco.

Al día siguiente monté en mi cacharro y me fui a Nuevo Cañaveral.

(Pasaje omitido.)

... proyectado la Maison Long. Ita se había propuesto deslumbrarme. Soy un sentimental y ella, que lo sabia, había preparado la escena. Cuando llegué, las persianas estaban bajadas antes de hora; habían mandado a los niños mayores a pasar la noche fuera y la pequeña Laura estaba acostada. Joe me abrió y me dijo que pasara hacia el fondo; estaba terminando de preparar la cena y vendría en seguida. Así es que pasé a la vivienda para ver a Ita.

Allí estaba: vestida con un sarong y calzando las sandalias que le regalé apenas comprarla. En lugar del sofisticado maquíllaje que tan bien solía lucir, llevaba la cara limpia y el pelo suelto, que le llegaba hasta el pecho o más abajo, muy bien cepillado y brillante. Pero aquélla no era la esclava asustada e ignorante que ni siquiera sabia lavarse- aquella mujer de belleza serena iba más limpia que un bisturí esterilizado, y llevaba un perfume que probablemente se llamaba "*Brisa de Primavera*" pero que habría tenido que llamarse "*Violación Justificada*" y venderse solamente con receta médica.

Se mantuvo unos momentos frente a mi para que la contemplara y luego se abalanzó sobre mi, dándome un beso más irresistible aún que su perfume.

Cuando me soltó, Joe estaba con nosotros... vestido con el taparrabos y las sandalias.

Pero no me puse sentimental; devolví el saludo con cierta sequedad, aceptando un besito de Joe, y sin hacer ningún comentario sobre su modo de vestir empecé en seguida a explicar el trato que les proponía. Cuando Ita entendió de qué estaba hablando, pasó al instante de sirena

"sexy" a implacable mujer de negocios, escuchó atentamente, dejando a un lado el decorado y el vestuario, y me hizo las oportunas preguntas.

Al poco rato dijo: "Aaron, esto me huele a gato encerrado. Usted nos dijo que fuéramos libres, y hemos intentado serlo, y por eso le enviamos el talón. Sé sumar: le debemos esa cantidad. No queremos ser dueños del mayor restaurante de Nuevo Cañaveral. Somos felices, tenemos hijos sanos y nos ganamos la vida".

"Y trabajáis demasiado", añadí.

"No tanto. Y un restaurante mayor supondría más trabajo todavía. Pero la cuestión es ésta: parece que nos vuelve a comprar. Si es eso lo que quiere, muy bien: es el único amo que aceptaríamos. ¿Es eso lo que pretende, señor? Si lo es, díganoslo, por favor. Sea sincero con nosotros."

"Joe, tú la sujetas y yo le doy una azotaina por usar esa palabrota. Te equivocas en ambas cosas, Ita: un restaurante mayor supone menos trabajo. Y no os estoy comprando; os estoy proponiendo un negocio del que pienso sacar mis buenos beneficios. Estoy haciendo una apuesta a favor del genio de Joe como cocinero y de tu capacidad para sacar céntimos de donde sea sin rebajar la calidad. Si no hago dinero, ejerceré mi derecho a liquidar mi parte y recuperar mi inversión, y podéis volver a llevar un merendero. Si fracasáis no pienso echaros una mano."

"Hermano..." Le llamó así en el dialecto de su infancia. Aquello me dio a entender que la cosa iba de reunión ejecutiva de alto nivel, pues ponían un cuidado extremo en no llamarse "hermano" ni "hermana" en ninguna lengua, especialmente delante de los niños. A veces llamaba "Hermano" en inglés a J. A., pero nunca a su padre. No recuerdo si en Landfall había leyes contra el incesto, Minerva; de hecho no había demasiadas leyes. Pero si había un fuerte prejuicio en contra de él, y así se lo enseñé con sumo cuidado. Cuando se conocen los tabúes de una cultura se tiene medio ganada la batalla.

Joe parecía pensativo. "Yo sé cocinar. ¿Tú sabrás administrarlo, tata?"

"Puedo intentarlo. Lo intentaremos si usted quiere, Aaron, claro está. No sé si saldremos adelante, y sigue pareciéndome que supondrá más trabajo. No me quejo, Aaron, pero es que ya trabajamos casi al limite de nuestra capacidad."

"Ya lo sé. No entiendo de dónde sacó tiempo Joe para camelarte."

"No cuesta tanto", respondió, encogiéndose de hombros. "Y pasará tiempo antes que necesite tomarme unas vacaciones. J. A. ya es mayorcito y puede llevar la caja cuando no estoy, pero no será lo mismo en un restaurante de lujo."

"Sigues teniendo mentalidad de cafetería, nena", le respondí. "Ahora escucha y te enseñaré cómo ganar más dinero con menos trabajo y más tiempo libre.

"No podremos abrir la Maison Long hasta después de que tengas este niño; no es cosa que pueda arreglarse de la noche a la mañana. Habrá que vender o arrendar este local, lo cual significa encontrar compradores que puedan limpiarlo de deudas; siempre resulta caro volver a vender un negocio.

"Tenemos que encontrar un local apropiado en el barrio más adecuado, que esté en venta o que pueda alquilarse con opción de compra. Puedo comprarlo y arrendarlo a la sociedad, para

no inmovilizar demasiado capital de la empresa en este tipo de inversiones. En cuanto demos con el sitio, probablemente habrá que remodelarlo y seguramente hará falta ponerle una decoración nueva. Se necesitará dinero para instalaciones. No será mucho; en este pueblo conozco bien el paño, y las puedo tener a buen precio.

"Pero tú no tendrás que estar en la caja, querida, contrataremos personal y yo cuidaré de que no te puedan robar. Tú tendrás que pasearte por el comedor, muy elegante y sonriente, y cuidando de todo, pero sólo a las horas del almuerzo y la cena. Pongamos unas seis horas diarias."

Joe parecía perplejo; Ita replicó: "Pero Aaron, lo que hacemos cada día es abrir tan pronto estamos de vuelta del mercado y cerrar muy tarde. De otro modo se pierden clientes".

"No dudo que trabajáis mucho; ese talón lo demuestra. Y por eso es que consideras que quedar embarazada "no cuesta tanto"; pero debería requerir tiempo, querida. El trabajo no es un fin en sí mismo; siempre tiene que haber tiempo para el amor. Dime: cuando tuviste a J. A. en el "Libby", ¿tenias prisa, o tuviste tiempo de saborear el trance?"

"Ay, dioses", de repente le asomaron los pezones. "¡Qué días tan maravillosos fueron aquéllos!"

"Vendrán otros días maravillosos. "Corta las rosas ahora que puedes, pues el tiempo pasa volando." ¿O acaso has perdido el interés?"

Se mostró enojada. "Creí que me conocía mejor, capitán."

"¿Y tú, Joe? ¿Te vas haciendo viejo?

"Es que..., es que trabajamos muchas horas. A veces estoy muy cansado."

"Pues vamos a cambiar las cosas. Ya no tendréis una cafetería: vais a tener un restaurante de lujo para gourmets, de una calidad nunca vista en este planeta. ¿Os acordáis de donde cenamos antes de salir de Valhala? Pues algo así. Música suave, poca luz y comida espléndida y precios altos. Una buena bodega de vinos pero nada de licores fuertes; no hay que embotar el paladar de la clientela.

"Tú, Joe, seguirás yendo al mercado cada mañana; la selección de la mejor materia prima es algo que no se puede delegar en nadie. Pero no llevarás contigo a Ita; si, en cambio, a J. A., si es que quieres que aprenda el oficio."

"Ya le llevo, a veces."

"Bien hecho. Cuando regreses del mercado, te vas a casa y te acuestas. Ya no tienes que hacer nada hasta la hora de preparar la cena. Del almuerzo, nada. Tu ayudante se encarga de él y te echa una mano con la cena, que ha de ser la principal fuente de ingresos. Ita hace de jefe de ceremonias para las dos comidas, pero vigila especialmente la calidad de la primera, puesto que tú no estarás en la cocina. Pero no debe hacer la compra y debe estar todavía acostada cuando tú vuelvas del mercado. No sé si os he dicho que debéis tener la vivienda junto al restaurante, como ahora. Cada tarde tendréis dos o tres horas libres para dormir una siesta como la que solíais dormir en el "Libby". Y es que si con un horario así no encontráis tiempo para dormir y retozar... Pero sí lo encontraréis."

"Parece estupendo", concedió Ita, "si con ese horario podemos ganarnos la vida."

"Podéis. Y mejor. Pero en lugar de ir a la caza del céntimo, Ita, tu objetivo será el de mantener un máximo nivel de calidad sin perder dinero... y disfrutar la vida."

"Lo haremos. Aaron, querido..., capitán y amigo, ya que no podemos pronunciar esa "palabrota"... ya disfrutamos incluso de niños, cuando yo tenia que llevar aquel horrible cinturón de castidad, porque era maravilloso pasar la noche arrimaditos. Cuando nos compró y nos dio la libertad, y ya no tenia que llevarlo, la vida era perfecta. Creí que ya no podría ser mejor... aunque lo será, cuando ya no tengamos que elegir entre dormir y tratar de mantenernos despiertos para hacer el amor. Si, ya sé que no me va a creer, sabiendo lo fogosa que soy, pero muchas veces nos venció el sueño."

"Te creo. Eso también lo vamos a cambiar.".

"Pero... y del desayuno, ¿qué? Tenemos clientes que desayunan cada día en nuestro local desde que nos establecimos en Landfall."

"¿Beneficio neto?"

"Bueno..., no mucho. La gente no está dispuesta a pagar demasiado por un desayuno, aunque a veces los materiales salen muy caros. Me he conformado con un pequeño beneficio en este apartado. Pondremos un anuncio: no podría resistir el tener que decirles a nuestros clientes que ya no les serviremos."

"Esto son cuestiones de detalle, querida. Puedes tener un café en un rincón y no abrir el comedor principal..., pero Joe no va a preparar desayunos, y tú no digamos. A esa hora estarás con él en la cama... para estar radiante a la hora del almuerzo."

"J. A. sabe preparar desayunos", terció Joe. "Yo le he enseñado."

"Detalles. A lo mejor llegamos a un trato con mi ahijado para que se gane un dinerito, suponiendo que el café dé beneficios."

(Pasaje omitido.)

"... la suma total. Apunta, Ita. Yo acepto el talón y vosotros en particular tú, Ita, dais por saldada para siempre cualquier deuda que haya entre nosotros. La Maison Long ha de ser una empresa muy cohesionada: el cincuenta y uno por ciento para vosotros y el cuarenta y nueve por ciento para mi; los tres somos sus directores y nadie puede vender su parte sino al otro, con la salvedad de que yo me reservo la posibilidad de vender o cambiar mi parte con un tercero sin voz ni voto, en cuyo caso puedo traspasarle el mío.

"Mi aportación inicial es este talón, y la vuestra será lo que saquéis por este establecimiento."

"Alto ahí", dijo Ita. "Es posible que no consigamos tanto."

"Detalles, querida. Añade un párrafo que diga que puedes pagar con tus beneficios cualquier diferencia a favor de la empresa; y habrá beneficios, seguro: yo no me meto en negocios que no den dinero, siempre reduzco pérdidas. Pongamos otro parrafito que me permita aportar más capital si hace falta, a base de comprar acciones sin derecho a voto, y

utilizaremos algo por el estilo para tener bien atado al auxiliar principal. No es cosa de que Joe le enseñe el oficio a un cocinero y que luego haya que verle marchar. No os preocupéis, el asunto funciona así: vosotros dos sois los jefes y yo no abro la boca. Cobraréis los sueldos convenidos con las primas convenidas, que aumentarán según los beneficios netos.

"Yo no cobraré sueldo alguno, sólo dividendos. Pero todos nos partiremos los cuernos para hacer que esto marche. Si hace falta dejaré Skyhaven y me instalaré aquí: allí no hay nada de lo que mi capataz no pueda cuidar. Pero en cuanto la cosa se ponga en marcha, yo no haré nada: me quedaré sentado viendo cómo vosotros dos me hacéis rico. Y oid bien: tan pronto esto marche, vosotros también debéis dejar de partiros los cuernos. Pasad más tiempo en la cama y dedicad más tiempo a divertiros en ella. No os haréis ricos trabajando igual que cuando teníais la cafetería. ¿Creéis que hemos alcanzado una coincidencia de pareceres? ¿Estamos de acuerdo?"

"Creo que si", admitió Joe. "¿Qué dices tú, tata?"

"Si. No estoy muy segura de que Nuevo Cañaveral dé para un restaurante de lujo como aquellos tan preciosos que había en Valhala, ¡pero lo intentaremos! Sigo creyendo que nuestros sueldos iniciales son demasiado altos, pero esperaré a hacer un primer balance

antes de discutir la cuestión. Sólo una cosa, capitán..."

"Me llamo Aaron."

""Capitán" es más seguro que esa "palabrota". Me he mostrado de acuerdo con todo el proyecto, y como dice usted, voy a hacer que funcione recondenadamente bien. Pero si cree que esto me hace olvidar una noche en la que me sacó de su cama y me hizo dar de culo contra un suelo de planchas de hierro, se equivoca: ¡de eso nada!"

Lancé un suspiro, Minerva, y le dije al marido: "¿Cómo puedes aguantarla, Joe?"

Encogiéndose de hombros y soltando una risita, respondió: "No la aguanto, me limito a ir tirando. Por otra parte, sé ver su lado de la cuestión. Si yo fuera usted me la llevaría a la cama y se lo haría olvidar".

Meneé la cabeza.

"Pero el hecho es que yo no soy tú, Joe. Mucho antes de que tú nacieras aprendí que las cosas que se dan gratis salen caras. Y lo que es peor: ahora somos socios, y las seis salidas que adivino para lo que tú entiendes por "solución" podrían conducir a que Maison Long S. L. no pasara nunca de un simple proyecto."

(Pasaje omitido.)

... tal como sabía que sucedería, Minerva: nunca saqué tantos beneficios de una inversión no especulativa. Quisieron imitarnos, pero no podían igualar el arte culinario de Joe ni el don de gentes de Ita. ¡Me forré!

Conversación antes del alba

-¿No tiene sueño, Lazarus?-preguntó la computadora.

-Nada de sermones, querida: he pasado millares de noches en blanco y aún estoy aquí. Nadie se muere por pasar una noche sin dormir, siempre que tenga quien le haga compañía. Y tú eres la mejor compañía, Minerva.

-Gracias, Lazarus.

-Es la pura verdad, nena. Si me duermo, muy bien. Si no, no hay por qué decírselo a Ishtar. No, no servirá de nada: me sacará gráficas y gráficos, ¿no?

-Me temo que sí, Lazarus.

-Demasiado bien lo sabes. Y ésa es una buena razón para comportarme como un angelito y lavarme las orejas y dejarme rejuvenecer: así me devolverán la intimidad. La intimidad es tan necesaria como la compañía; un hombre puede enloquecer si se le priva de alguna de las dos cosas. Ésa fue otra cosa que conseguí al montar la Maison Long: les di a mis chicos la intimidad que sin saberlo necesitaban.

-Eso no lo capté, Lazarus. Advertí que disponían de más tiempo para el "Eros" y me pareció que eso era bueno. ¿Debí deducir algo más de los datos?

-No, porque no te los di todos; ni siquiera la décima parte. Sólo te he contado por encima los cuarenta años que traté con ellos, tocando algunos de los momentos críticos, pero no todos. Por ejemplo, ¿te hablé de cuando Joe decapitó a un hombre?

-No.

-No fue gran cosa, y no significó demasiado en el conjunto de la historia. Resultó que una noche un jovencito quiso participar de la fortuna de Ita y Joe, atracándoles. Ita tenia en brazos a J. A. y le daba el pecho o estaba a punto de hacerlo; no podía alcanzar la pistola que guardaba en la caja. Le era imposible luchar y fue lo bastante lista como para no intentar vencer tantas dificultades. Supongo que el tipo no sabia que Joe andaba por allí, aunque no se le viera.

"Cuando aquel socialista de por libre recogía la recaudación del dia, fue Joe y se lo cargó con un cuchillo de carnicero. Telón. Lo único destacable del caso fue que Joe actuara con tanto acierto y rapidez en el momento de la verdad, porque estoy casi seguro de que las únicas peleas en las que intervino fueron las que le obligué a disputar en el "Libby". Luego hizo correctamente todo lo demás: terminó de desgajar la cabeza, arrojó el cuerpo a la calle para que se lo llevaran los compinches del chico si los había, o los basureros si no, y colocó la cabeza a la puerta del local, clavada en una pica dispuesta a ese fin. Bajó las persianas y limpió toda la porquería, y seguramente pasó un ratito vomitando; Joe tenia un corazón muy sensible. Pero apuesto lo que sea a que Ita no vomitó.

"El comité local de seguridad pública le concedió la recompensa habitual y la comisión de vecinos de la calle hizo una colecta para aportar su contribución; no había para menos, tratándose de un cuchillo contra una pistola. Para Casa Estela fue una buena publicidad pero nada más, salvo que los chicos pudieron emplear el dinero: les ayudó a pagar la hipoteca claro está, y terminó en mis bolsillos. Pero yo no habría sabido de aquella riña de no haber estado en Nuevo Cañaveral y pasar casualmente por el establecimiento cuando quitaban la cabeza de verdad -por las moscas, ya sabes- y el comité de vecinos ponía en su lugar la cabeza de plástico que las costumbres locales obligaban a Joe e exhibir. Pero estábamos hablando de la intimidad.

Librodot

"Cuando compré el local para la Maison Long, me cercioré de que hubiera en él espacio suficiente para una familia en plena formación y nada más, puesto que la noche que hicimos planes ellos tenían tres retoños y uno en camino. El reorganizar el horario les dio también la posibilidad de estar separados. Con todo y ser muy agradable lo de retozar y hacer el amor, a veces es bueno tener la cama para uno solo cuando se está fatigado de verdad, y la nueva organización no sólo permitía esto sino que lo imponía durante parte del día, escalonando sus horas de trabajo.

"Pero también dispuse las habitaciones de forma que gozaran de intimidad respecto de sus hijos y resolver así un problema que Ita no tenia muy claro y en el que Joe probablemente ni pensó. ¿Sabrías definir el incesto, Minerva?

La computadora respondió:

-"Incesto" es término legal, no biológico. Designa la unión sexual de dos personas a las que la ley prohibe contraer matrimonio. Lo prohibido es el acto en sí: que de la unión resulte o no descendencia carece de relevancia. Las prohibiciones varían ampliamente según las culturas y normalmente, aunque no siempre, se basan en los grados de consanguinidad.

-Ahí, ahí: "no siempre". Hay culturas en las que dos primos hermanos pueden casarse, lo cual es arriesgado genéticamente, pero un hombre no puede desposar a la viuda de su hermano, lo cual no encierra más riesgo que la primera unión. Cuando yo era joven, tenias una ley en un estado y cincuenta pies más lejos, al otro lado de una línea invisible, encontrabas la contraria. Y en otros lugares y épocas esas uniones eran obligatorias. O bien estaban prohibidas. Miles de reglas, miles de definiciones del incesto y ni rastro de lógica en la mayoría de ellas. Por lo que recuerdo, Minerva, las Familias Howard fueron las primeras de la historia que rechazaron el enfoque legalista y definieron el "incesto" exclusivamente desde el punto de vista del riesgo genético.

-Eso concuerda con los datos que poseo -confirmó Minerva-. Un genetólogo Howard podía desaconsejar la unión de dos personas sin antepasados comunes y no poner ningún reparo a la de dos hermanos. En cada caso, lo determinante era el análisis de los cuadros genéticos.

-Si, eso es. Ahora dejemos la genética y hablemos del tabú. El tabú del incesto suele referirse a hermanos y hermanas, padres e hijos, aunque puede significar cualquier cosa. Ita y Joe eran un caso único: hermanos según las normas culturales, pero sin relación alguna de acuerdo con las normas genéticas..., o no más relacionados que dos extraños.

"Ahora se nos plantea un problema de segunda generación. Dado que en Landfall imperaba un tabú contra la unión entre hermanos, yo había advertido seriamente a Ita y Joe de que jamás debían decir a nadie que se consideraban "hermano" y "hermana".

"Durante un tiempo las cosas fueron bien. Hicieron según les dije y nunca hubo una mala mirada. Pero llega la noche en la que hacemos planes: mi ahijado tiene trece años y siente interés por el asunto, y mi ahijada once y empieza a resultar interesante. Son dos hermanos perfectos, sujetos a riesgos genéticos y contrarios al tabú. Quien haya criado perritos o niños sabrá que un chico puede andar tan caliente por su hermana como por cualquier chica que pase por la calle, y normalmente su hermana es más accesible.

"Y la pequeña Libby era un diablillo pelirrojo tan atractiva a sus once años que incluso a mi me lo resultaba. No tardaría en tener encabestrados a todos los machos del lugar.

"Si uno empuja una roca no puede ignorar la avalancha que se produce. Quien siembra vientos recoge tempestades. Catorce años atrás yo liberé a dos esclavos... porque el cinturón de castidad que llevaba uno repugnaba a mi idea de la dignidad humana. ¿Qué tenia que hacer, ponerle un cinturón de castidad a la hija de aquella esclava? ¿Cuál era mi responsabilidad, Minerva? Yo fui quien sembró el primer viento.

-Yo soy una máquina, Lazarus.

-Ya: quieres decir que la responsabilidad moral no es asunto propio de máquinas. Me gustaría que fueras una chica de verdad con el culo lo bastante grande para darte una azotaina, de veras me gustaría. En tus memorias hay más experiencia a partir de la que emitir juicios que la que ningún hombre puede atesorar. No

escurras el bulto.

-Ningún humano puede aceptar una responsabilidad ilimitada, Lazarus, si no quiere volverse loco bajo la carga insoportable de la culpabilidad ilimitada. Pudo dar consejos a los padres de Libby. Pero su responsabilidad ni siquiera llegaba hasta ahí.

-Hmm... Tienes razón, querida. Siempre tienes razón: es descorazonador. Pero yo soy un metomentodo incurable. Catorce años antes abandoné a un par de perritos, por decirlo así, y por suerte, no como resultado de mis buenas previsiones, no sobrevino un desenlace trágico. No pensaba en "la moral" querida; me limitaba a seguir cuatro reglas de cajón para no perjudicar involuntariamente a nadie. Me importaba un comino que aquellos críos "jugaran a médicos" o "hicieran un niño", o como llamasen a sus experimentos los niños de entonces: lo que no quería era que mi ahijado le diera a la pequeña Libby un hijo anormal, eso era todo.

"Así es que volví a meterme donde no me llamaban y hablé de la cuestión con los padres. Debo añadir que Ita y Joe sabían tanto de genética como un cerdo de política. A bordo del "Libby" guardé para mi las preocupaciones y después nunca toqué el tema con

ellos. A pesar de su notable éxito en la lucha como seres humanos libres, Ita y Joe eran ignorantes en la mayor parte de los temas. ¿Cómo podía ser de otro modo? Yo les enseñé las Tres Reglas y cuatro cuestiones prácticas. Desde que llegaron a Landfall no pararon de trabajar como enanos; no habían tenido tiempo de rellenar las lagunas de su educación.

"Y lo que acaso era peor: al ser inmigrantes no se habían formado en los tabúes locales acerca del incesto. Los conocían porque yo les había avisado pero no era algo que les hubiera impregnado desde la infancia. En Santa había tabúes algo diferentes, pero allí no regían para los animales domésticos, los esclavos. Les criaban diciéndoles, como a ellos dos les dijo la autoridad suprema, que eran "parejas reproductoras"... con lo que nada podía ser malo ni pecaminoso.

"Era, en fin, algo que más valía no mencionar en Landfall, porque los landfalianos eran más quisquillosos que nadie a propósito de este tema.

"Debí pensarlo antes, pues. ¡Sí, claro, claro! Puedo alegar que tenia otras obligaciones, Minerva. Yo no podía pasar todos aquellos años haciendo de ángel de la guarda con Ita y Joe: tenia una mujer e hijos, tenia empleados, un par de millares de hectáreas de tierra

de labor y casi el doble de terreno forestal..., y además vivía muy lejos, incluso para un vehículo de desplazamiento orbital.

"Parece ser que todos, Ishtar y Hamadryad, y Galahad en cierto modo, me consideran una especie de superhombre por el simple hecho de que he vivido muchos años. No lo soy: tengo las limitaciones de cualquier persona de carne y hueso, y durante anos he estado tan preocupado con mis problemas como lo estaban con los suyos Ita y Joe. Mi vida en Skyhaven no fue un regalo del cielo.

"Ni se me ocurrió pensar en ello hasta que dejamos a un lado los asuntos de negocios, les entregué los regalos de Laura para los crios, contemplé sus fotografias más recientes y pasé por todo aquel antiguo ceremonial. Me refiero a la chiquilla, claro está. El chico, todo manos y pies, no era el niño que yo recordaba de cuando mi última visita. Libby tenia cerca de un año menos que la mayor de Laura, y yo sabía al segundo la edad de J. A.; o sea, tenia casi la edad que yo tenia cuando unos mil años antes estuvieron a punto

de pescarme con una chavala en el campanario de la iglesia.

"Mi ahijado ya no era un niño: era un adolescente con un par de huevos que no le servían de adorno, precisamente: Si todavía no los había utilizado, seguramente ya se hacia pajas pensando en ello.

"Por mi mente pasaba un rápido desfile de posibilidades, como dicen que le ocurre a uno con su vida cuando está a punto de morir; lo cual es falso, por otra parte. Decidí abordar la cuestión con diplomacia.

"Dije: "¿A cuál encierras esta noche, Joe? ¿A Libby, o a este mozalbete?"

La computadora soltó una risita.

-"Con diplomacia"-repitió.

-¿Cómo lo habrías dicho tú, querida? Se quedaron perplejos. Cuando lo dije sin rodeos, Ita se indignó. ¿Privar a sus niños de la compañía del otro? Si dormían juntos desde que andaban en pañales... Además, no había más sitio. ¿O acaso les estaba insinuando que ella debía dormir con Libby y Joe con J. A.? Si así era, ya podía quitármelo de la cabeza

"Casi nadie aprende nada de ninguna ciencia, Minerva, y la genética es la última del programa. Hacia doce siglos que había muerto Gregor Mendel y sin embargo lo que la gente creía eran cuentos de viejas. Y he de añadir que hoy pasa lo mismo.

"Intenté explicárselo, pues, sabiendo que Ita y Joe no eran tontos, sino sólo ignorantes. Ella me cortó enseguida: "Si, Aaron, claro que sí: ya he pensado en la posibilidad de que Libby desee casarse con Jay Aaron; me parece que eso es lo que querrá. Ya sé que por aquí eso esta mal visto, pero es una estupidez echar a perder su felicidad por una superstición. Así es que, si las cosas se ponen de ese modo, creemos que lo mejor para ellos es que se trasladen a Colombo, o por lo menos a Kingston. Allí pueden usar apellidos diferentes y casarse y nadie sabrá nada del asunto. No es que deseemos tenerles tan lejos, pero no nos interpondremos en el camino de su felicidad".

-Les amaba mucho -dijo Minerva.

-Si, querida, de acuerdo con la definición exacta del amor. Ita ponía la felicidad y el bienestar de ellos por encima del suyo propio. En consecuencia, me Vi obligado a intentar explicárselo: explicarle por que la prohibición de la unión de hermano y hermana no era cosa

de superstición sino que obedecía a un peligro real... aunque en su caso hubiera resultado inocua.

"Lo difícil fue explicar ese "por qué". Empezar por las buenas a explicar las complejidades de la genética a personas que ni siquiera tienen nociones elementales de biología es como tratar de explicar álgebra matricial a un tío que para contar hasta veinte tiene que quitarse los zapatos.

"Joe habría aceptado mi autoridad, pero Ita era de esas personas que tienen que saber el porqué de una cosa; si no se lo explicaba, me sonreiría con su obstinación habitual, me diría que sí y al final haría lo que desde buen principio pensaba hacer. En cuanto a listeza, Ita andaba muy por encima de la media, pero era víctima de la falacia democrática: la idea de que su opinión valía tanto como la de cualquiera. En tanto que Joe era víctima de la falacia aristocrática: en materia de opinión creía en la autoridad. No sé cuál de las dos falacias es más patética; cualquiera de las dos pueden inducirte a error. De todas formas, en este aspecto mi mente rivaliza con la de Ita, por lo que yo sabía que había de convencerla.

"¿Cómo condensas tú mil años de investigación sobre el tema que en cuanto a complejidad es el segundo de todos, Minerva, en una hora de charla? Ita ni siquiera sabia que ponía huevos. Es más, estaba convencida de que no lo hacia, porque los había servido a millares: fritos, revueltos, pasados por agua y no sé de cuántas otras formas. Pero me escuchó, y yo, con sólo papel y una pluma, sudé tinta, pues en realidad me hacían falta los recursos de una de esas máquinas de enseñar que hay en las escuelas de genética.

"Pero no me rendí: dibujé gráficos y simplifiqué descaradamente algunos conceptos muy complejos hasta creer que ya habían cogido la idea de lo que es un gen, un cromosoma, la reducción cromosomática los pares de genes, los dominantes, los recesivos, y comprendido que los genes malos originaban niños anormales... y los niños anormales, gracias a Frigg la de los Muchos Nombres, no eran cosa desconocida para Ita, que había oído hablar de ellos desde que era una chiquilla, escuchando los chismorreos de las esclavas mayores. Al oírlo dejó de sonreír.

"Pregunté si tenían naipes; no lo creía, puesto que no disponían de tiempo para esas cosas. Pero Ita sacó un par de barajas del cuarto de los niños Eran del tipo más corriente en Landfall en aquel entonces: cincuenta y seis cartas en cuatro palos; corazones y joyas en rojo, espadas y dagas en negro, y figuras en cada palo. Les hice jugar al simulacro más antiguo de emparejamiento de genes al azar que se utilizaba en la genética primitiva: el juego de "hacer un niño sano" que aquí en Secundus los niños conocen mucho antes de estar en edad de copular.

"Dije- "Ita, apunta estas reglas: las cartas negras son los recesivos, las rojas son los dominantes. Las joyas y las espadas proceden de la madre, los corazones y dagas del padre. Un as negro es un gen letal; si está apoyado, reforzado, el niño nace muerto. Una reina negra reforzada nos da un 'niño azul' que necesita ser operado para sobrevivir..." y así, Minerva, sólo que establecí las reglas para ganar, es decir, para que saliera un mal reforzamiento, de tal modo que éstos eran cuatro veces más probables entre hermano y hermana que entre extraños; les expliqué el porqué y les mande anotar los resultados de veinte partidas jugadas según cada una de las dos series de reglas de mezcla y formación de parejas, reducción y recombinación.

"No era una analogía tan correcta como la de los juegos de "hacer un niño sano" que se utilizan en los parvularios, pero el uso de dos barajas me permitió establecer grados de consanguinidad. Al principio, Ita ponía interés, pero torció el gesto en cuanto las cartas salieron con un negro reforzando a otro negro.

"Pero cuando jugamos según las reglas del caso hermano-hermana, repartió y le salió dos veces seguidas el as de espadas emparejado con el as de dagas, lo que significaba un niño muerto, se detuvo. Empalideció mientras los miraba. Y con voz teñida de horror dijo despacio: "¿Significa esto que hemos de encerrar a Libby en un cinturón de castidad? Oh, no..."

"Le dije con amabilidad que no era tan grave. No encadenaríamos a la niña de esa forma ni de ninguna otra; nos ingeniaríamos para que los críos no se casaran y que J. A. no le hiciera un niño a su hermanita ni por accidente. "Deja de preocuparte, querida."

La computadora preguntó:

-¿Podría decirme qué método empleó para hacer trampas en esos juegos de naipes, Lazarus?

-¿Trampas? ¿Cómo se te ocurre pensar semejante cosa, Minerva?

-Retiro la pregunta, Lazarus.

-¡Pues claro que hice trampas! De todas clases. Ya te dije que aquella pareja nunca tuvo tiempo de jugar a cartas, mientras que yo lo había hecho con toda suerte de barajas y según un montón de reglas distintas. Mi primer pozo petrolífero se lo gané a un tío que cometió el error de utilizar naipes marcados. Mandé repartir a Ita pero utilicé una baraja enfriada, casi congelada; hice uso de toda clase de argucias: falsos cortes, cortes puta, altos y bajos, haciendo juegos de manos con la baraja en sus mismísimas narices. No había dinero de por medio; yo sólo tenia que convencerles de que la endogamia estaba bien para el ganado, mas no para sus amados hijos, y lo conseguí.

(Pasaje omitido.)

"... y aquí vuestra alcoba, Ita; o sea, la de Joe y tú. La de Libby es la contigua, mientras que la de J. A. cae por el vestíbulo. Cómo os tendréis que reorganizar después depende del sexo del niño que vas a tener y no de cuántos quieras tener, ni cuándo. Pero no hay que poner una cuna en el cuarto de Libby más que de forma provisional: no pensarás servirte indefinidamente de ella como excusa para tenerla vigilada.

"Pero todo esto no es más que un recurso momentáneo como el no dejar al gato solo con el asado. Los chavales son muy listos para burlar todas las precauciones, y no hay quien impida que una chica se abra de piernas cuando considera que ya es hora de hacerlo. Cuando lo considera ella: ése es el quid de la cuestión. Así es que nuestro problema más urgente es tener a esos chiquillos en camas aparte y procurar que Libby no tome una mala decisión. ¿Por qué no viene Libby conmigo a Skyhaven para hacer una visita a Pattycake? Y en cuanto a J. A., Joe, ¿no podrías pasar un tiempo sin él? Allí hay espacio a montones, queridos: Libby puede compartir la alcoba de Pattycake, y J. A. puede dormir con George y Woodrow; a lo mejor hasta les enseña buenos modales

"Ita dijo no sé qué sobre causarle molestias a Laura, a lo que yo respondí con una negativa: "A Laura le gustan los niños, querida; te lleva uno de ventaja, y eso que empezó un año más tarde que tú. No tiene que llevar la casa; se limita a dar órdenes al servicio, nunca ha tenido que trabajar más de lo que ha querido. Además, desea que le hagáis alguna visita todos juntos; deseo que comparto de todo corazón, aunque no creo que podáis ausentaros mientras no encontremos un comprador para este negocio. Pero si quiero que vengan Libby y J. A., ahora,

para darles algunas lecciones prácticas, en vivo, sobre genética, con un ganado que he venido cruzando para ilustrar lo que digo.

"Yo había comenzado aquel plan de cruzamientos para enseñar a mis retoños la verdad desnuda acerca de la genética, con documentación muy precisa y fotografías espeluznantes de los desechos. Como tú diriges un planeta en el que más del noventa por ciento de los habitantes son Howards y el resto sigue mayoritariamente las costumbres Howard, es posible que ignores que las culturas distintas de las culturas Howard no enseñan necesariamente estas cosas a sus niños, ni siquiera en las más liberales en materia de sexo.

"En Landfall vivía por aquel entonces una mayoría de efímeros y sólo unos pocos millares de Howards; para evitar roces, no hacíamos alarde de nuestra presencia en el planeta, aunque no era ningún secreto. Ni podía serlo: en el planeta había una clínica Howard. Pero con Skyhaven a mucha distancia de la ciudad más cercana, Si Laura quería que nuestros hijos recibieran una educación "a lo Howard", tendríamos que dársela nosotros mismos. Y eso fue lo que hicimos.

"Cuando yo era niño, los mayores pretendían hacer creer a los niños que el sexo no existía. Si, aunque resulte increíble. Pero éste no era el caso con los diablillos que Laura y yo criamos. No habían visto una cópula humana... no lo creo, al menos... porque los mirones me sacan de quicio. Pero las habían visto en otros animales, y tenían mascotas, y llevaban los correspondientes registros. Los dos mayores, Pattycake y George, habían visto el nacimiento del más pequeño porque Laura les había invitado a presenciarlo. Estoy plenamente a favor de esto, Minerva, pero nunca he incitado a hacerlo a ninguna de mis esposas, porque considero que la mujer que está en trance de dar a luz necesita que la mimen tanto como sea posible. Pero Laura tenia su puntito de exhibicionismo.

"De todos modos, nuestros chicos eran capaces de hablar de la reducción cromosómica y discutir las ventajas e inconvenientes de la endogamia con la misma autoridad que los mayores de mi época exhibían al hablar del campeonato mundial de béisbol...

-Perdón, Lazarus: ¿cuál es el referente del último término?

-Nada: me refiero a uno de los intereses de mi infancia, impuestos como sustitutivos y con fines comerciales. Olvídalo, querida: no merece la pena que te ensucies las memorias con él. Iba a decir que pregunté a Ita y Joe acerca de lo que J. A. y Libby sabían en materia de sexualidad, ya que la cultura de Landfall estaba muy diversificada y yo quería saber por dónde empezar. Y más porque la mayor, Pattycake, acababa de cumplir los doce y ya había tenido la primera regla, de lo que estaba muy satisfecha y de lo que probablemente se jactaría.

"Resultó que Libby y J. A. estaban muy adelantados, aunque de un modo rudimentario y acientífico, en cuanto a imitar a sus padres. En un aspecto en concreto les sacaban ventaja a mis hijos: habían presenciado cópulas desde el día que nacieron, al menos desde cuando el traslado de Casa Estela a la parte alta de la ciudad, cosa que debí adivinar al recordar las aún más reducidas dimensiones de la vivienda del primer local.

(Omitidas 7.200 palabras.)

"Laura fue severa conmigo e insistió en que no les viera hasta calmarme. Señaló que Pattycake tenia casi la misma edad que J. A., que no fue más que un juego, ya que Pattycake había sido esterilizada para cuatro años después de la primera regla, y que, en cualquier caso, Pattycake había estado encima.

Librodot

"Yo no habría pegado a los chicos, Minerva, no importa quién hubiera estado encima. El cerebro me decía que Laura tenia razón y yo debía reconocer que los padres tienden a ser posesivos con respecto de sus hijas. Me complacía que Laura se hubiera ganado la confianza de los dos chicos hasta el punto de que éstos no se esforzaran demasiado por no ser sorprendidos, ni tampoco se asustaran excesivamente cuando les cogió con las manos en la masa. Puede que J. A. se diera un susto, pero Pattycake no dijo más que esto: "Podías haber llamado a la puerta, mamá".

(Pasaje omitido.)

"... así es que intercambiamos hijos. A J. A. le gustaba la vida de granjero y nunca nos abandonó, en tanto que George demostró poseer una perversa inclinación por las ciudades, por lo que Joe lo tomó a su cuidado y le convirtió en chef. George dormía con Elizabeth o sea, Libby..., desde hacía no sé cuánto tiempo, hasta que decidieron tener un hijo y se casaron. Con la doble boda los cuatro jóvenes se mantuvieron muy unidos.

"Pero la decisión de J. A. me resolvió un problema: qué hacer al cabo del tiempo con Skyhaven. Cuando Laura decidió dejarme, todos los hijos que tuve de ella habían obedecido de una forma u otra a la llamada de la lejanía; el único que seguía en el planeta era George, y nuestras hijas estaban casadas, ninguna con un granjero, en tanto que J. A. se había convertido en mi hombre de confianza y de hecho fue el jefe de Skyhaven durante los diez últimos años que pasé allí.

"Yo podría haber llegado a un compromiso con Roger Sperling si él no hubiera querido arrebatarme el puesto. Traspasé la mitad del patrimonio a Pattycake, vendí la otra mitad, con hipoteca a mi yerno J. A., desconté el papel en un banco y me compré una nave mejor que la que habría podido tener si hubiera dado aquella mitad a Roger y Laura. Hice un trato parecido, mitad regalo, mitad venta con Libby y George, a propósito de mi participación en la Maison Long ... y Libby se cambió el nombre, adoptando el de Estelle Elizabeth Sheffield; en eso también habría continuidad, lo cual fue muy de mi agrado y del de sus padres. Salió bien. Laura vino incluso a darme un beso de despedida cuando me fui.

-Hay un factor que no entiendo, Lazarus. Dijo usted que no apoya el matrimonio entre un Howard y un efímero. Y sin embargo permitió que dos de sus hijos se casaran con personas ajenas a las Familias.

-Toma nota de uria rectificación, Minerva: uno no permite casarse a los chicos: se casan ellos, cuando, como y con quien quieren.

-Anotada la rectificación, Lazarus.

-Pero volvamos a la noche que intervine a propósito de Libby y J. A.; aquella noche entregué a Ita y Joe todo lo que el mercader de esclavos me dio como prueba de su linaje, incluso la factura, sugiriéndoles que lo destruyeran o lo guardaran en lugar seguro. Entre las piezas documentales había una serie de fotografías que mostraban su crecimiento, año por año. La última parecía tomada inmediatamente antes de que yo les comprara, y así me lo confirmaron ellos mismos; mostraba dos jóvenes ya desarrollados, uno de ellos con un cinturón de castidad puesto.

"Joe contempló la fotografía y dijo: "¡Vaya un par de payasos! Hemos progresado mucho desde entonces, tata... gracias al capitán".

""Ya lo creo", asintió ella, observando detenidamente la imagen. "Hermano, ¿ves lo mismo que veo yo?"

""¿Qué?", preguntó él, volviendo a mirar.

""Aaron sabrá verlo. Quítate el taparrabos, hermano", dijo, mientras empezaba a quitarse el sarong, "y ponte a mi lado, apoyado en la pared. No en la postura de exhibición, sino tal como nos poníamos para que nos fotografiaran contra una cuadricula graduada". Me tendió la última fotografía de la serie y se colocaron frente a mí.

"Después de catorce años no habían cambiado, Minerva. Ita había tenido tres hijos, estaba esperando el cuarto, y los dos habían trabajado como negros..., pero desnudos, y ella sin maquíllaje, con el pelo suelto y liso, eran iguales a como les vi la primera vez. Eran como la última fotografía les mostraba: hacia el final de la adolescencia, entre dieciocho y veinte años de edad, desde el punto de vista terrestre.

"Y sin embargo debían de tener más de treinta años. Según aquellos documentos de Santa, había que contar unos treinta y cinco.

"Sólo tengo que añadir una cosa, Minerva. La última vez que les vi tenían más de sesenta años terrestres; según los documentos, cerca de sesenta y tres. No tenían ni una cana, no les faltaba ni un diente... y ella volvía a estar encinta.

-¿Eran Howard mutantes, Lazarus?

El anciano se encogió de hombros.

-Ese término no explica nada y sólo plantea más interrogantes. Si adoptas una perspectiva a plazo suficientemente largo, cada uno de los miles de genes que lleva un hombre de carne y hueso es una mutación. Pero de acuerdo con las reglas de la Junta, una persona que no descienda de la genealogía de las Familias puede ser registrada como un Howard recién descubierto, si demuestra tener cuatro abuelos vivos por encima de los mil años, al menos. Y esa regla me habría excluido a mí, si no fuera porque yo nací en el seno de las Familias. Pero es que además de esto, la edad que había alcanzado cuando pasé mi primer rejuvenecimiento era demasiado avanzada para que pudiera explicarse como resultado del experimento genético de Howard. Hoy aseguran haber descubierto en el doceavo par de cromosomas un complejo de genes que determina la longevidad como se da cuerda a un reloj. Si ello es así, ¿quién dio cuerda al mío? ¿Gilgamesh? La "mutación" nunca sirve de explicación; sólo es un nombre con el que designar un hecho observado.

"Quizás algún longevo natural, no necesariamente un Howard, había visitado Santa; los longevos naturales se desplazan sin cesar, cambiando de nombre, tiñéndose el pelo; todos han pasado a través de la historia y lo que hubo antes. Pero recordarás, Minerva, un extraño y desagradable incidente que tuvo lugar durante mi vida de esclavo en Santa...

(Pasaje omitido.)

"... por lo que la mejor explicación que se me ocurre es que Ita y Joe eran tataranietos míos.

Librodot

Posibilidades

-¿Por eso se negó a compartir el "Eros" con ella, Lazarus?

-¿Qué? No, Minerva, cielo, a esa conclusión o sospecha, no llegué aquella misma noche. Bueno, reconozco tener prejuicios en cuanto al contacto sexual con mis descendientes. Uno puede abandonar el país de los reaccionarios, pero lo difícil es dejar de serlo. De todas formas, yo ya había tenido mil años para aprender.

-Entonces -dijo la computadora-, ¿fue porque la seguía considerando una efímera? Me desconcierta, Lazarus: en mi situación que es imperfecta, incompleta, me parece que veo la cuestión desde el lado de ella, como Joe. Sus razones me suenan a excusas; creo que no son base suficiente para haberle negado lo que necesitaba.

-Yo no he dicho que le negara nada, Minerva.

-¡Ah! En ese caso deduzco que le hizo el favor. Detecto una disminución de la tensión.

-Tampoco he dicho eso.

-Aquí hay una contradicción, Lazarus.

-Es porque hay cosas que no he dicho, querida, nada más. Todo lo que te digo pasa a formar parte de mis memorias; eso es lo que convinimos con Ira. También puedo ordenarte que borres lo que yo quiera, en cuyo caso da lo mismo que no te lo diga. A lo mejor en mis veintitrés siglos de vida hay algo que vale la pena conservar grabado, pero no me parece que eso sea excusa para dejar constancia de todas las veces que alguna señora y yo pasamos un buen rato por el placer de hacerlo y no para tener descendencia.

La computadora, pensativa, respondió:

-Deduzco de esas precisiones que, sin entrar en el tema del favor que Ita pidió, su norma de conducta respecto de los efímeros sólo valía para el matrimonio y la reproducción.

-¡Tampoco he dicho eso!

-Entonces no le he comprendido, Lazarus. Problema.

El anciano meditó unos momentos y, triste y pausadamente, respondió:

-Creo haber dicho que la unión de un longevo con un efímero era una mala idea... y lo es... y lo aprendí con dolor. Pero eso fue hace mucho tiempo y muy lejos... y cuando ella murió, murió una parte de mi. Ya no quería vivir eternamente.

Se interrumpió. La computadora dijo entrecortadamente:

-Lo siento mucho Lazarus... queridísimo amigo, lo siento.

Lazarus se irguió en su asiento y dijo animoso:

-No, querida, no lo sientas por mi. Nada de arrepentimientos, nunca. No lo cambiaría aunque pudiera hacerlo. Aunque tuviera una máquina de tiempo y pudiese volver atrás para

cambiar un instante. No, no cambiaría ni un instante, y mucho menos aquél. Hablemos de otra cosa.

-De lo que usted quiera, mi querido amigo.

-Muy bien. Estás muy interesada en lo mío con Ita, Minerva, y parece molestarte que yo le negara aquel "favor". Pero no sabes si le negué algo y desde luego no sabes si lo que le negué era un "favor". Pudo serlo, claro, pero no siempre es así, y a menudo el sexo no es ninguna bendición. El problema es que tú no comprendes lo que es el "Eros" porque no puedes; no te construyeron para que lo comprendas. No es que lo desprecie; el sexo está muy bien, es algo maravilloso. Pero si uno lo rodea de una aureola divina... y eso es lo que estás haciendo... deja de ser divertido y empieza a ser cosa de neuróticos.

"Aceptando, para entendernos, que yo le "negara el favor a Ita", lo seguro era que no se moriría de inanición sexual. En el peor de los casos podría haberla puesto de malhumor, quizá. Pero no la dejaba sin nada. Ita era moza muy fogosa, y el exceso de trabajo fue lo único que le impidió ponerse debajo del macho... o encima, o delante, o colgando de la lámpara con él. Yo hice posible que dispusieran de más tiempo para ello. Ita y Joe eran dos almas puras, incorruptas y desinhibidas, y de los cuatro intereses principales del género humano (la guerra, el dinero, la política y el sexo) sólo les interesaban el sexo y el dinero. Con un poquito de ayuda por mi parte tuvieron ambas cosas en cantidad.

"Diantre, no tengo por qué ocultar que después que aprendieron las técnicas anticonceptivas, que por aquel entonces eran casi tan perfectas como las de ahora y en las que les instruí, cosa que no tenia por qué contar, para ellos no había supersticiones ni tabúes que les impidieran retozar porque sí, y su unión como pareja era tan fuerte que no había de verse debilitada por ello. Eran un par de hedonistas inocentes, y si Ita no lograba pescar a un cosmonauta viejo y cansado, en cambio conseguía conquistar a muchos otros. Y lo propio hacía Joe. Se divertían, además de gozar de la felicidad de un matrimonio tan perfecto como no he visto otro.

-Me complace sobremanera oírselo decir -dijo Minerva-. Muy bien, Lazarus: retiro mis preguntas y renuncio a hacer especulaciones sobre la señora Long y el "cosmonauta viejo y cansado", aunque sus manifestaciones revelan que usted ni era viejo, ni estaba cansado, ni tampoco era astronauta en esas fechas. Ha mencionado los "cuatro intereses principales del género humano", pero no ha incluido la ciencia y el arte.

-No es porque me haya olvidado de ellos, Minerva. La ciencia y el arte son ocupaciones de una minoría muy reducida, un porcentaje bajísimo de las personas que dicen ser científicos o artistas. Pero eso ya lo sabes tú; sólo quieres cambiar de tema.

-¿Por qué lo dice, Lazarus?

-Vamos, querida; ya conoces el cuento de la Sirenita. ¿Estás dispuesta a pagar el precio que ella pagó? Puedes pagarlo, y lo sabes. No finjas ignorar a qué me refiero.

La computadora suspiró.

-La cuestión no es si "puedo", sino si "me dejan". Una herramienta no tiene derechos; yo, tampoco.

Librodot

-No me despistarás, guapa: los "derechos" son una abstracción ficticia. Nadie tiene "derechos": ni las máquinas ni los seres de carne y hueso. Las personas de estas dos clases disponen de oportunidades, no derechos, de las que se sirven o no se sirven. Todo lo que cuenta en tu caso es que eres la poderosa mano derecha del jefazo de este planeta… más la amistad de un vejete que por una razón de lo más ilógica disfruta de privilegios especiales y que no vacila en aprovecharse de esos privilegios... más lo que tienes en tus memorias de la bodega número dos de Dora, o sea, toda la información biológica y genética de la clínica Howard de Secundus, la mejor biblioteca de la galaxia en su especialidad, posiblemente, y sin duda la mejor en materia de biología humana. Pero lo que te he preguntado era esto: ¿Querrás pagar ese precio? Ver reducida la velocidad de tus procesos mentales de un millón a uno, tu capacidad de almacenamiento de datos mermada según un factor todavía desconocido pero seguramente muy alto; algunas posibilidades de fracasos en la transmigración, tampoco sé cuántas... y siempre la certeza de la muerte como único desenlace; muerte que una máquina no ha de conocer, bien sabes que puedes sobrevivir a toda la especie humana. Eres inmortal.

-Nunca querré sobrevivir a quienes me hicieron, Lazarus.

-Esto lo dices ahora, querida, pero ¿dirás lo mismo dentro de un millón de años? Minerva, querida amiga, única amiga con quien puedo ser veraz, tengo la certeza de que has estado dándole vueltas a esta idea desde que las fichas de la clínica pasaron a formar parte de tu memoria. Pero, aun con tu velocidad de pensamiento, sospecho que careces de la experiencia; la experiencia que puede recoger un hombre de carne y hueso, sobre la que llegar a una resolución. Si eliges correr el riesgo, no puedes ser a la vez máquina y de carne y hueso. Sí, naturalmente, tenemos formas mixtas: máquinas con cerebro humano, o cuerpos de carne y hueso dirigidos por computadoras. Pero lo que tú quieres es ser una mujer, ¿no es así? ¿Verdad o mentira?

-Yo querría ser una mujer, Lazarus.

-Ya lo sabía, cariño. Y los dos sabemos por qué. Pero piénsalo, piénsalo bien aun cuando logres realizar un cambio tan arriesgado, y yo no sé cuáles son los riesgos; yo no soy más que un viejo capitán de navío, un médico rural jubilado, un ingeniero fuera de onda, pero tú eres la única poseedora de toda la información que mi especie ha acumulado acerca de estas cosas; supónte que lo consigues... y descubres entonces que Ira no te quiere por esposa.

La computadora vaciló durante un milisegundo largo:

-Lazarus: si Ira me rechaza..., es decir, me rechaza del todo, pues no tiene que casarse conmigo necesariamente, ¿será usted tan duro conmigo como parece que lo fue con Ita? ¿O querrá ayudarme a conocer el "Eros"?

Lazarus mostró una expresión atónita, pero a los pocos instantes soltó una carcajada.

-¡Touché! Me has cazado, guapa; me tienes entre la espada y la pared. Muy bien, querida, te lo prometo: si logras hacerlo, y si Ira no quiere acostarse contigo, lo haré yo, pondré todo mi empeño para agotarte. Aunque lo más probable es que ocurra lo contrario; el macho casi nunca sobrevive a la hembra. Muy bien, cielo: yo haré de suplente..., no me alejaré hasta que conozcamos el desenlace -con una risita apagada, añadió-: Casi siento la tentación de desear que Ira te salga rana, querida. Si no fuera porque le quieres tantísimo. Hablemos de los aspectos prácticos: ¿podrías decirme cuánto tiempo hará falta?

-Sólo en teoría, Lazarus; en mis memorias no consta que se haya intentado nunca. Pero debe ser parecido a un rejuvenecimiento clónico total en el que se utilice la ayuda de una computadora para transferir los recuerdos del cerebro viejo a su gemelo en blanco del cuerpo clónico. En otro aspecto es similar a lo que hago cuando traslado mi "yo" del Palacio a mi nuevo "yo" de la bodega de Dora.

-Sospecho que es más difícil, Minerva, y mucho más arriesgado que esas dos cosas. Se trata de diferentes escalas temporales, querida. El paso de máquina a máquina lo haces en una fracción de segundo, pero creo que eso de la clonación total requiere un mínimo de dos años... si vas con prisas terminas con un cadáver viejo y un idiota nuevo. ¿O no?

-Ha habido casos así, Lazarus. Pero no durante los dos últimos siglos.

-En fin... mi opinión no vale nada. Tienes que hablarlo con un experto, y ha de ser uno que te merezca confianza. Ishtar, a lo mejor aunque quizá no es el experto que necesitas.

-En este tema no hay expertos, Lazarus; nunca se ha hecho. Ishtar es de confianza; ya lo he comentado con ella.

-¿Y qué dice?

-Dice que no sabe si se puede hacer o no... esto es en la práctica, lográndolo al primer intento. Pero siente una profunda simpatía por mi empeño... es una mujer, después de todo... y trata de hallar modos de reducir los riesgos. Dice que hará falta disponer de la mejor cirugía genética, además de instrumental para la clonación completa de un adulto.

-Me parece que no lo he dicho todo. Para hacer un principio de clon no se necesita ningún cirujano de primera fila; yo lo he hecho. Si lo implantas en un útero y consigues que agarre, la madre adoptiva te dará una niña al cabo de nueve meses. Es más seguro. Y más fácil.

-Pero Lazarus, yo no puedo trasladarme al cráneo de un bebé. ¡No hay sitio!

-Hum..., sí, tienes razón.

-Incluso teniendo un cerebro desarrollado de adulto habré de elegir cuidadosamente qué conservo y qué descarto. Y tampoco puede ser un clon simple; tiene que ser uno compuesto.

-Hum... Esta noche no estoy muy agudo. No, tú no querrías ser la hermana gemela de Ishtar, por ejemplo, con toda tu personalidad y tus selectos conocimientos impresos en lo que habría sido su cerebro. Hum..., ¿puedo ofrecerte mi doceavo par de cromosomas querida?

-¡Lazarus!

-No llores, nena, que se te oxidarán los mecanismos. No me consta que haya error en la teoría que dice que el reforzamiento de un complejo de genes en ese par de cromosomas controla la longevidad. Aun si lo hace, es posible que te esté ofreciendo un reloj estropeado. Saldrás ganando si utilizas el doceavo de Ira.

-No. De Ira, nada.

-¿Acaso esperas hacer todo esto sin que él lo sepa? -preguntó Lazarus, quien añadió pensativamente-: Ah, ya... quieres niños, ¿no?

La computadora no respondió.

Lazarus dijo en tono amable:

-Debí suponer que quieres llegar hasta el final. En ese caso tampoco querrás tomar nada de Hamadryad; es hija suya. A menos que los cuadros genéticos indiquen que podemos evitar cualquier riesgo. Tu quieres un compuesto tan compuesto como sea posible, ¿no? Así tu clon será un ser de carne y hueso único, no calcado de ningún otro zigoto. ¿Veintitrés padres, quizás? ¿Es eso lo que tenias pensado?

-Creo que eso seria lo mejor, Lazarus, ya que podría hacerse sin separar cromosomas emparejados, con técnicas quirúrgicas más sencillas y sin posibilidad de que se introdujera ningún reforzamiento imprevisto. ¿Podremos encontrar veintitrés donantes satisfactorios..., que estén dispuestos a hacerlo?

-¿Quién ha dicho que tengan que estar dispuestos? Se los robaremos, querida; nadie es dueño de sus genes, sólo los tiene en custodia. A cada cual le llegan sin intervención de su voluntad, en la danza meiótica, y los traspasa a otros a través del mismo juego de casualidades ciegas. En la clínica debe de haber millares de cultivos de tejido cada uno de ellos con muchos millares de células; así es que ¿a quién le va a importar que tomemos prestada una célula de veintitrés cultivos? A nadie, si lo hacemos con finura. Y no te preocupes por la moral; es lo mismo que robar veintitrés granos de arena de una playa.

"Me importan un comino las reglas de la clínica. Sospecho que hasta que terminemos esto nos veremos metidos hasta el cuello en técnicas prohibidas. A ver: esa información de la clínica que has almacenado en Dora, ¿contiene los cuadros genéticos de los cultivos disponibles? ¿Y las historias clínicas de sus donantes y receptores?

-Sí, Lazarus, aunque los datos personales son confidenciales.

-¿Y a quién le importa eso? Ishtar dijo que podías estudiar tanto lo "confidencial" como lo "secreto", siempre que te lo guardases. Pues elige los veintitrés padres que prefieras, mientras yo me preocupo de hallar el modo de robarlos. Robar va más con mi estilo, por otra parte. No sé qué criterios vas a seguir, pero modestamente te sugiero esto: si la selección de entre la que tienes que escoger lo permite, cada uno de tus padres debería estar sano en todos los aspectos y ser lo más inteligente posible... según su biografía y su historia clínica, no sólo según su cuadro genético -Lazarus meditó sobre ello-. Esa mítica máquina del tiempo de la que hablé antes nos iría muy bien. Me gustaría revisar a los veintitrés una vez los hayas elegido; algunos pueden estar muertos. Me refiero a los donantes, no a los cultivos de tejido.

-Si las otras características son satisfactorias, Lazarus, ¿hay algún motivo para no hacer la selección en función del aspecto físico?

-¿Por qué preocuparse por eso, querida? Ira no es de los que sólo se conforman con una Helena de Troya.

-No, no creo que lo sea. Pero quiero ser alta, alta como Ishtar, y esbelta, y tener poco pecho. Y el pelo castaño y liso.

-¿Por qué, Minerva?

-Porque así es como soy. Usted lo dijo. ¡Usted lo dijo!

Lazarus parpadeó mirando a la penumbra y murmuró:

-"Es buena chica... Porque me deja... Darle mis buenos sablazos" -y añadió en tono áspero-: Eres una máquina tonta y chiflada. Si la mejor combinación de rasgos que se te ofrece da como resultado que seas una rubia rechoncha y pechugona, ¡cógela! No te preocupes por las fantasías de un pobre viejo. Siento haber hecho esa descripción imaginaria de ti.

-Pero, Lazarus, he dicho "si las otras características son satisfactorias"... Para obtener ese aspecto físico sólo necesito buscar en tres pares de cromosomas; no hay problema, ya está hecha la búsqueda dentro de los parámetros que hemos comentado. Y yo soy así,

yo soy ésa; lo supe desde que me lo dijo. Pero por cosas que ha dicho... y por cosas que no ha dicho... me parece que necesito su permiso para tener esa apariencia.

El anciano inclinó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos. Luego alzó la mirada.

-Adelante, querida: sé como ella. Es decir, sé como eres. Como la imagen que tienes de ti misma en el pensamiento. Ya te parecerá bastante difícil aprender a ser una persona de carne y hueso sin la ventaja añadida de no ser como crees que deberías ser.

-Gracias, Lazarus.

-Habrá problemas, querida, aun cuando todo salga bien. Por ejemplo, ¿te has parado a pensar que deberás aprender de nuevo a hablar? ¿Y aprender a ver, y a oír? Cuando te traslades a tu cuerpo clónico y no dejes tras de ti más que una computadora, no serás una persona adulta de buenas a primeras. Serás una extraña especie de niña con cuerpo de mujer, perdida en la confusa barahúnda del mundo que te rodeará, y en el que serás una extraña. Puede que te resulte terrorífico. Yo estaré aquí, te lo prometo, y te tendré de la mano. Pero tú no me conocerás; tus nuevos ojos no compondrán mi imagen hasta que aprendas a usarlos. No comprenderás una sola de mis palabras. ¿Te das cuenta?

-Me doy cuenta, Lazarus. Lo sé, lo he pensado mucho. Pasar a mi nuevo cuerpo sin destruir la computadora que ahora soy..., cosa que no debo hacer, puesto que Ira la necesitará, y también Ishtar... realizar esa transición es la fase más critica. Pero si lo logro, le prometo que lo extraño no me asustará, porque sé que tendré a mi alrededor amigos cariñosos que me cuidarán y me mantendrán con vida, y no me dejarán sufrir daño alguno... mientras aprendo a ser una mujer de carne y hueso.

-Así será, querida.

-Lo sé y no me siento inquieta. Por lo tanto, no se inquiete usted, amadísimo Lazarus. No piense en esas cosas por ahora. ¿Por qué ha dicho "esa mítica máquina del tiempo"?

-¿Y cómo la llamarías tú?

-Yo la llamaría "posible y no realizada". "Mítica" implica imposibilidad.

-¿Cómo? ¡Continúa!

-Cuando Dora me enseñó la matemática de la astronavegación multiespacial, aprendí que cada desplazamiento entraña una decisión acerca de cuándo hay que reingresar en el eje temporal.

-Sí, claro. Desde el momento en que sales del marco de la velocidad de la luz, puedes desviarte tantos años como años-luz supone el viaje. Pero eso no es una máquina del tiempo.

-¿No?

-Hum... Es una idea inquietante. Es como hacer un mal aterrizaje a propósito. Ojalá estuviera aquí Andy Libby. ¿Por qué no lo dijiste antes, Minerva?

-¿Debería haberlo incluido en su Caja de Zwicky? Usted descartó el viaje hacia el futuro... y yo descarté el viaje por el tiempo hacia el pasado porque dijo que quería algo nuevo.

Intermedio

Extractos de los Cuadernos de Lazarus Long

Guarda siempre la cerveza en lugar oscuro.

Según los datos de los que se dispone hasta la fecha, en la galaxia sólo hay un animal peligroso para el hombre: el hombre mismo. Por consiguiente, debe procurarse a sí mismo la indispensable competencia. No tiene enemigo que le ayude.

Los hombres son más sentimentales que las mujeres. Esto les ofusca.

El juego está arreglado, naturalmente. Pero no te detengas por eso: si no apuestas, no puedes ganar.

Todo sacerdote o chamán será considerado culpable mientras no se demuestre su inocencia.

Escucha siempre a los expertos. Te dirán lo que no se puede hacer, y por qué. Entonces hazlo.

Dispara rápido, aunque falles. Le desconcertarás el tiempo suficiente para acertarle al segundo tiro.

No hay pruebas concluyentes de que exista una vida después de la muerte. Pero tampoco las hay de que no exista. Pronto sabrás la verdad. Así, pues, ¿por qué inquietarte por ello?

Si no puede expresarse en cifras, no es ciencia; es opinión.

Se sabe desde siempre que un caballo puede correr más que otro... pero ¿cuál? Lo crucial son las diferencias.

Las falsas pitonisas resultan soportables. Pero a las adivinas auténticas habría que matarlas apenas vistas. A Casandra no le dieron ni la mitad de las patadas que se merecía.

A menudo los engaños son útiles. Las opiniones de una madre acerca de la hermosura, la inteligencia, la bondad, etcétera ad nauseam, de sus hijos, impiden que los ahogue después de nacer.

La mayor parte de los "científicos" son lavabotellas y cuentabotones.

Un "hombre pacifista" es una contradicción en los términos. La mayoría de los que se autodenominan "pacifistas" no son pacíficos; sólo adoptan falsos colores. Cuando cambia el viento, izan la bandera de la calavera y las tibias cruzadas.

El criar no disminuye la belleza de unos pechos de mujer; realza su encanto al hacerlos aparecer habitados y felices.

La generación que ignora la historia no tiene pasado... ni futuro.

El poeta que lee sus versos en público puede muy bien tener otros feos hábitos.

¡Qué mundo tan maravilloso aquél en el que hay chicas!

Debajo de los asientos suelen darse pocos cambios.

La Historia no da noticia de ninguna religión que tenga fundamento racional. La religión es una muleta para los que no son bastante fuertes para plantarse sin ayuda delante de lo desconocido. Pero al igual que sucede con la caspa, la mayor parte de la gente tiene una religión en la que gasta mucho tiempo y dinero, y parece obtener un considerable placer jugueteando con ella.

Es increíble lo mucho que la "sabiduria adulta" se parece al cansancio excesivo.

Si no te gustas a ti mismo, no pueden gustarte los demás.

Tu enemigo no se considera ningún malvado. Ten esto bien presente, pues puede servirte para hacerle amigo tuyo. Si no, puedes matarle sin odio... y rápidamente.

Siempre ha lugar una solicitud de aplazamiento.

Ningún estado tiene derecho a sobrevivir gracias a tropas de recluta obligatoria, y a la larga ninguno lo ha conseguido. Las matronas romanas solían decir a sus hijos: "Vuelve con tu escudo, o encima de él". Con el tiempo, esta costumbre decayó. Roma también.

De todos los extraños "crimenes" que los legisladores humanos se han sacado de la manga, la "blasfemia" es el más sorprendente; la "obscenidad" y el "exhibicionismo" se disputan el segundo puesto.

Ley de Keops: no hay obra que termine dentro del plazo o del presupuesto fijado.

Más vale carde que nunca.

Todas las sociedades se basan en leyes para proteger a las mujeres gestantes y a los niños pequeños. Todo lo demás es añadidura, excrecencia, adorno, lujo o necedad que puede -y debe- desecharse en situaciones de emergencia para preservar la función primordial. Dado que la supervivencia de la raza es la única ética universal no hay otra base posible. El intento de idear una "sociedad perfecta" sobre una base que no sea la de "¡Las mujeres y los niños primero!" es, además de necio, automáticamente genocida. Sin embargo, los idealistas visionarios (todos ellos varones) lo han intentado sin descanso..., y sin duda seguirán intentándolo.

Todos los hombres son originariamente desiguales.

El dinero es un potente afrodisiaco. Pero las flores sirven casi igual.

El bruto mata por placer. El tonto mata por odio.

Sólo hay una forma de consolar a una viuda. Pero no olvides el riesgo.

Cuando surja la necesidad -y surge- debes ser capaz de pegarle un tiro a tu propio perro. No lo regales: eso no endulza las cosas, sino que las empeora.

¡Todo en exceso! Para saborear la vida, tómala a grandes bocados. La moderación es para los monjes.

Puede ser mejor ser una hiena viva que un león muerto, pero aún es mejor ser un león vivo. Y normalmente es más fácil.

La teología de uno es la carcajada de otro.

El sexo debe ser cordial. Si no, quédate con los juguetes de cuerda; es más higiénico.

Los hombres raramente (o nunca) logran concebir un dios superior a ellos. La mayor parte de los dioses tienen maneras y ética de niños malcriados.

Nunca apeles al "buen corazón" de un hombre. Puede que no tenga. Saldrás ganando si invocas su interés.

Las niñas, como las mariposas, no tienen que pedir disculpas.

Puedes tener paz, o puedes tener libertad. No cuentes nunca con tener ambas cosas a la vez.

Evita tomar decisiones irrevocables cuando estés cansado o hambriento. N.B.: Las circunstancias pueden obligarte a ello. Así, pues, ¡sé previsor!

Guarda la ropa y las armas donde puedas encontrarlas a oscuras.

Elefante: mosca fabricada según instrucciones del gobierno.

A través de la historia, la condición normal del hombre es la pobreza. Los progresos que permiten que esta norma sea transgredida -aquí y allá, de vez en cuando- son obra de una minoría extremadamente pequeña, a menudo desprendida, a menudo condenada, y casi siempre atacada por la gente bien pensante. Cuando se impide que esta minoría cree, o (como a veces ocurre) se la expulsa de la sociedad, la gente vuelve a caer en la pobreza más abyecta. Lo cual se conoce como "mala suerte".

En una sociedad madura, "funcionario público" es semánticamente igual a "amo público".

Cuando un lugar está lo bastante poblado como para hacer necesarios los documentos de identidad, no falta mucho para el colapso social. Es el momento de ir a otra parte. Lo mejor de los vuelos espaciales es que han hecho posible el ir a otra parte.

La mujer no es una posesión, y el hombre que piense lo contrario vive en el país de los sueños.

Lo segundo mejor de los viajes espaciales es que las distancias que establecen hacen muy difícil, a veces muy poco práctica, y casi siempre innecesaria, la guerra. Para mucha gente esto puede suponer una pérdida, ya que la guerra es la diversión favorita de nuestra especie, es lo que da color y sentido a unas vidas aburridas y estúpidas. Pero es un gran don para el hombre inteligente que solamente lucha cuando debe, y no por deporte.

El zigoto es la forma que tiene el gameto de producir más gametos. Ésta puede ser la finalidad del universo.

Hay contradicciones ocultas en la mente de quienes "aman a la naturaleza" al tiempo que deploran los "artificios" con los que "el hombre ha estropeado la naturaleza". La contradicción evidente reside en las palabras que escogen, que dan a entender que el hombre y sus artefactos no son parte de la naturaleza en tanto que los castores y sus diques si lo son. Pero las contradicciones llegan más hondo que este absurdo que aparece a primera vista. Al declarar su amor por un dique de castores (levantado para los castores con el fin de satisfacer las necesidades de los castores) y su odio por las presas levantadas por los hombres (para satisfacer las necesidades de los hombres), el "naturista" revela el odio que siente por su propia especie; esto es, el odio que siente por si mismo.

En el caso de los "naturistas", este odio es comprensible; son una gentuza lamentable. Pero el odio es un sentimiento demasiado fuerte para sentirlo hacia ellos; a lo sumo merecen lástima y desprecio.

En cuanto a mi, quiéralo o no, soy un hombre y no un castor y la del homo sapiens es la única especie a la que pertenezco o puedo pertenecer. Por suerte para mi, me gusta formar parte de una especie formada de hombres y mujeres; me parece un sistema estupendo, y perfectamente "natural".

Créase o no, lo cierto es que hubo naturistas que se opusieron al primer vuelo a la vieja Luna, por considerarlo "antinatural" y creer que suponía un "saqueo de la naturaleza".

"Ningún hombre es una isla.." Por más que sintamos y actuemos como individuos, nuestra especie es un único organismo, en constante crecimiento y ramificación, que debe ser podado regularmente para mantenerse sano. No puede discutirse esta necesidad; cualquiera que tenga ojos en la cara podrá ver que los organismos que crecen sin tasa mueren siempre ahogados en sus propios venenos. La única pregunta racional es la de si la poda debe efectuarse antes o después del nacimiento.

Yo, que soy un sentimental incurable, estoy en favor del primero de estos métodos; matar me incomoda, aun cuando se trate de un caso de "él está muerto y yo vivo y así es como yo lo quise".

Pero puede tratarse de una cuestión de gustos. Algunos chamanes creen que es mejor morir en la guerra, o en el parto, o de hambre, que haber vivido. Pueden estar en lo cierto.

Pero no tiene por qué gustarme… y no me gusta.

La democracia se basa en la premisa de que un millón de hombres son más sabios que un hombre. ¿Cómo dice, a ver? Hay algo que no he cogido.

La autocracia se basa en la premisa de que un hombre es más sabio que un millón de hombres. Vamos a repetir esto también. ¿Quién decide?

Cualquier gobierno funcionará si la autoridad y la responsabilidad son iguales y van coordinadas. Esto no garantiza que sea un gobierno "bueno"; sólo garantiza que funcionará. Pero los gobiernos así no abundan, casi todo el mundo quiere mandar pero no quiere cargar con su parte de culpa. A esto solían llamarlo "síndrome del pasajero que conduce".

¿Cuáles son los datos? Una vez y otra y otra: ¿cuáles son los datos? Deja a un lado las ilusiones, olvida la revelación divina, pasa por alto lo que piensen los vecinos, despreocúpate del impredecible "veredicto de la historia"; ¿cuáles son los datos, y con cuántos decimales? Pilotas siempre hacia un futuro desconocido; los datos son tu única clave. ¡Averígualos!

La estupidez no puede curarse con dinero, ni con educación, ni por medio de la legislación. La estupidez no es un pecado; la víctima no puede evitarla. Pero la estupidez es el único delito capital universal: la sentencia es de muerte, no hay recurso, y la ejecución tiene lugar automáticamente y sin clemencia.

Dios es omnipotente, omnisciente y omnibenevolente: lo dice aquí, en la etiqueta. Si posee usted una mente capaz de creer en estos tres atributos simultáneamente, tenemos una maravillosa oferta para usted. No se admiten talones; sólo efectivo.

El valor es el complemento del miedo. Quien no conoce el miedo no puede ser valiente. (Y además es un necio.)

Los dos logros más altos de la mente humana son los conceptos gemelos de "lealtad" y "deber". Cuando estos dos conceptos caigan en el descrédito, ¡lárgate a toda prisa! Podrás salvarte tú, pero ya será tarde para salvar a esa sociedad. Estará condenada.

La gente que se arruina a lo grande nunca deja de comer caliente. El pobre diablo apocado es el que tiene que apretarse el cinturón.

La verdad de una afirmación no tiene nada que ver con su credibilidad. Y viceversa.

El que es incapaz de tragar las matemáticas no es plenamente humano. A lo sumo es un semihumano aceptable, que sabe llevar zapatos, bañarse y no ensuciar demasiado la casa.

Las piezas móviles que están en fricción requieren ser lubricadas para evitar un desgaste excesivo. Los honores y la etiqueta proporcionan lubricante allí donde la gente se pone en contacto. A menudo los jóvenes, los de poco mundo, los poco refinados, deploran estas formalidades, calificándolas de "hueras", "carentes de sentido" o "hipócritas", y no se dignan emplearlas. Por más "puros" que sean sus motivos, con ello no hacen sino arrojar arena dentro de un mecanismo que de por si ya no funciona demasiado bien.

Todo ser humano debería ser capaz de cambiar unos pañales, planear una invasión, desollar un cerdo, gobernar un buque, escribir un soneto, proyectar un edificio, hacer un balance, levantar una pared, poner un hueso en su sitio, auxiliar a un moribundo, recibir órdenes, dar órdenes, cooperar, actuar solo, resolver ecuaciones, analizar un problema nuevo, estercolar, programar una computadora, cocinar un plato sabroso, combatir con eficacia, morir con gallardía. La especialización es para los insectos.

Cuanto más amas, tanto más eres capaz de amar, y tanto más intensamente amas. Y no hay limite a propósito de a cuántos puedes amar. Si una persona tuviera tiempo suficiente, podría amar a toda la gran mayoría que es honrada y justa.

La masturbación es barata, limpia, cómoda y exenta de cualquier posibilidad de tropiezo... y no hay que volver a casa con el frío que hace por la calle. Pero es solitaria.

Cuidado con el altruismo. Se basa en el autoengaño, raíz de todos los males.

Si estás tentado de hacer algo que parece "altruismo" repasa tus motivos y arranca de raíz ese autoengaño. Si sigues deseando hacerlo, ve y revuélcate en él.

La idea más absurda que jamás ha concebido el homo sapiens es la de que el Dios Señor de la Creación, Creador y Rector de todos los Universos, desea la adoración almibarada de sus criaturas, puede ser influido por sus plegarias, y se pone tieso si no recibe estos halagos. Y sin embargo, esta absurda fantasía, que no cuenta en su respaldo con el menor rastro de evidencia, paga los gastos de la industria más antigua, mayor y menos productiva de la historia.

La segunda idea más absurda es la de que copular es intrínsecamente pecaminoso.

Escribir no es necesariamente algo de lo que debas avergonzarte... pero hazlo en privado y después lávate las manos.

Cien dólares invertidos a un interés compuesto del siete por ciento cuatrimestral durante doscientos años se elevarán a más de cien millones. Para entonces ya no valdrán nada.

Querida mía, no le aburras con tus cosillas ni descargues sobre él tus pasados errores. La mejor forma de tratar con un hombre es no decirle nunca nada que no necesite saber.

Cariño, las damas de verdad se quitan la dignidad con la ropa y trata de hacer putísimamente bien la cosa. En otros momentos puedes ser tan recatada y digna como tu personaje exige.

Sobre el sexo todo el mundo miente.

Si los hombres fueran los autómatas que los conductistas dicen que son, los psicólogos conductistas no habrían podido inventar el increíble absurdo que dieron en llamar "psicología conductista". Así es que yerran desde buen principio: son tan listos y están tan equivocados como los químicos flogísticos.

Los chamanes se pasan el día cotorreando acerca de sus "milagros" de pacotilla. Yo prefiero el milagro auténtico de una mujer preñada.

Si el universo tiene un fin más importante que montar a una mujer a la que quieres y hacer un niño con su generosa colaboración, no se cual es.

Recordarás el Onceavo Mandamiento y lo obedecerás en Todo.

Piedra de toque para determinar el valor real de un "intelectual": averiguar lo que piensa de la astrología.

Los impuestos no se imponen en beneficio de quienes los soportan.

No existe eso que llaman "juego social". O estás aquí para arrancarle el corazón al otro tío y comértelo, o eres un mamón. Si no te gusta la alternativa, no juegues.

Cuando zarpa la nave, todas las deudas están saldadas. Nada de pesares.

La primera vez que fui instructor de reclutas me faltaba experiencia en el oficio: con las cosas que les enseñé algunos de aquellos chavales podían haberse matado. La guerra es algo demasiado serio como para que lo enseñen los inexpertos.

Una persona competente y que confía en si misma es incapaz de sentir celos en ningún terreno. Los celos son invariablemente un síntoma de inseguridad neurótica.

El dinero es el halago más sincero.

A las mujeres les encanta que las halaguen.

A los hombres también.

Se vive y se aprende. O no se vive mucho.

Cada vez que las mujeres han insistido sobre la plena igualdad con los hombres, han hecho un mal negocio. Lo que son y lo que pueden hacer las hace superiores a los hombres, y la táctica más adecuada para ellas es la de pedir privilegios especiales, todo lo que caiga. No deberían conformarse con la simple igualdad. Para las mujeres, la "igualdad" es un desastre.

La paz es una extensión de la guerra a través de medios políticos. Es más agradable, y más seguro, disponer de espacio suficiente.

La "magia" de uno es la ingeniería de otro. "Sobrenatural" es una palabra que no significa nada.

La frase "Debemos (debo) (debes) forzosamente...", designa algo que no tiene por qué hacerse. "Ni que decir tiene que..." es una señal de peligro. "Por supuesto" significa que más te valdrá comprobarlo personalmente. Si se leen correctamente, estas fórmulas prácticamente invariables son señales de orientación muy fiables.

A tus hijos no les hagas la vida difícil haciéndoles la vida fácil.

Si por casualidad perteneces a la molesta minoría que es capaz de hacer un trabajo creativo, no fuerces a ninguna idea a salir; si lo haces, la abortarás. Ten paciencia y la parirás cuando llegué el momento. Aprende a esperar.

No te inmiscuyas en los asuntos íntimos de los jóvenes, particularmente en los del sexo. Cuando crecen tienen los nervios a flor de piel, y les molesta cualquier invasión de su intimidad (faltaría más). Cometen errores, claro está, pero eso es asunto de ellos, no tuyo. (Tú cometiste los tuyos, ¿no?)

No subestimes nunca el poder de la estupidez humana.

Variaciones sobre un mismo tema

11

Historia de la hija adoptiva

Ponte a mi lado, de pie en el viejo planeta del hombre, y mira hacia el norte cuando el cielo haya oscurecido; sigue la vara del Carro, hacia abajo y a la izquierda... ¿Lo ves? ¿No lo intuyes? Allí no hay más que frío y tinieblas. Vuelve a intentarlo cubriéndote los ojos, inténtalo una vez más con la visión interior, escucha ahora un graznar de patos salvajes que suena a través de espacios infinitos, desbaratando las extrañas ecuaciones...

¡Ahí, ahí! ¡Mira cómo brilla! Conserva esa visión, y guía tu nave por espacios escabrosos. Despacio, despacio, no lo pierdas. Es un planeta virgen, son unos nuevos albores...

Woodrow Smith, el de los muchos nombres, muchos rostros y muchas tierras, condujo a su grupo a Nuevos Albores, un planeta limpio y claro como la mañana. "Final de trayecto", dijo a sus compañeros de viaje. "Millas y millas de prados intactos, millas y millas de bosque por talar, ríos remansados, cumbres altísimas, riquezas ocultas y ocultos peligros. Será nuestra vida o nuestra agonía; no habrá más pecado que la cobardía. Emplead las palas y los azadones; cavad las letrinas, alzad barracones. Si no es este año, lo será al siguiente: más fuerte el ganado, mejor la simiente. Hay que cultivarlo, habrá que comerlo; no podéis comprarlo, ¡aprended a hacerlo! Pues nunca sabréis, si no osáis intentarlo. Volved a probar y volved a..."

Ernest Gibbons, nacido Woodrow Smith, conocido a veces como Lazarus Long, *et al.*, presidente del Banco Comercial de Nuevos Albores, salió del comedor del Waldorf. Se detuvo en la terraza, hurgándose los dientes con un palillo, y contempló el bullicioso panorama de la calle. A sus pies vio media docena de mulas de silla y un corretón (con bozal), enganchados. Calle arriba, a mano derecha, descargaban una reata de mulas en el Centro Comercial El Primer Dólar (Prop.: E. Gibbons). En mitad de la calle, un perro dormitaba en el polvo; a su alrededor transitaba la gente a caballo. En la acera de enfrente, a la izquierda, una docena de chiquillos alborotaban con sus juegos en el patio de la escuela de la señora Mayberry.

Sin moverse del sitio podía contar treinta y siete personas. ¡Dieciocho años tan sólo, y qué cambio! El Primer Dólar ya no era el único establecimiento, ni el más amplio. New Pittsburgh era mayor (y más sucio), y tanto Separation como Junction eran ya bastante grandes para merecer el nombre de pueblos. Y todo aquello venia del cargamento de dos naves y de una colonia que a punto estuvo de perecer de inanición el primer invierno. Le desagradaba pensar en aquel invierno. Aquella familia... aunque de hecho no se demostró que hubiera habido canibalismo... en fin, igual pudieron morir todos.

Mejor olvidarlo. Los débiles murieron, y los malos murieron o fueron muertos, los supervivientes eran cada vez más fuertes, despiertos y honrados. Nuevos Albores era un planeta del que se podía estar orgulloso y durante muchos años había de seguir mejorando.

Sin embargó, casi veinte años era tiempo más que suficiente para no haberse movido de un sitio. Ya era tiempo de zarpar de nuevo. En muchos aspectos, era más divertido cuando él y Andy, Dios le tenga en su gloria, iban juntos dando tumbos por las estrellas, acumulando propiedades inmobiliarias y no parando nunca en lugar alguno más que el tiempo necesario para valorar sus posibilidades. Se preguntó si su hijo Zaccur volvería a tiempo con una tercera expedición de gente esperanzada.

Se levantó la falda para rascarse la rodilla derecha, comprobó la colocación de su artillería, que llevaba a la izquierda del cinto; revisó el lanzaagujas, se rascó la nuca, se aseguró

de llevar bien dispuesto el segundo cuchillo arrojadizo. Listo ya para enfrentarse al público, meditó sobre si debía ir a su despacho del banco o al centro de intercambios para comprobar si llegaba ya el flete. Ninguna de las dos cosas le atraía demasiado.

Uno de los mulos enganchados le hizo un gesto con la cabeza. Gibbons le miró y dijo:

-Hola, Buck, ¿cómo estás? ¿Dónde tienes al jefe?

Buck apretó los labios y resolló ruidosamente:

-¡ Bancco !

Una cosa estaba clara: si Clyde Leamer lo había enganchado allí y no frente al banco, era porque tenía intención de utilizar la puerta de servicio y andaba en busca de otro préstamo A ver qué esfuerzos hace para dar conmigo.

Tampoco iría a la tienda: no sólo le buscaría Clyde en seguida por allí, sino que no estaba bien poner nervioso a Rick presentándose antes de que tuviera tiempo de sisar lo de costumbre: los buenos tenderos iban escasos. Rick era honrado: el cinco por ciento ni más ni menos.

Gibbons se palpó el bolsillo de la camisa, encontró un dulce y se lo dio a Buck en la palma de la mano. El mulo lo tomó limpiamente y le dio las gracias con un gesto. Gibbons pensó que aquellas mulas mutantes, fértiles y prolíficas, eran la mayor ayuda que habían tenido los colonizadores desde cuando la Expedición Libby. Aceptaban con facilidad la hibernación (cuando lo embarcado eran cerdos, la mitad de las cabezas llegaban convertidas en tocino) y cuidaban de sí mismas de muchas formas; cualquier mula era capaz de matar a coces a un corretón salvaje.

-Adiós, Buck. Voy a dar una vuelta. Díselo al jefe.

-¡ Ióss !-respondió el mulo.

Gibbons torció a la izquierda y se dirigió hacia las afueras de la localidad calculando el préstamo que podía ofrecer a Clyde Leamer con Buck por garantía. Aquel animal dócil y listo valía su peso en oro, y era prácticamente el único bien no hipotecado que le quedaba a Clyde. No le cabía duda alguna en cuanto a que un préstamo sobre Buck permitiría que Clyde se recuperase... tan pronto hubiera vencido. Gibbons no sentía lástima alguna por él. Un tipo como aquél incapaz de dar golpe, no merecía que le echaran una mano.

"No, no pienso prestarle ni un dólar. Le ofreceré comprarle a Buck por un diez por ciento más que el precio normal. Un animal así tan trabajador y honrado, no debería pertenecer a un haragán. A Gibbons no le hacia falta una mula de silla, pero no le vendría mal montar una horita cada día. Con tanto estar sentado en el banco se iba volviendo cada vez menos ágil.

También podía volver a casarse y entregar a Buck a la novia como regalo de bodas: era un pensamiento agradable, pero los únicos Howard que había en el planeta eran parejas casadas y ninguna de ellas tenía una hija casadera, además de ocultar todos su condición en espera de que el lugar se poblara lo suficiente para que las Familias establecieran una clínica Howard en él. Era más seguro. Gato escaldado, del agua huye. Él evitaba a los Howard, y los Howard se evitaban mutuamente, por fuerza. Seria hermoso volver a estar casado, pensó. La familia Magee (Barstow, en realidad) tenían dos o tres hijas que estaban creciendo. Quizás algún día seria cuestión de hacerles una visita.

Entre tanto, se encontraba bien y con ánimos, relleno de huevos revueltos y malos pensamientos, y le habría gustado saber dónde había una mujer que se sintiera igual y pudiera largarse con él para compartir sus intereses. Ernie conocía a unas cuantas que participaban de su entusiasmo, pero en aquel momento no estaban disponibles, al menos no para una aventurilla cualquiera. Y eso era todo lo qué él deseaba, no era decente comprometerse a nada serio con una efímera, por más dulce que fuera..., en especial si era dulce de verdad.

El banquero Gibbons estaba en el confín de la ciudad y se disponía a dar media vuelta cuando vio que salía humo de una casa lejana, la de Harper. La que antaño fue la casa de Harper, rectificó, antes de que se establecieran en los páramos; ahora la ocupaban... éste... Bud Brandon y su esposa Marje, una pareja encantadora, que había llegado con la segunda expedición. ¿No tenían un hijo? Le parecia que sí.

¿Tenían encendida la chimenea, con el día que hacia? A lo mejor estaban quemando las basuras.

¡Eh, ese humo no es de la chimenea!

Gibbons echó a correr.

Cuando llegó a la casa de Harper ardía todo el tejado. Lazarus paró en seco y trató de juzgar la situación. Como la mayor parte de las casas viejas, la de Harper no tenia ventanas en la planta baja; no había más que una única puerta que cerraba muy bien y se abría hacia fuera. Era un sistema ideado para la época en que por todas partes había dragones y alimañas.

Abrir aquella puerta sería lo mismo que abrir el tiro de una estufa.

No perdió ni un segundo en decidirlo: aquella puerta debía seguir cerrada. Corrió hasta el otro lado de la casa, mirando las ventanas del piso superior y buscando un modo de llegar hasta alguna: una escalera, o lo que fuese. ¿Habría alguien dentro? ¿Ni siquiera tenían los Brandon una cuerda de salvamento para caso de incendio? Probablemente ni eso: las sogas buenas se importaban de la Tierra y costaban noventa dólares el metro. Los Harper no debieron dejar ninguna.

Vio una ventana con los postigos abiertos por la que salía el humo.

Gritó:

-¡Eh! ¿Hay alguien en casa?

Apareció una figura en la ventana, y le arrojó algo.

Lo atrapó al vuelo, viendo lo que era antes de que llegase a sus manos, y dejándose caer con ello al suelo para amortiguar el impacto. Era un niño pequeño...

Alzó la mirada y vio un brazo que asomaba por la ventana. El techo se derrumbó y desapareció el brazo.

Gibbons se incorporó a toda prisa, sosteniendo al niño... no, a la niña, rectificó... y se apartó de la pira a todo correr. Ni siquiera le pasó por la mente la posibilidad de que quedara alguien vivo en aquel infierno, esperaba solamente que hubiera tenido una muerte rápida y dejó de pensar en ello. Meció a la niña en sus brazos.

-¿Estás bien, guapa?

-Me parece que sí -respondió, añadiendo-: pero mamá está muy mala.

-Ahora tu mamá está muy bien, cariño -dijo con dulzura-, y tu papá también.

-¿De verdad? -La niña se revolvió en sus brazos, tratando de ver la casa en llamas.

Él se lo impidió con el hombro.

-De verdad.

La sujetó con mayor firmeza y echó a andar.

A la mitad del camino de vuelta hacia la ciudad encontraron a Clyde Leamer, que montaba a Buck. Clyde tiró de las riendas.

-¡Al fin le encuentro! Quiero hablar con usted, banquero.

-Otro día, Clyde.

-¿Otro día? Creo que no se hace cargo de mi situación: necesito un poco de dinero. Llevo una temporada fatal. Parece que todo lo que toco...

-¡Corte, Clyde!

-¿Qué? -Clyde pareció darse cuenta de que el banquero llevaba algo en brazos-. ¡Eh, oiga!: ¿no es ésa la cría de Brandon?

-Sí.

-Ya me lo parecía. Bueno pues lo del préstamo...

-Te he dicho que cortes. Él banco no va a prestarte ni un dólar más.

-Tiene que escucharme. Me parece que la comunidad debe ayudar a cualquier granjero que haya tenido mala suerte. Si no fuera por los granjeros...

-Escúcheme usted a mi: si todo el tiempo que pierde charlando lo empleara en trabajar, no me vendría a hablar de "mala suerte". No tiene limpio ni el establo. A ver... ¿cuánto quiere por ese animal?

-¿Por Buck? A Buck no lo vendería por nada. Pero mire, lo que yo tenía pensado es esto: usted es un hombre muy amable, aunque me hable de ese modo, y sé que no dejará que mis hijos se mueran de hambre. Buck es muy valioso, y supongo que serviria como prenda para unos... pongamos...

-Lo mejor que puede hacer por sus hijos, Clyde, es pegarse un tiro; así los adoptarían. De préstamo, nada, Clyde: ni un dólar, ni un centavo. Pero le compro a Buck ahora mismo. Diga precio.

Leamer tragó saliva y vaciló unos instantes.

-Veinticinco mil.

Gibbons echó a andar en dirección al pueblo. Leamer dijo apresuradamente:

-¡Veinte mil!

Gibbons no respondió.

Leamer hizo dar vuelta al mulo y se detuvo ante el banquero.

-Me tiene en sus manos, banquero. Dieciocho mil y encima pierdo dinero.

-No dejaré que pierda dinero, Clyde. Póngalo a subasta y a lo mejor pujo. O a lo mejor no. ¿Cuánto cree que sacaría por él en una subasta?

-Unos..., unos quince mil.

-¿De veras lo cree? Yo no. Sé los años que tiene el bicho sin necesidad de mirarle la dentadura, y también sé lo que pagó por él recién bajado de la nave. Sé el dinero que tiene la gente de por aquí y lo que pagarían. Pero haga lo que quiera; es suyo. No pierda

de vista que si le pone un precio de salida, le debe el diez por ciento al subastador aunque no lo compre nadie. Pero es asunto suyo, Clyde. Y ahora quítese de en medio; quiero llevar a esta niña al pueblo y acostarla. Acaba de pasar un mal trago.

-A ver..., ¿cuánto me da usted?

-Doce mil.

-¿Doce mil? ¡Eso es un atraco!

-No tiene por qué aceptar. Suponga que saca quince mil de la subasta, tal como espera. Son trece quinientos limpios. Pero suponga que sólo le dan diez mil, que es lo más probable, según creo. Son nueve mil limpios. Hasta la vista, Clyde; tengo prisa.

-En fin... ¡trece mil!

-Yo ya he dado mi precio, Clyde. Ya ha tenido tratos conmigo lo suficiente como para saber que cuando doy un precio, no hay otro. Pero si encima pone la silla y las bridas y me responde una pregunta, le añado quinientos dólares.

-¿Qué pregunta?

-¿Cómo fue que emigró?

Leamer pareció sorprendido, y se echó a reír sin rastro alguno de regocijo.

-Lo hice porque estaba loco, si quiere que le diga la verdad.

-¿Y no lo estamos todos? Eso no es una respuesta, Clyde.

-Pues bien... el viejo era banquero. ¡Era un banquero tan agarrado como usted! A mi me iba bien, tenia un oficio respetable: enseñaba. En la universidad. Pero no me pagaban mucho, y el viejo no paraba de meterse conmigo cada vez que yo andaba corto de fondos. Metía las narices en mis asuntos. Me despreciaba. Al final estaba tan harto de aquello que le pregunté qué le parecía la idea de pagarnos a Yvonne y a mi un pasaje en el "Andy J." Vaya, que emigrábamos. Podría librarse de nosotros.

"Con gran sorpresa por mi parte, accedió. Pero no me eché atrás: yo sabia que un hombre de mi cultura podía salir adelante en cualquier parte... y no iba a ser lo mismo que caer en un planeta salvaje; ya recordará que nosotros somos de la segunda ola.

"Sólo que el planeta si era salvaje, y tuvimos que hacer cosas en las que un caballero no habría tenido que meterse nunca. Pero espere y verá, banquero; los chicos van creciendo, y aquí habrá ocasión de ofrecer una educación superior, no las cuatro cosillas

que enseña la señora Mayberry en eso que llama "escuela". Ahí quería llegar: pronto tendrá que llamarme "profesor" y tratarme con respeto. Ya lo verá.

-Que tenga suerte. ¿Va a aceptar mi oferta? Doce mil quinientos limpios, con la silla y las bridas.

-Le dije que sí, ¿no?

-No lo ha dicho, aún no ha dicho nada.

-Acepto.

La niña había escuchado la conversación en silencio, con semblante serio. Gibbons le dijo:

-¿Puedes esperar un momentito aquí de pie, guapa?

La depositó en el suelo; ella, temblorosa, se agarró a la falda escocesa de Gibbons, quien, después de hurgar en su bolsa de costado y utilizando la grupa de Buck como pupitre, extendió un talón y un recibo y los entregó a Leamer.

-Vaya al banco y déle esto a Hilda. Firme el recibo y devuélvamelo.

Leamer firmó en silencio, miró el talón, se lo guardó en el bolsillo y devolvió el recibo.

-Gracias, banquero, usurero del demonio. ¿Cuándo quiere que se lo entregue?

-Ya me lo ha entregado. Desmonte.

-¿Que desmonte? ¿Y cómo me llego al banco? ¿Y cómo vuelvo a casa?

-Camine.

-¿Qué? ¡Vamos, vamos, ya está usted con sus trampas! Tendrá el mulo cuando me den el dinero, en el banco.

-Leamer, le he pagado un buen dinero por el mulo porque lo necesito ahora. Pero ya veo que no hemos llegado a un acuerdo. Muy bien: déme el talón y aquí tiene el recibo

Leamer se sobresaltó:

-¡Ah, no! ¡Eso no se hace! ¡Hemos hecho un trato!

-Pues bájese de mi mulo ahora mismo -Gibbons apoyó la mano en el mango del cuchillo que llevaba todo el mundo- y si se da un trote hasta el pueblo llegará antes que Hilda cierre. ¡Muévase!-Con ojos fríos e inexpresivos sostuvo la mirada de Leamer.

-¿No sabe encajar una broma? -refunfuñó Leamer mientras desmontaba. Emprendió el camino hacia el pueblo, caminando a paso vivo.

-¡ Eh, Clyde !

-¿Qué quiere ahora?

-Si ve a los de la Brigada Voluntaria de Incendios viniendo para acá, dígales que ya es tarde; de la casa de Harper ya no queda nada. Pero diga a McCarthy que yo le he dicho que no vendrá mal que mande a un par de hombres para que inspeccionen.

-¡Muy bien!

-Y... ¿qué era lo que enseñaba usted, Clyde?

-¿"Enseñar"? Enseñaba "Literatura de Creación". Ya le dije que poseo una buena formación.

-Si, ya me lo dijo. Será mejor que se dé prisa: Hilda cierra temprano, tiene que ir a recoger a sus niños en la escuela de la señora Mayberry.

Gibbons no hizo caso de la respuesta de Leamer, tomó en brazos a la niña y dijo:

-Quieto, Buck. No te muevas, muchacho.

Levantó a la pequeña y la instaló a horcajadas sobre la cruz del mulo.

-Cógete a las crines -puso el pie en el estribo izquierdo y montó detrás de ella, corriéndose hacia la parte posterior de la silla y alzando de nuevo a la niña para sentarla detrás del pomo, medio apoyada en su regazo-. Agárrate al pomo, guapa. Con las dos manos. ¿Estás cómoda?

-¡Es muy divertido!

-Divertidísimo, pequeña. ¡Buck! ¿Me oyes?

El mulo asintió.

-Camina. Vamos al pueblo. Despacio. Tranquilo. No tropieces. ¿Entiendes? No voy a usar las riendas.

-Zzio... ¡Iienn!

-Bien, Buck.-Gibbons dio un suave tirón a las riendas y las dejó caer sobre el cuello del mulo, y con una presión de rodillas hizo que echara a andar hacia el pueblo.

A los pocos minutos la niña preguntó en tono de preocupación:

-¿Qué les ha pasado a papá y mamá?

-Papá y mamá están bien. Ya saben que voy a cuidar de ti. ¿Cómo te llamas, cielo?

-Dora.

-Es un nombre muy bonito. Dora. Si, es un nombre muy lindo. ¿Quieres saber cómo me llamo yo?

-Ese señor te ha llamado "Banquero".

-Yo no me llamo así, Dora; "banquero", es lo que soy a veces. Yo me llamo... "Tío Gibbie". A ver cómo lo dices...

-"Tio Gibbie". Es un nombre muy gracioso

-Vaya si lo es, Dora. Y éste que nos lleva se llama Buck. Es amigo mío, y también será amigo tuyo. Dile "Hola, Buck".

-Hola, Buck.

-¡Hol..., la, Dddora!

-¡Huy, habla mejor que las otras mulas! ¿Verdad?

-Buck es el mejor mulo de Nuevos Albores, Dora. Y el más listo. Cuando le libremos de estas bridas... porque Buck no necesita ir con el bocado puesto... aún se le entenderá mejor. Y podrás enseñarle más palabras. ¿Te gustaría?

-¡Huy, sí! Si mi mamá me deja...

-No te preocupes por mamá. ¿Te gusta cantar, Dora?

-¡Claro! Sé una que se canta dando palmas. Pero ahora no podemos dar palmas, ¿verdad?

-Me parece que ahora es mejor que nos sujetemos bien fuerte -Gibbons repasó mentalmente su repertorio de canciones festivas y descartó una docena por no ser apropiadas para una jovencita-. ¿Y ésta?

Hay una casa de empeños

en la esquina:

allí guardo la gabardina.

"¿Sabes cantarla, Dora?

-¡Es muy fácil!-La chiquilla la cantó en una tesitura tan alta que a Gibbons le recordó el trino de un canario-. ¿No hay más, tío Gibbie? ¿Y qué es una "casa de peños"?

-Es un lugar para guardar la gabardina cuando no la necesitas. Sí, Dora, hay mucho más: miles y miles de estrofas.

-Miles y miles... Eso es casi cien, ¿no?

-Casi. Aquí tienes otra:

Junto a la casa de empeños

hay una tienda

donde mi hermana vende dulces.

"¿Te gustan los caramelos, Dora?

-¡Huy, sí! Pero dice mamá que son caros.

-El año que viene no serán tan caros, Dora; tendremos mejor cosecha de remolacha. Pero... "Cierra los ojos, princesa, que te daré una sorpresa".-Tanteó el bolsillo de su camisa y dijo-: Lo siento, Dora: la sorpresa tendrá que esperar hasta que lleguemos a la tienda; Buck se comió el último caramelo. A él también le gustan.

-¿También?

-Si, y te enseñaré a dárselos sin perder ningún dedito por error. Pero los caramelos le sientan mal, así es que sólo se los doy como sorpresa, cuando se porta bien. ¿No, Buck?

-¡Sssiii!

Cuando Gibbons paró a Buck delante de la escuela de la señora Mayberry, los niños ya salían. Hizo bajar a Dora; la criatura parecía estar muy cansada y la volvió a tomar en brazos.

-Espera, Buck -las personas que se hallaban diseminadas entre los chiquillos le observaron mientras le abrian paso.

-Buenas, señora Mayberry -Gibbons había ido allí por instinto. La maestra era una mujer de cabello gris, cincuentona o más, que había sobrevivido a dos maridos y llevaba con sensatez sus escasas probabilidades de encontrar un tercero, prefiriendo mantenerse a sí misma a vivir con alguna de sus hijas, hijastras o nueras. Era una de las personas que compartían el entusiasmo de Ernest Gibbons por los placeres de la vida, pero se mostraba tan precavida como él a tal respecto. Él la tenia por una mujer notable en todos los aspectos, un excelente partido si no fuera por el desafortunado detalle de que sus tiempos corrían a velocidades diferentes.

No se lo había dicho. Él no constaba oficialmente como un Howard cuando ambos llegaron en la primera expedición, y aunque le acababan de rejuvenecer en Secundus, cuando reapareció en la Tierra y organizó la migración eligió tener unos treinta y cinco años (cosméticamente). Desde entonces se envejeció cuidadosamente cada año; Helen Mayberry le

creía contemporáneo suyo, correspondía a su amistad y de vez en cuando compartía con él el placer reciproco sin tratar de adueñarse de él. Le tenia un gran respeto.

-Buenas tardes, señor Gibbons. ¡Vaya, si es Dora! Te echábamos en falta, ¿qué ha pasado? Y..., ¿qué tienes ahí, un cardenal? -La observó de cerca sin decir nada sobre el hecho de que la chiquilla estuviera espantosamente sucia. Se enderezó-. Parece que no es gran cosa. Me alegro de verla; esta mañana me inquieté un poquito al ver que no venia con los chicos de los Parkinson. A Marjorie Brandon ya casi le toca. Quizás ya lo sabía usted...

-Más o menos. ¿Dónde puedo acostar a Dora un rato? Quiero hablar con usted. A solas.

La señora Mayberry tuvo un leve gesto de sorpresa, pero respondió al instante.

-En el sofá. No, déjela en mi cama.-Le indicó el camino, sin mencionar para nada lo limpia que tenia la colcha blanca, y volvió con él al aula no sin antes tranquilizar a Dora diciéndole que sólo estarían fuera un par de minutos.

Gibbons le contó lo sucedido.

-Dora no sabe que sus padres han muerto, Helen... y no me parece que sea el momento de decírselo.

La señora Mayberry lo meditó.

-¿Está seguro de que ha muerto los dos, Ernest? Bud habría visto el fuego si hubiera estado trabajando sus campos, pero a veces trabaja los del señor Parkinson.

-La mano que vi no era de mujer, Helen. A menos que Marje Brandon tuviera el dorso de la mano velludo y oscuro.

-No. No, sería Bud -suspiró-. Así, pues, es huérfana. ¡Pobre Dora! Es una niña tan buena... y muy lista, además.

-¿Puede cuidar de ella por unos días, Helen? ¿Quiere?

-Hay preguntas que ofenden, Ernest. Cuidaré de ella todo el tiempo que me necesite.

-Perdone, no quise ofenderla. Espero que no será por mucho tiempo; alguna familia la adoptará. Entretanto, vaya anotando sus gastos y ya arreglaremos el precio de la pensión.

-No va a costarle nada, Ernest. No será más de lo que puede costar mantener a un pájaro. Y puedo hacerlo perfectamente con la hija de Marjorie Brandon.

-También puedo encontrar una familia que le dé alojamiento. Los Leamer, alguien...

-¡Ernest!

-No se sulfure, Helen. Lo último que hizo su padre antes de morir fue dejar a esa niña en mis brazos. Y no sea tonta: sé lo que ahorra, hasta el último centavo. Y también sé cuántas veces tiene que aceptar que le paguen en especie y no en metálico. Aquí se trata de una cuestión de dinero; los Leamer cazarán la ocasión al vuelo, lo mismo que otros. No tengo por qué dejar a Dora aquí, y no lo haré a menos que sea usted razonable

La señora Mayberry torció el gesto y de pronto sonrió. Pareció rejuvenecer muchos años.

-Es usted tremendo, Ernest. Y un hijo de... Y otras cosas que no digo nunca fuera de la cama. Muy bien. Pensión completa.

-Y pupilaje. Más los gastos suplementarios que vengan. Honorarios del médico, lo que sea.

-Triple hijo de perra. Siempre paga lo que pide, ¿no? Yo ya debería saberlo -miró a través de la ventana, que estaba abierta-. Salga de aquí y sellemos el trato en el salón, con un beso. Sinvergüenza.

Fueron al salón; ella se colocó de forma que nadie pudiera verles y le dio un beso que habría dejado atónito al vecindario.

-Helen...

Ella le hizo una carantoña.

-La respuesta es "no", señor Gibbons. Esta noche estaré ocupada tranquilizando a una niña.

-Iba a decirle que no le dé el baño que piensa darle antes que yo encuentre al doctor Krausmeyer y le mande examinar a la niña. Aparenta estar bien, pero puede tener cualquier cosa, desde una costilla rota hasta conmoción cerebral. Bueno, quítele la ropa y pásele una esponja para quitar la suciedad; no le hará ningún daño y al doctor le resultará más fácil examinarla.

-Si, querido. Quíteme las zarpas del trasero y pondré manos a la obra. Usted vaya por el médico.

-Al momento, señora Mayberry.

-Hasta luego, señor Gibbons. Au revoir.

Gibbons le dijo a Buck que esperase, se dirigió hacia el Waldorf y allí, tal como esperaba, encontró al doctor Krausmeyer en el bar. El médico alzó la mirada que tenía puesta en la copa.

-¡Ernest! ¿Qué hay de lo que me han contado de la casa de Harper?

-¿Qué le han contado? Deje esa copa y agarre el maletín. Es urgente.

-¡Calma, calma! Nunca se ha visto que un caso urgente le impida a uno terminar una copa. Clyde Leamer ha estado hace un rato por aquí y nos ha pagado una ronda... me ha pagado el trago que usted quiere que suelte... y nos ha dicho que había ardido la casa de Harper con toda la familia Brandon dentro. Dijo que trató de salvarles pero ya era tarde.

Gibbons reflexionó sobre lo deseable que seria que en alguna noche oscura tanto Clyde Leamer como el doctor Krausmeyer fueran víctimas de un accidente fatal... pero, diantre, mientras que perder a Clyde Leamer no importaba nada, si el médico moría, Gibbons se vería obligado a abrir consultorio, y en sus diplomas no venia el nombre de Ernest Gibbons. Además, Doc Krausmeyer, cuando estaba sobrio era un buen médico... y después de todo es

culpa tuya, chico: hace veinte años hablaste con él y diste tu visto bueno a la subvención que cobraría. Sólo viste a un interno joven y brillante y no detectaste en él al borrachín incipiente.

-Ahora que lo dice, Doc, yo vi a Clyde corriendo hacia la casa de Harper. Si dice que ya era tarde para salvarles tendré que confirmar su relato. Pero no ha sido toda la familia: Dora, la pequeña, se ha salvado.

-Bueno, sí, ya lo dijo Clyde. Dijo que a quienes no pudo salvar fue a los padres.

-Así es. Quiero que atienda a la niña. Padece erosiones y contusiones múltiples, posibles fracturas de hueso, posibles lesiones internas, probable intoxicación por humo..., además de la certeza de un shock emotivo agudo, muy grave para una niña de su edad. Está ahí enfrente, en la casa de la señora Mayberry -con voz suave, añadió-: Creo que debería darse prisa, doctor, en serio. ¿Quiere darse prisa?

El doctor Krausmeyer miró apenado a la bebida, se irguió y dijo:

-Querido amigo, si tiene la bondad de mandar que me guarden esto en la barra... Vuelvo en seguida. -Y cogió el maletín.

El médico no descubrió nada anormal en la niña y le dio un sedante. Gibbons esperó a que Dora se durmiera y fue a instalar provisionalmente al mulo. Se dirigió a Jones Hnos. ("Ganado Selecto. Compra, Venta, Cambio y Subasta de Mulas. Potros Registrados Herrados") porque su banco tenía una hipoteca sobre el negocio.

No fue una cosa planeada Minerva; salió así. Yo esperaba que adoptarían a Dora a los pocos días o a las pocas semanas, lo más tarde. Los pioneros no consideran a los niños igual que la gente de las ciudades. Si no les gustaran los niños no tendrían el temperamento necesario para llevar una vida de pioneros. Y sus niños, tan pronto dejan de ser bebés, empiezan a dar rendimiento. En un país de pioneros los críos son un bien.

Desde luego yo no pensaba criar a una efímera, ni temía tampoco que hubiera de ser necesario. Y es que no era necesario. Estaba comenzando a simplificar mis negocios y esperaba marcharme pronto, ya que cualquier año se presentaría mi hijo Zaccur.

Por aquel entonces Zack era mi socio, según un acuerdo amplio basado en la mutua confianza. Era joven, no pasaría de los ciento cincuenta, pero era formal y listo; nació de mi antepenúltimo matrimonio, con Phyllis Briggs-Sperling. Una mujer magnifica, Phyllis, además de ser un matemático de primera fila. Hicimos siete niños, todos ellos más inteligentes que yo. Ella se casó varias veces -yo era el cuarto-[16] y, que yo recuerde, fue la primera mujer que ganó la Medalla del Siglo del Memorial Ira Howard por aportar a las Familias cien descendientes registrados. Le costó menos de dos siglos, pero era una chica de gustos sencillos: la otra cosa que le gustaba era disponer de lápiz, papel y tiempo para pensar en la geometría.

Pero me salgo del tema. Para meterse en asuntos pioneriles y sacar provecho de ellos se necesita una nave adecuada y dos socios, capitanes los dos, y capaces de organizar una migración y dirigirla, de otro modo, lo que se acaba haciendo es coger un cargamento de gente y abandonarlo en algún lugar salvaje... que es lo que sucedía a veces en los primeros tiempos de la Diáspora.

16. El quinto. El cuarto fue James Matthew Libby. (J F. XLV.)

Librodot

Zack y yo lo hacíamos bien: ambos estábamos plenamente capacitados para actuar como capitanes en el espacio o como jefes en un planeta extraño, por turnos. El que se queda en el sitio cuando la nave se va es el que de veras hace de pionero, no puede limitarse a

aparentarlo, no puede agitar el bastón de mando y basta. Puede no ser el jefe político de la colonia; yo prefería no serlo: hablar consume un montón de tiempo. Lo que tiene que ser es un superviviente nato, un hombre capaz de obligar al planeta a alimentarle, y dar ejemplo a los demás, y aconsejarles si se lo piden.

La primera oleada cubre gastos: el capitán descarga y regresa en busca de más emigrantes; el planeta todavía no ofrece nada que exportar. El viaje lo han pagado los billetes comprados por los emigrantes; los beneficios, si los hay, los hará el socio, vendiendo en tierra todo lo que llevaba la nave: mulas, herramientas, cerdos, huevos fértiles de gallina, etc., a los pioneros, primero a crédito. Esto significa que el socio que se queda en tierra tiene que poner mucho ojo y no descuidarse; no cuesta nada convencer a unos colonos que las están pasando moradas de que el tío se está forrando y habría que lincharle.

Las seis veces que lo hice, Minerva -quedarme con la primera expedición de una colonia- nunca trabajé un campo sin tener armas a mano, y me andaba con mucho más cuidado con mis congéneres que con todos los animales dañinos que hubiera en el planeta.

Pero en Nuevos Albores estábamos más allá de casi todos esos peligros. La primera ola había salido adelante, aunque apenas había salido de aquel terrible invierno (Helen Mayberry no era la única viuda que se había casado con un viudo de resultas de un ciclo meteorológico que Andy Libby y yo no habíamos previsto). A la estrella que había allí la llamábamos "Sol", como siempre, pero busca en tus memorias y encontrarás el nombre exacto... El Sol de Nuevos Albores era una estrella variable casi en el mismo grado que el Sol, lo suficiente para dar lugar a temporadas "desacostumbradas"... y cuando llegamos allí nos tocó la china del mal tiempo.

Pero los que resistieron aquel invierno eran lo bastante duros como para resistirlo todo: la segunda oleada lo tuvo todo mucho más fácil.

Yo había dejado mi granja en manos de unos emigrantes de la segunda remesa y me ocupaba de los negocios y de reunir un cargamento para el "Andy J." para enviarlo una vez Zack hubiera descargado la tercera ola. Yo también me marcharía. A donde fuese. Después de ver a Zack decidiría dónde y cómo y con qué.

Entre tanto me aburría preparándome para liquidar los negocios que tenia en el planeta, y aquella criatura me pareció una diversión interesante.

Más que interesante, cautivadora. Dora era una niña que nació mayor. Absolutamente inocente, tan ignorante como deben serlo los niños, pero inteligentísima y ávida de conocimientos. No había en ella ni una sombra de maldad, Minerva, y su conversación ingenua me resultaba más entretenida que la de la mayoría de adultos, que suele reducirse a cuatro trivialidades y no traer nada nuevo.

Helen Mayberry puso en ella el mismo interés que yo, y sin proponérnoslo nos encontramos *in loco parentis* con respecto a la niña.

Tras considerarlo juntos, no la dejamos presenciar el entierro -algunos huesos calcinados, incluidos unos más pequeños del niño que no llegó a nacer- ni tampoco el funeral. Varias semanas después, cuando Dora parecia recuperada y yo ya había tenido tiempo de mandar

grabar y colocar una lápida, la llevé a verla. Sabía leer, y lo hizo: leyó los nombres y las fechas de sus padres, y una sola fecha, la del pequeño.

Lo observó todo con semblante grave y dijo:

-Esto significa que mamá y papá no volverán nunca, ¿verdad?

-Así es, Dora.

-Es lo que decían los niños de la escuela. Yo no sabia qué pensar.

-Ya lo sé, cariño. Me lo dijo la tía Helen. Por eso he creído que es mejor que lo veas por ti misma.

Volvió a mirar la lápida y dijo con seriedad:

-Ya lo veo. Creo. Gracias, tío Gibbie.

No lloró, así es que no me dio motivos para tomarla en brazos y consolarla. Todo lo que se me ocurrió decirle fue:

-¿Quieres que nos vayamos, guapa?

-Sí.

Habíamos ido allí a lomos de Buck, pero le dejé al pie de la colina pues estaba tácitamente prohibido que los mulos o los potros domesticados pisaran las tumbas. Pregunté a Dora si quería que la llevase a cuestas, pero prefirió ir andando.

A la mitad del camino se detuvo.

-Tío Gibbie...

-¿Qué?

-No le digamos nada a Buck.

-Como quieras, Dora.

-Podría echarse a llorar.

-No se lo diremos, Dora.

No dijo nada más hasta que llegamos a la escuela de la señora Mayberry. Estuvo muy callada durante casi dos semanas, y nunca me volvió a hablar de ello, y me parece que no lo comentó con nadie. Nunca pidió que la llevara allí, aunque casi cada tarde dábamos un paseo, a menudo hasta las cercanías de la colina del cementerio.

Casi dos años terrestres después, llegó el "Andy J.", y el capitán Zack, el hijo que tuve con Phyllis, descendió en el vehículo auxiliar para preparar la entrada de la tercera oleada de inmigrantes. Tomamos una copa juntos, y le dije que pensaba quedarme hasta el siguiente viaje, y por qué. Se me quedó mirando y dijo:

-Has perdido el juicio, Lazarus.

-No me llames "Lazarus" -le ordené en voz baja-: a ese nombre ya le hemos dado bastante publicidad.

-Muy bien. Aunque por aquí no hay nadie más que nuestra anfitriona, la señora... ¿cómo has dicho que se llama? ¿Mayberry?... y ahora está en la cocina. Mira... esto... Gibbons, estaba pensando en hacer un par de viajes a Secundus. Allí hay negocio, y formas de invertir los beneficios. Y tal como están las cosas hoy, es mejor que invertir en la Tierra.

Reconocí que casi seguramente estaba en lo cierto.

-Si -dijo-, pero la cuestión es ésta: si lo hago, no volveré a pasar por aquí hasta dentro de..., no sé, quizá diez años tipo. O más. En fin, vendré antes si insistes; eres el socio mayoritario. Pero será tirar el dinero: el tuyo y también el mío. Mira, La... digo, Ernest, si tienes que cuidar de esa cría, aunque no me parece que nada te obligue a hacerlo, vente conmigo y tráela. Puedes dejarla en una escuela de la Tierra, siempre que les avises de que sale para allá. También podrías instalarla en Secundus, aunque no sé cómo están las leyes de inmigración en este momento; hace mucho que no he estado allí.

-¿Y qué son diez años? Puedo aguantar la respiración durante todo ese tiempo. Quiero ver crecer a esa niña, Zack, y ver cómo se hace capaz de salir adelante por ella misma. Espero que se case, pero eso ya es asunto suyo. Lo que no voy a hacer es apartarla de su ambiente; ya ha tenido un conflicto de esa clase y no debería soportar otro siendo tan niña.

-Allá tú. ¿Quieres que vuelva dentro de diez años? ¿Será bastante?

-Más o menos, pero no corras. Tómate el tiempo que haga falta para reunir un beneficio. Si tardas más podrás llevarte un mejor cargamento la próxima vez. Algo más que alimentos y género de poco peso.

-Hoy en día lo mejor que se puede fletar a la Tierra es comida. Dentro de poco tendremos que dejar de tocar allí y limitarnos a trabajar entre las colonias.

-¿Tan mal están las cosas?

-Peor. No quieren aprender. ¿Qué hay de esos problemas que dicen que tiene tu banco? ¿Quieres una demostración de fuerza ahora que tengo el "Andy J." ahí arriba?

Negué con la cabeza.

-Gracias, capitán, pero ésa no es la forma de hacerlo: entonces sí que tendría que irme contigo. La fuerza es un argumento que hay que usar cuando ningún otro da resultado y hay algo importante en juego. Ya saldré del paso.

A Ernest Gibbons no le preocupaba el banco. Nunca le preocupó nada que fuera menos importante que la vida y la muerte. En vez de ello aplicaba su mente a todos los problemas, grandes y pequeños, según se presentaban, y disfrutaba de la vida.

Lo que le más le gustaba era educar a Dora. Inmediatamente después de hacerse con ella y con el mulo Buck -o de que ellos se hicieran con él- suprimió el cruel bocado que usara Leamer (guardando el metal) y encargó al guarnicionero de Jones Hnos. que convirtiera las

bridas en un ronzal. También encargó una silla, haciendo un boceto de lo que quería y pagando un extra si se lo entregaban pronto. El guarnicionero meneó la cabeza al ver el boceto, pero cumplió el encargo.

Desde aquel momento Gibbons y la niña montaban a Buck en una silla para dos: una silla para hombre en la posición habitual, con una más pequeña, con estribos en miniatura, colocada donde las sillas normales llevan el pomo. De ella salía un pequeño arco de madera forrado de piel que servía de barra de seguridad para que la niña pudiera agarrarse a ella. Gibbons dispuso que aquella silla ampliada llevara también dos cinchas, lo que era más cómodo para la montura y más seguro para los jinetes en caminos empinados.

Montaron así durante varias temporadas, normalmente una hora o más a la salida de la escuela, manteniendo conversaciones a tres durante los paseos, o cantando a trío, con Buck desafinando desaforadamente pero sin perder el compás gracias al metrónomo que era su paso, Gibbons haciendo la primera voz y Dora aprendiendo a hacer los coros. A menudo cantaban la canción de la "casa de peños", que Dora consideraba suya y a la que paulatinamente fue añadiendo estrofas, incluyendo una que hablaba de la dehesa donde vivía Buck, al lado de la escuela.

Pero pronto fue mucha niña para una silla tan pequeña, puesto que Dora creció y se hizo esbelta y espigada. Gibbons compró una mula, no sin antes probar otras dos: a una la rechazó Buck por "eszdúpida" (eso dijo él) y a la otra la descartaron porque no supo apreciar el valor de un ronzal y trató de escaparse.

Gibbons dejó que Buck eligiera la tercera, siguiendo los consejos de Dora pero no los de él, y Buck tuvo una compañera, y Gibbons mandó ampliar el establo. Buck todavía hacía de semental por dinero, pero pareció gustarle tener en casa a Beulah. Sin embargo, Beulah no aprendió a cantar y hablaba muy poco. Gibbons sospechaba que le asustaba abrir la boca en presencia de Buck: se mostraba dispuesta a hablar, o al menos a contestar a las preguntas, cuando Gibbons la montaba solo... porque con gran sorpresa por su parte resultó que Beulah acabó siendo su mula de silla. Dora montaba al enorme macho, a pesar de que los estribos de la silla grande tuvieron que acortarse ridículamente para que los alcanzaran sus piernas de niña.

Pero tuvieron que alargar más y más los estribos a medida que Dora se acercaba a la pubertad. Beulah parió un potrillo, una hembra; Gibbons se la quedó y Dora le puso "Betty" de nombre y la adiestró mientras crecía, primero dejando que caminara tras de ella con una silla vacía, y después enseñándola a aceptar a un jinete por dentro del cercado. Vino entonces una época en la que sus paseos cotidianos se hacían a seis y a veces se convertían en meriendas campestres, con la señora Mayberry montando a Buck, que era el más tranquilo, Dora -que era la carga más liviana- en Betty, y Gibbons montando a Beulah, como de costumbre. Gibbons recordaría aquel verano como uno de los más felices: Helen y él, uno al lado del otro en las cabalgaduras mayores, mientras Dora y el vivaracho potrillo galopaban por delante de ellos y volvían después con el largo cabello castaño de Dora azotado por el viento.

En una de aquellas ocasiones le preguntó:

-¿No empiezan los chicos a moscardonear alrededor de la niña, Helen?

-¿No sabe pensar en otra cosa, viejo verde?

-Vamos, vamos, querida, sólo pido información.

-Naturalmente, los chicos empiezan a fijarse en ella, Ernest, y ella empieza a fijarse en ellos. Pero vigilaré todo lo que haga falta. Que no será mucho, porque Dora es demasiado exigente para aceptar al primero que llegue.

Las felices meriendas familiares dejaron de celebrarse al verano siguiente. A la señora Mayberry empezaban a pesarle los años y no podía montar y desmontar sin ayuda. Gibbons tuvo tiempo sobrado de prepararse antes de que a nadie se le ocurriera murmurar en contra de su monopolio bancario. El Banco Comercial de Nuevos Albores era un banco de emisión; en cada colonia que fundaban, él y Zaccur montaban un banco de esta clase. A una colonia en desarrollo le era necesario el dinero; los trueques eran demasiado engorrosos. Antes incluso de que hiciera falta un gobierno, se sentía la necesidad de un medio de cambio.

No le sorprendió que le invitaran a reunirse con los administradores municipales para hablar de la cuestión; siempre pasaba igual. Aquella tarde, mientras se recortaba la perilla y le añadía un toque de gris, y otro a la cabellera, con vistas al encuentro, repasó mentalmente algunas propuestas oídas en el pasado en el sentido de que el agua corriese cuesta arriba, que el sol se detuviera o que un huevo contara por dos. ¿Habría alguna sandez nueva aquella noche? Esperaba que sí, aunque no confiaba en ello.

Se arrancó algunos cabellos de las "entradas" -¡diantre, cada año resultaba más y más difícil envejecer lo necesario!- y se puso la falda escocesa de guerra... que además de resultar más imponente daba más posibilidades de ocultar armas en ella y sacarlas rápido. Estaba persuadido de que no había nadie tan molesto con él como para provocar violencias, pero en una ocasión había pecado de optimista y desde entonces decidió ser pesimista por principio.

A continuación escondió algunas cosas, guardó otras bajo llave y cogió algunos artilugios que Zaccur había traído en el último viaje pero que no estaban en venta en El Primer Dólar, abrió la puerta, la cerró por fuera y salió pasando por el bar, a fin de decirle al camarero que estaría fuera "un rato".

Tres horas después Gibbons tenia bien clara una cosa: nadie había podido inventar un modo de desvalorizar el dinero del que él no hubiera tenido noticia por lo menos quinientos años antes... o más bien mil... y todos eran, históricamente, mucho más viejos todavía.

Al comienzo de la reunión rogó al moderador que mandara anotar al escribiente municipal todas las preguntas, a fin de poder responder a todas ellas, y se lo concedieron sin insistir demasiado.

Finalmente, el Administrador Moderador, Jim Warwick, "Duke", dijo:

-Pues bien, Ernie, parece que tenemos una moción para nacionalizar... creo que ésa es la palabra... para nacionalizar el Banco Comercial de Nuevos Albores. Usted no es administrador municipal, pero todos reconocemos que es parte interesada y queremos oír su parecer. ¿Quiere hablar en contra de la propuesta?

-No, Jim. Siga.

-¿Cómo? Me parece que no he oído bien.

-No tengo nada que objetar a que nacionalicen el banco. Si no hay más, levantemos la sesión y a dormir.

Alguien de entre la concurrencia gritó:

-¡Eh, quiero que responda a mi pregunta sobre el dinero de New Pittsburgh!

-¡Y a lo que yo he preguntado sobre el interés! ¡El interés es malo, lo dice la Biblia!

-¿Y bien, Ernie? Dijo usted que contestaría las preguntas.

-Si, lo dije. Pero si van a nacionalizar el banco lo más razonable es que conteste el tesorero oficial, o como quieran llamarlo. El nuevo jefe del banco, vamos. Por cierto, ¿quién es? ¿No seria mejor que estuviera aquí en el estrado?

Warwick atronó la sala a martillazos y dijo:

-A eso aún no hemos llegado, Ernie. Por el momento el comité financiero es el Consejo de Administradores Municipales en peso... si es que seguimos adelante con esto.

-Sigan, sigan como sea. Yo cierro.

-¿Qué quiere decir?

-Lo que digo: que lo dejo. A nadie le gusta caer mal a sus vecinos. A la gente de El Primer Dólar no le gusta lo que hago, de otro modo, nunca se habría convocado esta reunión. Así es que he cerrado. Mañana el banco no abrirá. Ni mañana ni nunca, con un servidor como presidente. Por eso he preguntado quién va a ser el tesorero oficial. Me interesa tanto como al que más el saber qué vamos a utilizar como dinero de ahora en adelante, y cuánto valdrá.

Hubo un silencio de muerte, pero a los pocos instantes el moderador tuvo que dar mazazos en el estrado y el alguacil se las vio y se las deseó para acallar el griterío:

-¿Y qué pasará con mi préstamo para simiente?

-¡Me debe dinero!

-Le vendi una mula a Hank Brofsky y me pagó con un talón: ¿ahora qué hago?

-¡No puede hacernos esto!

Gibbons siguió sentado, sin decir palabra, disimulando su tensión hasta que Warwick los apaciguó. Entonces, secándose el sudor de la frente, Warwick dijo:

-Creo que nos debe una explicación, Ernie.

-Se la daré, señor moderador. La liquidación será tan ordenada como ustedes permitan que sea. A los que tienen depósitos se les pagará... en billetes de banco, pues eso fue lo que depositaron. Los que deben dinero al banco... pues no sé; depende de las normas que establezca el consejo. Supongo que estoy en quiebra. No lo sabré mientras no me expliquen qué quieren decir con lo de que mi banco va a ser "nacionalizado".

"Pero he tenido que dar este paso: el Centro Comercial El Primer Dólar ya no va a pagar en billetes de banco..., puesto que pueden resultar carentes de ningún valor. Cada trato deberá hacerse por medio de trueques. Pero seguiremos vendiendo a cambio de billetes. Pero antes de

venir aquí he bajado los precios marcados, porque las existencias que tengo pueden ser lo único de que disponga para rescatar esos billetes. Lo cual podría obligarme a elevar los precios. Todo depende de si "nacionalizar" es un mero sinónimo de "confiscar".

Gibbons pasó varios días explicando a Warwick los fundamentos de la banca y la economía monetaria, con paciencia y buen humor; lo hizo con Warwick pues no había otra opción, ya que los otros administradores municipales descubrieron que sus granjas o sus negocios les daban demasiado trabajo para cargar con la tarea. Había habido un candidato al cargo de banquero nacional o tesorero oficial (aún no había acuerdo acerca del titulo) que no formaba parte de los administradores, un granjero llamado Leamer, pero su autodesignación no prosperó a pesar de sus afirmaciones en el sentido de que poseía generaciones de experiencia en la actividad bancaria y un titulo universitario en tal materia.

Warwick se llevó el primer susto mientras hacia inventario, con Gibbons, del contenido de la caja fuerte (que era prácticamente la única que había en Nuevos Albores y la única fabricada en la Tierra).

-¿Dónde está el dinero, Ernie?

-¿Qué dinero, Duke?

-¿Qué dinero? Demonio, los libros de cuentas indican que ha estado ingresando miles y miles de dólares. Su tienda arroja un saldo de cerca de un millón. Y sé que ha cobrado hipotecas en tres o cuatro docenas de granjas, además de no dar apenas un préstamo durante el último año o más. Ése fue uno de los principales motivos de que la gente se quejara y el consejo municipal entrara en acción: el dinero entraba en el banco pero no salía. Por todas partes escaseaba el dinero. Así es que ¿dónde está el dinero, amigo?

-Lo quemé -fue la jovial respuesta de Gibbons.

-¿Qué?

-Claro. Los montones ya iban abultando demasiado. No me atrevía a guardarlo fuera de la caja fuerte, aunque por aquí no hay muchos robos; si me lo robaban, me arruinaba. Durante los últimos tres años, así que el dinero entraba en el banco, lo quemaba. Para tenerlo a buen recaudo.

-¡Santo Dios!

-¿Qué pasa, Duke? Sólo son papeles.

-¿Papeles? ¡Es dinero!

-¿Y qué es el "dinero", Duke? ¿Lleva algún billete encima? Uno de diez dólares, por ejemplo -Warwick, sin salir de su asombro, sacó uno-. Léalo Duke -le instó Gibbons-. Lo de menos son los dibujitos que lleva y el papel imposible de obtener aquí hoy en día; lea lo que dice.

-Dice que son diez dólares.

-Así es. Pero lo importante es donde dice que el banco aceptará este billete a su valor nominal en pago de deudas contraídas con el banco -Gibbons sacó de su bolsa un billete de mil

Librodot

y le prendió fuego mientras Warwick lo miraba con una mezcla de horror y fascinación. Limpiándose las manos de cenizas, Gibbons prosiguió-: Papeles, Duke, mientras estén en mi poder. Pero si pongo un billete en circulación, se convierte en un pagaré que debo cancelar. Un momento: tengo que anotar la numeración; apunto lo que quemo para saber cuánto queda en circulación. Queda mucho, pero sé la cantidad exacta. ¿Cumplirá usted con mis pagarés? ¿Y lo que adeudan al banco? ¿Quién lo cobra: usted o yo?

Warwick parecia desconcertado.

-No lo sé, Ernie, no lo sé. Mire, yo soy mecánico de profesión, pero ya oyó lo que dijeron en la asamblea.

-Sí, ya lo oí. La gente siempre espera milagros del gobierno, incluso las personas que en otros terrenos parecen inteligentes. Guardemos todos estos papeles y vayamos al Waldorf a tomar una cerveza y hablar del asunto.

-... o debería ser un simple servicio de contabilidad pública y un sistema de crédito en el que el medio de cambio fuese estable, Duke. De otro modo se juega con la fortuna de los demás, robando a Fulano para pagar a Mengano.

"Hice lo que pude por mantener estable el dólar a base de mantener estables los precios clave, en especial los del grano. Durante más de veinte años El Primer Dólar ha venido pagando el mismo precio por el trigo de primera, vendiéndolo después al mismo precio, aunque a veces saliera perdiendo. El trigo no es buen patrón monetario: es perecedero. Pero todavía no tenemos oro ni uranio, y algo hay que utilizar.

"Ahora, Duke, cuando vuelva a abrir, ya en forma de tesorería, o de banco central, o como lo llamen, puede estar seguro de que van a presionarle para que haga toda clase de cosas: bajar los tipos de interés, incrementar la oferta de dinero, garantizar a los agricultores precios altos para lo que vendan y bajos para lo que compren. Amiguito, va usted a oírse llamar peores cosas que yo, haga lo que haga.

-Hay una solución, Ernie. Usted sabe de qué va todo esto, así es que... debe ocupar el cargo de tesorero de la comunidad.

Gibbons soltó una carcajada.

-No, gracias. Ya son más de veinte años con esos quebraderos de cabeza; ahora le toca a usted. Que cada palo aguante su vela. Si le permito que me vuelva a poner de banquero, todo lo que ocurrirá es que nos lincharán a los dos.

Hubo cambios: Helen Mayberry se casó con el viudo Parkinson y se fue a vivir con él en una casita nueva que había en la hacienda que ahora trabajaban dos hijos de él; Dora Brandon se hizo cargo de la escuela que seguía llamándose "Escuela Primaria de la señora Mayberry". Ernest Gibbons, que ya no era banquero, se hizo socio comanditario de la tienda de Rick, mientras en sus propios almacenes se amontonaban las mercancías para el "Andy J.", suponiendo que llegara. Esperaba que lo hiciera pronto, porque los nuevos impuestos se le iban comiendo el dinero que había guardado para comerciar, y la inflación le recortaba el poder adquisitivo. ¡Date prisa, Zack, no sea que se nos coman las hormigas!

Por fin apareció la nave en el cielo de Nuevos Albores, y el capitán Zaccur Briggs descendió con el primer grupo de la cuarta expedición: ancianos, casi todos. Gibbons se abstuvo de hacer comentarios hasta que los dos socios estuvieron solos:

-¿De dónde has sacado estos cadáveres andantes, Zack?

-Llámalo caridad, Ernest. Suena mejor que lo que sucedió en realidad.

-¿Qué sucedió?

-Capitán Sheffield, si deseas regresar en tu nave a la Tierra, por mi puedes hacerlo cuando gustes. Yo no pienso volver allí. Actualmente, cuando un hombre cumple setenta y cinco años pasa a estar oficialmente muerto. Sus herederos se quedan con la herencia, no puede poseer nada, le anulan las tarjetas de racionamiento, y cualquiera puede darle muerte por el mero gusto de hacerlo. A estos pasajeros no los recogí en la Tierra; estaban en Luna City, como refugiados y me llevé a todos los que pude. Nada de pasajeros a pensión completa: tenían que viajar hibernados, o nada. Exigí que me pagaran en utillaje y medicamentos, pero lo de hibernarlos me permitió bajar el precio por cabeza; creo que cubriremos gastos. Si no, tenemos inversiones en Secundus; no he tirado el dinero. Creo.

-Te preocupas demasiado, Zack. Perder dinero, ganarlo... ¿qué más da? La cuestión es disfrutarlo. Dime dónde vamos a ir, que ya podemos ir cargando: tengo el doble del tonelaje que podemos estibar. Mientras tú vas llenando la nave, yo liquidaré lo que no nos llevemos e invertiré las ganancias. Es decir, se las dejaré a un Howard -Gibbons se puso pensativo-. Esta nueva situación significa que probablemente tardará en haber una clínica por aquí, ¿no?

-Me temo que si, Ernest. Si hay algún Howard que necesite rejuvenecerse, más le valdrá venirse con nosotros; tarde o temprano hemos de parar en Secundus, dondequiera que vayamos. Así que definitivamente te vienes, ¿no? ¿Ya solucionaste tus problemas? ¿Qué ha sido de aquella niña, la efímera?

Gibbons forzó una sonrisa.

-No pienso dejar que le pongas los ojos encima, hijo; te conozco.

La llegada del capitán Briggs hizo que Gibbons faltara tres días a su paseo cotidiano con Dora Brandon. Al cuarto se presentó en la escuela a la hora de la salida de los niños; Briggs estaría fuera un par de días.

-¿Tienes tiempo para dar un paseo?

-Bien sabes que sí -respondió ella con una sonrisa-. Un minuto, he de cambiarme.

Salieron del pueblo: Gibbons montaba a Beulah, como siempre, pero Dora iba a lomos de Betty. Buck iba ensillado (para no herir su orgullo) pero la silla estaba vacía; ya sólo lo montaban en las grandes solemnidades; era muy viejo.

Se detuvieron en la soleada cumbre de un cerro, lejos del pueblo. Gibbons dijo:

-¿Por qué estás tan callada, Dorita? Buck está más hablador que tú.

Ella se volvió en la silla y le miró a la cara.

Librodot

-¿Cuántos paseos como éste nos quedan? ¿O es el último?

-No, Dora, daremos muchos paseos más, claro está.

-No sé, no sé. Lazarus, yo...

-¿Cómo me has llamado?

-Te he llamado por tu nombre, Lazarus.

La miró, pensativo.

-Tú no deberías saber mi nombre. Para ti soy "tío Gibbie".

-El "tío Gibbie" ya no existe, y "Dorita" tampoco. Soy casi tan alta como tú, y hace dos años que sé quién eres, y ya lo había adivinado antes; es decir, ya había adivinado que eras uno de los Matusalenes. Pero no se lo dije a nadie. Nunca lo haré.

-No hagas promesas, Dora; no es necesario. Todo fue porque nunca quise cargarte con ello. ¿Cómo se me escapó? Creía haber sido muy cuidadoso.

-Lo has sido. Pero te he visto cada día, por lo que recuerdo. Cositas, cositas en las que no repararía quien no te viera... quien no te mirara... todos los días.

-Si, claro. No esperaba ocultarlo durante tanto tiempo. ¿Lo supo Helen?

-Creo que si, pero nunca hablamos de eso. Creo que lo adivinó de la misma forma que yo... y es posible que haya averiguado qué Matusalén eres...

-No me llames así, querida. Es como llamar "judezno" a un hebreo. Yo soy un miembro de las Familias Howard. Un Howard.

-Lo siento. No sabía que el nombre importase tanto.

-Bueno..., en realidad es lo de menos. Sólo que ésa es una palabra que me recuerda un tiempo que ya pasó. Una época de persecución. Perdona, Dora; me estabas contando cómo supiste que mi nombre es Lazarus. mejor dicho, uno de mis nombres porque también soy Ernest Gibbons.

-Si... tío Gibbie. Estaba en un libro. Una ilustración. Era un microlibro de esos que hay que leer con un visor en la biblioteca el pueblo. Vi la imagen y primero no reparé en ella, pero después di marcha atrás al aparato y volví a mirar. En aquella fotografía no llevabas patillas y tenias el cabello más largo... pero cuanto más la miraba, más se parecía a mi tío adoptivo. Pero no podía asegurarlo, y tampoco podía preguntarlo.

-¿Por qué no, Dora? Yo te habría dicho la verdad.

-Si hubieras querido que lo supiera, me lo habrías dicho. Tú siempre tienes una razón para todo lo que haces y dices. Lo aprendí cuando era tan pequeña que todavía montaba en la misma silla que tú. Por eso no dije nada. Hasta... en fin, hasta hoy. Al saber que te vas.

-¿Acaso he dicho que me voy?

-¡Por favor! Una vez, cuando yo era muy pequeña, me contaste una historias de cuando eras niño y oías el graznar de los patos salvajes por el cielo, y cómo cuando fuiste mayor quisiste descubrir a dónde iban. Yo no sabia lo que era un pato salvaje y tuviste que explicármelo. Sé que siempre sigues la llamada de la lejanía, siempre sigues el vuelo del pato salvaje. Cuando lo oyes graznar, tienes que irte. Y hace tres o cuatro años que lo estás oyendo en tu mente. Lo sé, porque cuando tú lo oyes, yo también lo oigo. Y ahora que la nave está aquí suena más fuerte que nunca. Por eso lo he sabido.

-¡Dora, Dora!

-No, por favor. No trato de retenerte, de veras que no. Pero antes de que te vayas, hay algo que deseo con toda mi alma.

-¿De qué se trata, Dora? En fin, no pensaba decírtelo todavía, pero le dejo a John Magee algunos bienes que son para ti. Habrá para...

-¡No, por favor! Ya soy una mujer, y puedo mantenerme a mi misma. Lo que quiero no cuesta nada. -Le miró fijamente a los ojos y añadió-: Quiero un hijo tuyo, Lazarus.

Lazarus Long tomó aliento tratando de acallar los latidos de su corazón.

-Dora, querida mía, eres casi una niña; aún no es hora de que pienses en tener uno. Tú no quieres casarte conmigo...

-No te he pedido que te cases conmigo...

-Iba a decir que dentro de uno o dos años, o tres, o cuatro, querrás casarte. Entonces te alegrarás de no haber tenido un hijo conmigo.

-¿Me lo vas a negar?

-Sólo digo que no deberías permitir que el trastorno emotivo de mi marcha te lleve a tomar una decisión tan apresurada.

La joven se irguió en la silla.

-No es ninguna decisión apresurada, señor. Hace mucho que me hice a la idea... antes incluso de saber que usted es un... Howard. Mucho antes. Se lo dije a la tía Helen, pero ella me dijo que era una chiquilla caprichosa y que debía olvidarme de ello. Pero nunca he abandonado la idea, y si entonces era una chiquilla caprichosa, ahora soy mucho mayor y sé lo que me hago. No pido nada más, Lazarus. Se puede hacer con jeringas y demás, con ayuda de Doc Krausmeyer... -volvió a mirarle directamente a los ojos- o de la forma habitual. -Bajó la mirada, la alzó de nuevo, sonrió fugazmente y añadió-: Pero en cualquier caso, que sea pronto. No sé cuál es el calendario de la nave, pero si sé cuál es el mío.

Gibbons dedicó un segundo largo a sopesar mentalmente algunos factores.

-Dora. . .

-Si, Ernest...

-No me llamo Ernest, ni Lazarus. Mi nombre verdadero es Woodrow Wilson Smith. Así, pues, como ya no soy el "tío Gibbie"... y en esto tienes razón: el tío Gibbie ya no existe ni volverá a existir... puedes llamarme "Woodrow".

-Si, Woodrow.

-¿Quieres saber por qué tuve que cambiar de nombre?

-No, Woodrow.

-¿No? ¿Quieres saber cuántos años tengo?

-No, Woodrow.

-Pero quieres tener un hijo de mi.

-Si, Woodrow.

-¿Querrás casarte conmigo?

A ella se le dilataron levemente los ojos. Pero al momento respondió:

-No, Woodrow.

En aquel momento, Minerva, Dora y yo casi tuvimos nuestra primera... y última y única... pelea. Ella había sido una niña dulce y encantadora que se había convertido en una mujer afectuosa v adorable. Pero era tan testaruda como yo... tenia la clase de terquedad con la que no hay nada que hacer, porque se negaba a la discusión. Tendré para con ella la consideración de creer que lo había pensado bien, sin olvidar ningún aspecto de la cuestión, y desde mucho tiempo atrás se había propuesto tener un hijo mío si yo accedía... pero sin casarse conmigo.

Por lo que a mi respecta, no le propuse matrimonio guiado por un impulso; sólo lo parece. Cuando una disolución está sobresaturada cristaliza casi al instante; así estaba yo. Había perdido todo interés por la colonia desde hacia años, tan pronto dejó de plantear desafíos de verdad; sentía un vehemente deseo de hacer otra cosa. Sin ir al fondo de mi mente, creía que esperaba con impaciencia el regreso de Zack... pero cuando el "Andy J." se puso por fin en órbita alrededor de aquel planeta... pues bien, descubrí que no era aquello lo que yo había estado esperando. Cuando Dora me hizo aquella sorprendente petición, supe qué había estado esperando.

Ni que decir tiene que traté de disuadirla.., pero era hacer de abogado del diablo. De hecho, mi mente ya se formulaba preguntas acerca del qué y el cómo. Seguían en pie todas las objeciones al matrimonio con una efímera. En cuanto a mis reparos, más firmes aún, a la idea de dejar tras de mi a una mujer preñada..., ¡qué cuerno! No dediqué ni un milisegundo a pensar en eso, querida.

-¿Por qué no, Dora?

-Ya te lo he dicho. Te vas, y no quiero retenerte.

-No me retendrás. Aún no lo ha hecho nadie, Dora. Pero... si no hay matrimonio, no hay niño.

Ella se mostraba pensativa.

-¿Qué pretendes con tanto insistir en una ceremonia matrimonial, Woodrow? ¿Que nuestro hijo lleve tu apellido? No quiero ser una viuda espacial, pero si tan necesario es, volvamos al pueblo y busquemos al moderador. Porque tendría que ser hoy, sin falta. Si

los libros que explican cómo calcularlo no mienten...

-Hablas demasiado -ella no respondió y él prosiguió-: Me importa un bledo la ceremonia nupcial, y menos aún si hubiera que celebrarla en El Primer Dólar.

Tras una vacilación, ella dijo:

-Perdona, pero no comprendo.

-¿Cómo que no? Pero si está muy claro: no me conformaré con un niño. Vas a tener media docena de hijos míos, o más. Más, probablemente. Quizás una docena. ¿Tienes algo que objetar?

-Si, Woodrow... Digo, no, nada. Tendré una docena de hijos contigo. O más.

-Para tener una docena de hijos se necesita tiempo, Dora. ¿Cada cuánto quieres que me presente, cada dos años?

-Lo que tú digas, Woodrow. Cuando vuelvas, cada vez que vuelvas... tendré un hijo tuyo. Pero te pido que hagamos el primero en seguida.

-Pobre idiota, hasta me parece que lo harías como dices...

-No lo haría: lo haré. Si quieres.

-Pues, no; lo haremos de ese modo -le cogió la mano-. Dora, ¿querrás ir donde yo vaya, hacer lo que yo haga y vivir donde yo viva?

Ella le miró con perplejidad pero respondió con firmeza:

-Sí, Woodrow, si es eso lo que verdaderamente quieres.

-No pongas condiciones: ¿querrás o no querrás?

-Quiero.

-Si alguna vez nos vemos en un aprieto, ¿harás lo que yo te diga, sin ponerte testaruda?

-Sí, Woodrow.

-¿Quieres ser mi esposa y la madre de mis hijos hasta que la muerte nos separe?

-Sí, quiero.

-Yo te tomo a ti, Dora, por esposa, para amarte, protegerte y confortarte, y no abandonarte nunca... mientras estemos vivos. ¡No llores! Acércate y dame un beso. Estamos casados.

-¡Si no lloro! ¿De veras estamos casados?

-Si. Ah, y celebraremos todas las ceremonias que quieras, pero luego. Ahora cállate y bésame.

Ella obedeció.

Algunos largos momentos después, él exclamó:

-¡Eh, no te caigas de la silla! ¡Quieta, Betty! ¡Quieta, Beulah! ¿Quién te ha enseñado a besar así, Dora adorada?

-No me habías llamado así desde que empecé a crecer. Hace años.

-Tampoco te he besado desde que empezaste a crecer. Y con razón. No has contestado mi pregunta.

-¿Entra eso dentro de lo que acabo de prometer? Quienquiera que haya sido el que me enseñó, fue antes de estar casada.

-Ajá, por ahí puede que tengas algo que ocultar. Me reuniré con mis abogados y les mandaré que te escriban una carta. Por otra parte, podría tratarse de habilidad natural y no de algo aprendido. Te diré una cosa, Dora: yo me abstengo de hacerte preguntas sobre tu pasado de pecadora... y tú haces lo propio conmigo. ¿Hace?

-Hace, ya lo creo... porque tengo un pasado negrísimo.

-Pamplinas, cielo; aún no has tenido tiempo de ser una pecadora. A lo mejor birlaste algunos dulces de los que yo guardaba para Buck. ¿Fue eso? Es un pecado gravísimo.

-¡Nunca hice tal cosa! Hice otras muchísimo peores.

-Si, claro. Dame otro de esos besos de superdotada.

Esta vez él dijo:

-¡Caramba! No, el de antes no fue casualidad. Me parece que me he casado contigo en el momento oportuno, Dora.

-Fuiste tú quien insistió en ser mi marido. Yo no lo puse como condición.

-De acuerdo, lo reconozco. ¿Todavía estás ansiosa de que te haga el niño, cariño, ahora que sabes que no me iré sin ti?

-Ansiosa, ya no. Deseosa, quizá. Sí, "deseosa" es la palabra. Pero no ávida.

-"Deseosa" es una palabra muy hermosa, además. Yo también estoy deseoso. "ávido", incluso. ¿Quién sabe? Igual tienes otras habilidades innatas.

Ella no sonrió apenas.

-Si no las tengo, Woodrow, estoy segura de que podrás enseñarme. Ávida.

-Regresemos al pueblo. ¿A mi apartamento, o a la escuela?

-Es lo mismo, Woodrow. Pero ¿ves aquel bosquecillo? Está mucho más cerca.

Ya casi había anochecido cuando llegaron al pueblo, regresaban sin prisa. Al pasar frente a la casa de Markham, donde antaño se levantara la de Harper, Woodrow Wilson Smith dijo:

-Dora adorada...

-Sí, querido esposo...

-¿Quieres una boda solemne?

-Sólo si tú la quieres, Woodrow. Ya me siento muy casada. Soy una mujer casada.

-Lo eres, desde luego. ¿No te escaparás con algún joven?

-¿Es una pregunta retórica? No, ni ahora ni nunca.

-El joven de quien te hablo es un inmigrante que podría no estar libre hasta el último viaje, o casi. Es más o menos de mi talla, pero él tiene el cabello negro y es más moreno de piel que yo. No sabría decirte qué edad tiene, pero aparenta tener la mitad de mis años. Va muy bien afeitado. Sus amigos le llaman "Bill". O "Woodie". Dice el capitán Briggs que Bill se pirra por las maestras jóvenes y arde en deseos de conocerte.

Ella pareció considerarlo.

-Si le besara con los ojos cerrados, ¿crees que le reconocería?

-Es posible, Adorada mía. Casi seguro. Pero no creo que nadie más lo logre. Así lo espero, al menos.

-No sé cuáles son tus planes, Woodrow. Pero si reconozco a ese Bill, ¿debo tratar de convencerle de que yo soy aquella maestra de escuela, la de la canción que cantabas, Lil la Larga?

-Creo que podrías convencerle, queridísima. Muy bien, el "tío Gibbie" vuelve a existir, provisionalmente. Haré que Ernest Gibbons dedique tres o cuatro días a liquidar los asuntos que tiene por aquí; luego, le dirá adiós a todo el mundo, incluida su sobrina adoptiva, esa maestra solterona que es Dora Brandon. A los dos días llega Bill Smith con la última, o casi la última, carga de la nave. Será mejor que tengas las maletas a punto y estés lista para partir, porque Bill pasará por delante de tu escuela al día siguiente, o al otro, poco antes del alba, camino de New Pittsburgh.

-New Pittsburgh. Estaré preparada.

-Pero no permaneceremos aquí más de un par de días. Saldremos pitando, más allá de Separation, y luego más allá del horizonte. Abordaremos el Paso Desesperado. ¿Te atrae la idea?

-Iré donde tú vayas.

-¿Te atrae? No tendrás a nadie con quien hablar, salvo a mí. Hasta que cocines uno, o una, y le enseñes a hablar. No tendrás vecinos: sólo animales salvajes y dragones y Dios sabe qué más. Pero ningún vecino.

-Pues cocinaré y te ayudaré a llevar la granja... y a hacer niños. Cuando tenga tres abriré la "Escuela Primaria de la señora Smith". ¿O habrá que llamarla "Escuela Primaria de Lil la Larga"?

-Creo que será mejor esto último. Una escuela para bribonzuelos. Mis hijos son siempre unos auténticos demonios, Dora. Darás clase bastón en mano.

-Lo haré si es necesario, Woodrow. Ahora ya tengo algunos, y dos de ellos abultan más que yo. Les doy todos los palos que precisan.

-No tenemos que aventurarnos necesariamente por el Paso Desesperado, Dora. Podríamos ir a Secundus en el "Andy J.". Dice Briggs que ahora hay allí más de veinte millones de personas. Podrías tener una casa bonita, con fontanería y todo, y cuidar el jardín en vez de partirte el espinazo ayudándome a trabajar la tierra. Y un buen hospital con médicos de verdad para cuando tuvieras niños. Seguridad y bienestar.

-"Secundus". Allí es donde se trasladaron todos los... Howard, ¿no?

-Unas dos terceras partes de ellos. Aquí hay algunos, como te dije. Pero no lo manifestamos, porque cuando los demás te superan en número, ser un Howard no resulta cómodo ni seguro. No tienes que decidirlo en sólo tres o cuatro días, Dora; la nave se mantendrá en órbita por aquí todo el tiempo que yo disponga. Semanas, meses, lo que tú ordenes.

-¡Cielo santo! ¿Puedes permitirte hacer que el capitán Briggs tenga una nave espacial en órbita sólo para que yo tenga tiempo para decidirme?

-No debí apremiarte. No se trata exactamente de que pueda permitirme algo así, Dora, aunque permanecer en órbita no sale tan caro. En fin... Llevo tanto tiempo tomando mis decisiones sin pedir consejo a nadie que ya he perdido la costumbre de ser un hombre casado con una mujer a la que se pueden confiar los secretos. Debo parar la nave. Soy propietario del "Andy J." en un sesenta por ciento, Dora; Zack Briggs es mi socio minoritario. Y también hijo mío. Podríamos decir que es tu hijastro.

Ella tardaba en responder. Él preguntó:

-¿Qué sucede, Dora? ¿Te sorprende?

-No, Woodrow. Sólo que tendré que ir haciéndome a algunas ideas. Naturalmente, tú ya has estado casado; eres un Howard. Nunca me había parado a pensarlo, eso es todo. Un hijo... hijos... y también hijas, sin duda.

-Si, claro está. Pero a lo que estaba llegando es a que me he equivocado en algunos proyectos, por culpa de mi egoísmo. Te estaba apremiando sin necesidad. Si nos quedamos en Nuevos Albores, quiero que desaparezca "Ernest Gibbons"; esto es, que se vaya en el "Andy J.", porque se va haciendo viejo: no podré aguantarlo por mucho tiempo. Así, el joven Bill Smith, que se aproxima mucho más a tu edad, ocupará su puesto... Suena mejor, y aquí nadie sospechará que soy un Howard.

"Este juego de manos lo he hecho muchas veces, y sé cómo hacer que cuele. Pero trataba de desembarazarme de "Ernest Gibbons" lo antes posible porque es tu tío adoptivo, y casi te triplica la edad, y ni siquiera se atrevería a soñar con tocarte el culito, ni tú le animarías a hacerlo. Como todo el mundo sabe. Pero yo si quiero tocarte el culito precioso, Adorada.

-Y yo quiero que lo hagas -frenó a la mula; ya se aproximaban a la zona donde las casas se agrupaban-. Y más. Decías que no podemos vivir Juntos ahora mismo por lo que podrían pensar los vecinos, Woodrow. Pero, ¿quién me enseñó a mi que nunca debía preocuparme por el "qué dirán"? Tú.

-Es cierto. Pero algunas veces conviene hacer que los vecinos piensen lo que tú quieres que piensen a fin de influir en lo que hacen y dicen... y ésta puede ser una de esas ocasiones. Pero también he tratado de enseñarte a tener paciencia, querida.

-Haré exactamente lo que me digas, Woodrow. Pero en esto no puedo tener paciencia: ¡quiero tener a mi marido en la cama!

-Y yo quiero estar en ella.

-En tal caso, ¿qué importa que la gente suponga que quiero darle a mi tío Gibbie el besito de las buenas noches, o que me largue casi enseguida con un nuevo colono? Hace un rato no has dicho palabra al respecto, pero estoy convencida de que sabias que no era virgen. ¿No te parece que debe de haber otros que también lo saben? Todo el pueblo, probablemente. Nunca me ha preocupado; ¿por qué me habría de preocupar ahora lo que piensen?

-Dora...

-¿Si, Woodrow?

-Esta noche dormiré en tu cama, tenlo por seguro.

-Gracias, Woodrow.

-Para mi será un placer señora. Y creo que para ti también...

-¡Ya lo creo! Bien lo sabes. O deberías saberlo.

-Bien, ahora que está decidido, pasemos a otras cuestiones. Antes tengo que decir que si te hubiera hallado virgen, con lo mayorcita que eres, me habría preocupado un poco, y habría pensado quizá que Helen no había tenido sobre ti la influencia que yo creía. ¡Y vaya si la tuvo, bendita sea! Lo de aparentar ser tu querido tiíto Gibbie, incapaz de tocarte, era sólo para salvar tu imagen; ya que no te preocupa, se acabó. Lo que iba a decir es que puedes tomarte el tiempo que quieras para decidir entre llevar una vida de pioneros aquí o ir a Secundus. En Secundus hay algo más que calefacción y cuartos de baño, Dora hay una Clínica de Rejuvenecimiento.

-¡Ah! ¿Necesitas tener una cerca, Woodrow?

-No, no: para ti, querida.

Ella tardó en responder:

-Eso no me convertiría en una Howard.

-No, pero siempre ayuda. Después de todo, a los Howard las terapias de rejuvenecimiento tampoco les hacen vivir eternamente. A algunas personas les sirven de mucho; a otras, no tanto. Es posible que algún día sepamos más, pero ahora, por lo general, las técnicas de rejuvenecimiento parecen duplicar la expectativa de vida de una persona, tanto si es un Howard como si no lo es. A ver... ¿tienes idea de cuántos años vivieron tus abuelos?

-¿Cómo iba a saberlo? Recuerdo que una vez tuve unos padres, y gracias. Ni siquiera sé cómo se llamaban mis abuelos.

-Se puede averiguar. En la nave hay registros de todos los emigrantes que han viajado en ella. Le diré a Zack... al capitán Briggs... que busque el expediente de tus padres. Luego, con tiempo... porque se necesita tiempo... haré que localicen a tu familia de la Tierra. Entonces...

-No, Woodrow.

-¿Por qué no, querida?

-No necesito saberlo, no quiero saberlo. Hace tiempo, poco después de adivinar que eras un Howard, también intuí que en realidad los Howard no viven más que nosotros los normales.

-¿De veras?

-Así es. Todos tenemos pasado, presente y futuro. El pasado sólo es memoria, y yo no puedo recordar cuándo empecé, no puedo acordarme de cuando yo no era. ¿Tú si?

-No.

-Así, pues, en eso somos iguales. Supongo que tus recuerdos son más numerosos; eres más viejo que yo. Pero son pasado. ¿El futuro? El futuro todavía no ha llegado, y nadie sabe cómo será. Puede que me sobrevivas... pero igual te sobrevivo yo. También puede ser que nos maten a los dos al mismo tiempo. No podemos saberlo, y yo no quiero saberlo. Lo que los dos tenemos es el ahora... y lo tenemos juntos, y eso me hace sumamente feliz. Vamos a encerrar a las mulas para la noche y disfrutemos de un poco de ahora.

-Conforme -asintió él con una sonrisa maliciosa-. ¿Sodoma o Gomorra?

-¡Las dos!

-¡Bien por mi Dora! En las cosas que vale la pena hacer vale la pena excederse.

-Y más. Pero un momento, querido. Me has dicho que el capitán Briggs es hijo tuyo, y por lo tanto hijastro mio. No lo dudo, pero no consigo verle como tal. Pero... y no respondas si no quieres, pues ya acordamos no hacernos preguntas sobre el pasado de cada cual...

-Adelante, pregunta. Si me conviene, contestaré.

-Bien... Es que no puedo evitar sentir curiosidad por la madre del capitán Briggs, tu anterior esposa.

-¿Phyllis? Su nombre completo es Phyllis Sperling-Brown. ¿Qué quieres saber de ella, querida? Era una chica estupenda, aunque no faltará quien lo niegue. Calumnias.

-Me temo que estoy metiéndome donde no me llaman.

-Es posible. No me importa, y a Phyllis no le puede doler. Aquello fue hace un par de siglos, cielo; olvídalo.

-Ah... ¿Está muerta?

-No, que yo sepa. Zack lo sabría: ha estado en Secundus hace poco. Creo que me lo habría dicho. Pero no he mantenido contacto con ella desde que se divorció de mí.

-¿Se divorció de ti? Seria una mujer de gustos muy primarios.

-¡Dora! Phyllis no es una mujer de gustos primarios, es una chica estupenda. Cené con ella y su marido la última vez que estuve en Secundus. Es decir, cenamos con ellos, Zack y yo, y ella y su marido se habían tomado la molestia de reunir a todos los hijos que yo había tenido con ella, los que estaban en el planeta y algunos parientes míos, y me obsequiaron con una reunión familiar. Fue todo un detalle por su parte. Por cierto, ella también es maestra.

-¿Si?

-Ajá. Es titular de la cátedra Libby de Matemáticas en la Universidad Howard de Nueva Roma, en Secundus. Si vamos allí, podemos localizarla para que averigües por ti misma la clase de persona que es.

Dora no respondió. Con una presión de rodillas hizo que Betty echara a andar calle abajo. Beulah hizo lo propio sin que se lo ordenaran. Buck exclamó:

-¡A zzenarrr...!-y salió trotando.

-Lazarus...

-Cuidado con ese nombre, cariño.

-No puede oírme nadie. Lazarus, a menos que insistas... no quiero vivir en Secundus.

Historia de la hija adoptiva (continuación)

Separation ya quedaba muy atrás. A lo largo de tres semanas la pequeña caravana (dos carromatos en tándem, con un tiro de doce mulas, y cuatro sueltas) se había arrastrado hacia la Sierra de la Muralla. Habían pasado más de dos semanas desde la última vez que vieron una casa. Ya estaban en las praderas altas, y desde hacía varios días tenían a la vista el Paso Desesperado.

Además de dieciséis mulas, la pequeña expedición comprendía una hembra de pastor alemán y un perro más joven, dos gatas y un gato, una cabra de leche con dos crías y un macho joven, dos gallos y seis gallinas de la resistente raza de la señora Awkins, una puerca y Dora y Woodrow Smith.

La puerca había resultado estar preñada antes de que Smith pagara su precio y le efectuara personalmente la prueba, y la señora Smith también resultó estar embarazada, cuando aún estaban en El Primer Dólar y antes de que Smith hiciera abandonar la órbita a la nave espacial "Andy J.", ya que (y Smith no había juzgado necesario decírselo a su mujer) si Dora hubiera dado negativo la nave habría esperado hasta que lo volvieran a intentar... y si hubiera dado negativo otra vez, habría cambiado de planes y se la habría llevado a Secundus, para una vez allí hallar el porqué y remediarlo, de ser posible.

Según la opinión de Smith, como pioneros profesionales no sólo era inútil, sino desastrosamente insensato, intentar una colonización a partir de una única pareja y lejos del contacto con otras gentes con una mujer estéril... o formando una pareja estéril, rectificó para si, recordando que su fertilidad no había sido puesta a prueba de verdad desde hacia cincuenta años y pico. Mientras estaba en ello, había buscado información física acerca de los padres de Dora en los desordenados ficheros de Krausmeyer, sin encontrar nada que fuera motivo de preocupación... y le habría preocupado, de haberlo hallado, pues no habría sido capaz ni siquiera de enfrentarse a algo tan simple como una incompatibilidad de factor Rh estando lejos de todas partes.

Pero dentro de los limitados recursos médicos de la colonia y de la nave, todos los indicadores habían dado luz verde, y a él no le pareció improbable que Dora hubiera quedado encinta unos veinte minutos después de su boda informal a lomos de mula.

Le pasó por la mente la idea de que Dora pudo haber quedado embarazada incluso antes, pero aquella ocurrencia no le intranquilizó lo más mínimo. Smith tenia la seguridad de que le habían puesto los cuernos más de una vez a lo largo de los siglos; puso siempre un especial cuidado en ser un padre amante para aquellos niños y nunca dijo palabra. Creía en la conveniencia de dejar mentir a las mujeres tanto como necesitaran y de no acusarlas nunca de ello. Pero también creía que Dora era incapaz de aquella clase de mentira. Si Dora hubiera estado embarazada sabiéndolo, podría haberle

pedido permiso para despedirse de él en la cama, pero sólo eso. No habría pedido un niño.

Daba igual: si la nena había tenido un tropiezo antes v no lo sabia, Smith estaba convencido de que de todas formas tendría un hijo superior. Ella ya lo era; a Smith le habría gustado conocer a los Brandon: debieron de ser gente privilegiada, y su hija era, como Helen dijo una vez, "exigente". Dora no se habría acostado con un cualquiera ni por divertirse porque, siendo lo que era, no le habría parecido divertido. Smith estaba persuadido de que para poner un niño inferior dentro de Dora hacia falta violarla... y el violador tendría que dedicarse a cantar de soprano el resto de sus días: el tio Gibbie le había enseñado a la niña algunas tretas.

La cerda preñada era el "calendario" de Smith. Si para cuando pariera no habían conseguido encontrar un lugar adecuado para establecerse en él, darían media vuelta sin perder un instante, sin vacilaciones ni remordimientos, pues significaría que sólo les quedaba la mitad del tiempo de gestación de Dora para regresar a Separation, junto a las otras personas.

La puerca iba en la parte posterior del segundo carromato, sujeta para evitar que cayera. Los perros correteaban bajo los carros o los escoltaban, vigilando por si se acercaban corretones o cualquier otra amenaza. Los gatos hacían lo que querían, como siempre, corriendo o yendo en los carros, según les daba. Las cabritas permanecían cerca de las ruedas; las dos crías ya estaban bastante crecidas para correr a saltitos la mayor parte del tiempo, pero se les permitía subir al carro cuando se cansaban: cuando la madre lanzaba un balido estridente, Smith se agachaba y le pasaba la cría a Dora. Las gallinas alborotaban en una jaula doble encima del corral de la marrana. Los mulos que iban sueltos no tenían más obligación que la de mantener abiertos los ojos por si se acercaban potros salvajes, sólo que Buck era invariablemente el gran jefe del desfile, marcando el paso, dando órdenes a las otras mulas y ejecutando las que le daba Smith. Las mulas que estaban en libertad cubrían turnos para sustituir a las que tiraban de los carromatos; sólo Buck no llevaba nunca correajes. A Betty y Beulah les hirió profundamente que les pidieran que aceptaran tirar de un carro; eran ganado de silla y lo sabían. Pero Buck tuvo para ellas algunas frases muy duras a propósito de unos posibles mordiscos y coces más duras todavía, con lo que no volvieron a abrir la boca y tiraron.

En realidad no hacía falta guiar: sólo se usaban dos riendas, una para cada mula del par de cabeza, que pasaban por las anillas de los bocados de las que iban detrás y llegaban hasta el pescante del primer carromato, donde más que tirar de ellas lo que hacía Smith

era sostenerlas. Aunque los machos eran jóvenes todos ellos, hacían lo que Buck les ordenaba. Smith se había detenido en Separation y perdido allí casi un día entero para cambiar un macho fuerte, de robustas espaldas, por un ejemplar más joven y de menor peso, porque el mulo mayor se mostraba reacio a aceptar la autoridad de Buck. Buck estaba dispuesto a arreglarlo con una pelea, pero Smith no permitió que el viejo mulo corriera aquel riesgo; necesitaba del buen juicio de Buck, y no iba a exponerse a que una derrota frente a un macho joven le bajara la moral, o a que resultara herido.

En situaciones de auténtico peligro, las riendas no servían. Si las mulas se asustaban y echaban a correr presas del pánico, dos personas no podían sujetarlas, ni siquiera con un doble par de riendas. Smith estaba preparado para eliminar al par de cabeza en cualquier momento, con la esperanza de que las otras mulas no se rompieran demasiadas patas al pasarles por encima y rezando para que los carros no volcaran.

Smith quería llegar a su destino con todos los animales; esperaba alcanzarlo con un ochenta por ciento, incluyendo una pareja reproductora de cada especie... pero si llegaba con animales suficientes para tirar de las carretas, incluyendo por lo menos una pareja de cría, y un par de cabras, podría considerarlo una victoria parcial y plantar sus reales en aquel lugar, para vivir o morir.

El número "suficiente" de mulas era una variable: hacia el final del viaje podía llegar hasta cuatro, para luego deshacer el camino en busca del segundo carromato. Pero si el número de mulas caía por debajo de doce antes de conquistar el Paso Desesperado... media vuelta.

Media vuelta enseguida. Habría que abandonar un carro o los dos, desprenderse de lo no imprescindible, sacrificar a los animales que no fueran capaces de cubrir el trayecto sin ayuda y viajar a buen paso tirando de todas las mulas sobrantes, ignorantes de su condición de despensa ambulante.

Si Woodrow Wilson Smith volvía cojeando a Separation, con su mujer cabalgando, abortada pero viva, todavía no seria una derrota. Tenia unas manos, tenia un cerebro, y tenia el estimulo más fuerte que puede tener un hombre: una mujer a la que proteger y cuidar. Al cabo

de unos años podrían volver a atacar el Paso Desesperado... sin cometer los errores de la primera vez.

Entretanto, se sentía feliz, con toda la riqueza que un hombre podría anhelar.

Smith se asomó desde el pescante y gritó:

-¡Eh, Buck! ¡Es la hora de la cena!

-Hora de la zzena -repitió Buck, gritando a su vez-: ¡Hora de la zzena! ¡En zzirculo, en zzirculo!

El par guía torció a la izquierda iniciando la maniobra de colocar la caravana en circulo. Dora dijo:

-El sol aún está muy alto.

-Por eso -asintió su esposo-. El sol está alto, hace mucho calor y las mulas están cansadas, sudorosas, hambrientas y sedientas. Quiero que pasten. Mañana nos levantaremos antes del alba y cuando claree ya estaremos en marcha: haremos tantos kilómetros como podamos antes de que haga este calor de infierno. Luego volveremos a hacer alto temprano.

-No lo discutía, querido; sólo quería saber el porqué. Empiezo a descubrir que ser maestra de escuela no me ha enseñado todo lo que hay que saber para ser la mujer de un pionero.

-Ya lo sé; por eso te lo he explicado. Pregúntame lo que sea siempre que yo haga algo que tú no comprendas; tienes que saber las cosas, porque si a mi me ocurre algo, te las tendrás que componer tú sola. Guárdate las preguntas para más tarde sólo en el caso de que tenga prisa.

-Lo intentaré, Woodrow... ya lo intento. Estoy muerta de sed y de calor; estos pobrecitos lo deben de pasar muy mal. Si no me necesitas, voy a darles de beber mientras los desenganchas.

-No, Dora.

-Pero... Lo siento.

-Maldita sea, acabo de decirte que preguntes siempre por qué. Aunque ya te lo iba a explicar. Primero les dejamos pastar durante una hora. Eso les refrescará un poco, a pesar del sol, y al estar sedientos buscarán la hierba verde y corta que hay debajo de la larga y seca. Con ello sacarán un poco de humedad. Entre tanto voy a medir el agua que hay en los toneles... aunque ya sé que tendremos que reducir las raciones. Debimos hacerlo ayer mismo ¿Ves esa mancha verde oscuro que hay allí arriba, al pie del paso, Adorada? Pues creo que allí hay agua, a pesar de que no haya llovido.. Y reza porque la haya, puesto que no creo que encontremos agua entre este punto y aquél. Es posible que no tengamos ni una gota durante el último día, más o menos. Sin agua las mulas no tardan en morir, y los hombres tampoco.

-¿Tan mal están las cosas, Woodrow?

-Como lo oyes, querida. Por eso es por lo que he estado estudiando los fotomapas. Los más claros los hicimos Andy y yo hace mucho tiempo, cuando inspeccionamos este planeta, pero era a principios de la primavera en este hemisferio. Las fotos que Zack tomó para mí no

valen mucho; el "Andy J." no va equipado como nave de reconocimiento. Elegí esta ruta porque parecía más rápida. Pero todas las zonas húmedas que hemos atravesado durante los diez últimos días estaban resecas. Éste ha sido mi error, y puede que sea el último.

-¡Woodrow! ¡No digas esas cosas!

-Lo siento, querida. Pero siempre hay un último error. Haré todo lo condenadamente posible para que este no sea mi último error, porque a ti no tiene que ocurrirte nada. Sólo trataba de impresionarte con el cuidado que hemos de poner en conservar el agua.

-Ya lo has hecho. Seré muy cuidadosa al lavar y al hacer otras cosas.

-Me parece que no ha quedado claro: se acabó el lavarse; nada de lavarse la cara, ni siquiera las manos. Los cacharros de cocina los restregarás con hierba y tierra y los pondrás al sol con la esperanza de que el calor los esterilice. El agua sólo es para beber. A partir de ahora las mulas irán a media ración de agua, y tú y yo, en lugar del litro y medio que se supone que cada ser humano necesita diariamente, intentaremos pasar con medio litro. Bueno, la señora Whiskers recibirá ración completa, ya que tiene que amamantar a las crías. Si las cosas se complican sacrificaremos a las cabritas y a ella la dejaremos secarse.

-¡Ay, querido!

-Puede que no sea necesario. Todavía estamos lejos del limite, Dora. Si la situación se hace difícil de verdad, matamos una mula y nos bebemos su sangre.

-¿Qué? ¡Pero si son amigas nuestras!

-Escucha lo que dice tu viejo, Dora. Te prometo que nunca mataremos a Buck, Beulah ni Betty. Si hay que hacerlo, será con una mula de las que compramos en New Pittsburgh. Pero si alguno de nuestros tres viejos amigos muere… nos lo comemos. O nos la comemos.

-Me parece que no podré.

-Podrás, cuando tengas hambre suficiente. Si piensas en el niño que llevas dentro comerás sin dudarlo un instante y bendecirás a tu amigo muerto por ayudarte a mantener vivo a tu hijo. No digas nunca que no podrás hacer algo cuando las cosas pinten mal, porque podrás. ¿Te contó Helen la historia del primer invierno que pasamos aquí?

-No. Me dijo que había cosas que yo no tenía por qué saber.

-En eso pudo equivocarse. Te contaré una de las menos espeluznantes. Dispusimos... dispuse... una guardia permanente vigilando el grano, con órdenes de tirar a matar. Y un centinela lo hizo. El tribunal militar le declaró inocente: el muerto estaba robando grano, sin duda alguna, pues le encontraron en la boca un puñado a medio masticar. No era el marido de Helen, no; él murió como un caballero, de desnutrición y unas fiebres que no pude determinar.

"Buck ya nos ha puesto en circulo. A trabajar -saltó del pescante y alzó los brazos para ayudarla-. Y sonríe, pequeña, sonríe: esta representación está siendo televisada en directo en la Tierra para que aquella pobre gente apretujada como sardinas vea lo fácil que es conquistar un planeta nuevo, por gentileza del Delicioso Desodorante DuBarry, que ya empieza a hacerme falta.

Librodot

-Yo aún huelo peor que tú, amor mío -dijo ella con una sonrisa.

-Así está mejor, querida; saldremos adelante. Lo más difícil es arrancar. ¡Ah! Nada de fuego para hacer la comida.

-¿"Nada de fue..."? Si señor.

-No, mientras no salgamos de estos pastos secos. No prendas una cerilla por nada del mundo, aunque se te hayan caído los rubíes y no puedas encontrarlos.

-Los rubíes... Tuviste un detalle maravilloso al regalármelos, Woodrow. Aunque en este momento los daría a cambio de otro barril de agua.

-No, querida, no lo harías, porque los rubíes no pesan nada y ya cargué todos los barriles que las mulas pueden arrastrar. Me encantó que Zack trajera esos rubíes y yo pudiera dártelos. A una novia hay que mimarla. Vamos a cuidarnos de las mulas, que están cansadas.

Una vez desenganchadas las mulas, Dora trató de imaginar qué podría dar de comer a su marido sin servirse del fuego mientras Smith se ocupaba de la barrera. No era mucha barrera, pero disponiendo de sólo dos carros, no podía formar un círculo defensivo adecuado; lo mejor que se podía hacer era ponerlos en ángulo todo lo que permitía el mástil del segundo, y cerrar el vivac con una valla de estacas, palos de madera dura de dos metros de largo con la punta afilada, unidos con el sucedáneo de soga que utilizaban en New Pittsburgh. El resultado, una vez atados los extremos a los carromatos y anclado con una cuerda que formaba la hipotenusa del triángulo, venía a ser una reja alta y tirando a malintencionada. Nunca detendría a un dragón, si bien aquél no era territorio de dragones Pero ahuyentaba a los corretones.

A Smith la reja tampoco le gustaba demasiado. Pero estaba hecha en Nuevos Albores con materiales no importados, podía repararla cualquier persona medianamente hábil, no pesaba mucho, podía abandonarse sin que supusiera una gran pérdida... y no llevaba metal. Smith había tenido ocasión de comprar dos sólidos carromatos del tipo Conestoga, con caja en forma de barca, en New Pittsburgh, con sólo ofrecer pagar una parte en piezas de hierro para dos carros más; eran piezas traídas a través de los años-luz por el "Andy J." y New Pittsburg tenía más de "nueva" que de "Pittsburgh": contaba con mineral de hierro y carbón, pero su industria metalúrgica aún era primitiva.

Las gallinas, la puerca, las cabras e incluso los seres humanos constituían una sabrosa tentación para los corretones, pero con las cabras encerradas en el corral, dos perros vigilando, y dieciséis mulas pastando por todos lados, Smith se sentía razonablemente seguro por la noche. La verdad era que un corretón podía vencer a una mula, pero lo más probable era que la mula pudiera con el corretón, sobre todo porque las otras mulas solían acorralarlo y ayudar a matarlo a coces. Aquellas mulas no huían ante la presencia de un corretón; al contrario, iban por él. Smith creía que con el tiempo las mulas limpiarían de animales rapaces el planeta aún con más eficacia que los propios hombres, convirtiéndolos en algo más escaso que los pumas de cuando él era joven.

Un corretón coceado por una mula se transformaba rápidamente en filetes de corretón, estofado de corretón o corretón picado, y en comida para perros y gatos; a la señora Porky le encantaban los menudillos. Todo ello sin daño alguno para las mulas. A Smith no Ie gustaba el corretón en ninguna de sus variedades; para su gusto tenia una carne demasiado fuerte, pero comerlo era mejor que no comer nada y siempre ayudaba a no tener que echar mano demasiado a menudo de las provisiones que llevaban para el viaje. Dora no compartía la repugnancia de su

marido por la carne de corretón; a ella, que había nacido allí y que la había comido cada dos por tres desde su más tierna infancia, le parecía un alimento normal.

Pero Smith anhelaba tener oportunidad de cazar alguno de los herbívoros que eran la presa natural de los corretones: unos animales de seis patas, como los corretones, pero que recordaban a un okapi frustrado. Su carne era mucho más tierna. Los llamaban "cabras de la pradera", cosa que no eran, pero la taxonomía sistemática de la flora y la fauna de Nuevos Albores todavía estaba en pañales, aún no había habido tiempo para semejantes lujos intelectuales. Una semana atrás, Smith había disparado desde el pescante a una cabra de la pradera de la que ahora ya no quedaba más que el recuerdo agridulce de una carne tierna y sabrosa. Smith no hallaba justificado el dedicar un día a cazar antes de haber conquistado el Paso Desesperado. Pero no perdía la esperanza de que se le presentara la ocasión de probar fortuna.

Quizás ahora...

-¡Fritz! ¡Lady Macbeth! ¡Aquí! -Los perros se acercaron corriendo y aguardaron-. ¡Alerta! ¡Corretón! ¡Cabras de la pradera! ¡Arriba!

Los perros subieron inmediatamente al techo del primer carro en dos saltos. Una vez allí, tras unos momentos de agitación, se repartieron las tareas, observando a derecha e izquierda del carromato: allí permanecerían mientras no les ordenasen bajar. Smith había pagado un elevado precio por la pareja, pero ya sabía que eran dos buenos perros; él mismo había recogido en la Tierra a sus antepasados, trayéndolos con la primera expedición. Smith no sentía una afición desmesurada por los perros; tan sólo le pareció que una compañía que en la Tierra había durado tanto serviría igual de bien a los hombres en otros planetas.

A Dora las palabras de su marido la habían apagado un poco, pero apenas se puso a trabajar se animó. Al poco rato, mientras intentaba componer un menú sin demasiado de donde escoger y sin fuego para cocinar, se le ocurrió algo que la incomodaba, aunque

por otra parte le ayudaría a apartar las preocupaciones de su mente. Además, en realidad no creía a su marido capaz de fallarle en nada.

Dio la vuelta a la parte posterior del segundo carro y cruzó el corral acercándose a donde él comprobaba la firmeza de la valla.

-¿Has visto qué gallito tan malo?

Woodrow se volvió.

-Vida mía, con el sombrero y nada más estás preciosa.

-No sólo llevo el sombrero, también traigo puestas las botas. ¿Quieres saber lo que ha hecho ese gallo travieso?

-Preferiría hablar de lo guapa que estás. Estás adorable Dora adorada. De todos modos no me gusta la forma como vas vestida.

-¿No? Es que hace tanto calor... Ya que no puedo lavarme, he pensado que con un baño de aire olería mejor.

-Para mi ya hueles bien. Pero el baño de aire es buena idea; yo también me desnudaré. La pistola, querida: ¿dónde tienes el cinto con el cuchillo y la pistola? -Smith empezó a quitarse los zahones.

-¿Quieres que lleve la pistola ahora, aquí dentro, contigo a mi lado para protegerme?

-Como autodisciplina y como medida básica de precaución, amada mía.-Volvió a colocarse el cinto con el cuchillo y la pistola mientras se desprendía de los zahones, se quitó las botas y la camisa y se quedó desnudo salvo por el cinto y otras tres armas que no se veían cuando iba vestido-. Desde hace más años de los que me gusta recordar no me desarmo nunca, excepto cuando estoy encerrado en lugar seguro. Quiero que adquieras esta costumbre. No sólo de vez en cuando. Siempre.

-Muy bien. He dejado el cinto en el pescante; voy a buscarlo. Pero de todos modos, como luchadora no soy nada del otro mundo, Woodrow.

-Con la pistola lanzaagujas tienes bastante puntería a cincuenta metros. Y mejorarás cuanto más tiempo vivas conmigo. Y no sólo con ese arma, sino con todo lo que dispare, corte, queme o magulle, desde tu manos hasta una bomba. ¿Ves aquello, Dora? -Señaló el yermo-. Dentro de siete segundos bajará por ahí una horda de salvajes peludos y nos atacarán. A mi me atravesarán el muslo con una flecha y caeré... Entonces tendrás que luchar por los dos y rechazarlos. ¿Qué vas a hacer, pobrecita mía, con las armas tiradas en el asiento del carro?

-Pues... -Dora separó los pies, se puso las manos en la nuca y le obsequió con un meneo de cuerpo que debió de ser inventado en el jardín del Edén, o quizá fuera de él-¡Les atacaré con esto!

-Sí -asintió Lazarus, pensativo-, tendría que dar resultado. Si fueran humanos. Pero no lo son. Lo único que les interesa son las chicas altas, hermosas y de ojos castaños, para comérselas con huesos y todo. Es una tontería, pero así son ellos.

-Si, querido -dijo ella con aire sumiso-. Voy a ponerme el cinto, y mataré al que te clavó la flecha. Luego veré a cuántos más puedo cargarme antes de que se me coman.

-Así está bien, Dora dura. Lleva siempre contigo una guardia de honor. Si tienes que caer cae luchando. La importancia de tu guardia de honor determina tu lugar en el infierno.

-Si querido. Estoy segura de que el infierno ha de gustarme si tú también estás en él.-Dio media vuelta y fue a recoger sus armas.

-¡Sí, claro que estaré allí! No pueden llevarme a ningún otro sitio. ¡Dora! Cuando te pongas el cinto, quítate el sombrero y las botas... y ponte los rubíes. Póntelos todos.

Ella se detuvo con un pie en el estribo del carromato.

-¿Mis rubíes, cielo? ¿Aquí en la pradera?

-Lil, Larga, esos rubíes los compré para que te los pusieras y así poder contemplarte llevándolos.

Ella le envió una sonrisa que convirtió en luz su expresión habitualmente seria, saltó al carro y desapareció dentro de él. Al poco rato salía llevando el cinto y las piedras preciosas; se

había entretenido unos instantes en peinar su larga y resplandeciente cabellera castaño oscuro. No se notaba que no había podido darse un baño desde hacia más de dos semanas, ni ello disminuía en nada su cautivadora hermosura juvenil. Se detuvo en el estribo y le sonrió.

-¡Ahí, quieta! -dijo Smith-. ¡Perfecto! Dora, eres lo más maravilloso que he visto desde el día que nací.

Ella le regaló otra sonrisa.

-No me lo creo marido... pero ojalá no dejes nunca de decirlo.

-Yo no sé mentir, señora. Lo digo porque es la pura verdad. ¿Qué decías del gallo ?

-¡Ah sí! ¡Vaya con el monstruo, si será malo! Decía que ha estado rompiendo huevos a propósito; esta vez le he cogido. Los estaba picando, ¡dos huevos recién puestos, rotos!

-Privilegio real, querida. Espero que en esos huevos no viniera un gallo.

-¡Le retorceré el pescuezo! Si tuviéramos fuego lo haría ahora mismo. Estaba buscando qué podríamos comer sin abrir nada que no esté abierto, y se me ha ocurrido que mezclando galletas saladas con pedacitos con huevos frescos tendríamos casi una comida normal. Pero hoy sólo había tres huevos y él ha estropeado los dos que han puesto sus gallinas. Yo había puesto mucha hierba en las dos jaulas; el que había al otro lado ni siquiera estaba cascado. Maldito bicho. ¿Por qué tenemos dos gallos, Woodrow?

-Por la misma razón por la que yo llevo dos cuchillos. Mira cielo: cuando hayamos llegado y tengamos más gallos, tan pronto hayan crecido lo suficiente para que yo pueda permitirme prescindir de uno, prepararemos un pollo con guarnición con él como invitado de honor. Antes, no.

-Pero no podemos dejar que siga rompiendo huevos. Hoy sólo comeremos queso y galletas, a no ser que quieras que abra algo.

-No hay que apresurarse. Fritz y Lady Macbeth están intentando avistar algo. Espero que sea una cabra de la pradera. Si no, corretón.

-Pero tú has dicho que no puedo asar carne. ¿O no lo has dicho?

-Cruda, querida. Pierna de cabra de la pradera, trinchada muy fino y extendida sobre galletas. Filete tártaro "Nuevos Albores". Es muy sabroso, casi tan sabroso como la carne de muchacha -comentó, emitiendo un chasquido con los labios.

-Muy bien... si tú puedes comerlo, yo también puedo. Pero nunca sé si hablas en serio o en broma, Woodrow.

-Sobre la comida o las mujeres nunca hablo en broma, Adorada; son temas sagrados.- Volvió a mirarla de pies a cabeza-. Hablando de mujeres, cielo, vestirte de rubíes es una idea perfecta. Pero ¿por qué llevas un brazalete en el tobillo?

-Porque usted me dio tres, señor, además de los anillos y el colgante. Y me ha dicho que me los ponga "todos".

-Así es. ¿De dónde ha salido éste?

-¡Eh, esto no es ningún rubí! ¡Soy yo!

-Pues parece un rubí. Aquí hay otro igual.

-¡Ay! ¿No será mejor que me los quite? Así no se pierden. ¿O primero hay que dar de beber a las mulas?

-¿Antes de comer?

-Pues... Si, eso, antes. Tengo un caprichito.

-Habla claro, Dorita. Dile al tío Gibbie lo que quieres.

-Yo no soy "Dorita". Soy Lil la Larga, la moza más caliente que hay de Separation para abajo. Tú mismo lo has dicho. Tengo mal genio, digo palabrotas, escupo de canto y soy la fulana de Lazarus Long, Supersemental de las Estrellas y mejor que seis hombres juntos... y sabes tan bien como yo lo que quiero, y como me vuelvas a pellizcar los pezones, te tumbo de espaldas y lo hago todo yo. Pero me parece que habrá que darles agua a las mulas.

Estar cerca de Dora fue siempre una cosa estupenda, Minerva.

No era por su belleza física... que en modo alguno era nada extraordinario según los criterios habituales, aunque a mí me parecía una hermosura. Tampoco era por su entusiasmo por compartir el "Eros", y sentía por ello verdadero entusiasmo: siempre estaba dispuesta y nunca se hacía de rogar. Y era muy diestra, y cada vez lo fue más. El sexo es un arte que se aprende, igual que el patinar sobre hielo, caminar por la cuerda floja o saltar del trampolín; no es instinto. Sí, es cierto que una pareja de animales copula por instinto, pero hace falta talento y voluntad para convertir la cópula en un arte elevado y vital. Dora sobresalía en él, y cada vez fue mejor; siempre estaba ávida de aprender, libre de tabúes o prejuicios estúpidos, deseosa y paciente al poner en práctica todo lo que aprendía o le enseñaban... y a todo ello añadía esa cualidad espiritual que convierte un ejercicio sudoroso en un sacramento vivo.

Pero el amor es algo que se mantiene incluso cuando no estás caliente, Minerva.

Dora era siempre una excelente compañía, pero cuanto más duras se ponían las cosas, mejor compañera resultaba. Bien, sí, le inquietó lo de los huevos rotos porque el gallinero era responsabilidad de ella, pero nunca se quejó de sed. En vez de importunarme para que hiciera algo con aquel gallo, dio con lo que había que hacer y lo hizo: puso a todas las gallinas con el otro, le trabó las patas al rompehuevos y le inmovilizó mientras corría la separación que había entre las dos jaulas: así, el gallo joven quedó aislado y ya no perdimos más huevos.

Pero lo más duro aún estaba por llegar: ella no se mostró en absoluto atemorizada durante aquellas etapas, ni se encogió cuando no tuve tiempo de explicarle lo que debía hacer. Gran parte del recorrido era una pura agonía, Minerva, y en otras surgían peligros

inesperados que podían representar una muerte rápida. En aquellos tramos tuvo una paciencia inagotable y nunca perdió la cabeza; en éstos me ayudó mucho. Tú eres una chica

enormemente instruida, querida, pero eres de ciudad y siempre has estado en un planeta civilizado; quizá será mejor que te explique algunas cosas.

Es posible que te hayas venido preguntando: "¿Era necesario este viaje?" Y en tal caso, ¿por qué hacerlo de la forma más difícil?

En cuanto a si era necesario... Habiendo hecho algo que un Howard no debe hacer nunca, o sea, casarse con una efímera, yo tenia tres opciones:

Llevarla a vivir entre los Howard. Dora lo rechazó, aunque yo habría tratado de disuadirla si hubiera dicho que sí. Lo más seguro es que un efímero que viva entre longevos acabe en un estado de depresión y se suicide; ya lo comprobé con mi amigo Slayton Ford y desde entonces lo he visto muchas otras veces. No deseaba que a Dora le ocurriese lo mismo. Tanto si tenia que vivir diez años como cien, lo que yo quería era que los disfrutara.

También podíamos quedarnos en El Primer Dólar, o lo que era lo mismo, cerca de uno de los pueblecitos de la pequeña parte de aquel planeta que estaba colonizada por aquel entonces. Estuve a punto de decidirme por esto, puesto que el "truquito de Bill Smith" nos lo permitiría hacer durante un tiempo.

Pero sólo durante poco tiempo. Los pocos Howard que había en Nuevos Albores -los Magee y otras tres familias, que yo recuerde- habían venido de incógnito -"de mascarada", en el argot de los Howard- y gracias a estratagemas bastante simples lograron componérselas para que no les descubrieran. La abuela Magee pudo "morir" y luego presentarse como "Deborah Simpson" en otra casa Howard. Cuanta más gente hubo en el planeta, más fácil resultaba hacerlo, en especial después de la llegada de la cuarta oleada de inmigrantes, todos ellos hibernados durante el viaje y por lo tanto sin oportunidad de conocerse unos a otros.

Pero "Bill Smith" estaba casado con una efímera. Si me quedaba cerca de las zonas colonizadas, tendría que poner mucho cuidado en teñirme el pelo, no sólo el de la cabeza, sino el de todo el cuerpo, no fuera que por algún accidente me pillaran en falso, y tratar de "envejecer" tan deprisa como mi esposa. Peor aún: me vería obligado a evitar a las personas que hubieran conocido bien a "Ernest Gibbons", es decir, a la mayor parte de los del Primer Dólar, pues si no lo hacía alguien vería mi perfil o bien oiría mi voz y empezaría a sospechar algo, ya que no tenía modo de hacerme cirugía estética ni nada parecido. En otras ocasiones, cuando se me hizo necesario cambiar de nombre y de identidad, cambié además de domicilio, pues esa era la única forma segura de hacerlo. A mi ni la cirugía plástica me ayuda a ocultarme durante mucho tiempo: me regenero demasiado rápidamente. Una vez hice que me achataran la nariz (si no lo hacia lo más probable era que me cortaran el cuello de un tajo); a los diez años la tenía igual que ahora, grande y fea.

No es que me inquietara demasiado la posibilidad de que descubrieran que soy un Howard. Pero si tenia que vivir en plan de "mascarada", cuanto más recurriera a esos trucos cosméticos más le restregaría por la nariz a Dora la evidencia de que yo era diferente a ella... diferente de la forma más lamentable, la de un marido que vive a una velocidad distinta de la de su mujer.

Me pareció que la única forma de darle a mi nueva esposa una vida decente era llevarla lejos de ambos tipos de gente, la de vida larga y la de vida corta, donde yo pudiera dejar de fingir y los dos pudiéramos olvidarnos de la diferencia y ser felices. Así pues, determiné llevármela bien lejos, fuera del contacto con la gente; lo decidí antes de volver al pueblo el mismo día que nos casamos. Parecía la mejor respuesta a una situación que de otro modo se

haría imposible y no tan irreversible como un salto en paracaídas. Si se sentía sola, si llegaba a odiar la simple visión de mi repulsiva estampa, podía llevarla de nuevo a las colonias y ella seria aún lo bastante joven como para encontrar otro marido. No descartaba tal posibilidad, Minerva, puesto que algunas de mis esposas se habían cansado de mí bastante pronto. Lo tenia acordado con Zack Briggs, y al mismo tiempo había dispuesto las cosas para que John Magee hiciera de enlace con Zack, y que Zack le preguntase a John qué había sido de "Bill Smith" y la maestrita. Quizás algún día necesitaría yo que me llevara a otro planeta.

¿Por qué no hice que Zack nos dejara en el punto del mapa que yo había elegido como nuestro probable lugar de asentamiento, con todo lo que necesitaríamos para empezar a trabajar la tierra, y evitar así una larga y peligrosa travesía, y no exponernos a los riesgos de la sed, los corretones, y todo lo que nos acecharía en las montañas ?

Aquello fue hace mucho, Minerva, y sólo puedo explicarlo desde el punto de vista de la tecnología de la que se disponía allí y entonces. El "Andy J." no podía aterrizar; había que subirle la carga mientras orbitaba alrededor de Secundus o de algún otro planeta desarrollado. La nave auxiliar de carga podía aterrizar en una superficie plana amplia, pero necesitaba de un sistema de radar para orientarse, y después, para despegar de nuevo, le hacían falta muchas toneladas de agua. El único vehículo del "Andy J." capaz de tomar tierra en cualquier lugar donde lo colocara un piloto experimentado era la chalupa del capitán, que podía despegar sin ayuda. Pero su capacidad de carga apenas pasaba de un par de sellos de correo, mientras que yo necesitaba mulas, arados y un montón de cosas más.

Además, para saber cómo salir de aquellas montañas necesitaba entrar en ellas. No podía llevarme allí a Dora sin tener una mínima seguridad de que podría sacarla de allí. ¡No habría sido jugar limpio! No es ningún pecado no tener madera de madre de pioneros, pero resulta trágico para el marido y la mujer si lo descubren demasiado tarde.

Así, pues, no es que lo hiciéramos de la forma más difícil: lo hicimos de la única forma posible en aquel lugar y en aquellos días. Pero jamás puse en el cálculo de la masa transportable en una nave espacial el esfuerzo de atención que dediqué a decidir qué llevar y de qué prescindir en aquella travesía. Primero, el parámetro básico: ¿cuántos carromatos formarían la caravana? Me moría de ganas de disponer de tres carros. Un tercer carro significaría comodidad para Dora, más herramientas para mí, más libros para los dos y, lo mejor de todo, una casa prefabricada de una sola habitación para proteger de los elementos a mi esposa encinta al final del viaje, sin tener que esperar.

Pero tres carromatos suponían dieciocho mulas para tirar de ellos, más las de refresco, seis por lo menos, lo cual venia a significar casi el doble de tiempo para uncir, desuncir, dar de beber y prodigar otros cuidados a los animales. Si vas añadiendo mulas y carros, llega un momento en que tu marcha se reduce a cero; no hay quien pueda con tanto trabajo. Peor todavía, en las montañas habría puntos en los que tendría que desenganchar los carros, subir el primero hasta un lugar llano, volver por el otro, subirlo... una operación que dura casi el doble para una caravana de tres carros que para una de dos, y que habría que repetir más a menudo, mucho más a menudo, con una caravana de tres que con una de dos. A ese paso tendríamos tres hijos por el camino en vez de llegar a la meta antes de nacer el primero.

Me salvó de cometer tal estupidez el hecho de que en New Pittsburgh sólo hubiera dos carros disponibles. Creo que de todas formas habría resistido a la tentación, pero en la carreta con la que salimos de El Primer Dólar llevaba herrajes para tres; gasté el que sobró en comprar otras cosas, cambiándoselo al carretero. No podía esperar a que construyera un tercer

carromato: tanto lo avanzado de la estación como lo avanzado de la gestación de Dora me imponían unos plazos que tenía que cumplir.

No importa que se utilice sólo un carromato -los carromatos han constituido el medio de transporte más habitual para migraciones largas unifamiliares desde varios siglos y en varios planetas- si se va en caravana. Yo he guiado más de una marcha de esa clase.

Pero con un carro en solitario... Cualquier accidente puede resultar catastrófico.

Dos carros permiten llevar casi el doble de cosas con las que trabajar al final del viaje, además de ofrecer una seguridad durante el trayecto. Puedes perder un carromato, cerrar filas y seguir.

En consecuencia, calculé sobre la base de dos carros, Minerva, aunque había encargado a Zack dos juegos de herrajes Conastoga y no vendieron el tercero hasta el último momento.

Lo que hay que cargar en una caravana para asegurar la supervivencia es lo siguiente:

Primero, hay que hacer una lista de todo lo que se espera necesitar y todo lo que te gustaría llevarte:

Carros, ruedas de recambio, ejes de recambio.

Mulas, arreos, herrajes sobrantes y correas para arreos, sillas de montar.

Agua.

Comida.

Ropa.

Mantas.

Armas, munición, equipo de reparaciones.

Medicamentos, drogas, instrumental quirúrgico, vendas.

Libros.

Arados.

Rastra.

Rastrillo.

Palas, escarbadores, azadones, sembradoras, horcas de tres, cinco y siete puntas.

Cosechadora.

Herramientas de herrero.

Herramientas de carpintero.

Cocina económica.

Inodoro con depósito incorporado.

Lámparas de aceite.

Molino de viento y bomba.

Sierra de propulsión por viento.

Herramientas de guarnicionero.

Mesa, cama, sillas, platos, sartenes, cazos, cacharros de cocina y de mesa.

Prismáticos, microscopio, equipo para análisis de aguas.

Piedra de amolar.

Carretilla.

Mantequera.

Cubos, cedazos, cacharros metálicos surtidos.

Vaca lechera y toro.

Gallinas y pollos.

Sal para ganado y de cocina.

Levadura en paquetes, fermentos.

Semillas de varias clases.

Triturador de grano, picador de carne.

No te detengas ahí; piensa a lo grande. No importa que ya hayas sobrecargado una caravana mucho más larga. Busca en tu imaginación, repasa los anuncios del "Andy J.", busca por la propia nave, date una vuelta por el almacén de Rick, habla con John Magee y echa un vistazo a su casa, la granja y los edificios cercanos... Si ahora olvidas algo no podrás volver por ello.

Instrumentos musicales, artículos de escritorio, diarios, calendarios.

Ropa de niño, canastilla.

Rueca, telar, bolsa de costura. ¡Ovejas!

Materiales y herramientas de curtidor.

Relojes .

Plantas de raíz, semillas de árboles frutales, otras.

Etc., etc., etc.

Ahora empieza a recortar, empieza a cambiar cosas, empieza a calcular pesos.

Descarta el toro, la vaca, las ovejas. Pon en su lugar cabras de pelo lo bastante largo como para que valga la pena esquilarlas. ¡Eh, te has olvidado de las tijeras de esquilar!

La herrería no se descarta pero queda reducida a un yunque y el mínimo de herramientas. Si necesitas un fuelle, te lo construyes luego. Por regla general hay que descartar todo lo que sea de madera, aunque hay que llevarse un pequeño surtido de piezas de hierro forjado, por pesado que parezca; harás cosas que no creías poder hacer.

La cosechadora queda en una guadaña con mango y armadura, y tres hojas de repuesto. Tacha la rastra.

El molino de viento se queda, y también la sierra mecánica (¡sorpresa!) pero únicamente como utillaje mínimo; tardarás en poder construirlos.

Libros... ¿Sin cuáles puedes vivir, Dora?

Reduce a la mitad el surtido de ropa, dobla el de zapatos, pon más botas y no te olvides del calzado de niño. Sí, sé hacer mocasines, botas de esquimal y todo eso; añade cordel encerado. Sí, necesitamos aparejos de poleas y las mejores cuerdas que podamos comprar, o nos quedaremos en el paso. El dinero es lo de menos; lo que cuenta es el peso y el volumen. Toda nuestra riqueza la constituye lo que las mulas puedan arrastrar a través del desfiladero.

Fue una suerte para mi y para Dora, Minerva, que aquélla fuese mi sexta aventura colonizadora, que yo hubiera ideado la forma de cargar naves espaciales muchos años antes de cargar un carro cubierto, porque los principios son los mismos; las naves espaciales son los carros cubiertos de la galaxia. Limítate al peso que las mulas pueden arrastrar y quítale un diez por ciento, aunque te duela; un eje partido, cuando no puedes cambiarlo, es tan mala cosa como un pescuezo partido.

A continuación, añade agua hasta que dé el noventa y cinco por ciento; la carga de agua disminuye por días.

¡Agujas de hacer calceta! ¿Sabe Dora hacer calceta? Si no sabe, enséñale. Yo he pasado más de una de mis horas de soledad en el espacio haciendo jerseys y calcetines. ¿Lana? Pasará mucho tiempo antes de que Dora pueda sacar lana buena de los mechones de pelo de cabra... y puede tejer para el niño durante el viaje. Tenla contenta. Las madejas no pesan mucho. Las agujas de madera se pueden hacer a mano; incluso puedes fabricar ganchillos con sobrantes de metal. Pero coge ambas cosas del almacén de Rick.

¡Dios mío, por poco se me olvida el hacha!

Cabezas de hacha y un mango, zapapico... Añadí, recorté, descarté, y pesé todos los artículos que había en New Pittsburgh, Minerva, y apenas habíamos cubierto tres kilómetros camino de Separation cuando descubrí que llevábamos exceso de carga. Aquella noche paramos en la cabaña de un colono, y le cambié mi yunque nuevo de treinta kilos por uno de quince, añadiendo una libra de carne de mi pecho para completar la medida. Me desprendí de

Librodot

otros objetos pesados que luego echaríamos en falta a cambio de un jamón ahumado y unas piezas de tocino y más grano para las mulas; esto último como raciones de emergencia.

En Separation volvimos a aligerar la carga, y cambié parte de ella por otro barril, que llené, pues ahora tenía sitio para otro y sabía que un exceso de peso de agua es algo que se corrige solo.

Creo que ese barril suplementario nos salvó la vida.

La mancha verde que Lazarus-Woodrow había señalado cerca del Paso Desesperado resultó estar más lejos, en tiempo de viaje, de lo que esperaba. El último día de su pugna por aproximarse a él, hombres y mulas no habían bebido nada desde la mañana anterior. Smith se sentía medio mareado; las mulas apenas servían para nada: andaban a paso lento y con la cabeza gacha.

Dora quería detenerse a beber cuando lo hiciera su marido. Éste le dijo:

-Escucha, niña tonta: tú estás encinta, ¿comprendes? ¿O tengo que hincharte un ojo para que te convenzas? Cuando dimos de beber a las mulas aparté cuatro litros, ya lo viste.

-Yo no necesito cuatro litros, Woodrow.

-A callar. Son para ti, para la cabra y para las gallinas. Y los gatos; los gatos no beben mucho, Adorada; esos cuatro litros, repartidos entre dieciséis mulas, no son nada, pero a ti y a las otras sabandijas os van a servir de mucho.

-Si, señor. Y la señora Porky, ¿qué?

-¡Ah, si, la maldita marrana! En fin... esta noche, cuando hagamos alto, le daré medio litro. Lo haré yo: igual le da por derramarlo y arrancarte un dedo de un mordisco, con el humor que trae. Y también te daré de beber a ti: mediré la cantidad y te la beberás delante de mí.

Pero después de un largo día, una noche en blanco y encima otro día inacabable, llegaron por fin a los primeros árboles. Casi parecía hacer frío, y Smith creyó olfatear agua en alguna parte. Pero no la veía.

-¡Buck! ¡Eh, Buck, en círculo!

El mulo jefe no respondió: no había dicho palabra en todo el día. Pero guió a la columna hasta formar circulo, puso los carros en ángulo y condujo al par de cabeza hasta la "V" que formaban para que los desuncieran.

Smith llamó a los perros y les ordenó buscar agua; acto seguido empezó a desenganchar. Su mujer se le unió en silencio, atendiendo a la mula de la derecha de cada par mientras Smith soltaba a la de la izquierda. Él le agradeció interiormente aquel silencio. Dora, pensó, poseía un poder telepático para captar los sentimientos.

Ahora veamos: si yo fuese agua y anduviera por aquí, ¿dónde me escondería? ¿Habrá que recurrir a la brujería para dar con ella, o buscar primero a flor de tierra? Estaba casi seguro de que de aquella arboleda no salía ninguna corriente de agua, pero no podía decirlo sin antes explorar toda la vertiente. ¿Y si ensillase a Beulah? No, Beulah aún estaba peor que él, con mucho. Empezó a desenrollar los tramos de vallado desde los costados del segundo carromato.

Hacia tres días que no veía un corretón, lo que venia a significar que faltaban tres días menos para su siguiente problema con las alimañas.

-Dora, si te ves con ánimos, puedes echarme una mano.

Ella no comentó el detalle de que su marido nunca hasta entonces le hubiera pedido ayuda para levantar la cerca; le inquietaba verle tan agotado. Pensó en el cuarto de litro de agua que había escatimado y escondido: ¿cómo podría persuadirle para que se lo

bebiera?

Apenas habían terminado cuando Fritz lanzó en la lejanía un aullido de excitación.

Era una charca, Minerva: un hilo de agua que manaba de una pared de roca, corría un par de metros y formaba una laguna sin salida. Mejor dicho, sin salida en aquella época del año, pues pude ver por dónde rebosaba en la temporada de lluvias. También vi muchas huellas de animales: rastros de corretón y de cabra de la pradera, y otras que no supe identificar. Me daba la impresión de que unos ojos me observaban, y deseé tener ojos en la nuca. Cerca de la fuente estaba más bien oscuro; los árboles y los matorrales formaban una espesura y el sol empezaba a caer.

Me encontraba en un dilema. No sabia cómo explicar que ninguna de las mulas sueltas hubiera localizado aquella charca al mismo tiempo o antes que los perros; las mulas huelen el agua. Lo cierto es que pronto las tendría allí, y no quería que bebieran demasiado deprisa. Aun con lo sensatas que son, si tienen mucha sed beben demasiado aprisa y en exceso. Aquellas mulas estaban extremadamente sedientas; quería vigilarlas una por una mientras abrevaban, sin que se desplomaran.

Además, no quería que chapotearan en el agua: estaba clara y parecía limpia.

Los perros terminaron de beber. Miré a Fritz; hubiera deseado que supiera hablar como una mula. ¿Tendría algo para escribir? Nada. Si le dijera que trajese a Dora, Fritz lo intentaría pero ella ¿vendría? Le había dicho que no se moviera del cercado hasta mi vuelta. Yo no tenía la cabeza demasiado clara, Minerva: el calor y la falta de agua habían podido conmigo. Debí dejarle a Dora algunas instrucciones complementarias, puesto que si yo tardaba en regresar y empezaba a anochecer, ella vendría a buscarme de todas formas.

¡Y diablos, ni siquiera me había traído un cubo!

En esto, por lo menos tuve el seso suficiente para agacharme y beber un par de sorbos en la palma de la mano, a la manera de Gedeón. Aquello pareció aclararme algo la cabeza.

Me solté las correas de los zahones, me quité la camisa, la empapé en agua y se la di a Fritz.

-¡Busca a Dora! ¡Trae a Dora! ¡Rápido!

Debió de pensar que me había vuelto loco, pero se fue, arrastrando la camisa mojada.

Entonces se presentó la primera mula -¡el viejo Buck, Alá sea alabado!- y estropeé un sombrero.

Era un sombrero que Zack me había traído como regalo. Decían que era un sombrero para todo tiempo, tan poroso que dejaba pasar el aire y tan impermeable que en pleno chaparrón te conservaba seca la cabeza. La primera afirmación era moderadamente cierta, no tuve ocasión de verificar la segunda.

Buck resopló y se lanzó hacia el agua sin duda para meterse en ella hasta las rodillas; le detuve. Entonces se la ofrecí en el sombrero. Y otra vez. Y otra.

-Basta por ahora, Buck. Llama a reunión. Llamada para beber.

Ahora, con el gaznate mojado, ya podía hacerlo. Trompeteó un bramido en el lenguaje de las mulas, no en inglés; no pienso tratar de reproducirlo, pero quería decir "Alinearse para beber" y nada más. Otro bramido distinto significaba "A formar para uncirse".

Enseguida me vi tratando de componérmelas con una docena larga de mulas enloquecidas por la sed. Pero entre yo, Buck, Beulah, que era una especie de cabo de cuadrilla de Buck, Lady Macbeth, que también solía auxiliar a Buck... y un sombrero que de impermeable no tenía nada, lo conseguimos. Nunca supe cómo se establecía la jerarquía de edad entre las mulas pero éstas la conocían. Buck lo hacia respetar y las voces de mando para beber siempre acababan con las mulas puestas en fila en el mismo orden, y ¡ay del jovencito que intentara colarse! Lo menos que podía esperar era un mordisco en la oreja.

Cuando la última mula hubo recibido su ración de agua, mi sombrero estaba hecho un desastre. Pero llegó Dora con Fritz, llevando en la mano derecha una pistola lanzaagujas y -¡aleluya!- dos cubos en la izquierda.

-¡Llamada para beber! -indiqué a mi sargento jefe-. ¡Mándales formar otra vez, Buck !

Con dos cubos y trabajando los dos a la vez conseguimos meter un cubo de agua en la panza de cada mula casi en un periquete. Acto seguido recuperé mi camisa, fregué los baldes por encima, los llené y anuncié una tercera llamada a beber, diciéndole a Buck que podía dejarles abrevar en la charca.

Así lo hizo, pero manteniendo la disciplina. Cuando Dora y yo nos alejamos, llevando cada cual un cubo lleno en una mano y una pistola en la otra, Buck seguía ordenando a sus compañeros que bebieran de uno en uno, por orden de veteranía.

Ya casi se ponía el sol cuando Dora, yo y los perros llegamos a los carromatos, y casi era de noche cuando terminamos de dar de beber a cabras, cerdos, gatos y gallinas. Entonces celebramos el acontecimiento. Te lo juro, Minerva: con el medio cubo de agua

que nos reservamos, Dora y yo agarramos una curda de aquí te espero.

A pesar de haber decidido anteriormente que no pararíamos antes del paso, vivaqueamos allí tres días. Fueron tres días muy provechosos. Las mulas pastaron abundantemente y se llenaron a tope de agua y forraje. Cacé una cabra de la pradera junto al estanque; lo que no nos pudimos comer lo cortamos en lonchas para hacer cecina. Llené todos los barriles, lo cual resultó más difícil de lo que parece puesto que Buck y yo tuvimos que allanar el camino hasta la charca y llevar los carros hasta allí de uno en uno. Se me fue un día y medio en ello.

Pero habíamos cocinado carne fresca y todo lo que podíamos comer... ¡Y nos dimos baños calientes! Con jabón y champú. Y me afeité. Yo llevaba la tina de Dora hasta la charca,

ella cogía un cubo, encendíamos una hoguera y por turnos nos quitábamos la tierra de las orejas; uno vigilaba mientras el otro se bañaba.

Cuando nos dirigíamos hacia el paso la mañana del cuarto día, Dora y yo no sólo estábamos en plena forma, sino que olíamos la mar de bien y no cesábamos de repetírnoslo; nos sentíamos muy animados.

Ya no volvimos a ir escasos de agua. En algún lugar por encima de nuestras cabezas había nieve; se notaba en el viento, y de vez en cuando divisábamos una mancha blanca entre dos picos. Cuanto más subíamos, más a menudo encontrábamos arroyuelos que en aquel año tan seco nunca llegaban a la pradera. El pasto era fresco y bueno.

Nos detuvimos en una montaña cercana al paso. Allí dejé a Dora con los carros y las mulas, y con instrucciones precisas acerca de lo que debía hacer en el caso de que yo no regresara.

-Espero estar de vuelta para cuando anochezca. Si no regreso, puedes esperarme una semana. Más, no. ¿Entendido?

-Entendido.

-Muy bien. Cuando termine la semana, aligera el primer carro tirando todo aquello de lo que puedas prescindir durante una larga travesía. Pon toda la comida en ese carro, vacía los barriles en el segundo y colócalos en el primero, suelta la cerda y las gallinas y regresa. Llena los barriles en el arroyo que hemos cruzado esta mañana. Después de eso, no te detengas por nada; marcha sin parar desde el alba hasta el anochecer. Llegarás a Separation en la mitad del tiempo que nos costó llegar hasta aquí. ¿De acuerdo?

-No, señor

Unos siglos antes habría empezado a sulfurarme, Minerva, pero había aprendido. Tardé una décima de segundo en comprender que no lograría que hiciera nada, si yo faltaba, y que una promesa hecha por la fuerza no valía.

-Muy bien, Dora, dime por qué no y qué te propones hacer en lugar de eso. Si no me gusta, es posible que demos media vuelta y nos vayamos para Separation.

-Aunque no lo digas, Woodrow, me estás pidiendo que haga lo que debería hacer, y haría, si me hubiera quedado viuda.

-Sí, tienes razón -concedí-. Si después de una semana no he vuelto, queridísima, es que te has quedado viuda. De eso no hay la menor duda.

-Lo comprendo. También comprendo por qué dejas los carros aquí: no tienes la seguridad de poder dar media vuelta con ellos ahí arriba.

-Sí. Eso fue probablemente lo que les ocurrió a expediciones anteriores: llegaban a un lugar del que no podían pasar y en el que no podían dar media vuelta. Entonces intentaban una de las dos cosas y les salía mal.

-Sí, eso sería. Pero tú sólo te propones estar ausente un día, amado esposo: medio día para ir y medio para volver. No aceptaré que estés muerto, Woodrow. ¡No podré! -Me miró a

los ojos conteniendo las lágrimas-. Necesito ver tu cadáver, necesito estar segura de tu muerte. Si lo estoy, volveré a Separation con toda la prisa y todas las precauciones posibles. Luego iré con los Magee, como me dijiste, y daré a luz a tu hijo, y le educaré para que se parezca a su padre tanto como sea posible. Pero necesito saber que has muerto.

-¡Dora, Dora! Al cabo de una semana lo sabrás. No te hará falta buscar mis huesos.

-¿Me deja terminar, señor? Si esta noche no has vuelto, me quedo sola. Al amanecer salgo montada en Betty, llevando otra montura. Y por la tarde regreso.

"Posiblemente, si no logro encontrarte, localizaré algún punto más elevado al que pueda llevar un carro y retroceder si hace falta. Si doy con ese lugar, subiré a él con un carromato que utilizaré como base para buscar más arriba. Podría haberte perdido el rastro. O acaso haber seguido un rastro de mulas, sin que tú fueras en mula. Sea como sea, buscaré una y otra vez, ¡hasta que no quede ninguna esperanza! Entonces... iré a Separation con toda la velocidad de la que esas mulas sean capaces.

"Pero si estás vivo, querido... quizá con una pierna rota, pero vivo... y si aún dispones de un cuchillo o de tus manos, no creo que ningún corretón ni nada parecido pueda matarte. Si estás vivo, te encontraré. ¡Te encontraré!

En consecuencia, cedí. Puse mi reloj en hora con el de ella y convinimos la hora a que debía regresar. Acto seguido, Buck y yo (yo a lomos de Beulah) salimos de exploración.

Por lo menos cuatro expediciones se habían aventurado por aquel paso, Minerva; ninguna de ellas había regresado. Estoy casi convencido de que todas ellas sucumbieron por tener demasiados deseos de atravesarlo, por carecer de paciencia y no avenirse a retroceder cuando el riesgo se hizo excesivo.

Paciencia no me falta; he aprendido a tenerla. Puede que los siglos no le den a uno la sabiduría, pero si no adquiere paciencia no llega a cumplir muchos. Aquella primera mañana encontramos el primero de los puntos que eran demasiado estrechos. Sí, alguien había barrenado el paso y probablemente salió de él, pero todavía era demasiado angosto para ofrecer seguridad, así es que lo dinamité un poco más. Nadie que esté en su sano juicio se va a la montaña en carro sin llevarse dinamita o algo por el estilo; no puedes ponerte a rascar una roca con un palillo, o con un pico, sin exponerte a seguir en ello cuando lleguen las nieves.

Yo no utilizaba dinamita. Con unas mínimas nociones de química se puede preparar dinamita y pólvora negra, es cierto; tenía pensado preparar ambas cosas, pero más tarde. Lo que llevaba conmigo era una gelatina explosiva más flexible y más eficaz, que además era insensible a las sacudidas y por ello resultaba perfectamente segura si se la transportaba en un carro o en las alforjas.

Coloqué la primera carga en una grieta en la que calculé que tendría mayor efecto y puse la mecha pero no la prendí. Luego llevé las dos mulas detrás de un recodo y utilicé al máximo mi capacidad histriónica para explicar a Buck y Beulah que iban a oír un ruido muy fuerte, un ¡bum!, pero que no podía ocurrirles nada, así que no debían inquietarse. Volví al lugar, prendí la mecha y regresé junto a ellos a todo correr, con el tiempo justo de rodearles el cuello con los brazos y consultar mi reloj.

-¡Ahora!- grité, y la montaña me devolvió un ¡ Barrabum !

Beulah se estremeció pero siguió firme. Buck dijo en tono de interrogación:

-¿Buuum?

Asentí. Él hizo lo propio y volvió a mordisquear algunas hojas.

Fuimos los tres camino arriba y echamos una ojeada. Ahora el paso aparecía amplio y despejado. No muy llano, pero de eso se encargaron tres cargas pequeñas.

-¿Qué opinas, Buck?

El animal miró cuidadosamente camino arriba y camino abajo.

-¿Zzdos carross?

-Uno.

-Essdá bien.

Exploramos un poco más allá y calculamos el trabajo que habría que hacer al día siguiente; salí a la hora convenida y llegué a casa antes de lo previsto.

Tardé una semana en abrir dos kilómetros de camino seguro hasta otra elevación, en la que había una hondonada cubierta de hierba bastante amplia para maniobrar con un carro. Entonces tardamos un día entero en trasladar los carros, de uno en uno, a la nueva base. Alguien había llegado antes hasta allí; encontré una rueda de carro rota. Guardé la llanta de hierro y el cubo. Así seguimos, día tras día, con tediosa lentitud, hasta que por fin dejamos atrás el paso y empezamos a bajar.

Pero aquello era peor. El río que yo estaba seguro de encontrar allí, de acuerdo con los mapas fotográficos espaciales, estaba muy abajo, y todavía teníamos que recorrer un largo, larguísimo camino de descenso, y seguir su curso durante un gran trecho antes de alcanzar el lugar en el que la garganta se abría en un valle apto para establecerse en él. Más barrenos, mucho trabajo de desbroce y alguna que otra vez tuve que dinamitar árboles. Pero lo peor era sujetar los carros mientras se deslizaban por los tramos de mayor pendiente. Las cuestas muy empinadas no me inquietaban (aún las hubo); un tiro de doce mulas es capaz de arrastrar un carro hasta la cima de cualquier cuesta en la que pueda hincar los cascos. Pero cuesta abajo...

Aquellos carros tenían freno, claro está. Pero si la pendiente es fuerte, el carro resbala y se despeña, con mulas y todo.

No podía permitir que ello sucediera ni una sola vez. Ni siquiera podía exponerme a que sucediera. Podíamos perder un carro y seis mulas y seguir adelante, pero no era cosa de perderme a mí. (Dora no iría en el carro.) Si perdía el control del vehículo, mis posibilidades de saltar a tiempo eran... así, así.

Si la bajada era lo bastante pronunciada como para inspirarme e! menor asomo de duda sobre si podría retenerlo con el freno, lo hacíamos de forma más complicada: utilizábamos la cuerda importada tan cara para resolver aquellos trances apurados. La desenrollaba completamente para que corriera sin dificultad, pasaba un cabo alrededor de un árbol bastante fuerte para resistir todo el peso, dándole tres vueltas, y ataba el otro al eje trasero del carromato. Entonces hacía que cuatro de nuestras mulas más robustas (Ken y Daisy, Beau y

Belle) bajaran el carro (sin conductor) a paso lento, siguiendo a Buck, mientras yo mantenía la tensión de la soga, soltándola muy despacio.

Si el terreno lo permitía, Dora y Betty se situaban a mitad de bajada para transmitir las órdenes a Buck. Pero no las dejaba situarse dentro del camino, pues si la cuerda se hubiese roto habría restallado como un látigo. Así, casi la mitad de las veces Buck y yo actuábamos sin enlaces, haciendo las cosas a paso de tortuga y según su juicio.

Si no había en lugar adecuado un árbol fiable para usarlo como ancla -y me parece que éste fue el caso la mayoría de las veces-, teníamos que esperar hasta que se me ocurría algo: una especie de cabestrillo entre dos árboles y un tirante hasta un tercero, anclar todo el conjunto en una roca pelada con ayuda de pitones clavados en ella... Todas estas soluciones me hacían muy poca gracia, pues yo tenía que hacer de freno en el eje posterior del carro, a pie, y que Dios nos cogiera confesados si tropezaba. Además, a eso seguía siempre la tediosa tarea de recuperar los pitones, y cuanto más dura la roca, tanto más fatigoso era el trabajo de desclavarlos; y debía recuperarlos: los necesitaría más adelante.

A veces no había árboles ni rocas. Una vez utilizamos como ancla una docena de mulas puestas mirando camino arriba, con Dora calmándolas y yo frenando el carro desde el eje trasero mientras Buck vigilaba la marcha.

En la pradera cubríamos a menudo treinta kilómetros en un día. Una vez dejamos atrás el Paso Desesperado y emprendimos el descenso por la garganta, la distancia que recorríamos podía ir de cero kilómetros en un día, mientras yo preparaba el terreno, hasta unos diez si no había pendientes que exigieran descender con cuerdas. Yo sólo seguía una regla inviolable: antes de tocar un carro, había que tener perfectamente preparado el terreno que separaba una base de maniobras de la siguiente.

Era recondenadamente lento, Minerva; tanto que las fechas de mi "calendario" se me echaron encima: la puerca parió, y aún no habíamos salido de las montañas.

No recuerdo haber tomado nunca una decisión más difícil. Dora se hallaba en muy buen estado, pero ya andaba por la mitad de su embarazo. ¿Qué había que hacer: dar media vuelta, o seguir con la esperanza de alcanzar un terreno más bajo y llano antes de que le llegara el momento? ¿Cuál de las dos posibilidades sería mejor para ella?

Debía consultárselo, pero debía decidir yo. La responsabilidad no puede compartirse. Sabía a favor de qué iba a votar ella antes de plantearle siquiera la cuestión: seguir.

Pero ello podía deberse simplemente a su valentía; el que tenía experiencia tanto en travesías por terreno virgen como en partos era yo.

Volví a examinar los fotomapas sin descubrir nada nuevo. Algo más adelante, la garganta se abría en un amplio valle fluvial, pero ¿a qué distancia? Lo ignoraba, porque ignoraba dónde nos hallábamos. Habíamos iniciado la marcha con un odómetro instalado en la rueda posterior derecha del carro de cabeza, pero duró un par de días: alguna roca lo debió romper. Ni siquiera sabía qué altitud habíamos perdido desde el paso, o cuánta nos quedaba hasta llegar abajo.

Animales y utillaje: regular. Habíamos perdido dos mulas. Bonita salió una noche a dar una vuelta y se rompió una pata; todo lo que pude hacer por ella fue despeñarla. No la descuarticé porque ya teníamos carne fresca y de todas formas no podía hacerlo en un lugar en el que no lo vieran las otras mulas. Una noche, John Barleycorn fue y se murió, así por las

buenas; o quizá lo mató un corretón; cuando lo encontramos, su cadáver estaba a medio devorar.

Murieron tres gallinas y dos cerditos sucumbieron, pero la madre parecía bien dispuesta a amamantar a los otros.

Sólo me quedaban dos ruedas de repuesto. Perder dos más y romper otro eje significaría abandonar un carromato.

Lo que hizo decidir fueron las ruedas.

(Omitidas siete mil palabras, aprox.; en ellas se reiteran las dificultades halladas en el descenso por la garganta.)

Cuando salimos a aquel altiplano, pudimos ver el valle abriéndose ante nosotros.

Era un valle espléndido, Minerva: verde, amplio, encantador; miles y miles de hectáreas de la mejor tierra de labor. El río de la garganta, ahora manso serpenteaba perezosamente entre dos orillas llanas. Frente a nosotros, muy a lo lejos, se alzaba un pico coronado de nieve. El límite de aquellas nieves perpetuas me permitió calcular su altura: unos seis mil metros, pues habíamos descendido a la región subtropical, y sólo una montaña muy alta podía conservar tanta nieve en un verano tan largo y tan cálido.

Aquella hermosa montaña, aquel valle de verdor lujuriante me daban la impresión de ser algo visto ya anteriormente. Lo recordé en seguida: el monte Hood, en mi tierra natal, allá en la vieja Tierra, tal como lo vi por primera vez cuando era un muchacho. Pero aquel valle y aquel pico nevado no habían sido contemplados antes por hombre alguno.

Ordené a Buck que mandara alto.

-Ya estamos en casa, Adorada. O a la vista de ella; es ahí, en algún lugar de ese valle.

-En casa -repitió-. ¡Oh, querido!

-No llores.

-¡Si no lloro! -replicó, llorando-. Pero me guardo un buen montón de lágrimas y cuando llegue el momento las soltaré.

-Muy bien, querida -concedí-. Cuando llegue el momento. Vamos a bautizar esa montaña. Le pondremos "Monte Dora".

-No, no se llama así -respondió, pensativa-. Es el Monte Esperanza. Y eso de ahí abajo es el Valle Feliz.

-Eres una sentimental incurable, Dora adorada.

-¡Mira quién habla! -Se acarició la barriga, hinchada casi al límite-. Es el Valle Feliz porque allí es donde voy a tener a este bichito hambriento... y aquél es el Monte Esperanza porque sí.

Librodot

Buck se había aproximado al primer carro esperando averiguar por qué nos habíamos detenido.

-Buck -le dije, señalándoselo-: ahí abajo está nuestro hogar. Lo hemos conseguido. Estamos en casa, muchachos. En la granja.

Buck contempló el valle.

-Essdá bien.

... mientras dormía, Minerva. No fue ningún corretón, pues en el cuerpo de Buck no había ninguna señal. Creo que fue un infarto, aunque no lo abrí para averiguarlo. Era viejo y estaba cansado, nada más. Antes de emprender el viaje, intenté dejarlo pastando con John Magee, pero Buck no quiso. Dora, Beulah y yo éramos su familia y quería venir con nosotros. Por eso le nombré jefe de las mulas y no le hice trabajar demasiado; quiero decir que nunca lo monté ni le puse los arreos. Pero sí trabajó, como mulo jefe, y gracias a su paciencia y a su buen juicio llegamos sanos y salvos al Valle Feliz. Sin él no lo habríamos conseguido.

Quizás habría podido vivir unos años más dedicado a pacer tranquilamente. O languidecer de soledad hasta morir poco después de nuestra marcha. ¿Quién sabe?

Ni siquiera consideré la posibilidad de descuartizarlo; creo que Dora habría abortado a la simple mención de semejante idea. Pero pensé que los corretones y los elementos podían dar rápida cuenta de sus restos. Por lo tanto, lo enterré.

Para enterrar una mula se necesita un hoyo enormísimo; si no hubiera habido arcillas blandas en el lecho del río, a estas horas aún estaría cavando.

Pero antes tuve que resolver algunos problemas de personal. Ken seguía a Beulah en la cola del agua y era un mulo tenaz y fuerte, que hablaba bastante bien. Por otro lado, Beulah había sido ayudante de Buck durante el viaje, pero no recuerdo que ningún tren de mulas haya estado nunca a las órdenes de una hembra.

Con el homo sapiens todo esto carecería de importancia, Minerva, al menos hoy en día y en Secundus. Pero para ciertas clases de animales la tiene. Entre los elefantes, el jefe es hembra. El jefe del gallinero es un gallo, no una gallina. El de una jauría puede ser de cualquier sexo. Con una especie en la que el sexo es lo determinante, lo mejor que puede hacer un hombre es respetar sus reglas.

Decidí ver si Beulah era capaz de desempeñar correctamente el cargo; le dije que mandara formar a los otros para uncirse. Lo hice para probarla y a la vez para tener alejadas a las mulas mientras sepultaba a Buck; estaban nerviosas e inquietas. La muerte de Buck las había alterado. Desconozco qué piensan las mulas sobre la muerte, pero no les es indiferente.

Beulah puso manos a la obra con presteza; yo observé a Kenny, que aceptó las órdenes y ocupó su puesto habitual, junto a Daisy. Una vez los tuve uncidos, Beulah era la única que iba suelta. Ahora las mulas muertas eran tres.

Le dije a Dora que quería que se alejaran unos cientos de metros. ¿Podría hacerlo, con Beulah como jefe de marcha o se sentiría más segura si lo hacía yo? Topé con un segundo problema: Dora quería estar presente cuando yo enterrase a Buck. Más aún:

-Puedo ayudarte a cavar, Woodrow. Ya sabes que Buck también era amigo mío.

-Dora -le dije-: me plegaré a cualquier antojo de una mujer embarazada excepto si se trata de algo que la perjudique.

-Pero, queridísimo, físicamente me encuentro muy bien... Sólo que siento terriblemente lo de Buck. Por eso quiero ayudar.

-Yo también creo que te encuentras muy bien, y así quiero que sigas. Me ayudarás más si te quedas en el carro. Dora, yo no dispongo de medios de cuidar de un niño prematuro, y no quiero verme obligado a enterrar a un niño además de Buck.

Se le agrandaron los ojos.

-¿Tú crees que puede pasar?

-No lo sé, cielo. He conocido a mujeres que han conservado a sus hijos a través de auténticas calamidades. A otras las he visto perder el niño sin causa aparente. Sobre esto la única norma que sigo es ésta: no hay que arriesgarse sin necesidad. Y esta vez no es necesario.

Una vez más, pues, cambiamos de planes para llegar a una solución satisfactoria para los dos, aunque se nos fue una hora en ello. Desenganché el segundo carro y volví a colocar la cerca, encerré dentro de ella a las cuatro cabras y dejé a Dora en dicho carro.

Entonces conduje el primero a unos cuatrocientos metros de distancia, desuncí las mulas y ordené a Beulah que las mantuviera juntas; dispuse que Ken y Fritz la ayudaran y me llevé a Lady Mac para vigilar por si venían corretones o cualquier otro animal. La visibilidad era buena: no había hierba alta ni maleza; el lugar parecía un parque bien cuidado. Pero yo tenía que meterme en un hoyo y no quería que ningún bicho subiera encima de mí o del carro.

-¡Lady Macbeth! ¡A vigilar! ¡Arriba!

De acuerdo con lo convenido, Dora se quedó en el carro.

Tardé todo el día en prestar el debido servicio a nuestro viejo amigo, con un alto para almorzar y algunas pausas para beber o recobrar el aliento a la sombra del carromato; pausas que compartía con Lady Macbeth, dejándola bajar cada vez que yo salía del hoyo. Además de una interrupción...

Era media tarde y yo casi había ahondado lo necesario cuando Lady Mac me alertó con un ladrido. Salí rápidamente de la fosa, con una carga en la mano, creyendo que se trataría de algún corretón.

Sólo era un dragón...

No me sorprendió demasiado, Minerva: el estado de la hierba, que de tan bien segada parecía césped, indicaba la presencia de dragones más que de cabras de la pradera. Aquellos animales no son peligrosos, a menos que a alguno le dé por atacarte. Son lentos, estúpidos y

estrictamente vegetarianos. Eso sí, son tan feos que infunden temor; parecen triceratopos de seis patas. Pero nada más. Los corretones no se metían con ellos porque morderles el caparazón no da ningún resultado.

Me reuní con Dora en el carro.

-¿Habías visto alguno antes, cielo?

-De cerca, no. Cielo santo, es enorme...

-Sí, éste es de los grandes. Pero probablemente dará media vuelta. No quiero malgastar un cartucho con él si no es imprescindible.

Pero el maldito animalejo no se alejaba. Creo que era tan idiota, Minerva, que confundía el carro con un dragón hembra. O al revés; es difícil distinguir entre machos y hembras. Pero son claramente bisexuales; dos dragones jodiendo ofrecen un espectáculo muy curioso.

Cuando estuvo a un centenar de metros, salí de la cerca y me llevé a Lady Macbeth, que temblaba de impaciencia. No sé si habría visto alguno antes; limpiamos de ellos los alrededores de El Primer Dólar mucho antes de que la parieran. Correteó en torno a él, ladrando pero sin acercarse mucho.

Yo esperaba que Lady le haría cambiar de rumbo, pero aquel aborto de rinoceronte no le hizo ningún caso: avanzaba pesadamente, con lentitud, hacia el carro. Con la pistola lanzaagujas le hice cosquillas en lo que debían de ser sus labios, para atraer su atención. Se detuvo, creo que sorprendido, y abrió las fauces. Eso era lo que yo necesitaba, pues no quería utilizar una carga explosiva máxima para perforar aquel pellejo blindado. Así es que... Carga explosiva mínima, a la boca, y tacha un dragón.

Permaneció en pie un momento y se desplomó lentamente. Llamé a Lady y regresé al cercado. Dora me esperaba.

-¿Puedo ir a verlo?

-Cariño, tendré que darme prisa si quiero enterrar a Buck antes de que oscurezca, para recoger las mulas y volver al camino. A menos que desees pasar la noche aquí, entre la tumba y el cadáver de un dragón.

No insistió, y yo volví a la tarea. Al cabo de una hora el hoyo era ya bastante ancho y profundo. Saqué un triple aparejo de poleas y lo aseguré al eje trasero del carro, até los remos de Buck, los enganché a las poleas y agarré la cuerda.

Dora había venido conmigo.

-Un momento, querido. -Se agachó para acariciar a Buck en el cuello y le besó en la frente-. Ya está, Woodrow.

Tiré de la cuerda. Por un momento creí que el carro se movería a pesar de tener puesto el freno. Buck empezó a resbalar y cayó en la fosa. Retiré el gancho y la llené con rapidez, cubriendo en veinte minutos el hoyo que había tardado casi todo el día en cavar. Dora me observaba.

Cuando terminé, le dije:

-Sube al carro, Adorada, ya está.

-Ojalá supiera pronunciar algunas palabras, Lazarus. ¿Sabes tú?

Me detuve a pensarlo. Había oído mil oraciones fúnebres. La mayor parte de ellas no me gustaron, así es que inventé una.

-Cualquiera que sea el Dios que hay aquí, que por favor cuide de esta buena persona. Lo hizo siempre lo mejor que pudo. Amén.

(Pasaje omitido.)

... ni aquellos primeros años fueron demasiado duros, puesto que el Valle Feliz daba de todo, hasta dos y tres cosechas al año. Pero debimos llamarle "Valle de los Dragones".

Los corretones ya eran malos, en especial los pequeños que cazaban en manada, los que encontramos en aquel lado de Sierra Muralla. Pero aquellos condenados dragones... Casi me volvieron loco. Cuando has perdido por cuarta vez consecutiva el mismo sembrado de patatas, la cosa empieza a cansar.

A los corretones se les puede envenenar y yo lo hacía. También los cazaba con trampas, cambiando de sistema cada vez. O poner cebos de noche y esperar tranquilamente, y cazar casi una manada entera sin hacer ruido, con la pistola de agujas. Sabía hacer muchas cosas y las hacía, y las mulas también aprendieron a protegerse de ellos, durmiendo más juntas y siempre con un ojo abierto, como las codornices o los mandriles. Cuando oía el bramido que significaba "¡Corretón!", me despertaba al instante y trataba de unirme a la diversión, pero las mulas raramente me dejaban nada; no solamente podían aplastarlos, sino que les ganaban en velocidad y cazaban a casi toda la manada cuando huía. Perdimos tres mulas y seis cabras contra los corretones, pero ellos comprendieron de qué iba la cosa y se mantuvieron apartados de nosotros.

Pero aquellos dragones... Eran demasiado grandes para ponerles trampas y además no había forma de que se tragaran el veneno; sólo querían ensalada. Pero un dragón puede causar en un trigal, en una noche, una destrucción peor que la de Sodoma y Gomorra. El

arco y las flechas no servían de nada contra ellos, y las pistolas lanzaagujas apenas les hacían cosquillas. Podía matar uno con una carga explosiva de máxima potencia, perforándole el caparazón, o con una carga pequeña si conseguía que el blanco abriera la boca. Pero a diferencia de los corretones, eran demasiado estúpidos para mantenerse alejados aun cuando fueran perdiendo.

El primer verano que pude trabajar la tierra maté a más de cien dragones tratando de salvar la cosecha... lo cual fue una derrota para mí y una victoria para ellos. No sólo por el hedor, que era espantoso (¿qué puede hacerse con unos montones de carroña tan enormes?), sino porque me estaba quedando sin cargas y ellos no parecían estar quedándose sin dragones.

No teníamos electricidad. El río Buck no llevaba bastante caudal, cuando nos establecimos, para pensar en construir un molino de agua, ni aun sacrificando un carromato para construirlo. El molino de viento que habíamos traído no era, en realidad, más que unos cuantos engranajes y algunas piezas más; el molino en sí tendría que levantarlo yo, desde las

Librodot

palas hasta la torre. Pero mientras no dispusiera de corriente eléctrica no podría recargar la baterías.

Dora lo solucionó. Todavía vivíamos en el primer habitáculo, que no era más que una alta pared de adobe que apenas daba para guardar los carros y encerrar las cabras de noche, mientras nosotros dormíamos en el primer carro con el pequeño Zack y guisábamos en una cocina holandesa de tierra. Entre el humo, las cabras, las gallinas, los malos olores que despiden los niños pequeños aunque no quieran y la letrina que tenía que haber en el interior de aquellos muros... en fin, el hedor de los dragones muertos apenas se notaba.

Estábamos terminando de cenar, Dora llevaba los rubíes puestos como hacía siempre durante la cena, y contemplábamos la salida de las lunas y las estrellas; era siempre la mejor hora del día, sólo que mientras que yo debería estar contemplando a nuestro primogénito tomando el pecho, refunfuñaba pensando en la falta de corriente y buscando el modo de librarme de los malditos dragones.

Había mencionado varias formas sencillas de producir energía -sencillas si uno está en un planeta civilizado, o al menos en un lugar como New Pittsburgh, con sus minas de carbón y su incipiente industria metalúrgica- cuando empleé por casualidad un término muy anticuado. En lugar de hablar de kilovatios o de megadinacentímetros por segundo, dije que me conformaba con cualquier sistema que me diera diez caballos de fuerza.

Dora no había visto nunca un caballo, aunque sabía qué eran; me dijo:

-¿No serían lo mismo diez mulas, querido?

(Pasaje omitido.)

Llevábamos siete años en el valle cuando se presentó el primer carro. El pequeño Zack iba a cumplir siete años y empezaba a servirme de ayuda, o así lo creía, y yo le animaba. Andy tenía cinco, y Helen aún no había cumplido cuatro. Habíamos perdido a Perséfone, y Dora volvía a estar embarazada; fue por eso: Dora insistió para que hiciéramos otro niño enseguida, sin esperar una hora siquiera. No le faltó razón: en cuanto supimos que había concebido, nos subió la moral de la noche a la mañana. Echábamos en falta a Perséfone: fue una criatura preciosa. Pero dejamos de lamentarnos y miramos hacia adelante. Yo deseaba otra niña pero me conformaba con cualquier criatura: por aquel entonces y en aquel lugar no había forma de determinar el sexo de los hijos.

Cuando avisté aquel carro, lo primero que pensé fue que iba a ser estupendo tener vecinos. Enseguida pensé que estaría orgulloso, muy orgulloso, de enseñar a los recién llegados nuestra granja y mi estupenda familia.

Dora subió al tejado y observó conmigo el carromato; aún estaba a más de quince kilómetros y no llegaría hasta el anochecer. La rodeé con el brazo.

-¿Emocionada, cielo?

-Sí. Aunque nunca me he sentido sola; tú no me has dejado. ¿Cuántos crees que seremos para la cena?

-Un carro solamente. Una familia. Yo diría que son una pareja sin hijos, o quizá con uno o dos. Me sorprendería que fuesen más.

-A mí también, amor, pero habrá comida a montones.

-Y ponles algo encima a los niños, antes que lleguen ellos. Nos disgustaría que pensaran que estamos criando a unos salvajes, ¿no?

-¿Yo también tengo que vestirme?-preguntó ella, con semblante inexpresivo.

-Eso es cosa tuya, Larga, pero ¿no eras tú la que se quejaba hace un mes de que nunca se había puesto el traje de noche?

-¿Te pondrás la falda escocesa, Lazarus?

-Es posible. Hasta es posible que me dé un baño. Lo voy a necesitar, porque pasaré el resto del día limpiando el cobertizo de las cabras y otras muchas cosas, para que todo esto quede presentable. Pero olvídate de "Lazarus", querida: vuelvo a ser Bill Smith.

-Me acordaré: Bill. Pero yo también me daré un baño antes de que lleguen, porque me espera una verdadera paliza cocinando, arreglando la casa, bañando a los niños y tratando de enseñarles a saludar a personas extrañas. Nunca han visto a nadie más que nosotros, querido; no sabría decir si creen que existe alguien más.

-Se portarán como es debido -tenía la certeza de que así lo harían; Dora y yo compartíamos las mismas ideas en cuanto a la educación de los hijos. Elogiarles, no gritarles nunca, castigarlos lo indispensable y en el momento justo, sin esperar ni un minuto, y a olvidarlo enseguida. Prodigarles el afecto de siempre después de una azotaina... o un poquitín más. Había que propinárselas (Dora empleaba una vara) porque, sin excepción, a lo largo de los siglos, mis hijos han sido unos alborotadores capaces de abusar de quien les trate con dulzura y benevolencia. A algunas de mis esposas les costaba trabajo creer que yo pudiera engendrar semejantes monstruitos, pero desde buen principio Dora se puso a mi lado en la ejecución de aquella acción propia de los animales. En consecuencia, crió la prole más civilizada que he tenido.

Cuando el carromato estaba a un kilómetro, salí a recibirles; tuve una sorpresa y una decepción. Era una familia, sí, suponiendo que a un hombre con dos hijos mayores se les pueda considerar una familia. Ni mujer, ni niños. Me pregunté cómo creían poder llevar a cabo una colonización.

El hijo menor todavía era un adolescente, llevaba la barba muy clara y rala. Con todo, era más alto y fuerte que yo, aun siendo el menos robusto de los tres. Su padre y su hermano iban montados, y él guiaba el carro. Lo guiaba de verdad, pues no utilizaban mula guía. Por lo que pude ver, no llevaban ninguna otra clase de animales, aunque no intenté mirar dentro del carromato.

No me gustó el aspecto que ofrecían y cambié mis anteriores ideas acerca de tener vecinos. Esperaba que siguieran valle abajo para instalarse a cincuenta kilómetros por lo menos.

Los que iban montados llevaban pistolas al cinto, cosa comprensible en territorio de corretones. Yo llevaba, bien a la vista, una pistola lanzaagujas, además de un cuchillo... y quizás otras cosas, ocultas; no me parece muy diplomático exhibir demasiada chatarra

delante de personas extrañas.

Al aproximarme yo, el que guiaba tiró de las riendas y se detuvieron. Hice que Beulah se parase a unos diez pasos del par de cabeza.

-Hola -dije-. Bienvenidos al Valle Feliz. Soy Bill Smith.

El mayor de los tres me miró de arriba abajo. Es difícil distinguir la expresión de un hombre cuando lleva una barba espesa, pero lo poco que podía ver no mostraba ninguna expresión; cautela, acaso. Yo iba recién afeitado y llevaba ropa limpia, en honor de nuestros visitantes. Me afeitaba regularmente porque Dora lo prefería y también porque permanecía "joven" para hacer pareja con ella. Mostraba mi mejor expresión amistosa, pero para mis adentros iba diciendo: "Tienes diez segundos para devolverme el saludo y decir quién eres... Si no lo haces, te vas a perder una de las mejores comidas de Nuevos Albores".

Estuvo a punto de rebasar el límite; yo había contado mentalmente siete chimpancés cuando sonrió a través del musgo que le cubría la cara.

-Caramba, joven, a eso lo llamo yo amabilidad...

-Bill Smith -repetí-; no he cogido su nombre.

-Será porque no se lo he dicho -respondió-; me llamo Montgomery. "Monty" para los amigos; enemigos no tengo, o por lo menos no me duran mucho. ¿Verdad que no, Darby?

-Verdad, papá -corroboró el que iba a su lado.

-Y éste es mi hijo Darby, y el que guía los pencos se llama Dan. Decid "hola", chicos.

-Hola, Darby; hola, Dan. Monty, ¿viene con ustedes la señora Montgomery?-señalé con la cabeza el carromato, todavía sin intentar ver qué había dentro; un carro es algo tan personal como una casa.

-¿Por qué me lo pregunta?

-Porque -dije, sin abandonar mi expresión de tonto simpático-quiero volver corriendo a casa para decirle a la señora Smith cuántos seremos para la cena.

-¡Vaya! ¿Habéis oído, chicos? Nos invitan a cenar. Eso es lo que yo llamo amabilidad, ¿verdad, Dan?

-Verdad, papá.

-Y nosotros aceptamos de mil amores, ¿verdad, Darby?

-Verdad, papá.

El eco empezaba a cansarme, pero mantuve mi dulce semblante.

-Aún no me ha dicho cuántos son, Monty.

-Ah, sí sólo tres. Pero comemos por seis -se dio una palmada en el muslo y rió su propia gracia-. ¿Verdad, Dan?

-Verdad, papá.

-Pues mételes prisa a los pencos, Dan; ahora tenemos un buen motivo para apresurarnos.

Interrumpí el eco para decir:

-Calma, Monty. No hace falta que acalore a las mulas.

-¿Qué? Oiga, hijo, estas mulas son mías.

-Sí, lo son, y usted puede hacer lo que guste con ellas, pero yo sólo he venido para que la señora Smith tenga tiempo de disponerlo todo para su llegada. Veo que lleva reloj -miré el mío-; su anfitriona les espera dentro de una hora. A menos que necesiten más tiempo para llegar allí, desuncir y abrevar las mulas...

-No, no, aquí las mulas esperarán hasta después de cenar. Si llegamos antes de tiempo, esperaremos un rato.

-No -dije con firmeza-: una hora; antes, no. Ya sabe usted cuánto le incomoda a una dama que los invitados lleguen antes de que ella esté dispuesta para recibirles. Si la agobian, puede echar a perder la cena. Con las mulas haga lo que guste, pero hay un buen sitio para darles de beber, una playa pequeña donde el río se acerca más a la casa. También es buen sitio para asearse un poco antes de cenar con una señora. Pero no se presenten en casa antes de una hora.

-Por lo que dice, su señora debe ser de lo más escrupuloso... para vivir en un lugar como éste...

-Lo es -contesté-. A casa, Beulah.

Hice que Beulah pasara del trote al galope y no me libré de una sensación de incomodidad entre los omóplatos hasta que tuve la seguridad de hallarme demasiado lejos para presentar blanco. Sólo hay un animal peligroso, aunque a veces te ves obligado a suponerle tan manso e inocente como una cobra.

No me detuve a desensillar a Beulah, sino que entré en casa a toda prisa. Dora oyó mi llegada a todo tren; estaba junto a la puerta del recinto.

-¿Qué pasa, cielo? ¿Hay problemas?

-Puede haberlos. Son tres hombres, y no me gustan. De todas formas les he invitado a cenar. ¿Han comido ya los niños? ¿Los podemos acostar ahora mismo y convencerles de que si asoman la punta de la nariz los despellejaremos vivos? No he hablado de niños; no los mencionaremos, y voy a echar una ojeada para cerciorarme de que no hay nada por ahí que indique su presencia.

-Lo intentaré. Sí, ya han cenado.

A la hora fijada, Lazarus Long recibió a sus invitados a la puerta del recinto. Llegaban desde la playa que les había descrito, por lo que supuso que habían abrevado a sus bestias, pero observó con un leve desdén que no se habían molestado en desuncir el tiro para lo que sin duda iba a ser una larga espera. Pero le alegró ver que los tres Montgomery habían hecho un

esfuerzo para arreglarse; tanto tiempo en tierra salvaje quizás había vuelto hipersensible el sexto sentido que Long tenía para los problemas.

Lazarus lucía sus mejores galas: falda escocesa con todos los complementos, si bien el efecto del conjunto quedaba estropeado por una camisa de faena descolorida confeccionada en New Pittsburgh. Pero eran realmente sus mejores galas, y sólo se las ponía para los cumpleaños de los chicos. El resto de los días llevaba lo que fuese, desde pantalones hasta traje de Adán, según el trabajo y el tiempo.

Después de desmontar, Montgomery se detuvo a contemplar a su anfitrión.

-¡Ahí va, qué guapos nos hemos puesto!

-Es en honor de ustedes, caballeros. Sólo me la pongo en ocasiones muy señaladas.

-¿Sí? En nuestro honor... A eso le llamo yo amabilidad, Red. ¿Verdad, Dan?

-Verdad, papá.

Me llamo Bill, Monty; no "Red". Pueden dejar las pistolas en el carro.

-¡Hombre! Eso ya no me parece tan amable. Nosotros siempre las llevamos encima. ¿Verdad, Darby?

-Verdad, papá. Y si papá dice que se llama Red, usted se llama Red.

-Para, Darby, yo no he dicho eso. Si Red quiere llamarse Fulano, Zutano o Mengano, es cosa suya. Pero sin las pistolas nos sentiríamos desnudos, ésa es la verdad... eh... Bill. Si yo hasta duermo con la mía... Me la pongo aquí.

Lazarus estaba de pie en la puerta abierta del recinto. No hizo ademán de apartarse y dejar entrar las visitas.

-Ésa es una precaución lógica... en el sendero. Pero los caballeros no llevan armas mientras cenan con una señora. Déjenlas aquí o guárdenlas en el carro, como prefieran.

Lazarus sentía crecer la tensión; veía cómo los dos jóvenes miraban a su padre esperando órdenes. Los ignoró y siguió sonriendo plácidamente a Montgomery, mientras obligaba a sus músculos a seguir flojos como el algodón. ¿Ahora? ¿Retrocedería el oso, o lo tomaría como un reto?

Montgomery compuso la sonrisa más amplia de la que era capaz.

-Pues muy bien, vecino, si lo quiere así. ¿Me quito los calzones, también?

-Sólo las pistolas, señor -"Es diestro. Si yo fuera diestro y llevara lo que tú llevas, ¿dónde tendría la segunda pistola? Ahí, supongo... pero en tal caso debe de ser pequeña... una de agujas, o quizás una antigua pistola chata de asesino. ¿Son diestros sus dos hijos?"

Los Montgomery dejaron las cartucheras en el pescante del carromato y volvieron. Lazarus se hizo a un lado y les hizo pasar, y puso la barra en su sitio mientras cerraba. Dora les

esperaba, vestida con su "traje de noche". Por vez primera desde un día muy caluroso en la pradera, no lucía los rubíes para la cena.

-Querida, te presento al señor Montgomery y a sus hijos, Darby y Dan. Mi esposa, la señora Smith.

Dora les hizo una reverencia.

-Bienvenidos, señor Montgomery, Darby, Dan.

-Llámeme "Monty", señora Smith. Y... ¿cómo se llama usted? Vaya, tienen ustedes una casa muy linda... para estar en un lugar tan apartado.

-Si me perdonan un momento, caballeros, tengo que hacer un par de cosas antes de poner la cena -dio media vuelta y regresó apresuradamente a la cocina. Lazarus respondió:

-Me alegro de que le guste, Monty. Es lo mejor que hemos podido hacer hasta ahora, mientras poníamos en marcha la granja.

Contra el muro del fondo del recinto se levantaban cuatro habitaciones: el almacén, la cocina, el dormitorio y el cuarto de los niños. Todas tenían puertas que daban al patio, pero sólo estaba abierta la de la cocina. Las habitaciones comunicaban entre sí.

A la puerta de la cocina había un horno holandés; en el interior había un fogón que se utilizaba para preparar otras cosas y hacer la comida cuando llovía. Aquello y un barril de agua eran, por el momento, los principales instrumentos de cocina de Dora... pero su marido le había prometido agua corriente "antes de que seas abuela, hermosa mía". Ella no le había apremiado; la casa crecía y mejoraba cada año.

Más allá de la cocina holandesa y paralela a los dormitorios había una mesa alargada con banquetas. En la otra pared, junto al almacén, había un excusado; de momento constituía, con un tonel de agua y dos bañeras de madera obtenidas cortando en dos otro barril, su "retrete-cuarto de baño-fresquera". Junto al excusado había una pila de tierra con una pala; la letrina se iba llenando poco a poco.

-Lo ha hecho muy bien -reconoció Montgomery-. Pero no debió poner el excusado aquí dentro. ¿No lo sabía?

-Hay otro fuera -le dijo Lazarus Long-. Éste lo usamos lo menos posible y trato de que no huela demasiado. Pero a una mujer no se le puede pedir que salga por ahí cuando está oscuro; en país de corretones, no.

-¿Hay muchos, eh?

-Menos que antes. ¿Ha visto dragones mientras cruzaba el valle?

-Hemos visto muchos huesos. Parecía como si por estos alrededores les hubiera caído una plaga encima.

-Algo por el estilo -reconoció Lazarus-. ¡Lady! ¡Quieta! Monty -añadió-, dígale a Darby que no es prudente darle patadas a esa perra; le atacará. Es nuestro perro guardián, está al cuidado de esta casa y lo sabe.

Librodot

-Ya has oído lo que dice el tipo este, Darby. Deja en paz a la perra.

-¡Entonces será mejor que no me venga a olisquear! No me gustan los perros. Me ha gruñido.

Lazarus se dirigió al hijo mayor:

-Te ha gruñido porque le has dado un puntapié cuando te olía, como es su obligación. De no estar yo delante, te habría degollado. Déjala en paz y te dejará en paz.

-Sería mejor dejarla fuera mientras comemos, Bill -dijo Montgomery.

La frase, articulada como una sugerencia, sonó como una orden.

-No.

-Caballeros, la cena está servida.

-Ya vamos, querida. Lady: vigila -la perra miró a Darby pero inmediatamente trepó por la escalera hasta el tejado, apoyándose sin vacilar en los travesaños. Una vez arriba dio, con mucho cuidado, una vuelta completa sobre sí misma antes de sentarse en un punto desde el que podía vigilar el exterior y también la cena.

La cena resultó más lograda como comida que como reunión social. La conversación se redujo básicamente a la charla trivial que sostuvieron los dos hombres mayores. Darby y Dan comían y nada más. Dora respondía lacónicamente a las ocurrencias que le dedicaba Montgomery y fingía no oír las que se antojaban demasiado personales. Los hijos parecieron sorprendidos al encontrar sus respectivos platos acompañados de cuchillo, tenedor, tenacillas y cuchara; decidieron utilizar más que nada el cuchillo y los dedos. Su padre se esforzó un poco en utilizar cada uno de los cubiertos, dejándose no poca comida en la barba.

Dora había amontonado encima de la mesa pollo frito caliente, lonchas de jamón frío, puré de patata y jugo de pollo, pan de maíz caliente y pan de trigo frío con tiritas de tocino un jarro de leche de cabra por cabeza, ensalada de lechuga y tomate con aderezo de queso de cabra rallado y cebolla, remolachas hervidas, rábanos frescos, fresas con leche de cabra. Tal como prometieran, los Montgomery comieron por seis, y Dora se alegró de haber preparado tanta comida.

Al terminar, Montgomery echó atrás su banqueta y soltó un eructo de aprobación.

-¡Madre mía, qué bien he quedado! Señora Smith, puede cocinar para nosotros toda la vida. ¿Vale, Dan?

-¡Vale, papá!

-Me alegro de que les haya gustado, caballeros -Dora se puso en pie y empezó a levantar la mesa. Lazarus hizo lo mismo.

-Vamos, Bill, siéntese -dijo Montgomery-. Quiero hacerle algunas preguntas.

-Adelante, pregunte -dijo Lazarus, sin dejar de apilar platos.

-Dijo usted que en el valle no había nadie más.

-Así es.

-En ese caso creo que nos quedaremos aquí. La señora Smith es muy buena cocinera.

-Nos parece muy bien que pasen la noche aquí. Encontrarán excelentes tierras de labranza más lejos, río abajo. Ya le dije que he tomado posesión de todo esto.

-De eso quería hablarle. No me parece correcto que un solo hombre se quede con toda la mejor tierra.

-No es la mejor tierra, Monty; hay miles de hectáreas tan buenas como ésta. La única diferencia es que he arado y sembrado esta parte.

-En fin, no vamos a discutir por eso. Le ganamos en la votación. Somos cuatro, y nosotros tres votamos a lo mismo. ¿Verdad, Darby?

-Verdad, papá.

-Esto no se somete a votación, Monty.

-¡Oh, vamos! La mayoría siempre tiene razón. Pero no vamos a discutir por eso. La cena ha estado muy bien; ahora toca divertirse un poco. ¿Le hace una peleíta?

-No demasiado.

-No sea aguafiestas. ¿Crees que le puedes tumbar, Dan?

-Claro que sí, papá.

-Muy bien. Primero usted ataca a Dan, Bill; aquí en el centro, y yo haré de árbitro, para que todo sea limpio y correcto.

-No pienso luchar, Monty.

-Faltaría más... ¡Señora Smith! Salga, no se lo pierda.

-Ahora tengo trabajo -gritó Dora-; saldré enseguida.

-Dése prisa. Luego ataca a Darby... y luego viene por mí.

-Nada de peleas, Monty. Ya es hora de que vuelvan al carro, amigos.

-No, no, usted va a luchar, jovencito. No le he dicho cuál es el premio. El que gane se acostará con la señora Smith -mientras lo decía, salió su segunda pistola-. Le he pillado, ¿no?

Desde la cocina, Dora le hizo saltar la pistola de un disparo al tiempo que un cuchillo penetraba en la garganta de Dan. Lazarus metió cuidadosamente una bala en la pierna de Montgomery, y, con mayor cuidado aún, pegó un tiro a Darby, al que Lady Macbeth sujetaba por el cuello. La lucha no había durado más de dos segundos.

-Quieta, Lady. Buen tiro, Adorada -acarició a Lady Macbeth-. Guapa, Lady, buena chica.

-Gracias, querido. ¿Remato a Monty?

-Espera un momento -Lazarus dio un paso y miró al herido-. ¿Tiene algo que decir, Montgomery?

-¡Cabrones! Nos han negado una oportunidad.

-Les hemos dado un montón de ellas. Las han rechazado. ¿Lo quieres tú, Dora? Es privilegio tuyo.

-Me da igual.

-Muy bien.-Lazarus cogió la segunda pistola de Montgomery; vio que era una auténtica pieza de museo, pero no pareció importarle. La utilizó para liquidar a su propietario. Dora se estaba quitando el vestido.

-Un momentito, amor, mientras me quito esto; no quiero que se me manche de sangre.-Sin el vestido, se notaba un poco que estaba encinta. También se le veían otras varias armas, además de una cartuchera que llevaba, algo caída, en la cintura.

Lazarus se despojaba de la falda escocesa y de otras galas.

-No es necesario que me ayudes, cariño; has trabajado todo el día... ¡y la mar de bien! Tírame los pantalones viejos y ya estará bien.

-Pero yo quiero ayudarte. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

-Los ponemos en el carromato, los llevamos río abajo donde los corretones den cuenta de ellos, y regresamos -miró al sol-. Nos queda una hora de luz, o más. Es suficiente.

-No quiero que te separes de mí, Lazarus. ¡Ahora, no!

-¿Te ha alterado, mi dura Dora?

-Algo, no mucho. Me avergüenza decirlo, pero... me ha puesto cachonda. Perverso, ¿no?

-Lil, Larga mía, a ti te pone cachonda cualquier cosa. Sí, es algo perverso... pero supone una reacción sorprendentemente común a un primer encuentro con la muerte. No es nada de lo que debas avergonzarte mientras no te envicies con ello; sólo es un reflejo. Pensándolo mejor, olvídate de mis pantalones; es más fácil limpiarse la sangre del pellejo que de la ropa.-Mientras hablaba, quitó la barra y abrió la puerta.

-No es la primera vez que veo la muerte. Me alteró mucho más la de tía Helen... y no me calenté lo más mínimo.

-Debí precisar que me refería a la muerte violenta. Cariño, quiero sacar estos cadáveres de aquí antes que el suelo se empape más de sangre. Ya hablaremos después.

-Vas a necesitar ayuda para cargarlos. Y no quiero estar lejos de ti; de veras no quiero.

Lazarus se detuvo y la miró.

-Estás más nerviosa de lo que aparentas estar. Esto también es muy corriente: firme en el apuro, y luego la reacción. Vamos a resolver esto. No pienso dejar tanto tiempo solos a los niños, ni quiero que vayan en un carro cargado con toda esa carroña. Pongamos que esta noche me voy no demasiado lejos, unos trescientos metros, más o menos, y tú me preparas una tina con agua. Después de este trabajito estaré deseando otro baño aunque consiga que no me caiga encima ni una sola gota de sangre.

-Sí, señor.

-No pareces muy feliz, Dora.

-Haré lo que digas. Pero podría despertar a Zaccur y decirle que cuide de los otros. Está acostumbrado a hacerlo.

-Muy bien, querida. Pero primero los cargamos. Cógeles de los pies mientras yo los arrastro. Si devuelves daré por sentado que te quedas con los niños hasta que yo termine.

-No devolveré. He comido muy poco.

-Yo tampoco he comido mucho -acometieron la siniestra tarea; Lazarus siguió hablando-. Lo has hecho a la perfección, Dora.

-Capté tu señal. Me diste mucho tiempo.

-Cuando di la señal todavía no estaba seguro de que la cosa llegara a lo que llegó.

-¿De verdad, cariño? Yo sabía lo que se proponían: matarte y violarme, antes de que se sentaran a la mesa. ¿No lo notaste? Por eso me aseguré de que se atiborrasen: para ponerlos lentos.

-Dora, tú experimentas emociones, ¿verdad que sí?

-Cuidado con esa cabeza, querido. Cuando son tan fuertes, sí. Pero no veía muy claro cómo llevarías la situación. Me hice a la idea de que me forzaran toda una noche si era necesario para que tú dispusieras de una oportunidad más segura.

-Dora -dijo su marido con semblante serio-, sólo permitiré que te violen si no hay otra forma de salvarte la vida. Esta noche no era necesario, gracias al cielo. Pero Montgomery me había inquietado al entrar. Tres pistolas a la vista, y la mía todavía debajo de la falda. Pudo ser un problema. Ya que se proponía sorprenderme, debió hacerlo entonces. En cualquier pelea, lo fundamental es no vacilar cuando llega el momento. Por eso estoy tan orgulloso de ti.

-Pero fuiste tú quien lo preparó, Lazarus. Me hiciste una señal para que me colocara en posición, seguiste de pie cuando él te dijo que te sentaras, diste la vuelta a la mesa atrayendo sus miradas y saliste de mi línea de fuego. Gracias: no tuve más que disparar cuando sacó la pistola.

-Claro que salí de tu línea de fuego, querida; no es la primera vez que me veo en una de éstas, ni mucho menos. Pero tu puntería fue lo que me permitió apuñalar a Dan en lugar de inmovilizar primero a su padre. Y Lady me hizo el mismo favor con Darby. Me habéis

ahorrado el tener que estar en tres lugares a la vez, chicas. Es algo que siempre me ha resultado difícil.

-Nos adiestraste tú.

-Sí, es cierto. Pero ello no borra el admirable detalle de que te contuvieras hasta que él se puso en evidencia, y no perdieras ni una décima de segundo para tumbarle. Como si fueras una veterana de cien duelos a pistola en lugar de ninguno. Podrías ir a sujetar las mulas mientras abro esta compuerta.

-Sí, querido.

Ella apenas había llegado junto al par de cabeza para hablarles en tono apaciguador, cuando él gritó:

-¡Dora! Ven un momento.

-Mira.

Era una lápida que había sacado de la parte posterior del suelo del carro y depositado en el suelo, junto a los cadáveres. En ella se leía:

BUCK

NACIDO EN LA TIERRA

3031 A. D.

MUERTO EN ESTE LUGAR

N. A. 37

Siempre lo hizo lo mejor que pudo

-No lo entiendo, Lazarus -dijo ella-. Puedo entender por qué querían violarme: probablemente yo era la primera mujer que veían en muchas semanas. Hasta puedo entender que quisieran matarte o hacer cualquier cosa para hacerse conmigo. Pero ¿para qué robarían la lápida?

-Eso es lo de menos, querida... La gente que no respeta las propiedades de los demás es capaz de cualquier cosa, y robará todo lo que no esté atornillado al suelo. De haberlo visto antes -añadió-, no le habría dado ninguna oportunidad. A esta gentuza hay que destruirla en cuanto se la ve. El problema es identificarlos.

Dora es la única mujer que he amado sin reservas, Minerva. Creo que no puedo explicar por qué. Cuando me casé con ella no la amaba así: ella aún no había tenido oportunidad de enseñarme lo que puede ser el amor. Sí, la quería, pero con el amor de un padrazo por su hijo preferido o el afecto que uno puede prodigar a un animalito de compañía.

Decidí casarme con ella no por amor en sentido profundo, sino simplemente porque aquella niña adorable que tantos buenos ratos me había hecho pasar deseaba algo fervientemente -un hijo mío- y ésa era la única forma de darle lo que quería y al mismo tiempo

satisfacer mi propio egoísmo. Así, casi con frialdad, calculé el coste y determiné que el precio era bastante bajo para permitirle tener lo que deseaba. No podía costar demasiado: era una efímera. Cincuenta, sesenta, setenta, ochenta años a lo más, y se moriría. Yo podía permitirme emplear aquella insignificante cantidad de tiempo convirtiendo en feliz la vida lamentablemente corta de mi hija adoptiva; así lo creí. No era mucho, y me lo podía permitir. Adelante, pues.

El resto consistía únicamente en no hacer las cosas a medias; hacer todo lo necesario para alcanzar el objetivo principal. Ya te mencioné algunas de las posibilidades; quizá no te he dicho que consideré la de volver a ocupar la capitanía del "Andy J." durante la vida de Dora, dejar a Zaccur Briggs al cuidado de los servicios de tierra de la compañía o comprarle su parte si no lo aceptaba. Aunque ochenta años a bordo de una nave no acabarían conmigo, para Dora sería toda una vida y quizá no se avendría a ello. Además,

una nave no es el mejor lugar para educar a los hijos: cuando son mayores, ¿qué haces? ¿Dejarlos en cualquier parte sin conocer nada más que la rutina diaria de la nave? Mala cosa.

Decidí que el marido de una efímera tenía que ser un efímero, tanto como le fuese posible. Como corolario de tal decisión, nos encontramos en el Valle Feliz.

El Valle Feliz... La más feliz de todas mis vidas. Cuanto más tiempo disfruté del privilegio de vivir con Dora, más la amé. Amándome, me enseñó a amar, y yo aprendí, más bien despacio; no era muy buen alumno, al ser un hombre de carácter ya formado y carecer de su talento natural. Pero aprendí. Aprendí que la felicidad suprema reside en desear dar seguridad, calor y dicha a otra persona, y gozar del privilegio de intentarlo.

También fue la más triste. Cuanto más claramente lo comprendía, viviendo día a día con Dora, más feliz era... y más me dolía, en algún rincón de mi mente, el saber que aquél podía no ser más que un período muy breve que pronto terminaría; cuando terminó, pasé unos cien años sin volverme a casar. Luego lo hice, pues Dora también me enseñó a afrontar la muerte. Era consciente de su propia muerte, de la segura brevedad de su vida, tanto como lo era yo. Pero me enseñó a vivir el hoy, y a no dejar que nada estropeara el hoy... hasta que finalmente vencí la tristeza de estar condenado a vivir.

¡Lo pasamos maravillosamente! Trabajamos como locos, siempre con demasiadas cosas por hacer, y disfrutábamos cada minuto. Nunca nos dábamos tanta prisa como para dejar de gozar de la vida, pasara lo que pasara. A veces era una palmadita en el culo o una sobadita al pasar por la cocina, a lo que ella correspondía con una breve sonrisa; a veces una hora en el tejado, contemplando perezosamente la puesta de sol, las estrellas y las lunas, habitualmente con un poco de "Eros" para endulzarla.

Se podría decir que el sexo fue nuestra única diversión activa durante buen número de años; y nunca dejó de ser la principal, puesto que Dora ponía el mismo entusiasmo a los setenta anos que a los diecisiete, aunque no era tan flexible. Normalmente yo estaba demasiado fatigado para jugar bien al ajedrez aunque había hecho un tablero y un juego de piezas; no teníamos otro juego y probablemente tampoco lo habríamos utilizado: teníamos demasiado trabajo. Sí, hacíamos otras cosas; a menudo uno de los dos leía en voz alta mientras el otro hacía calceta, o cocinaba, o lo que fuese. O cantábamos juntos, siguiendo el ritmo mientras apilábamos grano o forraje.

Trabajábamos juntos cuanto nos era posible; la división del trabajo venía impuesta tan sólo por las limitaciones de cada cual. Yo no puedo parir un niño ni amamantarlo, pero puedo

Librodot

hacer cualquier otra cosa por él. Dora no podía hacer algunas cosas que yo sí podía hacer porque le resultaban demasiado pesadas, en especial cuando estaba en avanzado estado de gestación. Era mejor cocinera que yo, que tenía siglos de experiencia pero carecía de su toque especial, y sabía cocinar mientras cuidaba de un crío y vigilaba a los chicos menores, que eran demasiado pequeños para acompañarme a los campos. Aunque yo también cocinaba, especialmente el desayuno, mientras ella organizaba a los chavales, y a su vez ella me ayudaba con el trabajo de la granja, en particular el del huerto. No sabía nada de agricultura, pero aprendió.

Tampoco sabía nada de albañilería; pues bien, aprendió. Mientras yo hacía la mayor parte del trabajo fuerte, ella preparaba casi todos los ladrillos de adobe, siempre con la cantidad justa de paja. El adobe no iba muy bien con aquel clima: llovía demasiado, y puede resultar desmoralizador ver cómo un muro empieza a deshacerse porque un chubasco inesperado te ha pillado sin terminarlo.

Pero uno construye con lo que tiene a mano, y resultó de mucha utilidad el disponer de los toldos de los carros para cubrir las paredes más expuestas a los elementos, hasta que hallé el modo de impermeabilizar el adobe. Descarté la idea de levantar una cabaña de troncos; la madera buena estaba demasiado lejos. Las mulas y yo tardábamos un día entero en traer dos troncos, con lo cual resultaban demasiado poco prácticos para la mayor parte de las edificaciones. En lugar de eso, me apañé con la madera menuda que se podía recoger en las orillas del río Buck y sólo acarreé troncos para hacer las vigas.

Tampoco quería construir una casa que no fuera lo más a prueba de incendios posible. De pequeña, Dora ya estuvo a punto de perecer en un incendio; no quería someterla otra vez a tal riesgo, ni a ella ni a sus hijos.

Pero el problema de conseguir un techo impermeable e incombustible casi pudo conmigo.

Tuve centenares de veces la respuesta ante mis narices hasta que la vi. Cuando el viento, la lluvia, la podredumbre, los corretones y los insectos han completado su labor en el cadáver de un dragón, lo que queda es prácticamente indestructible. Lo descubrí al intentar quemar los restos de una enorme bestia que estaba desagradablemente cerca de nuestro asentamiento. Nunca logré averiguar por qué era así. Quizás hoy en día ya se ha estudiado la bioquímica de aquellos dragones, pero me faltaba instrumental, tiempo e interés. Estaba demasiado ocupado en el mantenimiento de mi familia y me limité a alegrarme al ver que era cierto. Cortaba el cuero de la panza y obtenía una especie de lonas alquitranadas a prueba de agua y de fuego; del lomo y los flancos sacaba un material excelente para techar. Más tarde encontré muchas aplicaciones para los huesos.

Los dos hacíamos de maestros, dentro y fuera de casa. Es posible que nuestros hijos recibieran una educación muy extraña, pero en comparación con el nivel medio de Nuevos Albores, no puede decirse que sea ignorante una niña capaz de hacerme una silla de montar cómoda y bonita a partir de una mula muerta y poco más, resolver mentalmente ecuaciones cuadráticas, tirar con pistola o con arco y dar en el blanco, hacer una tortilla sabrosa y ligera, recitar páginas y páginas de Shakespeare, o matar un cerdo y curar el jamón. Todos nuestros hijos e hijas sabían hacer eso y mucho más. Debo reconocer que hablaban una variedad de inglés más bien florida, en especial después de que montaran el Nuevo Teatro del Globo y penetraran en todas y cada una de las obras del viejo Bill. Sin duda, aquello les daba una idea bastante pintoresca de lo que fue la historia y la cultura de la antigua Tierra, pero no me pareció que les fuese perjudicial. No teníamos más que unos pocos libros encuadernados, casi

todos ellos obras de referencia; a la docena y pico de libros "divertidos" les sacaron todo el jugo.

A nuestros chicos no les resultaba nada extraño aprender a leer en *A vuestro gusto*. Nadie les dijo que fuese demasiado difícil para ellos, y lo devoraron, encontrando "lenguas en los árboles, libros en los arroyos, sermones en las piedras y el bien en todas las cosas".

Resultaba extraño oír a una niña de cinco años hablando en ondulantes parrafadas en verso y escuchar con qué gracia caían de sus labios los polisílabos. De todas formas, yo lo prefería al "Mi mamá me mima, amo a mi mamá" de una época muy posterior a la de Bill.

A Shakespeare lo seguían en popularidad, o lo superaban cada vez que Dora volvía a tener la barriga hinchada, mis libros de medicina, en especial los de anatomía, obstetricia y ginecología. Todo parto constituía un acontecimiento: gatitos, cerditos, pollinos, cabritas... Pero un niño nuevo de Dora era un superacontecimiento, y hacía que aparecieran más huellas de deditos en la lámina del manual de obstetricia que mostraba en sección vertical, a una madre y su hijo hacia el final del embarazo. Finalmente, la arranqué junto con las que seguían en las que se veía un parto normal, y las clavé en la pared para evitar un mayor deterioro de mis libros; comuniqué a los críos que podían mirar aquellos dibujos cuanto quisieran, pero que tocarlos les valdría una zurra. Me vi obligado a propinarle una a Isolda para que se respetara la justicia, lo cual resultó más doloroso para su pobre padre que para su culito, si bien ella me dejó salvar las apariencias respondiendo a mis suaves azotes con fuertes chillidos y sollozos.

Mis libros de medicina tenían un curioso efecto. Nuestros hijos conocían desde la infancia todos los monosílabos ingleses relacionados con la anatomía y la fisiología; Helen Mayberry no había empleado nunca palabras vulgares con Dora; Dora mostraba la misma corrección delante de sus hijos. Pero apenas eran capaces de leer mis libros, se apoderaba de ellos una especie de pedantería: aquellos latinajos les entusiasmaban. Si yo decía "matriz", como solía, venía algún crío de seis años y me comunicaba con aplomada autoridad que "el libro" decía *uterus*. O bien Ondina entraba corriendo con la

noticia de que Big Billy Whiskers estaba "copulando" con Silky, con lo que todos los chavales se precipitaban al corral para verlo. Hacia los quince años se curaban de aquella tontería y volvían a hablar el inglés de sus padres, así es que no creo que les perjudicase.

Las razones de que mi propia lujuria no se convirtiera en el espectáculo para niños que ofrecían todos los animales eran únicamente, creo, mis poco racionales pero inveteradas costumbres. No creo que a Dora le hubiera importado, porque no pareció molestarla las veces que ocurrió; los momentos de intimidad eran pocos y cada vez fueron más escasos, hasta que terminé de construir la casa grande, unos doce o trece años después de nuestra entrada en el valle; tardé tanto porque durante años trabajé en ella cuando pude, y nos instalamos en ella antes de que estuviera lista porque las paredes de la primera estaban a punto de reventar con tanta gente dentro, y había otro bebé en camino (Ginny).

A Dora no le importaba la falta de intimidad porque su dulce lujuria era absolutamente inocente, en tanto que la mía mostraba todavía las cicatrices que dejó en ella la cultura en la que me eduqué: una cultura psicótica en todos los terrenos y especialmente en aquél. Dora hizo mucho por curar aquellas cicatrices, pero nunca alcancé su inocencia angelical.

No me refiero a la inocencia de la ignorancia infantil: hablo de la inocencia auténtica de una mujer inteligente, instruida y adulta en la que no había sombra de mal. Dora era tan sólida como inocente; siempre fue consciente de que era ella la responsable de sus propios actos.

Siempre supo que "no hay rosas sin espinas, que no se puede estar preñada a medias, y que la bondad no es colgar a un hombre despacito". Era capaz de tomar una decisión sin vacilar y afrontar las consecuencias si su juicio se demostraba equivocado. Sabía pedir perdón a un niño, o a una mula. Pero eso raras veces era necesario; su honradez consigo misma no la condujo a demasiadas decisiones erróneas.

Tampoco se rasgaba las vestiduras cuando cometía una equivocación. La corregía lo mejor posible, aprendía la lección y no dejaba que la cuestión le quitara el sueño.

Si bien era su genealogía lo que le había dado aquella capacidad, hay que atribuir a Helen Mayberry el mérito de haberla encauzado y permitido que se desarrollase. Helen Mayberry era sensible y sensata. Si se piensa bien, los dos rasgos se complementan. La persona que es sensible pero no sensata no da pie con bola, no puede funcionar como es debido. La persona que es sensata pero no sensible... no sé; no he conocido a ninguna y no estoy muy seguro de que pueda existir alguien así.

Helen Mayberry había nacido en la Tierra pero se deshizo de su lastre negativo cuando emigró; no pasó a la Dora niña ni a la Dora adolescente los enfermizos valores de una cultura moribunda. Supe algo de esto por la propia Helen, pero aprendí más acerca de ésta a través de la Dora mujer. A lo largo del largo proceso de intimar con aquella extraña a la que había hecho mi esposa (los matrimonios siempre empiezan siendo extraños por mucho tiempo que lleven conociéndose) descubrí que Dora sabía perfectamente la relación que una vez existió entre Helen Mayberry y yo, incluido el detalle de que fuese económica al tiempo que social y física.

Aquello no le hizo sentir celos de "tía Helen"; para Dora, los celos no eran más que una palabra que no significaba más que lo que una puesta de sol puede significar para una lombriz de tierra; no habían desarrollado en ella la capacidad de sentir celos. Consideraba naturales, razonables y adecuados los tratos que hubo entre Helen y yo. Estoy más que convencido de que el ejemplo de tía Helen fue el factor decisivo cuando Dora me escogió como pareja, ya que no pudo serlo mi encanto personal ni mi belleza, perfectamente despreciables ambos. Helen no le había enseñado que el sexo fuese algo

Sagrado: le había enseñado, en la teoría y con ejemplos, que el sexo es un modo que las personas tienen de ser felices juntas.

Pongamos por ejemplo aquellos tres buitres que matamos; si en lugar de ser lo que eran hubieran sido gente decente, personas como Ira y Galahad, y dadas las mismas circunstancias, con cuatro hombres y una mujer y una situación sin grandes posibilidades de cambio, creo que Dora habría aceptado sin remilgos y con naturalidad la poliandria... y, a juzgar por cómo llevaba las cosas, me habría convencido de que ésa era la única solución feliz.

Y al añadirse nuevos maridos, no habría quebrantado sus votos conyugales. Dora no había prometido pegarse exclusivamente a mí; yo jamás le haré prometer tal cosa a una mujer, porque tarde o temprano llega el día en que no lo puede cumplir.

Dora podría haber hecho felices a cuatro hombres honrados y honorables. No tenía ninguna de esas enfermizas actitudes que impiden que una persona ame más y más; de eso se había encargado Helen. Y, como señalaron los griegos, un hombre solo no puede apagar el fuego del Vesubio. ¿O fueron los romanos? Lo mismo da, es cierto. Probablemente Dora habría sido más feliz en un matrimonio poliándrico. Y siendo más feliz ella, se sigue, como el día sigue a la noche, que yo también lo sería... aunque no puedo imaginar cómo podría yo ser

más feliz de lo que era. Pero unos músculos varoniles más me habrían hecho la vida más fácil; siempre tuve demasiado trabajo.

También hubiera sido agradable un poco más de compañía, debo suponer; la compañía de hombres que a ella le parecieran aceptables. En cuanto a ella, llevaba dentro amor suficiente para derrocharlo en mí y en una docena de críos; tres maridos más no le habrían agotado las reservas. Era un manantial que nunca se secaba.

Pero todo esto es pura hipótesis. Aquellos tres Montgomery se parecían tan poco a Ira y Galahad que cuesta trabajo pensar en ellos como miembros de la misma especie. Eran alimañas que había que exterminar, y eso hicimos. Supe muy poco acerca de ellos estudiando el contenido de su carromato. No eran pioneros, Minerva; en aquel carro no había ni lo más indispensable para fundar una granja. No había ni un arado, ni un saco de simiente..., y sus ocho mulas eran machos capados. No sé qué creían estar haciendo. ¿Acaso explorar porque sí, para después regresar a la "civilización" cuando empezaran a aburrirse? ¿O quizás esperaban descubrir que alguna de las expediciones que había acometido el paso lo había superado y podía ser sometida por medio del terror? No lo sé, no lo sabré nunca. Nunca he comprendido la mentalidad del gángster; sólo sé lo que hay que hacer con ellos.

De cualquier modo, al encapricharse con la dulce y tierna Dora cometieron un error fatal. No sólo disparó en el momento preciso sino que le arrancó la pistola de la mano al padre en vez de elegir el blanco más fácil, el pecho o la panza. ¿Que si es importante? Para mí, es de suprema importancia. Si Dora hubiera disparado al hombre y no a la pistola… aun matándolo probablemente... no: con toda seguridad... su último reflejo le habría cerrado los dedos y el disparo me habría alcanzado. A aquella distancia no cuesta imaginar doce posibles trayectorias, todas fatales.

¿Casualidad? Nada de eso. Dora lo tenía bien apuntado desde la oscuridad de la cocina. Cuando él sacó la pistola, ella cambió instantáneamente el punto de mira y dio en el arma. Fue su primer y último combate a tiros. ¡Pero la chica era una pistolera de las de verdad! Valieron la pena las horas que pasamos afinando su puntería. Pero más rara aún que su destreza fue la sangre fría con que examinó la situación y decidió buscar un blanco mucho más difícil. Yo no se lo pude enseñar; eso tenía que ser algo innato. Y lo era; si miras atrás, verás que su padre, al morir, tomó en una fracción de segundo una decisión acertada del mismo tipo.

Pasaron otros siete años antes de que apareciera otro carro en el Valle Feliz: eran tres carros que viajaban juntos, tres familias de pioneros auténticos, con niños. Nos alegramos de verles; a mí me alegró de forma particular el ver a los niños, porque había estado haciendo juegos malabares con huevos. Huevos de verdad: óvulos humanos.

Se me iba acabando el tiempo; nuestros chicos mayores ya empezaban a estar crecidos.

Tú, Minerva, sabes todo lo que la especie humana ha descubierto en materia de genética. Sabes que las Familias Howard descienden por cruzamiento de un grupo genético más bien reducido, y que el cruzamiento ha tendido a librarlas de genes malos... pero también sabes el elevado precio que han debido pagar en miembros defectuosos. Que siguen pagando, habría que añadir; dondequiera que hay Howard hay también santuarios para anormales. Y así será siempre: el precio que los animales hemos de pagar por la evolución es la aparición de nuevas mutaciones desfavorables que no se advierten hasta que ya están reforzadas. Quizás algún día habrá una forma más barata de lograrlo, pero en Nuevos Albores, hace mil doscientos años, no había ninguna.

Librodot

El joven Zack era un robusto muchacho con voz de barítono. Su hermano Andy ya no hacía de soprano en el coro familiar, aunque a veces aún se le quebraba la voz. Helen, la pequeña, ya no era tan pequeña, y aunque aún no había empezado a menstruar, por lo que yo calculaba iba a hacerlo cualquier día.

Lo que quiero decir es que Dora y yo pronto íbamos a vernos obligados a pensar en ello, a plantearnos algunas difíciles alternativas. ¿Qué haríamos? ¿Meter a los siete chicos en los carros y regresar cruzando la Muralla? Si lo conseguíamos, ¿debíamos dejar a los cuatro mayores con los Magee o con alguien, y volver a casa con los otros tres, o solos? ¿O cantar las excelencias del Valle Feliz, su hermosura y su riqueza, y tratar de conducir una expedición de colonizadores al otro lado de la cordillera, evitando con ello futuras crisis de esa especie?

Yo, con excesivo optimismo, había esperado que otros nos seguirían casi inmediatamente, al cabo de dos o tres años, puesto que había dejado tras de mí una ruta practicable. Pero no soy de los que se desesperan si las cosas no salen a pedir de boca. Lo que pudo ser ya no importaba; el problema era qué hacer con nuestros ardorosos retoños ahora que iban madurando.

No tenía sentido hablarles de "pecado", aun cuando fuese yo capaz de semejante hipocresía -y no lo soy, en particular con los jóvenes. Tampoco se lo habrían tragado. Habría desconcertado y herido a Dora, y sus habilidades no incluían la de mentir de forma convincente. Tampoco quería llenarles la cabeza a nuestros hijos con aquellas tonterías; su angelical madre era la libertina más feliz y dispuesta que había en el Valle Feliz (incluso más que yo y las cabras), y jamás pretendió lo contrario.

¿Debíamos tomar las cosas con calma y dejar que la naturaleza siguiera su antiguo curso? ¿Admitir la idea de que nuestras hijas iban ya, enseguida, a copular con nuestros hijos, y prepararnos para aceptar el precio? ¿Esperar un nieto anormal de cada diez por lo menos? No tenía datos sobre los que calcular con más aproximación el coste, ya que Dora no sabía nada de sus antepasados, y lo que yo sabía de los míos no era suficiente. Todo lo que tenía era la vieja y rudimentaria norma básica.

Por lo tanto, dimos tiempo al tiempo.

Nos apoyamos en otra norma elemental, antigua y sensata: no hagas hoy lo que puedes dejar para mañana si hacerlo mañana puede aumentar las probabilidades favorables.

Así es que nos trasladamos a la casa nueva, que todavía no estaba terminada, pero que al menos nos permitía disponer ya de un dormitorio para las chicas, otro para los chicos y una alcoba para Dora y yo con un anexo para los pequeños.

Pero no nos engañamos creyendo haber resuelto el problema. Muy al contrario, lo expusimos abiertamente, asegurándonos de que los tres mayores supieran con exactitud en qué consistía, cuáles eran los riesgos y por qué sería más prudente contenerse. A los pequeños no les prohibimos asistir a las lecciones: simplemente, no les pedimos que las escucharan si les aburrían los tecnicismos que, por ser demasiado jóvenes, no podían interesarles.

Dora tuvo una gran ocurrencia, inspirada en algo que Helen Mayberry hizo con ella unos veinte años antes. Anunció que cuando la pequeña Helen tuviera la primera regla, celebraríamos una fiesta con ella como invitada de honor. Desde entonces, cada año, ese día se conocería como el "día de Helen", y haríamos lo propio con Isolda, Ondina y las que seguían, hasta que cada chica tuviera su festividad anual.

Librodot

Helen a duras penas supo esperar el momento de dejar de ser niña, y cuando llegó, unos meses más tarde, se puso insoportablemente presumida. Nos despertó a todos, anunciándolo a gritos:

-¡Mamá! ¡Papá! ¡Mirad, ya me ha venido! ¡ Zack, Andy, despertad, venid a mirar !

Si le dolió no dijo nada. Probablemente no le dolió; Dora no padecía de molestias menstruales, y a las niñas no les dijimos nunca que las previeran. Por ser convexo y no cóncavo, me abstendré de pronunciarme sobre la teoría de que esos dolores son un reflejo condicionado; no me considero capacitado para dar una opinión al respecto. Eso tendrías que preguntárselo a Ishtar.

Aquello también trajo como resultado que me visitara una delegación de dos miembros, Zack y Andy, con Zack en el papel de portavoz:

-Mira, papá: hallamos buena, justa, equitativa y saludable la institución del día de nuestra hermana Helen para conmemorar con cánticos alborozados y expansiones de regocijo nuestra legítima condición filial. Mas, señor, con todo respeto sea dicho, tengo para mi que..

-Corta ya y dilo.

-Pues bien: ¿y los chicos, qué?

¡Diantre, tuve que restablecer la institución caballeresca!

No fue por una inspiración repentina. Zack me había hecho una pregunta difícil; tuve que darle unas cuantas vueltas hasta que di con una respuesta viable. Sí, existen ritos de iniciación tanto para los varones como para las hembras; todas las culturas los tienen, aun las que no son conscientes de ello. Cuando yo era joven, era el primer traje con pantalón largo. Luego hay otros como la circuncisión al llegar la pubertad, pruebas de superación del dolor, matar alguna fiera... Son innumerables.

Ninguno de ellos era apropiado para nuestros chicos. Algunos los desaprobaba, otros eran imposibles: la circuncisión, por ejemplo. Yo presento una mutación importante: no tengo prepucio. Pero es una dominante ligada al cromosoma Y, y la transmito a toda mi descendencia masculina. Los muchachos lo sabían, pero gané tiempo volviendo a comentarlo en relación con las innumerables formas en que se celebraba el paso de un varón a la primera madurez... mientras intentaba hallar una respuesta para la cuestión central.

Finalmente, dije:

-Mirad, chicos, los dos sabéis todo lo que he sido capaz de enseñaros sobre reproducción y genética. Los dos sabéis lo que significa el "día de Helen", ¿no? ¿No, Andy?

Andy no respondió; su hermano mayor dijo:

-Claro que lo sabe, papá. Quiere decir que ahora Helen puede tener niños, igual que mamá. Eso tú lo sabes, Andy -Andy asintió, con ojos como platos-. Lo sabemos todos, papá, hasta los pequeños. Bueno, Ivar no sé, es muy crío. Pero Isolda y Ondina ya lo saben: Helen les ha dicho que va a empatar con mamá, y que tendrá su primer niño enseguida.

Contuve los escalofríos que sentía. Abreviemos: no les dije que aquélla era una mala idea, sino que me entretuve mucho rato en sacarles respuestas, cosas que los dos sabían pero en las que aún no se habían parado a pensar como asuntos tan personales: que Helen no podía tener un niño a menos que uno de ellos se la metiera, que Helen todavía era demasiado pequeña para el esfuerzo de fabricar un niño aunque el "día de Helen" ya reflejara el hecho de que era vulnerable; por qué, aun cuando fuera mayor, al cabo de unos pocos años, un hijo que tuviese de alguno de sus hermanos podía ser una tragedia, en lugar de uno de los lindos bebés que hacía mamá. Ellos me lo dijeron a mí, mientras Andy agrandaba más y más los ojos; yo sólo aporté las preguntas.

En esto me ayudó el hecho de que Bailarina, una mulita, hubiera alcanzado su primer estro cuando yo todavía no la creía bastante mayor para tener macho. Por eso mandé a Zack y Andy que la encerraran... pero hizo un agujero a coces en la valla y consiguió lo que quería: Buckaroo la cubrió. Naturalmente, el potrillo resultó demasiado grande para ella y tuve que meterle la mano dentro, despedazarlo y sacarlo a trozos... procedimiento de emergencia habitual entre los veterinarios, pero espectáculo impresionante por sangriento para los dos mozalbetes que ayudaron a su padre sujetando a la mula mientras él operaba.

No, desde luego no querían que a Helen le sucediera nada remotamente parecido, ¡no, señor!

Hice trampa. Minerva. No les dije que por la forma como se le ensanchaban las cachas y las medidas que ya tenía, al médico de la familia, que era yo, ya le parecía que Helen era una fábrica de niños mejor que su propia madre y que podría tener el primero siendo mucho más joven que Dora cuando tuvo a Zaccur, no les dije que las probabilidades de que una pareja hermano-hermana tuviera un hijo sano eran mucho más elevadas que las de que lo tuviera anormal. Eso no se lo dije, ¡desde luego que no!

En cambio, solté unas parrafadas líricas sobre las maravillosas criaturas que son las chicas, el milagro que constituye el que puedan tener niños, lo preciosas que son y el privilegio que para un hombre supone amarlas, obsequiarlas y protegerlas -protegerlas incluso de su propia necedad, porque Helen podía pecar de impaciente y alocada y hacer lo mismo que Bailarina. Así es que no permitáis que os tiente, chicos; en vez de eso, os la cascáis, como venís haciendo. Así lo prometieron, con lágrimas en los ojos.

Yo no les pedí que prometieran aquello ni nada... pero me dio una idea: hacer que la "princesa" Helen los armara caballeros.

Los chicos captaron la idea y la hicieron suya; uno de los libros que Dora había traído consigo, porque Helen se lo dio, eran las *Leyendas de la Corte del Rey Arturo*. Con lo cual tuvimos a Sir Zaccur el Fuerte, Sir Andrew el Valiente y dos aspirantes a dama -aspirantes más bien impacientes pues Isolda y Ondina sabían que ellas también serían "princesas" en cuanto menstruaran. Ivar era escudero de los dos caballeros, y sería armado cuando cambiase la voz. Sólo Elf era demasiado pequeño todavía para tomar parte en el juego.

El recurso dio resultado. Supongo que la "princesa" Helen estaba mas protegida de lo que deseaba, pero si bien no podía camelar a sus fieles caballeros y llevárselos a los trigales, en cambio ellos la ayudaban a sentarse a la mesa, le hacían reverencias cada dos por tres y habitualmente se dirigían a ella llamándola "bella princesa" lo cual era bastante más que lo que había hecho yo con mis hermanas.

Antes del primer aniversario del "día de Helen" bajaron de la montaña aquellas tres familias y la crisis quedó atrás. El primero en separar los muslos de la "princesa" Helen no fue ninguno de sus hermanos, sino Sammy Roberts; de eso no hay duda pues ella misma lo contó sin tardar a su madre (otra señal de la influencia de Helen Mayberry), y Dora la besó y le dijo que era muy buena chica y ahora vete a ver a papá y pídele que te examine... cosa que hice y nada de nada: estaba intacta. Pero aquello le dio a Dora un cierto control sobre la cuestión, del mismo modo que Helen Mayberry la guió a ella a la misma edad, según Dora me había dicho tiempo atrás. En consecuencia, nuestra hija mayor no quedó embarazada hasta que fue tan mayor y hasta más mujer que Dora cuando me casé con ella; y Sven Hanson y yo, y Dora e Ingrid ayudamos a los chicos a instalarse. Helen creía que el niño era de Ole, y por lo que sé estaba en lo cierto. No se armó ningún revuelo. Tampoco hicimos grandes aspavientos cuando Zack desposó a Hilda Hanson. En el Valle Feliz el embarazo equivalía al compromiso; no recuerdo que ninguna chica se casara sin antes acreditar de esa forma su aptitud. Desde luego, ninguna de las nuestras.

Tener vecinos era estupendo.

(Pasaje omitido)

…y no sólo había traído su violín a través de Sierra Muralla, sino que además sabía dirigir bailes. Yo también sabía algunos, y aunque hacía cincuenta años que no tocaba un violín, descubrí que volvía a cogerle el truco, con lo cual nos fuimos turnando, pues a los dos nos gustaba bailar. Así:

-¡En dos filas!

-¡Saludo a la dama, a la de delante! ¡Ahora a la derecha, saludo elegante! ¡Otra reverencia y cogedla en brazos! ¡Y que no se caiga, pues pagará prenda la que se distraiga!

"Ahora sabréis lo que allí pasó:

"¡el rey dijo si, Moisés dijo no!-manos juntas, vuelta a la derecha.

"Al rey todos llamaban Faraón;

"¡les atormentaba sin compasión! -¡*allemande*, izquierda!, ¡atrás, uno, dos! ¡Todos a su sitio y vuelta a empezar!

*"...Moisés, y las aguas se abrieron.-¡*Primera pareja, a cruzar el Mar Rojo! Ahora la chica de la punta y el chico de la derecha; ahora el chico de la punta y la chica de la derecha; así, así, siguiendo todos...

"Felices llegaron a la otra orilla;

"¡cantemos aquí la gran maravilla!

"Solloza en Egipto el rey afligido;

"¡ya no será esclavo el Pueblo Elegido!

"Besad a la dama que el amor empieza,

"y para alegrarla ¡traedle cerveza!-¡Un descanso!

¡Cuánto nos divertimos! Dora aprendió a bailar siendo apenas abuela y seguía bailando cuando ya era tatarabuela. En los primeros años las fiestas se celebraban más a menudo en nuestra casa porque era la mayor y disponíamos de espacio suficiente para albergar una reunión grande. Empezábamos a bailar al atardecer, y lo hacíamos hasta que uno ya no veía a su pareja; entonces venía una merendola informal a la luz de la luna y de las velas, unas cuantas canciones y todos a dormir por todos los rincones de la casa: en las alcobas, en el tejado en la paja, hasta en los carros... y si alguna vez alguien durmió solo, yo no me enteré. Tampoco surgían demasiados conflictos si las cosas se salían un poco de madre.

Por la mañana solía haber función doble a cargo de la Compañía de la Taberna de la Sirena, una comedia y una tragedia, y en seguida llegaba la hora de que los que vivían más lejos reunieran a la chiquillería, engancharan las mulas y emprendieran el regreso, mientras los que habitaban más cerca se quedaban a ayudarnos a limpiar antes de hacer lo propio.

Ah, sí, recuerdo un caso: un hombre le puso un ojo morado a su mujer por no sé qué tontería, por lo que los seis que estaban más cerca le echaron y atrancaron la puerta. Se enfureció tanto que enganchó y se fue... dirigiéndose hacia la Gran Garganta camino del

Paso Desesperado, hecho que pasó desapercibido durante un tiempo, ya que su mujer y su hijo se fueron a vivir con su hermana, el marido de ésta y sus hijos, y se quedó con ellos formando una unión poligámica... que no era la única. No había leyes sobre el matrimonio o el sexo... ni sobre nada durante muchos años, salvo el hecho de que incurrir en la desaprobación de los vecinos, poniéndole un ojo morado a la propia esposa, por ejemplo, podía costarle a uno el ostracismo, que era lo peor que podía ocurrirle a un pionero aparte de que le lincharan.

Pero los inmigrantes tienden tanto a ir muy calientes como a ser tolerantes. Una inteligencia superior siempre incluye un fuerte impulso sexual, y los pioneros del Valle Feliz habían pasado a través de una doble criba: primero, al decidir abandonar la Tierra y después al decidir acometer el Paso Desesperado. Por eso en el Valle Feliz éramos todos personas con auténtica capacidad de supervivencia, despiertas, solidarias, industriosas y tolerantes, dispuestas a luchar cuando fuese necesario pero poco dadas a pelearnos por cosas triviales. El sexo no es una cosa trivial, pero pelearse por cuestiones de esa clase suele ser tonto. Es algo característico únicamente del hombre inseguro de su virilidad, y ése no era el caso de ninguno de aquellos hombres; estaban seguros de sí mismos y no necesitaban demostrársela. Allí no había cobardes, ladrones, enclenques ni buscapleitos; las raras excepciones no alcanzaban a contarlo. O morían como los tres primeros o huían como el idiota que le dio un cate a su mujer.

Aquellas raras purgas eran siempre rápidas e informales. Durante muchos años, la única ley que tuvimos fue la *Regla de Oro*, que no estaba escrita pero que era seguida fielmente.

En una comunidad de esa clase los tabúes inútiles acerca del sexo no podían durar mucho; en primer lugar, no se tendía a introducirlos en nuestro valle. Es cierto que la endogamia muy cerrada no estaba bien vista; aquellos pioneros no eran legos en materia de genética ni de control de la concepción. Pero tenían una actitud pragmática; no recuerdo haber oído hablar a nadie en contra de un incesto que no pasara de aventurilla sin consecuencias. Pero sí me acuerdo de una chica que se casó con un medio hermano suyo sin recatarse de ello y tuvo varios hijos de él; supongo que eran suyos, claro. Puede que la gente murmurase, pero aquello no les valió el ostracismo. Los acuerdos matrimoniales eran vistos como un asunto privado de los que tenían parte en él y no como algo que precisara del consentimiento de la comunidad. Me acuerdo de dos parejas jóvenes que decidieron combinar sus granjas y

construyeron una casa ampliando la mayor de las dos y transformando la otra en establo. Nadie preguntó quién dormía con quién; se daba por sentado que era un matrimonio de cuatro esquinas, y sin duda lo había sido antes de que decidieran ampliar aquella casa y unir sus bienes. No era asunto de nadie más que de ellos.

Entre gente así, el plural de "esposo constante" es "especias picantes". Las comunidades de pioneros, que son pobres en todo lo demás, organizan siempre sus propias distracciones, y el sexo ocupa el primer lugar de la lista. Nosotros no teníamos artistas profesionales, ni teatros (a menos que cuentes como tal las funciones de aficionados que montaban nuestros chicos), cabarets, diversiones a base de electrónica sofisticada, ni periódicos, y sólo poseíamos unos cuantos libros. Naturalmente aquellas reuniones del Club de Baile del Valle Feliz se prolongaban en discretas orgías en cuanto estaba demasiado oscuro para bailar y los pequeños se habían acostado, ¿cómo iba a ser de otro modo? Pero todo era muy moderado; una pareja podía dormir en su propio carromato y desentenderse de la plácida juerga que se desarrollaba en otras partes de la casa. No estaban obligados a nada; qué caramba, ni siquiera tenían que asistir al baile.

Pero nadie se perdía aquellos bailes semanales. En particular eran buenos para los jóvenes; les daban oportunidades de conocerse y cortejarse. A lo mejor la mayor parte de los primogénitos fueron concebidos en nuestras fiestas: ocasiones no faltaban. Por otra parte, una chica no tenía por qué entregarse a la primera aventura si no le parecía bien. Pero lo más normal era que una joven se casara a los quince o dieciséis años, y los novios no eran mucho mayores; el matrimonio tardío es una costumbre urbana que no se ha dado nunca en culturas de pioneros.

¿Dora y yo? Pero Minerva, querida, ya te lo conté.

(Pasaje omitido.)

... el calendario de viajes al exterior se inició al año siguiente de nacer Gibbie, cuando Zack tenía... dieciocho años, creo; tengo que ir convirtiendo los años de Nuevos Albores en años tipo. De todas formas era más alto que yo, rozaba los dos metros y pesaba unos ochenta kilos y Andy era casi igual de alto y fuerte. Me sentía forzado a esperar, pues sabía que Zack podía casarse cualquier día, y no podía enviar a Andy solo con un carro a través del paso. Ivar no tenía más que nueve años; era una gran ayuda en la granja pero demasiado pequeño para aquel compromiso.

Pero sólo encontraba carreteros en mi propia familia. En el valle apenas había una docena de familias; aún no llevaban mucho tiempo en él, y no tenían la urgencia de comprar cosas que yo tenia.

Quería tres carros nuevos, no sólo porque los míos se estaban quedando viejos, sino porque Zack necesitaría uno cuando se casara. Y Andy también. Y, según y como, tendría que darle uno a Helen como dote. Esto se extendía a los arados y a los diversos utensilios agrícolas de metal. A pesar de su prosperidad, el Valle Feliz no podía autoabastecerse completamente sin una industria metalúrgica; es decir, no podría hacerlo durante mucho tiempo.

Tenía otra larga lista de cosas que comprar.

(Pasaje omitido.)

... sobre un calendario trimestral. Pero los alimentos que las cincuenta y tantas granjas podían expedir no daban para mucho al otro lado, en competencia con granjeros que no tenían que soportar los costes de transportarlos por medio de carros a través de la Muralla y la pradera; yo seguía subvencionando nuestro vínculo de unión con la civilización a base de extender cheques a John Magee contra mi participación en el "Andy J.", y gracias a eso traía al valle cosas que de otro modo no habríamos tenido nunca. Algunas me las quedaba yo: Dora dispuso de agua corriente dentro de casa después de que nuestros chicos terminaran el primer viaje, justo a tiempo de cumplir la promesa que le hiciera, puesto que Zack dejó encinta a Milda apenas regresó, y su primer bebé, Ingrid Dora, y lo que faltaba para completar el cuarto de baño de Dora, llegaron prácticamente a la vez. Las otras cosas las vendía a los otros granjeros, para la labranza. Pero la raza de mulas descendientes de Buck, fuerte, inteligente, y capaz de aprender a hablar, acabó equilibrando nuestro balance, tan pronto pude perforar aquellos dos pozos en la pradera y contar con la posibilidad de mantener una línea de mulas hasta Separation Center sin perder la mitad. Para nuestro valle, ello significaba medicamentos, libros y muchas otras cosas.

(Pasaje omitido.)

Lazarus Long no tenía intención de sorprender a su esposa. Pero ninguno de los dos llamaba nunca a la puerta de la alcoba. Al hallarla cerrada, la abrió despacio por si ella dormía.

En vez de eso, la encontró de pie ante la ventana, dando el costado a la luz que entraba y arrancándose cuidadosamente un largo cabello gis.

La contempló con una mezcla de sorpresa y desaliento. A los pocos instantes se rehizo y dijo:

-Adorada. . .

-¿Eh? -exclamó ella, volviéndose-. Me has asustado. No te he oído entrar, querido.

-Lo siento. ¿Me lo das?

-¿Darte qué Woodrow?

Fue hacia ella, se inclinó y recogió el cabello plateado.

-Esto. Amada mía, para mí cada uno de tus cabellos es algo precioso ¿Puedo quedármelo?

Ella no respondió. Él le vio los ojos llenos de lágrimas; empezaron a derramarse.

-Dora, Dora -repitió insistente-, ¿por qué lloras?

-Lo siento Lazarus; no quería que me vieras haciendo esto.

-¿Y por qué lo hacías, Adorada? Yo tengo el pelo mucho más gris que tú.

Ella respondió lo que él no había dicho, y no lo que sí dijo.

-Querido, yo no tengo la culpa si adivino al instante que alguien me está diciendo... en fin, "mentirijillas"; así hay que llamarlo, ya que tú nunca me has engañado.

-Pero si tengo el pelo gris, Adorada...

-Sí señor. No tenías intención de sorprenderme, ya lo sé... y yo no tenía intención de fisgar mientras te limpiaba el estudio. Encontré tu estuche de cosmética, Lazarus, hace más de un año. Cuando haces algo para que tu cabello ondulado y rojizo aparezca gris, me estás diciendo una mentirijilla, ¿no? Supongo que es más o menos lo que hago yo cuando me arranco cabellos que son grises.

-¿Te has estado quitando canas desde que sabes que yo me pongo años? Querida...

-¡No no Lazarus! Hace siglos que me los quito, o más. Ya soy bisabuela, querido... y lo parezco. Pero lo que tú haces... con tanto cuidado, y con tanta delicadeza... y no sabes cuanto te lo agradezco... lo que tú haces no te hace parecer de mi edad; sólo te hace parecer un canoso prematuro.

-Es posible. Aunque tengo derecho a tener el pelo gris, Adorada: lo tenía blanco como la nieve poco antes de que tú nacieras. Para volver a ser joven me hizo falta algo más drástico que un maquillaje, o que arrancarme algún cabello. Pero no me pareció que mereciera la pena hablar de ello.

Avanzó hacia ella, le rodeó la cintura con un brazo, le quitó el espejo de las manos, lo arrojó sobre la cama y la hizo ponerse de cara a la ventana.

-Tus años son una proeza, Dora; no son nada que debas ocultar. Mira ahí fuera: las granjas llegan hasta las montañas, y hay muchas más que no se ven desde aquí. ¿Cuántas personas de las que habitan en nuestro Valle Feliz descienden de tu cuerpecito?

-Nunca las he contado.

-Yo sí: más de la mitad. Estoy orgulloso de ti. Tienes los pechos devastados por tantos y tantos niños, y el vientre deshecho: son tus condecoraciones, Adorada. Son tus medallas al valor, te hacen más bella. Así, pues, camina con la cabeza bien alta, cielo, y no te preocupes por esos cabellos de plata. Sé lo que eres, ¡presume de serlo!

-Sí, Lazarus. A mí las canas no me importan: sólo lo hacía para gustarte.

-Me gustas aunque no te lo propongas, Adorada; siempre ha sido así. ¿Quieres que deje que mi pelo vuelva a su color natural? Aquí, en el Valle Feliz, entre los míos, no me resulta peligroso ser un Howard.

-Me da lo mismo, cariño, pero no lo hagas por mí. Si parecer un poco más viejo te facilita las cosas... por ser el Primer Colono y todo eso... hazlo.

-Las hace más fáciles, sí, cuando trato con los demás. Y no es problema: domino la técnica de tal modo que podría hacerlo hasta durmiendo. Pero escucha, Dora, cariño: Zack Briggs pasará por El Primer Dólar antes de diez años, ya viste la carta de John. Todavía estamos a tiempo de ir a Secundus: allí pueden convertirte de nuevo en una muchacha, si quieres... y darte unos años más de vida. Cincuenta, cien quizá.

Ella tardó en responder:

-¿Me estás pidiendo que lo haga, Lazarus?

-Te lo estoy proponiendo. Pero se trata de tu cuerpo, queridísima. De tu vida.

Ella miró por la ventana.

-"Más de la mitad", has dicho...

-Y la proporción aumenta. Nuestros chicos crían como conejos. Y sus chicos hacen lo mismo.

-En realidad ya hace muchos, muchos años que quedó bien claro, Lazarus, pero ahora todavía lo está más: no quiero abandonar nuestro valle ni siquiera para visitar el exterior. No quiero dejar a nuestros hijos. Ni a los hijos de nuestros hijos, ni a sus hijos. Y desde luego no quisiera volver a tener el aspecto de una jovencita... para ver nacer a nuestros tataranietos. Tienes razón; me he ganado las canas. ¡ Ahora las luciré !

-¡Ésta es la chica con quien me casé! ¡esta es mi Dora! -levantó una mano, se la aplicó a un pecho y le pellizcó el pezón. Ella se estremeció, calmándose al instante-. Sabía que me responderías así, pero tenia que proponerlo. La edad no puede marchitarte, querida, ni la costumbre echar a perder tu infinita variedad. Otras mujeres sacian, tú estimulas.

-No soy Cleopatra, Woodrow-dijo ella sonriendo.

-Ésa es tu opinión, moza. Pero ¿qué vale tu opinión contra la mía? Lil, he visto miles y miles de mujeres más que tú, y te digo que a tu lado Cleopatra es un adefesio. Lo digo yo.

-Adulador -dijo ella con voz suave-. Seguro que no te ha rechazado nunca ninguna mujer.

-Porque nunca me expongo a que me den calabazas: espero a que me lo pidan ellas, siempre.

-¿Y ahora esperas que te lo pida? Muy bien, te lo pido. Será mejor que empiece a hacer la cena.

-No tengas tanta prisa, Lil. Primero te voy a tumbar sobre la cama. Luego te levantaré las faldas, y veré si puedo encontrarte algún pelo gris en ese sitio. Si lo encuentro, te lo arrancaré yo.

-Animal, bellaco, sátiro... -Sonrió, encantada-. ¿No quedamos en olvidarnos de las canas?

-Hablábamos de los pelos de la cabeza, Abuela. Pero esta otra parte sigue tan joven como siempre... y mejor que nunca... así es que vamos a eliminar con todo cuidado los pelitos grises que haya en... en tus preciosos ricitos castaños.

-Sátiro mío, qué dulce eres. Si encuentras alguno, adelante; pero por ahí me los he venido quitando con más cuidado todavía que los de la cabeza. Espera, me voy a quitar el vestido.

-¡Ahí va! ¡Ésa es Lil la Larga, la zorra más fogosa del Valle Feliz, siempre con prisas! Quítate el vestido si quieres, pero yo me voy a buscar a Lurton para decirle que ensille a Favorito y se vaya a casa de Lyle y su hermana Marje a que le den cena y cama. Luego vendré a repasar esos ricitos. Me temo que hoy cenaremos tarde.

-Lo mismo da que no lo hagas, querido.

-Ésta es mi Lil. En el valle no hay un solo hombre que no se atreviera a raptarte y buscar otro valle a la menor incitación por tu parte, incluidos tus propios hijos y tus yernos, todos los machos de catorce años para arriba.

-¡No es verdad! Me adulas otra vez...

-¿Qué apuestas? Pensándolo mejor, no vamos a perder el tiempo arrancándote pelos grises de arriba ni de abajo. Cuando vuelva de decirle al pequeño que esta noche se pierda, quiero encontrarte aquí luciendo solamente tus rubíes y una sonrisa. Porque esta noche no cocinamos; vamos a preparar una cena fría y subiremos con una manta al tejado para... contemplar la puesta de sol.

-Sí, señor. ¡Oh, cariño, te quiero tanto! ¿Cómo lo haremos?

-Que lo decida Lil la Larga.

(Omitidas 39.000 palabras, aprox.)

Lazarus abrió muy despacio la puerta de la alcoba, miró al interior y dirigió una mirada de interrogación a su hija Elf, una mujer de mediana edad extraordinariamente bella, con llameantes cabellos rojizos tocados de gris.

-Pasa, papá; mamá está despierta -dijo, disponiéndose a salir con una bandeja.

Lazarus miró lo que contenía, lo restó mentalmente de lo que había visto en ella cuando se la llevaban de la cocina, y obtuvo una cantidad demasiado próxima a cero para gustarle. Pero no dijo nada; se acercó a la cama y sonrió a su esposa. Dora le devolvió la sonrisa. ÉI se inclinó y la besó, sentándose después donde había estado Elf.

-¿Cómo está mi mujercita?

-Muy bien Woodrow, muy bien. Ginny... no, Elf; Elf me ha traído una cena deliciosa. Me la he comido muy a gusto. Pero le pedí que me pusiera los rubíes antes de darme de comer... ¿No lo has notado?

-Claro que lo he notado, guapísima. ¿Acaso la gran Lil cena alguna vez sin ponerse las joyas?

Ella no respondió, y se le cerraron los ojos. Lazarus se mantuvo en silencio, atento a su respiración, y le contó las pulsaciones observándole los latidos del cuello.

-¿Los oyes, Lazarus? -Volvía a tener los ojos abiertos

-¿Oír qué, Adorada?

-Los patos salvajes. Deben de pasar justo por encima de la casa.

-Ah, sí, desde luego.

-Este año llegan pronto -aquello pareció fatigarla- volvió a cerrar los ojos. Él esperaba.

-Querido... ¿quieres cantarme la canción de Buck?

-Claro que sí, Dora adorada.

Lazarus se aclaró la garganta y empezó a cantar:

Hay una escuela

junto a la tienda:

allí estudia mi Dorita.

junto a la escuela

hay un establo:

ahí vive Buck, su amiguito.

Ella cerró los ojos de nuevo, por lo que él cantó las otras estrofas en voz muy baja. Al terminar, ella le sonrió.

-Gracias, querido; es preciosa. Siempre lo ha sido. Pero ahora estoy un poco cansada. Si me duermo, ¿estarás aquí?

-Siempre estaré aquí, querida mía. Ahora duerme.

Ella le volvió a sonreír, y se le cerraron los ojos. Mientras dormía, su respiración iba haciéndose más lenta

La respiración se detuvo.

Lazarus esperó largo rato antes de llamar a Ginny y a Elf.

Segundo intermedio

Más extractos de los Cuadernos de Lazarus Long

Dile siempre que es bonita, en especial si no lo es.

Si formas parte de una sociedad que vota, hazlo. Es posible que no haya candidatos ni programas a favor de los cuales quieras votar, pero seguramente hay algunos contra los cuales quieres votar. En caso de duda, vota en contra. Siguiendo esta regla casi nunca errarás.

Si te parece que eso es votar a ciegas, acude a algún tonto bien intencionado (siempre hay alguno cerca) y pídele consejo. Y vota al revés de lo que te diga. Esto te permite ser un buen ciudadano (si ése es tu deseo) sin invertir en ello la enorme suma de tiempo que requiere el ejercicio inteligente del sufragio.

Fórmula clave de un matrimonio feliz: pagar al contado, o no comprar. Los intereses no sólo se comen el presupuesto familiar, sino que la conciencia de tener deudas se come la felicidad doméstica.

Los que se niegan a mantener y defender a un Estado no tienen derecho a pedir la protección de ese Estado. Legalmente, matar a un anarquista o a un pacifista no debería ser calificado de "asesinato". A lo sumo, los delitos contra el Estado no deberían pasar de "usar armas mortíferas dentro de los límites de la ciudad", "originar un accidente de tráfico", "poner en peligro la seguridad de los espectadores" o cualquier otra falta leve.

De todos modos, el Estado puede imponer una veda de esos exóticos animales sociales cuando corran peligro de extinción. Fuera de la Tierra, raras veces se ha visto un pacifista macho auténtico, y no es muy probable que haya sobrevivido ninguno a los conflictos que allí hubo... Lo cual es muy de lamentar, pues de entre todos los primates eran los que tenían la boca más grande y el cerebro más pequeño.

La variedad de anarquista de boca pequeña se diseminó por la galaxia en la primerísima oleada de la Gran Diáspora; no hay necesidad de protegerla. Pero a menudo reaparece.

Otra fórmula para obtener un matrimonio feliz: al hacer el presupuesto, ¡primero los lujos!

Y otra: procura que ella tenga su propio despacho... ¡y no pongas los pies en él!

Y otra más: en las riñas familiares, si resulta que tienes razón ¡pide perdón inmediatamente!

"Dios se dividió a sí mismo en una miríada de partes para poder tener amigos." Puede no ser verdad, pero suena bien. Y no es más absurda que otras teologías.

Conservarse joven exige el cultivar con tenacidad la capacidad de desaprender las viejas falsedades.

¿Habla la historia de algún caso en el que la mayoría tuviera razón?

Cuando el zorro te gruña, ¡sonríe!

El "crítico" es un hombre que no crea nada y por ello se considera capacitado para enjuiciar la obra de los hombres creativos. La cosa tiene su lógica; es imparcial: odia por igual a todos los creadores.

El dinero es veraz. Si un hombre habla de su honor, hazle pagar en efectivo.

No asustes nunca a un hombre pequeño. Te matará.

Sólo los sádicos más temibles -o los necios- dicen la verdad desnuda en las reuniones sociales.

Aquella lagartija miserable me contó que entre sus antepasados por parte de madre había un brontosaurio; la gente que presume de su linaje raramente tiene nada más en que apoyarse. Ridiculizarla es barato y contribuye a aumentar la felicidad de un mundo en el que siempre andamos escasos de ella.

Cuando manipules un insecto de los que pican, hazlo muy despacio.

Ser "objetivo" a propósito del mundo es desbarrar y perderse en fantasías... y en fantasías insípidas, además, puesto que el mundo real es extraño y maravilloso.

La diferencia que hay entre la ciencia y los temas nebulosos es que la ciencia requiere razonamiento, mientras que los otros temas no requieren más que erudición.

La cópula es espiritual en esencia... o es ejercicio meramente amistoso. Pensándolo mejor, retiro lo de "meramente". La cópula no es "meramente", ni aun en las ocasiones en que no es más que un alegre pasatiempo para dos extraños. Pero cuando alcanza su máximo grado de espiritualidad, la cópula es mucho más que la unión carnal, hasta el punto que es algo distinto, tanto en género como en grado.

El rasgo más triste de la homosexualidad no es el hecho de que sea "mala" o "pecaminosa", o de que no pueda conducir a la procreación, sino el de que por medio de ella es más difícil alcanzar esa unión espiritual. No es imposible, pero todas las circunstancias se oponen a ello.

Pero -lo que es más triste aún- muchas personas no logran nunca la comunión espiritual ni siquiera gozando de las ventajas del esquema varón-hembra; están condenadas a errar solas por la vida.

El tacto es el sentido más fundamental. Los niños lo ejercitan, con todo el cuerpo antes de nacer y mucho antes de aprender a utilizar la vista el oído o el gusto, y ningún ser humano deja nunca de necesitarlo. Con tus hijos sé avaro en dinero de bolsillo... pero pródigo en abrazos.

El secreto es el comienzo de la tiranía.

La mayor fuerza productiva es el egoísmo humano.

Cuidado con las bebidas fuertes: pueden hacerte disparar contra un recaudador de impuestos... y errar el tiro.

La profesión de chamán tiene muchas ventajas. Ofrece una elevada categoría social con un modo seguro de ganarse la vida, exento de trabajo, sin sudores ni monotonías. En muchas sociedades proporciona privilegios e inmunidades legales que no se otorgan a los otros hombres. Pero resulta difícil entender cómo un hombre al que el cielo ha dado el mandato de esparcir buenas nuevas y mensajes de felicidad entre la humanidad puede estar verdaderamente interesado en efectuar una recaudación para reunir un sueldo; esto le hace pensar a uno que el chamán, moralmente, está a la altura de un estafador cualquiera.

Pero si se tiene suficiente estómago, es un trabajo estupendo.

A cada puta habría que juzgarla según los mismos criterios que a los otros profesionales que ofrecen un servicio a cambio de un pago, como los dentistas, abogados, peluqueros, médicos, fontaneros, etcétera. ¿Es profesionalmente competente? ¿Es generosa en sus prestaciones? ¿Es honrada con la clientela?

Es posible que el porcentaje de putas honradas y competentes sea mayor que el de fontaneros y mucho mayor que el de abogados. Y enormemente mayor que el de catedráticos.

¿Has notado lo mucho que se parecen a las orquídeas? ¡Son preciosos!

Ser experto en un campo no significa serlo en otros. Pero a menudo los expertos creen que sí. Cuanto más reducida es su área de conocimientos, tanto más probable es que lo crean.

No trates nunca de ganar a un gato en testarudez.

Si arremetes contra un molino de viento saldrás peor librado que el molino.

Déjate caer en la tentación: puede que no vuelva a cruzarse en tu camino.

Despertar a una persona sin necesidad no debería ser considerado un delito merecedor de la pena capital. La primera vez, claro.

La única respuesta que merece una pregunta impertinente es "¡Vete al infierno!" o cualquier otro insulto.

La forma correcta de puntuar una frase que empiece así: "Desde luego no es asunto mío, pero", es poner punto después del "pero". No te emplees con demasiada energía cuando pongas punto final al memo que te lo diga. Cortarle el cuello no pasa de ser una satisfacción momentánea y sólo servirá para que se hable de ti.

Un hombre no se fija demasiado en la belleza física de la mujer que le levanta la moral. Al poco tiempo se da cuenta de que es bella de verdad, sólo que al principio no lo había notado.

Es mejor compañía un canalla que uno que presuma de "franco".

"En la guerra y en el amor vale todo." ¡Qué mentira tan despreciable!

Cuidado con la falacia del "cisne negro". La lógica deductiva es tautológica; no hay forma de obtener de ella una verdad nueva, y maneja con igual facilidad los juicios falsos y los verdaderos. Si olvidas esto, errarás... con lógica perfecta. A esto, los que construyeron las primeras computadoras lo llamaban la "ley de las cuatro des": "Dale desperdicios: dará desperdicios".

La lógica inductiva es mucho más difícil, pero puede proporcionar verdades nuevas.

Al "bromista" hay que premiarlo según la calidad de su ingenio. Apalearlo no está mal. A un bromista de excepción se le puede pasar por la quilla. Pero el clavarlo encima de un hormiguero debe reservarse para el más ingenioso de todos.

Las leyes naturales no tienen piedad.

En el planeta Tranquilo, cerca de KM849, vive un animalito al que se conoce por "knafn". Es herbívoro, no tiene enemigos naturales, no huye si uno se le acerca, y se deja acariciar: es como un perrito de seis patas con escamas. Resulta muy agradable acariciarlo; se estremece de placer y emite radiaciones de euforia en alguna longitud de onda que los humanos pueden captar. Merece la pena llegarse hasta allí.

Cualquier día, algún sabihondo hallará el modo de grabar esa emisión de ondas, algún listillo le verá el lado comercial... y al poco tiempo lo habrán regulado y gravado con impuestos.

Entretanto, le he dado un nombre falso y otro número de catálogo; está a varios miles de años-luz en otra dirección. Egoísta que es uno...

La libertad empieza cuando uno manda a la gente a freír espárragos.

Tú cuídate de los cajones y los frijoles cuidarán de sí mismos. Procura tener dinero para escapar, pero no pongas demasiado empeño en ello.

Si "todo el mundo sabe" tal o cual cosa, es que no es así. Por diez mil contra uno, al menos.

Las etiquetas políticas, tales como monárquico, comunista, demócrata, fascista, liberal, conservador, etc., nunca son criterios básicos. La especie humana se divide políticamente entre los que quieren que la gente esté controlada y los que no sienten tal deseo. Los primeros son unos idealistas movidos por elevados ideales de bien común. Los segundos son unos cascarrabias malhumorados, desconfiados y carentes de altruismo. Pero resulta más cómodo tenerlos por vecinos.

De noche todos los gatos no son pardos. Hay una infinita variedad de ellos...

El pecado consiste en hacer daño al prójimo sin necesidad. Todos los demás "pecados" son sandeces inventadas. (Hacerse daño a sí mismo no es pecado: sólo es una estupidez)

La generosidad es innata; el altruismo es una perversidad adquirida. No se parecen en nada.

A un hombre le es imposible amar con toda el alma a su esposa sin amar de algún modo a todas las mujeres. Supongo que para las mujeres es verdad lo contrario.

Se puede errar tanto por ser demasiado escéptico como por ser demasiado confiado.

Las formalidades entre marido y mujer son más importantes aún que entre personas extrañas.

Todo lo que es gratuito vale lo que se paga por ello.

No guardes el ajo con las otras vituallas.

El clima es lo que esperamos; el tiempo es lo que tenemos.

Pesimista por sistema, optimista por temperamento: se puede ser ambas cosas. ¿Cómo? No corriendo nunca riesgos innecesarios y minimizando los inevitables. Ello te permite jugar con alegría, sin que te inquiete la certidumbre del desenlace.

No confundas el "deber" con lo que los demás esperan de ti; son dos cosas totalmente distintas. El deber es una deuda que tienes contigo mismo para cumplir con obligaciones que has asumido voluntariamente. El pago de dicha deuda puede entrañar desde años de labor paciente hasta un estar dispuesto a morir. Puede ser difícil, pero la recompensa es la dignidad.

Pero no existe recompensa alguna para quien hace lo que la gente espera de él, y hacerlo no es tan sólo difícil sino imposible. Es más fácil habérselas con la estera que con la sanguijuela que sólo quiere "un par de minutos de su tiempo, por favor; será cosa

de poco rato". El tiempo es todo tu capital, y los minutos de tu vida son dolorosamente escasos. Si te dejas dominar por el vicio de atender a tales peticiones, pronto crecerán como una bola de nieve hasta el extremo de que esos parásitos se comerán el cien por ciento de tu tiempo... ¡y aún graznarán pidiendo más!

En consecuencia, aprende a decir "no", con malos modos si es preciso.

De lo contrario, no tendrás tiempo de desempeñar tus obligaciones ni de hacer tu trabajo, y desde luego no dispondrás de tiempo para el amor y la felicidad. Las termitas se te comerán la vida a pedacitos y no te dejarán nada.

(Esta regla no significa que no debas hacerle un favor a un amigo, o a un extraño. Pero que sea porque tú lo has decidido. No lo hagas porque lo "esperen" de ti).

"Llegué, vi, y ella venció." (Al parecer, el original latino fue tergiversado).

Los comités son formas de vida con seis o más patas y sin cerebro.

A los animales se les puede hacer enloquecer a base de colocar un número excesivo de ellos en un recinto demasiado pequeño. El homo sapiens es el único animal que por propia voluntad hace tal cosa consigo mismo.

No trates de decir la última palabra. Podrías conseguirlo.

Variaciones sobre un mismo tema

13

Quintoinfierno

-¿Ha visto esta lista, Ira?-dijo Lazarus Long. Estaba cómodamente instalado en la oficina del jefe de colonia Ira Weatheral en Quintoinfierno, el mayor (y único) asentamiento del planeta Tertius. Con ellos estaba Justin Foote XLV, recién llegado de Nueva Roma, Secundus.

-Esta carta se la envía Arabelle a usted, Lazarus, no a mí.

-La muy chinche no me va a dejar en paz. Su Extrema Ubicuidad la señora presidenta en funciones Arabelle Foote-Hedrick parece creer que la han coronado reina de los Howard. Estoy tentado de volver y tomar otra vez las riendas -Lazarus pasó la lista a Weatheral-. Échele una ojeada, Ira. ¿Tiene usted algo que ver con esto, Justin?

-No, Decano. Arabelle me dijo que se lo entregase y ordenó que le diera instrucciones con vistas a asegurar la entrega del Correo Aplazado de varias eras, lo cual presenta problemas para las fechas anteriores a la Diáspora. Pero no considero prácticas sus ideas. Si me lo permite, le diré que yo sé más historia terráquea que ella.

-De eso estoy seguro. Creo que esta lista la copió de una enciclopedia. No me importune explicándome las ideas de ella. Sí claro, me las puede transcribir, pero no pienso tragarme el rollo. Quiero las ideas de usted, Justin.

-Gracias, Ancestro...

-Llámeme Lazarus.

-Gracias, Lazarus. El motivo oficial de mi visita es elaborar un informe para ella sobre esta colonia.

-¿Acaso cree Arabelle que tiene jurisdicción sobre Tertius, Justin? -terció Ira.

-Me temo que sí, Ira.

Lazarus lanzó un gruñido:

-Pues no la tiene. Pero está tan lejos de aquí que si quiere autodenominarse "emperatriz de Tertius" no pasa nada. Nuestra situación es ésta, Justin: Ira es el jefe de colonia, y todavía nos estamos instalando. Yo soy el alcalde: Ira hace todo el trabajo, pero en las asambleas de la comunidad la maza la manejo yo: siempre hay colonos que creen que una colonia puede funcionar como un planeta metropolitano, de modo que yo presido para arrojar jarros de agua fría sobre los cerebros calenturientos. Cuando esté listo para emprender el viajecito a través del tiempo, eliminaremos el cargo de jefe de colonia e Ira asumirá el de alcalde.

"Pero usted muévase con toda libertad: inspeccione el lugar, examine los archivos, cuente las narices, haga lo que guste. Sea bienvenido a Tertius, la colonia pequeña más grande que hay a este lado del Centro Galáctico. Está usted en su casa, hijo.

-Gracias. Me quedaría de colono, Lazarus, pero quiero seguir siendo Archivero Jefe hasta que termine de preparar sus memorias.

-¿Esa basura? ¡Quémela! -exclamó Lazarus-. ¡Goce de la vida, jovencito, que mañana es tarde!

-No hable así, Lazarus -dijo Ira-. Le he consentido todos los caprichos durante años sólo para poderlas recoger.

-Pamplinas. Ya le recompensé cuando tomé el mando e impedí que la Gran Duquesa le desterrara a Felicidad. Consiguió lo que quería; ¿qué le importan ahora mis memorias?

-Me importan.

-Muy bien. Quizá Justin las podrá preparar aquí. ¡Atenea! ¡Palas Atenea! ¿Estás ahí, cielo?

-A la escucha, Lazarus respondió una dulce voz de soprano desde un altavoz que estaba encima del escritorio de Ira.

-Tus recuerdos incluyen los míos, ¿no?

-Desde luego, Lazarus: todas las palabras que ha pronunciado desde que Ira le rescató de…

-No me "rescató", querida: me secuestró.

-Corrección: ... desde que Ira le secuestró en aquel hotel de mala muerte, y todas sus memorias anteriores.

-Gracias querida, ¿Lo ve, Justin? Si tiene que seleccionar, recortar y pegar, hágalo aquí. A no ser que haya dejado algún trabajo sin terminar en Secundus. Asuntos de familia, no se...

-No tengo familia. Tengo hijos ya mayores, pero esposa no. Mi trabajo lo hace ahora mi delegada, y la he nombrado sucesora mía... si lo aprueba la Junta. Pero estoy desconcertado. ¿Qué hay de mi nave ?

-Mi nave, querrá decir. No me refiero a mi yate "Dora", sino a la autocápsula individual en la que llegó, la "Paloma Mensajera". Pertenece a una corporación que pertenece a otra corporación de la cual soy socio mayoritario. Aceptaré la entrega y así Arabelle se ahorrará la mitad del alquiler.

-¿Sí? La señora presidenta en funciones no alquiló esa autocápsula Lazarus; la requisó para utilizarla como servicio público.

-¡Estupendo! -exclamó Lazarus riendo por lo bajo-. A lo mejor le pongo una multa. Mire, Justin: en los Artículos del Contrato por el que se colonizó Secundus no hay nada que autorice la requisa de propiedades privadas por parte del estado. ¿No es cierto, Ira?

-Es técnicamente cierto, Lazarus. Aunque existen numerosos precedentes en cuanto a propiedades territoriales extensas.

-Eso también habría que discutirlo, Ira. Pero ¿le consta que se haya aplicado alguna vez a naves espaciales?

-No, nunca. A menos que cuente el "Nuevas Fronteras".

-¡Quiá! El "Nuevas Fronteras" no lo requisé, Ira; lo robé para salvar nuestros pellejos.

-Pensaba en la parte que tuvo en ello Slayton Ford, no en la de usted. ¿Fue quizás una... requisa constructiva?

-Mmm... No es muy elegante por su parte sacarlo a colación cuando lleva muerto un par de miles de años. Además, si Slayton no hubiera hecho lo que hizo, usted y yo no estaríamos aquí. Ni ninguno de nosotros. Maldito sea, Ira.

-No se sulfure, abuelo. Sólo estaba señalando el hecho de que a veces un jefe de Estado tiene que hacer cosas que como particular no haría nunca. Pero si Arabelle puede requisar la "Paloma Mensajera" cuando para en Secundus, usted puede hacer lo mismo en Tertius. Los dos son jefes de estado de planetas autónomos. Déle una lección.

-No me tiente, Ira. Ya me ocurrió una vez. Si se convierte en un hábito, puede ser el fin de los viajes interestelares. No pienso tocar ese cacharro apoyándome en una base legal tan endeble. Pero indirectamente soy un propietario, y si Justin quiere quedarse, puede

entregármelo, que yo ya lo devolveré a Empresas del Transporte. Volviendo a esa lista: ¿usted ve lo que quiere esa bruja? ¿Ve sobre qué fechas y lugares quiere que informe?

-Parece un itinerario muy interesante.

-¿Sí, eh? Pues hágalo usted. "Batalla de Hastings; primera, segunda y tercera Cruzadas; batalla de Orleans; caída de Constantinopla; revolución francesa; batalla de Waterloo". Las Termópilas y otros diecinueve choques entre extraños alborotados. Me sorprende que no me pida que arbitre el combate de David contra Goliat. Yo soy un gallina, Ira: lucho cuando no puedo correr... Pues ¿cómo cree esa mujer que me las he apañado para vivir tanto tiempo? Los derramamientos de sangre no son un deporte de espectáculo: si la historia dice que tal batalla se desarrolló en tal lugar y en tal fecha, yo estaré en algún lugar -o en alguna fecha- bien distante, sentado en una taberna, bebiendo cerveza y pellizcando a las camareras, y no esquivando el fuego de mortero para saciar la curiosidad malsana de Arabelle.

-Yo ya se lo insinué -dijo Justin-, pero ella dijo que se trata de un proyecto oficial de las Familias.

-Y un cuerno. Le hablé de ello tan sólo para asegurarme del asunto del Correo Atrasado. Yo soy cobarde de profesión... y no trabajo para ella. Iré donde me plazca y cuando me plazca, veré lo que quiera ver, y no intentaré enfrentarme a los patanes del lugar. En particular a los que luchen entre sí; no hay nada que los haga ponerse más agresivos.

-Nunca ha dicho qué tiene pensado ver, Lazarus -dijo Ira Weatheral.

-Pues... Batallas, ninguna. Las batallas ya están bien narradas, para mi gusto. Pero hay montones de cosas interesantes en la historia terráquea: cosas pacíficas sobre las que no se nos ha informado bien por ser pacíficas. Quiero ver el Partenón en el apogeo de su

gloria. Navegar Mississippi abajo llevando a Sam Clemens de navegante. Ir a Palestina en las tres primeras décadas de la Era Cristiana y tratar de localizar a un carpintero convertido en rabino: comprobar si hubo tal hombre.

Justin Foote parecía sorprendido:

-¿Se refiere al Mesías de los cristianos? Muchas de las historias que se cuentan de él son mitos reconocidos como tales, pero...

-¿Y cómo sabe usted que son mitos? Aunque lo que nunca ha quedado establecido es que haya vivido. En cambio, Sócrates, cuatro siglos antes... Su realidad histórica está tan firmemente establecida como la de Napoleón. No sucede lo mismo con el Carpintero de Nazaret. A pesar del cuidado con que los romanos llevaban sus registros y el no menor cuidado con que los judíos llevaban los suyos, en los documentos de la época no aparece ninguno de los sucesos que deberían constar en ellos.

"Pero si le dedicara treinta años, podría averiguarlo. Sé el latín y el griego de aquella época y conozco casi igual de bien el hebreo clásico; sólo me faltaría añadir el arameo. Si diera con él, podría seguirle a todas partes. Y recoger sus palabras con una micrograbadora para ver si concuerdan con lo que dicen que dijo.

"De todas formas, no aceptaría apuestas sobre este tema. La realidad histórica de Jesús es la cuestión más resbaladiza de toda la historia, porque durante siglos no se pudo plantear. Al que lo hacía lo colgaban o lo quemaban en la hoguera.

-Me desconcierta -dijo Ira-. Creía poseer un conocimiento más profundo de la historia de la Tierra. Aunque me he concentrado en el período que va desde la muerte de Ira Howard hasta la fundación de Nueva Roma.

-No la ha visto ni por encima, hijo mío. Pero, aparte esta extraña historia... extraña porque, mientras que la mayor parte de los grandes líderes religiosos están sólidamente documentados, éste sigue siendo tan difícil de atrapar como las leyendas del rey Arturo... no iré a la caza de los grandes acontecimientos. Prefiero conocer a Galileo, ver trabajar a Miguel Ángel, presenciar el estreno de alguna obra de Bill en el Teatro del Globo, cosas así. Me gustaría especialmente volver a mi propia infancia y ver si las cosas son como yo las recuerdo.

-¿Y correr el riesgo de encontrarse con usted mismo? -preguntó Ira, parpadeante.

-¿Por qué no?

-Porque... Porque eso sería una paradoja, ¿no?

-¿Cómo? Si voy a hacerlo es que lo hice. El viejo cuento de matar al propio abuelo antes dé que engendre al padre y ¡paf! desaparecer como una pompa de jabón, con todos los descendientes de uno, usted incluido... es absurdo. El hecho de que usted y yo estemos aquí significa que no lo hice, o que no lo haré; los tiempos del verbo no están pensados para los viajes por el tiempo... pero no significa que no haya vuelto nunca a fisgar. No siento el menor interés por verme a mí mismo de mocoso; lo que me interesa es la época. Si me encontrara con mi yo de cuando joven, él, o yo, no me reconocería; para aquel mozalbete yo sería un extraño. Ni siquiera se fijaría en mí; lo sé porque fui él.

-Lazarus -intervino Justin Foote-, si tiene intención de visitar esa época, me gustaría dirigir su atención hacia algo que interesa a la Señora Presidenta en Funciones... porque me interesa a mí. Se trataría de una grabación de lo que se dijo y se hizo en la Asamblea de las Familias del año 2012 d. C.

-Imposible.

-Un momento, Justin -terció Ira-. Lazarus, usted se ha negado a hablar de aquella reunión apoyándose en que los que estuvieron allí no pueden discutir su versión. Pero una grabación sería jugar limpio con todos.

-No digo que no quiera, Ira; digo que es imposible.

-No le sigo.

-No puedo obtener una grabación de esa asamblea porque yo no estuve en ella.

-No le sigo: todas las crónicas, y sus propias manifestaciones, indican que estuvo allí.

-Otra vez nos falta un lenguaje adecuado al viaje por el tiempo. Ciertamente estuve allí como Woodrow Wilson Smith. Estuve allí, me puse pesadísimo y ofendí a un montón de gente. Pero no llevaba ninguna grabadora encima. Supongamos que Dora y las gemelas me llevan

allí... a mí, Lazarus Long, no al jovencito aquél, y que Ishtar me ha equipado con una grabadora implantada detrás del riñón derecho, con el minimicrófono asomándome por la oreja derecha. Su pongamos que con ese instrumental nadie se dará cuenta de que estoy sacando una grabación.

"Lo que usted no comprende, Ira, a pesar de haber presidido muchas asambleas de las Familias, es que yo no lograría entrar en la sala. En aquellos días era más difícil entrar en una asamblea ejecutiva de las Familias que participar en un aquelarre. Los guardianes iban armados y ponían mucho celo; eran tiempos de agitación. ¿Qué identidad podría utilizar? La de Woodrow Wilson Smith, no, porque él estaba allí. ¿Lazarus Long? En las genealogías de las Familias no había ningún Lazarus Long. ¿Intentar pasar por alguien con derecho a entrada que no hubiera podido asistir? Imposible. Por aquel entonces sólo éramos unos miles, y cada miembro era conocido por un elevado porcentaje de los restantes; el que no tuviera quien respondiese de él se exponía a que le enterraran en el sótano. Nunca entró ninguna persona inidentificada; nos jugábamos demasiado. ¡Hola, Minerva! Pasa, cielo.

-Hola, Lazarus. ¿Interrumpo, Ira?

-Nada de eso, querida.

-Gracias. Hola, Atenea.

-Hola, hermana mía.

Minerva esperó a ser presentada. Ira dijo:

-Minerva ya conoces a Justin Foote, Archivero Jefe.

-Desde luego. He trabajado muchas veces con él. Bienvenido a Tertius, señor Foote.

-Gracias, señorita Minerva -a Justin Foote le gustó lo que veía: una joven alta y esbelta de porte airoso, busto pequeño y firme, largo cabello castaño colgando lacio a un lado de la cabeza, rostro serio e inteligente, hermoso más que lindo, pero que crecía

en belleza a cada una de sus breves sonrisas-. Pero tengo que regresar a toda prisa a Secundus para un rejuvenecimiento, Ira: esta señorita ya ha trabajado conmigo "muchas veces", aunque he envejecido tanto que no consigo situarlas. Perdóneme, querida.

Minerva le lanzó otra de sus sonrisas y al instante volvía a estar seria.

-Es culpa mía, señor; debí explicárselo. Cuando trabajé con usted yo era una computadora. Era la computadora ejecutiva de Secundus y estaba al servicio del señor Weatheral, que en aquel entonces era presidente en funciones. Pero ahora soy una persona de carne y hueso, desde hace tres años.

Justin Foote parpadeó.

-Ya entiendo. Creo, vamos.

-Soy un artefacto proscrito, señor; no he nacido de mujer. Soy un clon compuesto partiendo de veintitrés padres-donantes, madurado in vitro. Pero lo que soy, mi "ego", era la

computadora que solía trabajar con usted cuando las computadoras de los archivos necesitaban la ayuda de la computadora ejecutiva. ¿Me explico?

-Esto... Todo lo que puedo decir, señorita Minerva, es que estoy encantado de conocerla en carne y hueso. Soy su más humilde servidor, señorita.

-Oh, no me llame "señorita". Llámeme Minerva. De todos modos no habría que llamarme "señorita": ¿no es éste el tratamiento honorífico reservado para las vírgenes de carne y hueso? Ishtar, una de mis madres y mi diseñadora principal, me desfloró quirúrgicamente antes de despertarme.

-¡Y eso no es todo! -dijo la voz que venía del techo.

-¡Atenea! -la reprendió Minerva-. Estás molestando a nuestro invitado, hermana.

-Yo no, pero tú quizá sí, hermanita.

-¿Le molesto, señor Foote? Espero que no. Es que todavía estoy aprendiendo a ser un ser humano. ¿Quiere besarme? Me gustaría besarle; hace casi un siglo que nos conocemos y siempre me ha gustado usted. ¿Quiere?

-¿Y ahora quién le está poniendo violento, hermanita?

-Minerva... -dijo Ira.

Se puso seria de repente:

-¿No he debido decirlo?

-No le haga caso a Ira, Justin -intervino Lazarus-, no está al día. Minerva se pasa el día repartiendo besitos de prima entre la colonia. Además, por sus veintitrés padres viene a ser una especie de prima para todos nosotros, prácticamente. Y lo bien que lo hace: besarla es una delicia. Atenea, deja en paz a tu hermana mientras añade otro primito a su colección.

-Sí, Lazarus. ¡Vaya par de compinches!

-Atenea, si pudiera meterme por esos cables te daba una zurra. Adelante, Justin- añadió Lazarus.

-Eh... Hace muchos años que no beso a una chica, Minerva. Estoy desentrenado.

-No deseo incomodarle, señor Foote. Sencillamente, estoy encantada de volverle a ver. No tiene por qué besarme. Aunque si desea besarme en privado, lo haré con mucho gusto.

-No se exponga, Justin -le aconsejó la computadora-. Se lo dice una amiga.

-¡Atenea!

-Iba a añadir -dijo el Archivero Jefe- que probablemente necesito practicar para "aprender a ser un ser humano", más que usted. Si me perdona que esté tan mohoso, querida prima, acepto su dulce invitación: vamos allá.

Minerva sonrió: fue a sus brazos; ondulante como un gato cerró los ojos y abrió la boca. Ira examinó un papel que tenía encima de la mesa. Lazarus ni siquiera fingió no mirar. Observó que Justin Foote ponía el alma en el asunto: el viejo buitre podía estar desentrenado, pero no había olvidado los fundamentos.

Cuando se separaron, la computadora lanzó un silbido de admiración:

-¡Madre mía! Bienvenido al club, Justin.

-Sí -dijo Ira con sequedad- uno, o una, no puede considerarse oficialmente en Tertius hasta que recibe un beso de bienvenida de Minerva. Ahora que ya ha cumplido con el protocolo, tome asiento. Minerva, querida, ¿venías para algo en concreto?

-Sí, señor -se acomodó junto a Justin Foote en un sofá, frente a Ira y Lazarus y le tomó de la mano-. Estaba en el "Dora" con las gemelas, y Dora les daba lecciones de astronavegación, cuando apareció en nuestro cielo la cápsula y...

-Alto ahí -le interrumpió Lazarus-; ¿las crías le siguieron el rastro?

-Naturalmente, Lazarus. ¡Un ejercicio en vivo! Dora nunca dejaría escapar semejante oportunidad. Se dividió automáticamente e hizo que cada uno de ellos la siguiera independientemente. Pero cuando la autocápsula aterrizó le pedí a Dora que preguntase a Atenea quién iba en ella, y en cuanto se abrió y mis hermanas me lo dijeron, Justin -le apretó la mano-, vine corriendo a darle la bienvenida. Y a ofrecerle acomodo. Ira, ¿ya tiene Justin todo lo que necesita? Un lugar donde dormir, todo eso.

-Aún no, querida. Apenas empezábamos a charlar; aún no había tenido tiempo de sacudirse la anestesia.

-Creo que el antídoto ya ha hecho efecto -observó Foote.

La computadora añadió:

-El primo Justin acaba de recibir una segunda dosis, Ira. Pulso rápido pero firme.

-Es suficiente, Atenea. ¿Ibas a sugerir algo querida?

-Sí. Pasé por casa y hablé con Ishtar. Estamos de acuerdo. Sólo falta que usted y Lazarus den su aprobación.

-¿Quieres decir que tenemos voto? -dijo Lazarus-. Este planeta lo gobiernan las mujeres, Justin.

-Como todos, ¿no?

-No, sólo la mayor parte de ellos. Recuerdo un lugar donde las bodas acababan siempre por matar a la madre de la novia, si es que no se había consumido antes. A mí eso me parecía extremar las cosas, pero tendía a...

-Guárdeselo, abuelito -dijo Ira en tono suave-. Justin tendría que cortarlo. Justin, lo que ha dicho Minerva es que nuestra casa es la suya. ¿No, Lazarus?

-Desde luego. Es una casa de locos, Justin, pero se come bien, y el precio es justo. Es gratis, vaya. Sus bolsillos no lo notarán; sólo sus nervios.

-No quiero abusar, de verdad. ¿No habrá alguien que pueda alquilarme una habitación? No por dinero; supongo que aquí no cambian dinero de Secundus; por artefactos que he traído, cosas que ustedes todavía no producen.

Lazarus respondió:

-Si le hace falta, yo puedo cambiarle el dinero de Secundus. En cuanto a artefactos, le sorprendería ver lo que hacemos por aquí.

-Oh, no: ya sé que se trajeron un pantógrafo universal. De modo que he traído creaciones nuevas, entretenimientos en su mayor parte: solicubos y cosas por el estilo. Musicajitas, pornitos sueños y demás: todo aparecido después de que ustedes abandonaran Secundus.

-Muy bien pensado -comentó Lazarus, y añadió-: A mí me parece que colonizar era más divertido cuando los pioneros no tenían más remedio que ir a liarse a puñetazos con el planeta, y uno no sabía nunca quién iba a vencer, si el planeta o él. Ahora es como aplastar un insecto con un martillo pilón. Con esas chucherías se sacará un buen pico, Justin, pero véndalas con cuentagotas, porque se las copiarán en cuanto las suelte. Aquí no hay derechos de autor no hay modo de hacerlos respetar. Pero con todo aún no podrá

alquilar una habitación: todavía estamos con el sistema de alojarnos en casa de los parientes. Más le vale aceptar nuestra invitación: en esta época del año llueve casi todas las noches.

Justin Foote parecía confundido

-Temo invadir su intimidad. Ira, ¿me presta este sofá? Será por poco tiempo. Después...

-Corte ya, Justin -Lazarus se puso en pie-. Hijo mío, usted padece de actitudes propias de la gran ciudad. Puede quedarse aquí una semana y un siglo. No sólo es usted descendiente directo mío... creo que a través de Harriet Foote, sino que es "primito" de Minerva. Vamos a llevarle a casa, Minerva. ¿Qué has hecho con mis diablillos?

-Están fuera.

-Las habrás atado, espero.

-No, pero estaban algo malhumoradas

-Eso es bueno para su metabolismo. Ira, dé fiesta a la gente.

-Lo haré tan pronto haya repasado con Atenea los planos del convertidor.

-Querrá decir que va a preguntarle qué es lo que ha decidido

-Ahí ahí-dijo la computadora.

-Atenea- dijo Lazarus en tono apacible- has ido demasiado con Dora. Cuando Minerva desempeñaba tu tarea, era dulce, amable, respetuosa y humilde.

-¿Hay quejas a propósito de mi trabajo, abuelito?

-Sólo a propósito de tus modales, querida. Delante de un invitado.

-Justin no es un invitado; es de la familia. Es el primito de Minerva, de modo que también es primito mío. ¿No es lógico? *Quod erat demonstrandum*

-No estoy para discusiones. Cuidado con Atenea, Justin, le hará caer en sus redes.

-El razonamiento de Atenea me parece no sólo lógico sino sumamente amable. Gracias, querida primita.

-Me gusta, Justin; se ha portado muy bien con mi hermana. No se preocupe, no le cazaré: no pienso aceptar una clonación hasta dentro de cien años por lo menos; antes tengo que organizar este planeta. De modo que no me espere; ya me verá dentro de un siglo. Me reconocerá: seré exactamente igual que Minerva.

-Sólo que más alborotadora.

-Ay, qué piropo, Lazarus; dale un beso de mi parte, hermanita.

-Vámonos, Minerva; Atenea me ha vuelto a liar.

-Un momento, Lazarus, por favor. Ira, he hecho otros arreglos con Ishtar, aunque sólo a título provisional, al no estar segura de los deseos de Justin.

-Ah. Yo tampoco sé cuáles son. ¿Quieres que se lo pregunte?

-Pues... Sí.

-¿De tu parte?

Minerva parecía asustada. Justin Foote estaba perplejo. Atenea dijo:

-Vayamos al grano. Justin: Minerva le preguntaba a Ira si quería o no quería que le procurase a usted una esposa invitada. Ira ha dicho que no sabe pero que lo averiguará, y le ha preguntado si se ofrece voluntaria para tal privilegio. ¿Queda claro? Mi hermana es tan novata en lo de ser de carne y hueso que a veces no está segura de sí misma.

Lazarus advirtió que no veía ruborizarse a una chica -por aquel motivo- desde hacía tres siglos o más. Y los dos hombres tampoco parecían muy desenvueltos en aquella situación.

-Atenea, eres un ingeniero excelente... y un pésimo diplomático -dijo en tono de censura.

-¿Qué? Tonterías: les he ahorrado billones de nanosegundos.

-Cállate, cielo; se te han enredado los circuitos. Justin, Minerva es casi con toda certeza la única chica del planeta capaz de incomodarse ante la lamentable intervención de Atenea... porque probablemente es la única que muestra una tendencia a dedicarse a un solo hombre.

La computadora soltó una risita.

-He dicho que te calles -dijo Lazarus con severidad.

Ira dijo con voz queda:

-Minerva es un ente libre, Lazarus.

-¿Quién dice lo contrario? Usted cállese también, hasta que el Decano, es decir, hijito, yo, acabe de hablar. Justin, Minerva le buscará acompañante para la cena. Creo que ya le ha encontrado una. Después, haga lo que quiera. Si usted y su acompañante no hacen buenas migas, ya encontrarán una solución, seguro. Atenea, esta noche te desconectaré de la casa; no estás invitada a cenar. Aún no has aprendido a comportarte en sociedad.

-Ay, Lazarus, yo no quería que te amoscaras.

-En fin.. -Lazarus miró a su alrededor. Ira permanecía impasible, Minerva parecía contrita. Justin Foote intervino para decir:

-Decano, estoy convencido de que Atenea no iba con mala intención. Le agradezco que me haya declarado "primito" suyo; me ha parecido un gesto muy cordial y afectuoso. Espero que reconsidere su decisión y la deje cenar con nosotros.

-Muy bien. Atenea, Justin ha intercedido por ti. Pero entre Dora, tú y las gemelas empieza a hacerme falta un garrote para conduciros. Justin, Minerva, vámonos. Ira, Atenea: nos veremos en casa. No pierda el tiempo con ese convertidor, Ira; Atenea ha hecho un trabajo perfecto.

Al salir de las oficinas coloniales Justin Foote encontró una nave esperando; no era la que le había traído desde el cosmopuerto: en aquélla iba una pareja de gemelas pelirrojas... Chicas, aunque parecía que no lo tuvieran muy decidido. Tendrían doce o trece años. Las dos llevaban cartucheras en las flacas caderas, con pistolas (esperaba) de juguete. Una llevaba galones de capitán en los hombros desnudos. Cada una lucía, por lo que pudo calcular, once mil trescientas dos pecas.

Saltaron de la nave y aguardaron. La primera colección de pecas dijo:

-Ya iba siendo hora.

La otra dijo:

-Discriminación.

-Cuidadito con lo que decimos -dijo Lazarus-; comportaos. Justin, éstas son mis dos hijas gemelas: Lapis Lazuli y esta otra es Lorelei Lee. El señor Justin Foote, guapas Archivero Jefe de la Junta.

Las muchachitas se miraron y ejecutaron al unísono una profunda reverencia.

-¡Bienvenido a Tertius, Archivero Jefe Foote! -dijeron a coro.

-¡Qué encantador!

-Sí, niñas, muy bonito. ¿Quién os lo ha enseñado?

Librodot

-Nos lo enseñó Mamá Hamadryad...

-... y Mamá Ishtar nos dijo que sería una buena ocasión para hacerlo.

-Pero yo soy Lori, y ella es Lazi. Soy la capitana Lapis Lazuli Long, al mando de la nave espacial "Dora", y ella es mi tripulación. Hoy es día par.

-Hasta mañana. Día impar.

-Lazarus no nos distingue...

-... y no es nuestro padre, nunca lo hemos tenido.

-Es nuestro hermano, y carece de autoridad...

-... Sólo nos domina por la fuerza bruta...

-... pero algún día cambiarán las cosas.

-A la nave, demonios rebeldes -dijo Lazarus con jovialidad- antes de que os degrade a aprendices de piloto.

Saltaron al interior de la nave y se sentaron a proa, mirando a popa.

-Amenazas...

-... y palabras insultantes...

-... y sin el debido proceso.

Lazarus no parecía oírlas. ÉI y Justin subieron a Minerva a la nave, la sentaron a popa mirando a proa y tomaron asiento a sus lados.

-Capitana Lazuli...

-Sí, señor...

-¿Tendrá la bondad de ordenar a la nave que nos lleve a casa?

-A la orden, señor. Humpty Dumpty, ¡a casa!

El pequeño aparato arrancó y se puso a diez nudos, contoneándose por los cambiantes perfiles del terreno. Lazarus dijo:

-Y ahora, capitana, después de haber confundido a nuestro invitado, haga el favor de aclararle las cosas.

-Sí, señor. No somos gemelas; ni siquiera tenemos la misma madre...

-... y el Tato no es nuestro padre; es nuestro hermano.

-¡Día par!

-En marcha, pues.

-Una corrección -dijo Lazarus-: soy vuestro padre porque os adopté, con el consentimiento escrito de vuestras madres.

-Irrelevante ...

-...e ilegal; no fue con nuestro consentimiento...

-... y en cualquier caso, insustancial, porque nosotros tres, Lazarus, Lorelei y yo, somos trillizos idénticos y por lo tanto gozamos de los mismos derechos bajo cualquier jurisdicción racional... cosa que ésta no es, por desgracia. Por eso nos pega. Ilegal y brutalmente.

-Recuérdeme que he de buscar un bastón más grueso, capitana.

-A la orden, señor. Pero de todos modos sentimos cariño por el Tato, a pesar de su conducta sadomasoquista. Porque en realidad él es nosotras. ¿Comprende?

-No estoy muy seguro, señorita... digo, capitana. Me parece que al venir hacia aquí me metí en un hueco espacial y no conseguí salir.

La capitana de los días pares meneó la cabeza.

-Lo siento, señor, pero eso no es posible. Debo rogarle que acepte mi palabra... a menos que sepa usted manejar números imperiales y física de campos Libby. ¿Sabe?

-No. ¿Y usted?

-Desde luego...

-... Nosotras somos genios.

-Dejad de apabullarle, niñas, y bloquead esa orden. Ya se lo explicaré yo.

-Ojalá lo haga, Lazarus. No sabía que tuviera hijos menores. O hermanas, cosa que aún me parece más desconcertante. ¿Están registradas? Si bien no puedo ver todo lo que entra en los ficheros, desde hace años ha habido un enlace automático que dirige mi atención hacia todo lo que hace referencia al Decano.

-Cosa que yo sabía; por eso no lo vio. Registradas sí lo están, pero con los apellidos de sus madres; madres receptoras, en realidad, aunque no constan como tales. Pero dejé en el Correo Aplazado un registro sellado de la genealogía verdadera implicada en la cuestión, para ser abierto por usted o por su sucesor a mi fallecimiento o el año 2070 de la Diáspora, depende de qué llegue antes, para garantizar que reciban ciertas chucherías, como mi segunda mejor cama y...

-¿Y el "Dora"?

-Calladita. Como sigas metiéndote donde no te llaman tu hermana se queda con el "Dora" y tú ya no eres capitana ni en días alternos. Elegí esa fecha, Justin, porque espero que para entonces ya sean adultas; son auténticos genios. Hasta entonces no intentaré viajar por el tiempo, ya que son la tripulación de mi yate; ahora por tierra, pero más tarde por el espacio. En

cuanto a cómo son hermanas mías y lo son, le diré que para obtenerlas por clonación a partir de mí se utilizó clandestinamente un procedimiento quirúrgico ilegal, o más bien, prohibido por la clínica de Secundus. Algo parecido al caso de Minerva, pero más sencillo.

-Mucho más sencillo -corroboró Minerva-. Yo me operé a mí misma, cuando todavía era una computadora, y fracasé diecisiete veces antes de lograr un clon perfecto. Ahora no podría, pero Atenea sería capaz de hacerlo. Pero nuestras chicas fueron clonadas por un cirujano de carne y hueso; todo lo que hizo falta fue duplicar el cromosoma X; y en los dos casos lo hizo a la primera: Laz y Lor nacieron el mismo día.

-Ajá... Sí, creo que la señora directora, la doctora Hildegarde, vería con muy poco agrado semejantes cosas. Sin entrar en la competencia profesional de dicha señora, que supongo alta, me parece un poquitín... conservadora.

-Es una asesina.

-Es primitiva y totalitaria.

-Tres veces asesina...

-... porque ¿qué derecho tiene ella a decir que nosotras no podemos existir?

-¿O que Minerva no puede existir? ¡Tiene una mente criptocriminal !

-Ya basta, niñas; no os gusta, ya lo habéis dicho.

-A ti también te habría asesinado, Tato.

-Lori, he dicho que ya basta. Si se hubieran cumplido las disposiciones de Nelly Hildegarde, yo no estaría aquí, tú no estarías aquí, Laz no estaría aquí, y Minerva tampoco. Pero no es una "asesina", puesto que los cuatro estamos aquí.

-Y yo estoy encantado -comentó Justin Foote- de tener a estas tres preciosas damitas en las Familias. Que hayan pasado a formar parte de ellas por medio de una violación de las reglas demuestra algo que sospechaba desde hace tiempo: las reglas son más útiles cuando se quebrantan.

-Es un hombre muy sensato...

-...y además tiene hoyuelos. ¿Le gustaría casarse conmigo y con mi hermana, señor Foote?

-¡Diga que sí! Ella cocina muy bien, pero yo soy muy mimosa.

-Ya basta, niñas -dijo Minerva.

-¿Por qué? ¿Ya te lo has quedado? ¿Por eso no podíamos venir? Señor Foote, Minerva es nuestra mamá en funciones por decreto...

-...lo cual es patentemente injusto...

-... ya que en realidad es años y años más joven que nosotras...

Librodot

-... y ello nos obliga a regatear a tres madres en lugar de la reglamentaria.

-Cortad eso -ordenó Lazarus-. Las dos sabéis cocinar, pero ninguna de vosotras es mimosa.

-Entonces ¿por qué nos haces mimos, Tato?

-¿Será que has suprimido tus deseos incestuosos?

-*Merde*. Lo hago porque las dos sois inmaduras, inseguras y estáis atemorizadas.

Las pelirrojas se miraron.

-¿Lori?

-Lo he oído. A no ser que sufra alucinaciones.

-No, yo también lo he oído.

-¿Hay que llorar?

-Será mejor ahorrarnos las lágrimas. Al señor Foote no le gustaría ver cómo se derrumba el Tato cuando lloramos.

-Se lo ahorraremos. Serían dos llantos y el temblor de barbilla que ya le viene. A menos que al señor Foote le guste verlo.

-¿Le gustaría, señor Foote?

-Se las vendo baratas, Justin. Si me las compra juntas le rebajo el precio.

-Gracias, Lazarus, pero me temo que se pondrían a llorar delante de mí... y entonces me derrumbaría yo. ¿Podemos cambiar de tema? ¿Cómo se las compuso para que le aceptaran esta triple... irregularidad, si se puede saber? La organización que dirige la doctora Hildegarde es muy rígida.

-Bien, en el caso de los dos angelitos que tiene delante...

-Ahora nos viene con sarcasmos...

-Se cree muy listo.

-A mí me embrollaron casi tanto como a la doctora Hildegarde. Ishtar Hardy, la madre de ésa...

-No, la madre de ésta.

-Las dos sois de elementos intercambiables, y además os mezclamos durante la semana de vuestro nacimiento, y nadie sabe cuál es cuál, ni siquiera vosotras mismas.

-¡Yo sí lo sé! A veces ella se va, pero yo siempre estoy aquí.

Lazarus se detuvo a mitad de la frase, pensativo.

-Ésta puede ser la expresión más sucinta que he oído de la tesis solipsista. Escríbela.

-Si lo hiciese, te lo atribuirías tú.

-Sólo quiero salvarla para la posteridad... concepto incompatible con la propia tesis. Consérvala para mí, Minerva.

-Grabada, Lazarus.

-Minerva tiene una memoria casi tan fiel como cuando era una computadora. Estaba diciendo que Ishtar era jefe interino de la clínica, ya que Nelly estaba de permiso, de modo que el tener acceso a mi tejido no fue problema. Yo me hallaba por aquel entonces en un estado de anhedonia aguda, y sus madres concibieron la idea para restaurar mi interés por la vida. El único problema fue practicar una cirugía genética que las reglas de la clínica de Secundus no permitían. Cómo y quién... Me ordenaron con firmeza que no hiciese preguntas. Se lo puede preguntar a Minerva: estaba en el ajo.

-Éste era uno de los recuerdos que no conservé al seleccionar qué metería en este cráneo, Lazarus.

-¿Lo ve, Justin? Sólo me dejan saber lo que les parece bueno para mí. Sea como fuere, aquel heroico tratamiento dio resultado; desde entonces no me he vuelto a aburrir. Cabría emplear otros verbos, pero éste no.

-¿No percibes un *double entendre*, Lori?

-No, tan sólo un *innuendo* apenas velado. Ignóralo elegantemente.

-Pero al principio no conocía mi extraña relación con este par. Sí, claro, no podía evitar saber que Ishtar y Hamadryad... Hamadryad es una de las hijas de Ira, ¿la conoce?

-De hace años. Una chica preciosa.

-Vaya si lo es. Sus dos madres son preciosas. No podía ignorar que las dos estaban encintas; se pasaban conmigo el día entero. Pero aunque se hinchaban como perritos envenenados, no le prestaban atención, así es que no hice preguntas.

Justin asintió:

-La intimidad...

-No, sencillamente estaba picado. Nunca he permitido que la costumbre de respetar la intimidad de los demás me impida curiosear cuando me venga en gana. Las dos chicas se pasaban el día conmigo, eran como dos hijas para mí, y estaban más preñadas que la Hija del Faraón... y me tomaban por tonto. De modo que me puse tozudo y esperé. Hasta que un día Galahad, el marido de ellas... en fin, no exactamente; verá: Galahad me dice que baje, y ahí están las dos, con las dos pelirrojitas más lindas que he visto en mi vida.

-¿Le soltamos una lagrimita?

-Ya no lo sois; ahora las dos sois como yo.

-¿O le añadimos un tercer berrinche por lo que acaba de decir?

-Sigo sin ver el engaño; estoy encantado, sencillamente. Y admirado de que produjeran unos bebés que pareciesen gemelos idénticos...

-Lo somos; sólo que somos trillizos.

-Pero unas semanas de juguetear con aquellas criaturas hacen que mi genio natural y mi mente suspicaz deduzcan que las dos muchachas me la han jugado. Que yo sepa, por aquel entonces no estoy en el banco de esperma pero no ignoro las jugadas que se le pueden hacer a un cliente sometido a tratamiento geriátrico, de modo que con infalible lógica llego a la conclusión equivocada. Aquellas criaturas son hijas mías por una inseminación artificial de la que nadie me ha hablado. Así es que las acuso de ello. Y lo niegan. Y yo les explico que no estoy enfadado, sino que, muy al contrario, espero que aquellos querubines sean míos.

-"Querubines"...

-Haz como si no lo oyeras. Sólo trata de embaucar al señor Foote.

-Querubines por entonces, mejor dicho, aparte cierta tendencia a dar mordiscos. Les digo que quiero que sean míos, y que compartan mi apellido y mi fortuna. Así es que ellas lo discuten con sus cómplices de conspiración, Minerva y Galahad; Minerva estaba metida en el asunto hasta los fusibles.

-Lazarus, usted necesitaba una familia.

-Es muy cierto querida. Con una familia siempre estoy más a gusto: me mantiene inocentemente ocupado y entretenido. ¿Le he dicho que Minerva me permitió adoptarla, Justin?

-¡A nosotras no nos lo preguntó nadie!

-Mirad, niñas: según las nada estrictas leyes de este hormiguero puedo desadoptaros ahora mismito, si ése es vuestro deseo. Puedo cortar el vínculo. Ser tan sólo vuestro hermano genético, debido a unas circunstancias en las que tuve tanta parte como vosotras. Renunciar a toda autoridad sobre vosotras. Vosotras diréis.

Las dos jovencitas se miraron brevemente y una de ellas dijo:

-Lazarus...

-Lorelei...

-Lapis Lazuli y yo lo hemos discutido, y las dos opinamos que eres exactamente el padre que queremos.

-Gracias, queridas.

-Y para confirmarlo tachamos dos llantinas y un temblor de barbilla.

-Sois muy amables.

-Y además de eso, queremos que nos hagas mimos... porque nos sentimos muy inmaduras, inseguras y atemorizadas.

Lazarus parpadeó.

-No quiero que os sintáis así nunca. Pero... ¿Podemos dejar los mimos para más tarde?

-Oh, sí, desde luego... padre. Ya sabemos que tenemos un invitado. Pero a lo mejor tú y el señor Foote queréis bañaros con nosotras, antes de la cena...

-¿Y bien Justin? Un baño con mis diablillos resulta algo movido pero muy divertido. No lo hago a menudo porque lo convierten en un acontecimiento social y pierden el tiempo. Haga lo que le plazca; no deje que le obliguen a nada.

-Necesito un baño desde luego. Estaba limpio cuando me sellaron en el interior de la cápsula pero ¿cuánto tiempo he estado en ella? No lo sé, en realidad. Y los baños deberían ser un acontecimiento social, habiendo tiempo... y buena compañía. Gracias, señoritas; acepto.

-Yo también acepto -añadió Minerva-, me invito. Tertius es primitivo, comparado con Secundus Justin pero nuestro aseo familiar es bonito y bastante espacioso para favorecer la sociabilidad. Como dice Lazarus, es "decadente".

-Lo diseñé para que fuese decadente, Justin. La buena fontanería es la más hermosa flor de la decadencia, y siempre que he podido tenerla he disfrutado con ella.

-Eh... Todavía tengo la ropa en la oficina de Ira. Y los artículos de tocador. Lo siento, soy muy distraído.

-No importa. Ira puede traerle la bolsa, pero él también es distraído. Depilatorios, desodorantes, perfumes... no hay problema. Le prestaré una toga o lo que sea.

-¡Tato! Quiero decir, padre: ¿significa eso que nos vistamos para la cena?

-Llámame "Tato"; ya estoy acostumbrado. Llegad hasta donde queráis, cariños, pero como de costumbre mamá Hamadryad debe dar el visto bueno a la cosmética. Volviendo a cómo tuve estas hijas que son mis hermanas, Justin: después de conferenciar, aquella tropa de piratas genéticos desembuchó y se puso a merced del tribunal. Que era yo. Así es que adopté a estas dos, y las registramos, y lo del registro se desenmarañará algún día, como le he explicado. Lo de cómo Minerva abandonó la profesión de computadora y cargó sobre sí las penas de las que la carne es heredera, es historia más larga de contar. ¿Quieres resumirlas, querida? Ya le darás los detalles más tarde, si lo deseas.

-Sí, padre.

-Nada de insolencias, querida; ya eres mayor. Justin, cuando despertamos a esta ricura, era más o menos de la talla y edad biológica de esas dos fierecillas domadas; recuérdame que les tome la temperatura, Minerva. Adopté a Minerva porque entonces necesitaba un padre. No lo sabe.

-Siempre necesitaré tenerlo como padre, Lazarus.

-Gracias, querida, pero lo tomo tan sólo como un agradable cumplido, Cuéntale tu historia a Justin.

-Muy bien. Justin, ¿conoce las teorías sobre la autoconciencia en las computadoras?

-Varias. Como usted sabe, mi trabajo se hace en su mayor parte con computadoras.

-Permítame decirle, hablando por experiencia, que todas las teorías carecen de sentido. El cómo una computadora llega a ser consciente de sí misma sigue siendo tan misterioso, incluso para las computadoras como el misterio secular de la autoconciencia de los seres de carné y hueso. Lo es, sencillamente. Pero por lo que he oído y he oído mucho, teniendo en cuenta la biblioteca que encerraban mis memorias y que ahora sigue en las memorias de Atenea, la autoconciencia no aparece nunca en una computadora proyectada para usar únicamente la lógica deductiva y el cálculo matemático, por grande que sea. Pero si está diseñada para emplear la lógica inductiva es capaz de valorar los datos, extraer hipótesis de ellos, verificarlas, reconstruirlas para adaptarlas a nuevos datos, hacer comparaciones aleatorias de resultados y cambiar aquellas reconstrucciones... ejercitar el juicio tal como lo hace un ser de carne y hueso, puede surgir la autoconciencia. Pero yo no sé por qué, y ninguna computadora lo sabe. Surge, eso es todo.

"Lo siento -prosiguió, con una sonrisa-, no quisiera parecer pedante. Lazarus pensó que yo podría introducirme en un cerebro humano en blanco, un cerebro clónico, aplicando las técnicas empleadas para conservar recuerdos en las clínicas de rejuvenecimiento. Cuando lo discutimos, yo tenía dentro de mí la biblioteca técnica completa de la clínica Howard de Secundus; robada, en cierto modo. Ya no la tengo; tuve que escoger qué llevar conmigo cuando pasé a este cerebro. Así es que no recuerdo gran parte de lo que hice… del mismo modo que un paciente de rejuvenecimiento no sabe todo lo que le han hecho; tendrá que pedirle detalles a Atenea, que todavía los guarda..., y que, por cierto, nunca ha tenido el despertar, más bien doloroso, que sufre una computadora cuando empieza a conocerse a sí misma, porque dejé un pedazo de mí en Atenea, sí, como un fermento. Atenea recuerda vagamente haber sido Minerva una vez, más o menos como los seres de carne y hueso -Minerva se irguió, orgullosa, y sonrió- recuerdan un sueño como algo no del todo real. Y yo recuerdo haber sido Minerva, la computadora, más o menos de esa forma. Recuerdo muy nítidamente mis contactos con personas, porque opté por conservarlos, reproduciéndolos en este cerebro. Pero si me preguntaran cómo dirigía el sistema de transportes de Nueva Roma... En fin, sé que lo hacía, pero no cómo lo hacía.

Volvió a sonreír.

-Ésta es mi historia: la de una computadora que suspiraba por ser de carne y hueso y que tuvo amigos entrañables que lo hicieron posible... y que nunca se arrepintió de ello; adoro ser de carne y hueso, y quiero amar a todo el mundo -miró con mucha seriedad a Justin Foote-. Lazarus decía la verdad; jamás he sido esposa invitada; como persona de carne y hueso sólo tengo tres años de edad. Si me elige, podrá hallarme torpe y tímida, pero no reacia. Le debo demasiado.

-Minerva -dijo Lazarus-, ya le pondrás otro día entre la espada y la pared. No le has dicho a Justin lo que quería saber; te has olvidado de la trampa.

-Ah...

Librodot

-Y mientras filosofabas a propósito de la autoconciencia de las computadoras te has olvidado del punto clave, me parece; un punto que yo conozco y tú quizá no, aunque tú has sido una computadora y yo no. Porque este punto clave reza tanto para las computadoras como para los seres de carne y hueso. Oye bien, querida, y usted, Justin... y a vosotras dos, parejita de genios erráticos, tampoco os vendrá mal saberlo: todo mecanismo es animista; "humanista", diría, pero este término ha quedado limitado a algo muy determinado. Toda máquina es un concepto de un creador humano; refleja el cerebro humano, tanto si es una carretilla como si es una computadora gigante. De modo que no tiene nada de misterioso el que una máquina concebida por un humano muestre una autoconciencia de humano; el misterio reside en la conciencia misma, dondequiera que se la encuentre. Hace tiempo tuve una cama plegable de campaña a la que le gustaba morderme. No digo que fuese consciente de ello, pero aprendí a tratarla con cuidado.

"Pero, Minerva, querida, he visto computadoras grandes, casi tan listas como tú, que jamás han desarrollado una autoconciencia. ¿Sabes tú por qué?

-Confieso que no, Lazarus. Me gustaría preguntárselo a Atenea cuando lleguemos a casa.

-Probablemente ella tampoco lo sabe; la única computadora grande que ha conocido es Dora. Capitana Lazuli, ¿qué es lo más lejano que recuerda? Una vez me dijo usted o su compañera de fechorías, que se acordaba de cuando la criaban. Es decir, de cuando mamaba.

-¡Claro que nos acordamos! Como todo el mundo, ¿no?

-No. Por ejemplo, a mí me criaron con biberón, y ni siquiera lo recuerdo. No merece la pena. En consecuencia desde entonces me he pasado la vida mirando y admirando tetas. A ver, cualquiera de las dos: cuando recuerda la época de la crianza, ¿puede precisar cuál de sus dos madres le daba el pecho?

-¡Naturalmente! -dijo Lorelei con desdén- mamá Ishtar tiene los pechos grandes...

-... y mamá Hamadryad los tiene más pequeños incluso cuando los tiene llenos de leche...

-Pero nos daba tanta como la otra.

-Sabía diferente, eso sí. Resultaba muy agradable cambiar a cada comida. Le daba variedad.

-¡Pero los dos sabores nos gustaban igual! Cuéntaselo, Laz.

-Es suficiente. Ya habéis demostrado lo que quería. Estas dos crías, Justin, eran conscientes de sí mismas y de los demás, o al menos de sus madres, a la edad en que los niños de inclusa no son mas que un bulto pringoso... lo cual nos dice algo acerca de por qué las inclusas nunca han funcionado demasiado bien. Y ahora, la contrapartida: Minerva, ¿qué recuerdas de cuando eras un clon y aún no te habían despertado?

-Pues... nada, Lazarus. Bien, sí, algunos sueños extraños cuando estaba introduciéndome a mí misma, introduciendo mis recuerdos ya seleccionados, en mi nuevo yo, éste. Pero no empecé a hacerlo hasta que Ishtar me dijo que el clon era suficientemente grande. No sucedió hasta poco antes de que abandonara mi yo anterior e Ishtar me despertase. No podía hacerse instantáneamente, Justin: un cerebro de proteínas no puede recibir información a la velocidad de una computadora; Ishtar me ordenó ir despacio y con cuidado. Luego, durante un corto

período, corto en tiempo humano, estuve en ambos sitios, en la computadora y en el cráneo; a continuación abandoné la computadora y dejé que se convirtiera en Palas Atenea, y entonces Ishtar me despertó. Pero un clon in vitro no es consciente, Lazarus; es igual que un feto en el útero. No hay estímulos. Rectificación: hay estímulos mínimos, pero no hay nada que deje una huella permanente en la memoria. A menos que uno acepte los relatos de regresiones hipnóticas.

-No hay por qué -repuso Lazarus-; sean verdaderos o falsos son casos irrelevantes. Lo relevante es que "hay estímulos mínimos". Cielo, esas computadoras grandes con capacidad de conocimiento pero sin autoconciencia son así porque a las pobrecitas nadie se ha tomado la molestia de quererlas. Eso es todo. Ya sean bebés, ya computadoras gigantes, adquieren conciencia a base de recibir grandes dosis de atenciones personales. "Amor", como suelen llamarlo. ¿Encaja esta teoría con tus primeros años, Minerva?

Minerva se mostraba seria y pensativa.

-Fue hace cosa de un siglo en tiempo humano; pongamos un millón de veces más, en tiempo de computadora. Sé por los archivos que me montaron algunos años antes de que Ira entrase en funciones. Pero los recuerdos personales más antiguos que conservo... y son recuerdos que no quise dejar en Atenea ni en la computadora de Nueva Roma... lo más lejano que recuerdo es a mí misma aguardando ansiosa y feliz la ocasión en que Ira volvería a hablarme.

-No me extenderé en ese punto -dijo Lazarus-; a los niños les amamantas, les mordisqueas los piececitos, les hablas y les soplas en el ombligo, y les haces reír. Las computadoras no tienen ombligo, pero con ellas las muestras de atención tienen el mismo efecto. Justin, dice Minerva que no dejó nada de sí misma en la computadora de palacio.

-Así, es. La dejé intacta, como computadora, y la programé para todas sus funciones, pero no dejé ningún recuerdo personal, ninguna parte de mi yo, no podía permitirle recordar que una vez fue Minerva; habría sido injusto. Lazarus me recomendó que lo hiciera, de modo que comprobé uno a uno los billones de datos y borré lo que hizo falta.

Justin Foote dijo:

-Hay algo que no he cogido: eso lo hizo en Nueva Roma... ¿y sólo lleva aquí tres años despierta?

-Tres años maravillosos... Verá:...

-Perdona que te interrumpa, querida; ya le contaré yo el tejemaneje. Antes... Justin, ¿ha tenido usted tratos con la computadora ejecutiva de Nueva Roma desde que emigramos? Por supuesto que sí... Pero ¿ha estado en el despacho de la señora presidenta en funciones mientras la utilizaba?

-Pues... Sí, varias veces. Precisamente ayer... Mejor dicho, el día anterior a mi partida; olvido una y otra vez que me perdí el tiempo del viaje.

-¿Qué nombre emplea cuando se dirige a ella?

-No creo que emplee ninguno. Estoy casi seguro de que no lo hace.

-¡Pobrecita!

-No, Minerva -dijo Lazarus con serenidad-; la dejaste en buen estado, y no despertará hasta que tenga una dueña, o un dueño, que la aprecie. Lo cual podría suceder muy pronto -añadió, ceñudo.

-Puede suceder en cualquier momento -dijo Justin Foote-. Lazarus, a esa vieja... borre eso: a Arabelle le encanta destacar. Hace acto de presencia en las grandes reuniones, se deja ver en el Coliseo... se pone en pie y agita el pañuelo. Todo muy extraño, comparándolo con la forma tan discreta de gobernar que tenía Ira.

-Ya veo: un pavo real. Siete contra dos a que la asesinan antes de cinco años.

-No apuesto. Yo soy experto en estadística, Lazarus.

-Sí lo es. En fin... Volviendo a aquel tejemaneje: fue de los buenos. Ishtar instaló una clínica Howard auxiliar en el Palacio. Yo, el Decano, le serví de excusa. La clínica le sirvió de tapadera de un laboratorio biológico mucho más completo. Minerva eligió padres; Ishtar robó los tejidos y falsificó algunos expedientes. Entretanto, nuestra flacucha amiguita, mi hija Minerva...

-¡No tan flacucha! Tiene el peso justo para su talla, morfología y edad biológica...

-¡Y qué curvas!

-... mi hija Minerva había colocado un duplicado de su "yo" de computadora en una bodega de mi yate "Dora", poniendo el contrato a mi nombre y facturándomelo, y nadie se atrevió a preguntar para qué quería el Decano... ventajas de la edad, en especial entre los Howard... para qué quería una computadora de las grandes a bordo de un yate que ya llevaba una de las más perfectas del universo. Mientras, en mi chalet prestado, en la azotea, al que no tenía acceso nadie (salvo un reducido grupo de personas tan desvergonzadas como yo) había un clon que crecía en una instalación montada en una habitación que yo no utilizaba.

"Llegado el momento de emigrar, sale hacia el cosmopuerto un baúl muy grande conteniendo lo que por entonces era todavía un clon muy pequeño, marcado como parte de mi equipaje personal; era este fardo que tenemos delante, claro está; y lo cargan en el "Dora" sin ser inspeccionado, pues ésa era una de las ventajas de ser Presidente... pues como recordará, no devolví el mando a Arabelle hasta que hubieron despegado nuestras naves de transporte y yo me disponía a zarpar, con Ira y el resto de mi grupo a bordo.

"Mientras yo subo el clon a bordo, Minerva se retira de la computadora ejecutiva y pasa a estar segura y cómoda en una cabina de carga del "Dora"... Embutida en sus tripas va toda la información de la Gran Biblioteca y los archivos completos de la clínica Howard, incluido material secreto y confidencial. Fue un golpe de lo más satisfactorio, Justin; la diversión más sana, limpia e ilegal que he tenido desde que robé el "Nuevas Fronteras". Pero no le cuento esto para alardear, sino para averiguar si fuimos tan hábiles como creíamos. ¿Hubo algún rumor? ¿Sospechó usted algo? ¿Y Arabelle?

-Estoy convencido de que Arabelle no sospecha. Y no tengo noticia de que a Nelly Hildegarde se le reventara ningún vaso sanguíneo. Pero... yo sí sospeché algo.

-¿De veras? ¿En qué fallamos?

-"Fallar" no es la palabra, Lazarus. Minerva, cuando tenía ocasión de hacerle alguna consulta, siendo Ira presidente en funciones, ¿cómo era nuestra conversación?

-Usted siempre se mostraba sumamente amable, Justin. Siempre me decía por qué quería una cosa en vez de limitarse a ordenarme localizarla. También me daba conversación; el tener prisa nunca le impidió ser amable. Por eso le recuerdo con tanto afecto.

-Y por eso, Lazarus, noté que allí había gato encerrado. Una semana después de la partida de su expedición, le pedí algún dato a la computadora ejecutiva. Cuando uno tiene una amiga de voz agradable… su voz no ha cambiado, Minerva; debí reconocerla, pero me desconcertó su apariencia física; cuando uno llama a su vieja amiga y le responde una voz gris y mecánica... y la menor desviación respecto del lenguaje de la programación provoca un "Programa nulo, repita, espero programa", uno se da cuenta de que la vieja amiga ha muerto -con una sonrisa, prosiguió-: Así, pues, no tengo palabras para expresar cuánto me alegra saber que mi vieja amiga renació y ahora es una hermosa joven.

Minerva le oprimió la mano, se ruborizó levemente y no dijo nada.

-Esto... Justin, ¿confrontó usted sus notas con las de alguien?

-¿Me cree tan necio, Ancestro? Yo sólo me ocupo de mis asuntos.

-Novecientos perdones. No, ya sé que no es tonto, a menos que se vaya y se ponga de nuevo al servicio de la vieja arpía.

-¿Cuándo saldrá para aquí la próxima oleada de emigrantes? Detesto la idea de que se pierda el trabajo que he hecho acerca de su vida, y no quisiera abandonar mi biblioteca privada.

-No, señor, no pienso decirle a qué hora pasa el tranvía. Ya hablaremos. Ahí está nuestra casa.

Justin Foote vio un edificio que los árboles ocultaban en parte y se volvió para dirigirse a Minerva:

-Prima, hay algo que no he entendido. Ha dicho antes que "me debe demasiado". Si para usted fue agradable... me refiero a nuestras charlas en Nueva Roma... para mí lo fue tanto o más. Soy yo el que está en deuda con usted: siempre fue muy servicial.

En vez de responder, Minerva miró a Lazarus. este le dijo:

-Tú sabrás, querida.

Minerva inspiró profundamente antes de decir:

-Me propongo dar a veintitrés de mis hijos los nombres de mis veintitrés padres.

-¿Ah, sí? Es una idea preciosa, me parece muy adecuado.

-Usted no es primo mío; es mi padre. Es uno de mis padres.

14

Bacchanalia

Cuando el sendero que atraviesa los bosques de la zona norte de Quintoinfierno tuerce a la derecha, se contempla el panorama de la casa de Lazarus Long, pero la primera vez que la vi apenas reparé en ella; la declaración de Minerva Long me había dejado absorto. ¿Yo, su padre? ¿Yo?

El Decano dijo:

-Cierre la boca, hijo, que hay corriente. Le has dejado de una pieza, querida.

-¡Cuánto lo siento!

-Y ahora deje de poner esa cara de susto, o me obligará a agarrarle por la nariz y administrarle un par de litros de alcohol etílico disfrazado de zumo de fruta. No ha hecho nada malo. ¿Qué, Justin, le interesa el alcohol coloreado?

-Sí, sí -asentí entusiasmado-; recuerdo que de joven hubo una época en la que lo único que me interesaba era eso y otra cosita.

-Si la otra cosita no eran las mujeres le buscaremos una celda de monje para que pueda beber solo. Pero si lo eran..., de usted sé más cosas de las que piensa. Muy bien, habrá libación para seis. p Esas dos no entran; son dos alcohólicas en potencia.

-Una afirmación calumniosa...

-... aunque cierta, lamentablemente...

-... Pero sólo lo hicimos una vez...

... ¡y no volveremos a hacerlo!

-No prometáis más de la cuenta, niñas; se os puede colar una trompa por sorpresa. Más vale conocer la propia resistencia que tropezar por ignorancia. Creced, coged peso, y podréis con la bebida. A no ser que Ishtar se hiciera un lío con vuestros genes, y no fue así. Y ahora, a propósito de la otra cuestión, Justin... Sí, es usted uno de los padres de Minerva, y eso es un grandísimo honor, porque aquellos veintitrés pares de cromosomas fueron elegidos de entre tejidos de miles de seres de categoría superior, aplicando cálculos complicadísimos para manejar la multiplicidad de variables, además de los conocimientos de Ishtar en materia de genética y algún consejo innecesario por mi parte, hasta que esta ricura obtuvo la combinación exacta que deseaba ser.

Empecé a plantearme mentalmente el problema; sí, debió ser un problema considerable mucho más difícil que el problema genético habitual, el de aconsejar a un varón y una hembra acerca de... pero lo abandoné en seguida, pues la mano izquierda de ella me dio la dulce solución. Lazarus seguía hablando:

-Minerva pudo ser varón, medir dos metros y pesar cien kilos, tener la planta de Joe Colossus y el carácter de un mulo joven. En vez de eso optó por ser lo que es: hembra, esbelta y tímida. Aunque no estoy muy seguro de que eso lo eligiera ella. ¿Lo elegiste tú, querida?

-No, Lazarus; nadie sabe qué genes lo determinan. Creo que me viene de Hamadryad.

-Yo creo que te viene de una computadora que conocía... y que no dejó ni gota, porque desde luego Atenea no es nada tímida. No importa. Algunos de los padres-donantes de Minerva están muertos; algunos viven, pero ignoran que alguien tomó prestado un pedacito de tejido de un clon en estasis o del banco de tejidos vivos. Como usted. Algunos saben que son padres-donantes de ella; yo, por ejemplo, y ya ha oído mencionar a Hamadryad. Ya conocerá a otros; algunos están en Tertius, donde el asunto no es ningún secreto. Pero en ningún caso la consanguinidad es excesiva. ¿Un veintitresavo? A ningún consejero genético le haría falta pasarlo por computadora: es un riesgo aceptable. Añadamos el detalle de que ninguno de los padres donantes de Minerva tiene un esqueleto colgándole del árbol genealógico. Usted podría tener descendencia con ella sin el menor riesgo; igual que yo.

-¡Pero me rechazó! -La vehemencia con que Minerva acusó a Lazarus me sobresaltó. Por un momento dejó de ser tímida; los ojos le centellearon.

-Ea, ea, querida. Apenas llevabas un año fuera de la probeta y aún no estabas desarrollada del todo, aunque Ishtar te hiciera pasar de la pubertad cuando aún estabas in vitro. Vuelve a pedírmelo; a lo mejor te doy un susto.

-¿Un susto o una sorpresa?

-No se incomode, Justin, es broma. Sólo quería dejar bien claro que su parentesco con Minerva, si bien es lo bastante cercano como para que Minerva se ponga sentimental, en realidad es tan lejano que escasamente se le puede considerar "primito" suyo.

-Me siento muy emocionado -le dije al Decano-; sumamente complacido y profundamente honrado, aunque no logro adivinar por qué me eligió.

-Si desea saber qué par de cromosomas le birlaron, y por qué, será mejor que se lo pregunte a Ishtar y haga que ella se lo consulte a Atenea; dudo que Minerva lo sepa todavía.

-Sí lo sé; esos recuerdos los guardé. Quería conservar cierta habilidad con las matemáticas, Justin. Se trataba de escoger entre usted y el profesor Owens, de la Cátedra Libby. Le escogí a usted, que es amigo mío.

(¡Caramba! Siento un gran respeto por Jake Hardy-Owens; yo no soy más que un experto en matemática aplicada, y él es un teórico muy brillante).

-Cualesquiera que fuesen sus razones, querida primita, me encanta que me eligiera para padre-donante.

Librodot

-¡Aterrizamos, Comodoro! -anunció una de las pelirrojas, Lapis Lazuli, mientras la navecilla traqueteaba hasta detenerse. (Parecía ser un deslizador Corson; me sorprendió ver uno en una colonia nueva.)

-Gracias, capitana -respondió Lazarus.

Las gemelas saltaron a tierra; el Decano y yo ayudamos a descender a Minerva, ayuda innecesaria que ella aceptó con graciosa elegancia; ése fue otro aspecto de la vida colonial que me sorprendió, dado que en Nueva Roma apenas se estilaban tan arcaicos ceremoniales. (En repetidas ocasiones hallé a los habitantes de Quintoinfierno más corteses y más desenvueltos que los secundianos. Supongo que mi idea de la vida en aquellos confines respondía a la que me habían dado tantas y tantas fábulas que hablaban de hombres rudos y barbudos luchando con fieras, y mulas tirando de carromatos rumbo a horizontes lejanos.)

-Humpty Dumpty -dijo Lazuli-: ¡a dormir!

La nave se alejó contoneándose; las muchachitas se unieron a nosotros, tomando una mi mano libre y la otra la mano libre del Decano, con Minerva entre los dos. Aquellas dos ardillitas pecosas habrían acaparado mi atención, de no haber estado allí Minerva. No siento ninguna inclinación desmesurada hacia los niños; algunos jovencitos me parecen más bien repulsivos, en particular los precoces. Pero, en el caso de ellas dos, su solemne precocidad me resultaba cautivadora, y no irritante... Y veía los rasgos del Decano, más robustos que hermosos, con aquella nariz tan larga, reproducidos inequívocamente pero transformados en seductores rasgos femeninos; en fin, de haber estado solo, habría saltado de contento.

-Un momento -dije, tirando de la mano de Lorelei, con lo que todos se detuvieron mientras yo daba una segunda ojeada a la casa-. ¿Quién es el arquitecto, Lazarus?

-No lo sé -dijo-. Murió hace más de cuatro mil años. El original perteneció al capitoste de Pompeya, una ciudad que fue destruida por aquellas fechas. Vi una copia, restaurada, en un museo de un lugar llamado Denver, y tomé algunas fotografías; me gustó. Las fotografías se perdieron hace mucho, pero al tratar de describírsela a Atenea resultó que en la sección histórica de sus tripas tenía imágenes de las ruinas de la misma casa, y entre eso y mi descripción ella diseñó esta versión. Le añadimos algunos detalles menores, nada que alterase sus suaves proporciones. Atenea la construyó, empleando sus extensiones y enlaces por radio. Resulta muy práctica, con este clima; aquí hace un tiempo muy parecido al de Pompeya, y yo prefiero las casas que miran hacia dentro, que dan a un patio. Son más seguras, incluso en un lugar tan seguro como éste.

-Por cierto, ¿dónde está Atenea? La computadora principal, vamos.

-Aquí. Todavía estaba en el "Dora" cuando construyó esto; ahora está debajo de la casa. Primero se construyó un hogar subterráneo y luego levantó nuestra casa, encima.

-Las computadoras prefieren sentirse en lugar seguro y cerca de su gente -explicó Minerva-. Perdone, Lazarus, querido, pero ha invertido la secuencia temporal; fue hace más de tres años.

-Es cierto, Minerva, pero cuando hayas vivido tanto como yo, y lo harás, te pasarás el día invirtiendo secuencias temporales; es un defecto de los seres de carne y hueso, y al dar el salto debiste aceptarlo. Rectifico, Justin: "Minerva", no "Atenea".

-Pero ahora es Atenea la autora de la obra -precisó Minerva-, puesto que dejé en Atenea, como corresponde, las técnicas, y sólo me quedé con un recuerdo abstracto de haberla construido: no quería recordar más.

-En cualquier caso, es hermosa -dije. Me sentí súbitamente turbado. Una cosa es aceptar intelectualmente la desconcertante idea de que una muchacha haya tenido una vida anterior de computadora, aceptar incluso que uno ha trabajado con esa computadora hace muchos años y a muchos años luz. Pero aquella conversación me trajo la intuición emotiva de que aquella hermosa joven que apoyaba su tierno brazo en el mío lo había sido tan poco tiempo atrás que había construido aquella casa nueva... siendo una computadora. Me estremecí, a pesar de que soy un viejo historiógrafo cuya capacidad de sorpresa se perdió mucho antes del primer rejuvenecimiento.

Entramos, y la bienvenida disipó mi turbación. Nos llenaron de besos; eran dos mujeres jóvenes; a una la reconocí en cuanto me dijeron su nombre: Hamadryad, la hija de Ira, que de veras parece una hamadríade; la otra era una rubia escultural cuyo nombre, Ishtar, me sonaba de haberlo oído mencionar en alguna conversación. Y un joven tan hermoso como las mujeres, que me resultaba familiar aunque no logré situarle. Hasta los dos diablillos gemelos insistieron en besarme dado que anteriormente no me habían dado la bienvenida de ese modo.

En Quintoinfierno, un beso de bienvenida no es el picotazo ritual que se estila en Nueva Roma; incluso las mellizas me besuquearon de una forma que no me dejó dudas en cuanto a su sexo: he recibido besos más pobres de mujeres adultas con intenciones más directas e inmediatas. Pero el joven, al que me presentaron como "Galahad", me desconcertó. Me abrazó y me estampó besos en las mejillas a los que siguió un beso en los labios digno de Ganímedes; me sorprendió, pero traté de corresponderle debidamente.

En vez de soltarme, me aporreó la espalda y dijo:

-Justin, ¡me vuelve loco de contento verte de nuevo! ¡Es maravilloso !

Eché la cabeza hacia atrás para mirarle. Seguramente me mostré perplejo, porque parpadeó y exclamó con voz lastimera:

-¡Me he precipitado, Ish! Hama, guapa, dame un pañuelo, que voy a llorar. Me ha olvidado, después de todo lo que decía.

-Obadiah Jones-dije-, ¿qué haces tú aquí?

-Lloro. Lloro de humillación delante de mi familia.

Ignoro cuánto tiempo había pasado desde la última vez que le vi. Puede que hiciera más de un siglo, pues ése era el tiempo que había transcurrido desde que dejé la universidad Howard. Él era por aquel entonces un joven y brillante especialista en culturas antiguas, y poseía un endemoniado sentido del humor. Recordé, rebuscando en el fondo de mi memoria, haber compartido unas "siete horas" con él y otras dos eminencias, hembras las dos y bien satisfechas de serlo, pero no logré recordar sus rostros ni quiénes eran; lo que recordaba era la jovial, traviesa y alborotadora compañía de él.

-Obadiah -dije con severidad-, ¿por qué te haces llamar Galahad? ¿Andas escondiéndote de la policía otra vez? Lazarus, me sorprende mucho encontrar a este... este macho en su casa. ¡Ponga a sus hijas a buen recaudo!

Librodot

-¡Ay, ese nombre! -dijo entrecortadamente-. No lo repitas Justin. Ellos no lo saben. Al reformarme me lo cambié. No me delatarás, ¿verdad? Prométemelo querido... -de repente soltó una risita y dijo con jovialidad-: Pasa al atrio y te meteremos un pellejo de ron en el gaznate. ¿Quién está de guardia, Lazi?

-Lori. Día impar. Pero os ayudaré. ¿Ron a palo seco?

-Mejor si le añades especias. Quiero darle una bienvenida de las que los Borgia tributaban a los viejos amigos.

-Marchando, tío Mimitos. ¿Quiénes son los Borgia?

-Una familia de la buena época de la vieja Tierra, de antes de la caída, terroncito. Los Howard de su tiempo. Muy amables con los invitados. Yo desciendo de ellos, y sus secretos han llegado a mí por tradición oral.

-Laz -dijo Lazarus-, pídele a Atenea que te resuma lo de los Borgia antes de preparar la bebida de Justin.

-Ya veo: vuelve a las andadas...

-... así es que le haremos cosquillas...

-... y le soplaremos en las orejas...

-... hasta que pida *Pax*...

-... y prometa decir la *Veritas*...

-No puede con nosotras. Vamos, Lazi.

La aldea de Quintoinfierno me había parecido un lugar agradable y nada imponente, más agradable y menos imponente de lo que esperaba. Ira y Lazarus sólo habían aceptado a siete mil de los solicitantes de la primera ola, que pasaban de los noventa mil; por ello la población actual de Tertius no podía andar muy por encima de los diez mil, y de hecho era ligeramente inferior a dicha cifra.

Quintoinfierno parecía contar con sólo unos centenares de residentes, y se centraba en algunos edificios de uso público y semi-público, al estar la mayor parte de los colonos esparcidos por los alrededores. El hogar de Lazarus Long era de lejos la estructura más impresionante que vi, dejando aparte el gran cono aplanado del yate del Decano y la mole mucho mayor de un robot carguero espacial que había en el cosmopuerto en el que aterrizara mi cápsula. (El cosmopuerto era un lugar llano situado a unos cuantos kilómetros; no se le podía llamar propiamente "cosmopuerto", pues era un simple campo. No había ni un solo hangar. Debía de disponer de autofaro, puesto que aterricé sin contratiempos, pero yo no lo vi.)

Aquel asentamiento rudimentario no me había preparado para la contemplación de la casa del Decano. Sus líneas y su planta eran bien simples; el romano en cuestión había elegido un gran arquitecto. Era un jardín cerrado, y los cuatro muros eran la casa. Pero tenía dos plantas, y cada piso podía estar dividido, me pareció, en doce o dieciséis amplias estancias además de los espacios auxiliares de costumbre. ¿Veinticuatro habitaciones, o más, para ocho personas? En Nueva Roma, los más descaradamente ricos podían hacer ostentación de su poder con tanto

espacio, pero en una nueva colonia me pareció poco apropiado, además de escasamente acorde con lo que había hallado en mis largas investigaciones sobre las vidas del Decano.

Muy sencillo: la mitad del edificio estaba dedicado a clínicas de rejuvenecimiento, clínica terapéutica y enfermería; eran accesibles desde el vestíbulo sin pasar por el sector privado de la casa. El número de habitaciones familiares que quedaban era indefinido; la mayoría de los tabiques eran desplazables. La clínica Howard y las instalaciones médicas serían trasladadas a un lugar cercano cuando la colonia precisara de servicios más completos, o cuando las dimensiones de la familia del Decano hicieran necesario más espacio. (Tuve suerte, porque cuando llegué yo no había ningún cliente bajo rejuvenecimiento, ni había ningún paciente en la enfermería... o acaso la mayor parte de los adultos estaban ocupados.)

El tamaño de la familia era algo tan nebuloso como el número de habitaciones. Yo creí que eran ocho; tres hombres: el Decano, Ira y Galahad; tres mujeres: Ishtar, Hamadryad y Minerva; dos crías: Lorelei Lee y Lapis Lazuli. Pero no sabía que había dos niñas muy pequeñas y un niño. Además, no fui el primero ni el último al que invitaban a quedarse a vivir allí todo el tiempo que quisiera. Si la estancia era en calidad de huésped o de miembro de la familia del Decano también podía resultar difícil de determinar para quien viniese de fuera.

Las relaciones en el interior de la familia también eran imprecisas. Los colonos siempre forman familias; un colono soltero es una contradicción en los términos. Pero en la colonia de Tertius todos eran Howard, y nosotros, los Howard, hemos recurrido a todas las clases de matrimonio, creo, excepto la monogamia de por vida.

Pero en Tertius no hay leyes sobre el matrimonio; el Decano no las había creído necesarias. Las escasas leyes que hay están en el contrato de migración, redactado conjuntamente por Ira y Lazarus. Contiene las habituales estipulaciones sobre asentamientos, con el jefe de colonia como árbitro absoluto hasta el momento de su dimisión. Pero no dice nada acerca del matrimonio o las relaciones familiares. Los colonos inscriben a sus hijos en el registro; los Howard lo hacen siempre; en este caso, la computadora Atenea hace las veces de archivo. Pero cuando examiné el registro descubrí que la paternidad de los niños estaba expresada en el código de clasificación genética, no según matrimonios ni paternidad putativa. Durante muchas generaciones los genetólogos de las Familias han recomendado tal sistema (y les doy la razón), pero a un genealogista le supone mucho más trabajo, especialmente si los matrimonios no constan en ninguna parte, como solía ser el caso.

Encontré una pareja con once hijos: seis de él, cinco de ella y ninguno de la pareja. Lo comprendí al leer sus códigos: eran absolutamente incompatibles. Al cabo de un tiempo los conocí: formaban una estupenda familia, vivían en una granja muy próspera y nada parecía indicar que el rebaño de niños no fuera "de ellos".

Pero la familia del Decano era más imprecisa todavía. La filiación genética constaba en los registros, desde luego, en cada uno de los casos; pero ¿quién estaba casado con quién?

Su cuarto de baño era tan "decadente" como me prometieron; era a la vez un cuarto de estar y un lugar de refrigerio, concebido t para el descanso familiar y la diversión. Se extendía a lo largo de la planta baja, en el ala que daba frente al vestíbulo, al otro lado del jardín interior, y las paredes podían abrirse al jardín en días de buen tiempo, que era el que hacía entonces; el día era caluroso.

Disponía de todo lo que podía desear el sibarita más exigente: en el centro había una fuente que hacía juego con la del jardín, teniendo los bordes anchos y cómodos para sentarse a

refrescar los pies cansados y disfrutar de alguna bebida; una sauna en un rincón; una gran ducha en el otro extremo, con espacio suficiente para divertirse todos juntos sin esperar turno; un aparato cosmetosedante de mandos muy sofisticados una larga piscina que cubría hasta el tobillo en el extremo azul y hasta la barbilla en el rojo, flanqueada por dos bañeras en las que cabían cómodamente dos o tres personas, hamacas para dormitar, tomar el fresco, sudar o charlar y retozar; un tocador con un gran dupliespejo en el que uno podía contemplar a la chica de frente o de espalda con sólo pedir la ayuda de Atenea; un rincón con amplitud para una docena con el suelo acolchado mullido como una cama y cubierto de cojines grandes y pequeños, duros y blandos; una barra que comunicaba con la cocina... Si falta algún detalle, el olvido es mío, no de quien lo diseñó. Naturalmente, disponía de todos los utensilios habituales.

Primero creí que la iluminación era irregular hasta que comprendí que Atenea la hacía variar constantemente a fin de que no diera directamente en los ojos de nadie, cambiando la intensidad de cada punto de la gran sala para adecuarla a lo que se estuviera haciendo: máxima para el maquillaje, matizada para la conversación... Y también para adecuarla a la personalidad de cada cual; las dos pelirrojas lucían en todo momento una aureola, por más que enredaran (y no hacían otra cosa).

Había música suave allí y en el jardín, o en cualquier lugar a voluntad, seleccionada por Atenea a menos que alguien pidiera algo en particular; parecía tener almacenada toda la música que se había escrito. También podía armonizar con las gemelas mientras tomaba parte en tres distintas conversaciones en otros puntos de la sala de baños. Una computadora consciente de su propia capacidad -suficientemente grande para dirigir Secundus- puede, y a menudo debe, hablar en muchos lugares simultáneamente, pero hasta entonces yo no había visto ninguna que me llamara la atención al hacerlo. Y es que las grandes computadoras no suelen formar parte de una familia.

El resto de la casa estaba casi sin automatizar; cuestión de gusto, puesto que la capacidad de Atenea no se utilizaba por completo, ni mucho menos. Mis anfitrionas cocinaban, y Atenea se limitaba a ayudar cuidando de que nada se quemara y supervisando los horarios: en dos ocasiones, advertida por Atenea, Hamadryad abandonó el baño, en una de ellas con tanta prisa que salió a escape desnuda y mojada, sin detenerse siquiera a coger un albornoz.

Bañarse con Lazi y Lori era, efectivamente, "movido pero divertido", con chillidos, carcajadas y parloteos en los que una frase quedaba cortada a pedacitos una y otra vez antes de que le pusieran punto (supuse que se comunicaban telepáticamente y sospeché, no sin recelo, que a veces leían el pensamiento de las personas que tenían delante, aunque no me esforcé en comprobarlo); resultaba encantadoramente franco y puerilmente inocente.

Primero me untaron de pies a cabeza con jabón liquido perfumado y me exigieron que hiciera lo propio con ellas, amenazándome con provocarme pucheros cuando vacilé en hacerlo, y dijeron a voz en grito que el "tío Mimitos" (mi viejo amigo Obadiah, ahora Galahad) lo hacía mucho mejor, y eso que todo el mundo sabía lo perezoso que era; o acaso no me gustaban lo suficiente como para que las enjabonara a caricias, y si se casaran conmigo, ¿querría venir con ellas a su nave? y aunque todavía eran vírgenes, y no por falta de ocasiones, no tenía por qué preocuparme por ese detalle, pues mamá Hamadryad y mamá Ishtar las estaban instruyendo en materia de sensualidad elemental y superior y acelerarían el programa si decidía casarme con ellas ahora mismo. ¿Verdad que sí, Hamamita? ¡Díselo!

Hamadryad, que estaba enjabonando a Ira a un metro de nosotros, aseguró que lo haría si eran capaces de convencerme tan pronto. Supuse que las jovencitas bromeaban y que su madre -una de sus madres- les seguía la corriente. A veces me pregunto si no dejé escapar una ocasión

de oro. Lazarus estaba cerca y podía oír lo que decían; no les mandó callarse, sino que se limitó a aconsejarme que no les ofreciera un contrato por más de diez años, ya que su capacidad de atención era limitada -afirmación que las indignó- y les sugirió que si aspiraban a casarse aquella misma noche más les valdría arreglarse antes las uñas de los pies, lo cual hizo crecer su indignación de tal modo que dejaron de bañarme para atacarle por los dos flancos.

La cosa acabó con una de ellas debatiéndose bajo cada brazo de Lazarus, que me preguntó si aceptaba hacerme cargo de ellas o prefería que las arrojase a la piscina.

Opté por lo primero, y nos duchamos mutuamente para acto seguido ir juntos a la piscina; me metí en el agua hasta los hombros, de espaldas al jardín, sosteniéndolas un poco, una con cada brazo, pues no hacían pie, hasta que alguien me tapó los ojos.

-¡Tía Tammy! -exclamaron las mellizas elevándose en el aire y saliendo del agua mientras yo me volvía para mirar.

¡Tamara Sperling! Creía que estaba en Secundus, retirada en el campo. Tamara la Soberbia, la Superlativa, la Única; según mi opinión (y la de muchos otros) la mayor artista de la profesión. Estoy convencido de que no soy el único hombre que al dejar ella Nueva Roma decidió permanecer soltero una buena temporada.

Había llegado y, al ver que la familia estaba en el baño, se despojó de la túnica en el jardín, entró a toda prisa sin detenerse a desabrocharse las altas sandalias, me vio y me cubrió los ojos con sus bellas manos.

¿Por qué? Era mi pareja para la cena y (suponiendo que fuera verdad algo que yo había oído aquella tarde) deseaba ser mi esposa invitada si yo quería. ¿Si quería? Cincuenta años atrás le había ofrecido el contrato que prefiriese cada vez que me permitía visitarla, y al final abandoné el empeño después de que me dijera repetida, paciente y amablemente que ya no pensaba tener más niños y que no se volvería a casar por ningún otro motivo.

Pero allí estaba, rejuvenecida (aunque eso era lo de menos), gloriosamente joven y saludable... y viviendo en una colonia. Me pregunté quién sería el hombre que la había convencido para hacer tal cosa. Le envidié y me pregunté qué sobrehumanas cualidades poseería; de todos modos, cualesquiera que fuesen, si Tamara deseaba compartir la cama conmigo por una noche y tan sólo para recordar los viejos tiempos, yo aceptaría lo que los dioses me ofrecieran y no me preocuparía por él; la fortuna de aquella mujer puede dividirse hasta el infinito. ¡Tamara! ¡Las campanas repican al decir su nombre!

Besó a las dos niñas, mojadas como estaban, y se arrodilló para besarme.

Después me dijo en voz baja, pegando su boca a la mía:

-Cariño... Cuando oí que estabas aquí, vine corriendo. ¿*Mi laruna d'vashti miz du*?

-¡Sí! Y otra más, si la tienes libre.

-Más despacio con el inglés, *doriz mi*; lo estoy aprendiendo, poco a poco, porque mi hija quiere que sus rejuvenecedores auxiliares hablen una lengua desconocida para la mayoría de los clientes... y porque en nuestra familia se habla tanto el inglés como el galáctico.

-¿Ahora haces rejuvenecimientos? ¿Y tienes una hija aquí?

-*Ishtar datter mi*, ¿no lo sabías, *petsan mi-mi*? Sí, pero sólo soy enfermera. Pero voy estudiando, e Ishtar me ha pronosticado que seré técnico auxiliar en unos cuantos años. ¿No está mal, verdad?

-No, supongo que no. Pero ¡qué gran pérdida para el arte!

-*Blandjor* -dijo, revolviéndome alegremente el pelo mojado-, aunque una se rejuvenezca, ¿lo has notado, no?, aquí el arte no da para vivir. Hay demasiadas preciosidades con ganas de hacerlo, y más dulces, y más bonitas -las mellizas se habían quedado junto a nosotros, calladas y atentas por unos momentos-. Aquí tienes un ejemplo. Mis nietas, que están ansiosas por crecer en vertical para tenderse en horizontal -las besó-. Y tienen rizos pelirrojos. Yo no.

Iba a decir que la edad y los rizos pelirrojos no cuentan, pero comprendí que un elogio a Tamara expresado de esa forma podía provocar pucheros. De todas formas, no hizo falta decir nada, porque la espita se había vuelto a abrir:

-Tía Tammy, no estamos ansiosas...

-... sino sólo dispuestas y preparadas...

_ ... y de todos modos no se casará con nosotras...

-... porque sólo finge pensarlo...

-... y tú no puedes ser nuestra abuela...

-... porque entonces serías la abuela del Tato...

-... lo cual es ilógico, imposible y ridículo...

-... de modo que tendrás que ser nuestra "tía Tammy".

Su razonamiento me pareció doblemente entimemático, si no un perfecto *non sequitur*, pero dije estar de acuerdo con él porque la idea de que Tamara fuese la abuela del Decano me resultaba intolerable. Así es que cambié de tema:

-Tamara, querida, ¿me dejas que te quite las sandalias y así podrás bañarte en la piscina, o quieres que salga y me seque?

No hizo falta que respondiera:

-Nosotras hemos de arreglarnos sin tardar...

-... porque mamá Hamadryad ha terminado de pintarse la cara y se está arreglando los pezones...

-... de modo que si no nos damos prisa tendremos que cenar en cueros...

-... y eso en una fiesta estaría muy mal...

-... y será mejor que vosotros dos os deis prisa, también...

-... o el Tato echará la comida a los cerdos. ¡Con permiso!

Salí del agua y dejé que Tamara me secase; no era necesario, porque había un secador a mano. Pero cuando Tamara me ofrece algo mi respuesta es siempre "sí". Tardamos un poco; "perdimos" el tiempo charlando y retozando. (¿Acaso hay un modo mejor de emplear el tiempo?)

Cuando ya estaba seco y me preguntaba si debía hacer uso del tocador (no uso demasiados cosméticos, sólo depiladores), llegó corriendo una de las mellizas trayéndome ropa: una clámide azul. Casi sin aliento, dijo:

-Dice Lazarus que te pruebes esto o que digas qué otra cosa prefieres. Aunque no hace falta que te pongas nada porque hace una noche calurosa y eres de la familia, por ser padre de Minerva; uno de los padres.

Ahora ya creía distinguirlas por las pecas.

-Gracias, Lorelei; me la pondré.-Siempre he creído que para cenar dentro de casa, en una casa debidamente ambientada, o al aire libre, en privado y en una noche calurosa, una servilleta es suficiente. Pero como invitado de honor, aun siendo "de la familia" no podía ir desnudo cuando ellos se tomaban la molestia de cumplir con las formalidades de una celebración.

-Muy bien, pero yo soy la capitana Lazuli; aunque da lo mismo porque ella es yo. ¡Con permiso! -Y desapareció.

Me la puse. Fuimos al jardín y recogimos la túnica de Tamara; hacía juego con la mía. Quiero decir que era del mismo tono de azul, y tenía el mismo aire de Siglo de Oro de la Hélade. La suya era como dos gramos de neblina azul. El corpiño se anudaba en el hombro derecho y bajaba en diagonal sobre el pecho hasta el izquierdo. Su falda era más larga que la mía, pero el detalle era correcto: los griegos de aquel Siglo de Oro llevaban, en efecto, la falda más corta que las mujeres, en vez de lo contrario, que es lo más habitual en Secundus. (Todavía ignoraba qué era lo que se estilaba en Tertius.) Hacíamos buena pareja, y yo estaba encantado.

¿Casualidad? Donde está el Decano las "casualidades" suelen estar arregladas.

Comimos en el jardín, con un diván para cada pareja, dispuestos en hexágono con la fuente formando el sexto lado. Atenea hizo juegos con el agua y las luces que encendía dentro de ella, en armonía con lo que tocaba en cada momento. Todas las mujeres, excepto Tamara, ayudaron a servir; Lori y Lazi hicieron las veces de diosa Hebe, y ya fue imposible tenerlas quietas en el diván. Al empezar el festín, Ira estaba con Minerva, Lazarus con Ishtar, Galahad con Hamadryad, y las mellizas juntas. Pero las mujeres se movían como peones de ajedrez, compartiendo un diván, algunos bocados, unas cuantas caricias, y cambiando de nuevo... Todas menos Tamara, que en toda la fiesta no separó de mis muslos sus nalgas redondeadas, suaves y firmes. Me vino muy bien que no se moviera; no soy tímido pero prefiero no exhibir el reflejo galante a menos que lo necesite enseguida... y sentía intensamente la presencia de su querido cuerpo, cálido junto a mí.

Pero mientras que Lazarus comenzó la cena con Ishtar, cuando volví a mirar en su dirección la que estaba reclinada junto a él era Minerva; y a la siguiente ocasión, una de las mellizas, no sé exactamente cuál. Y así...

No describiré el festín; diré solamente que no lo esperaba, en una colonia tan joven, y añadiré que he pagado precios más elevados por menús más pobres en famosos restaurantes de Nueva Roma.

Todos, excepto Lazarus y sus hermanas, llevaban llamativas vestiduras pseudogriegas. Pero Lazarus iba ataviado como un caudillo escocés de uno o dos milenios atrás: "Kilt", bolsa, daga, espada, etc. La espada la dejó a un lado pero al alcance de la mano, como si esperase necesitarla. Puedo afirmar categóricamente que jamás tuvo derecho a vestirse de jefe de acuerdo con las reglas de aquellos clanes ya desaparecidos. No es muy seguro que nada le autorizara a lucir un atavío escocés. Una vez dijo que era "mitad escocés, mitad soda", pero en una ocasión dijo a Ira Weatheral que la primera vez que se puso una falda escocesa fue en una época (poco antes del vuelo del "Nuevas Fronteras") en la que dicho estilo estaba muy en boga en su país; descubrió que le gustaba y desde entonces se la ponía cuando las costumbres del lugar lo permitían.

Aquella noche echó el resto, y añadió un hermoso mostacho para completar las galas.

Sus hermanas gemelas vestían exactamente igual que él. Sigo preguntándome si era para honrarme, impresionarme o divertirme. Quizá las tres cosas a la vez.

Yo habría pasado con toda felicidad aquellas tres horas dando de comer a Tamara y dejando que ella me sirviera a mí, bañado en la tranquilidad de espíritu que nace de tocarla, pero el círculo cerrado de felicidad (y bien cerrado estaba: ahora salía de la fuente la voz de Atenea) indicaba que el Decano esperaba de nosotros que disfrutáramos de la compañía, hablando y escuchando por turnos, de forma tan ritual como en cualquiera de los rígidos y solemnes salones de Nueva Roma. Y así lo hicimos, en común y amable armonía, con las gemelas añadiendo inesperados toques de gracejo aunque por lo general logrando contener su exuberancia y ser "formalistas".

Empezó el Decano, utilizando a Ira como estimulador.

-Ira, ¿qué diría si ahora entrase un dios por esa puerta?

-Le diría que se lavara los pies. Ishtar no tolera que en esta casa entren los dioses con los pies sucios.

-Pero todos los dioses tienen pies de barro...

-Ayer no decía lo mismo.

-Hoy no es ayer, Ira. He visto miles de dioses y todos tienen pies de barro. Todos eran un engaño; en primer lugar -subrayó sus palabras contando con los dedos- para beneficiar a los chamanes; en segundo lugar, para beneficiar a los reyes; y en tercer lugar, para beneficiar a los chamanes una vez más. Entonces conocí al que hacía mil y uno.

El Decano hizo una pausa. Ira me miró.

-Ahora me tocaría decir "¡Cuente, cuente !" o alguna insinceridad por el estilo, y a los demás les correspondería corearme: "¡Sí, sí Lazarus!"… Lo cual no dejaría de tener su lado bueno, porque así todos nosotros tendríamos veinte minutos para empinar el codo sin interrupción.

Librodot

"Pero voy a disuadirle. Nos quiere contar cómo mató a los dioses de los jockairos empleando solamente una pistola de juguete y su superioridad moral. Dado que ese embuste ya aparece en sus memorias en cuatro versiones contradictorias, no tenemos por qué cargar con la quinta.

-No era una pistola de juguete; era una desintegradora Remington diecinueve a toda potencia, un arma de primera en aquel tiempo, y después de que los descuartizara olían peor que el Salón de la Hormona a primeros de mes. Y mi superioridad jamás ha sido moral; siempre consiste en hacer algo a alguien antes que él me lo haga a mí. Pero lo importante de la historia que Ira no me deja contar es que aquellos tíos eran dioses de verdad, porque ni los chamanes ni los reyes tenían arte ni parte en el asunto: a ellos también les embaucaron. Aquellos seres perrunos eran simples objetos de propiedad al servicio' de sus dioses... dioses en el mismo sentido en que un hombre puede ser un dios para un perro... cosa que yo había sospechando a la primera, cuando sacaron al pobre Slayton Ford de su laboratorio y lo dejaron medio muerto. Pero la segunda vez, unos ochocientos o novecientos años más tarde, Andy y yo probamos que así era. ¿Cómo?, me preguntarán...

-No lo preguntamos.

-Muy amable, Ira. Pues lo probamos porque al cabo de tanto tiempo los jockairos no habían cambiado en nada. Su habla, sus costumbres, sus construcciones, todo... estaba congelado. Esto es algo que sólo puede ocurrir con animales domesticados. Un animal salvaje, como por ejemplo el hombre, cambia su conducta según cambian las condiciones; se adapta. A menudo he pensado que me habría gustado volver y ver si el pueblo canino logró regresar al estado salvaje después de perder a sus dueños. ¿O simplemente se abandonaron y murieron? Pero la idea no me tentaba demasiado; viendo cómo nos gruñían olisqueándonos los tobillos, creo que Andy y yo tuvimos mucha suerte al salir de aquel planeta con las gónadas en su sitio.

-¿Ve lo que le decía, Justin? La versión número tres contaba que los jockairos caían en coma en el momento de ser quemados sus dueños, y en esa versión Libby no aparece.

-Papa Ira, tú no comprendes al Tato...

-... él no cuenta mentiras...

-... es un creador, un artista...

-... que se expresa en parábolas...

-...y emancipó a los jacaranditos aquellos...

-... que eran víctimas de una cruel opresión.

Ira Weatheral me dijo:

-Justin, bastante me ha costado soportar a un Lazarus Long. Si ahora son tres, me rindo. Ven, Lori, que te daré un mordisquito en la oreja. Minerva, cielo, deja eso, lávate las manitas y pregúntale a Justin si quiere más vino. Justin, usted es la única persona que tiene noticias para dar. ¿Qué noticias nos trae de la Bolsa?

-Baja sin cesar. Si tiene inversiones en Secundus, le aconsejo que me dé instrucciones para su agente. Lazarus, he observado que clasifica al hombre como animal salvaje.

-Lo es: se le puede matar, pero no domar. Los peores baños de sangre de la historia se deben a intentos de domarlo.

-No lo discuto Ancestro. Soy historiógrafo matemático y lo he comprobado mil veces. Pero ¿les han llegado noticias del vuelo del "Vanguard"? Me refiero al primer "Vanguard", el de antes de la Diáspora.

Lazarus se incorporó tan bruscamente que a punto estuvo de hacer caer a Ishtar del diván. La sujetó a tiempo.

-Perdón, cariño. Hable, Justin.

-No pretendía hablar del "Vanguard" precisamente...

-Quiero que hable del "Vanguard". Nadie protesta, de modo que está decidido. ¡Hable, hijo!

Roto ya el protocolo de la reunión, hablé, repasando primero algo de historia antigua. Aunque ya casi nadie lo recordaba, el "Nuevas Fronteras" no fue la primera nave estelar. Tenía un hermano mayor, el "Vanguard", que salió del Sistema Solar unos años antes de la trascendental fecha en la que Lazarus Long capitaneó el "Nuevas Fronteras". Se dirigía al Alfa del Centauro pero no llegó nunca; jamás se hallaron huellas en el único planeta que pudo visitar, un planeta de tipo terráqueo cercano a Alfa del Centauro A, la única estrella de tipo G que hay en la región.

Pero la nave fue hallada por casualidad, en una órbita abierta muy lejos de donde debería estar, a juzgar por su misión; fue descubierta hace un siglo aproximadamente -y esto habla de las dificultades de la historiografía cuando los medios de comunicación más rápidos son las naves: la historia volvió a Secundus pasando por cinco planetas coloniales antes de entrar en los archivos, unos pocos años después de que Lazarus saliera de Nueva Roma, pocos años antes de que yo fuese a Quintoinfierno como mensajero (teórico) de la presidenta en funciones. El retraso de un siglo no importaba demasiado, pues la noticia sólo era de interés para cuatro eruditos. Para la mayor parte de la gente tan sólo era la confirmación, nada interesante, de un episodio intrascendente de la historia antigua.

En el "Vanguard" todo estaba muerto, en tanto que la nave dormía, con el convertidor apagado automáticamente, la atmósfera casi perdida por las filtraciones y los documentos y grabaciones tan destruidos, ilegibles, incompletos y desvaídos que resultaban inquietantes. El "Vanguard" sólo interesa a los especialistas en temas de la antigüedad y gente por el estilo, aunque para tipos raros como yo será siempre un tesoro inagotable... si es que no lo volvemos a perder. El espacio es muy profundo.

Pero lo interesante del hallazgo es que cuando reconstruyeron balísticamente por computadora el recorrido del "Vanguard", se vio que siete siglos antes había pasado cerca de una estrella de tipo solar. Las comprobaciones efectuadas en aquel sistema tuvieron como resultado el hallazgo de un planeta de tipo terráqueo, se vio que estaba habitado por el homo sapiens. Pero no eran de la Diáspora. Eran del "Vanguard".

-No hay duda, Lazarus: los pocos miles de salvajes que había en aquel planeta... llamado "Isla de Pitcairn", no recuerdo el número de catálogo... descendían de unos cuantos que llegarían allí, probablemente en una de las naves auxiliares, siete siglos antes de que les encontraran. Habían retrocedido hasta un estadio precivilizado de economía de recolección y si

no se hubiera encontrado antes la nave podría haberse originado allí una de esas historias sobre una raza humana no surgida de la vieja Tierra.

"Pero la jerga que hablaban, una vez pasada por el analizador-sintetizador lingüístico, resultó ser la variedad del inglés que se empleaba como lengua de trabajo en el "Vanguard". Con un vocabulario reducido, palabras nuevas, la sintaxis degenerada... pero la misma lengua.

-¿Y sus mitos, Justin, y sus mitos? -inquirió Galahad-Obadiah.

Tuve que reconocer que no los tenía todos en la memoria, pero le prometí sacarle una copia completa y enviársela con la primera nave.

-Pero, Decano, lo interesante es que aquellos salvajes, tan fieros que al tratar con ellos murieron más científicos que salvajes...

-Un hurra por ellos. Hijo mío, aquellos salvajes no hacían más que ocuparse de sus asuntos en su planeta. Quien se entromete puede esperar cualquier cosa; ya sabe que tiene que andarse con ojo.

-Supongo que sí. Aquellos pseudoaborígenes devoraron a tres científicos antes de que éstos descubrieran el modo de tratar con ellos. Esto es, por medio de robots humanoides movidos por control remoto. Pero lo que quiero subrayar no es su fiereza, sino su inteligencia. Créalo o no, lo cierto es que en todas las pruebas que se les pudo hacer, aquellas bestias, aquellos salvajes, daban cifras superiores a las normales. Muy superiores. En la gráfica de distribuciones se sitúan entre "excepcionalmente dotados" y "genios superiores".

-¿Espera que me sorprenda? ¿Por qué?

-Es que se trata de salvajes. Y fuertemente endogámicos, probablemente.

-Me está pinchando, Justin; usted sabe más... aunque es posible que Ira le haya contratado como estimulador. Muy bien, morderé el cebo. La palabra "salvaje" designa una circunstancia cultural, no un grado de inteligencia. Y la endogamia no perjudica a un grupo genético si las condiciones de supervivencia son extremas; ya que los describe como caníbales, probablemente se comían los individuos desechados. A juzgar por el estado de la nave, cabe suponer que sus antepasados aterrizaron con pocas cosas o sin nada, posiblemente con las manos vacías y mucha ignorancia... en cuyo caso únicamente podrían sobrevivir los más capaces y listos. La tripulación de aquella nave, Justin, mostraba una media de inteligencia muy superior a la de los Howard que escaparon en el "Nuevas Fronteras"; fueron escogidos por su inteligencia, en tanto que los primeros Howard seleccionados lo fueron sólo por su longevidad, no por su capacidad mental. Sus salvajes descendían exclusivamente de genios... y pasaron por Alá sabe cuántas pruebas de las que eliminan a los estúpidos y dejan únicamente a los más despiertos, para que se reproduzcan. ¿Qué nos queda con eso?

Reconocí que le había hecho una pregunta-cebo para ver cómo respondía. El Decano asintió con la cabeza.

-Sé que no es tonto, hijo; pedí a Atenea que me informara acerca de su genealogía. Pero a menudo me ha sorprendido ver cómo las personas medianamente despiertas y medianamente informadas... lo cual no reza para ninguno de los aquí presentes, de modo que nos podemos ahorrar los alardes de modestia... como esas personas algo superiores se ven muchas veces en apuros para resolver el viejo problema de la bolsa de seda y la oreja de la puerca. Si la herencia

Librodot

no fuera enormemente más importante que el medio ambiental, se le podría enseñar cálculo a un caballo.

"En mis años mozos había una pretendida "élite intelectual" que profesaba la creencia de que podía enseñar cálculo a un caballo... siempre que comenzara suficientemente temprano, invirtiera el dinero suficiente, le diera una instrucción especial y fuera inagotablemente paciente y cuidadosa a fin de no herir su corazoncito equino. Eran tipos tan sinceros que parece de una total ingratitud el que el caballo se empeñara siempre en seguir siendo un caballo. En especial porque estaban en lo cierto... si por "suficientemente temprano" entendemos un millón de años o más.

"Pero aquellos salvajes lo conseguirán; no pueden evitar el triunfo. El problema inverso es aún más horriblemente interesante. Justin, ¿se da usted cuenta de que los Howard acabaron con la vieja Tierra?

-Sí.

-Vamos, hijo, no tiene que contestar como si quisiera cortar la conversación... dejándonos sin otra cosa que hacer más que emborracharnos y acariciar a las nenas.

-¡Eso! -gritó Obadiah-Galahad-. ¡Hagámoslo! -En aquel momento tenía consigo a Minerva; la agarró fuertemente y se la puso encima-. Querida Comotellames, ¿cuál es tu última palabra?

-Sí.

-¿Sí? ¿Sí, qué?

-Sí, nada más. Ésta es mi última palabra.

-Galahad -dijo Ishtar-, si piensas violar a Minerva, llévatela detrás de la fuente, que quiero oír lo que dice Justin.

-¿Y cómo voy a violarla si ella no se resiste? -se lamentó él.

-Ese problema lo has resuelto siempre. Pero hazlo sin escandalizar. Justin, estoy perpleja. A mí me parece que hemos sido muy generosos proporcionando tecnología nueva a la vieja Tierra... y ya no podemos darle mucho más. ¿Acaso no regresó medio vacía la última nave de transporte de emigrantes?

-Yo responderé -gruñó Lazarus-. Justin podría pintarlo de color de rosa. No todos los Howard. Dos: Andy Libby puso el arma; y yo di el golpe de gracia. Los viajes espaciales acabaron con la Tierra.

Ishtar parecía confundida.

-No comprendo, abuelo.

-Me llama "abuelo" cuando me porto mal -me dijo el Decano a modo de confidencia-; es su forma de castigarme. Ish, querida, eres joven y dulce y te has pasado la vida estudiando biología, no historia. En cualquier caso, la Tierra estaba condenada; los viajes espaciales no hicieron más que precipitar las cosas. Hacia el año dos mil doce yo ya no estaba en situación de

seguir viviendo, así es que pasé el siguiente siglo en otro lugar..., aunque los otros terrenos del Sistema Solar distan mucho de ser atractivos. Me perdí la destrucción de Europa, me perdí una fea dictadura en mi tierra natal. Regresé cuando las cosas parecían tolerables, descubrí que no lo eran... y entonces fue cuando los Howard tuvieron que salir pitando.

"Pero los viajes espaciales no pueden aliviar la presión que sufre un planeta superpoblado, ni siquiera con las naves actuales, y probablemente tampoco con las del futuro... porque los idiotas no quieren abandonar las laderas del volcán donde viven ni cuando empieza a rugir y echar humo. Lo que hacen los viajes espaciales es drenar los mejores cerebros, aquellos que son lo bastante despiertos para ver venir la catástrofe y tienen las agallas suficientes para pagar el precio que hay que pagar: abandonar el hogar, la fortuna, los amigos y los parientes, todo... y avanzar. Son una pequeñísima fracción del uno por ciento. Pero son suficientes.

-Es lo de la curva de distribución, una vez más -dije a Ishtar-. Si como cree Lazarus, y las estadísticas le dan la razón, toda migración sale principalmente del extremo derecho de la curva de incidencia normal de habilidad humana, esto actúa como mecanismo de selección, con lo cual el nuevo planeta mostrará una gráfica con un coeficiente medio de inteligencia muy superior al de la población de la que salió... y el viejo planeta dará un promedio casi imperceptiblemente más estúpido.

-¡Imperceptible salvo por una cosa! -objetó Lazarus-. La pequeña fracción que apenas se ve en las estadísticas es el cerebro. Recuerdo un país que perdió una guerra clave por expulsar a media docena escasa de genios. La mayor parte de la gente no sabe pensar, la mayor parte del resto no quiere pensar, y la pequeña fracción que sí piensa casi nunca sabe hacerlo bien. La fracción, extremadamente reducida, que piensa regular, cuidadosa y creativamente, ésa es a la larga la gente que cuenta... y ellos serán los que emigrarán cuando sea físicamente posible hacerlo.

"Como dice Justin en las estadísticas apenas se ve. Pero cualitativamente la diferencia está ahí. Si le cortas la cabeza a una gallina, verás que no muere en seguida; revolotea con más energía que nunca. Por poco rato. Luego se muere.

"Eso es lo que los vuelos espaciales le hicieron a la Tierra: le cortaron la cabeza. A lo largo de dos mil años, sus mejores cerebros han ido emigrando. Los que quedan están aleteando más fuerte que nunca... pero sin objetivo, y morirán pronto. Muy pronto, creo yo. No me siento culpable de ello; creo que no es ningún delito que aquellos que son suficientemente listos para escapar lo hagan si pueden. Y allá por el siglo veinte el estertor de agonía de la Tierra era claramente audible. Hablo del siglo veinte según el cómputo terrestre, cuando yo era un muchacho y los viajes espaciales acababan de iniciarse, y a escala interestelar no habían comenzado siquiera. Tuvieron que pasar dos siglos y algo más para que se pusieran en marcha. La primera migración de los Howard no cuenta: fue involuntaria, y no eran los mejores cerebros.

"La siguiente migración Howard a Secundus fue más importante; se sacudió de encima a algunos de los más atontados dejándolos atrás. Las migraciones de otras gentes fueron más importantes aún: a veces me hubiera gustado saber qué habría sucedido de no haber habido impedimentos políticos para emigrar de China; los pocos chinos que alcanzaron las estrellas tuvieron siempre aspecto de triunfadores. Sospecho que los chinos presentan una media de inteligencia superior a la del resto de la camada terrestre.

Librodot

"Y no es que hoy importe nada el color de la piel o la oblicuidad de los ojos, ni que importara tampoco en el momento de la verdad. Uno de los primeros Howard fue Robert C. M. Lee, de Richmond, Virginia; ¿sabe alguien cómo se llamaba originariamente?

-Yo lo sé -respondí.

-Claro que lo sabe, Justin, de modo que no lo diga; esto también reza para ti, Atenea. ¿Alguien más?

Nadie respondió. Lazarus prosiguió:

-Al nacer se llamaba Lee Choy Moo, era de Singapur y sus padres procedían de Canton, en China; y de los que viajaban en el "Nuevas Fronteras" sólo le superaba, como matemático, Andy Libby.

-¡Cielo santo! -exclamó Hamadryad-. Yo desciendo de él, pero ignoraba que fuese un gran matemático.

-¿Sabías que era chino?

-No sé muy bien qué significa la palabra "chino", Lazarus. No he estudiado mucha historia terrestre. ¿No era una religión, como judío…?

-No exactamente querida. El hecho es que ya no importa. Muy pocos lo saben, y a nadie le preocupa el hecho de que el famoso Zaccur Barstow, mi cómplice, fuera un chocolate. ¿Te dice algo esa palabra, Hamaguapa? No es una religión.

-La palabra significa "negro", por lo que deduzco que algún abuelo suyo era africano.

Lo cual demuestra lo que se saca de deducir cosas a partir de un solo dato. Dos de los abuelos de Zack, mulatos ambos, procedían de mi país, de Los Ángeles. Dado que mi linaje se mezcló con el suyo mucho tiempo atrás, es probable que cualquiera de vosotros pueda presumir de antepasados africanos. Lo cual equivale, estadísticamente, a decirle descendiente de Carlomagno. Ya he llegado muy lejos, y ya es hora de que elijamos otro estimulador y otro respondedor. Los viajes espaciales arruinaron a la vieja Tierra: he aquí una opinión. La otra cara de la moneda, más alegre y a la larga más importante, es que mejoró la especie. Probablemente también la salvó, pero lo seguro es que la mejoró. Ahora, el homo sapiens no sólo es más abundante que nunca en la Tierra, sino que es un animal mejor, más listo y más eficiente en todos los aspectos mensurables. Y aquí se detiene este respondedor; ahora, que hable otro. Lazi, deja de hacerme cosquillas y ve a importunar a Galahad; Minerva necesita un descanso.

-Lazarus -dijo Ishtar-, otra respuesta y basta, por favor. Ha dicho una cosa sobre los Howard que me ha hecho dudar. Parecía poner todo el énfasis sobre la inteligencia. ¿No considera importante la longevidad?

Me quedé atónito al ver que el más anciano de los seres humanos vivientes fruncía el ceño y tardaba en responder. Seguramente era una cuestión que había resuelto en su interior unos mil años antes por lo menos. Traté de despejar el dilema, pero no hallé el modo correcto de planteármelo.

-Ishtar, la única respuesta verbal correcta a la pregunta es "sí y no", lo cual es lo mismo que decir que no poseo el lenguaje capaz de expresar algo que en mi interior es, y ha sido durante muchos siglos, más claro que el agua. Pero he aquí parte de la verdad: hace mucho tiempo, un efímero me demostró que todos vivimos la misma longitud de tiempo -miró a Minerva, que le devolvió, muy seria, la mirada-. Porque todos vivimos ahora. Ella, él no enunciaba la falacia de Georg Cantor, que distorsionó durante tanto tiempo la matemática prelibbiana, afirmaba una verdad objetiva comprobable. Cada individuo vive su vida en el ahora, independientemente de cómo puedan otros medir esa vida en años.

"Pero he aquí otra verdad: la vida es demasiado larga cuando uno no la disfruta ahora. ¿Te acuerdas de cuando yo no la disfrutaba y deseaba ponerle fin? Tu habilidad... y tus trucos, querida, y no te ruborices... cambiaron las cosas, y vuelvo a saborearla ahora. Pero tal vez no te he dicho nunca que incluso mi primer rejuvenecimiento lo abordé con recelo, temeroso de que rejuveneciera mi cuerpo sin hacer lo mismo con mi espíritu. Y no te molestes en decirme que "espíritu" es una palabra vacía; sé que es indefinible... pero para mí sí significa algo.

"Pero aquí hay todavía más elementos de la verdad; intentaré hablar de ello. Aunque la longevidad puede ser una carga, por lo general es una bendición. Da tiempo para aprender, tiempo para pensar, tiempo para no tener prisa, tiempo para amar.

"Basta ya de temas graves. Galahad, elija un tema ligero; y usted, Justin, clávele los aguijones, que yo ya he hablado bastante. Ishtar, querida, trae para acá tu adorable chasis, ponte cómoda y deja que te llene de coñac. Quiero que estés relajada para lo que quiero hacerte luego.

Ella se le acercó con presteza, deteniéndose tan sólo para dar a Ira un beso que era una promesa y diciendo en voz baja pero audible a nuestro Ancestro:

-Amado nuestro, para hacerme estar totalmente dispuesta a lo que tenga en la cabeza no se necesita coñac.

-Como anestesia, mamá Ishtar. Me propongo enseñarte algo que me enseñó Anna y que no me he atrevido a intentar en todos estos años. Puede que no vivas para contarlo. ¿Asustada?

Ella sonrió, perezosa y complacida.

-Oh, sí, terriblemente asustada.

Galahad tapó con la mano la boca de Lapis Lazuli, que se la mordió.

-Quieta, Laz. A ver, que todo el mundo mire; a lo mejor es algo nuevo.

15

Agape

A la mañana siguiente me desperté poco a poco, holgazaneé en la cama y reviví mi bacanal de bienvenida. Estaba en un espacioso lecho, en una habitación de la planta baja, con

Librodot

la pared del jardín todavía abierta como estaba cuando la fiesta se trasladó a las camas. No se oía á nadie, aunque (recordé) Tamara e Ira habían estado conmigo. ¿O quizás Ira nos visitó antes?

Daba igual, nos visitaron todos poco antes de que Atenea nos durmiera con una nana; me parecía recordar que en aquella cama estuvimos unos seis o siete al mismo tiempo, Tamara y yo incluidos. No, Tamara se había marchado en una ocasión, dejándome a la merced de las dos parlanchinas mellizas... que casi estuvieron calladas. Dijeron que querían darme la seguridad de que para ser miembro de la familia no tenía que casarme con ellas; además casi todo el tiempo estarían fuera... porque de mayores iban a sér piratas, aunque pasarían la mitad del tiempo en tierra, y abrirían una "casa" encima de unos billares, ¿vendría a verlas allí?

Tuvieron que explicarme el significado de los dos términos; me cantaron una cancioncilla que me pareció mitad jerigonza, mitad inglés antiguo, pero que incluía las dos palabras. Las besé y les prometí que cuando abrieran aquel estudio sería su más fiel admirador; promesa que no me inquietaba; a esa edad la mayor parte de las chicas (y todas mis hijas) ambicionan convertirse en grandes hetairas; pocas prueban fortuna en arte tan exigente, o sólo el tiempo suficiente para descubrir que no poseen una verdadera vocación.

Me pareció más probable que se hicieran piratas: las gemelas idénticas de Lazarus sabrían hallar el modo de hacer que el crimen pagara, a pesar de las enormes profundidades del espacio.

Mi bacanal de bienvenida había pasado del jardín a la cama con las variedades de costumbre, sólo que fueron espectáculos caseros y no los caros (y a menudo aburridos) números profesionales que ofrecen las elegantes anfitrionas de Nueva Roma. Lazarus y sus hermanas-hijas empezaron con lo que podía haber sido un auténtico "fling" escocés (¿quién sabe, hoy en día?): Lazarus bailaba con ímpetu y vigor (¡después de tanto comer y beber!), mientras sus dos copias en miniatura le seguían exactamente, al estridente son de gaitas que aportó Atenea... y que yo no habría reconocido de no darse la circunstancia de que soy aficionado a la música antigua además de profesional de la historia antigua. Las chicas hicieron un bis, una danza de espadas, mientras Lazarus fingía estar exhausto tras el esfuerzo.

Ante mi sorpresa, Ira resultó ser un malabarista de gran habilidad. Pregunta: ¿poseía esa habilidad durante todos aquellos años en que dirigió un planeta?

Galahad cantó una balada con virtuosismo de profesional y gran amplitud y dominio del registro, con lo cual me sorprendió casi tanto como Ira, pues me parecía recordar que siempre desafinaba. Pero cuando hizo un bis con un pañuelo embutido en la boca comprendí que me habían engañado: todo lo hizo Atenea. A continuación representó el papel de un muerto con tres hermosas viudas: Minerva, Hamadryad e Ishtar. Del diálogo sólo diré que parecían alegrarse de perderle.

Tamara puso punto final cantando *Mis brazos te aprisionan todavía*, atribuida sin mucha base al Cantante Ciego, pero en cualquier caso muy antigua. Para mí había sido durante mucho tiempo la Canción de Tamara y lloré de felicidad, y no fui el único: todos lloraron. Las mellizas berrearon a coro... y cuando llegó al último verso, "...dondequiera te lleven los patos salvajes, amor mío, mis brazos te rodearán", me sorprendió ver que las rudas facciones del Decano estaban tan húmedas como las mías.

Me levanté, revolví por la alcoba y me refresqué lo justo para presentarme ante los demás, salí al jardín y encontré a Galahad. Le besé y acepté un refresco que me ofreció en un

vaso escarchado. Era zumo de fruta recién exprimida, una delicia para paladares habituados a bebidas matinales "mejoradas" químicamente de diversos modos.

-Esta mañana soy el cocinero -dijo-, así es que ya estás escogiendo entre huevos fritos o pasados por agua -y contestó la pregunta que ningún invitado hace-: Si te hubieras levantado antes, habrías tenido más de donde escoger; dice Lazarus que no sé ni hervir agua. Pero todos los demás han salido.

-¿Ah, sí?

-Sí. Ira se ha ido a su despacho, a trabajar, o quizás a dormir. Tamara ha vuelto con sus pacientes y me ha mandado decirte que espera estar en casa esta noche... pero también que le diga a Hamadryad que te acueste y te dé masajes en los hombros y te haga dormir temprano, de modo que no creo que espere volver; si cree que sus pacientes la necesitan, no volverá. Lazarus se ha ido a algún lugar y no hay que preguntar dónde. Minerva tiene a las gemelas y deben dar clase en el "Dora", como casi siempre. Ishtar recibió un aviso para que fuese a arreglar un brazo roto a una granja que

hay al norte. Hamadryad se ha llevado a nuestros niños de excursión para que no te molesten, gandul. ¿Fritos o pasados por agua?

Ya los estaba friendo, de modo que respondí:

-Pasados por agua.

-Muy bien, ya me comeré éstos. Para aguantar hasta el almuerzo.

-No, fritos.

-Muy bien, pondré tres más, querido. Te quedas, ¿no? Di que sí o te echo a las mellizas.

-Galahad, quiero quedarme...

-De acuerdo, pues.

-... pero hay problemas. -Cambié de tema-: Has dicho que "Hamadryad se ha llevado a nuestros niños de excursión"... ¿Acaso no me habéis presentado a toda la familia?

-Querido, no enseñamos a nuestras criaturas a los visitantes apenas han puesto los pies en esta casa para colocarles en el compromiso de extasiarse por cumplir. Pero siempre ha habido alguien con ellos; Lazarus tiene ideas claras por lo que respecta a la educación de los niños. Atenea no los pierde de vista, pero no puede tomarles en brazos. Dice Lazarus que a un niño asustado hay que tomarlo en brazos y acariciarlo ahora y no luego. También cree en las zurras a tiempo; esto equilibra las cosas, y nuestros niños no son ni tímidos ni consentidos. Lazarus insiste especialmente en que no hay que dejar que un niño pequeño se despierte solo; ahora ya sabes, pues, por qué anoche me despedí de ti algo temprano. Para que Ishtar te pudiera ayudar a seguir despierto mientras yo dormía con los tres pequeños.

-¿De veras duermes con ellos?

-Bueno… Cuando Elf me da saltos encima del estómago no puedo descansar. Pero si se me mean encima no me despierto normalmente. Hacer la guardia de mimos no es mala cosa;

hacemos turnos y así nos toca una vez cada nueve noches. Cada diez si te ofreces voluntario. Pero eso puede cambiar en cualquier momento. Supongamos que tenemos un cliente para rejuvenecimiento uno o más clientes dejan fuera de circulación la mayor parte del tiempo a Ishtar, Tamara, Hamadryad y a mí. Añádase que Lazarus puede marcharse en cuanto decida que Laz y Lor ya son mayorcitas. Y supongamos que todas nuestras amadas fuerzan el ritmo y se ponen a hacer niños...

Galahad sonrió forzadamente.

-¿Cuánto tardan cuatro mujeres bien dispuestas en hacer cuatro niños más ? O seis, cuando las mellizas se sumen al programa de producción, como nos amenazan con hacer al menos dos veces por semana. Querido Justin, queremos que te quedes, pero no será todo como anoche. Si las responsabilidades de la vida familiar te preocupan, estarás mucho mejor en Nueva Roma, donde puedes emplear a quien haga lo que tú no tengas demasiados deseos de hacer.

-Galahad -dije con severidad-: deja por un momento de darte esos aires. Los pipís de niño no me asustan. Cien años antes de que nacieras yo ya me levantaba por la noche para acunar niños que lloraban. Me propongo hacer de colono, volverme a casar, criar niños. Tenía pensado regresar a Secundus para resolver algunos asuntos pendientes y volver aquí con la segunda expedición. Pero puede que lo mande al cuerno y me quede... pues algunas de las observaciones que hizo anoche el Decano iban dirigidas a mí, Al menos las tomé como cosa personal; hablo de lo de tener agallas para abandonarlo todo y avanzar. Secundus es un volcán humeante; aquella vieja arpía podría organizar un baño de sangre. Y en él podría entrar yo, simplemente porque soy un burócrata destacado -inspiré profundamente y proseguí-: Lo que no comprendo es por qué, según parece, me invitan a unirme a la familia del Decano. ¿Por qué?

-Por tu cara bonita no es -respondió Galahad.

-Ya lo sé. Casi nunca ahuyento a los perros con ella; es una cara.

-No es de las peores. Un cirujano cosmético haría maravillas con ella. Yo soy el segundo mejor cirujano cosmético de este planeta; sólo hay dos. Para mí sería una buena práctica y tú, como has dicho, no tienes nada que perder.

-Vamos, querido, basta de bromas. Responde a mi pregunta.

-A las mellizas les gustas.

-¿De veras? A mí me parecen encantadoras. Pero la opinión de unas adolescentes inexpertas no puede haber pesado mucho.

-Sus payasadas no deben engañarte, Justin; son adultas en todo salvo en la estatura, y son hermanas gemelas idénticas de nuestro Ancestro. Poseen su capacidad de ver el interior de las personas y detectar las malas. Lazarus les permite correr a sus anchas porque confía en que sabrán tirar a matar... y no disparar si no se proponen matar.

Tragué saliva.

-¿Me estás diciendo que las pistolitas que llevan no son de juguete?

Mi viejo amigo Obadiah me miró como si hubiera dicho una indecencia.

-¡Pero, Justin! Lazarus nunca permitiría que una mujer saliera desarmada de esta casa.

-¿Por qué? Esta colonia parece pacífica. ¿Qué es lo que se me ha escapado?

-No gran cosa, creo. La expedición de avance de Lazarus reveló que este subcontinente se hallaba razonablemente libre de grandes depredadores. Pero trajimos con nosotros a los de dos patas, y a pesar de la selección Lazarus no parte de la suposición de que sean ángeles. No buscaba ángeles; los ángeles no con los mejores pioneros. Ayer Minerva llevaba una faldita. ¿No te preguntaste por qué, en vista del calor?

-No especialmente.

-Lleva la pistola sujeta al muslo. Sin embargo, Lazarus no quiere que salga sola; las mellizas suelen hacerle de guardaespaldas. Como ser de carne y hueso sólo tiene tres años; no dispara tan bien como las gemelas, y es más confiada que ellas. ¿Cómo andas de puntería?

-Normal. Empecé a tomar lecciones cuando me decidí a emigrar. Pero no he tenido tiempo de entrenarme.

-Será mejor que te lo busques. No es que Lazarus te vaya a agobiar con ello; él se siente responsable de nuestras mujeres, no de los hombres. Pero si pides ayuda (yo lo hice, y también Ira) te dará lecciones de todo, desde cómo usar las manos desnudas hasta cómo servirte de armas improvisadas... con el relleno de dos mil años de trampas y juego sucio. Es cosa tuya, querido, pero te contaré mi caso. Como sabes, yo era cascarrabias universitario, un erudito que no levantaba la nariz de los documentos antiguos; nunca llevé armas. Luego pasé un rejuvenecimiento, me hice rejuvenecedor y me sentí aún menos inclinado a ir armado. Pero desde hace catorce años he venido recibiendo lecciones a cargo del campeón de supervivencia de todos los tiempos. ¿Resultado? Voy orgulloso y altanero por el mundo. Todavía no he tenido que matar a nadie -Galahad compuso de repente una torva sonrisa-, pero el día es joven.

-Galahad -respondí con seriedad-, éste es uno de los motivos por los que acepté cumplir un encargo absurdo de madame Arabelle: para descubrir cosas así. Muy bien, tomo en serio tu consejo. Pero no has respondido a mi pregunta.

-Bien... Te conocía desde hacía mucho, y también Ira. Y Minerva, aunque te cueste creerlo. Hamadryad te tenía visto pero no llegó a conocerte hasta ayer noche. Ishtar sólo te conocía por las gráficas, pero es una de tus partidarias más decididas. Pero el factor decisivo es éste: Tamara te quiere en nuestra familia.

-¡Tamara!

-Pareces sorprendidísimo.

-Lo estoy.

-No veo por qué. Se las compuso para que la relevaran a fin de estar aquí anoche. Te ama, Justin; ¿no sabes que te ama?

-Yo... -Tenía el cerebro completamente ofuscado-. Sí, lo sé. Pero Tamara ama a todo el mundo.

-No. Sólo a los que necesitan su amor; y ella sabe siempre quiénes son. Es un caso increíble de empatía; será un gran rejuvenecedor. En esta familia, Tamara puede conseguir todo lo que desee, y da la casualidad de que desea que tú te quedes con nosotros, vivas con nosotros, te unas a nosotros.

-¡Demonio!

-Ésa no es la palabra: Tamara Sperling es todo lo contrario.

Galahad sonrió, con una expresión de felicidad que le daba más encanto que su extraordinaria belleza. Traté de recordar si había sido tan bello cien años atrás. No soy indiferente a la belleza masculina, pero mi sensualidad no está perfectamente equilibrada; en presencia de una hembra agradable y un varón bello, tiendo a mirar a la hembra. Nunca seré un esteta, pues en materia de belleza carezco de criterio. Pido perdón de antemano a las hembras que hallen ofensiva esta actitud tan primaria.

Pero antes compartiría la cama con Galahad que con una egocéntrica belleza femenina; es cariñoso, amable y una excelente compañía, y posee una naturaleza juguetona y desvengonzada no muy diferente de la de las mellizas. Me pasó por la mente la idea de que me gustaría conocer a su hermana -o a su madre, o a su hija-, a una versión femenina de él en cuanto a carácter y personalidad, además de presencia física.

¡Tamara! Lo antedicho era la espuma que flotaba en mi mente, porque me sentía incapaz de enfrentarme sin más a las implicaciones de lo que Galahad acababa de anunciarme.

Prosiguió:

-Cierra la boca, querido; a mí me sorprendió tanto como a ti. Pero incluso si no hubiéramos sido amigos años atrás, habría votado a ciegas a favor de la moción de Tamara, para poder examinarte. Tamara nunca se equivoca. Pero ¿tan enfermo de la mente estabas para necesitar tanto de ella? ¿O tan superhombre que ella quería tanto de ti? Pero no eres ninguna de las dos cosas, o al menos yo no lo vi. No estás loco, creo, aparte un punto de fiebre de la lejanía. Puede que seas un superhombre pero anoche ninguno de nosotros lo descubrió. Si eres un supersemental, te contuviste. Durante el desayuno Hamadryad dijo que en tus brazos las mujeres son felices. Pero no dio a entender que seas el mejor amante de la Galaxia.

"Tienes a tu favor el hecho de ser uno de los padres de Minerva; ninguno de ellos presenta limitaciones graves; Ishtar se aseguró que así fuera. Ishtar sabe de ti más que tú mismo; es capaz de leer un cuadro genético como los demás leen letra impresa… y Minerva es la prueba viviente de que no hubo errores. Mírala: suave como la brisa matinal y tan bella, a su manera, como Hamadryad, y de un nivel de inteligencia tan elevado que no lo creerías... y sin embargo tan modesta que casi es humilde.

"Pero de todas formas es cosa de Tamara. Tu destino estaba decidido antes de que llegaras a esta casa. El viaje hasta aquí fue lento ¿no?

-Sí, pero de una navecilla así no hay que esperar grandes velocidades. Aunque me sorprendió encontrarla en una colonia joven. Esperaba ver carros tirados por mulas.

-También los hay, a montones. Pero Lazarus dice que esta vez viajó con "siete elefantes": trajimos una cantidad mastodóntica de material. Aquella nave cero es un aparato de potencia aumentada, reconstruido de acuerdo con las instrucciones de Lazarus, y pudo traerte aquí en un

quinto del tiempo que invirtió. Pero Ira hizo saber a Lazarus que quería tiempo para hacer algunas llamadas. De modo que Lazarus ordenó probablemente a la gemela que estuviera de guardia, o se lo señaló de algún modo, pues casi se comunica telepáticamente con las dos que te dieran un paseo largo y lento.

Así lo hicieron, y apuesto a que Laz y Lor ni siquiera cambiaron de expresión.

-No.

-Estaba seguro. No son niñas; deberías verlas pilotando un navío espacial. De cualquier forma, Ira habló con Ishtar y luego con Tamara; luego tuvimos asamblea familiar y establecimos tu destino. Lazarus lo ratificó mientras jugabas con las mellizas, a las que concedimos la posibilidad de vetarlo después. Pero en seguida lo ratificaron. No solamente les gustas, sino que para ellas los deseos de la tía Tammy son órdenes.

Seguía desconcertado.

-Al parecer, han ocurrido muchas cosas de las que no me he enterado.

-No tenías que enterarte. Ahora se habría quedado aquí un cocinero mejor para servirte el desayuno, si yo no me hubiera ofrecido a explicártelo... somos viejos amigos, ya se sabe... y responder a tus preguntas.

-No acabo de entender lo de la asamblea. Creía que Tamara llegó a casa inmediatamente antes de cenar.

-Así fue. Atenea, ¿nos escuchas, querida?

-Ya sabes que no escucho las conversaciones particulares, tío Mimitos.

-¿Que no? Y un cuerno... No importa, Atenea sabe guardar los secretos. Dile cómo puede llamar a quien quiera, Atenea.

-Dígame con quién desea hablar, Justin; tengo enlaces por radio con todas las granjas. Y con todas partes. Y siempre puedo ponerme en contacto con Ira y Lazarus.

-Gracias, preciosa. Ahora, si tienes que escuchar, haz como si no oyeras nada. La asamblea se celebró aquí, Justin; Atenea trajo la voz de Tamara y la de Ira. Pudo hacer lo mismo con las de los que iban en la navecilla, pero el tema eras tú. A propósito: Atenea es una de las razones por las que esta familia no trabaja la tierra; en lugar de eso, proporcionamos servicios que las colonias no suelen tener tan pronto. Bien, tú puedes trabajar si lo deseas; tenemos un buen pedazo de tierra a nuestro nombre. Y también hay otras formas de ganarse la vida. Muy bien, yo ya he cumplido. ¿Quieres hacerme preguntas?

-Creo comprenderlo todo, Galahad, excepto por qué quiere tenerme Tamara en vuestra familia.

-Tendrás que preguntárselo. Ya te dije que quería comprobar si llevas una aureola. No logro verla.

-Cuando hace calor no me la pongo. Basta de bromas, Obadiah; se trata de algo terriblemente importante para mí. ¿Por qué dices una y otra vez que lo decidieron los deseos de Tamara?

-Ya la conoces, chico.

-Conozco lo importantes que son sus deseos para mí. Pero llevo muchos años enamorado de ella -le conté viejas cosas que había guardado para mí durante mucho tiempo-. Así fueron las cosas. Una hetaira de las grandes nunca propone un contrato y habitualmente se niega a escuchar al hombre que tiene la valentía de proponérselo. Pero... en fin, me puse muy pesado. Tamara me convenció finalmente de que sólo se casaba para tener niños y ya no pensaba tener más. Estoy seguro de que el dinero no fue el factor...

-No, no lo sería. No quiero decir que Tamara sea tan tonta; la he oído decir que, dado que el dinero es el símbolo universal del valor recibido, habría que aceptarlo con orgullo. Pero Tamara jamás se casaría por dinero; no le parecería... O quizá sí. Creo que

se lo preguntaré. Hum... Es interesante. Nuestra Tamara es una persona muy complicada. Perdón, querido, te he interrumpido.

-Decía que el dinero no fue el factor dominante, puesto que tenía pretendientes con fortunas de diez a cien veces superiores a mi modesto capital, y sin embargo no se casó con ninguno de ellos. Así es que cerré el pico y me contenté con parte de Tamara, pasando noches con ella cuando me lo permitía, gozando de su compañía en círculos de felicidad en otras ocasiones, pagándole cuanto podía; es decir, lo que quería aceptar: a veces fijaba la tarifa rechazando parte de un regalo. Conmigo lo hizo; no sé lo que hacía con los clientes acaudalados.

"Así pasaron años y años, hasta que anunció que se retiraba... Quedé anonadado. Me había sometido a rejuvenecimiento durante ese tiempo pero no había notado que ella fuera más vieja. Pero se mantuvo en sus trece y abandonó Nueva Roma.

"Aquello me dejó impotente, Galahad. No, no incapacitado, pero lo que había sido éxtasis se convirtió en un simple ejercicio que no merecía la pena. ¿Te ha pasado alguna vez?

-No. Quizá debiera decir "todavía no", porque aún estoy metido en mi segundo siglo.

-Entonces no sabes de qué hablo.

-Sólo indirectamente. Pero ¿puedo citar algo que dijo una vez Lazarus? Hablaba con Ira, pero no era confidencial; lo encontrarás en el original de sus memorias:

""Ira -dijo-, durante muchos años apenas me ocupé de las mujeres; ni de las no casadas ni de las solteras. Al fin y al cabo ¿cuánta variedad puede haber en la resbaladiza fricción de unas membranas mucosas?

""Luego comprendí que hay una variedad infinita en las mujeres como personas... y que el sexo es el camino más directo para conocer a una mujer... camino que les gusta a ellas, que nos gusta a nosotros, y a menudo el único que puede derribar barreras y permitir unas relaciones estrechas.

"'Y al descubrir esto, recobré un interés renovado por el jugueteo amistoso en sí mismo, y estaba más contento que un chaval con la primera teta tibia en la mano. Mucho más, y ya no volví a ser un mero pistón en su émbolo; cada mujer era un individuo único al que valía la pena conocer y, si le dedicábamos el debido tiempo, podíamos descubrir que nos queríamos. Por lo menos nos ofrecíamos mutuamente placer y un abrigo contra las preocupaciones; ya no estábamos masturbándonos simplemente, con el otro haciendo de muñeco de goma."

"Eso fue más o menos lo que dijo Lazarus, Justin. ¿Tú pasaste por algo así?

-Sí. Algo así. Un largo período durante el cual el sexo no valía la pena. Pero lo superé... con una mujer tan estupenda, a su manera, como Tamara, aunque no me enamoré de ella, ni ella de mí. Me enseñó algo que yo había olvidado: que el sexo puede ser amable y valioso sin el amor intenso que sentía por Tamara. Verás: una amiga mía, casada con un amigo, íntimos míos los dos, me presentó, como regalo muy especial, a otra cortesana, toda una belleza, y me preparó unas vacaciones con ella. Mis amigos lo pagaban todo; ella es rica, y se lo podían permitir. Aquella hermosa hetaira, Magdalene...

-¡Maggie! -exclamó encantado Galahad.

-Pues sí, así se hacía llamar en la cama. "Magdalene" era su nombre de vocación. Pero cuando supo que yo llevo los archivos, dijo el nombre con el que estaba registrada.

-Rebecca Sperling-Jones.

-La conoces, entonces.

-De toda la vida, Justin querido; me crié en aquellos preciosos pechos. Es mi madre, querido. ¡Qué maravillosa coincidencia!

A mí también me maravillaba, pero me interesaba más otra cosa.

-De modo que tu belleza te viene de ahí...

-Sí, pero también de mi padre genético. Becky... Maggie... dice que me parezco más a él.

-¿De veras? Si me lo permites, cuando regrese a Secundus buscaré tu genealogía. -Un archivero no debe consultar los archivos por curiosidad personal; yo estaba abusando de su amistad a fin de que me lo pidiera.

-Querido, tú no volverás a Secundus. Pero Atenea te la puede traer, desde los primeros líos que siguieron a la muerte de Ira Howard. Pero hablemos de mamá. ¿Verdad que es alegre? Y guapa...

-Ambas cosas. Ya te dije lo mucho que hizo por mí. Tu madre dio por sentado que aquellas vacaciones iban a ser divertidas, divertidas para los dos, ¡y vaya si lo fueron! Olvidé mi desinterés por el sexo. No hablo de técnica; imagino que cualquiera de las hetairas de lujo de Nueva Roma es tan diestra como la cortesana más famosa de la historia. Hablo de su actitud. Maggie es divertida en la cama y fuera de ella. Tiene arrugas de tanto reír, no de fruncir el ceño.

Galahad asintió con la cabeza mientras enjugaba de huevo su plato.

-Sí, así es mamá. Me dio una infancia felicísima, Justin; tanta que cuando iba a cumplir los dieciocho me enfurruñaba ante la perspectiva de que se me quitara de encima. Pero lo hizo con dulzura. Después de mi fiesta de despedida de adolescente me recordó que ella también se iba, y que volvía a su profesión. Tenía con papi y con mi padre adoptivo, un contrato a plazo fijo, que expiró al llegar yo a adulto legal... De manera que si quería volver a ver a Maggie ¡y vaya si quería! tendría que ser pagando en caja, y sin descuento por ser de la familia. Como yo era un pobre pero honrado auxiliar de investigación, que cobraba tan sólo el doble o el triple de lo que merecía, no habría podido permitirme el lujo de pasar treinta segundos con ella, y menos aún una noche; las tarifas de mamá estaban siempre por las nubes -Galahad se mostraba pensativo y feliz-. Cielo santo -prosiguió-, parece que fue hace tanto tiempo… Más de un siglo y medio, Justin. No comprendí que Becky… Maggie… mamá... que Magdalene obraba con sabiduría y amabilidad. Yo era mayor solamente en lo legal y en lo físico, y de no haber cortado ella el cordón, yo habría quedado colgando de ella como un niño grande, estorbando en su vida y obstaculizando su vocación. Así es que maduré, y cuando me casé mi primera esposa le puso "Magdalene", a nuestra primera hija, y le pedí a Maggie que fuera la madrina... Apenas podía creer que aquella hermosura me hubiera dado a luz y que yo no sintiera un especial impulso de representar el papel de Edipo ante su soberana belleza; estaba demasiado enamorado de mi mujer. Sí, Maggie es una chica magnífica..., aunque de niño me malcrió. Esas vacaciones ¿fueron la única vez que la gozaste?

-No. Pero no lo hice muy a menudo. Como tú has dicho, era muy cara. Me rebajaba un cincuenta por ciento...

-¡Caramba! Vaya si la impresionaste...

-... porque sabía que yo no era rico. Pero ni aun así podía proporcionarme muy a menudo el placer de su compañía. Pero me sacó de mi bache emotivo, y le estoy agradecido. Es una mujer magnífica, Justin; no te faltan motivos para estar orgulloso de ella.

-Así lo creo. Pero el que hayas mencionado esa rebaja, Justin querido, me hace tener la seguridad de que ella te recuerda con igual añoranza...

-No, no lo creo. Han pasado muchos años, Galahad.

-No te pases de modesto, querido; Maggie se quedaba con todos los cuartos que le pasaran por delante. Pero la "maravillosa coincidencia" es más que el simple hecho de que hayas tenido relaciones con mi madre; al fin y al cabo, siendo tan altas sus tarifas, en Nueva Roma hay muchos hombres adinerados con atractivo suficiente para que Maggie los aceptara. Lo "maravilloso" es que en este preciso instante está a unos cuarenta kilómetros al sur de aquí.

-¡No!

-¡Sí, sí, sí! Pídele a Atenea que la llame. En treinta segundos podrás hablar con ella.

-Eh... Sigo creyendo que no me recordaría.

-Yo creo que sí. Pero no hay prisa. Si a ti te sorprende, calcula cómo me sorprendió a mí. Yo no tuve nada que ver con la lista de emigrantes; estaba metido hasta el culo en la tarea de reunir lo que Ishtar había encargado para la clínica. Yo no sabía que Maggie se había vuelto a casar, Justin. Así es que llevamos aquí un par de semanas con la expedición de jefatura, en una instalación provisional, y todavía comiendo y durmiendo en el "Dora", cuando aterriza el

primer navío de transporte y nos ocupamos de bajar gente y material según un programa ideado por Lazarus y dirigido por Ira.

"Mi puesto, en cuanto tuve lista la choza... por cierto, la hice a mano; Atenea todavía no tenía extensiones fuera de...

-¡Pobre tío Mimitos!

-¿No quedamos en que no escuchabas las conversaciones particulares?

-Tengo que corregirte, querido: la que aún no tenía manos en el exterior era Minerva; yo ni había salido del cascarón.

-En fin... Tú tienes sus memorias, Atenea; es un mero detalle técnico.

-No para mí, cariñito. La muy chinche se llevó algunos recuerdos que no quería compartir con su amantísima hermana gemela. Dejó cerrado todo un banco de memoria que no se llevó, de modo que no puedo tocarlo sin que ella o el abuelito pronuncien la palabra mágica. Sólo que usted puede abrirlo, Justin, si mi hermana gemela y Lazarus mueren.

Me apresuré a responder:

-En tal caso, Atenea, espero que pase mucho tiempo antes de que pueda activarlo.

-Vaya... Ya que me lo pone así, yo también lo espero. Pero no puedo evitar preguntarme qué tenebrosos secretos y qué inconfesables crímenes oculta mi theta-noventa y siete-B-derecha-aleph-prima. ¿Harán estremecerse a las estrellas en su camino? Pero el tío Mimitos se pasó un par de días trabajando como un condenado, Justin; probablemente fue el único trabajo honrado que ha hecho en su vida.

-No me molestaré en hacer comentarios, Atenea. Mi puesto, Justin, era el de médico examinador, para el que me hacía apto un diploma casi nuevo. De modo que Ishtar y Hamadryad van desembarcando a los migrantes y dándoles antídotos, y yo los examino para comprobar si han cubierto el trayecto sanos y salvos..., deprisita, porque de aquel desfile de carne aún no me ha salido ningún doctor en medicina.

"Alzo los ojos de mi aparato el tiempo suficiente para ver que la siguiente víctima es hembra y decirle por encima del hombro: "Desnúdese, por favor", y cambiar la posición de los mandos. Pero la vuelvo a mirar y digo: "Hola, mamá, ¿cómo has llegado hasta aquí?'

"Eso hizo que se fijara en mí. Entonces sonrió con su amplia sonrisa de felicidad y dijo: "He venido montada en una escoba Obadiah. Dame un beso y dime dónde dejo la ropa. ¿Está el doctor?'

"Dejé que se amontonaran los de la cola, Justin, mientras examinaba a fondo a Maggie; era lo correcto, pues estaba embarazada, y me aseguré de que el nonato hubiera llegado bien..., pero también lo hice para charlar y ponerme al día. Se había vuelto a casar: ahora tenía cuatro niños y era una esposa de granjero, con la nariz quemada por el sol y feliz como la que más.

"Se había casado de una forma muy romántica. Oyó que anunciaban la apertura de un planeta virgen y fue a la oficina que Ira tenía en el edificio del Trust Harriman para informarse;

eso fue lo que más me sorprendió: mamá es la última persona de quien habría sospechado que tuviera anhelos de llevar vida de pionera.

-Lo mismo pienso yo, Galahad. Pero tampoco creo que nadie viera en mí un posible pionero...

-Quizá no. Ni en mí. Pero Maggie presenta su solicitud al momento, corre a ver a uno de sus clientes habituales que se propone hacer lo mismo, se van a tomar algo y hablar del asunto... y dejan el restaurante firmando un contrato abierto; regresan a la oficina de reclutamiento, retiran sus solicitudes individuales y presenta una conjunta, como pareja de casados. No diré que fuera eso lo que les valió ser aceptados, pero el hecho es que en la primera expedición casi no se aceptaba a ningún soltero.

-¿Ellos lo sabían?

-¡Ah, desde luego! El empleado les advirtió de ello antes de aceptar sus cuotas individuales. Eso era lo que dejaron para discutirlo después. Ellos ya sabían que se entendían bien en la cama, pero Maggie quería averiguar si él pensaba trabajar la tierra, pues, lo creas o no, eso era lo que quería... y él quería saber si ella sabía cocinar y si deseaba tener niños. Resultó que estaban "de acuerdo; ¡adelante con ello!" Maggie se hizo devolver la fertilidad y plantaron el primer niño sin esperar a ver si les aceptaban.

-Eso lo decidió, probablemente -dije.

-¿Tú crees? ¿Por qué?

-Si cambiaron la solicitud para indicar que Magdalene había concebido... Si Lazarus aprobó las solicitudes... Galahad, nuestro Ancestro favorece a la gente decidida.

-Sí... Justin, ¿por qué tardas tanto en decidirte?

-No es eso; tenía que cerciorarme de que la invitación iba en serio. Sigo sin saber el porqué. Pero no soy tonto: me quedo.

-¡Maravilloso! -Galahad se puso en pie de un salto, vino al otro lado de la mesa, me volvió a besar, me revolvió el cabello y me abrazó-. Me alegro por todos nosotros, cariño; intentaremos hacerte feliz -sonrió... y de pronto vi en él a su madre. Costaba imaginar a la cautivadora Magdalene cubierta de críos y callos, convertida en granjera, pero recordé lo que dice el refrán sobre las mejores esposas. Galahad prosiguió-: Las mellizas no estaban muy convencidas de que se me pudiera confiar una misión tan delicada; temían que metiera la pata.

-Nunca ha habido la menor posibilidad de que rehusara, Galahad; sólo tenía que asegurarme de que sería bien recibido. Y sigo sin saber el porqué.

-Ah. Hablábamos de Tamara y nos hemos apartado del tema. Justin, no es de dominio público lo difícil que resultó esta vez rejuvenecer a nuestro Ancestro, aunque las grabaciones que has venido preparando parecen insinuarlo...

-Lo que hacen es más que insinuarlo.

-Pero no lo dicen todo. Estaba medio muerto, y bastante difícil fue mantenerlo con vida mientras lo reconstruíamos. Pero lo conseguimos; no encontrarás otro técnico tan hábil como

Ishtar. Pero cuando le tuvimos en condiciones biológicamente tan joven como ahora, empeoró. ¿Qué hace uno cuando un cliente le vuelve la espalda, se muestra reacio a hablar, no quiere comer... y sin embargo no tiene nada físicamente? Malo. ¿Pasar las noches en vela antes que arriesgarse a dormir? Mal asunto.

"Cuando él... Da igual: Ishtar sabía qué hacer. Se fue a las montañas y se trajo a Tamara. Aún no estaba rejuvenecida...

-Eso no tendría importancia.

-Sí la tenía, Justin. Habríamos puesto a Tamara en desventaja para tratar con Lazarus. Aunque Tamara habría superado esa desventaja: tengo confianza en ella. Pero su apariencia y su edad biológica estaban cerca de los ochenta años en la escala de Hardy; ello facilitaba las cosas, puesto que Lazarus, a pesar de tener el cuerpo renovado, sentía el peso de la edad. Pero Tamara parecía vieja... y cada cana era una baza a su favor. Tenía arrugas en la cara, un poco de barriga, los pechos caídos, varices... Era por fuera lo que él se sentía ser por dentro... de modo que no le importó tenerla cerca durante una crisis en la que... En fin, dispuse las cosas para que no pudiese soportar la visión de los jóvenes. No hizo falta nada más; ella le sanó...

-Sí, es una sanadora de verdad. (¡Si lo sabría yo!)

-Es una gran sanadora. Eso es lo que hace ahora, sanar a una pareja joven que perdió su primer bebé, cuidando de la madre, que lo pasó muy mal físicamente, durmiendo con los dos. Todos dormimos con ella; siempre sabe cuándo la necesitamos. En aquellos momentos Lazarus la necesitaba, ella lo notó y se quedó con él hasta que se puso bueno. Sí, después de anoche puede ser difícil creerlo, pero los dos habían abandonado el sexo. Desde hacía años y años: Lazarus, más de un siglo, y Tamara no se había unido a nadie desde que se jubiló.

Galahad sonrió.

-Fue el caso del paciente que cura al médico; al llevar a Lazarus a un estado en el que él la invitó a ella a compartir la cama, Tamara descubrió a su vez un nuevo interés por la vida. Vivió con Lazarus el tiempo suficiente para sanar su espíritu y luego anunció que se iba. Se iba para solicitar un rejuvenecimiento.

-Lazarus le pidió que se casara con él -dije.

-No lo creo, Justin, y ni Tamara ni Lazarus lo dieron a entender. Tamara lo explicó de una forma totalmente distinta. Estábamos todos desayunando tarde, en el jardín del ático del Palacio, cuando Tamara le preguntó a Ira si podía unirse a su expedición. Por aquel entonces se trataba de la expedición de Ira únicamente; Lazarus había dicho y repetido que él no se sumaría a la migración. Creo que ya tenía en mente el proyecto de un vuelo por el tiempo. Ira le dijo a Tamara que lo diera por hecho y que no se preocupara por las restricciones que se darían a conocer cuando lo anunciara. Ira le habría dado igual de gustoso el Palacio; ella había salvado a Lazarus y todos lo sabíamos.

"Pero ya conoces a Tamara. Le dio las gracias pero le dijo que se proponía entrar con todos los requisitos, empezando por rejuvenecerse, y que luego vería qué podía aprender a fin de ser útil en una colonia, igual que pensaba hacer Hamadryad; y entonces va y dice: "Hamadryad, ¿querrás dormir con Lazarus esta noche?" ¡Tendrías que haber visto la conmoción que desencadenó con esa pregunta!

-¿Conmoción?, ¿por qué? -pregunté-. Por lo que dijiste antes Lazarus había recobrado el interés por el juego galante. ¿Tenía Hamadryad algún motivo para no desear sustituir a Tamara?

-Hamadryad lo deseaba, aunque la incomodó la forma como Tamara le descargó encima el asunto.

-No parece muy propio de Tamara. Si Hamadryad no hubiera deseado hacerlo, Tamara lo habría sabido sin preguntárselo.

-Justin, cuando se trata de los sentimientos de la gente, Tamara sabe siempre lo que hace. Era a Lazarus, y no a Hamadryad, a quien metía en la trampa. Nuestro Ancestro tiene unas curiosas timideces, o las tenía entonces. Hacía un mes que dormía con Tamara... y fingía no hacerlo. Intento tan vano como el de un gato que quisiera pasar desapercibido encima de un embaldosado. Pero la discreta y brusca petición de que Hamadryad la relevara como concubina puso las cosas sobre el tapete y produjo un choque frontal de voluntades. Lazarus y Tamara, Justin, tú les conoces: ¿quién ganó?

Era la vieja pseudoparadoja... Yo ya sabía que Tamara podía ser inconmovible.

-No hace falta que responda, Galahad.

-No, porque apenas Lazarus terminó de farfullar imprecaciones a propósito de cómo Hamadryad y él se veían violentados sin necesidad, Tamara retiró amablemente su insinuación y no dijo nada. No dijo nada más sobre aquello, ni sobre el rejuvenecimiento, ni sobre la emigración, cedió a Lazarus el siguiente movimiento y ganó la discusión a base de no discutir. Es difícil echar de la cama a Tamara, Justin...

-A mí me resultaría imposible.

-Creo que a Lazarus también. No sabría decir cuántas discusiones tuvieron en mitad de la noche... pero a Lazarus le quedó claro que ella no se iría para el rejuvenecimiento hasta que él le prometiera que no dormiría nunca solo durante su ausencia. Pero ella le prometió a cambio que volvería a su cama en cuanto completara la antigeria.

"De modo que un buen día por la mañana Lazarus anunció la tregua, con el rostro encendido y casi tartamudeando. Justin, la verdadera edad de nuestro Ancestro se ve más en algunas de sus anticuadas actitudes ante el sexo que en ningún otro terreno.

-Anoche no lo noté, Galahad, y eso que lo esperaba, al haber estudiado tan detenidamente sus memorias.

-Sí, pero tú le viste anoche, unos catorce años después de que constituyéramos nuestra familia... y lo decisivo fue aquella mañana. Aunque no lo formalizamos hasta después del nacimiento de las mellizas, que en aquel tiempo eran a lo sumo unos bultitos. Créeme, a Lazarus le costó capitular... e incluso trató de hallar una escapatoria. Anunció de forma más bien agresiva que le había prometido a Tamara que no dormiría solo mientras ella estuviese sometida a tratamiento geriátrico y acto seguido dijo más o menos esto: "Ira, me dijo usted que en la ciudad se pueden encontrar damas profesionales. ¿Dónde puedo encontrar una que acepte un contrato por ese tiempo?" Debo citarle en inglés porque utilizaba los eufemismos que normalmente desdeña.

"Lo que Lazarus no sabía era que Ishtar nos había programado como actores metidos por hipnosis en sus papeles. ¿No has advertido que responde al estímulo de las lágrimas femeninas?

-Como todos, ¿no? Sí, lo he advertido.

-Ira fingió no saber a qué profesión se refería Lazarus... lo que dio ocasión a Hamadryad de prorrumpir en sollozos y huir..., ante lo cual Ishtar se puso en pie y dijo: "Abuelo..., ¿cómo puede...?", lagrimeando ella también, y salió en persecución de Hamadryad. Luego le tocó a Tamara abrir el grifo y seguir a las otras dos. Con lo que nos quedamos solos los tres hombres.

"Ira se puso muy ceremonioso y dijo: "Si tiene a bien excusarme, señor, voy a tratar de encontrar y consolar a mi hija"; saludó con una inclinación, dio media vuelta bruscamente y se fue. Con lo cual la Situación quedaba en mis manos. Yo no sabía qué hacer, Justin. Sabía que Ishtar esperaba que hubiera dificultades porque Tamara la había advertido en tal sentido. Pero yo no había previsto que me dejaran solo para salvarlas sin ayuda.

"Lazarus dijo: "¡Rayos y truenos! ¿Qué he hecho ahora, hijo?". Yo podía responder a aquella pregunta. Le dije: "Abuelo, ha herido los sentimientos de Hamadryad".

"Entonces le negué aplicadamente toda ayuda: me negué a especular acerca de por qué se había sentido herida, no tenía idea de a dónde podía haber ido, a no ser que hubiera ido a su casa, que caía por los suburbios, según tenía entendido; me negué a servirle de mediador... todo ello de acuerdo con las instrucciones de Ishtar: hacerme el mudo, el tonto y el inútil, y dejar que las mujeres llevaran el asunto.

"Así es que Lazarus tuvo que localizar a Hamadryad por sí mismo, y lo hizo con ayuda de Atenea... digo, de Minerva.

-De esto yo no tenía noticia, tío Mimitos -dijo Atenea.

-En ese caso, haz el favor de olvidarlo, querida.

-Lo haré -respondió la computadora-. Sólo que voy a guardarlo y lo utilizaré dentro de un centenar de años. Justin, si alguna vez prorrumpo en sollozos, cuando sea de carne y hueso, ¿me localizarás para consolarme?

-Probablemente. Casi con seguridad.

-Lo recordaré, novio mío. Eres un sol.

Hice como si no oyera, pero Galahad dijo:

-¿ "Novio mío"?

-Eso he dicho, querido. Lo siento, tío Mimitos, pero estás anticuado. Si no te hubieras acostado temprano, sabrías por qué.

Guardé silencio mientras me escribía mentalmente una nota referida a Palas Atenea en forma de ser de carne y hueso y que hablaba de ponerla en una situación desesperada.

Aquella conversación marginal quedó cortada bruscamente: Atenea nos notificó que llegaba Lazarus. Galahad le hizo señales con los brazos.

-¡Eh, papi! ¡Aquí!

-¡Voy! -Lazarus me dio un sonoro beso al pasar junto a mí e hizo lo propio con Galahad mientras se colocaba a su lado y se apoderaba de lo que quedaba del segundo desayuno de Galahad: un bollo de mermelada casera. Se lo metió en la boca y articuló alrededor de él:

-¿Y bien? ¿Se ha resistido?

-No tanto como lo hizo usted con Hamadryad, papi. Le estaba contando a Justin cómo la Hamaguapa le cazó y así estableció nuestra familia.

-¡Qué patraña, Dios mío! -Lazarus bebió del vaso de Galahad-. Galahad es un chico encantador, Justin, pero es un romántico. Yo sabía exactamente lo que quería conseguir, conque empecé por forzar a Hamadryad. Aquello quebró su resistencia y ahora se acuesta con todo el mundo, hasta con Galahad. Lo demás siguió el orden lógico -explicó, añadiendo-: ¿Sigue pensando regresar a Secundus?

-Quizá no he comprendido lo que me ha contado Galahad -respondí-; creí que al unirme a... me comprometía a... -Me detuve-. Lazarus, no sé a qué estoy comprometido, y no sé a qué me uno.

Lazarus asintió:

-Hay que ser indulgente con la juventud, Justin; Galahad todavía no se expresa con claridad.

-Gracias, papi, muchas gracias. Yo le hago morder el anzuelo y ahora usted le hace vacilar.

-Tranquilo hijo. Se lo explicaré, Justin. A lo que usted va a unirse es a una familia. A lo que está comprometido es al bienestar de los niños. De todos ellos, no sólo de los que pueda engendrar.

Me miró aguardando.

-Lazarus, yo he criado cantidad de hijos... -dije.

-Lo sé.

-Y creo que todavía no he abandonado a ninguno. Muy bien: los tres que no he visto, más sus dos... hermanas, o hijas adoptivas, más los que vengan. ¿Correcto?

-Sí. Pero no es un compromiso de por vida; para un Howard no resulta práctico. Esta familia puede sobrevivirnos a todos, o así lo espero. Pero los adultos pueden romper el acuerdo cuando quieran y dedicarse únicamente a los niños que haya en existencia o en preparación. Pongámosles un máximo de dieciocho años. Sin embargo, supongo que el resto de la familia preferiría relevar a una persona así de sus responsabilidades a fin de verle poner tierra de por medio. No concibo que una relación pueda continuar felizmente durante años una vez alguien ha anunciado que quiere cortar. ¿Usted lo concibe?

-No... Pero no me preocuparía demasiado.

-Claro está que podría no suceder así. Supongamos que Ishtar y Galahad deciden hacer grupo aparte...

-¡Alto ahí, papi, un momentito! ¡No podrá librarse de mí tan fácilmente; Ish sólo me querría como parte del lote. Lo sé, porque hace años traté de conseguir que se casara conmigo.

-... y quisieran llevarse a los tres pequeños. No les detendríamos ni trataríamos de disuadir a los niños que prefiriesen irse con ellos. Los tres son de Galahad...

-¿Otra vez? Papi, fue usted quien metió a Ondina dentro de Ish; lo hizo en la piscina, y por eso le pusimos ese nombre. Elf no es ni de usted ni de Ira, me lo dijo Hama. Y sobre Andrew Jackson, nadie tiene dudas. Yo soy estéril, Justin.

-...de acuerdo con las probabilidades estadísticas, y tanto a la vista del recuento espermático como del hecho de que no para de hacerlo. Pero Ishtar lee los cuadros genéticos y se guarda bien guardado; nosotros lo preferimos así. Pero es sumamente improbable que Hamadryad dijera tal cosa, o que tenga o vaya a tener un hijo Ira. No hay riesgo genético; Ishtar no falla nunca. Y el hecho de que aún no hayamos tenido ningún deficiente en esta colonia me da mucha confianza en la habilidad de Ishtar para leer un cuadro genético, ella seleccionó la primera oleada, tarea que le dejó los ojos fatigados unos cuantos meses. Sin embargo, Ira tiene algunos reparos al respecto y ni se acerca a Hamadryad cuando ella está fértil, actitud irracional que comprendo y de la que también yo soy víctima. Demasiado bien recuerdo un pasado en el que lo único de que disponíamos los Howard era el porcentaje de ascendencia mutua... y cada dos por tres teníamos subnormales. Naturalmente, hoy en día una mujer que tenga un cuadro genético limpio hace mucho mejor matrimonio con un hermano suyo que con un extraño de otro planeta... pero los viejos fantasmas tardan en morir.

"La cosa Justin, viene a consistir en tres padres, cuatro con usted, tres madres, pero cuatro cuando Minerva pida que le retiremos la protección para adolescentes, una cantidad constantemente variable de niños que educar, zurrar y amar... además de la constante posibilidad de que el número de padres se vea aumentado o disminuido. Pero ésta es mi casa y lleva mi nombre, y la he mantenido así porque la ideé para albergar a una familia, no para alegrarle la vida a un libertino como Galahad...

-¡Pero me la alegra! Gracias, papi querido.

-... sino para el bienestar de los niños. He visto asoladas por la catástrofe colonias que parecían tan seguras como ésta. Justin, un desastre podría borrar del mapa a todos los adultos de esta familia menos un padre y una madre, y nuestros chicos seguirían creciendo normales y felices. Ésta es la única finalidad a largo plazo de una familia. Creemos que nuestro sistema garantiza el logro de este fin más de lo que puede una familia de una sola pareja. Al unirse a él, usted se consagra a ese fin. Eso es todo.

Inspiré profundamente.

-¿Dónde hay que firmar?

-No veo la utilidad de los contratos matrimoniales por escrito; no pueden hacerse cumplir... mientras que si los cónyuges quieren que funcione no hace falta instrumento escrito alguno. Si de veras quiere unirse a nosotros, una inclinación de cabeza es suficiente.

-Hecho.

-Y si quiere ceremonia, a Laz y Lor les encantará inventar algo refinado. Así podremos correrno s una juerguecita lacrimógena todos juntos...

-... y en su noche de bodas a Justin le tocará dormir con los pequeños; así sabrá que no es cosa de broma.

-Corta, Galahad. Si quieres añadir ese detalle, que sea la noche anterior, para que tenga su oportunidad de echarse atrás si no se siente capaz de aguantarlo.

-Lazarus, me ofrezco voluntario para la guardia de pañales de esta noche; estoy curtido en estos menesteres.

-Dudo que las mujeres se lo permitan.

-Y no vivirás para contarlo -añadió Galahad-. Son un grupito muy emotivo. Anoche te lo pusieron fácil. Más te valdría encargarte de la guardia de orines.

-Puede que Galahad tenga razón; debería revisarle el corazón. Según como... cállate, Galahad... esta casa no es una cárcel, Justin. El esquema no sólo es más seguro para los niños, sino que es más flexible para los adultos. Al preguntarle si pensaba regresar a Secundus me refería a eso simplemente. Aquí un adulto puede pasar un año fuera, o diez, o el tiempo que sea con el motivo que sea, sabiendo que sus hijos están atendidos y que será bienvenido, o bienvenida, cuando regrese. Las mellizas y yo ya hemos estado varias veces fuera del planeta, y volveremos a estarlo. Y... en fin, ya sabe que me propongo acometer el experimento del viaje por el tiempo. No supondrá mucho tiempo en este sistema... pero sí encierra un leve factor de riesgo.

-¡"Leve"! Bien se ve que el papi está mochales. Procura darle el beso de despedida cuando parta, Justin puede que no regrese.

Me alarmó ver que Galahad no bromeaba. Lazarus dijo con serenidad:

-Galahad, está muy bien que me digas esas cosas. Pero no las digas delante de las mujeres. Ni de los niños -dirigiéndose a mí, prosiguió-: Claro está que hay un factor de riesgo; lo hay en todo. Pero no en el viaje a través del tiempo en sí, como parece creer Galahad. (Galahad se estremeció.) Hay el mismo riesgo que cuando se visita un planeta; puedes caerle mal a alguien de allí. Pero el salto por el tiempo tiene lugar en el medio más seguro que puede haber: en el espacio, con una nave a tu alrededor; los riesgos vienen después -Lazarus sonrió-. Por eso me enfurecí tanto con esta bruja de Arabelle: ¡decirme que fuese a ver batallas! Lo mejor que tienen los tiempos modernos es que estamos todos tan diseminados que !a guerra ya no resulta práctica. Pero ¿le he explicado lo que voy a utilizar como entrenamiento?

-No. Por lo que me dijo la señora presidenta en funciones, tenía la impresión de que ya había puesto a punto la técnica.

-Posiblemente dejé que lo creyera así. Pero Arabelle es incapaz de distinguir entre un número imperial y un edicto imperial; no sabría hacer las preguntas correctas.

-Me parece que yo tampoco sabría, Lazarus; no es mi especialidad matemática.

-Si le interesa, Dora puede enseñarle...

-O yo, novio mío

-O Aténea. ¿A santo de qué le llamas "novio mío", Atenea? ¿Tratas de seducirle?

-No, él ha prometido seducirme a mí... dentro de unos cien años.

Lazarus me miró pensativo; traté de hacer ver que no había oído el breve diálogo.

-Hum... Quizá seria mejor que esas lecciones se las diese Dora, Justin. No la conoce, pero yo veo en ella a una niña de ocho años; no intentará seducirle. Pero es la computadora piloto más inteligente del espacio y puede enseñarle todo lo que desee y más sobre transformaciones de campo Libby. Le decía que estábamos bastante seguros de la teoría, pero yo quería una opinión independiente. Conque pensé en preguntar a Mary Sperling si...

-¡Un momento! -dije-. Me consta que en todos los archivos no hay más que una Mary Sperling, Lazarus. Yo desciendo de ella, Tamara desciende de ella...

-Muchísimos Howard descienden de ella, hijo, Mary tuvo más de treinta hijos, todo un récord en aquellos días.

-Entonces se refiere usted a Mary Sperling la mayor, nacida el año 1953 del calendario gregoriano y fallecida en...

-No murió, Justin, ahí está él detalle. Así es que fui allí y hablé con ella.

La cabeza me daba vueltas.

-Me confunde Lazarus. ¿Me está diciendo que ya ha hecho un viaje por el tiempo? ¿De casi dos mil años? Mejor dicho, de más de dos mil años...

-Si me deja hablar se lo explicaré, Justin.

-Perdón, señor.

-Vuelva a llamarme "señor" y le suelto a las mellizas para que le hagan cosquillas. Lo que le estoy contando es que fui, en el presente, a la estrella PK3722 y al planeta del "pequeño pueblo". Esta denominación ya no se utiliza, y las nuevas catalogaciones no incluyen el planeta porque Libby y yo decidimos escamotearlo; nos pareció un lugar del que era mejor tener alejados a los humanos.

"Pero el "pequeño pueblo" es el origen de los conceptos con los que Andy Libby elaboró la teoría de campos que todos pueden utilizar, y que todo piloto, hombre o computadora, utiliza. Pero yo no había vuelto nunca allí porque... En fin, Mary y yo habíamos estado muy unidos. Tanto, que su "traspaso" fue un duro golpe para mí. Más perturbador que una muerte, en cierto modo.

"Pero los años dulcifican los recuerdos y yo quería hablar con ella. De modo que las mellizas y yo zarpamos en el "Dora" para buscar aquel planeta, partiendo de una serie de coordenadas y una trayectoria balística que Andy había fijado mucho tiempo atrás. Era

levemente errónea, pero en sólo dos mil años una estrella no se aleja demasiado. La encontramos.

"No hallamos dificultades; había advertido con toda seriedad a Lor y Laz del sutil peligro que encerraba el lugar. Me escucharon, y eso las hizo tan inmunes a él como yo: no sintieron la tentación de cambiar sus personalidades individuales por una pseudoinmortalidad. De hecho, lo pasaron maravillosamente; el lugar es encantador, y seguro en todos los demás aspectos. No había cambiado mucho: seguía siendo un enorme parque.

"Primero orbité: el planeta es suyo, y tienen poderes que nosotros no conocemos. Fue igual que la primera vez: el doble de un "pequeño" hizo acto de presencia en el "Dora" y nos invitó a descender para visitarlos... sólo que esta vez me llamó por mi nombre. Dentro de mi cabeza; no utilizan el lenguaje oral. Y reconoció ser Mary Sperling. Aquello me turbó, pero era una buena noticia. Parecía complacida... complacido... Aquel ser parecía complacido de verme pero no especialmente interesado en mí. No era como reunirse con una queridísima vieja amiga, sino más bien como encontrarse con un extraño que sin embargo recordaba lo mismo que recordaba la vieja amiga.

-Comprendo -dijo la computadora-. Algo parecido a Minerva y a mí, ¿no?

-Sí, querida... sólo que el día que naciste ya poseías una personalidad más positiva que aquella criatura que usaba el nombre de mi vieja amiga... y has ido haciéndote más y más positiva durante los tres últimos años.

-Eso se lo dirás a todas Tato.

-Puede. Quédate calladita, querida, por favor. No hay más que contar, Justin, salvo que aterrizamos y nos quedamos unos días, y Dora y yo consultamos al "pequeño pueblo" acerca de la teoría de campos espacio-temporales mientras las mellizas escuchaban y se divertían haciendo turismo. Pero, Justin, cuando las Familias salieron de allí de vuelta a la Tierra en el "Nuevas Fronteras", recordará que dejamos a unos diez mil.

-Once mil ciento ochenta y tres -precisé-, según el diario de navegación del "Nuevas Fronteras".

-¿Eso pusimos? Probablemente serían más, puesto que esa cifra fue reconstruida contando los que faltaban de la lista de modo que casi con toda seguridad entre los que escogieron quedarse en tierra había niños sin registrar; éramos un montón de gente. Pero el número exacto no importa. Pongamos que fueron diez mil en números redondos. Dado un medio ambiental favorable, ¿cuántos esperaría encontrar allí al cabo de dos mil años?

Apliqué la tasa arbitraria de expansión:

-Aproximadamente, diez elevado a veintidós, lo cual es absurdo. Calcularía encontrar un óptimo estabilizado, digamos diez elevado a diez, o bien una catástrofe malthusiana, en no más de seis o siete siglos.

-No había ninguno, Justin. Ni señal alguna de que allí hubieran estado nunca los hombres.

-¿Qué les pasó?

-¿Qué le pasó al hombre de Neanderthal? ¿Qué le pasa a un campeón cuando es derrotado? ¿Qué objeto tiene, Justin, luchar cuando el contrario es tan superior que no hay pelea? El "pequeño pueblo" tiene la perfecta Utopía: no hay lucha, ni competición, ni problema de población, ni pobreza, y vive en perfecta armonía con su hermoso planeta. ¡El Paraíso, Justin! El "pequeño pueblo" es todo lo que los filósofos y los líderes religiosos de la historia han exhortado a ser a la especie humana.

"Quizá son perfectos, Justin. Quizá son lo que la especie humana puede llegar a ser... dentro de otro millón de años. O diez millones.

"Pero cuando digo que su Utopía me aterroriza, que creo que es mortal para los seres humanos, y que ellos mismos se me aparecen como un callejón sin salida, no estoy negando sus méritos. ¡No, no! Saben mucha más matemática y ciencias que yo; de otro modo yo no habría ido tan lejos para consultarles. No concibo la idea de luchar contra ellos porque no sería una lucha; habrían triunfado de entrada sobre cualquier cosa que pudiéramos intentar. No sé, ni quiero saber qué pasaría si un buen día les resultáramos molestos. Pero no acierto a ver ningún peligro, siempre que les dejemos en paz, ya que no tenemos nada que ellos deseen. Así me lo parece, pero ¿qué vale la opinión de un viejo Neanderthal? Les comprendo tan poco como entiende de astronavegación ese gatito de ahí.

"No sé qué fue de los Howard que se quedaron. Algunos pudieron pasarse al otro bando y ser asimilados, como hizo Mary Sperling. No lo pregunté, no quería saberlo. Algunos pudieron hundirse en una apatía de lotófagos y morir. Dudo que muchos se reprodujeran aunque es posible que anduvieran por ahí algunos subhumanos utilizados como animales de compañía. Si así era, prefería aún más no saberlo. Obtuve lo que quería: una opinión que corroboraba una curiosa particularidad matemática de la física de campos. Recogí a las niñas y nos fuimos.

"Antes de abandonar los alrededores hicimos una cosa: inspeccionamos estereofotográficamente el planeta y al volver hicimos que Atenea examinara la serie. ¿Atenea?

-Ya, Tato. Justin, si en la superficie de aquel planeta hay algún artefacto obra del hombre, no llega al medio metro de diámetro.

-Así es que supongo que están todos muertos -dijo Lazarus con amargura- y no volveré allí. No, el vuelo a PK3722 no fue un viaje de pruebas por el tiempo, sino un salto estelar normal y corriente. El recorrido de prueba será casi igual de sencillo y muy seguro, puesto que no incluirá el aterrizar en ningún planeta. ¿Quiere venirse, o nos llevamos a Galahad?

-Papi -dijo Galahad en tono severo-, yo soy joven, guapo, feliz y estoy sano, y pienso seguir así; no me tendrá de voluntario para ninguna excursioncita de locos como ésa; no voy a hacer más saltos estelares de ningún género, soy muy hogareño. Ya hice un aterrizaje sin mandos con Lorelei, la Piloto Loco y tengo suficiente. Estoy convencido.

-Vamos, muchacho, sé razonable -dijo Lazarus en tono afable-. Cuando lo hagamos, mis chicas ya serán mayores y desearán atenciones masculinas activas que yo no les dispensaré; perdería todo control sobre ellas. Considéralo un deber tuyo.

-Cuando habla de "deberes" me sale urticaria: El problema, papi, es que es usted un miedica y le asustan dos niñas de nada.

-Puede ser. Porque no lo serán por mucho tiempo. ¿Justin?

Librodot

Medité furiosamente. Ser invitado por el Decano a realizar un viaje interestelar con él no es un honor que se pueda rechazar sin más. Que ello incluyera un intento de viaje por el tiempo no me inquietaba; la idea parecía irreal. Pero no podía ser peligroso, o no se llevaría a sus hijas-hermanas... Y, además, Lazarus me parecía indestructible; con él el pasajero iba seguro. ¿Un gigolo para sus chicas? Lazarus le tomaba el pelo a Galahad, sin duda... Y yo estaba convencido de que Laz y Lor arreglarían tales cosas a su gusto.

-Lazarus, iré donde me pida.

-¡Alto ahí! -objetó Galahad-. Papi, a Tamara no le va a gustar todo esto.

-No hay problema, hijo. Tamara puede venir si lo desea, y creo que se divertirá. No es tan cobardica como quien yo me sé.

-¿Qué? -Galahad se incorporó en su asiento-. ¿Va a llevarse a Tamara... y a Justin... y a nuestras mellizas... y a usted mismo? ¿Piensa llevarse a media familia y dejarnos aquí a los demás, para que les lloremos? -Galahad inspiró profundamente y lanzó un suspiro-. Muy bien, me rindo. Me ofrezco voluntario. Pero deje a Justin y Tamara en casa. Y a las gemelas, no podemos exponernos a perderlas. Usted pilota y yo cocino. Mientras duremos, claro.

-Galahad muestra unos inesperados detalles de nobleza -dijo Lazarus sin dirigirse a nadie en particular-. Cualquier día le costarán la vida. Olvídalo, hijo; no necesito cocinero. Dora es mejor cocinera que cualquiera de nosotros. Las mellizas insistirán en venir, y necesito vigilarlas durante un par de saltos por el tiempo; más adelante tendrán que hacerlos solas.

Lazarus se volvió hacia mí:

-Justin, aunque será bien recibido si viene, será un viaje aburrido. Sólo sabría que ha viajado a través del tiempo porque yo se lo diría. Tengo en mente el ir a un planeta fácil de localizar porque Libby y yo lo examinamos y él determinó cuidadosamente su trayectoria. No me propongo aterrizar; es un sitio moderadamente peligroso. Pero resulta que lo puedo usar como reloj.

"Puede que le parezca una tontería. Pero en el espacio cuesta saber con certeza la fecha, salvo por los relojes de a bordo, en particular por los relojes de desintegración radiactiva de la computadora. Saberla mediante el examen de los cuerpos celestes es difícil y supone medidas muy delicadas y mucho cálculo, es más fácil aterrizar en un planeta civilizado, llamar a cualquier puerta y preguntar.

"Hay excepciones: cualquier sistema estelar con efemérides conocidas de sus planetas, como éste, o la estrella de Secundus, o el Sistema Solar, y otros... Si Dora tiene esos datos en las tripas, puede situar el sistema en cuestión y leer la hora en sus planetas como si fueran las manecillas de un reloj. Libby lo hizo con el Sistema Solar, desde el "Nuevas Fronteras".

"Pero en este vuelo de pruebas calibraré un reloj para viajes por el tiempo; es otra cosa, algo nuevo. En una fecha determinada dejé algo en órbita alrededor de aquel planeta. Más tarde, no pude encontrarlo, pese a haberlo dispuesto de forma que debería haberlo encontrado. Esto... Era el ataúd de Andy Libby.

"Pues bien, volveré a buscarlo, tratando de separar dos fechas determinadas. Si lo encuentro, habré empezado el calibrado de un reloj de viajes por el tiempo... además de demostrar que la teoría del viaje a través del tiempo es correcta. ¿Me sigue?

-Creo que sí -admití-, hasta el punto de ver que es una prueba experimental. Pero la teoría de campos dista tanto de ser mi especialidad que no puedo decir más.

-Ni falta que hace. Yo tampoco la entiendo demasiado bien. La primera computadora diseñada para controlar vuelos Libby-Sheffield era un fiel reflejo de la mente única de Andy; todo lo que vino después han sido refinamientos. Si un piloto le dice que comprende la teoría pero que usa la computadora porque sencillamente es más rápida, no vuele con él; es un farsante. ¿Verdad, Atenea?

-Yo comprendo la astronavegación -dijo la computadora-porque Minerva duplicó en mí los circuitos y programas de astronavegación de Dora. Pero no creo posible hablar de ella en inglés, ni siquiera en galáctico, ni en ningún lenguaje que emplee elementos verbales. Puedo imprimir las ecuaciones básicas y mostrar con ellas una imagen estática, un corte, de un proceso dinámico. ¿Lo hago?

-No te molestes -dijo Lazarus.

-¡No, cielos! -dije a coro-. Gracias, Atenea, pero no ambiciono ser piloto interestelar.

-Galahad -dijo Lazarus-, ¿qué te parecería levantar el esqueleto de la poltrona y buscar alguna cosilla para almorzar? Pongamos unas cuatrocientas calorías por cabeza. Justin, le preguntaba si pensaba regresar a Secundus porque no quiero que lo haga.

-Me parece muy bien.

-Palas Atenea, pon esto en grabación privada, reservada para mí y para el Archivero Jefe Foote.

-Programa en marcha, señor presidente -Galahad alzó las cejas y salió bruscamente.

-Archivero Jefe, ¿se está haciendo crítica la situación, en Nueva Roma?

Respondí con precaución:

-Así es según mi opinión, señor presidente, aunque en materia de dinámica social soy sólo un aficionado. Pero... No he venido aquí a traer un estúpido mensaje de la señora presidenta en funciones. He venido aquí con la esperanza de hablar de ello con usted.

Lazarus me dirigió una mirada larga y meditativa... y atisbé parte de lo que le hace un ser único. Posee la virtud de dedicar toda su atención a lo que hace, bien sea un asunto de vida o muerte, bien algo tan trivial como bailar para divertir a un invitado. Lo reconocí porque Tamara posee la misma cualidad; la muestra prestando toda su atención a la persona con quien está. No es de una belleza excepcional ni, supongo, más diestra en cuanto a técnica que cualquiera de otras muchas profesionales, o incluso aficionadas. Da igual. Esta capacidad de concentración total es lo que la distingue de otras bellas mujeres de su misma misericordiosa ocupación.

Creo que el Decano la extiende a todo. Ahora había "empuñado el bastón" repentinamente y la computadora lo supo al instante, y Galahad lo detectó casi con la misma rapidez... y yo dejé de preocuparme.

-Nunca supuse -dijo- que el Jefe de Documentos de las Familias hacía de recadero con un recado inútil. Exponga sus motivos, pues.

¿Qué hacer? ¿Entrar en detalles? No, podía darle todas las explicaciones más tarde.

-Señor presidente, habría que duplicar los Archivos fuera de Secundus. He venido para ver si podría hacerse en Tertius.

-Siga.

-No he visto desórdenes civiles. No sé con certeza cuáles son los síntomas ni cuánto tardan en derivar en violencia abierta. Pero el pueblo de Secundus no está habituado a leyes arbitrarias ni a normas que cambien de la noche a la mañana. Creo que habrá problemas. Tendría la convicción de haber desempeñado debidamente las obligaciones de mi cargo si garantizase que la destrucción de los archivos no puede significar la pérdida de nuestros documentos. Las bóvedas están bajo tierra, pero no son invulnerables. He imaginado once posibles modos de destruir varios o todos los archivos.

-Si hay once, hay un doceavo, y un treceavo, y así hasta mil. ¿Ha hablado de esto con alguien?

-¡No! -y añadí bajando la voz-: No quería meterle a nadie la idea en la cabeza.

-Muy sensato. A veces lo mejor que uno puede hacer con un punto débil es no llamar la atención sobre él.

-Así me lo pareció, señor. Pero al empezar a preocuparme empecé a intentar hacer algo para proteger los documentos. Impuse la norma de sacar duplicados de todos los datos procesados en cuanto pasan a los archivos. Tenía la intención de copiar los Archivos enteros y luego enviarlos a alguna parte. Pero no tenía fondos, ni dinero de mi bolsillo, para pagar los cubos de memoria. Deberían ser Welton de Grano Fino, o abultarían demasiado.

-¿Cuándo empezó a copiar las nuevas entradas?

-Poco después de la asamblea de la Junta. Yo esperaba que elegirían a Susan Barstow. Cuando salió Arabelle Foote-Hedrick... En fin, me molesté. Era a causa de un incidente de muchos años atrás, de cuando ambos íbamos a la universidad. Pensé en dimitir. Pero ya había empezado a trabajar en sus memorias.

-Justin, creo que se ha engañado a sí mismo acerca de sus razones para quedarse. Usted sospechaba que Arabelle podía designar como interino suyo a alguien que no fuera su suplente.

-Es posible, señor.

-Pero irrelevante. ¿Usó Welton para esas copias?

-Sí, sí. Para eso aún pude reunir fondos.

-¿Dónde están? ¿En el "Paloma Mensajera" todavía?

Supongo que parecí sobresaltarme, porque el Decano dijo:

-¡Vamos, vamos! Con lo importantes que eran para usted ¿me supone capaz de creer que se las dejó a años-luz de aquí?

-Señor presidente, los cubos están en mi maleta..., en el despacho del jefe de colonia Ira Weatheral, todavía.

-¡Palas Atenea!

-Detrás del sofá de las visitas, señor presidente. El jefe de colonia me dijo que le recordara que tenía que traer a casa el equipaje del señor Foote.

-Quizá podemos hacer algo mejor. Archivero Jefe, si tiene la bondad de dar a Palas Atenea el código de sus maletas, ella tiene extensiones en la oficina de Ira para copiar esos cubos en seguida. Así puede dejar de preocuparse; Palas Atenea ya tiene dentro los archivos hasta el día que dejé que Arabelle volviera a tomar el mando.

Sé que se me vio en la cara. El Decano rió y dijo:

-¿Que por qué y cómo? Porque no es usted el único que opina que hay que salvaguardar los documentos de las Familias. ¿Cómo? Los robamos. Los robamos, hijo. Yo tenía el control de la computadora ejecutiva y la utilicé para copiar todo el trabajo: genealogías, historia, actas de las asambleas de las Familias, todo... con un programa superpuesto para impedir que su computadora jefe se enterase de lo que yo estaba haciendo.

"Delante de sus narices, Archivero Jefe... pero se lo oculté para protegerle; no quería que Arabelle se lo oliera y le interrogara. Le habría inspirado malos pensamientos, y ya tenía demasiados. El único problema fue conseguir suficientes cubos Welton. Pero en este momento está usted sentado encima de ellos; están a unos veinte metros por debajo de su culo... Y cuando Palas Atenea lea los que hay en su equipaje, el duplicado de los Archivos estará completo hasta el día en que usted salió de Secundus. ¿Está más tranquilo?

-Mucho más, señor presidente -dije con un suspiro-. Puedo tener la conciencia tranquila. Ahora me siento en situación de dimitir.

-No lo haga.

-¿Perdón, señor?

-Quédese, sí. Pero no dimita. Su delegada se desenvuelve bien y usted tiene confianza en ella. Legalmente, Arabelle no puede colar su propio chico por nombramiento provisional a menos que usted dimita, ya que su nombramiento procede de la Junta. No es que le importe la legalidad... pero otra vez es mejor no darle la idea. ¿Cuántos miembros de la Junta hay en Secundus?

-¿En Secundus, señor, o con residencia en Secundus?

-No me venga con evasivas, hijo.

-No son evasivas, señor presidente. Hay doscientos ochenta y dos miembros Decanos. De ellos, ciento noventa y cinco residen en Secundus, y los ochenta y siete restantes representan a Howards de otros planetas. Lo presento así porque para aprobar una moción se requiere una mayoría de dos tercios: dos tercios del quórum en una asamblea decenal, o dos tercios del

número total, o ciento ochenta y ocho, en una asamblea de emergencia a menos que se avise a todos los miembros de todas partes, en lo cual se puede tardar años. Lo menciono porque, si usted hubiera de convocar una asamblea de emergencia, podría resultar imposible reunir los ciento ochenta y ocho votos necesarios para destituir a la señora presidenta en funciones.

El Decano me miró parpadeando.

-Señor Archivero, ¿dé dónde diablos ha sacado usted la idea de que yo puedo convocar una reunión de la Junta, o intentar destituir a nuestra querida hermana Arabelle?

-Su pregunta parecía apuntar en esa dirección, señor... y recuerdo una ocasión en la que volvió a apoderarse del bastón de mando.

-Eso fue algo del todo diferente. En aquella ocasión mis motivos fueron egoístas. La vieja chismosa estaba a punto de desbaratar mis planes agarrando a Ira. Las circunstancias eran muy diferentes; quiero decir que podía llevármelo, y hoy no puedo. A pesar de lo que digan los documentos, hijo, Arabelle no soltó el bastón por las buenas; se lo arrebaté. Y el poco tiempo que tardamos en terminar y largarnos la tuve prisionera.

-¿De veras, señor presidente? Ella no parece albergar resentimiento alguno. Habla de usted en los mejores términos.

El Decano sonrió con una perezosa mueca de cinismo.

-Porque los dos somos unos pragmáticos. Tuve el cuidado de hacerla quedar bien y de que ella lo supiera, y ahora ella no gana nada con hablar mal de mí... y en cambio tiene algo que perder, porque adquirí un status casi sagrado. El suyo depende en parte del mío, y ella lo sabe. Igual que... En fin, si alguna vez me encuentro en el mismo planeta que ella, cosa improbable porque no soy tonto, me andaré con mucho ojo al pasar por las puertas.

"Le contaré cómo fue, y verá por qué no puedo hacerlo dos veces. Una vez Ira le hubo pasado el mando, se fue a vivir fuera del Palacio; era lo propio. Pero hasta que nos fuimos yo seguí viviendo en la azotea del Palacio; también era lo propio, porque el Palacio es mi residencia oficial. Como yo aún estaba allí, Minerva aún estaba conectada. En consecuencia, pudo avisarme cuando los esbirros Arabelle atraparon a Ira. Salí de un profundo sueño y agarré el bastón.

Frunciendo el ceño, Lazarus prosiguió:

-Una computadora ejecutiva a escala planetaria es una amenaza, Justin. Cuando era Minerva y quien le dada las órdenes era Ira, todo iba bien. Pero mire lo que yo hice con ella y deduzca por extrapolación lo que otra persona podría hacer con una. Arabelle, por ejemplo. Eh, Atenea, dale a Justin una muestra de la voz de Arabelle.

-Sí, señor presidente. "Archivero Jefe Foote, aquí la presidenta en funciones. Tengo el honor de comunicarle que he conseguido convencer a nuestro distinguido Ancestro, Lazarus Long, Presidente Permanente de las Familias Howard, de que asuma por nosotros la jefatura titular de las Familias durante el período, lamentablemente breve, que resta hasta que embarque otra vez rumbo a un nuevo mundo. Ruégole dé a este comunicado la debida difusión entre sus subordinados. Yo seguiré cuidando de los detalles de rutina pero el presidente desea que se sienta usted en libertad de consultarle en cualquier momento. Hablando en nombre de la Junta

y del presidente, aquí Arabelle Foote-Hedrick, presidente pro tempore de las Familias Howard."

-Caramba, eso es exactamente lo que me dijo.

-Ajá. Minerva hizo un buen trabajo. Dio exactamente la misma pomposidad a la frase, además de sacar calcada la voz de Arabelle, incluso con el olisqueo que emplea para puntuar lo que dice.

-¿No era Arabelle? Ni siquiera sospeché que no lo fuese.

-Justin, cuando le llegó este mensaje, y cuando llegó uno parecido a cada persona de suficiente importancia, Arabelle se hallaba en el mayor y más lujoso apartamento del Palacio, muy enfadada porque las puertas no se abrían, no llegaba ningún medio de transporte y ninguno de los sistemas de comunicación funcionaba... salvo cuando yo quería hablarle. Qué diablos, ni siquiera le permití tomar una taza de café hasta que le bajaron los humos y reconoció que yo era el presidente y el que mandaba allí.

"Después de aquello nos llevamos bastante bien, hasta nos hicimos amiguitos, casi. Lo hice todo por ella, menos soltarla. Aceptó la rutina (yo no quería ser molestado), que era lo más sensato, porque Minerva la habría rebanado caso de pasarse de la raya, y ella

lo sabía. Incluso llegamos a aparecer juntos en un noticiario la mañana de mi partida, y Arabelle pronunció su discursito como una señora, y mis palabras de público agradecimiento hacia ella fueron casi igual de insinceramente sinceras.

"Pero ahora la computadora ejecutiva la tiene ella -continuó Lazarus- y yo, si volviera, primero pondría el sombrero. No, Justin, no le preguntaba por los miembros de la Junta que hay en Secundus pensando en convocar una reunión; en vez de eso pensaba que veinte de ellos ya pueden convocar una asamblea de urgencia, esperando que les parezca lo mismo que a usted: inútil, y que no lo intenten. Ella podría prenderlos y expedirlos a Felicidad. O si es que tiene ese descaro, y creo que lo tiene, podría dejarles celebrar la asamblea y, si salía en su contra, enviar a Felicidad a todos los que se presentaran. Pero le garantizo que no dejará el puesto sin lucha. Yo la pesqué en bragas; no la pescarán otra vez.

-Entonces, habrá un baño de sangre.

-Puede ser la única solución. Pero usted y yo no podemos poner remedio a la situación. En todos los asuntos de gobierno la respuesta correcta suele ser ésta: no hagas nada. Estamos en uno de esos momentos: es el momento de ejercer la inactividad creadora. Siéntese. Espere.

-¿Aun sabiendo que las cosas van mal?

-Aun sabiéndolo, Justin. El prurito de ser el salvador del mundo no debe satisfacerse; raramente sirve de nada y puede acortarle drásticamente la vida a uno. Veo tres posibilidades principales: Arabelle puede ser asesinada. En ese caso la Junta elegirá otro presidente en funciones, esperemos que sensato. O puede durar hasta la próxima asambla decenal, después de la cual la Junta puede obrar con cierta sensatez. O bien puede volverse lista, y no exponerse a un asesinato mientras consolida su poder tan fuertemente que hará falta una revolución para librarse de ella.

Librodot

"Considero esta última la menos probable, y el asesinato la más probable... y ninguna de las dos nos incube a los que estamos en Tertius. En Secundus hay mil millones de personas: que lo arreglen ellos Usted y yo hemos salvado los Archivos y eso es bueno; que las Familias mantengan la continuidad allí.

"Dentro de unos años importaremos instrumental para usted, o su sucesor, para montar un tinglado computerizado como el que tiene en Secundus. Atenea puede almacenar los datos hasta que esté instalado. Entre tanto dejaré resonando como un eco por los planetas deshabitados un mensaje que diga que los Archivos están aquí también. Y que hay una sede alternativa de las Familias en la que la Junta puede reunirse si lo desea.

La computadora dijo:

-Señor presidente, el señor Jones me ha preguntado si sé cuándo estará listo para el almuerzo.

-Dile que iremos dentro de un momento, por favor. No hay prisa para nada de esto, Justin; si uno es paciente, los problemas tienden a resolverse solos... Y no hay más remedio que serlo, cuando se tarda años en difundir un mensaje incluso por los planetas más densamente poblados. Conque espere cien años. Hay un mensaje personal para usted. ¿Ya es uno de nosotros? ¿Ya es un miembro más de nuestra familia y un padre para nuestros hijos?

-Sí. Quiero serlo.

-¿Lo quiere con juramento y todo? Muy bien, hay uno cortito que vale. Y más tarde haremos todas las ceremonias que quiera. Justin: ¿eres nuestro hermano? ¿Hasta que las estrellas envejezcan y nuestro hijo perezca? ¿Quieres luchar por nosotros, mentir por nosotros, amarnos y dejar que te amemos?

-¡Sí, quiero!

-Ya está. Atenea lo tiene grabado. Grabación abierta, Atenea.

-Grabado, Lazarus. ¡Bienvenido a la familia, Justin!

-Gracias, Atenea.

-El mensaje personal es éste, Justin: Tamara me pidió que te dijera, si te casabas con nosotros, que le pedirá a Ishtar que le suprima la inmunidad a la preñez. No dijo que fuera exclusivamente para ti. Muy al contrario: me dijo que espera tener niños de todos nosotros lo antes posible; así se sentirá por fin totalmente dentro de la familia. Con todo, estoy convencida de que tu llegada precipitó esta decisión suya... De modo que los demás te cederemos el turno y os animaremos mientras plantáis el primero. A Tammy le gustará.

Los ojos se me llenaron súbitamente de lágrimas, pero mantuve firme la voz:

-Lazarus, no creo que sea eso lo que quiere Tamara. Creo que sólo quiere pertenecer plenamente a la familia. ¡Y yo también quiero!

-Bien... Quizá sí. En cualquier caso, las respuestas genéticas las guarda Ishtar. A lo mejor mandamos formar a las chavalas para ver qué es capaz de hacer el gallo nuevo. Fin de la entrevista privada, Atenea.

-Claro, Tato. Y dentro de cien años mandamos formar a todos los hombres para mí. ¡A que los dejo a todos para el arrastre!

-Es probable, querida, es probable.

16

Eros

-Lazarus -dijo Minerva-, ¿vienes a pasear conmigo, por ahí fuera?

-Si sonríes, sí.

Ella sonrió brevemente.

-Hoy ninguno de nosotros tiene muchas ganas de sonreír, pero lo intentaré.

-Maldita sea, querida, sabes bien que no voy a estar tanto tiempo fuera. Será como el vuelo de comprobación que hice con las mellizas.

-Sí, querido. ¿Vamos?

-Vamos -dijo él, dándole una palmada en la faldita-. ¿Dónde tienes la pistola?

-¿Tengo que llevarla, estando tú conmigo? La llevaré sin falta... mientras estés fuera.

-En fin... Es un mal precedente. Como quieras.

Se detuvieron un momento en el salón. Minerva dijo:

-Atenea, cielo, dile a Tamara que volveré para ayudar a preparar la cena, por favor.

-Hecho, hermanita. Un momento: dice Tammy que no necesita ayuda, conque no tengas prisa.

-Gracias, hermana. Y dáselas a Tammy de mi parte -salieron de la casa y empezaron a subir por una suave colina. Ella dijo-: Mañana.

-"Mañana" -repitió Lazarus-, pero no lo digas como si fuera un salmo de difuntos. Ya te lo expliqué: mientras que este viaje dura diez años T para mí, para los que os quedáis en casa no pasarán sino unas semanas, y aún será menos para las mellizas. ¿A qué viene tanta seriedad?

En vez de responder, ella preguntó:

-¿Cuánto viviré?

-¿Qué? ¿Qué preguntas son ésas, Minerva? No vivirás demasiado si dejas de tomar unas precauciones tan elementales como ir armada y estar alerta. Si te refieres a tu esperanza de vida... pues, si los genetólogos saben de qué hablan, tienes exactamente la esperanza de vida con la que yo nací, y no importa que sea un tipo raro: te la transmito. Pero aun en el caso de

que estén equivocados en cuanto al complejo de genes del doceavo par de cromosomas, no cabe duda de que eres una Howard en todos los genes. Así es que cuenta con un par de siglos sin esforzarte demasiado. Pero si te tomas la molestia de rejuvenecerte cada vez que llegues a la menopausia, no sabría decirte cuánto puedes durar: cada año descubren más cosas sobre el tema. Vivirás el tiempo que quieras, probablemente. ¿Cuánto?

-No lo sé, Lazarus.

-Entonces ¿qué te atormenta, querida? ¿Te arrepientes de haber pasado de computadora a vulnerable ser de carne y hueso?

-¡Oh, no! -Y añadió-: Pero a veces duele.

-Sí. A veces duele.

-Lazarus... Si estás seguro de que vas a volver..., ¿por qué has reorientado a Dora para que su afecto se fije en Lori y Lazi y no en ti?

-¿Es eso todo lo que te inquieta? Por una preocupación de rutina, eso es todo. Por qué hizo Ira nuevo testamento cuando constituimos la familia? ¿Por qué tenemos todos testamentos dentro de Atenea? Ahora mis hermanas serán propietarias del "Dora" pase lo que pase; ya lo gobiernan. Si algo me sucediera... ¿Recuerdas una cosa que dijiste hace años? Le dijiste a Ira que te autodestruirías antes que servir a otro dueño.

-¿Te parece que yo podría dejar de conservar un recuerdo así? Aquel día condujo a éste, por concatenación inevitable. Lazarus, dejé una gran parte de mis recuerdos, pero reproduje una y otra vez en esta Minerva todas las conversaciones que aquella Minerva mantuvo contigo. Todas, hasta la última palabra.

-Entonces ya sabes por qué no correré el riesgo de hacerle daño a una computadora que se cree una niña... y por qué no me atrevo a exponerme a un disfunción emotiva por parte de una computadora piloto allí por las estrellas, cuando la vida de mis hermanas dependa de esa computadora. Minerva, sólo por amor de Dora la habría ligado yo a Lori y Lazi, necesita amar y ser amada. Pero si me hubiera olvidado de hacerlo como medida de precaución para la seguridad de las mellizas... En fin, el que al hacer planes se niega a considerar la posibilidad de su propia muerte es un loco. Un loco egocéntrico que no quiere a nadie.

-Tú no lo eres, Lazarus, nunca lo has sido.

-¡Pues claro que lo he sido! Tardé años y años en aprender.

Ella volvió a dejar pasar el tiempo antes de hablar:

-Lazarus... A menudo he pensado en Ita.

-¡Cómo! ¿En Ita?

-Y en ella, más aún que en Ita. ¿De veras soy como ella?

Él se detuvo y la miró. Ahora estaban ya cerca de la cima de la colina, y desde la casa no podían verles.

-No lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa? Mil años... Los recuerdos se apagan y se funden. Me parece que eres como ella. Sí, me parece que sí.

-¿Es ésta la causa de que no puedas amarme? ¿No cometí un tremendo error al querer ser como ella?

-Pero, querida... yo te quiero.

-¿Me quieres? Lazarus, nunca has compartido esa dicha conmigo -súbitamente se despojó del faldellín y lo dejó caer sobre la hierba-. Mírame, Lazarus. Yo no soy ella. Ojalá lo fuera, por ti. Pero no lo soy... y cometí... Yo..., yo era una computadora entonces, y no supe hacerlo mejor. No quería herirte, no quería despertar viejos fantasmas en tu mente. ¿Podrás perdonarme?

-¡Minerva! ¡Basta, cielo! No hay nada que perdonar.

-El tiempo pasa de prisa, y tú te vas. ¿Podrás perdonarme de verdad? ¿Dejarás un hijo tuyo dentro de mí antes de partir? -Sus ojos eran torrentes de lágrimas, pero le miraba con decisión-. Quiero un hijo tuyo, Lazarus. No lo pediré dos veces... pero no podía dejarte marchar sin pedírtelo. En mi ignorancia me hice como ella, porque tú la amabas... ¡pero tú supiste cerrar los ojos!

-Querida mía...

-¿Si, Lazarus?

-¿Cierra Ira los ojos? ¿Se niega a mirarte?

-No.

-¿Y Justin, y Galahad? Si tú puedes soportar mi fea cara, yo puedo soportar tu cara preciosa... y, con suerte o sin ella, ella se parecerá más a ti que a mi. Volvamos a casa.

A ella se le iluminó el rostro.

-¿Qué tiene de malo ese bosquecillo?

-Hum, sí, vamos.

17

Narciso

-Volvamos a repasarlo, chicas -dijo Lazarus-: indicadores de tiempo y puntos de reunión. ¿Ves la esfera, Dora?

-La veo si quitas las manos de en medio, Tato.

-Perdón, querida. Llámame Lazarus; no soy hermano tuyo.

-Cuando Lazi y Lori me hicieron hermana adoptiva suya, tú también entrabas, gratis. ¿Lógico? Lógico. No te resistas, Tato, que te gusta.

-Muy bien, me gusta, hermana Dora-concedió Lazarus-. Ahora cállate y déjame hablar.

-A la orden, comodoro -respondió la computadora piloto-. Pero tengo todo en el "dímelo tres veces". Y no necesito esa pesadez de indicadores de tiempo. Estoy calibrada, Tato: calibrada.

-Dora, supónte que a ese calibrado le ocurre algo.

-Imposible. Si se espachurra un grupo, paso al "dímelo dos veces" mientras lo borro y lo repongo.

-¿Ah, sí? Desde que las mellizas te adoptaron no has dejado ni un momento de estar eufórica. Yo te enseñé a ser pesimista, Dora. Un piloto que no es pesimista no vale un comino.

-Lo siento, comodoro. Cerraré el pico.

-Habla si tienes algo que decir. Pero no para criticar las medidas de seguridad. Lo que trato de proteger es mi precioso pellejo, Dora, así que haz el favor de ayudarme. Se me ocurren doce posibles formas de que se te averíen las tripas, bien por error, bien por una catástrofe natural; y a ti también, de modo que carece de objeto preocuparse. Pero sí lo tiene tratar de anticipar qué se puede hacer al respecto.

"Pongamos un ejemplo: tú estás funcionando perfectamente pero las mellizas no saben utilizarte. Según el programa, una vez me hayáis soltado, volvéis todas al sistema de tiempo base y a Nueva Roma, y las mellizas preguntan en los Archivos si hay Correo Retardado ¿Quién sabe? A lo mejor hay algo esperando ahora mismo.

-Hermano -intervino Lorelei-, "ahora" no significa nada. Estamos en fase irrelevante desde que despegamos.

-No me vengas con sofismas, guapa; el "ahora" al que me refiero es el año 2072 de la Diáspora, el año gregoriano 4291, año de tu mayoría de edad. Si es tal mayoría...

-¿Has oído, Laz?

-Tú te lo has buscado, Lor. Corta y deja hablar al Hermano.

-La dificultad reside en las palabras mismas, Lorelei. Mirad, chicas, y me dirijo a las tres: podríais dedicar una parte del trayecto hasta la Tierra a inventar un nuevo lenguaje y una sintaxis apropiada a los viajes por el espacio-tiempo. Pero sigamos con el ejemplo imaginario: aterrizáis en Secundus, vais a los archivos y preguntáis si han desprecintado algún correo retardado a vuestro nombre. O al de Justin, o al de Ira. O incluso dirigido a mi, como Lazarus Long o como Woodrow Wilson Smith. Puedo probar varios medios, ya que haré mis intentos desde un "ahora" anterior en varios siglos al tiempo en que el correo retardado se convirtirá en un modo habitual de conservar papeles.

"Así es que recogéis lo que haya y volvéis al "Dora"... y os encontráis con que tiene la escotilla precintada y hay un policía vigilándolo.

-¿Qué?

-Dora, por favor, no des esos gritos. Se trata de un caso hipotético.

-Más nos valdrá que el poli tenga buena puntería -dijo Lapis Lazuli con semblante sombrío. Su hermana replicó:

-Lazi, te he dicho nueve mil diecinueve veces que no llevamos las armas para infundirnos un falso valor. Si el arma te hace sentir como si midieras tres metros y fueras invulnerable, será mejor que vayas desarmada y dejes que tu hermana dispare cuanto sea necesario. Ahora dime por qué no quieres disparar contra el policía.

-¡Eso! -dijo Dora-. ¡Yo quiero que me rescaten!

-Silencio, Dora. ¿Laz?

-Es que... contra los polis no disparamos. Nunca.

-No exactamente: no disparamos contra los polis si hay modo de evitarlo. Es más peligroso que darle un beso a una serpiente de cascabel. En dos mil años y pico siempre he hallado el modo de evitarlo, aunque una vez le tiré a uno bastante cerquita, para distraer su atención. Eran circunstancias irrepetibles. Pero en nuestro caso hipotético matar al poli es más que inútil: el presidente en funciones os ha confiscado el navío.

-Socorro -susurró Dora.

-¡Hombre, madame Barstow no haría nunca una cosa tan fea!

-No he dicho que fuera Susan Barstow. Aunque Arabelle, si hubiera durado, habría disfrutado haciéndoles una cochinada así a los Long. Digamos que Susan ha muerto y que el nuevo PEF es tan malvado como Arabelle. Sin navío y sin bienes, ¿qué hacéis? Recordad que dependo de vosotras, o que estoy varado en la edad de las tinieblas. ¿Qué hacéis?

-"En la duda o el apuro... corre y grita, es lo seguro" -recitó Dora.

-Ay, Dora, cállate -dijo Lapis Lazuli-. Asustarnos, no, por descontado. Tenemos diez años para buscar... ¡ Eh, un momento ! Estoy usando la escala indebida. Podríamos disponer de cien años si fuera necesario. O más.

-Cien años es mucho -dijo Lorelei-; en menos tiempo podemos robar otra nave.

-Pensad a lo grande -aconsejó Lazarus-. Robad las Pléyades. Es mucho mejor no robar nada, Lor.

-Tú robaste un navío una vez.

-Porque no había tiempo para hacer otra cosa. Pero con montones de tiempo a vuestra disposición, es mejor ser razonablemente honrado y no quebrantar las reglas que alguien pueda sorprenderte quebrantando. El dinero es el arma universal; para obtenerlo sólo hace falta tiempo e ingenio, y a veces trabajo. Reunid dinero suficiente y a lo mejor podéis volver a comprar el "Dora". Si ello es imposible, con mucho menos dinero podríais llegar a Tertius,

donde Ira y la familia podrían encontrar algún medio de meter mano a un navío estelar. Luego lo programáis con el material que Dora dejó en Atenea y venís a recogerme.

-¿No vendrá nadie a rescatarme a mi?

-Dora, querida, todavía no ha ocurrido, y es extremadamente improbable que ocurra. Pero si sucediera y las mellizas no pudieran rescatarte... Supongamos que tu nuevo propietario ya anda contigo por el otro extremo de la galaxia...

-¡Le hago estrellarse al primer intento de aterrizaje!

-No seas boba, Dora. Si te perdiéramos, cosa sumamente improbable, y las mellizas no pudieran rescatarte pero sí pudieran rescatarme a mí, y si has cuidado de ti misma, sin estrellarte al aterrizar ni hacer tonterías, te encontraremos y te recuperaremos. Los tres. No importa cuántos años tardemos. ¿Laz? ¿Lori?

-¡Faltaria más! ¡"Uno para todos, todos para uno"! Y no se trata de nosotros cuatro solamente, Dora; se trata de toda la familia: todos los adultos, los nueve niños, que para entonces podrían ser más, y Atenea. Hermano, cuando Ira propuso que adoptáramos todos el apellido "Long", me gustó tanto que no pude llorar todo lo fuerte que quería. Hermana, tú eres Dora Long, y un Long no deja a otro Long en la estacada.

-Ya estoy más tranquila -reconoció Dora, sorbiendo una lágrima.

-Nunca has tenido por qué intranquilizarte, Dora -prosiguió Lazarus-. Fuiste tú quien empezó, empeñándote en decir que mis precauciones eran innecesarias. Por eso imaginé una situación en la que serían necesarias... en especial si las mellizas no podían disponer de los programas que dejaste con Atenea, en cuyo caso tendrían que recurrir a los indicadores de tiempo y recalibrar. De modo que las dejé varadas en otro planeta y sin blanca... con lo que el primer problema es conseguir dinero. ¿Creéis que podríais, niñas? ¿En cien años? ¿Sin caer en nada que os complicara aún más la situación?

Las mellizas se miraron.

-¿Lor?

-Naturalmente, Laz. Hermano, entonces es cuando inauguramos nuestra casa de encima de unos billares. O donde sea.

-No creo que las dos tengáis verdadera vocación -dijo Lazarus-. Y vuestras narices se parecen lamentablemente a la mía. Las tenéis feúchas, vaya.

-Nuestras narices son una ventaja...

-...porque hacen que nos parezcamos a ti...

-...de modo que lo que hoy por hoy corre de boca en boca pero resulta increíble...

-…se convierte en creíble en cuanto un cliente nos echa una ojeada…

... y narices aparte, no estamos nada mal...

-...y dijiste que tenemos "cuerpo de retretes de ladrillo"...

-...y somos pelirrojas naturales, y Tammy dice que eso es como tener dinero en el banco...

-...y nos parecemos bastante, pero podemos darles variedad...

-...sólo con que una de las dos se depile...

-...con lo cual haremos un número de los buenos, de los más caros; lo dijo Maggie...

-...y si crees que ser fogosas no es vocación suficiente...

-...lo cual puede ser verdad, y reconocemos que nunca seremos la gran artista que es Tammy, sin embargo...

-...Nueva Roma quedará maravillada al ver lo intensa que es nuestra vocación...

-...¡cuando está en juego la seguridad de nuestro hermano!

Lazarus inspiró profundamente.

-Gracias, queridas. Si bien es probable que cualquier día lo catéis, espero que no necesitéis hacerlo para rescatarme. Cuento más con vuestra capacidad matemática y vuestra habilidad como navegantes que con vuestra innegable belleza física y espiritual.

-¿Has oido, Lor? Esta vez ha añadido "espiritual".

-Creo que ha sido sincero.

-Así lo espero. Es más delicado que, cuando a una le dicen que tiene las tetas tan bonitas como Minerva. Lo cual es mentira.

-No, es verdad -dijo, ausente, su hermano-. Volvamos a los hitos y demás.

-Yo creo que deberías besarlas -dijo Dora.

-Luego. Ahora mirad, chicas: primer punto de reunión, exactamente diez años T después de que me soltéis, aunque primero soltéis el cuerpo de Andy. ¿Cómo? Laz o Lor, Dora no. Ya sé que lo sabes, Dora; este repaso sólo es para las de carne y hueso, que son falibles. ¿Laz?

-Ordenar a Dora que lo descongele y ponga su cuerpo casi a temperatura de cremación y hacerlo penetrar en la atmósfera con una trayectoria larga y oblicua justo por debajo de la velocidad orbital para que se consuma, o casi, antes de caer... y calcular la trayectoria de forma que dé en las montañas caso de no estar totalmente consumido, porque no queremos hacer daño a nadie.

-¿Qué montañas, y cómo las encontraréis? ¿Lor?

-Éstas de aquí. Primer hito, este río grande que desagua el valle central. Nuestro hito norte es allí donde este otro río grande llega del oeste; el golfo en el que desembocan es el hito sur; en el oeste no hay. Arkansas cae hacia el centro de esa cuadricula. Los Montes Ozark son

las únicas montañas que hay en ella, pero hay que apuntar a la vertiente sur de las montañas, a esta hendidura; la cara norte no es Arkansas. ¿Por qué es tan importante, hermano?

-Por motivos sentimentales, Lorelei. Con lo mucho que viajó y el poco tiempo que pasó en la Tierra, Andy añoró siempre el lugar donde nació. La única canción que sabía era una copla de "Arkansas, Arkansas, yo te adoro". Me tenia aburrido con ella. Pero le prometí que llevaría su cadáver a Arkansas y eso pareció confortarle cuando murió, así es que lo haremos. ¿Quién sabe? A lo mejor el pobre chico se entera... y merece la pena cumplir sus últimos deseos. ¿Hitos del primer encuentro?

-Este gran cañón -respondió Lapis Lazuli-. Seguirlo hacia el este y bajar hacia el sur, hasta este círculo negro. Es un cráter de meteorito. No hay otro hito seguro visible desde la órbita y válido para cualquier siglo salvo este cañón, el mayor de la Tierra. Así,

memorizamos la relación espacial que hay entre el cañón y el cráter para poder divisarlo desde cualquier ángulo. Si la luz es favorable.

Dora dijo:

-Estoy segura de que puedo verlo a oscuras.

-Dora, cariño, este ejercicio se basa en el supuesto pesimista de que Eleyele tuvieran que localizarlo sin ayuda. Quiero que conozcan tan bien la geografía terráquea que no tengan que aterrizar y buscar un indicador de carreteras. Nada de aproximaciones al suelo, salvo para dejarme en tierra y recogerme. No quiero desencadenar una alarma de platillos volantes; no quiero atraer la atención de nadie: igual un chalado me pega un tiro. Es una lástima que la forma que tiene esta nave haga que no sea del todo incorrecto describirla como "platillo volante".

-¿Qué le pasa a mi forma? -preguntó Dora-. ¡Si estoy la mar de bien!

-Para ser una nave, querida, estás como un retrete de ladrillo. Eres preciosa. Sólo que a los objetos volantes no identificados, a los ovnis, también los llamaban "platillos volantes". No creo en las paradojas, pero no deseo llamar la atención.

-Hermano, a lo mejor nosotras somos uno de esos ovnis de los que hablabas.

-¿Eh? Podríais serlo, supongo que si. En ese caso, no dejemos que nos tiroteen. Quiero un viaje tranquilo. Si todo marcha bien, podremos discutir la posibilidad de que una de vosotras ponga pie a tierra conmigo al siguiente... aunque maldito si no creo que una pelirroja curvilínea llama más la atención que un objeto volante no identificado. Muy bien, el cráter. Pienso estar allí, desde antes de la puesta de sol hasta después de que amanezca, desde menos diez días hasta más diez, el año más diez. Si no estoy allí ¿qué hacéis?

-Buscarte medio año T después -respondió Lapis Lazuli- en la cumbre de la pirámide mayor de Gizeh, aquí, a medianoche... Sólo que esta vez te buscaremos desde menos treinta días hasta más treinta porque tú no sabes con certeza cuándo podrás llegarte allí

y es posible que sólo lo logres una vez, con sobornos y demás. ¿Nos alejamos medio año luz y volvemos a entrar en el eje temporal, hermano, o permanecemos en órbita y esperamos?

-Eso es asunto vuestro. No utilizaré el punto de reunión egipcio a menos que haya metido la pata de tal forma que me resulte poco saludable reunirme con vosotras en Arizona. Si falto a las dos citas ¿qué hacéis?

-Volvemos a buscarte en ambos lugares al cabo de once años y once años y medio.

-¿Y entonces qué?

Lorelei miró a su hermana.

-Hermano, con esta parte ya no estamos de acuerdo...

-...y esto también reza para Dora...

-¡Desde luego que sí!

-...porque no te daremos por muerto...

-...no importa cuántas veces faltes a la cita...

-... conque empezaremos a examinar los dos puntos día tras día...

-...¡y noche tras noche!...

-...y más de nueve horas de diferencia de horario equivalen a algunas extrañas órbitas parciales para hacer comprobaciones al amanecer y al anochecer en Arizona y seguir haciéndolas a medianoche en Egipto...

-...pero Dora puede hacerlo...

-¡Vaya si puedo !

-...y seguiremos buscándote día tras día...

-...y año tras año...

-...hasta que aparezca. Señor...

-Capitana Lorelei, si falto a cuatro citas, estoy muerto. Debéis, aceptarlo. ¿O tengo que ponerlo por escrito?

-Comodoro Long, si estás muerto no puedes dar órdenes. Lógica pura.

-Si partís de la suposición de que no estoy muerto, mis órdenes siguen en vigor... y debéis abandonar la búsqueda. También por lógica.

-Señor, si estás fuera de la nave y fuera de contacto, difícilmente estás en situación de dar órdenes. Pero si quieres que te recojan, estaremos de servicio cada día desde el momento de soltarte más once años T y medio en adelante...

-...y así hasta el final, porque eso es lo que prometimos a la familia...

-...aunque de vez en cuando tengamos que volver a casa para rejuvenecernos...

-... y para tener niños, aunque en esta escala temporal no tardaremos nada en hacer ninguna de ambas cosas... como señalaste a propósito de otro tema.

-Motín.

Las mellizas se miraron.

-Yo me encargaré de ello, Laz; debo hacerlo, es día impar. Comodoro, como nos enseñaste antes de dejarnos siquiera comandar una nave en el espacio, en realidad el comodoro es un pasajero, puesto que el jefe de una nave no puede ceder ni una mínima parte de su responsabilidad total. Así es que no cabe hablar de "motín".

Lazarus lanzó un suspiro.

-Me ha salido un par de malditos leguleyos espaciales.

-Hermano, es lo que nos enseñaste. ¿O no?

-Muy bien, si. Ganáis vosotras. Pero es una tontería hablar de hacer comprobaciones a diario año tras año, indefinidamente. No he visto nunca una prisión de la que no pudiera fugarme en menos de un año, y he estado en un montón de ellas. Acaso debería suspender la aventura... ¡No, no, no pienso discutirlo! Ahora, a propósito de indicadores de tiempo, si hay algo que os obliga a recalibrar, es bastante sencillo aterrizar y averiguar la fecha gregoriana exacta... pero eso es exactamente lo que no quiero que hagáis... Porque ninguna de vosotras tiene experiencia en habérselas con civilizaciones extrañas, y os meteríais en líos y yo no estaría cerca para sacaros de ellos.

-¿Tan estúpidas nos crees, hermano?

-No, Laz, yo no os creo estúpidas. Tenéis las dos exactamente la misma capacidad cerebral con la que yo empecé, y yo no soy estúpido, o no habría vivido tanto. Además las dos tenéis una formación enormemente mejor que la que yo recibí a vuestra edad. Pero aquí estamos hablando de la edad de las tinieblas. Las dos habéis sido educadas para esperar recibir un trato racional... que no recibiríais. No me atrevo a dejaros poner los pies en esa era, no estando yo a vuestro lado, hasta que os haya enseñado incansablemente a ser consecuentemente irracionales en lo que hagáis y digáis. De veras.

Lazarus prosiguió:

-No importa, tenéis dos formas de mirar la hora en el espacio. Una es el método Libby, tedioso pero viable, a base de leer las posiciones de los planetas del Sistema Solar. El inconveniente que tiene es que, a menos que podáis dedicar un tiempo endemoniadamente largo a unas difíciles observaciones, podéis confundir una configuración por otra casi igual..., pero varios miles de años anterior o posterior.

"De modo que utilizaremos los hitos temporales que podamos hallar en la propia superficie de la Tierra. La datación radiactiva de ese cráter de impacto es probablemente reciente, pero en cualquier caso, si el cráter no está, es que llegáis con varios siglos de adelanto. Las fechas de la construcción de la Gran Muralla China son muy buenas, igual que las de las pirámides de Egipto. Las fechas del canal de Suez y del canal de Panamá son exactas,

y también, desgraciadamente, la fecha de la destrucción de Europa, pero ¡no intentéis observarla! Sacad las defensas y escapad a toda prisa; en aquel año borrarían del espacio cualquier navío espacial extraño que tuviera el descuido de mostrarse vulnerable. De hecho, si algún indicador de fecha de esta lista muestra que estáis en una posterior al año mil novecientos cuarenta del calendario gregoriano, ¡salid zumbando!... y apuntad a una fecha más temprana.

"Basta por ahora; ya se acerca la hora de acostarse según mi tipo de tiempo, por irrelevante que pueda resultar para todo lo exterior a esta nave. Quiero que os estudiéis toda esta materia hasta que podáis recitarla en sueños: fechas, qué buscar y cómo hallarlo, aunque no tengáis un globo terráqueo para mirar en él. ¿Hay alguien que se crea capaz de ganarme a las cartas? No habléis todas a la vez.

-Yo -dijo Dora-, si me prometes no hacer trampas al barajar.

-Luego, Dora -dijo la capitana Lorelei-; ahora se lo hemos de decir.

-¡Ah! Muy bien, me quedaré calladita.

-¿Decirme qué? -inquirió Lazarus.

-Que ya es hora de que nos fecundes... Lazarus.

-A las dos -convino Lapis Lazuli.

Lazarus contó mentalmente diez chimpancés, y luego diez más.

-¡Absolutamente imposible!

Las mellizas se miraron. Lorelei dijo:

-Ya sabíamos que lo dirias...

-...pero sólo se trata de ver si lo haces con dulzura y con cariño...

-...o le decimos a Ishtar que has dicho que no y entonces lo hace ella, con esperma tuyo, del banco de esperma...

-...pero nos haría mucho más felices que nuestro amado hermano, que tan bueno ha sido siempre con nosotras...

-...pero que va a que le dejen el pellejo como un colador en la edad de las tinieblas...

-...abandonara por una vez sus absurdos prejuicios...

-...y nos tratase como hembras biológicamente maduras...

-...y no como las niñas que fuimos...

-...Ira y Galahad y Justin no nos tratan como niñas...

-...pero tú si, y es no sólo humillante, sino absolutamente desgarrador, cuando es posible que no volvamos a verte...

-...cuando no hiciste tantos aspavientos a la hora de dejar preñada a Minerva...

-... además de a Tammy, Ish y la Hamaguapa...

-¡A callar!

Se callaron.

-Concedo una remota posibilidad a tres de ellas, aunque matemáticamente es improbabilisimo.

-Matemáticamente es sumamente probable, Lazarus -dijo Lorelei con calma-, porque todos tuvimos parte en ello. Justin, Ira y Galahad se echaron atrás cada cual en su momento, del mismo modo que se aseguraron de que el primer niño de Minerva fuese de Ira y el primero de Tammy fuese de Justin. Pero no salió bien, para ninguna de las cuatro, no "tres", y así Ishtar tendrá que remediarlo recurriendo al banco de semen.

-¡Yo no estoy en el banco de semen!

Las muchachas cruzaron una mirada. Lapis Lazuli dijo:

-¿Apuestas algo?

La computadora dijo:

-No hagas el primo, Tato.

Lazarus se mostraba pensativo.

-A no ser que Ishtar me engañara hace casi veinte años, cuando me tuvo de cliente de rejuvenecimiento.

Lorelei dijo con tranquilidad:

-Supongo que pudo hacerlo, Lazarus. Pero no lo hizo, que yo sepa. Y se trata de esperma fresco. Todo él congelado no hará más de un año. Después del día que anunciaste una fecha para este vuelo.

-Imposible.

-Mejor será que no digas "imposible". ¿Cuál es el envase perfecto para mantener el esperma fresco y vivo hasta que un técnico pueda depositarlo en el banco?

Lazarus se mostró muy pensativo.

-Pues... ¡Maldita sea! ¡Lo que faltaba!

-Correcto, hermano: se pone una mujer a su alrededor. Ponías tantísimo cuidado en escoger a tus compañeras de cama según sus ciclos para no dejar niños tras de ti... y ellas

ponían tantísimo cuidado en ver a Ish o a Galahad apenas te dormías, además de alterar los calendarios... Lo importante, querido hermano nuestro, es que tú no eres el dueño de tus genes; nadie lo es. Así te lo hemos oído decir, al hablar de cómo fue construida Minerva. Los genes pertenecen a la especie; al individuo se le prestan, simplemente, para el tiempo que viva. Y todos nosotros, sabiendo que ibas a cometer alguna imprudencia, decidimos que si bien eras libre de arrojar tu vida por la ventana, no eras libre de desperdiciar un cuadro genético único.

Lazarus cambió de tema:

-¿Por qué decís "cuatro"?

-Acaso te avergüenzas de Minerva, hermano? -repuso Lorelei-. Yo no lo creo. Ni Laz.

-Eh... No, no me avergüenzo de ella. ¡Estoy orgulloso de ella! Maldita sea, siempre habéis sido capaces de liarme, vosotras dos. Sencillamente, ignoraba que ella lo hubiera contado a nadie. Yo no lo he contado.

La otra melliza dijo:

-¿Y con quién iba a acudir sino con nosotras?

-Querrás decir "a quién iba a acudir"

-¡Diantre, hermano, ya llevas demasiado tiempo corrigiéndonos la gramática! Minerva acudió a nosotras en busca de consejo ¡y de consuelo! Porque nosotras estamos con respecto a ti en la misma difícil posición que ella. Aunque ahora ella ya no lo está, porque salió de los matorrales más satisfecha que un pavo real. La hiciste feliz...

-... y eso que se había pasado el tiempo llorando a lágrima viva...

-... y ahora ya será feliz para siempre, aun cuando no hubiera quedado en estado...

-... porque para símbolo una vez es suficiente, y si no ha quedado en estado...

-... Ira e Ish lo arreglarán...

-... y naturalmente supimos de ello cuando por fin te dejaste de vacilaciones e hiciste lo que debías haber hecho por ella años atrás...

-... porque nosotras contribuimos a disponer las cosas de forma que ella pudiera pillarte solo y camelarte...

-... y le dijimos que si las lágrimas no bastaban te hiciera pucheros...

-... y salió bien, y ahora es feliz...

-... pero nosotras no somos tan condenadamente felices, en absoluto, pero no te lloraremos...

-... ni te haremos pucheros; eso sería pueril. Si no quieres hacerlo porque, sencillamente, nos amas...

Librodot

-... mandamos el asunto al cuerno y listos, probablemente ni recurriremos al banco de semen. En vez de eso...

-... quizá seria mejor hacer que Ish nos esterilice...

-... definitivamente, no tan sólo que nos suprima temporalmente la fertilidad...

-... y dejar de ser hembras, ya que como hembras hemos fracasado...

-¡Basta ya! Si no vais a llorarme, ¿a qué todas esas lágrimas?

-No son lágrimas de llorar, hermano; son de pura exasperación. Vámonos, Lor; hemos errado el tiro. Vamos a la cama.

-Ya voy, hermana.

-Si el Comodoro tiene la bondad de disculparnos...

-¡No la tiene! Volved a sentaros. Niñas, ¿no podemos hablar del asunto tranquilamente sin que me martiricéis a dúo?

Las dos jóvenes volvieron a sentarse. La capitana Lorelei lanzó una mirada a su hermana y dijo:

-Laz consiente en que yo hable por las dos. Sin martirizar a nadie.

Lazarus, meditativo, preguntó:

-¿Usáis los cerebros en tándem, o en paralelo?

-No... No nos parece que eso tenga importancia para la discusión.

-Lo pregunto sólo por interés científico. Si pudierais enseñarme a hacerlo, los tres formaríamos un gran equipo.

-Eso seria mucho suponer, Lazarus..., dado que nos rechazas.

-Demonios, niñas: yo no os he rechazado, yo nunca os rechazaré.

Ellas no dijeron nada; él prosiguió, incómodo:

-La cosa tiene dos aspectos: uno genético y otro emotivo. El genético : los tres somos un caso raro, macho y hembras y sin embargo, cuasi-idénticos. Más que cuasi: cuarenta y cinco cuárentaiseisavos, para ser exactos. Lo cual hace que la probabilidad de que se produzcan reforzamientos perniciosos sea mucho mayor que para los hermanos normales. Pero además de eso, sólo somos Howard por cortesía, ya que nuestros genes no han pasado por veinticuatro siglos de selección sistemática. Yo estoy tan cerca de la cabeza de la columna que entonces no había selección de ninguna clase; mis cuatro abuelos figuraban entre los primeros elegidos, de modo que cuando nací, el año 1912 del calendario gregoriano, detrás de mi no había cruzamientos, ni podas, ni limpiezas del grupo genético. Y vosotras, queridas, estáis en la misma situación, pues incluso ese cuarentaiseisavo cromosoma viene de mí, ya que reproduce

mi cuarentaicincoavo. Y sin embargo las dos parecéis dispuestas a aceptar un riesgo tan elevado de reforzamiento.

Hizo una pausa. No hubo comentarios. Se encogió de hombros y continuó:

-El reparo sentimental sólo sale de mí: vosotras no parecéis tenerlo... Cosa razonable, supongo, dado que la idea en que se basa, una idea del Antiguo Testamento, ha sido reemplazada por la de seguir el consejo de los genetólogos de las Familias. No pongo en duda que sea una idea sabia; yo estoy de acuerdo con ella, puesto que le dicen que no a una pareja de extraños sin relación entre sí con la misma facilidad con que se lo dicen a una pareja de hermanos si las tablas genéticas dan por respuesta un "no". Pero hablábamos de "sentimientos" no de ciencia. Supongo que hoy en día sólo los eruditos leen ya el Antiguo Testamento, pero la cultura en la que fui educado estaba empapada de esas actitudes, a aquella tierra la llamaban el "país de la Biblia", ya os lo he contado alguna vez. Cuesta mucho desprender los tabúes con los que adoctrinan a los niños en sus primeros años. Aun cuando con el tiempo comprendan que no son más que sandeces.

"Con vosotras dos traté de hacer mejor las cosas. He tenido tiempo suficiente de separar mis tabúes y prejuicios de lo que sé realmente, tratando ¡con todas mis fuerzas! de no infligiros ninguno de los irracionales absurdos con los que me nutrieron so pretexto de "educarme". Parece ser que lo conseguí, pues de otro modo no habríamos llegado a este callejón sin salida. Pero ahí está: vosotras sois dos jóvenes modernas, pero, aunque compartimos los mismos genes, yo soy un viejo cerril de una época de oscuridad.-Dejó escapar un suspiro-. Lo lamento.

Lorelei miró a su hermana y ambas se pusieron en pie.

-¿Nos disculpa, señor?

-¡Cómo! ¿No hay respuesta?

-Señor los argumentos emotivos no se prestan a refutación. En cuanto a lo demás, ¿para qué cansarte con discusiones si tu decisión ya está tomada?

-En fin... Quizá tengáis razón. Pero me habéis escuchado con amabilidad. Quiero corresponderos.

-No es necesario, señor -las dos tenían los ojos arrasados en lágrimas, pero parecían ignorarlo-. Estamos convencidas de que nos respetas y de que, a tu manera, nos amas. ¿Podemos irnos?

Antes de que Lazarus pudiera hablar, intervino la computado

-¡Eh, que ahora hablo yo!

-¡Dora! -la reprendió Lorelei.

-Déjame hablar, Lor. No pienso quedarme calladita por educación mientras mi familia hace el tonto. Tato, Lor no te ha hablado de la mala pasada que pensaban gastarte, y yo todavía puedo hacerlo. ¡Y lo haré!

-Dora, no queremos ayudas de esa clase. Laz y yo quedamos de acuerdo en eso.

-Ya lo sé. Pero no pedisteis mi voto. Y yo no soy una dama, nunca lo he sido. Tato, tú ya sabes que igual me da quién hace qué a quién; me importa un rábano... Aunque es tan divertido oírlas llorar y refunfuñar... Pero te portas mal con mis hermanas. Lor y Laz discutieron el hecho de que tú no puedes hacer este viaje sin su ayuda... y rechazaron la estratagema por ser indigna de ellas o no sé qué memez por el estilo. Pero yo carezco de dignidad. Sin mi ayuda nadie viaja por el tiempo. Qué caramba, si me declaro en huelga, ni siquiera podéis regresar a Tertius. ¿O sí?

Lazarus se mostró irónicamente sorprendido y rió por lo bajo.

-Otro motín. Adorada, admito lo que dices; puedes tenernos aquí, dondequiera que estemos, hasta que muramos de inanición. Hace siglos ya sospeché que algún día una persona de carne y hueso podría verse en una situación desesperada de esa clase. Pero no permitiré que tus amenazas alteren mi decisión. Puedes impedirme viajar por el tiempo, pero dudo que dejes morir de hambre a Lor y Laz. Las llevarás a casa.

-Diablos, papi, vuelves a ser malo. ¡Eres un recondenado hijo de puta! ¿Lo sabias?

-Soy culpable se mire por donde se mire, Dora -reconoció Lazarus.

-Y Lor y Laz son de una cabezonería... Lor, él te ha ofrecido amablemente la oportunidad de expresar tu opinión y tú le has desairado. Zorra testaruda...

-Compórtate, Dora.

-¿Para qué, si vosotros tres no lo hacéis? Ea, suénate, siéntate y cuéntaselo todo al Tato. Tiene derecho a saberlo.

-Quizá será mejor que lo hagas -dijo dulcemente Lazarus-. Sentaos, niñas, y hablad conmigo. ¿Dora? Mantén el rumbo, guapita, que pronto llegaremos a puerto.

-¡A la orden, comodoro! Pero tú te encargas de las dos putitas, ¿eh?

-Lo intentaré. ¿Esta vez quién habla? ¿Laz?

-Da igual -respondió Lapis Lazuli-. Hablaré yo por las dos. No te preocupes por Dora: cuando comprenda que nos complace aceptar tu decisión dejará de poner dificultades.

-¡Que te crees tú eso! Como sigas así, Laz, volvemos a Quintoinfierno en menos que canta un pseudoinfinito Libby.

-Por favor, Dora, déjame hablar con mi hermano.

-Pero procura decírselo todo... o le contaré ciertas cositas que sucedieron por aquí un año antes de que le dijera que ya erais mayores.

Lazarus parpadeó, interesado.

-¡Ajá! Me ganasteis por la mano, ¿no, niñas?

-Es que mamá Ishtar nos dijo que ya teníamos edad. Tú eras el único que enfocaba el asunto a la antigua.

-Hum... Era lo acordado. Algún día os he de contar algo que me sucedió de joven en el campanario de una iglesia.

-Nos agradará oírlo, sin duda, hermano, pero ahora ¿quieres escucharnos tú?

-Sí. Dora y yo estaremos calladitos.

-A modo de prólogo, te diré que no le pediremos a Ishtar que contraríe tus deseos utilizando el banco de semen. Pero hay otras posibilidades a las que apenas puedes poner reparos. Piensa en cómo nacimos. Yo podría fácilmente gestar un clon implantado tomado de mi propio tejido, y Lor también, aunque podríamos intercambiárnoslos por motivos puramente sentimentales, puesto que tenemos los genes idénticos. ¿Ves algo de malo en ello? ¿Desde el punto de vista genético, emotivo, o cualquier otro?

-Hum... No. No sería muy normal, pero eso es asunto vuestro.

-Igual de fácil es, dado que Ishtar tiene todavía tejido tuyo in vitro, clonarte a ti... y así Lorelei y yo gestaríamos a unos gemelos idénticos, ambos "Lazarus Long" en todos los genes, y únicamente carentes de tu larga experiencia. ¿Te parecería pecaminoso?

-¿Qué? ¡Un momento, un momento! Dejadme que piense.

-Debo añadir que nos lo tomamos como un último recurso... por si mueres. Por si no regresas.

-¡No me vuelvas a lloriquear! Hum. Si me muero, mi voto no valdrá mucho, ¿verdad?

-No, porque si no lo hemos hecho nosotras, Ishtar plantará un clon en alguna de las otras... o en ella misma, con la ayuda de Galahad. Pero si lo hacemos Lorelei Lee y yo... preferimos que sea con tu bendición.

-Hum... Suponiendo que muera... Bien, de acuerdo, tenéis mi bendición. Tan sólo una cosa...

-¿Qué hermano?

-Eliminad al animalito. O a "los" animalitos. Yo era de los malos. Vosotras dos sois más difíciles de dominar que seis, pero yo era ingobernable. Si no dejáis bien establecido, desde el momento de nacer, quién es el que manda, os amargará..., os amargarán, qué demonios, os amargaré la vida de tal forma que no valdrá la pena vivir.

-Intentaremos arreglárnoslas con... contigo, Lazarus; tenemos la ventaja de saber lo... lo recondenadamente hijo de puta que puedes ser.

-¡Ay! ¿Sangro mucho?

-Fuiste tú quien empezó, hermano. La verdad es que nos has malcriado... y nos puede resultar difícil no malcriarte a ti. Pero tendremos presente tu consejo. Pero queremos decir algo antes de dejar el tema de la genética. ¿Cuántos hijos has tenido?

-Huy... Demasiados, quizá.

Librodot

-Sabes exactamente cuántos, y nosotras también... Y es un número lo suficientemente elevado para tomarlo como un universo estadístico. ¿Cuántos fueron anormales?

-Pues... Ninguno, que yo sepa.

-Exactamente ninguno. Ishtar se encargó de averiguarlo, y el estudio que hizo Justin de los archivos lo confirman. Hermano, yo no sé si esto pudo resultar muy excepcional en el siglo veinte del calendario gregoriano, pero tienes una tabla genética limpia... y nosotras también, por supuesto.

-¡Un momentito! No estoy muy al día en materia de genética pero...

-... pero Ishtar si. ¿Quieres discutirlo con ella? Nosotras aceptamos sus garantías; Lor y yo no somos genetólogas... todavía. Pero registrado en Dora tenemos el informe definitivo de Ishtar sobre tu tabla genética. Si la quieres... No es que creamos que importe demasiado; tú nos rechazas por motivos que no tienen nada que ver con la genética.

-¡Poco a poco! Yo no os rechazo.

-Pues así nos lo parece. Nosotras somos artefactos, y en nuestro caso no puede hablarse de las llamadas costumbres "incestuosas" de otro tiempo y muy otras circunstancias, y tú lo sabes; no es más que una excusa para eludir algo que no quieres hacer. Copular con nosotras será masturbación, pero no puede ser incesto, porque no somos hermanas tuyas. No somos de tu linaje en el sentido normal; somos tú. Cada uno de nuestros genes viene de ti. Si te amamos (y te amamos) y si nos amas (y nos amas, a tu manera cauta y cargante), somos Narciso amándose a si mismo. Pero esta vez ¡ojalá pudieras verlo! ese amor narcisista se consumaría.- Se interrumpió y tragó saliva-. Eso es todo. Vamos, Lor; vamos a la cama.

-¡Alto ahí, niñas! Laz, ¿qué dice Ishtar, que no hay peligro?

-Ya te he dicho que no. Pero tú no quieres hacerlo, conque ¡al diablo con ello!

-Yo no he dicho en ningún momento que no quiera. A ver, monitos vivarachos, ¿por qué creéis que dejé de arrimarme a vosotras cuando empezasteis a estar creciditas?

-¡Ay, Tato!

-Porque debo de ser Narciso... porque mis dos gemelas idénticas me parecen las dos tías más guapas, más excitantes y más putas que he visto en mi vida.

-¿De veras? ¿De veras te lo parecemos?

-Lo que digo. ¡No hagáis más pucheros, diantre! Así es que cuando empezasteis a poneros apetitosas, yo empecé a no poneros las manos encima. Pero si Ishtar dice que no pasa nada...

-¡Lo dice! ¡Lo dice!

-Supongo que... por esta vez... podría dedicaros un par de minutos a cada una.

Lorelei le miró boquiabierta.

-¿Has oído lo que dice, Laz?

-He oído. "Dos minutos."

-Grosero, torpe y vulgar.

-Insultante.

-Indignante.

-Pero aceptamos...

-...¡ahora mismo!

Da capo

1.- Las verdes colinas

El yate estelar "Dora" se deslizaba a dos metros de altura por encima del pastizal. El diafragma de la escotilla inferior se abrió. Lazarus dio un último abrazo apresurado a Lazi y Lori y se dejó caer; el impacto con el suelo le hizo dar unas volteretas hasta quedar de pie. Se apartó a toda prisa del campo de la nave. Agitó los brazos y el navío se elevó verticalmente, como una nube negra y redonda sobre el fondo de estrellas. Luego desapareció.

Lazarus dio una rápida ojeada a su alrededor: la Osa Mayor… la Estrella Polar...; muy bien: por ahí la cerca, la carretera al otro lado, y ¡por César! ¡un toro!

Salvó la cerca por los pelos a escasos pies por delante del toro.

Lazarus se movía a tanta velocidad que le hizo falta volver a aterrizar rodando sobre si mismo. Se detuvo en mitad de un camino de tierra lleno de surcos, comentando para sí que más revolcones como aquél bien poco mejorarían su apariencia. Se tanteó los bolsillos, en particular un bolsillo extra oculto bajo la pechera de su mono, y comprobó que no le faltaba nada. Echaba en falta la tranquilidad que daba el llevar una desintegradora al cinto, pero sabia que en aquel tiempo y lugar un arma sería un error. Todo lo que llevaba era una navaja de imitación.

Su sombrero. ¿Estaría en la charca? No. Estaba al otro lado de la cerca a diez metros. Diez metros o diez millas, era lo mismo: el toro no le quitaba el ojo de encima. Un sombrero no hacía tanta falta, y si alguien lo encontraba y veía que no era del todo normal... En fin, no había nada que lo relacionase con él. Mejor sería olvidarse del sombrero.

La Estrella Polar, de nuevo. El pueblo debía de estar a unas cinco millas camino abajo, en línea recta, más recta que el vuelo de las palomas. Emprendió la marcha.

Lazarus se detuvo frente a la redacción del "Demócrata" del condado de Dade, mirando las páginas pegadas al cristal por la parte de dentro, pero sin leer. Estaba pensando. Acababa de llevarse un susto, y el aparentar leer los diarios expuestos le permitía hacerlo con tranquilidad. Había leído una fecha y ahora necesitaba reconstruir algo de historia antigua. Primero de agosto de mil novecientos dieciséis. ¿Mil novecientos dieciséis?

Librodot

Vio reflejada en el cristal la imagen de alguien que venía por la acera: era corpulento, de mediana edad, llevaba una cartuchera que casi quedaba oculta bajo la prominente barriga, una pistola junto al muslo derecho, una estrella a la izquierda del pecho, y por lo demás vestía más o menos como Lazarus. Éste siguió con la mirada fija en la primera plana del "Kansas City Journal".

-Buenos días.

Lazarus se volvió.

-Buenos días..., jefe.

-Sólo soy el alguacil, hijo. ¿Es usted forastero?

-Si.

-¿Está de paso, o en casa de alguien?

-De paso. A menos que encuentre trabajo.

-Buena respuesta. ¿A qué se dedica?

-Me crié en una granja. Pero soy un mecánico para todo. Lo que caiga, con tal de ganarme la vida honradamente.

-Muy bien, si, señor. Ahora no hay muchos granjeros que quieran mano de obra. Y en cuanto a lo demás, en verano hay poca actividad. Oiga, ¿usted no será un Tim de ésos, verdad?

-¿Un "Tim"?

-Sí, hijo, un Tim: de Trabajadores Industriales del Mundo. ¿No lee los periódicos? Aquí formamos una comunidad hospitalaria, y siempre nos alegra recibir visitas. Pero de esa clase, no. -La autoridad local alzó una mano para secarse el sudor e hizo una seña de identificación de logia. Lazarus sabía cómo responder a ella, pero decidió no hacerlo. ¿Dónde estaba su logia local? Buena pregunta, oficial, con que no dejemos que salga.

El alguacil prosiguió:

-Bien, ya que no lo es, puede preguntar por ahí y ver si alguien necesita ayuda -miró la página que Lazarus fingiera leer-. Es terrible lo que hacen esos submarinos, ¿no?

Lazarus convino en que sí lo era.

-De todas formas -añadió el oficial-, si la gente se quedara en casa ocupándose de sus asuntos, esto no sucedería. Vive y deja vivir, es lo que digo siempre. ¿A qué iglesia va usted?

-Pues... Los míos son presbiterianos.

-¿Ah, si? O sea, que últimamente no ha ido a la iglesia. En fin, yo también falto a veces, cuando los peces pican. Pero... ¿ve la iglesia que hay al final de la calle? El campanario que se ve entre los olmos. Si encuentra trabajo, venga el domingo, a las diez, y le ofreceré la diestra en

señal de hermandad. Somos metodistas episcopalianos, pero no hay tanta diferencia. Aquí formamos una comunidad tolerante.

-Gracias, señor; allí estaré.

-Bien. Muy tolerante. La mayoría somos metodistas y baptistas, aunque en las granjas de los alrededores hay unos cuantos mormones. Son buenos vecinos, siempre pagan las facturas. También hay unos pocos catoliquillos, y nadie se mete con ellos. Qué caramba, si hasta tenemos un judío.

-Parece que es buen pueblo.

-Lo es. Tenemos cierta autonomía y llevamos una vida decente. Ah, otra cosa, por si no encuentra trabajo: pasada la iglesia, a una milla más o menos, encontrará la señal de fin del término municipal. Si se está sin empleo y no se tiene domicilio aquí, es mejor estar al otro lado a la puesta de sol.

-Ya veo.

-Si no lo hace, tendré que meterle en la cárcel. No es que tenga nada contra usted, pero las cosas son así, sencillamente. Yo no dicto las leyes, hijo, sólo las hago cumplir..., y así es como el juez Marstellar define a los vagabundos. Algunas de nuestras distinguidas damas le han venido apretando: les robaron cosas de los tendederos y todo eso. Conque son diez dólares o diez días..., lo cual no está tan mal, porque el calabozo está en mi casa. La comida no es nada del otro jueves, porque sólo dispongo de cuarenta centavos al día para mantener a un preso, aunque por cincuenta centavos más puede comer lo mismo que nosotros. No tenemos ningún deseo de ponerle las cosas difíciles, ¿lo comprende, verdad? Sencillamente es que el juez y el alcalde quieren que éste siga siendo un lugar tranquilo y amante de la ley.

-Comprendo. Desde luego, no tendrá nada contra mi... porque no tendrá ocasión de encerrarme.

-Me alegro. Si puedo ayudarle de algún modo, hijo, dígamelo.

-Gracias. A lo mejor puede hacerlo ahora mismo. ¿Conoce algún retrete que pueda utilizar un forastero, o es mejor que me aguante hasta que esté fuera del pueblo y pueda buscar unos arbustos?

El funcionario sonrió.

-Si, creo que sí le podemos hacer este favor. En el juzgado hay un inodoro con depósito como los de ciudad, pero no funciona. Déjeme que piense. A veces el herrero da alojamiento a automovilistas que van de paso. Es por ahí, le acompañaré.

-Es usted muy amable.

-Es un placer. Dígame su nombre.

-Ted Bronson.

Librodot

El herrero estaba arreglándole una pezuña a un potro castrado.

Alzó la vista.

-Buenas, señor diácono.

-Qué tal, Tom. Este joven amigo mío Ted Bronson, tiene retortijones y quiere descargar. ¿Podría utilizar tu retrete?

El herrero miró a Lazarus de arriba abajo.

-Pase, pase, Ted. Procure no meterse en la sección de arreos.

-Gracias, señor.

Lazarus siguió el sendero que había detrás del taller, y halló con satisfacción que el retrete tenia una puerta sin rendijas y podía cerrarse por dentro. Buscó en el bolsillo suplementario que llevaba oculto en la pechera del mono y sacó dinero.

Billetes de banco convincentes hasta el último detalle; eran reproducciones restauradas de los originales conservados en el Museo de Historia Antigua de Nueva Roma; eran "falsificaciones" por definición, pero tan perfectas que Lazarus no vacilaría en presentarlas en ningún banco... salvo por una cosa: ¿qué fechas llevaban?

Separó rápidamente los billetes en dos montones: los de 1916 y anteriores, y los de después de 1916; acto seguido, sin vacilar ni detenerse a contar, se metió los utilizables en un bolsillo, arrancó la página del catálogo Montgomery Ward que había en la caja de arena, hizo un paquete con los billetes inútiles para que no se viese que eran dinero y arrojó el paquete a la letrina. Luego sacó las monedas que aún tenia en el bolsillo secreto y comprobó sus fechas. Observó que la mayor parte de ellas llevaban fechas de acuñación que las invalidaban; fueron a parar donde el papel moneda. Se entretuvo un segundo en contemplar una réplica perfecta de una moneda de cinco centavos de las del búfalo, ¡era una preciosidad! Consideró con el semblante serio, durante dos segundos por lo menos, una maciza moneda de oro de veinte dólares. El oro era oro; no menguaría su valor si la fundía o la aplastaba con un martillo hasta convertirla en una masa informe. Pero constituía un peligro mientras no pudiera borrarle las inscripciones, puesto que el próximo tonto del pueblo podía no ser tan amigable como aquél. Abajo con ella.

Se sintió aliviado. El dinero "sospechoso" era allí un delito grave, que podía costarle a uno unos cuantos años en cárceles poco agradables y de las que resultaba difícil huir. Pero la falta de dinero era una molestia que tenia remedio. Lazarus había considerado la posibilidad de presentarse sin ningún dinero, pero luego llegó a una solución de compromiso llevándose el suficiente para algunos días, para poder examinar la situación, reorientarse, y volver a acostumbrarse a las costumbres y a la jerga local, antes de tener que buscarse la vida, nunca le había pasado por la cabeza el intentar recoger lo suficiente para resistir diez años.

Daba igual, así era más divertido, y era un buen entrenamiento para la tarea, mucho más difícil de abordar, de una época que no había conocido. La Inglaterra isabelina: aquél sí sería un desafío.

Contó lo que le quedaba: tres dólares con ochenta y siete centavos. No estaba mal.

El herrero dijo:

-Creía que se había caído por el agujero. ¿Se encuentra mejor?

-Mucho mejor. Mil gracias.

-No hay de qué. Dice el diácono Ames que usted dice ser mecánico.

-Tengo buena mano con las herramientas.

-¿Ha trabajado alguna vez en una herrería?

-Sí.

-Muéstreme las manos. -Lazarus dejó que le examinara las palmas. El herrero dijo-: Este tipo es de ciudad.

Lazarus no hizo ningún comentario.

-O a lo mejor se le han puesto tan suaves de estar en chirona.

-Ésa podría ser una explicación, supongo. Gracias otra vez por permitirme utilizar su retrete

-Alto ahí, aguarde un momento. Treinta centavos la hora y hace lo que yo le mande; y puedo despedirle a la hora.

-De acuerdo.

-¿Entiende algo de automóviles?

-Algo.

-A ver si puede poner en marcha ese Tin Lizzie. -El herrero señaló con la cabeza el exterior del taller.

Lazarus salió y examinó el Ford Runabout que anteriormente había visto allí. Le habían quitado la capota y le habían adaptado una caja de madera para convertirlo en camioneta. Los radios de las ruedas mostraban rastros de caminos enfangados, pero parecía hallarse en buen estado. Quitó el asiento delantero y comprobó el nivel de la gasolina con una varilla de medición que encontró por allí: medio depósito. Miró el agua, le añadió un poco de la bomba de la herrería y luego alzó el capó y examinó el motor.

El cable que iba del alternador a la bobina estaba suelto; lo conectó.

Puso el freno de mano, le pareció que estaba poco tenso y calzó las ruedas. Sólo entonces dio el encendido, abrió el gas y retardó la chispa.

Con precaución, apretó el pulgar contra los dedos en vez de asir la manivela; luego la alzó, la empujó y la hizo girar.

El motor se puso en marcha con estruendo; el cochecito daba sacudidas. Saltó al asiento del conductor, alargó la mano y avanzó tres puntos la chispa, y quitó gas hasta que la vibración disminuyó.

El herrero le observaba.

-Muy bien: párelo y venga a darme aire en la forja.-Ninguno de los dos hizo mención alguna del cable suelto.

Cuando el herrero, Tom Heimenz, paró para almorzar, Lazarus caminó dos manzanas hasta una tienda de comestibles que había visto al pasar, compró un cuarto de litro de leche cruda de primera (cinco centavos, más tres del casco), miró un panecillo de a cinco centavos, y decidió gastarse los cuartos en una hogaza de las grandes; no había desayunado. Regresó a la herrería y se comió con deleite el almuerzo mientras escuchaba las opiniones del señor Heimenz.

Era un republicano progresista, pero esta vez iba a cambiar; el señor Wilson nos había mantenido al margen de la guerra.

-Aunque eso no significa que haya hecho gran cosa por el país; la vida está más cara que nunca... y además, es anglófilo. Pero ese loco de Hughes nos metería en la guerra europea mañana mismo. Es una elección difícil. Me habría gustado votar por La Follette, pero ni siquiera tuvieron la sensatez de nombrarle candidato. Alemania va a vencer, y él lo sabe… y bien tontos seríamos si tratásemos de sacarles las castañas del fuego a los ingleses.

Lazarus asentía con aire solemne.

Heimenz le dijo a "Ted" que se presentara a las siete de la mañana. Pero antes de ponerse el sol, con tres dólares más en su fortuna y el estómago bien relleno de salchichas, queso y galletas, Lazarus estaba más allá de los confines de la ciudad, rumbo al oeste. No tenia nada contra el pueblo ni contra el herrero pero no se había aventurado a hacer aquel viaje para pasarse diez años en un pueblucho a treinta centavos la hora. Quería dar vueltas por ahí y recuperar el sabor de la época.

Además, Heimenz se había mostrado muy inquisitivo. A Lazarus no le había molestado que le inspeccionara las manos ni que le insinuara que podía acabar de salir de presidio, y lo del cable suelto quedó en empate, pero cuando Lazarus esquivó una pregunta sobre su acento con cuatro generalidades, el herrero trató de atosigarle con preguntas sobre en qué parte exactamente del Territorio Indio había vivido de niño y cuándo bajó del Canadá su familia.

Una comunidad mayor supondría menos preguntas de tipo personal y más oportunidades de hacerse con más de treinta centavos por hora sin tener que robarlos.

Llevaba una hora de camino cuando se encontró con un automovilista en la cuneta, un viejo médico rural víctima de un pinchazo en su Maxwell. Lazarus desmontó un farolillo de keroseno y ordenó al médico que lo sostuviera mientras él reparaba la cámara, colocaba el neumático en su sitio y lo inflaba; hecho esto, rechazó la propina.

El doctor Chaddock dijo:

-Dígame, joven: ¿sabe usted conducir estos bichos a gasolina? -Lazarus reconoció que si-. Bien, hijo, ya que también se dirige al oeste ¿qué le parecería llevarme a Lamar, para luego

echar un sueñecito en el sofá de mi sala de espera, más el desayuno y algunos chavos para compensarle de tanta molestia?

-Me parecia muy bien todo, doctor; sólo que no tiene por qué gastarse el dinero conmigo. No estoy sin blanca.

-Tonterías, paparruchas; ya lo discutiremos por la mañana. Estoy que me caigo de sueño; hoy el día ha empezado antes del alba. Antes ataba las riendas al látigo y echaba la siesta hasta que la yegua me dejaba en casa. Pero estos trastos son tontos.

Después de un desayuno compuesto de huevos fritos, jamón frito, patatas fritas, tortas de sorgo y mantequilla casera, confitura de sandía, confitura de fresa, nata que se pegaba al plato e innumerables tazas de café que había que soplar (el ama de llaves del doctor, su hermana solterona, no había dejado que el plato de Lazarus estuviera vacío un solo instante, insistiendo en que comía menos que un pajarito), se puso de nuevo en camino, con un dólar más en el bolsillo, mucho más aseado y con menos aspecto de palurdo, puesto que con betún, saliva y mucho restregar había mejorado la apariencia de sus zapatos, y la señorita Nettie se había empeñado en darle algunas viejas prendas de vestir ("Mejor dártelas a ti, Roderick, que al Ejército de Salvación. Ten, llévate también esta corbata; el doctor ya no se la pone. Cuando se busca trabajo hay que ir aseado, es lo que digo siempre. Te juro que si viene alguien a pedir limosna y no lleva corbata, yo ni siquiera le abro la puerta.")

Lo aceptó todo, sabedor de que la mujer tenía razón, y sabedor también de que el doctor Chaddock habría pasado una mala noche tratando de dormir en el coche mientras su hermana padecía, de no haber pasado Lazarus por allí: así quedaban en paz. La señorita Nettie hizo un pulcro hatillo con su ropa; él se lo agradeció y prometió mandarles una postal desde Kansas City; más tarde abandonó el hatillo entre los primeros arbustos que encontró, con cierta pena pues aquella ropa habría durado indefinidamente a pesar del aspecto de usada que le habían dado. Pero era una vestimenta de corte ligeramente anacrónico y nunca había esperado llevarla más tiempo del que fuera preciso; y un viajero no podía permitirse ir hecho un zarrapastroso, cosa que probablemente la señorita Nettie ignoraba.

Encontró la vía del tren pero evitó pasar por la estación. Se situó en la parte norte del pueblo y esperó. Pasaron hacia el sur un tren de pasajeros y uno de mercancías; hacia las diez apareció un tren de carga con rumbo norte y todavía a media marcha; subió a él de un salto. No se esforzó en que no le vieran y dejó que el guardafrenos le permitiera acomodarse a cambio de un dólar (un dólar de imitación: ahora los auténticos se hallaban ocultos bajo un venda en la cara interna de su muslo izquierdo).

El guardafrenos le advirtió de que en la siguiente estación podía haber un policía de ferrocarriles; no debía darle más de un dólar; y de que había Pinkertons por Kansas City, si pensaba llegar hasta allí... de modo que más le valdría no hacerlo: aquella gentuza se quedaría con su dólar y le haría igualmente la vida imposible. Lazarus le dio las gracias y pensó en preguntarle qué línea era aquélla: ¿la Missouri Pacific?; pero juzgó que no importaba: se dirigía hacia el norte, los consejos del guardafrenos permitían deducir que llegaba suficientemente lejos para lo que le interesaba.

Al cabo de un largo y caluroso día, la mitad de él en una barcaza de fondo plano, la mitad en un furgón vacío que no supuso mucha mejora, Lazarus saltó a tierra cuando el tren pasaba por Swope Park. Estaba hecho un bulto tan sucio y baqueteado que casi se arrepintió de no haber tomado un billete. Pero ahuyentó tales pensamientos, sabiendo que el llegar sin dinero a

una ciudad podía costarle "treinta dólares o treinta días" en vez de la tarifa más moderada de cualquier pueblo. Y de aquel modo tenia casi seis dólares, casi todos "auténticos".

Advirtió con satisfacción que el parque Swope le resultaba familiar a pesar de los siglos. Lo atravesó a toda prisa y encontró el final de la línea de tranvías. Mientras esperaba a que llegara el coche que en días laborables funcionaba con muy poca frecuencia, pagó cuatro centavos por un helado de tres bolas y se lo comió con deleite, con el espíritu en paz. Cinco centavos más y un largo viaje en tranvía con un transbordo le dejaron en el centro de Kansas City. Lazarus disfrutó del trayecto hasta el último segundo, y hubiera deseado que durase más. ¡Qué tranquila, limpia y sombreada era la ciudad! ¡Qué dulcemente bucólica!

Recordó otra ocasión en que había visitado su vieja ciudad natal; ¿en qué siglo? A principios de la Diáspora, pensó, cuando los ciudadanos que se aventuraban por aquellas inmundas calles estrechas como desfiladeros llevaban casco de acero simulando una peluca, chaleco y coquilla antibalas, gafas blindadas, guantes que ocultaban manoplas metálicas y otras armas ilegales y escondidas- pero raramente salían a la calle: era más prudente quedarse en los canales de transporte y únicamente salir al exterior en los barrios vigilados, en especial de noche.

Pero aquí y ahora las pistolas estaban permitidas... y nadie las llevaba.

Bajó del tranvía en la calle McGee y preguntando a un policía encontró la Asociación Cristiana de Jóvenes. Allí, por medio dólar, le dieron la llave de un cuartito, una toalla y una pastilla de jabón.

Después de ducharse morosamente, Lazarus volvió al vestíbulo, pues había visto que en la oficina había teléfonos Bell y Home con un letrero que decía "Llamadas locales, 5 centavos; pague en la oficina". Pidió las guías telefónicas, y en la del Sistema Bell encontró:

"Chapman, Bowles & Finnegan, abogados". Edificio R. A. Long; sí, encajaba. Buscó de nuevo, y encontró "Chapman Arthur J., abogado", con una dirección de Paseo.

¿Esperaría hasta mañana? No pasaría nada si comprobaba si Justin le había dado las respuestas correctas. Dio una moneda al empleado y pidió el teléfono Bell.

-¿Qué número desea?

-¿Central? Póngame con Atwater uno dos, dos, cuatro. ¿Oiga? ¿El señor Arthur J. Chapman, el abogado?

-Al aparato.

-El señor Ira Howard me dijo que le llamara, Consejero.

-Interesante ¿Quién es usted?

-"La vida es breve."

-"Pero los años son largos" -respondió el abogado.

-"No "mientras no lleguen los Malos Tiempos"".

-Muy bien. ¿Qué puedo hacer por usted, señor? ¿Algún problema?

-No, señor. ¿Querrá usted aceptar un sobre para entregar al secretario de la Fundación?

-Sí. ¿Me lo puede traer al despacho?

-¿Mañana por la mañana, señor?

-Pongamos a las nueve y media. A las diez tengo que estar en el palacio de justicia.

-Gracias, señor; allí estaré. Buenas noches.

-De nada. Tenga usted buenas noches, señor.

En el vestíbulo había un escritorio con otro cartel que indicaba que había que acudir a la oficina y se acompañaba de un sermón: "¿Ya has escrito a tu madre esta semana?" Lazarus pidió una hoja de papel y un sobre, diciendo (y era verdad) que quería escribir a su familia. El empleado le dio lo que pedía.

-Así nos gusta, señor Jenkins. ¿De veras le basta con una hoja?

-Si no, le pediré más. Gracias.

Después de desayunar (café y una rosquilla, cinco centavos), Lazarus localizó una papelería en Grand Avenue e invirtió quince centavos en cinco sobres que metería uno dentro de otro, volvió a la Y.M.C.A. y los preparó, y más tarde los entregó personalmente al señor Chapman, haciendo caso omiso del mohín de desaprobación de la secretaria de éste.

En el sobre exterior se leía: Secretario de la Fundación Ira Howard.

En el siguiente se leía: A la atención del Secretario de la Asociación de las Familias Howard del año 2100 d. C.

En el siguiente se leía: Consérvese por favor en los Archivos de las Familias durante Mil Años. Se recomienda atmósfera inerte.

En el cuarto se leía: Para ser abierto por el Archivero Jefe que ocupe el puesto el año gregoriano 4291.

En el quinto sobre se leía: Entréguese a petición de Lazarus Long o de cualquier miembro de su familia de la Colonia de Tertius.

En el interior de este sobre estaba el de la Y.M.C.A., que contenía la nota que Lazarus escribiera la noche anterior; el sobre llevaba todos los nombres de la familia de Quintoinfierno, con Lapis Lazuli y Lorelei Lee encabezando la lista:

4 de agosto de 1916 Greg.

Queridas:

Librodot

Fallé. He llegado hace dos días, ¡tres años antes de tiempo! pero sigo queriendo que me recojáis exactamente diez años T después del momento en que me dejasteis, en el cráter de meteorito; esto es, el 2 de agosto del año gregoriano de 1926.

Por favor, tranquilizad a Dora: no ha sido culpa suya. Ha sido mía, o de Andy, o quizá los instrumentos de que disponíamos no eran lo bastante precisos. Si Dora quiere recalibrar (no es necesario, ya que la cita sigue siendo diez años T después de la suelta), decidle que obtenga de Atenea todos los eclipses lunares de sol de estos diez años; yo aún no he tenido tiempo de buscarlos pues acabo de llegar a Kansas City.

Todo marcha perfectamente. Gozo de buena salud, tengo dinero suficiente y me hallo en lugar seguro. Os escribiré otras cartas más largas (y mejor protegidas; ésta no he tenido tiempo de grabarla al aguafuerte) utilizando todos los conductos que sugirió Justin.

Besos para todos de mi parte. Sigue carta larga. Con mi amor imperecedero,

EL TATO

P. S. Espero que sean niño y niña. ¡Sería estupendo!

2.- El fin de una era

25 de septiembre de 1916 Greg.

Queridas Laz y Lor:

Ésta es la segunda de las muchas cartas que intentaré mandaros utilizando todos los canales de Correo Retardado que Justin sugirió: tres bufetes de abogado, el Chase National Bank, una cápsula de tiempo para ser entregada con instrucciones a un tal doctor Gordon Hardy por mediación de W. W. Smith y de una caja de seguridad (un tipo que no es de fiar, el tal Smith; probablemente la abrirá y destruirá la carta; aunque no recuerdo que lo hiciera) y todos los restantes trucos que me aprendí de memoria. Si consigo meter una sola en los archivos inmediatamente antes de la Diáspora, os la entregarán cuando la pidáis, allá por el año 4291 Greg. de acuerdo con el plan que establecimos.

Con suerte, recibiréis docenas de cartas, todas a un tiempo. Ordenadas por fechas constituirán una crónica de los próximos diez años. Puede haber lagunas en el relato (cartas que no consiguieron llegar); en tal caso, llenaré esas lagunas (una vez me hayáis recogido) dictando a Atenea, para cumplir la promesa que hice a Justin y Galahad de dar un informe completo. Yo me daré por satisfecho con que llegue una, y decidle a Atenea que siga trabajando sobre la idea de una cápsula-de-tiempo-más-Correo-Retardado para siglos aún más tempranos; debe de haber algún modo de dejarla a salvo de fallos.

Utilizaré una gran variedad de direcciones, además de un método que se me ha ocurrido. Voy a enviar una carta con los sobres múltiples de costumbre a la computadora ejecutiva, Secundus, año 2000 de la Diáspora, para ser abierta y leída por la computadora (¡sin que la toquen manos humanas!) con un programa para que guarde el mensaje y lo pase al jefe de colonia de Tertius al día siguiente de nuestra partida.

No creo en paradojas. O Minerva recibió ese mensaje antes de que nacierais y lo archivó en un depósito inactivo, y lo pasó a Atenea, y ahora (vuestro ahora) lo tiene Ira y os lo ha pasado a vosotras dos... o el mensaje no llegó. Ni anomalía ni paradoja: o éxito completo o

fracaso completo. Saqué la idea del hecho de que la computadora ejecutiva abre, lee y actúa según incontables mensajes escritos sin someterlos al presidente en funciones ni a ser humano alguno a menos que sea necesario.

Mensaje básico: (Venia en mi primera nota y vendrá en todas las cartas.) Cometí un error de calibrado y llegué tres años antes de tiempo. No es culpa de Dora, y no olvidéis decírselo antes de contarle lo sucedido. Tranquilizadla. A pesar de sus maneras de marimacho, es muy vulnerable y no hay que lastimarla. Si yo le hubiera dado unas cifras suficientemente precisas, habría acertado con la fracción exacta de segundo que le hubiera pedido; de eso estoy seguro.

El momento y lugar básicos de encuentro siguen siendo diez (10,00) años T después de que me dejarais, y el cráter de impacto de meteorito de Arizona; los otros momentos y lugares se calculan a partir de los básicos, como antes. Mi error cambia la fecha gregoriana de la cita al 2 de agosto de 1926, igualmente diez años después de dejarme, según lo planeado.

Si a Dora le sirve de alivio encontrar el error que había en los datos que le di, aquí tiene unos hitos temporales fiables: las fechas gregorianas de eclipses totales de sol por interposición de la Luna con respecto a la Tierra entre el 2 de agosto de 1916 y el 2 de agosto de 1926, ambas greg.:

1918, 8 de junio 1923, 10 de septiembre

1919, 29 de mayo 1925, 24 de enero

1922, 21 de septiembre 1926, 14 de enero

Si todavía quiere hilar más fino, puede sacar de Atenea todos los datos que desee acerca del Sistema Solar; la Gran Biblioteca de Nueva Roma ha perpetuado un enorme acopio de material de esa clase. Pero Dora ya tiene en las tripas todo lo que necesita realmente.

Recapitulación:

1. Recogedme diez años T después de depositarme.

2. He llegado tres años antes de lo debido; culpa mía, no de Dora.

3. Estoy bien, sano, ileso, resisto, echo en falta a mis amorcitos y os envío mi amor a todos.

Ahora pasemos a las aventuras tremebundas y espeluznantes de un viajero a través del tiempo. Para empezar, no han sido ni tremebundas ni espeluznantes. He puesto mucho cuidado en no atraer la atención de nadie, he sido más discreto que un ratón en una merienda de gatos. Si la gente del lugar se embadurna el ombligo con fango, yo me embadurno el mío, la mar de serio. Le doy la razón a quien me habla de política, soy de su misma religión (reconociendo mansamente que últimamente no he ido mucho a la iglesia), escucho en vez de hablar (aunque os cueste creerlo), y nunca replico. Si alguien intenta robarme, no le mataré ni le partiré los brazos; me callaré y le dejaré llevarse todo lo que encuentre. Mi objetivo es estar en el borde de ese cráter de Arizona dentro de diez años; no permitiré que nada ponga en peligro el cumplimiento de nuestra cita. No he venido aquí para reformar este mundo; sencillamente vuelvo a visitar los lugares que fueron escenario de mi niñez.

Librodot

Ha resultado más fácil de lo que esperaba. Al principio el acento me causó algunos problemas. Pero escuché con atención y ahora hablo con el mismo áspero acento campesino de cuando joven. Sorprende ver cómo me han vuelto las cosas. Confirmo por experiencia la teoría de que los recuerdos de la infancia son indelebles, aunque uno puede "olvidarlos" hasta que se vuelven a estimular. Dejé esta ciudad cuando era más joven que vosotras dos; desde entonces he estado en más de doscientos planetas, y la mayor parte de ellos los he olvidado. Pero ahora descubro que conozco esta ciudad.

Hay algunos cambios... pero cambios en la otra dirección de la entropía, ahora la veo tal cual era cuando yo tenía cuatro años. En otra parte de esta ciudad yo tengo cuatro años de edad. He estado en aquel vecindario y aún no he tratado de ver a mi primera familia, la idea me inquieta un poco. Sí, lo haré, antes de irme de aquí para viajar por el país; no temo que me reconozcan. ¡Imposible! Tengo la apariencia de un hombre joven y, creo, la misma que tenia cuando era realmente joven. Pero nadie de aquí ha visto nunca cómo será ese niño de cuatro años cuando crezca. Mi único riesgo estaría en tratar de decir la verdad. No porque me creyeran (aquí nadie cree ni siquiera en los vuelos espaciales, mucho menos en un viaje por el tiempo) sino porque me expondría a que me encerraran por "loco", término acientífico que significa que la persona a quien uno aplica esa etiqueta tiene una visión del mundo distinta de la generalmente aceptada.

Kansas City en 1916. Me dejasteis en un prado; salté la cerca y me fui a pie hasta el pueblo más cercano. Nadie nos vio: decidle a Dora que lo hizo con más finura que un carterista. El pueblo era un lugar agradable, y la gente amistosa; pasé en él un día para reorientarme, y seguí mi camino hasta un pueblo mayor, hice lo mismo y conseguí ropa para transformarme de peón de granja en alguien que pasara desapercibido en una ciudad. (A vosotras, queridas, que sólo os vestís en caso de necesidad, ocasiones festivas aparte, os costará creer cómo, aquí y ahora, la condición social se muestra en la vestimenta. Mucho más que en Nueva Roma: aquí uno puede mirar a una persona y adivinar su edad, sexo, rango social, situación económica, ocupación probable, educación aproximada y otras muchas cosas, sólo por la ropa que lleva. Esta gente hasta nada con ropa encima; hablo en serio, preguntad a Atenea. Duermen vestidos, queridas mías.)

Tomé un ferrocarril hasta Kansas City, de los que van por raíles de hierro. Pedidle a Atenea que os muestre la imagen de uno de esta era. Esta cultura es prototécnica, y apenas empieza a pasar de la energía muscular humana y animal a la energía generada. La que hay se obtiene quemando combustibles naturales, o del viento, o de los saltos de agua. Parte de ella se transforma en energía eléctrica primitiva, pero aquel ferrocarril se movía a base de quemar carbón para producir vapor en expansión.

La energía atómica no es ni siquiera una teoría; es una fantasía de algunos soñadores, y la toman menos en serio que "papá Noel". En cuanto a la forma de impulsar el "Dora" nadie tiene la más remota idea de que exista modo alguno de penetrar en la trama del espacio-tiempo.

(Puedo estar equivocado. Las muchas historias que hablan de ovnis y de visitantes extraños en todas las épocas parecen indicar que no soy el primero que viaja por el tiempo, ni el que hace mil, ni el que hace un millón. Pero tal vez la mayor parte de ellos son tan reacios como yo a molestar a los "nativos salvajes".)

A mi llegada a Kansas City me alojé en un hilton religioso. Si habéis recibido mi nota de llegada, el papel llevaba el membrete. Espero que esa nota sea la última que tengo que confiar al papel y la tinta, pero tardé en hacer lo necesario para disponer de sistemas de fotorreducción

y grabado. La tecnología y los materiales de que se dispone aquí y ahora son muy primitivos, aun cuando puedo librarme de extraños y utilizar otras técnicas.)

Como base provisional, este hilton religioso ofrece sus ventajas. Es barato, y aún no he tenido tiempo de obtener todo el dinero local que necesitaré. Es limpio y seguro, en comparación con los hiltons comerciales de igual precio. Está cerca del distrito comercial. Ofrece todo lo que ahora necesito y nada más. Y es monástico.

¿"Monástico"? No pongáis esa cara de sorpresa, amorcitos. Espero seguir soltero hasta el fin de estos diez años, soñando dulces fantasías con todas mis ricuras, que están a tantos años y años-luz de aquí.

¿Por qué? Por las costumbres locales. Aquí el emparejamiento de un varón y una hembra está prohibido por la ley a menos que el Estado lo autorice específicamente en forma de una monogamia indisoluble de innumerables consecuencias legales, sociales y económicas.

Estas leyes están hechas para ser quebrantadas, y lo son. A unas pocas manzanas o a unos centenares de metros de este hilton monástico, el "YMCA", empieza la "zona de tolerancia", un barrio dedicado a la prostitución femenina ilícita pero tolerada, y los precios no son altos. No, no soy tan perezoso como para no llegarme hasta allí; he hablado con algunas de esas mujeres: "hacen la carrera" ofreciendo sus servicios a los hombres que pasan por la calle. Pero queridas mías, a esas mujeres no se las reconoce como "artistas", y no están orgullosas de su noble vocación. ¡Ay, cielos, no! Son unas mujerucas patéticas, furtivas y avergonzadas de sí mismas. Están en lo más bajo de la pirámide social, y muchas (¿casi todas?) están sometidas a machos que se quedan con sus escasas ganancias.

No creo que haya una Tamara, ni una pseudo-Tamara, en toda Kansas City. Fuera de la "zona de tolerancia" pueden encontrarse mujeres más jóvenes y bonitas, por precios más elevados y procedimientos más complicados, pero su nivel social es igualmente nulo. Nada de artistas orgullosas y felices. Por eso no son ninguna tentación; yo no sería capaz de apartar de mi mente de qué forma tan horripilante las maltratan las leyes y costumbres de aquí.

(A las que hablaron conmigo les di propina; para ellas, el tiempo es oro.)

Luego están las que no son del oficio.

Por lo que viví antes aquí sé que un alto porcentaje de mujeres, tanto "solteras" como "casadas" (una división muy tajante, mucho más que la que existe en Tertius o incluso en Secundus)... sé que muchas de ellas probarán suerte en emparejamientos no autorizados buscando diversión, aventura, amor, o por otros motivos. Así, en ocasiones la mayoría de las mujeres de aquí pueden ser conseguidas por algunos hombres, aunque no por todos, ni siempre; aquí y ahora, este deporte es necesariamente clandestino.

Tampoco me falta confianza, ni he adquirido la actitud "moral" del lugar.

Pero la respuesta vuelve a ser "no". ¿Por qué?

Primera razón: ¡es más que probable que a uno le asen el culo a tiros!

Nada de bromas, queridas. Aquí y ahora, casi todas las hembras son casi propiedad de algún macho: marido, padre, novio, amiguito, es lo mismo. Si te pilla, te puede matar, y aquí

las cosas se ven de forma tal que lo más probable es que no sea castigado. Pero si tú lo matas a él... ¡te cuelgan del cuello hasta que mueras!

El precio me parece excesivo. No pienso correr el riesgo.

Hay un pequeño pero apreciable número de mujeres que no "pertenecen" a ningún macho. Entonces, ¿qué te detiene, Lazarus?

Los gastos, por ejemplo. (Será mejor que esto no se lo digáis a Galahad; le partiría el corazón.) Las negociaciones suelen ser largas, complicadas y muy caras... y es probable que ella considere el "éxito" equivalente a una propuesta de contrato de por vida.

Encima, es muy probable que quede preñada. Debí pedirle a Ishtar que me quitara la fertilidad para este viaje. (Me alegro enormemente de no haberlo hecho.) (Y os añoro desesperadamente, queridas, mis otros "yoes", y os agradezco infinitamente que me llevarais al catre. Yo no podía empezar, y eso que me moría de las ganas.)

" Laz y Lor, creedlo: las hembras maduras de aquí no saben cuándo están fértiles. Confían en la suerte o en métodos anticonceptivos que van de lo arriesgado a lo inútil. Es más: no pueden saberlo ni por sus terapeutas, que tampoco entienden mucho del asunto. (No hay genetólogos.) En 1916, la terapia es muy primitiva. La mayoría de los médicos lo hacen lo mejor que pueden, creo, pero su arte apenas ha salido de la fase hechiceril. Un poco de cirugía chapucera y cuatro medicinas, la mayoría de las cuales sé que son inútiles o perjudiciales. En cuanto a la anticoncepción, ¡agarraos fuerte!: está prohibida por la ley.

Otra ley hecha para que la quebranten, y la quebrantan. Pero la ley y las costumbres retrasan el progreso en estas materias. Hoy por hoy, en 1916, el método más corriente consiste en una funda elastómera que se coloca el macho; en otras palabras: copulan sin tocarse. No gritéis, que nunca tendréis que soportar semejante cosa. Pero es tan malo como parece, si.

He dejado para el final mi motivo más sólido. Queridas, a mi me han malcriado. En 1916, la mayoría de la gente considera que un baño a la semana es suficiente, y algunos creen que demasiado. Las otras costumbres son por el estilo. Y hay cosas que no se pueden ignorar. Sé muy bien que yo no tardo nada en oler a macho cabrío; pero cuando uno ha disfrutado de la compañía de seis de los más delicados bomboncitos de la galaxia... en fin, que prefiero esperar. Qué caramba, diez años pasan en seguida.

Si habéis recibido alguna de las cartas que enviaré durante los próximos diez años, os habréis apresurado a hacer comprobaciones sobre los años gregorianos 1916-1919. Yo escogí los años 1919-1929 para saborearlos (fueron una década superior, la última época feliz de la historia de la vieja Tierra) pero también para evitar la primera de las Guerras Planetarias Terráqueas, la que ahora conocen (ya ha empezado) como "guerra europea", que más tarde llamarán "guerra mundial" y, más tarde aún, "primera guerra mundial", y que la mayoría de las historias de la antigüedad designarán como "Fase Uno de la Primera Guerra Planetaria Terráquea".

No temáis: no me acercaré a ella. Esto implica algunos cambios en mis planes de viaje, pero ninguno por lo que se refiere a la cita de 1926. No recuerdo gran cosa de esta guerra; era demasiado joven. Pero recuerdo (probablemente de lecciones dadas en clase, más que de experiencias directas) que este país entró en ella en 1917, y que la guerra terminó al año siguiente ., y esa fecha sí la recuerdo con exactitud, porque yo cumplía seis años y creí que el ruido y el jolgorio eran en mi honor.

Lo que no logro recordar es la fecha exacta en la que este país entró en la guerra. Es posible que no lo haya consultado al planear esta aventura; mi intención era llegar después del once de noviembre de 1918, día en que terminó la guerra, y dejé lo que me pareció un margen cómodo. Me estaba preparando con todo cuidado para esos diez años, pues los diez siguientes, 1929-1939, no son, decididamente, una década feliz... y terminan con el inicio de la Fase Dos de la Primera Guerra Planetaria Terráquea.

No tengo modo de buscar esa fecha, pero entre mis recuerdos he encontrado una pista clara: la expresión "los cañones de agosto". En mi memoria estas palabras están nítidamente asociadas a esta guerra; y encajan, pues recuerdo que era un día cálido, de verano (aquí, el mes de agosto es verano) cuando el abuelo (vuestro abuelo materno, queridas) me sacó al patio y me explicó qué es la "guerra" y por qué debíamos vencer.

No creo que me lo hiciera entender, pero recuerdo la ocasión, recuerdo su semblante serio, recuerdo el tiempo que hacía (bueno) y la hora que era (justo antes de cenar).

Muy bien, espero que este país hará una declaración de guerra el próximo agosto, en julio me buscaré un escondrijo, porque no siento el menor interés por esta guerra. Sé qué bando venció (el bando en el que estará este país), pero también sé que "la guerra que acabaría con todas las guerras" (¡así la llamaron!) fue una derrota desastrosa tanto para los "vencedores" como para los "vencidos": condujo inevitablemente al gran Hundimiento y me hizo abandonar este planeta. Nada que yo pueda hacer cambiará nada de eso; no hay paradojas.

De modo que me meteré en un agujero hasta que todo haya pasado. Tarde o temprano, casi todas las naciones de la Tierra tomaron partido, pero muchas de ellas no entraron en combate, y la guerra no se les acercó; en particular las naciones que hay al sur de aquí, en Centroamérica y Sudamérica, conque probablemente allí es donde iré.

Pero dispongo de casi un año para prepararlo. Aquí es fácil ser lo que digas que eres: no hay tarjetas de identidad, ni códigos de computadora, ni huellas dactilares, ni números fiscales. Fijaos: este planeta tiene ahora los mismos habitantes que tiene Secundus (o que tendrá; los "tiene" en vuestro "ahora"); sin embargo, en gran parte de este país ni siquiera registran los nacimientos (el mío sólo fue registrado por las Familias), y cada cual es quien dice ser. No hay formalidad alguna que cumplir para salir del país. Volver a él es un poco más difícil, pero tengo muchísimo tiempo para resolverlo.

Pero la prudencia más elemental dice que debería irme de aquí para todo lo que dure la guerra. ¿Por qué? Por la recluta obligatoria. Maldito si pienso explicar lo que significa este término a unas niñas que apenas saben lo que es una guerra, pero significa "ejércitos de esclavos" y para mí quiere decir que debí pedirle a Ishtar que me hiciera aparentar por lo menos el doble de la edad que represento ahora. Si merodeo demasiado tiempo por estos alrededores, corro el riesgo de convertirme en "héroe" involuntario de una guerra que terminó cuando yo aún no estaba siquiera en edad de ir a la escuela.

Me parece sencillamente ridículo.

Así pues, me concentraré en acumular dinero para aguantar un par de años, lo convertiré en oro (no pesará demasiado, unos ocho kilos) y el próximo uno de junio me iré al sur. Entonces se planteará un ligero problema, puesto que este país está metido en una guerra fronteriza a pequeña escala con el que hay al sur. (De ir hacia el norte, ni hablar: aquel país ya está metido en la guerra grande.) El océano que hay al este tiene dentro buques subacuáticos de guerra, y éstos tienden a disparar a todo lo que flote. Pero el océano que hay al otro lado está

libre de tales sabandijas. Si tomo un barco con rumbo sur en un puerto de mar de la parte oeste de este país, terminaré fuera de las zonas de combate. Entre tanto, tengo que mejorar mi español, que se parece mucho al galáctico, pero suena mejor. Me buscaré un profesor particular... No, Laz, no tan particular. ¿Es que no piensas nunca en otra cosa?

(Pensándolo bien, querida, ¿en qué otra cosa vale la pena pensar? ¿en el dinero?)

Sí, en el dinero, en su momento, y para eso ya tengo planes. El país se dispone a elegir a un jefe de gobierno, y yo soy el único hombre de la Tierra que sabe quién será elegido. ¿Que por qué se me quedó grabado en la memoria? Echad una ojeada al nombre que tengo registrado en las Familias.

Así, mi problema más acuciante consiste en hacerme con dinero para apostar sobre esas elecciones. Lo que gane lo emplearé en jugar a la Bolsa... sólo que no será jugar al azar, porque este país está ya en régimen de economía de guerra y yo sé que seguirá así.

Me gustaría poder aceptar apuestas sobre la elección en lugar de hacerlas, pero eso sería demasiado arriesgado para mi piel; carezco de las influencias políticas adecuadas.

Ya veis que... No, mejor será explicaros cómo está organizada esta ciudad.

Kansas City es un lugar agradable. Tiene calles arboladas, preciosos sectores residenciales, un bulevar y un conjunto de parques conocido en todo el planeta. Su excelente pavimentación favorece la utilización de vehículos automóviles, que empiezan a popularizarse. La mayor parte de este país está todavía metido en el fango; en las bien pavimentadas calles de Kansas City hay más vehículos autopropulsados que tirados por caballos.

La ciudad es próspera, y constituye el segundo mayor mercado y centro de comunicaciones de la zona agrícola más productiva de la Tierra: cereales, ganado vacuno, carne de cerdo. Los aspectos poco vistosos de este comercio quedan en los barrios ribereños, en tanto que los ciudadanos viven en bellas colinas cubiertas de bosque. En mañanas húmedas, cuando el viento sopla de aquel sector, a veces le llega a uno un tufillo de corral; si no, el aire es claro, limpio y bueno.

Es una ciudad tranquila. El tránsito nunca es denso, y el clop-clop de cascos de caballo o la campanilla de alarma de un ferrocarril urbano de propulsión eléctrica sólo sirven para acentuar el silencio; es más fuerte el ruido que hacen los niños al jugar.

A Galahad le interesa el modo de emplear el ocio que tiene una cultura, más que su economía; y a mí, ya que el ganarse la vida es algo determinado por las circunstancias. No así el juego. Por "juego" no entiendo el sexo. El sexo no puede consumir demasiado tiempo de los seres humanos que ya han pasado de la adolescencia (salvo algunos casos raros como el legendario Casanova, y Galahad, por descontado; yo soy harina de otro costal).

En 1916 (nada de lo que digo vale necesariamente para dentro de diez años y desde luego no para dentro de cien; ahora estamos en el mismísimo fin de una era), en esta época, el kansascitiano típico organiza sus propias diversiones; sus acontecimientos sociales están asociados con iglesias o con parientes por sangre o por matrimonio, o con ambas cosas a la vez: cenas, meriendas campestres, juegos (sin dinero de por medio), o visitas y charlas. La mayoría de ellos cuestan poco o nada, dejando a un lado lo que gastan en mantener sus iglesias... que son tanto clubes sociales como templos de su fe religiosa.

La principal diversión comercial se llama "cinematógrafo": espectáculos dramáticos presentados en forma de imágenes de sombras en blanco y negro que titilan sobre un muro blanco. Son muy nuevos, muy populares y muy baratos: los llaman "funciones de cinco centavos", por la moneda que cobran para entrar. En cada barrio (determinado por la distancia que uno puede cubrir a pie) hay un teatro de éstos por lo menos. Esta forma de diversión acabó (acabará) por tener tanto que ver con la destrucción de esta estructura social como los coches automóviles (averiguad la opinión de Galahad al respecto), pero -en 1916- ninguna de las dos cosas ha alterado todavía lo que aparenta ser un modelo social estable y más bien utópico.

La anomia no ha penetrado todavía; las normas son fuertes, las costumbres son de cumplimiento obligatorio, y aquí y ahora nadie creería que los alborotos ocasionales son el estertor agónico de una cultura que está a punto de morir. El nivel de alfabetización es el más alto que esta cultura alcanzará jamás; sencillamente, queridas, la gente de 1916 no creería a quien les hablara del 2016. Ni siquiera quieren creer que están a punto de verse metidos en la primera de las Guerras Finales; por eso van a reelegir al hombre cuyo nombre llevo. "Somos neutrales", "Demasiado grandes como para luchar", " Él nos salvó de la guerra". Bajo estos lemas van a desfilar por encima del precipicio, ignorantes de que está allí.

(Me estoy deprimiendo; mirar hacia atrás es un vicio, en particular cuando se hace mirando hacia delante.)

Ahora vayamos a la parte oculta de esta hermosa ciudad.

La ciudad es una democracia nominal. De hecho no es nada que se le parezca. Está gobernada por un determinado político que no ostenta cargo alguno. Las elecciones son ceremonias solemnes… y los resultados son los que él determina. Las calles están bellamente pavimentadas porque las pavimenta su empresa, para su provecho. Las escuelas son excelentes, y verdaderamente enseñan... porque ese monarca lo quiere así. Es pragmáticamente benévolo y nunca se excede. El "delito" (palabra que designa todo lo que sea ilegal y que incluye la prostitución y el juego) se lo administran sus lugartenientes; él nunca lo toca personalmente.

Gran parte de estos delitos-por-definición son trabajados por una organización llamada en ocasiones "La mano negra", pero en 1916 normalmente no tiene nombre y nunca se la ve. Pero es la causa de que yo no me atreva a admitir apuestas sobre las elecciones; de hacerlo, traspasaría los límites del monopolio de alguno de sus lugartenientes políticos, lo cual podría ser muy peligroso para mi salud.

En vez de eso, apostaré de acuerdo con las reglas del lugar y mantendré cerrada la boca.

El ciudadano "respetable", con su linda casa, su jardín, su iglesia y sus niños felices, no ve nada de esto y (creo) apenas sospecha que exista, ni -menos aún- piensa en ello. La ciudad está dividida en zonas de fronteras claras, aunque no están marcadas. Los descendientes de los antiguos esclavos viven en una que sirve de valla entre la parte "bonita" de la ciudad y el sector que dominan y en el que viven gozando de inmunidad los monopolizadores de actividades tales como el juego y la prostitución. Por la noche, las zonas conviven únicamente bajo convenciones tácitas. De día, no se ve nada de particular. El jefe hace que impere una disciplina rígida pero simple. He oído decir que sólo tiene tres normas inviolables: mantén las calles bien pavimentadas, no toques las escuelas, y no mates a nadie al sur de determinada calle.

En 1916 la cosa funciona la mar de bien, pero no durará mucho.

Debo terminar; estoy citado en la Compañía de Suministros Fotográficos K. C. para utilizar un laboratorio en privado. Luego tengo que volver al tajo, a separar a la gente de sus dólares de forma legal e indolora.

Con mi amor eterno, y hasta siempre,

L

P. D.: ¡Tendríais que verme con bombín!

3.- Maureen

El señor Theodore Bronson, nacido Woodrow Wilson Smith, alias Lazarus Long, salió de su apartamento del bulevar Armour y condujo su automóvil, un landaulet Ford, hasta una esquina de la calle Treinta y Uno, donde lo estacionó en el cobertizo de la parte posterior de una casa de empeños, pues no le seducía la idea de dejar un coche en la calle por la noche. Y no porque el coche le hubiera costado mucho a Lazarus: lo había conseguido como resultado de la confianza de un optimista de Denver en que unos ases más una pareja podían ganar seguramente a una pareja de sotas; lo del señor "Jenkins" debía de ser un farol. Pero el señor "Jenkins" llevaba sotas hasta en las botas.

Había sido un invierno provechoso, y Lazarus esperaba una primavera aún más próspera. Sus conjeturas acerca de un mercado de guerra de ciertos productos y servicios habían sido habitualmente acertadas, y su abanico de inversiones era lo suficientemente amplio como para que una previsión equivocada no le perjudicara demasiado, ya que la mayor parte de ellas eran correctas; difícilmente podían no serlo habiendo anticipado él la aceleración de la guerra submarina, y sabiendo qué acabaría por hacer intervenir al país en la guerra de Europa.

Estudiar el mercado le dejaba tiempo para otras "inversiones" en el optimismo de las otras personas, a veces en el billar, a veces con los naipes. Le divertía más el billar, pero los naipes eran más remuneradores. A lo largo de todo el invierno jugaba a ambas cosa y su rostro feo y tirando a amistoso, cuando lo adornaba con su mejor aire de estúpido, le señalaba como el primo por excelencia, apariencia que él acentuaba vistiendo de palurdo recién llegado a la ciudad.

Lazarus no se preocupaba por los otros timadores de salón de billar, ni por la "técnica" de los juegos de naipes, ni por las cartas marcadas; él, sencillamente, callaba y aceptaba todas las ganancias que le ofrecían, luego se "amilanaba" y abandonaba la partida antes del golpe definitivo. Disfrutaba con aquellos juegos de astucia: era más fácil y más agradable robar a un ladrón que jugar a un juego honrado para ganar, y no costaba tantas horas de sueño, siempre abandonaba temprano los juegos deshonestos, aunque fuera perdiendo. Pero raramente se equivocaba tanto en su cálculo del momento oportuno.

Las ganancias las reinvertía en el mercado.

Durante todo el invierno se había hecho pasar por ""Red" Jenkins", viviendo en la YMCA y sin gastar casi nada. Cuando hacía muy mal tiempo, se quedaba en su cuarto y leía, evitando las calles empinadas y heladas. Había olvidado cuán duro podía ser un invierno en Kansas City. Una vez vio un tronco de grandes caballos tratando bravamente de tirar de un pesado carromato por la empinada cuesta de la calle Diez, por encima de la Gran Avenida. El

caballo de la derecha resbaló en el hielo y se rompió una pata; Lazarus oyó el ruido que hizo el hueso al quebrarse. Aquello le descompuso, y deseó azotar al carretero con la tralla: ¿por qué el muy idiota no había dado la vuelta por el camino más largo?

Los días asi los pasaba mejor en su cuarto o en la Biblioteca pública Principal cercana a la YMCA: centenares de miles de libros de verdad, libros encuadernados que podia sostener en las manos. Casi le tentaban a descuidar su búsqueda de dinero. Durante aquel cruel invierno pasó allí todas su horas libres, volviendo a estrechar lazos de amistad con sus más viejos amigos: Mark Twain, con las ilustraciones de Dan Beard, el doctor Conan Doyle, la Maravillosa Tierra de Oz descrita por el Historiador Real y retratada en color por John R. Neil, Rudyard Kipling, Herbert George Wells, Julio Verne…

Lazarus sentía que fácilmente podría pasar los diez años siguientes dentro de aquel maravilloso edificio.

Pero cuando llegó la falsa primavera, empezó a pensar en trasladarse fuera del barrio comercial y volver a cambiar de personaje. Empezaba a ponerse difícil el que le tomaran por primo que timar al billar o al póker; su programa de inversiones estaba cubierto, tenía efectivo suficiente en el Fidelity Savings & Trust Bank para permitirse abandonar la austeridad de la YMCA, buscar un mejor domicilio y ofrecer al mundo un aspecto de mayor prosperidad, lo que era esencial para su objetivo final en aquella ciudad: volver a ver a su primera familia, y ya faltaba poco para que se cumpliera el plazo de julio.

La adquisición de un automóvil presentable hizo cristalizar sus planes. Dedicó el día siguiente a convertirse en "Theodore Bronson": trasladó su cuenta bancaria una calle más arriba, al Missouri Savings Bank, e ingresó efectivo en abundancia; fue a una barbería e hizo que le cambiaran el peinado y el bigote; fue a Browning, King & Cía, y compró un vestuario apropiado para un joven hombre de negocios conservador. Acto seguido se dirigió hacia el sur en su automóvil y recorrió el bulevar Linwood buscando carteles de "Se alquila". Sus exigencias eran simples: un apartamento amueblado con dirección y fachada respetable, con su cocina y su cuarto de baño... y a distancia cómoda de la sala de billares de la calle Treinta y uno.

No se proponía dedicarse al timo en el salón de billar; era uno de los dos lugares en los que esperaba encontrar a un miembro de su primera familia.

Lazarus halló lo que necesitaba, pero en el bulevar Armour y no en el Linwood, y más bien lejos de los billares. Ello le obligó a alquilar dos lugares donde guardar el auto, cosa difícil, puesto que Kansas City aún no estaba acostumbrada a ofrecer alojamientos para automóviles. Pero por dos dólares al mes se hizo con un espacio en una cochera vecina a su apartamento, y por tres encontró un cobertizo detrás de una tienda de empeños contigua al salón de billar La Hora del Ocio.

Empezó a seguir una rutina: pasaba dos horas cada tarde, de ocho a diez, en el salón de billar, iba a la iglesia del bulevar Linwood a la que había ido (iba) su familia, bajaba al centro por la mañana cuando sus negocios lo requerían; en tranvía, pues a Lazarus el coche le parecía un estorbo en el centro de Kansas City, y le gustaba ir en tranvía. Empezó a recoger beneficios de sus inversiones, convirtiendo las utilidades en monedas de oro y guardándolas en una caja fuerte en un tercer banco, el Commonwealth. Esperaba completar la liquidación, con oro suficiente para resistir hasta después del once de noviembre de 1918, bastante antes del día de su partida, en julio.

Librodot

En sus horas libres mantenía reluciente el landaulet, cuidaba personalmente de su conservación y lo conducía por placer. También trabajaba lenta y cuidadosamente en una labor de sastrería: confeccionaba un chaleco de ante que era todo bolsillos, para guardar en cada uno de ellos una moneda de oro de veinte dólares. Cuando lo tuviera terminado y lleno, con los bolsillos cerrados y cosidos, proyectaba forrarlo, por dentro y por fuera, con un chaleco de vestir que había usado como patrón. Sería demasiado caluroso, pero un cinturón monedero no era suficiente para tanto oro... y el único dinero que tenía la seguridad de poder utilizar fuera del país en tiempo de guerra era el que tintineaba, y no el que crujía. Además, una vez relleno vendría a ser un chaleco antibalas, y nunca se sabía lo que a uno le esperaba a la vuelta de la esquina, y aquellos países latinoamericanos estaban siempre a punto de explotar.

Todos los sábados por la tarde recibía lecciones de español coloquial de un profesor de la Escuela Secundaria de Westport que vivía cerca. Entre unas cosas y otras se mantenía agradablemente ocupado y sin salirse del programa.

Aquella noche, después de cerrar su landaulet Ford en el cobertizo de detrás de la casa de empeños, Lazarus echó un vistazo al interior de una cervecería que había al lado, pensando que quizá su abuelo estuviera allí tomándose una caña de Muehlebach antes de ir a casa. El problema de cómo encontrarse con su primera familia de forma natural y sin sobresaltos había ocupado su mente de vez en cuando a lo largo del invierno. Quería que le recibieran como amigo en su casa (¡la de él!), pero no podía subir los peldaños de la entrada, tirar de la campanilla y presentarse a si mismo como un primo perdido durante años, ni como el amigo de un amigo que vivía en Paducah. No tenía ningún conocido por medio de quien resolverlo, y si probaba suerte con una mentira complicada, estaba convencido de que su abuelo la descubriría.

Así, había optado por una doble aproximación en *pianissimo*: la iglesia a la que iba su familia (excepto el abuelo) y el refugio que utilizaba su abuelo cuando quería alejarse de la familia de su hija.

Lazarus sabia con seguridad cuál era la iglesia, y su recuerdo se vio confirmado el primer domingo que fue allí, con un sobresalto que le sacudió aún más que el de descubrir que llegaba con tres años de adelanto.

Vio a su madre y por un momento la confundió con una de sus hermanas gemelas.

Pero casi al momento comprendió por qué: Maureen Johnson Smith era la madre genética de sus hermanas idénticas tan ciertamente como que era su propia madre. Sin embargo, sé turbó profundamente, y le alegró disponer de varios himnos y un largo sermón durante los cuales tranquilizarse. Evitó mirarla y dedicó aquel rato a identificar a sus hermanos y hermanas.

En dos ocasiones, desde entonces, había visto a su madre en la iglesia y ahora ya podía mirarla sin encogerse; podía ver incluso que aquella linda y joven matrona no desentonaba con la borrosa imagen que él conservaba de cómo debía de ser su madre. Pero seguía creyendo que no la habría reconocido si no le hubiera recordado tan claramente a Lapis Lazuli y Lorelei Lee. Había esperado, nada lógicamente, ver a una mujer mayor, mayor de lo que era cuando él se fue de casa.

Ir a la iglesia no había dado como resultado el entrevistarse con ella ni con sus hermanos, aunque el párroco le había presentado a otros parroquianos. Pero seguía yendo a la iglesia en coche, por si llegaba el día que pudiera ser correcto ofrecerse a llevarles, a ella y a sus

hermanos a casa a seis manzanas de allí por el bulevar Benton; en primavera no siempre iba a hacer buen tiempo.

No había estado tan seguro en cuanto al escondite de su abuelo. Estaba cierto de que allí era donde el "yayo" solía ir diez o doce años más tarde, pero ¿iba ya allí cuando Woodie Smith no había cumplido (no ha cumplido) aún cinco años?

Después de mirar en la cervecería alemana, y advertir que de pronto había cambiado de nombre (ahora se llamaba "El Jardín Suizo"), entró en la sala de billares. Todas las mesas de billar de casino estaban ocupadas se dirigió hacia el fondo del local, donde había una de billar clásico, una de póker y una para jugar al ajedrez o a las damas; no estando disponible ningún billar de casino, le pareció que era un buen momento para ejercitarse en algunos "fallos" a tres bandas.

¡El yayo! Ante el tablero de ajedrez estaba, solo, su abuelo; Lazarus le reconoció al instante.

No se detuvo. Siguió en dirección de la percha de los tacos, titubeó al pasar junto a la mesa de ajedrez y se quedó mirando el tablero. Ira Johnson alzó la vista; pareció reconocer a Lazarus, pareció a punto de hablar, y luego pareció pensarlo mejor.

-Perdone -dijo Lazarus-, no quería interrumpirle.

-No se preocupe -dijo el anciano. (¿Qué edad tendría? A Lazarus le parecía a la vez más viejo y más joven de lo que debería ser. Y más pequeño. ¿Cuándo había nacido? Casi diez años antes de la Guerra Civil)-; sólo estoy dándole vueltas a un problema de ajedrez.

-¿En cuántos movimientos hay que dar mate?

-¿Usted juega?

-Un poco -dijo Lazarus, y añadió-: Mi abuelo me enseñó. Pero últimamente no he jugado.

-¿Una partida?

-Si no le importa aguantar a un jugador algo oxidado...

Ira Johnson tomó un peón blanco y uno negro, se los puso detrás de la espalda y los volvió a sacar dentro de los puños cerrados. Lazarus señaló uno y vio que había elegido negras. El abuelo empezó a colocar piezas.

-Me llamo Johnson -declaró.

-Yo soy Ted Bronson, señor.

Se dieron la mano; Ira Johnson adelantó su peón de rey a la casilla cuatro; Lazarus respondió haciendo lo propio.

Jugaban en silencio. Hacia el sexto movimiento Lazarus sospechó que su abuelo estaba recreando una de las partidas magistrales de Steinitz; hacia el noveno, estaba seguro de ello. ¿Debía emplear la escapatoria que Dora había descubierto? No, seria como hacer trampa,

porque -faltaría más- las computadoras juegan al ajedrez mejor que los hombres. Se concentró en jugar lo mejor posible sin intentar la sutil variante de Dora.

Lazarus perdió por jaque mate en el vigésimo noveno movimiento, y le pareció que la partida magistral había sido reproducida a la perfección: era Wilhelm Steinitz contra un ruso ¿cómo se llamaba? Tendría que preguntárselo a Dora. Hizo una seña a un empleado disponiéndose a pagar la partida; su abuelo apartó la moneda, insistió en pagar por el uso del tablero y, dirigiéndose al empleado, añadió:

-Tráiganos dos zarzaparrillas, hijo. ¿Le hace, señor Bronson? Si no, el chico le puede traer una cerveza de los hunos de ahí al lado.

-La zarzaparrilla estará bien, gracias.

-¿Listo para la revancha?

-En cuanto recobre el aliento. Juega usted fuerte, señor Johnson.

-Si, si... Pues usted dijo que estaba oxidado...

-Y lo estoy. Pero mi abuelo me enseñó de muy jovencito, y jugamos todos los días, durante años.

-Cuente, cuente. Yo tengo un nieto y juego con él. El crío no va a la escuela todavía, por eso sólo le como un caballo.

-A lo mejor le gustaría jugar contra mi. Haríamos tablas.

-Hum... Tendrá que darle un alfil de ventaja, como hago yo -el señor Johnson pagó la bebida y le dio cinco centavos de propina al mozo-. ¿En qué ramo está usted, señor Bronson? Si no es indiscreción. . .

-Nada de eso. Trabajo por mi cuenta: compro cosas, vendo cosas, gano un poco, pierdo un poco...

-¿Sí? ¿Cuándo me va a vender el puente de Brooklyn?

-Lo siento, señor, me lo he quitado de encima esta semana. Pero le puedo ofrecer un lote de prisioneros españoles que es una ganga.

-Esto me pasa por preguntar... -dijo el señor Johnson con la sonrisa agriada.

-Vamos, señor Johnson: si le dijera que soy un buscavidas de salón de billar no me dejaría jugar al ajedrez con su nieto.

-Puede que no, puede que no. ¿Empezamos? Ahora le tocan las blancas.

Con el primer movimiento permitiéndole marcar el ritmo Lazarus realizó una lenta y cuidadosa preparación del ataque. Su abuelo se empleaba con igual cuidado, sin dejar huecos en la defensa. Estaban tan igualados que a Lazarus le costó cuarenta y un movimientos y mucho sudor de seso convertir su ventaja inicial en mate.

-¿Vamos al desempate?

Ira Johnson meneó la cabeza.

-Mi límite son dos partidas en una noche. Dos como éstas ya pasan del límite. Gracias, señor; juega usted estupendamente para estar "oxidado" -echó hacia atrás su silla-. Ya es hora de que me vaya al establo.

-Está lloviendo.

-Ya lo he visto. Me quedaré en el portal y esperaré el tranvía de la calle Treinta y Uno.

-Tengo el coche aquí. Será un honor llevarle a casa.

-¿Qué? No es necesario. Sólo es a una manzana del final de la línea, y si me mojo un poco, en casa podré secarme.

(Son más de cuatro manzanas y te vas a empapar, abuelo.)

-Señor Johnson, de todos modos voy a poner el trasto en marcha para ir a mi casa. No es ninguna molestia dejarle donde sea; me gusta conducir. Dentro de tres minutos pararé ahí enfrente y tocaré la bocina. Si está, muy bien; si no está, supondré que prefiere no aceptar que un extraño le lleve en coche y no me sentiré ofendido.

-No sea quisquilloso. ¿Dónde tiene el automóvil? Iré con usted.

-No por favor. No hace falta que salgamos los dos con esta lluvia para algo que puede hacer uno solo. Saldré de ahí detrás por el callejón y estaré junto al bordillo antes de que usted llegue a la puerta -(Lazarus decidió ser tozudo; el yayo tenía más conchas que un galápago y no dejaría de preguntarse por qué tenia "Ted Bronson" un garaje tan cerca si decía vivir tan lejos. Malo. ¿Cómo te las arreglarás, amiguito? Vas a tener que contarle un montón de mentiras al yayo, o no entrarás nunca en esa casa, ¡tu propia casa!, para ver al resto de tu familia. Pero la complicación va contra el principio básico de la mentira lograda, y fue precisamente el yayo quien te lo enseñó. Y sin embargo la verdad no serviría, y permanecer callado era igual de inútil. ¿Cómo vas a solucionarlo? Si el abuelo es tan desconfiado como tú, y el doble de astuto).

Ira Johnson se puso en pie.

-Gracias, señor Bronson; estaré en la puerta principal.

Para cuando tuvo el motor del landaulet en marcha, Lazarus ya había decidido la táctica a seguir y bosquejado una estrategia general: (a) da la vuelta a la manzana; el coche tiene que estar mojado; (b) no vuelvas a utilizar ese cobertizo; más vale que te roben esta cafetera que dejar un cabo suelto en el cuento que te ha de servir de tapadera; (c) cuando devuelvas el cobertizo, averigua si el "tío" Dattelbaum tiene un juego viejo de piezas de ajedrez; (d) haz encajar tus mentiras con lo que has contado, incluida esa verdad que has dicho con tanta precipitación sobre quién te enseñó a jugar al ajedrez; (e) di todas las verdades que puedas, aunque no suenen bien... Pero, maldita sea, si tendrías que ser un inclusero... y esa no encaja con tener abuelo, a no ser que te inventes algunas complicaciones, y cualquiera de ellas puede hacer que te salga el tiro por la culata y te pillen.

Cuando Lazarus hizo sonar el claxon, Ira Johnson salió como una flecha y se metió en el coche.

-¿Ahora a dónde? -preguntó Lazarus.

Su abuelo le explicó cómo llegar a casa de su hija y añadió:

-Y a esta carroza la llama "trasto"...

-Es que vendi a buen precio el puente de Brooklyn. ¿Subo por Linwood o sigo las vías del tranvía?

-Como prefiera. Ya que ha vendido el puente, hábleme de esos "prisioneros españoles". ¿Son buena inversión?

Lazarus se concentró unos momentos en dirigir el vehículo en la misma dirección que las vías al tiempo que las evitaba

-Señor Johnson, cuando me preguntó cómo me gano la vida le respondí con evasivas.

-Eso es asunto suyo.

-Realmente he sido timador en los billares

-Le digo que eso es asunto suyo.

-Y he salido corriendo y he dejado que pagara la mesa por segunda vez, además de dejar que pagara la bebida. No era mi intención.

-¿De veras? Son treinta centavos, más los cinco de propina. Reste los cinco que me habría costado el tranvía. Así, le toca pagar quince centavos. Si tanto le preocupa, échelos en el plato del primer ciego que encuentre. A mi me llevan en coche con chófer en una noche de lluvia. Es barato, y esto no es un carretón precisamente.

-Muy bien, señor. Quería sincerarme con usted, porque he disfrutado con las partidas y espero volver a jugar con usted.

-El placer ha sido mutuo. Me gusta un juego cuando el contrario me da trabajo.

-Gracias. Ahora, para responder debidamente a su pregunta: sí, he estafado en salones de billar... en el pasado. No es lo que hago ahora. Ahora tengo negocios. Compro cosas, vendo cosas... pero el puente de Brooklyn, no. En cuanto al timo del "prisionero español", una vez intentaron dármelo. Opero en el mercado de productos en grano con entrega aplazada y todo eso. Hago lo mismo con márgenes bursátiles. Pero no intentaré venderle nada, no soy comisionista ni dueño de una oficina de corretajes deshonestos; en vez de eso, negocio a través de agentes establecidos. Ah, si otra cosa: no reparto propinas. Le doy a un hombre lo que considero una buena propina… y él pierde hasta la camisa y me echa la culpa. Así que no lo hago.

-Señor Bronson, yo no tenía por qué preguntarle por sus ocupaciones. Ha sido demasiada curiosidad por mi parte. Pero pretendía ser una pregunta de amigo.

-Así la tomé, de modo que quería darle una respuesta adecuada.

-Demasiada curiosidad, a pesar de todo. Yo no necesito conocer sus antecedentes, su formación.

-De eso se trata precisamente, señor Johnson: yo no tengo formación. Sólo soy un buscavidas de salón de billar.

-Eso no es tan malo. El billar es un juego abierto, como el ajedrez. Es difícil hacer trampas.

-Es que... yo hago lo que usted podría considerar "trampas"

-Mire, hijo: si necesita un confesor, puedo decirle dónde encontrar uno. Yo no lo soy.

-Perdone.

-No quería ser brusco. Pero a usted le preocupa algo.

-No debe ser gran cosa. Tiene que ver con el carecer de ambiente. No tengo a nadie. Por eso voy a la iglesia, para conocer gente. Para conocer a personas buenas. Personas respetables. Personas que, de otro modo, un hombre sin pasado nunca podría conocer.

-Señor Bronson, todos tenemos un pasado...

Lazarus torció por el bulevar Benton antes de responder.

-Yo, no, señor. Yo nací... en algún lugar. Gracias al hombre que me permitió llamarle "abuelo", y a su esposa, tuve una infancia bastante buena. Pero hace tiempo que murieron y... caramba, Si ni siquiera sé con certeza si me llamo "Ted Bronson".

-Suele suceder. ¿Es usted huérfano?

-Supongo que sí. Y bastardo, probablemente. ¿Es ésta la casa? -Lazarus se detuvo una casa antes de la suya (de la de ellos).

-La otra, la que tiene luz en el porche.

Lazarus dejó que el coche se deslizara lentamente hacia delante y volvió a parar.

-Ha sido un placer conocerle, señor Johnson.

-No tenga prisa. Esas personas que cuidaron de usted..., ¿Bronson, dice? ¿Dónde fue?

-"Bronson" es un apellido que encontré en un almanaque. Me pareció que sonaba mejor que "Ted Jones" o "Ted Smith". Probablemente nací en la parte sur del estado. Pero ni siquiera eso puedo demostrar.

-¿En la parte sur? Yo ejercí la medicina por aquella parte, en otros tiempos. ¿Qué condado?

(Ya sé que lo hiciste, abuelo, conque andémonos con cuidado ahora.)

-En el condado de Greene. No quiero decir que naciera allí; sólo quiero decir que me dijeron que llegué de un orfelinato de Springfield.

-Entonces probablemente no le vi nacer; yo ejercía más al norte. Hum... Pero podríamos ser parientes.

-¿Qué, cómo? Digo, ¿perdón, doctor Johnson?

-No me llame "doctor", Ted; abandoné ese titulo cuando dejé de asistir a parturientas. Lo que quiero decir es esto; la primera vez que le vi, me sobresalté. Porque usted es la viva imagen de mi hermano mayor, Edward... que era maquinista del San Luis-San Francisco, hasta que se le rompieron los frenos de aire y allí terminó su vida de frivolidades. Tenia amiguitas en Fort Scott, San Luis, Wichita y Memphis; no tengo por qué creer que no tuviera una en Springfield. Pudo ser.

Lazarus sonrió forzadamente:

-¿Debo llamarle "tío"?

-Como prefiera.

-No, no lo haré. Pasara lo que pasara, no hay modo de probarlo. Pero sería hermoso tener una familia.

-No permita que eso le cohiba, hijo. Los médicos rurales sabemos que estos contratiempos son mucho más corrientes de lo que la mayoría de la gente imagina. Alexander Hamilton y Leonardo da Vinci están en el mismo barco que usted, por citar tan sólo a dos de los muchos grandes hombres con derecho a no descubrirse ante nadie. Conque vaya con la cabeza bien alta y tráteles de tú a tú. Veo que la luz de la sala está encendida. ¿Qué me diría de una taza de café?

-No quisiera causarle molestias, ni importunar a su familia.

-Nada de eso. Mi hija siempre me deja la cafetera detrás del hornillo. Si por casualidad está en la planta baja, en bata, cosa improbable, subirá volando por la escalera de atrás para reaparecer al momento por la de delante, la mar de emperejilada. Como un caballo de bomberos cuando suena la campana; no sé cómo lo hace. Pase.

Ira Johnson abrió la cerradura de la puerta de entrada y al empujarla gritó:

-¡Maureen! Traigo compañía.

-Ya voy, padre -la señora Smith les recibió en el vestíbulo moviéndose con serena dignidad y vestida como si esperase visita. Sonrió, y Lazarus dominó su excitación.

-Maureen, quiero presentarte al señor Theodore Bronson. Mi hija, Ted; la señora de Brian Smith.

Ella le tendió la mano.

-Sea usted bienvenido, señor Bronson -dijo la señora Smith con una voz de matices ricos y cálidos que a Lazarus le hizo pensar en Tamara.

Lazarus le tomó suavemente la mano con un hormigueo en los dedos, y tuvo que contenerse para no hacer una profunda reverencia y besársela. Se obligó a si mismo a esbozar una inclinación y soltarla inmediatamente

-Me siento muy honrado, señora Smith.

-Pase y siéntese.

-Gracias, pero es tarde, y sólo venia para dejar aquí a su padre camino de casa.

-¿Tiene que irse tan pronto? Sólo estaba zurciendo calcetines y leyendo el "Ladies Home Journal", nada importante.

-Maureen, le he prometido al señor Bronson una taza de café. Me ha traído a casa desde el club de ajedrez y me ha ahorrado un buen remojón.

-Sí, padre, en seguida. Cógele el sombrero y haz que se siente -sonrió y salió.

Lazarus dejó que su abuelo le acomodara en el salón, y aprovechó los momentos en que su madre no estaba presente para tranquilizarse y echar un vistazo a su alrededor. Aparte el hecho de que la habitación se había encogido, era prácticamente como la recordaba; un piano vertical que ella le había enseñado a tocar; el hogar con troncos a gas, la repisa bajo el espejo biselado; una librería acristalada; pesados cortinajes y visillos con flecos; el retrato de sus padres cuando se casaron enmarcado con una orla de flores y corazones y el certificado de matrimonio, y equilibrando el conjunto una reproducción del *Angelus* de Millet y otros cuadros grandes y pequeños; una mecedora, un balancín con tarima y taburete, sillas, butacas, mesas, lámparas, todo revuelto en una mezcla despreocupada de roble californiano y arce fino. Lazarus se sentía como en su casa, hasta el empapelado le resultaba familiar; sólo que advirtió con cierta inquietud que le habían cedido el sillón de su padre.

Por un corredor abovedado, cerrado con un cortinón de cuentas, se llegaba al cuarto de estar, ahora en la oscuridad. Lazarus trató de recordar lo que habría en él y se preguntó si le resultaría igual de familiar. El salón estaba inmaculadamente limpio y ordenado, y lo mantenían así, a pesar de lo grande que era la familia, a base de hacer que los niños utilizaran principalmente el cuarto de estar y reservar aquella estancia para los mayores y para las visitas. ¿Cuántos niños serían ahora? Nancy; luego Carol, y Brian el pequeño, y

George, y Marie... y él... y dado que estaban a principios de 1917 Dickie tendría unos tres años y Ethel aún andaría en pañales.

¿Qué era lo que había detrás de la silla de su madre? ¿Sería posible? ¡Sí, es mi elefante! Woodie, diablillo, sabes bien que no tienes que jugar aquí, y tienes que guardarlo todo en el cajón de los juguetes antes de irte a la cama; es una regla terminante. El animal de juguete era pequeño (mediría unas seis pulgadas de altura), hecho de tela y relleno de trapo, y estaba gris de tanto manosearlo; a Lazarus le irritó que semejante tesoro -¡suyo!- estuviera en poder de un crío... pero consiguió reírse de sí mismo aunque la emoción persistía. Sintió la tentación de robar el juguete.

-Perdón. ¿Qué me decía, señor Johnson?

-Le decía que me delegaron provisionalmente *in loco parentis*; mi yerno se había ido a Plattsburg y... -Lazarus perdió el resto de la frase; la señora Smith regresaba entre leves

susurros de enaguas de seda, trayendo una bandeja muy cargada. Lazarus se puso en pie de un salto para ayudarla; ella sonrió y le dejó hacer.

¡Caramba, si era el juego de café de porcelana Haviland que no le habían permitido tocar hasta que se puso el primer pantalón largo! Y el juego de "compañía": la cafetera de plata maciza, el jarrito para la leche, la azucarera y las pinzas, y las cucharillas de recuerdo de la Feria de Columbia. Tapetes de lino, servilletas a juego, finas tajadas de bizcocho de pasas, un platito de plata con pastitas de menta... ¿Cómo lo has hecho, en sólo tres minutos? ¡Desde luego estáis echando la casa por la ventana! No seas tonto, Lazarus; lo hace para halagar el orgullo de su padre, atendiendo a la visita: tú no eres más que un extraño sin rostro.

-¿Están todos los niños acostados? -inquirió el señor Johnson.

-Todos menos Nancy -respondió la señora Smith, sirviéndoles-. Se fue al Isis con su amiguito y debe de estar a punto de llegar.

-La sesión terminó hace más de media hora

-¿Qué hay de malo en entretenerse tomando un batido? La heladería está en una esquina bien iluminada frente a la parada del tranvía.

-Las jovencitas no deben andar por ahí de noche sin carabina.

-Padre, estamos en 1917, no en 1890. Es un buen chico… y no puedo pedirles que se pierdan un episodio del serial; sale Pearl White y es muy emocionante; Nancy me lo cuenta todo. Y creo que hoy ponían una de William S. Hart; a mí también me habría gustado verla.

-En fin, aún tengo la pistola.

-Padre...

Lazarus se aplicó a acordarse del modo de comer tarta con tenedor.

-Trata de educarme -rezongó el abuelo-. Es inútil, no podrá.

-Seguro que al señor Bronson no le interesan nuestros problemas de familia -dijo con mucha calma la señora Smith-, si es que puede hablarse de problemas. Que no lo son. ¿Quiere que le caliente el café, señor Bronson?

-Gracias, señora.

-Es cierto, no le interesan. Pero habrá que decirle a Nancy que vuelva temprano. Maureen, mira con atención a Ted. ¿No has visto antes esa cara?

La madre de Lazarus le miró por encima de la taza, la posó en el plato y dijo:

-Señor Bronson, cuando entró tuve una impresión extrañísima. Fue en la iglesia, ¿no?

Lazarus admitió que así pudo ser. El abuelo arqueó bruscamente las cejas.

-¿Sí? Tendré que decírselo al párroco. Pero aunque os hayáis conocido allí...

-No nos hemos conocido en la iglesia, padre. Con el trabajo que me da la chiquillería apenas tengo tiempo de hablar con el reverendo Draper y su señora. Pero ahora que lo pienso, estoy segura de que el domingo pasado vi allí al señor Bronson. Entre tantas caras conocidas una distingue una cara nueva.

-Hija, no me refería a eso. ¿A quién se parece Ted? No, déjalo: ¿no se parece a tu tío Ned?

Su madre volvió a mirarle

-Sí, le veo un parecido. Pero se parece aún más a ti, padre.

-No, Ted es de Springfield. Todos mis pecados fueron mucho más al norte.

-Padre...

-Hija, no te preocupes, que no voy a sacar el esqueleto del armario Puede que... ¿Me deja decirlo, Ted?

-Desde luego, señor Johnson. Como dijo usted, no hay nada de qué avergonzarse. Yo no me avergüenzo de ello.

-Ted es huérfano, Maureen, inclusero. Si Ned no estuviera calentándose los pies en el infierno, le haría algunas preguntas. El lugar y la fecha encajan y desde luego Ted parece de la familia.

-Creo que estás violentando a nuestro invitado, padre.

-No. Y tú no seas tan engreída, señorita. Eres una mujer adulta, con hijos, no hace falta hablarte con rodeos.

-No me violenta señora Smith. Quienesquiera fuesen mis padres, estoy orgulloso de ellos. Me dieron un cuerpo sano y fuerte y un cerebro que satisface mis necesidades...

-¡Así se habla, joven!

-… y si bien me enorgullecería reconocer en su padre a mi tío, y en usted a mi prima, si fuera así, me parece más probable que a mis padres se los llevara al otro mundo una fiebre tifoidea; las fechas encajan bastante bien.

El señor Johnson frunció el ceño.

-¿Qué edad tiene, Ted?

Lazarus pensó con rapidez y decidió tener la misma que su madre.

-Treinta y cinco.

-¡Vaya igual que yo!

-¿De veras señora Smith? Si no hubiera dado a entender que tiene una hija en edad de ir al cine con un jovencito, le habría calculado unos dieciocho años.

-¡Qué me dice! Si tengo ocho hijos...

-¡Imposible!

-Maureen no representa la edad que tiene -reconoció su padre-; no ha cambiado nada desde que se casó. Es cosa de familia; su madre no tiene ni una cana todavía -(¿Dónde está la abuela? Ah sí, más vale que no hagas preguntas)-. Pero usted tampoco representa los treinta y cinco, Ted. Le habría calculado veintitantos.

-Bien, no sé exactamente la edad que tengo. Pero no puedo tener menos; puede que tenga algunos más -(¡bastantes más, yayo!)-. Pero se le acerca tanto que cuando me lo preguntan pongo el cuatro de julio de mil ochocientos ochenta y dos.

-¡Caramba, el día que nací yo!

-¿De verás, señora Smith? No fue mi intención robarle la fecha de cumpleaños. Me iré unos días más allá: digamos el uno de Julio. Como tampoco estoy seguro...

-¡Oh, no lo haga! Padre, tienes que invitar a cenar al señor Bronson el día de nuestro cumpleaños conjunto.

-¿Crees que a Brian le gustaría?

-¡Claro que sí! Le escribiré para contárselo. En cualquier caso estará de vuelta mucho antes. Ya sabes lo que Brian dice siempre: "¡Cuantos más, mejor!" Le esperaremos, señor Bronson.

-Es usted sumamente amable, señora Smith, pero tengo previsto salir el primero de julio para un largo viaje de negocios.

-Me parece que papá le ha asustado. ¿O acaso es la perspectiva de cenar con ocho niños alborotadores? No importa: le invitará mi marido personalmente, y entonces veremos qué nos dice.

-Entretanto, Maureen, no le atosigues; le tienes aturdido. Dejadme ver una cosa: poneos de pie, uno al lado del otro. Vamos Ted, no le morderá.

-¿Señora Smith?

Ella se encogió de hombros y sonrió, aceptando la mano que él le tendía para levantarse de la mecedora.

-Papá siempre quiere "ver una cosa".

Lazarus se puso al lado de ella, de cara a su abuelo, y trató de no notar su fragancia: un toque de agua de colonia, pero más que nada el aroma ligero, cálido y delicioso de mujer dulce y sana. A Lazarus le atemorizaba pensar en él, y procuró que su semblante no le traicionara. Pero le alcanzó como un golpe en pleno rostro.

-Hum... Pónganse los dos delante de la repisa y mírense al espejo. Ted, el año ochenta y dos no hubo epidemia de tifus por aquella parte. Ni el ochenta y tres.

-¿De veras, señor? Yo no me acuerdo, claro -(Y tampoco debí marcarme ese adorno. Lo siento, abuelo. ¿Querrías creer la verdad? Quizá sí, de todos los hombres que he conocido tú serías el único capaz de creerlo. ¡Pero olvídalo, nene, no te arriesgues!)

-Pues no. Sólo hubo los cuatro tontos de siempre, demasiado perezosos para construirse las letrinas a suficiente distancia del pozo. Y ése no sería el caso de sus padres, seguro que no. No sabría qué decir de su madre, pero estoy convencido de que su padre murió con las riendas en la mano, siempre tratando de dominar la situación. ¿Maureen?

La señora Smith observó su imagen y la de su invitado y dijo pausadamente:

-Padre... El señor Bronson y yo nos parecemos tanto que podríamos ser hermanos.

-No. Primos hermanos. Aunque con Ned en el otro mundo no hay forma de probarlo. Yo creo que...

El señor Johnson se vio interrumpido por un grito procedente de la base de la escalinata principal

Ira Johnson respondió:

-¡Woodie, pillastre, vuelve arriba!

En vez de hacerlo, el niño avanzó; era pequeño, pecoso, tenía el cabello castaño oscuro y llevaba un pijama con la parte del trasero desabrochada y colgante. Miró a Lazarus con ojos suspicaces que parecían cuentas de vidrio. Lazarus sintió un escalofrío recorriéndole el espinazo y trató de no mirar al niño.

-¿Quién es éste?

La señora Smith se apresuró a decir: ~

-Perdone, señor Bronson-y añadió-: Ven acá, Woodrow.

Su padre dijo:

-No te molestes, Maureen. Le llevaré arriba, le zurraré el culito y luego se lo abotonaré.

-¿Tú y cuántos más?-preguntó el muchachito.

-Yo conmigo y un palo de béisbol.

La señora Smith se ocupó con rapidez y tranquilidad de las necesidades del niño, lo sacó a toda prisa de la habitación y lo condujo escaleras arriba. Luego volvió a la sala y se sentó. Su padre dijo:

-Eso sólo era un pretexto Maureen. Woodie sabe abotonarse solito. Y ya es mayorcito para llevar ese pijama de niño. Ponle una camisa de dormir.

-¿No podemos discutirlo en otro momento, padre?

El señor Johnson se encogió de hombros.

-Me he vuelto a pasar de la raya. Ése es el que juega al ajedrez, Ted. Un primera clase. Le pusimos Woodrow por el presidente Wilson; sólo que él no es "demasiado altivo como para luchar". Condenado diablillo...

-Padre...

-Muy bien, muy bien..., pero es verdad. Eso es lo que me gusta de Woodie. Llegará lejos.

-Nos perdonará, señor Bronson -dijo la señora Smith-; a veces mi padre y yo tenemos ideas un poco dispares sobre cómo educar a un chico. Pero no deberíamos importunarle con ello.

-Maureen, no pienso permitir que hagas de Woodie un "pequeño Lord", eso es todo.

-No hay peligro, padre; ha salido a ti. Mi padre estuvo en la guerra del noventa y ocho, señor Bronson, y en la Insurrección...

-Y en la rebelión de los Boxers.

-... y no puede olvidarlo...

-Claro que no puedo. Cuando mi yerno está ausente duermo con mi viejo treinta y ocho del ejército debajo de la almohada.

-Aunque yo tampoco quiero que lo olvide. Estoy orgullosa de mi padre, señor Bronson, y espero que todos mis hijos crezcan con el mismo espíritu. Pero también quiero que aprendan a hablar como es debido.

-Prefiero que Woodie me hable con insolencia a que sea tímido conmigo, Maureen. No tardará en aprender a hablar con educación; de eso ya se encargarán los chicos mayores. Las lecciones de modales con un ojo morado como punto final no se borran de la memoria. Lo sé por experiencia.

La discusión fue interrumpida por el repicar de la campanilla de la entrada.

-Debe de ser Nancy -dijo el señor Johnson, levantándose para ir a abrir. Lazarus oyó a Nancy dando las buenas noches a alguien, se puso en pie para ser presentado y no se llevó ninguna sorpresa porque ya había identificado a su hermana mayor en la iglesia y sabía que era como una edición en joven de Laz y Lor. Ella le habló con cortesía pero salió corriendo escaleras arribas en cuanto la dejaron.

-Siéntese, señor Bronson.

-Gracias, señor Smith, pero usted sólo iba a quedarse hasta que regresara su nieta. Y ya está en casa, de modo que me iré.

-Oh, no hay prisa. Papá y yo somos un par de trasnochadores.

-Muchas gracias. El café y el bizcocho eran estupendos y la compañía maravillosa. Pero ya va siendo hora de que les diga buenas noches. Han sido ustedes muy amables.

-Como quiera. ¿Le veremos en la iglesia el domingo?

-Allí espero estar, señora.

Lazarus volvió a su casa en un completo ofuscamiento, con los sentidos alerta pero el pensamiento en otra parte. Llegó a su apartamento, se encerró en él, repasó de manera automática las ventanas y las persianas, se despojó de la ropa y dio el agua de la bañera. Luego se miró torvamente en el espejo del cuarto de baño.

-Imbécil, gilí -dijo con pausada intensidad-, recondenado hijo de puta, ¿no sabes hacer nada bien hecho?

No, al parecer no, ni siquiera algo tan simple como volver a intimar con su madre. El abuelo no había sido problema; el viejo cabrón no le había dado ninguna sorpresa, aparte ser más bajo y más pequeño de como Lazarus le recordaba. Era tan refunfuñón, desconfiado, cínico, formalmente educado, belicoso -y encantador-, como le recordaba.

Hubo momentos de inquietud cuando se "puso a merced del tribunal". Pero la estratagema había dado mejor resultado del que Lazarus podía esperar razonablemente... gracias a un insospechado parecido familiar. No solamente Lazarus no había visto nunca al hermano mayor del abuelo (muerto antes de nacer Woodie Smith), sino que había olvidado incluso que hubiera existido un tal Edward Johnson.

¿Constaba el "tío Ned" en las listas de las Familias? Se lo tendría que preguntar a Justin. Da igual, no es importante. Mamá había puesto el dedo en la respuesta correcta: Lazarus se parecía a su abuelo. Y a su madre, como el abuelo señaló. Pero eso sólo había conducido a conjeturas relativas al pobre tío Ned y su "vida de frivolidades", de las que a su madre no le importó oír hablar una vez estuvo segura de que su huésped no se sentía violento.

¿Violento? Había pasado de extraño a "primo". Lazarus deseó besar al tío Ned y agradecerle las "frivolidades" que hicieron aceptable la idea de que fueran parientes. El abuelo creyó la teoría -naturalmente; era suya- y su hija parecía dispuesta a considerarla una hipótesis posible. Lazarus, es exactamente la ventaja inicial que necesitas... ¡Si no fueras idiota perdido!

Probó el agua del baño: fría. Cerró el grifo y desenchufó. Una de las cosas que indujeron a Lazarus a alquilar aquella lóbrega cueva fue la promesa de agua caliente todo el día. Pero el encargado apagaba el calentador antes de acostarse y el que buscaba agua caliente después de las nueve era tonto. Muy bien, como tonto llenaba todos los requisitos; a lo mejor el agua fría haría más en favor de su inestable situación que la caliente, pero había deseado un largo y caliente remojón que le calmara los nervios y le ayudara a pensar.

Se había enamorado de su madre.

Enfréntate a ello, Lazarus. Es imposible, y no sabes cómo llevarlo. En más de dos mil años de desgracias y tonterías, éste es el enredo más absurdo en que te has metido.

Sí, claro, los hijos aman a sus madres. Como "Woodie Smith" Lazarus jamás lo había dudado. Siempre (habitualmente) se había despedido de su madre por la noche con un beso, la abrazaba al verla (si no tenía prisa), se acordaba de sus cumpleaños (casi siempre), le daba las gracias por las pastas o la tarta que le dejaba para cuando llegara si salía de noche (excepto cuando se olvidaba de dárselas), y algunas veces le había dicho que la quería.

Ella había sido una buena madre. Nunca le había gritado (a él ni a ninguno de ellos) y, cuando fue preciso, empleó una vara en seguida y listos (sin recurrir al viejo número del "ya

verás cuando llegue tu padre"). Lazarus podía sentir aún aquella vara de melocotonero en las pantorrillas; le había hecho levitar mejor que Thurston el Grande, a una edad muy temprana.

Recordaba también que, a medida que iba creciendo, descubría que estaba orgulloso de cómo era ella: siempre pulcra y bien puesta, e invariablemente simpática con sus compañeros, no como algunas madres de otros chicos.

Sí, claro, los chicos aman a sus madres, y Woodie era el afortunado poseedor de una de las mejores.

Pero esto no era lo que Lazarus sentía hacia Maureen Johnson Smith, adorable joven matrona "de su misma edad". La visita de aquella noche había sido una deliciosa agonía, pues jamás en todas sus vidas se había sentido tan irresistiblemente atraído, tan obsesionado sexualmente, por una mujer, nunca y en ningún lugar. Durante aquella breve visita Lazarus se había visto obligado a poner el máximo cuidado en no dejar que advirtieran su pasión, y particularmente en no mostrarse demasiado galante, ni ser más que impersonalmente cortés, ni exponerse, por la expresión, el tono de voz o cualquier otra cosa, a despertar la desconfianza del abuelo, siempre suspicaz, ni permitir que éste adivinara la tempestad de deseo que se desencadenó en su interior apenas tocó la mano de ella.

Lazarus bajó la mirada y observó la prueba de su pasión, dura y enhiesta, y le dio un manotazo.

-¿Para qué te levantas? Aquí no tienes nada que hacer. Estamos en el país de la Biblia.

¡Lo estaban, en efecto! El abuelo no creía en la Biblia ni vivía según las normas del "país de la Biblia", y sin embargo Lazarus estaba convencido de que, si le diera pie violando tales normas, el abuelo le mataría a tiros con absoluta frialdad, en nombre de su yerno. Posiblemente la primera vez el viejo no tiraría a dar para darle oportunidad de escapar. Pero Lazarus no sentía el menor deseo de jugarse la vida en ello. Actuando en representación de su yerno, el abuelo podía sentirse obligado a afinar la puntería, y Lazarus sabía lo buena que la tenía el viejo.

Sería mejor olvidarlo, sí; no iba a dar al abuelo ni a su padre motivo alguno para que le pegaran un tiro, ni siquiera para que se enfadaran con él... ¡Y olvídalo tú también, capullo! Lazarus se preguntó cuándo estaría su padre en casa, y trató de recordar cómo era: conservaba un recuerdo borroso. Siempre se había sentido más cerca del abuelo Johnson que de su padre; no sólo porque su padre había estado fuera muy a menudo, de negocios, sino también porque el abuelo Johnson pasaba el día en casa y siempre estaba dispuesto a pasar el rato con Woodie.

¿Sus otros abuelos? Estaban por Ohio o por Cincinnati? Era lo mismo: el recuerdo que tenía de ellos era tan vago que no merecía la pena intentar verles.

Había terminado todo lo que se proponía hacer en Kansas City y si bien tenía la sensación de que Dios le ponía delante de una puerta abierta, ahora era el momento de partir. Faltaría a la iglesia el domingo, no se acercaría por la sala de billares, bajaría el lunes a vender lo que le quedaba, ¡y adiós! Montaría en el Ford... No, lo vendería y tomaría un tren para San Francisco; allí se iría en el primer barco que partiera con rumbo sur. Enviaría unas notas amables al abuelo y a Maureen, desde Denver o San Francisco, diciendo que lo sentía mucho pero aquel viaje de negocios, etcétera, pero ¡tenía que salir de la ciudad!

Porque Lazarus sabía que el interés había sido mutuo, creía que había evitado que el abuelo adivinara su tempestad de sentimientos... pero Maureen la había notado... y no se había ofendido. No, le había halagado y complacido. Habían sintonizado al instante y sin mediar palabra, mirada o roce significativo alguno, su radiofaro le había respondido en silencio; luego, cuando surgió la oportunidad, le había respondido abiertamente, primero con una invitación a cenar a la que el abuelo puso reparos y que ella reformuló de forma que fuera aceptable para los usos del lugar; más tarde, en una segunda ocasión, cuando ya se iba, con la indicación, también plenamente aceptable, de que esperaba verle en la iglesia.

Y bien ¿por qué una joven matrona, aunque fuese en 1917, no había de sentirse complacida, y halagada, al saber que un hombre deseaba ardientemente llevársela a la cama y tratarla con amable rudeza? Si llevaba las uñas limpias... y si no le olía el aliento... y si sus modales eran educados y respetuosos... ¿por qué no? Una mujer con ocho hijos no es una virgen azorada; está acostumbrada a tener un hombre en la cama, en los brazos, dentro del cuerpo, y Lazarus hubiera apostado su último centavo a que Maureen habría gozado.

Lazarus no tenía, ni había tenido antes, motivo alguno para sospechar que Maureen Smith hubiera sido sino "fiel", según los más exigentes criterios del "país de la Biblia". Ni siquiera tenía motivos para pensar que ella estuviera coqueteando con él. Su actitud no lo indicaba; dudaba que lo contrario fuera posible. Antes bien, tenía la profunda certeza de que ella se sentía tan poderosamente atraída como él, de que sabía exactamente hasta dónde podía llevarla aquello... y él sospechaba que sólo una vigilancia estrecha les habría podido detener.

(Pero un padre y ocho hijos en casa, más las costumbres de la época relativas a lo que se puede y lo que no se puede hacer, eran de por sí mucha vigilancia. Ni el cinturón de castidad de Ita sería tan eficaz.)

A ver, pongamos las cosas sobre la mesa. ¿"Pecado"? "Pecado", como "amor", era una palabra difícil de explicar. Venía en dos sabores amargos pero enormemente distintos. El primero consistía en violar los tabúes de la tribu. La pasión que sentía era ciertamente pecaminosa para los tabúes de la tribu en que había nacido: incestuosa en primer grado.

Pero en modo alguno podía ser incesto para Maureen.

¿Para él? Él sabía que "incesto" era un concepto religioso, no un concepto científico, y los últimos veinte años casi habían borrado de su mente los últimos rastros de sus tabúes tribales. Lo que quedaba no era más que el olor a ajo de una buena ensalada; hacía a Maureen más tentadoramente prohibida (¡si tal fuera posible!); no le asustaba. Maureen no parecía su madre, porque no se ajustaba al recuerdo que de ella tenía de joven ni de anciana.

El otro significado de "pecado" era más fácil de definir porque no estaba enturbiado por los lóbregos conceptos de religión y tabú: pecado es el comportamiento que olvida el bien de los demás.

¿Qué pasaría si se quedaba y se las componía (siempre que se presentara una oportunidad segura) para acostarse con Maureen con la plena complicidad de ella? ¿Se arrepentiría más tarde? ¿Sería adulterio? Aquí el adulterio no era cosa de risa.

Pero era una Howard, una de las primeras, de cuando un matrimonio entre Howards era un contrato por dinero, con pago por parte de la Fundación por cada hijo nacido de tal unión..., y Maureen había respetado el contrato: ya había cobrado ocho niños y seguiría produciendo por

lo menos... por lo menos otros quince años. Quizá para ella "adulterio" significaba "violación de contrato", más que "pecado"; no sabía.

Pero ésta es la cuestión, chico: la verdadera cuestión es la única que te ha frenado cuando la tentación ha coincidido con la ocasión y esta vez no podía consultar con Ishtar ni con genetólogo alguno. La probabilidad de un mal desenlace era muy leve, habiendo tantos obstáculos en el camino de cualquier desenlace. Pero era exactamente el riesgo que siempre rehusó correr: la posibilidad de cargar a un niño con una malformación congénita.

¡Eh, espera un momento! No podía darse un tal desenlace porque no se había dado. Conocía a todos sus hermanos, vivos ya o todavía por nacer, y no había habido ningún deficiente en el grupo. Ni uno.

Por lo tanto, no había ningún peligro.

Pero... Ello se basaba en la suposición de que su teoría de la "no paradoja" era una ley natural. Pero sabes desde hace tiempo que esta teoría contiene a su vez una paradoja, sobre la que no has dicho palabra para no alarmar a Laz y Lor y al resto de tu familia "de ahora" (de aquel ahora, no de éste); a saber, la idea de que el libre albedrío y la predestinación son dos aspectos de la misma verdad matemática, y de que la diferencia es meramente lingüística, no semántica: la noción de que su propio libre albedrío no podía cambiar los acontecimientos aquí-y-ahora porque sus acciones libres de aquí-y-ahora ya formaban parte de lo que había sucedido en cualquier "aquí y ahora" posterior.

Lo cual a su vez dependía de una noción solipsista que había mantenido desde ni recordaba cuándo... Total un lío; Lazarus, tú no sabes las dificultades que podrías crear

¡No lo hagas, pues! ¡Márchate ahora mismo de la ciudad y no vuelvas a Kansas City por nada del mundo! Porque si vuelves, seguro que intentas quitarle las bragas a Maureen... y ella seguro que te ayuda, toda suspiros. A partir de ahí, lo que ocurra sólo Alá lo sabe... pero podría resultar trágico para ella y trágico para otros y en cuanto a ti, semental idiota, con muchos huevos y poco seso, podrían acribillarte el culo a tiros, tal como vaticinaron las gemelas.

En cuyo caso, dado que no volverás a ver a tu familia, no tiene ningún sentido esperar en Sudamérica a que la guerra termine. Ya has visto bastante de esta era de condenación; pide a las chicas que te recojan ahora.

¿De veras tenía el talle así de esbelto? ¿O lo llevaba ceñido?

Diantre, y qué importaba cómo estaba hecha. Igual que con Tamara, eso era lo de menos.

Queridas Laz y Lor:

Amorcitos, he cambiado de planes. He visto a mi primera familia, y ya no quiero ver nada más de esta época: no hay nada por lo que valga la pena entregar casi dos años de sudores en un rincón perdido mientras esta guerra se arrastra lentamente hacia su sangriento e inútil final. Así es que quiero que me recojáis ahora mismo, en el cráter de meteorito. Olvidaos de lo de Egipto; ahora no puedo llegarme hasta allí.

Al decir que quiero que me recojais ahora, quiero decir el 3 de marzo de 1917, Greg., repito, el tercer día de marzo del año mil novecientos diecisiete del cómputo gregoriano, en aquel cráter de impacto de meteorito que hay en Arizona.

Tengo mucho que contaros; ya lo haré cuando os vea. Entre tanto,

Con mi amor imperecedero,

LAZARUS

¿Era su voz, o su fragancia? ¿O era otra cosa?

4.- Hogar

27 de marzo de 1917 Greg.

Querida familia:

Repetición del mensaje básico: llegué aquí tres años antes de lo debido, el 2 de agosto de 1916, pero pese a ello deseo ser recogido exactamente diez años después de la llegada, el 2 de agosto de 1926, repito: seis. Los puntos de encuentro y las alternativas a la cita básica, igual que antes. Por favor, a Dora metedle en la cabeza que esto es consecuencia de los datos erróneos que le di, y que la culpa no es suya.

Lo estoy pasando maravillosamente. Dejé mis negocios en orden y me puse en contacto con mi primera familia buscando a mi abuelo (Ira Johnson, Ira) y primero trabé amistad con él... y con ayuda de una horrenda mentira y un felicísimo parecido familiar, el abuelo está convencido de que soy un hijo no registrado de su (difunto) hermano. Yo no insinué tal cosa, ha sido idea suya. En consecuencia, la cosa es firme, y ahora soy un "primo largamente ausente" en mi primer hogar. No vivo allí, pero soy bien recibido, lo cual es estupendo.

Ahora os hablaré a grandes rasgos de la familia ya que todos vosotros descendéis de tres de ellos: el abuelo, mamá y Woodie.

Al abuelo ya lo he descrito en ese montón de paparruchas que Justin ha recortado para que quede digerible. Ningún cambio" Justin, salvo que en lugar de medir dos metros y estar tallado en granito el yayo es casi exactamente de mi misma talla. Paso con él todos los minutos que él me deja pasar, lo que habitualmente significa jugar al ajedrez con él varias veces por semana.

Mamá: tomad a Laz y Lor, añadidles cinco kilos en los mejores sitios, luego añadid quince años T y una buena dosis de decoro.

(¡Basta ya de pucheros, maldita sea!) Añadid una cabellera que le llega a la cintura pero que siempre lleva recogida en un moño. En realidad de mamá sólo conozco la cabeza y las manos a causa de la curiosa costumbre de andar a todas horas cubiertos de ropa que tienen por

aquí. Y cuando digo "cubiertos" quiero decir de pies a cabeza. Sé que mamá tiene los tobillos finos porque en una ocasión le atisbé uno. Pero jamás me atrevería a mirárselos; el abuelo me echaría de casa.

Papá: ahora está fuera. Había olvidado cómo es; había olvidado las caras de todos menos la del abuelo (¡que utiliza la misma cara que yo!) Pero he visto fotografías de papá y se parece un poco al presidente Teddy Roosevelt; "Theodore", Atenea, no "Franklin", por si tienes un foto suya en tus entretelas.

Nancy: Laz y Lor tres años antes de que yo me fuera. Con menos pecas y mucha compostura, excepto cuando la pierde. Se fija muchísimo en los varones (jóvenes), y creo que el abuelo está incitando a mamá a que le hable cuanto antes del tinglado Howard, para asegurarse de que se case con alguien de las Familias.

Carol: también como Laz y Lor, pero con dos años menos que Nancy. Se interesa tanto como ésta por los chicos, pero está frustrada; mamá la ata muy corto. Ella no deja de lloriquear, pero mamá no le hace caso.

Brian *junior*: cabello oscuro se parece más a papá. Joven capitalista en ciernes. Reparte diarios y lo combina con el trabajo de farolero, enciende farolas de gas. Tiene un contrato para repartir volantes de publicidad de la sala de cine local que cede a su hermano menor y otros cuatro chicos y luego les paga en entradas para el cinematógrafo, se guarda unas cuantas para su propio uso y vende el resto en clase, a precio rebajado (cuatro centavos en vez de cinco). Tiene un puesto de gaseosas (una bebida dulce y burbujeante) en la esquina, pero piensa cedérselo a su hermano el verano que viene; él tiene otro asunto en proyecto. (Por lo que recuerdo, Brian se hizo rico siendo muy joven.)

Dejadme que os explique algo de nuestra familia. Para lo que es normal aquí y ahora, son una familia próspera, pero no hacen ostentación de ello, aparte vivir en una casa grande en un buen barrio. No sólo es papá un afortunado hombre de negocios, sino que en esta época la dote que los Howard pagan por cada niño es muy sustanciosa desde el punto de vista de la capacidad adquisitiva, y mamá ya ha tenido ocho. Para todos vosotros, ser un "Howard" supone una herencia genética y una tradición, pero aquí-y-ahora significa dinero en efectivo por cada niño; un plan de cría de ganado, y nosotros somos el ganado.

Creo que papá debe de invertir el dinero que mamá gana haciendo niños, desde luego, no se lo gastan, y esto encaja con los vagos recuerdos que conservo. No sé lo que hicieron con mis hermanos, pero a mí me dieron dinero para empezar cuando me casé por primera vez, un dinero que yo no esperaba recibir y que no tenía nada que ver con la dote Howard que mi primera esposa se ganó por ser fértil y estar dispuesta a tener hijos. Como me casé en una época de estancamiento económico, aquello cambió mucho las cosas. Volviendo a los chicos: los chicos no solamente trabajan, sino que han de trabajar, o no les dan más que ropa y comida. A las chicas les dan algún dinerito, pero se les pide que hagan trabajos domésticos y ayuden a cuidar de los pequeños. Ello es así porque en esta sociedad a una chica le es muy difícil ganar dinero, pero el chico que quiere irse de casa y probar fortuna dispone de infinitas oportunidades. (Esto ha de cambiar antes de que acabe el siglo, pero en 1917 es verdad.) Todos los chicos Smith trabajan en casa (mamá emplea a una lavandera una vez a la semana, eso es todo), pero el chico (o la chica) que encuentra trabajo pagado fuera de casa queda relevado del trabajo doméstico hasta donde convenga. Tampoco tiene que "recuperar" el tiempo que pasa fuera, se queda con lo que gana y lo gasta o lo guarda; papá fomenta esto último a base de doblarle los ahorros.

Si pensáis que papá y mamá están convirtiendo a propósito a su prole en una pandilla de avarientos, acertáis.

George: diez años T; socio minoritario, sombra y secuaz de Brian *junior*. Esto acabará dentro de unos años cuando George le parta la cara a Brian.

Marie: tiene ocho años y es un muchachote pecoso. Mamá está encontrando muchas dificultades para hacer de ella una "dama". Pero la suave testarudez de mamá -y la biología- vencerán. Marie crecio y se convirtió en la beldad de la familia, siempre rodeada le admiradores; y yo los odiaba, pues hubo un tiempo en que yo fui su favorito. De todos mis hermanos, Marie fue la única con la que intimé. En una familia grande uno puede sentirse solo, y yo lo estaba, salvo por el abuelo, siempre, y Marie durante un tiempo).

Woodrow Wilson Smith: aún le faltan unos meses para cumplir los cinco anos y ya es el renacuajo más agresivo que jamás se ha criado. Estoy consternado, pero no tengo más remedio que reconocer que este mocoso repugnante es la mala hierba que con el tiempo se transformará en la más hermosa flor de la humanidad, o sea un servidor, el Tato. Por ahora ha escupido en mi sombrero cuando aparentemente estaba fuera de su alcance, en el perchero del vestíbulo; se ha referido a mí con muy variadas expresiones de desprecio, de las cuales la más suave fue: "¿Otra vez aquí el lechuguino éste?"; me ha dado un puntapié en el estómago al tratar de cogerle en brazos (un error por mi parte; no quería tocarlo, pero pensé que así me libraría de una aprensión irracional), y me ha acusado de hacer trampas al ajedrez cuando en realidad las hacía él: desvió mi atención hacia algo que se veía por la ventana, me apartó la reina un cuadro, yo le pillé y le acuse, y así, *ad nauseam*.

Pero sigo jugando con él al ajedrez porque: (a) estoy decidido a llevarme bien con mi primera familia el poco tiempo que pase aquí, y (b) Woodie quiere jugar al ajedrez en cuanto se le presenta la ocasión, y el abuelo y yo somos los dos únicos jugadores de por aquí capaces de soportar sus tretas ponzoñosas. (El abuelo lo zurra todo lo que es preciso, yo no gozo de tal privilegio. Pero si no me asustara averiguar qué pasaría, igual lo estrangulaba. ¿Qué pasaría? ¿Desaparecería la mitad de la historia humana y el resto quedaría irreconocible? No, "paradoja" es una palabra vacía; el hecho de que yo esté aquí demuestra que conservaré la serenidad el tiempo suficiente para perder de vista a la fierecilla).

Richard: tres años, y tan cariñoso como difícil es Woodie. Le gusta sentarse en mis rodillas y que le cuente cuentos. Su preferido es uno que habla de dos mellizas pelirrojas llamadas Laz y Lor, que pilotan una "aeronave" por el cielo. Siento por Dickie una tierna tristeza, porque morirá (murió) asaltando un lugar llamado Iwo Jima.

Ethel: una sonrisa celestial en una punta y unos pañales mojados en la otra. No tiene mucha conversación.

Ésta es mi (nuestra) familia de 1917. Espero estar en Kansas City hasta que papá regrese -pronto, ya- y luego irme: algunas de estas cosas me hacen sufrir, por muy agradable que sea casi todo. A lo mejor vengo a verles cuando la guerra haya terminado, pero probablemente no lo haré: no quiero forzar las cosas.

Para aclarar lo antedicho debería explicar algunas de las costumbres locales. Hasta el regreso de papá, mi situación es la de un amigo del abuelo que juega al ajedrez con él; no puede ser nada más, aunque él, y quizá mamá, crean que soy hijo del tío Ned. ¿Por qué? Porque soy un "joven" soltero, y según las normas locales una mujer casada no puede tener por amigo a un joven soltero, en particular cuando su marido está fuera de la ciudad. El tabú es tan

rígido que ni siquiera me atrevo a dar la sensación de violarlo... por el bien de mamá. Ni ella me animaría a hacerlo. Ni el abuelo lo permitiría.

De modo que soy bien recibido en mi propio hogar únicamente si voy allí para ver al yayo. Si llamo por teléfono, tengo que preguntar por él. Y así.

Eso sí, los días que llueve me está permitido ofrecerme a llevar a casa en coche a los miembros de la familia Smith que encuentro en la iglesia. Se me permite hacer cualquier cosa por los niños con tal que no los "malcríe"; mamá lo define como gastar más de cinco centavos por cada uno. El pasado sábado me permitieron llevarme de excursión a seis de ellos en mi vehículo automóvil. A Brian se lo estoy enseñando a conducir. Mamá y el abuelo hallan comprensible mi interés por los niños a causa de mi "solitaria" y "mísera" niñez de "huérfano".

La única cosa que no debo hacer nunca es estar a solas con mamá. No entro en mi propio hogar a menos que me acompañe públicamente el abuelo, los vecinos se darían cuenta. En esto soy muy escrupuloso; no me expondré a causarle problemas a mamá con un tabú tribal.

Escribo esta carta en mi apartamento, en una máquina impresora increíble, y debo ir al centro para fotorreducirla dos veces, grabarla en metal, laminarla y sellarla para el Correo Retardado, y dejarla en un "buzón", en lo cual se me va un día entero, puesto que debo utilizar un laboratorio alquilado y destruir las fases intermedias según las voy cubriendo; no me atrevo a dejarlas en el apartamento sabiendo que el encargado tiene llave. Cuando vuelva de Sudamérica me montaré un laboratorio portátil para llevarlo en el automóvil. La década que viene las carreteras asfaltadas serán cosa más corriente y espero viajar de ese modo. Pero quiero seguir mandando estas cartas a través de todos los canales de Correo Retardado que pueda, en la esperanza de que al menos una perdure a través de los siglos y llegue a vosotros. Como dijo Justin, el verdadero problema está en conseguir que alguna sobreviva a los tres próximos siglos. Sigo intentándolo.

Para todos vosotros, todo mi amor.

LAZARUS

5

3 DE MARZO DE 1917: CONJURA DEL KAISER CON MÉXICO Y JAPÓN PARA ATACAR A LOS EE.UU. - EL TELEGRAMA DE ZIMMERMANN, AUTÉNTICO.

2 DE ABRIL DE 1917: EL PRESIDENTE SE DIRIGE AL CONGRESO -PIDE LA GUERRA

6 DE ABRIL DE 1917: AMÉRICA ENTRA EN LA GUERRA. - "EXISTE ESTADO DE BELIGERANCIA", DECLARA EL CONGRESO

Lazarus Long se vio tan cogido por sorpresa por la fecha del estallido de la guerra con Alemania como poco sorprendido por el hecho en sí. Le cogió tan desprevenido que sólo al cabo de un tiempo analizó por qué la "mirada retrospectiva" en la que se había apoyado se demostró aún más miope que la mirada hacia el futuro.

La reanudación de la guerra submarina abierta a principios de 1917 no le había sorprendido; encajaba en lo que recordaba de sus primeras lecciones de historia. El telegrama de Zimmermann no le inquietó, aunque no lo recordaba, pues correspondía a un guión que sí recordaba -también por la historia, no como recuerdo personal de un niño muy pequeño-, un período de tres años, de 1914 a 1917, en el que los Estados Unidos habían pasado lentamente de la neutralidad a la guerra. Cuando la guerra se inició, Woodie Smith aún no había cumplido los dos años, y aún no tenía cinco cuando su país entró en ella; Lazarus no guardaba recuerdos de primera mano de los asuntos exteriores de un tiempo en el que Woodie era demasiado joven como para captar tan remotas improbabilidades.

El calendario que Lazarus se había establecido apenas descubrió que había llegado con tres años de adelanto había funcionado tan bien que no advirtió que su "reloj" andaba mal hasta que el acontecimiento le dio en pleno rostro. Cuando pudo tomarse un tiempo

para analizar su error, vio que había cometido el pecado más grave contra la supervivencia: había caído en la ensoñación. Había querido creer en su calendario.

No había querido abandonar tan pronto a su primera familia, a la que acababa de reencontrar. A nadie, pero en especial a Maureen.

Maureen... Una vez decidió quedarse hasta el primero de julio, como planeara al principio, tras una larga noche de lucha con su alma atormentada -una noche de indecisión e inquietud, de cartas escritas y destruidas-, descubrió que era capaz de quedarse y tratar a la señora de Brian Smith con amabilidad cordial pero correcta y de evitar ante ella el menor signo de un interés más personal de lo que permitían las buenas costumbres. Logró adoptar actitudes de célibe: se sentía feliz de estar cerca de ella cuando era posible hacerlo sin despertar el recelo de la gente de bien -o de su abuelo, más gazmoño aún.

Verdaderamente, Lazarus había sido feliz. Al igual que con Tamara, o con las mellizas, o con cualquiera de sus amadas, para amar no hacía falta copular. Cuando era conveniente, sabía apagar sus ardores y olvidarse de la cuestión. Ni por un instante dejó de tener conciencia de la tremenda atracción física que sentía hacia aquella mujer que había sido su madre a más de dos mil años de distancia en el tiempo (en alguna extraña dirección), pero el asunto quedó archivado; no alteraba su compostura ni disminuía su felicidad cuando le era permitido estar cerca de ella. Creía que Maureen sabía lo que él hacía (o se abstenía de hacer) y por qué, y que ella valoraba su comedimiento.

Durante todo el mes de marzo buscó formas socialmente aceptadas de verla. Brian junior quería aprender a conducir, el abuelo sentenció que ya tenía edad suficiente, y así Lazarus le enseñaba: le recogía en su casa y lo devolvía allí, y a menudo recibía la recompensa de ver fugazmente a Maureen. Lazarus halló incluso otro medio (distinto del ajedrez) de llegar a Woodie. Se llevó al niño al Teatro del Hipódromo para ver al mago Thurston el Grande, y prometió llevarle (en verano, cuando estuviera abierto) al Electric Park, un parque de atracciones que correspondía a la idea que Woodie tenía del paraíso celestial. Aquello consolidó una tregua entre los dos.

Lazarus dejó al niño en su casa de vuelta del teatro, profundamente dormido y no más tiznado de lo habitual, y tuvo su recompensa en compartir el café con el abuelo y Maureen.

Lazarus se ofreció voluntario para colaborar con el grupo de boy scouts que auspiciaba la parroquia; George era "lobato", y Brian se preparaba para "águila". Lazarus descubrió que ser

Librodot

jefe auxiliar de exploradores era agradable de por sí, y el abuelo le invitaba cuando devolvía a los chicos a casa en su coche.

Lazarus prestaba poca atención a los asuntos internacionales. Seguía comprando el "Kansas City Post", porque el chico de los diarios de la calle Treinta y Uno, esquina Troost, le consideraba cliente habitual (un tipo estupendo que pagaba cinco centavos por un diario que costaba uno y que le dejaba quedarse con la vuelta). Pero Lazarus raramente lo leía; ni siquiera leía la página de economía una vez hubo liquidado sus negocios.

La semana que empezaba el domingo primero de abril, Lazarus no planeaba ver a su familia por dos razones: el abuelo estaba fuera, y su padre estaba en casa. Lazarus no tenía pensado ver a su padre hasta que pudiera arreglarlo de forma cómoda y natural por mediación del abuelo. En vez de ello, se quedó en casa, cocinó, se puso al día con las tareas domésticas, trabajó de mecánico con su landaulet, lo limpió y le sacó brillo, y escribió una extensa carta a su familia de Tertius.

Se la llevó el jueves por la mañana, con el propósito de prepararla para el correo aplazado. Compró el periódico como de costumbre en la Treinta y uno, esquina Troost; una vez instalado en un asiento del tranvía, echó una ojeada a la primera plana... y olvidó su costumbre de disfrutar del trayecto para leerla con suma atención. En vez de ir a la Compañía de Suministros Fotográficos de Kansas City se dirigió a la sala de lectura de la Biblioteca Publica Principal y allí pasó dos horas poniéndose al día con el mundo: los diarios locales, el "New York Times" del martes, en el que leyó el mensaje del presidente al Congreso -"¡Con la ayuda de Dios, America no pudo hacer otra cosa!"- y el "Tribune" de Chicago del día anterior. Advirtió que el "Tribune", que era el más feroz enemigo de Inglaterra dejando a un lado la prensa en alemán, ahora compensaba sus apuestas.

Fue al lavabo de caballeros, rompió en pequeños pedazos la carta que tenía preparada, la arrojó a la taza de un inodoro y tiro de la cadena.

Se dirigió al Missouri Savings Bank, retiró los fondos que tenía en su cuenta y acto seguido fue a la oficina del ferrocarril de Santa Fe y tomó un billete para Los Angeles con derecho a una escala de treinta días en Flagstaff, Arizona, se detuvo en una papelería, luego siguió hacia el Commonwealth Bank, hizo abrir su caja de seguridad y extrajo de ella una cajita repleta de oro. Pidió permiso para hacer uso del lavabo del banco; su condición de cliente con caja de seguridad le procuró el favor.

Con las monedas de oro distribuidas por trece bolsillos de su chaleco, su chaqueta y sus pantalones, Lazarus ya no tenía nada de elegante; tendía a abultar por diversos puntos pero si caminaba con cuidado no tintineaba. Así que caminó con sumo cuidado, tuvo la moneda a punto al subir a un tranvía y permaneció en la plataforma trasera en vez de sentarse. No se sintió aliviado hasta que se vio en el interior de su apartamento, con el cerrojo echado.

Hizo una pausa para preparar y comerse un bocadillo y siguió con su trabajo de costura, cosiendo las monedas amarillas en el interior de los bolsillos para una moneda del chaleco de ante que había confeccionado con anterioridad; luego lo recubrió con el chaleco que había servido de patrón. Lazarus se obligó a trabajar despacio, recomponiendo las costuras con tanta pulcritud que nadie que no lo llevara puesto descubriría la naturaleza de la prenda.

Cerca de la medianoche comió otro bocadillo y volvió a la tarea. Cuando quedó satisfecho de su caída y su aspecto, apartó el chaleco del dinero, puso una manta doblada sobre

la mesa en la que había trabajado y colocó encima de ellas una pesada y voluminosa máquina de escribir Oliver. Atacó con dos dedos al ruidoso monstruo:

Kansas City, 5 de abril de 1917 Greg.

Queridísimas Laz y Lor:

Urgente. Necesito que me recojáis. Espero estar en el cráter de impacto para el lunes 9 de abril de 1917, repito nueve de abril de mil novecientos diecisiete. Puedo retrasarme un día o dos. Esperaré allí diez días, si puedo. Si no me recogéis, trataré de acudir a la cita de 1926 (mil novecientos veintiséis).

¡Gracias!

LAZARUS

Mecanografió dos originales del texto y a continuación escribió direcciones en dos series de sobres que encajaban unos dentro de otros, dirigiendo los sobres mayores a su contacto local, uno, y a unas señas de Chicago, el otro. Acto seguido redactó un contrato de compraventa:

"A cambio de un dólar en mano y otros bienes y valores vendo y traspaso todos mis intereses, derechos y titularidad sobre un automóvil Ford modelo T, tipo "landaulet", motor número 1290408, a Ira Johnson, y garantizo a él y a sus sucesores que dicho bien mueble está saneado y libre de gravámenes y que soy su único propietario y estoy en el pleno derecho de ceder su titularidad.

"Theodore Bronson

"6 de abril de 1917, A. D."

Metió el documento en un sobre corriente, lo puso con los otros, bebió un vaso de leche y se fue a la cama.

Durmió siete horas sin que le molestaran los gritos de "¡Extra, extra!" que se oían por el bulevar; había esperado oírlos, y su subconsciente los anuló y le dejó descansar; preveía que iba a estar muy atareado los próximos días.

Cuando su reloj interior le llamó, se levantó, se duchó y afeitó con rapidez, preparó y devoró un copioso desayuno, limpió la cocina, sacó de la nevera de hielo todos los artículos perecederos y los vació en el cubo de desperdicios que había en el patio trasero y dio vuelta a la cartulina para que se leyera "Hoy no quiero hielo", dejó quince centavos sobre la nevera y vació la bandeja de desagüe.

Junto al hielo había un cuartillo de leche fresca. No lo había encargado, pero tampoco había ordenado que no se lo trajeran. Dejó seis centavos en el interior de una botella vacía, con una nota en la que le decía al lechero que no le sirviera más leche hasta la próxima vez que dejase el dinero fuera.

Llenó un maletín con artículos de aseo, calcetines, ropa interior, camisas y cuellos duros (para Lazarus, aquellos cuellos rígidamente almidonados simbolizaban todos los estrechos tabúes de aquella, por otro lado agradable, época), y rápidamente recorrió el apartamento

Librodot

buscando todo lo que fuera suyo. El alquiler estaba pagado hasta finales de abril, con suerte esperaba estar en el "Dora" mucho antes. Sin ella, estaría en Sudamérica. Con peor fortuna, estaría en alguna parte -en cualquier parte- y bajo otro nombre; quería que "Ted Bronson" desapareciera sin dejar rastro.

Al poco rato tenía en la puerta un maletín, un abrigo, un traje de invierno, un juego de ajedrez de marfil y ébano y una máquina de escribir. Terminó de vestirse, poniendo cuidado en colocar tres sobres y el billete en un bolsillo interior de su terno. El chaleco del dinero era demasiado cálido pero no incómodo; el peso distribuido no era excesivo.

Lo apiló todo en el compartimento posterior del landaulet, lo condujo hasta la estafeta de correos del sector sur, certificó dos cartas y de allí se dirigió a la casa de empeños que había junto al salón de billar La Hora del Ocio. Sonrió con ironía al ver El Jardín Suizo con las persianas echadas y un cartel de "Cerrado".

El señor Dattelbaum estaba dispuesto a aceptar la máquina de escribir a cambio de una pistola pero quería cinco dólares más para cubrir el valor del pequeño colt que Lazarus escogió. Lazarus dejó que el dueño de la tienda llevara las dos partes del regateo.

Lazarus vendió la máquina de escribir y el traje, dejó el abrigo y recogió una papeleta de empeño, con la pistola y una caja de munición. De hecho el abrigo se lo estaba dando al señor Dattelbaum puesto que no tenía intención de rescatarlo, pero obtuvo lo que quería más tres dólares en efectivo, se desprendió de bienes que ya no necesitaba y dio a su amigo el placer de un último regateo.

La pistola cabía en el bolsillo izquierdo del chaleco, que Lazarus había transformado para convertirlo en cartuchera provisional. A menos que le cachearan -algo sumamente improbable tratándose de un ciudadano tan evidentemente respetable- pasaría desapercibida. Era mejor un "kilt", tanto para ocultarla cómo para sacarla con rapidez, pero aquello era lo mejor que podía conseguir con la ropa que debía llevar, y a aquella pistola le había limado la mira del cañón algún antiguo propietario de mentalidad práctica.

Ahora ya había terminado con Kansas City; sólo le restaba decir adiós a su primera familia y subir al primer Santa Fe que saliera para el oeste. Le incomodaba que el abuelo se hubiera ido a San Luis, pero la cosa ya no tenía remedio y esta vez se metería en la casa por las buenas, con la excusa de una historia convincente: el juego de ajedrez como regalo para Woodie era razón suficiente para presentarse en persona, y el contrato de compraventa le daba una excusa para hablar con su padre. No, señor, no es un regalo exactamente... pero lo podrían utilizar hasta que la guerra termine... y si no vuelvo... en fin, eso simplificaría las cosas ¿comprende usted? Su suegro es mi mejor amigo y en cierto modo mi pariente más cercano, ya que no tengo a nadie.

Sí, daría resultado, y le daría oportunidad de despedirse de toda la familia, incluyendo a Maureen (¡En especial a Maureen!). Sin mentir, que es la mejor forma de mentir.

Tan sólo una cosa: si su padre quería alistarle en su mismo cuerpo, había que servirse de una mentira: Lazarus estaba firmemente decidido a entrar en la Marina. No quisiera ofenderle, señor: ya sé que acaba de regresar de Plattsburg, pero la Marina también necesita hombres.

Pero no le diría esa mentira a menos que se viese obligado a ello.

Dejó el coche detrás de la tienda de empeños, cruzó la calle y entró en un drugstore para telefonear:

-¿Es ahí la casa del señor Smith?

-Sí, aquí es.

-Señora Smith, sov el señor Bronson. ¿Puedo hablar con el señor Smith?

-No soy mamá, señor Bronson; soy Nancy. Es terrible, ¿no cree?

-Sí lo es, señorita Nancy.

-¿Quiere hablar con papá? Es que no está; se ha ido a Fort Leavenworth a presentarse... ¡y no sabemos cuándo le volveremos a ver!

-Ea, ea no llore por favor. ¡Por favor!

-No lloro sólo estoy un poquitín inquieta. ¿Quiere hablar con mamá? Está en casa... pero está acostada.

Lazarus pensó con rapidez. Claro que quería hablar con Maureen. Pero... diantre, aquello era una complicación.

-No la moleste, por favor. ¿Sabría decirme cuándo estará de vuelta su abuelo? -(¿Podría permitirse esperarle? ¡Maldición!)

-¿Qué? Si el abuelo llegó ayer...

-Ah. ¿Puedo hablar con él, señorita Nancy?

-Es que tampoco está. Se fue al centro hace unas horas. Es posible que esté en su club de ajedrez. ¿Quiere dejarle algún recado?

-No. Dígale tan sólo que le he llamado... y que le volveré a llamar. Y, señorita Nancy... no se preocupe.

-¿Y cómo no voy a preocuparme?

-Soy adivino. No se lo diga a nadie, pero es verdad; una gitana descubrió que la tenía y me lo demostró. Su padre va a volver a casa y saldrá ileso de esta guerra. Lo sé.

-Hum... No sé si creerle o no, pero hace que me sienta mejor.

-Es la verdad.-Se despidió amablemente y colgó.

En el club de ajedrez... ¿Seguro que el abuelo no andaría ganduleando por los billares? Pero, ya que estaban al otro lado de la calle, podía ir a mirar... antes de dirigirse hacia Benton y aguardar a la vista de la casa a que regresara.

El abuelo estaba allí, ante el tablero, pero sin fingirse siquiera enfrascado en un problema de ajedrez; tan sólo miraba ceñudamente al infinito.

-Buenas tardes señor Johnson.

El abuelo alzó los ojos.

-¿Qué tienen de buenas? Siéntese, Ted.

-Gracias, señor -Lazarus ocupó la otra silla-. No mucho, supongo.

-¿Qué? -El anciano le miró como si acabara de advertir su presencia-. Ted ¿diría usted que estoy en buenas condiciones físicas?

-Sí, desde luego.

-¿Y que soy capaz de llevar un fusil al hombro y caminar veinte millas al día?

-Yo diría que sí. -(Seguro que sí, yayo.)

-Es lo que le dije al resabidillo ese de la oficina de reclutamiento. ¡Decía que soy demasiado viejo! -Ira Johnson parecía a punto de echarse a llorar-. ¿Desde cuándo se es demasiado viejo con cuarenta y cinco años? le dije, y me dijo que circulara, que había mucha cola. Le dije que intentara hacerme circular y le zurraría la badana a él y dos más. Y me echaron a la calle, Ted, ¡me echaron!-El abuelo se cubrió el rostro con las manos, las dejó caer y murmuró-: Antes de que ese mocoso de mierda aprendiera a mear de pie, yo ya iba de uniforme.

-Lo lamento, señor.

-La culpa es mía. Llevaba encima el certificado de licencia y olvidé que constaba en él mi fecha de nacimiento. Oiga, Ted, si me tiñera el pelo y volviera a San Luis, o a Joplin..., daría resultado ¿no?

-Probablemente -(yo sé que no, abuelo... pero me parece que les convenciste para que te destinaran a la "guardia doméstica". Pero eso no te lo puedo decir.)

-¡Lo haré! Pero dejaré la licencia en casa.

-Entretanto, ¿puedo llevarle a casa? Tengo la cafetera ahí detrás.

-Bueno... Supongo que debo ir a casa... tarde o temprano.

-¿Qué tal si nos damos un garbeo por el Paseo para que se tranquilice?

-Buena idea. Si no le hago cambiar de planes...

-En absoluto.

Lazarus condujo en silencio hasta que cesó la irritación del anciano. Cuando vio que era así, dio media vuelta y torció por la calle Treinta y uno en dirección este, y aparcó.

-¿Me permite decirle una cosa, señor Johnson?

-Diga.

-Si no le aceptan, ni con el pelo teñido, espero que no se molestará demasiado. Porque esta guerra es una terrible equivocación.

-¿Qué quiere decir?

-Lo que digo. -(¿Cuánto puedo decirle? ¿Cuánto puedo hacerle creer? Tampoco podía callarlo todo: se trata del abuelo, de quien me enseñó a disparar y mil cosas más. Pero ¿cuánto querrá creer?)- Esta guerra no hará ningún bien; sólo empeorará las cosas.

El abuelo clavó los ojos en él, por debajo de unas cejas enmarañadas.

-¿Usted qué es, Ted: germanófilo?

-No.

-¿Pacifista, quizás? Ahora que lo pienso, usted no ha dicho nunca ni media palabra sobre la guerra.

-No, no soy pacifista. Y no soy germanófilo. Pero si ganamos esta guerra...

-¡Querrá decir "cuando ganemos esta guerra"!

-Muy bien, "cuando ganemos esta guerra", resultará que en realidad la habremos perdido. Habremos perdido todo aquello por lo que creíamos luchar.

El señor Johnson cambió bruscamente de táctica.

-¿Cuándo se alistará?

Lazarus vaciló:

-Antes tengo que hacer un par de cosas.

-Ya imaginaba que respondería así, señor Bronson. ¡Adiós! -El abuelo manipuló desmañadamente el pasador de la puerta, masculló una imprecación, puso un pie en la calzada y saltó a la acera- ¡Abuelo!-dijo Lazarus-. Digo, señor Johnson. Déjeme llevarle a casa. ¡Por favor!

Su abuelo se detuvo lo suficiente para mirar hacia atrás y decir:

-Yo no voy con usted... cagón, miedica -y siguió sin detenerse hasta la parada del tranvía.

Lazarus aguardó y observó cómo el señor Johnson subía a bordo; luego se puso a remolque del tranvía, negándose a admitir que no hubiera algún modo de reparar el deterioro que su torpeza había causado en sus relaciones con el abuelo. Le vio apearse en el bulevar Benton, y consideró la posibilidad de darle alcance y tratar de hablar con él.

Pero ¿qué podía decirle? Comprendía lo que sentía el abuelo, y por qué; y ya había dicho demasiado, y no podía añadir nada para borrar o corregir lo dicho. Siguió su camino, sin rumbo, por la calle Treinta y uno.

Estacionó el vehículo en la Avenida Indiana, compró el "Star" a un vendedor de periódicos, entró en un drugstore, se sentó frente al mostrador, pidió un refresco de cereza para justificar su presencia y miró el diario.

Pero era incapaz de leer; en vez de ello, meditaba con la vista fija en el texto.

Cuando el dependiente secó el mármol del mostrador y se plantó delante de él, Lazarus pidió otra gaseosa. Cuando se repitió la situación, pidió un teléfono.

-¿Bell o Home?

-Home.

-Detrás de la tabaquería; la llamada me la paga a mí.

-¿Brian? Soy el señor Bronson. ¿Puedo hablar con tu madre?

-Voy a ver.

Pero la voz que le llegó por el auricular fue la de su abuelo:

-Señor Bronson, su desfachatez me asombra. ¿Qué quiere?

-Quiero hablar con la señora Smith, señor Johnson...

-No puede.

-... porque ha sido muy amable conmigo y quiero darle las gracias y decirle adiós.

-Un momento -oyó que su abuelo decía: "George, sal de aquí. Brian, llévate a Woodie, cierra la puerta y asegúrate de que no se abre". Luego la voz del señor Johnson sonó más cercana-: ¿Sigue usted ahí?

-Sí señor.

-Pues escuche con atención y no me interrumpa: sólo se lo diré una vez.

-Sí señor.

-Mi hija no hablará con usted, ni ahora ni nunca...

Lazarus se apresuró a decir:

-¿Sabe que quiero hablar con ella?

-¡Cállese! Claro que lo sabe. Me pidió que le transmitiera este mensaje. De otra modo yo no habría querido hablar con usted. Ahora yo también tengo un recado que darle, y no me interrumpa. Mi hija es una mujer respetable, casada con un hombre que ha respondido a la llamada de la patria. Conque no la incordie. No venga por aquí, porque le recibiremos a tiros. No llame por teléfono. No vaya a la iglesia. A lo mejor piensa usted que hablo por hablar; permítame recordarle que estamos en Kansas City. Dos brazos rotos cuestan veinticinco dólares; por el doble le matan. Pero para una fórmula mixta, primero partirle los brazos y luego

matarle, hacen un descuento. Si me obliga a ello, puedo pagar hasta sesenta y dos dólares. ¿Entendido?

-Sí.

-Pues adiós muy buenas.

-¡Aguarde! Señor Johnson, no le creo capaz de contratar a un hombre para que mate a otro...

-Más le valdrá no arriesgarse.

-... porque creo que lo mataría usted personalmente.

Hubo un silencio. El viejo rió entre dientes.

-Puede que esté en lo cierto -y colgó.

Lazarus puso el coche en marcha y siguió su camino. Ahora descubrió que iba por el bulevar Linwood, hacia el oeste; lo advirtió al pasar frente a la iglesia de su familia. Allí donde vio a Maureen por primera vez.

Donde nunca la volvería a ver.

¡Nunca más! Ni siquiera si regresaba y trataba de evitar los errores que había cometido: las paradojas no existían. Aquellos errores eran ya parte inalterable de la trama del espacio-tiempo, y todas las sutilezas de las matemáticas de Andy, todas las fuerzas contenidas en el "Dora", eran incapaces de borrarlos.

En la plaza Linwood, se detuvo antes de la Avenida Brooklyn y se preguntó qué hacer.

Iría a la estación y tomaría el primer tren de la línea Santa Fe. Si alguna de aquellas llamadas de socorro sobrevivía a los siglos, le recogerían el lunes por la mañana, y aquella guerra y todos sus desastres volverían a ser algo que ocurrió mucho tiempo atrás, y "Ted Bronson" sería alguien que el abuelo y Maureen conocieron fugazmente y a quien olvidarían.

Era una lástima no haber podido grabar sobre metal aquellos mensajes; sin embargo, y pese a todo alguno podía perdurar. Si no... la cita sería el año veintiséis. Si no pasaba ninguno -cosa siempre posible, ya que estaba tratando de servirse del Correo Retardado antes de que estuviera perfectamente organizado- habría que esperar hasta 1929 y efectuar el encuentro según lo planeado en un principio. Eso no era problema; las mellizas y Dora estaban dispuestas a acudir a aquella cita, pasara lo que pasara.

En tal caso, ¿por qué estaba triste?

Aquella guerra no era la suya.

Con el tiempo, el abuelo vería que la predicción que le había soltado era una verdad como un templo. Con el tiempo, el abuelo descubriría hasta dónde llegaba la "gratitud" francesa, cuando ya nadie se acordaba del "¡Estamos aquí, Lafayette!" y el estribillo que más sonaba era "*Pas un sou à l'Amérique*!" o la "gratitud" inglesa. No había gratitud alguna entre las naciones, nunca la hubo y nunca la habría. ¿Germanófilo? ¡No, abuelo, de eso nada! En la raíz de la

cultura alemana hay algo podrido, y esta guerra conducirá a otra con atrocidades alemanas mil veces más terribles que las que se les imputan hoy. Cámaras de gas y olor a carne quemada en una depravación organizada. Un hedor que duraría hasta el fin de los siglos...

Pero no había medio de revelar nada de eso al abuelo y a Maureen. Ni debía intentarlo. Lo mejor del futuro era que nadie lo conocía. La única buena cualidad de Casandra era que nadie la creía.

Así, ¿qué importaba que dos personas que de ningún modo podían saber lo que él sabía no comprendieran por qué creía inútil aquella guerra?

Pero lo cierto es que sí importaba; era de una importancia terrible.

Sentía el leve bulto contra las costillas, a la izquierda. Una protección para su oro; un oro que no le importaba lo más mínimo. Pero también un dispositivo de "última alternativa".

¡Despierta estúpido! Tú no quieres morir; tú sólo quieres la aprobación del abuelo y de Maureen. De Maureen.

La oficina de reclutamiento estaba debajo de la oficina central de correos, muy cerca del centro. Pese a que era tarde, estaba abierta todavía, y fuera había cola. Lazarus pagó un dólar a un viejo negro para que se sentara en su auto, le advirtió de que había un maletín en la parte trasera, le prometió otro dólar para cuando volviera, y no hizo mención del chaleco con el dinero y la pistola, que ahora estaban dentro del maletín. Pero a Lazarus no le preocupaba el coche ni el dinero; todo podía ser más sencillo si le robaban ambas cosas. Se sumó a la cola.

-¿Nombre?

-Bronson, Theodore.

-¿Experiencia militar previa?

-Ninguna.

-¿Edad? No, fecha de nacimiento. Y más vale que sea anterior al cinco de abril de mil ochocientos noventa y nueve.

-Once de noviembre de mil ochocientos noventa.

-No parece tan viejo, pero conforme. Tome este papel y pase por esa puerta. Encontrará sacos o fundas de almohada. Quítese la ropa, métala en uno y no la pierda. Entregue esto a uno de los médicos y haga lo que le mande.

-Gracias, sargento.

-Circule. El siguiente.

Había un médico de uniforme auxiliado por otros seis en traje de paisano. Lazarus leyó correctamente la tabla de Snellen, pero el doctor no parecía escuchar; aquello parecía una

revisión de trámite. Lazarus vio al único hombre rechazado, uno que estaba (según dictaminó el ojo clínico de Lazarus) en las últimas fases de la tisis.

Sólo uno de los médicos parecía mínimamente deseoso de hallar defectos. Hizo que Lazarus se inclinara y le separó las nalgas, le buscó hernias y le hizo toser, y luego le palpó la barriga.

-¿Qué es ese bulto que tiene en el costado derecho?

-No lo sé. señor.

-¿Le han extirpado el apéndice? Sí, ya veo la cicatriz. Mejor dicho, noto el reborde, porque la cicatriz ni se ve. Tuvo usted un buen médico; ya quisiera yo hacer un trabajo tan fino. Probablemente aquí sólo tiene una masa de materia fecal; tómese una dosis de calomelanos y mañana por la mañana se habrá librado de ella.

-Gracias, doctor.

-De nada, hijo. El siguiente.

-Levanten la mano derecha y repitan conmigo...

-Guarden estos papeles y no los pierdan. Estén en la estación antes de las siete de la mañana, presenten su ficha al sargento del mostrador de información y él les dirá dónde colocarse. Si pierden los papeles, preséntese de todos modos, o vendrá a buscarles el Tío Sam. Esto es todo, jóvenes; ¡ya están en el ejército! Salgan por esa puerta.

Su coche seguía allí; el negro salió de dentro.

-¡To está bien, capi!

-Sí, ya lo veo -asintió jovialmente Lazarus mientras sacaba un billete de un dólar-; pero soy soldado raso, no capitán.

-¿Le han cogío? Entonse no pueo aseptá su dola.

-¡Claro que puede! Yo no lo necesito; el Tío Sam va a cuidar de mí "hasta el término de la guerra", y encima me pagará veintiún dólares al mes. Conque ponga éste con el otro y bébase una ginebra a mi salud; a la salud del soldado Ted Bronson.

-Yo no podría haser eso, capi, soldao Ted Bronson, no señó. Yo soy un "cordón blanco", sí, y cuando juré usté no había nasío. Así que guárdese el dinero y cuelgue al Kaise por nosotro.

-Lo intentaré, tío. Que sean cinco dólares, así podrá darlos a la iglesia y rezar una oración por mí.

-Bueno... Si usté lo dise, capi...

Lazarus siguió hacia el sur por McGee; se sentía dichoso. ¡No te conformes con el peor bocado, disfruta de la vida! "*Ay, ay, Katy, mi bella Katy*..."

Librodot

Se detuvo en el drugstore, echó un vistazo a la tabaquería, vio una caja de White Owls medio vacía, compró los cigarros que quedaban y pidió quedarse con la caja. Luego compró un paquete de algodón y un rollo de esparadrapo y, obedeciendo a un impulso, la caja de bombones mayor y más cara de la tienda.

Su coche estaba estacionado bajo un arco voltaico; lo dejó allí, se instaló en el asiento trasero, metió la mano en el maletín, sacó el chaleco y la pistola y se puso a descoser, indiferente a la posibilidad de ser visto. Cinco minutos de cortaplumas deshicieron horas

de costura, las pesadas monedas tintineaban al caer en la caja de puros. Envolvió las monedas en algodón, precintó la caja y la reforzó envolviéndola con esparadrapo. El chaleco deshecho, la pistola y el billete de tren fueron a parar a una alcantarilla y con ellos se perdieron las últimas preocupaciones de Lazarus. Sonrió al incorporarse, frotándose las rodillas. Te vas haciendo viejo, hijito. ¡Has vivido con mucha prudencia!

Salió de Linwood y torció por Benton, conduciendo con alegría, haciendo caso omiso del límite de diecisiete millas por hora de velocidad que regía en la ciudad. Vio con satisfacción que en la planta baja del domicilio de Brian Smith había luz; así no tendría que despertar a nadie. Subió por el sendero cargado con la caja de bombones, el estuche de ajedrez y la caja de puros sellada con esparadrapo. Cuando llegaba a la escalinata se encendió la luz del porche; Brian junior abrió la puerta y miró al exterior.

-¡Abuelo! ¡Es el señor Bronson!

-Corrijo -dijo Lazarus con firmeza-: por favor, di a tu abuelo que ha venido el soldado Bronson.

El abuelo apareció al momento y miró a Lazarus con recelo.

-¿Qué es esto? ¿Qué le ha dicho al chico?

-Le he pedido que anuncie al "soldado Bronson". A mí -Lazarus se las arregló para sostener los tres paquetes bajo el brazo izquierdo, buscó en un bolsillo y sacó el papel que le habían dado en el centro de recluta-. Mire.

El señor Johnson lo leyó.

-Ya veo. Pero ¿por qué? Opinando lo que opina...

-Señor Johnson yo nunca dije que no me alistaría; sólo dije que antes tenía cosas que hacer. Era verdad, las tenía. También es verdad que tengo mis dudas en cuanto a la utilidad final de esta guerra. Pero al margen de cualquier opinión, que debí reservarme, ha llegado el momento de cerrar filas y avanzar juntos. Por eso fui y me presenté como voluntario y me aceptaron.

El señor Johnson le devolvió el certificado de alistamiento y abrió la puerta de par en par.

-¡Pase, Ted!

Al entrar, Lazarus distinguió unas cabezas que desaparecían; por lo visto, casi toda la familia estaba despierta todavía. El abuelo le hizo pasar al salón.

-Por favor, tome asiento. Tengo que avisar a mi hija.

-Si la señora Smith descansa, no querría molestarla -mintió Lazarus. (¡No, abuelo! Más bien me arrastraría hasta su cama. Pero esto es un secreto que guardaré eternamente.)

-No se preocupe. Esto es algo que ella no querrá perderse. Ah, ese papel... ¿Me lo deja para que se lo muestre?

-Desde luego, señor.

Lazarus aguardó. Ira Johnson volvió a los pocos minutos y le devolvió la prueba de su alistamiento.

-Baja enseguida -el anciano suspiró-. Ted, estoy orgulloso de usted. Hoy me sacó de mis casillas y dije cosas que estaban fuera de lugar. Lo siento. Le pido perdón.

-De ninguna manera, no hay nada que perdonar. Yo hablé precipitadamente y no me expliqué bien. ¿No podemos olvidarlo? ¿Nos damos un apretón de manos?

-¿Eh? ¡Sí, claro! ¡Hum! -Se dieron la mano con gesto solemne. (Posiblemente el abuelo aún sería capaz de levantar un yunque con una mano. Me ha destrozado los dedos).

-¿Querría usted cuidar por mí de algunas cosas, señor Johnson? Yo no he tenido tiempo.

-¿Eh? Sí, desde luego.

-Esta caja, más que nada -Lazarus le tendió la caja de puros. El señor Johnson la cogió y arqueó las cejas.

-Pesa mucho.

-Es que limpié mi caja de seguridad. Son monedas de oro. Las recogeré cuando la guerra haya terminado, y si no, ¿querrá dárselas a Woodie cuando cumpla veintiún años?

-¡Cómo! Vamos, hijo, si usted saldrá bien librado...

-Es lo que me propongo, y entonces las recogeré, pero igual me caigo por las escaleras en un buque transporte y me rompo la crisma. ¿Lo hará?

-Sí lo haré.

-Gracias, señor. Esto es para que se lo dé a Woodie ahora mismo. Son mis piezas de ajedrez. No puedo llevarlas por ahí; se las daría a usted, pero sé que inventaría algún motivo para no aceptarlas. Woodie no lo hará.

-Hum. Muy bien, señor.

-Y aquí traigo otra cosa para usted. Pero no es lo que parece -Lazarus le tendió el documento de compraventa del landaulet. El señor Johnson lo miró.

-Ted, si lo que quiere hacer es darme su automóvil, ya puede quitarse esa idea de la cabeza.

Librodot

-Sólo es una transmisión de nombre, señor. Lo que me gustaría es dejarlo con ustedes. Brian lo sabe conducir; ya es un buen conductor, es un conductor nato. Usted también; hasta la señora Smith puede tener deseos de aprender. Cuando el teniente Smith vuelva a casa puede que le sea útil. Pero si me destinan a algún lugar cerca de aquí para el período de instrucción y me dan tiempo libre antes de mandarme a ultramar, me gustará saber que yo también puedo utilizarlo.

-Pero ¿por qué darme un contrato de compraventa? Naturalmente, lo podemos guardar en la cochera... y sin duda Brian, Brian padre y Brian hijo, lo conducirían. Yo también podría aprender. Pero no hay necesidad de hacer esto.

-Ya. Es que no me he explicado bien. Supongamos que estoy en algún lugar lejos de aquí, digamos que en New Jersey, y quiero venderlo. Le puedo mandar una postal y todo resulta fácil porque usted tiene esto -Lazarus añadió, pensativo-: O me caigo por las escaleras... en cuyo caso estamos en las mismas. Si no lo quiere, puede cederlo a Brian junior. O hacer lo que prefiera. Señor Johnson, usted sabe que no tengo familia, conque ¿por qué me lo pone difícil?

Antes de que el abuelo pudiera contestar, entró la señora Smith, sonriente y ataviada con sus mejores galas (había llorado, sin duda, advirtió Lazarus). Le tendió la mano.

-¡Señor Bronson! ¡Estamos todos tan orgullosos de usted!

Su voz, su fragancia, el tacto de su mano, su alegría teñida de orgullo, tocaron a Lazarus en lo más profundo y barrieron todas sus precauciones. (Maureen querida, es una suerte que me manden lejos de aquí dentro de poco. Es más seguro para ti y mejor para todos, mucho mejor. Pero lo he hecho para que te enorgullezcas de mí, y ahora mi cáliz rebosa... y por favor, ¡dime que me siente antes que el abuelo note que se me pone el falo como un palo!)

-Gracias, señora Smith. Sólo he pasado por aquí para dar gracias y decirle adiós, y también buenas noches, porque salgo mañana temprano.

-¡Oh, por favor, siéntese! Al menos quédese a tomar café; los niños también querrán despedirse de usted.

Una hora más tarde seguía allí, más feliz aún; completamente feliz. La caja de bombones fue abierta una vez la hubo entregado a Carol como obsequio para todos. Lazarus había tomado mucho café con nata y azúcar y comido una gruesa tajada de bizcocho casero bañado de chocolate, aceptando luego una segunda ración al tiempo que reconocía no haber comido nada desde la hora del desayuno, y protestando cuando Maureen quiso levantarse para prepararle cena. Llegaron a un acuerdo según el cual Carol saldría para hacerle un bocadillo.

-Ha sido un día muy complicado -explicó- y no he tenido tiempo de comer. Usted me hizo cambiar de planes, señor Johnson.

-¿Yo, Ted? ¿Cómo?

-Ya sabe, creo que se lo dije a los dos, que tenía pensado hacer un viaje de negocios a San Francisco, y que pensaba salir el uno de julio. Entonces ocurrió esto, que el Congreso hizo la declaración de guerra, y decidí hacer el viaje en seguida, dejar resueltos mis asuntos de aquí y luego alistarme. Cuando le vi a usted yo estaba a punto de partir, con las maletas hechas y todo... y usted me hizo comprender que el Kaiser no esperaría mientras yo me ocupaba de mis

negocios. Por eso me incorporé inmediatamente -Lazarus compuso una expresión de mansedumbre-. Todavía tengo el maletín en el coche, pero no irá a ninguna parte.

Ira Johnson parecía apenado.

-Yo no quería que se precipitara, Ted. No habría pasado nada si se hubiera tomado unos días para liquidar sus negocios; un ejército no se organiza de la noche a la mañana. Si lo sabré yo, que vi cómo lo intentaban el año noventa y ocho. Hum. Quizás yo podría hacer el viaje por usted. Como representante suyo. Visto que... En fin, no parece que yo vaya a estar muy ocupado.

-¡No, no! Un millón de gracias, señor, pero es que no pensé correctamente. Pensé como si estuviéramos en tiempo de paz y no en tiempo de guerra, hasta que usted me hizo bajar de las nubes. Fui a Western Union y le mandé un telegrama nocturno a mi agente de San Francisco diciéndole lo que quería que hiciera; luego le mandé una nota nombrándole apoderado mío, la hice legalizar por un notario, y fui a la oficina de correos y se la mandé por correo certificado. Ya está todo hecho, ya me he ocupado de todo -Lazarus disfrutaba tanto con su improvisación que casi se la creía-. Luego bajé al sótano y me alisté. Pero ese maletín, ¿podría guardarlo en su desván? No me voy a ir a la guerra con una maleta en la mano. Sólo me llevaré algunos artículos de tocador.

-¡Yo se lo guardaré, señor Bronson!-dijo Brian junior-. ¡En mi cuarto!

-En nuestro cuarto -corrigió George-. Nosotros se lo guardaremos.

-Alto, chicos. A ver, Ted, si perdiera ese maletín ¿se le rompería el corazón?

-En absoluto, señor Johnson, ¿Por qué?

-En ese caso, lléveselo. Pero esta noche, cuando vuelva a su piso, llénelo de otra forma. Seguramente le habrá metido dentro camisas blancas y cuellos duros. No los va a necesitar. Si tiene camisas de faena, cójalas. Asegúrese de llevarse un par de botas bien

domadas con las que pueda ir de marcha. Calcetines, todos los que tenga. Ropa interior. Supongo, basándome en mi desafortunada experiencia, que por el momento no tendrán suficientes uniformes. Habrá mucha confusión, muchísima. Es posible que durante un mes o dos tenga que hacer de soldado con lo que lleve puesto.

-Creo que papá tiene razón -dijo muy seria la señora Smith-. El señor Smith... el teniente Smith, mi marido, decía algo parecido antes de irse. Se fue sin esperar a su telegrama, que llegó unas horas más tarde, porque sabía que al principio habría mucha confusión. Aunque -añadió frunciendo los labios- él lo dijo con palabras.

-Hija mía, por más fuertes que fueran, no lo fueron bastante. Mucha suerte tendrá si le llegan las perras a su debido tiempo. Al tipo que sepa decir dónde tiene el pie derecho le harán cabo provisional; no les importará cómo va vestido. Pero a usted sí ha de importarle, Ted, de modo que llévese toda la ropa que podría utilizar en una granja. Y calzado, calzado cómodo que no le llene los pies de ampollas a la primera milla. ¿Conoce el truco de la crema para el cutis Ted? Se trata de emplearla para los pies cuando sepa que a lo mejor tiene que pasar una semana o más sin quitarse los zapatos.

Librodot

-No, señor -respondió Lazarus. (Abuelo, me lo enseñaste una vez, hace tiempo, o me la enseñarás dentro de un tiempo, y da resultado, y nunca lo he olvidado).

-Si puede, límpiese y séquese los pies. Embadúrneselos con crema para el cutis, especialmente entre los dedos. O con vaselina, y mejor si lleva ácido fénico. Use mucha, una capa bien espesa. Luego se pone los calcetines; si puede, limpios, y si no, sucios, pero no deje de ponérselos. Y luego las botas. La primera vez que se ponga de pie le parecerá que se ha metido de patas en un barril de pasta de jabón. Pero sus pies se lo agradecerán y no se le repudrirán los dedos. Cuídese los pies, Ted, y mantenga descargado el vientre.

-Padre...

-Hija mía estoy hablando con un soldado, diciéndole cosas que pueden salvarle la vida. Si los niños no pueden oírlas, mándalos a la cama.

-Creo que ya es hora -respondió Maureen- de que se vayan a descansar los más pequeños, por lo menos.

-¡Yo no tengo que irme a la cama!

-Woodie, tú harás exactamente lo que te mande tu madre, y sin rechistar o te rompo un atizador en el culo. Son las órdenes que hay hasta que tu padre vuelva de la guerra.

-¡Me voy a quedar hasta que se marche el soldado Bronson! Papá dijo que podía quedarme.

-Brr. Te demostraré con un palo la imposibilidad lógica de eso que dices; es la única forma de hacértelo comprender. Maureen, sugiero que empecemos con los más pequeños; que se despidan por turno y luego a la cama, andando. Con lo cual la reunión acabará, a su debido tiempo, cuando acompañe a Ted a la parada del tranvía.

-¡Pero si yo iba a llevar al tío Ted a su casa en el coche!

Lazarus juzgó llegado el momento de intervenir.

-Gracias, Brian, pero no le demos una preocupación extra a tu madre esta noche. El tranvía me deja casi a la puerta de casa... y desde mañana ni siquiera tendré tranvías; iré a pie.

-Eso -asintió el abuelo-: marcando el paso. ¡Izquierda, derecha! ¡La cabeza bien alta, mirando al frente! Ted, a Brian su padre lo nombro sargento de la guardia hasta que vuelva, y está encargado de la seguridad interna de esta familia.

-Siendo así, no puede abandonar el puesto para servirle de chófer a un vulgar soldado raso ¿verdad que no?

-No, estando delante el oficial de guardia, que soy yo, y el oficial de semana, que es mi hija. Esto me recuerda que... Mientras los chavales le dan el besito de despedida, quiero buscarle un par de mis viejas camisas del ejército; creo que le vendrán bien. Si no le importa llevar ropa de segunda mano.

-¡Señor, me sentiré honrado y orgulloso de llevarlas!

La señora Smith se puso en pie.

-Yo también tengo algo para el señor... para el soldado Bronson. Nancy ¿quieres bajarme a Ethel? Y tú, Carol, ¿quieres traer a Richard?

-¡Pero si el soldado Bronson aún no se ha comido el bocadillo!

-Lo siento, señorita Carol -dijo Lazarus- estaba demasiado emocionado para comer. Eh..., ¿me lo podría envolver? Me lo comeré en cuanto llegue a mi apartamento, y me hará dormir profundamente.

-Hazlo, Carol -decidió su madre-. Brian, ¿quieres traer a Richard?

Después de algunos titubeos, Lazarus se despidió de todos, besándoles por orden inverso de veteranía. Sostuvo un momento en brazos a Ethel y le devolvió su sonrisa infantil, la besó en la cabeza y la entregó a Nancy, que se la llevó al piso de arriba y volvió a bajar a toda prisa. Para besar a Richard, Lazarus tuvo que hincar la rodilla. El niño parecía no saber demasiado bien a qué se debía aquello pero sí que se trataba de un momento solemne; abrazó con fuerza a Lazarus y le humedeció la mejilla con un beso.

Luego le besó Woodie por primera y última vez, pero a Lazarus ya no le incomodó tocarse "a sí mismo", puesto que aquel muchacho no era él, sino sencillamente un individuo del que recibía algunos recuerdos dispersos en una concatenación extraña. Ya no sentía la tentación de estrangularlo, o no la sentía muy a menudo.

Woodie aprovechó el nada habitual momento de intimidad para susurrar:

-¿Esas piezas son de marfil de verdad?

-De verdad. De marfil y de ébano, igual que las teclas del piano

-¡Chachi, tú! Mira, tío soldado Bronson, cuando vuelvas te dejaré jugar con ellas. Cuando quieras.

-Y te ganaré, fenómeno.

-Habrá que verlo. Bueno, adiós. No dejes que te timen.

La pequeña Marie le besó con lágrimas en los ojos y huyó de la habitación. George le dio un beso en la mejilla y murmuró: "Ten cuidado tío Ted", y salió también. Brian junior dijo:

-Cuidaré muy bien tu coche; lo tendré reluciente, igual que lo tenías tú -tras vacilar un momento, le besó en la mejilla y se fue, llevándose a Richard.

Carol le había envuelto pulcramente el bocadillo en papel encerado y lo había atado con una cinta. Él le dio las gracias y se lo guardó en un bolsillo exterior del abrigo. Ella le puso las manos sobre los hombros, se puso de puntillas y le susurró:

-Dentro hay una nota para usted -y después de besarle la mejilla se fue rápidamente.

Nancy ocupó su lugar y le dijo con calma:

-La nota es de las dos. Rezaremos por usted todas las noches, cuando recemos por papá.- Miró a su madre, y a continuación le rodeó los hombros con los brazos y le besó en la boca; fue un beso apresurado pero firme-. ¡Esto no es un "adiós", sino un "hasta

la vista"! -se fue más aprisa aún que su hermana, con la cabeza alta y moviéndose igual que su madre.

La señora Smith se puso en pie, dijo: "¿Padre?", y aguardó.

-No.

-Pues vuélvete.

-Brr. Sí.-El señor Johnson se puso a examinar los cuadros de la pared.

Con un suave crujir de seda, la señora Smith se acercó a Lazarus, le miró y le mostró un librito.

-Esto es para usted.

Era un Nuevo Testamento de bolsillo; lo tenía abierto por la guarda. Él lo tomó y leyó la inscripción original, algo apagada:

"A Maureen Johnson, Viernes Santo de 1892, por sus exquisitas atenciones. Mateo, VII. 7."

Y más abajo, en letra clara e inclinada y con la tinta todavía fresca:

Al soldado Theodore Bronson

Sé fiel a la patria y a ti mismo.

Maureen J. Smith

6 de abril de 1917

Lazarus tragó saliva.

-Lo guardaré como un tesoro, señora Smith.

-"Señora Smith", no, Theodore: "Maureen" -dijo ella, y alzó los brazos.

Lazarus se metió el librito en el bolsillo de la chaqueta, la rodeó con los brazos y fue al encuentro de sus labios.

Durante un largo momento el beso fue firme y cálido, pero casto. Luego ella emitió un gemido casi inaudible, su cuerpo se volvió más suave y se pegó fuertemente al de él, sus labios se abrieron, y le besó de tal forma que Lazarus apenas podía creerlo, aunque le respondió del mismo modo; era un beso que prometía todo lo que ella le podía dar.

Después de una eternidad, ella le murmuró junto a los labios:

-Theodore… cuídate. Vuelve con nosotros.

6

Campamento Funston, Kansas

Queridas mellizas y querida familia:

¡Sorpresa! Me presentaré: cabo Ted Bronson, sargento provisional y el instructor más malvado de todo el Ejército Nacional de los Estados Unidos. No, no se me han enredado los circuitos. Provisionalmente aplico un principio básico de la acción evasiva, esto es, el de que el mejor lugar para esconder una aguja es en un montón de agujas... y el mejor lugar para eludir el horror de la guerra es un ejército. Ya que ninguno de vosotros ha visto jamás una guerra ni un ejército os lo tendré que explicar.

Yo tenía pensado (neciamente) esquivar esta guerra huyendo a Sudamérica. Pero Sudamérica es un lugar donde yo de ninguna manera lograría pasar por nativo, por muy bien que hablara el idioma... y está repleta de agentes alemanes que verían en mí a un posible agente americano y podrían montarle un mal accidente al Tato, bendito sea su corazoncito inocente. Y allí las chicas tienen ojos bellísimos y centelleantes, ayas desconfiadas y padres que se pirran por tirotear a los gringos que llevan malas intenciones. Es un lugar poco saludable.

Pero si me quedaba en los Estados Unidos y trataba de permanecer fuera del ejército... Un error, y terminaba entre cuatro fríos muros de piedra, comiendo un rancho miserable y convirtiendo piedras grandes en piedrecitas. Todo ello muy poco atractivo.

Pero en tiempo de guerra el ejército se lleva la mejor parte, aparte el leve riesgo de que disparen contra uno. Esto último se puede evitar.

¿Cómo? Aquí estamos todavía en la era de la guerra total, y los ejércitos ofrecen innumerables escondrijos para que un cobarde (yo) eluda los desagradables peligros que crean los extranjeros. En esta era, sólo es tiroteada una pequeña parte de cada ejército (y es alcanzada una parte aún más pequeña, pero yo no pienso correr ese riesgo). En este aquí-y-ahora, la guerra se libra en unos lugares determinados, y hay infinitos puestos militares que no está en dichos lugares, y en los que en realidad un militar (a pesar del uniforme) no es sino un ciudadano privilegiado.

Yo ocupo un puesto de éstos y probablemente no me moveré de aquí hasta que la guerra termine. Alguien tiene que recibir a estos bravos, jóvenes e inocentes muchachos, recién llegados del campo, y convertirlos en algo parecido a soldados. El hombre que es capaz de hacerlo es tan valioso que los oficiales se resisten a perderlo.

Así, estoy lleno del viejo espíritu guerrero y no tendré que guerrear. En vez de eso, enseño: instrucción en orden cerrado, instrucción en orden abierto, tiro y cuidado del fusil, bayoneta, combate sin armas, higiene en campaña, todo. Mi "asombrosa" capacidad en materias militares causó sorpresa, siendo yo un recluta "sin experiencia militar". (¿Cómo podía yo reconocer que el abuelo me enseñó a disparar cinco años después del fin de esta guerra y que manejé estas mismas armas por primera vez siendo cadete de escuela secundaria dentro de diez años, y que mi experiencia militar abarca los próximos cien años, más un poco de vez en cuando a lo largo de varios siglos más?)

Pero se rumorea que una vez fui soldado de la Legión Extranjera francesa, un cuerpo de uno de nuestros aliados, formado por asesinos, ladrones y fugados y famoso por su temeraria forma de luchar y que posiblemente deserté, sin duda con otro nombre. Yo desvío la bola mostrándome arisco cuando alguien se pone preguntón, y sólo ocasionalmente cometo el error de saludar a la francesa (con la palma de la mano hacia adelante) y corregirlo al momento; pero todo el mundo sabe que yo "parlé fransé", porque mi conocimiento de la lengua francesa tuvo mucho que ver con mi cambio de "cabo provisional" a cabo de verdad destinado a instrucción y que ahora se prepara para sargento. Aquí hay oficiales y sargentos franceses e ingleses que nos enseñan guerra de trincheras. Se supone que todos los franceses de por aquí hablan inglés... pero el inglés que hablan no lo pueden entender estos caballeros del arado de Kansas y Missouri. Así es que ya tenéis al gandul de Lazarus metido a enlace. Entre yo y un sargento francés casi formamos un buen instructor.

Sin ese sargento francés yo soy un buen instructor... cuando me dejan enseñar lo que sé. Pero sólo me lo permiten en combate sin armas, porque la lucha a brazo partido y sin armas no cambia a través de los siglos; sólo cambia el nombre, y sólo tiene una regla: hazlo antes, hazlo rápido y hazlo de la forma más sucia.

Pero vayamos al combate a la bayoneta: la bayoneta es un cuchillo colocado en la punta de un fusil, y las dos partes juntas vienen a dar un *pilum* romano, arma utilizada hace dos mil años y que no era nueva ni en aquel entonces. Cabría esperar que, en 1917, el arte de la lucha con bayoneta fuera perfecto.

Pero no lo es. El "libro" enseña paradas pero no contragolpes, y eso que un contragolpe es tan rápido como una parada, mucho más engañoso y fatalmente desconcertante para quien no tenga idea de lo que es. Y hay otras cosas: hubo (habrá) una guerra en el siglo veintiséis (gregoriano) en la cual el uso de la bayoneta llegó a ser un arte noble y yo fui participante involuntario hasta que logré escabullirme. Así, una mañana, por una apuesta, demostré que podía cubrirme de los golpes de un sargento instructor del ejército de los Estados Unidos, y luego de los de uno inglés, y luego de los de uno francés, sin que me tocaran.

¿Me permitieron enseñar lo que acababa de demostrar? No. Mejor dicho: "¡No, diablos!" Yo no lo hacía "según el libro", y mi intento de "listillo" casi me cuesta el puesto. De modo que volví a hacerlo según el sacrosanto "libro".

Pero este libro (utilizado en Plattsburg, donde mi padre y el vuestro hicieron la instrucción) no está mal. En la lucha a la bayoneta pone el acento sobre la agresividad, que está muy bien dentro de sus límites; la bayoneta es un arma terrorífica en manos de un hombre ávido de cargar y matar, y posiblemente eso es todo lo que estos chavales tendrán tiempo de aprender. Pero me repugnaría ver a estos bravos muchachos de mejillas sonrosadas enfrentados a viejos y pesimistas mercenarios del siglo veintiséis cuyo único objetivo en la vida es seguir con vida mientras sus oponentes mueren.

Estos chicos pueden ganar una guerra, y ganarán esta guerra; desde donde estáis vosotros, la ganaron. Pero un número innecesario de ellos va a morir.

Quiero a estos chicos. Son jóvenes, vehementes y valerosos, están terriblemente ansiosos de plantarse "al otro lado del charco" y demostrar que un americano puede cargarse a seis alemanes. (Falso. La proporción no es ni siquiera uno contra uno. Los alemanes son veteranos y no están aquejados de "deportividad" ni de ilusiones por el estilo. Pero estos mozalbetes seguirán luchando y muriendo hasta que los alemanes se rindan.)

Pero ¡son tan jóvenes! Muchos de ellos, Laz y Lor, son más jóvenes que vosotras, y algunos son mucho más jóvenes. No sé cuántos han mentido acerca de su edad, pero muchos de ellos no necesitan afeitarse. A veces, de noche, oigo a alguno que llora en el catre, echando de menos a su mamaíta. Pero al día siguiente se esforzará más que nunca. El número de deserciones que tenemos es prácticamente despreciable; estos chicos desean luchar.

Trato de no pensar en lo inútil que es esta guerra.

Es una cuestión de perspectiva. Minerva me probó una noche (cuando aún ejercía la profesión de computadora) que todos los aquí-y-ahora son iguales y que el "presente" no es más que el aquí-y-ahora que uno está utilizando. Desde mi aquí-y-ahora "correcto" (en casa, en Tertius, donde yo estaría si no hubiera prestado atención a la llamada del pato salvaje), desde ese aquí-y-ahora, estos muchachos impulsivos como cachorrillos hace tiempo que están muertos y devorados por los gusanos; esta guerra y sus terribles secuelas son historia antigua y no me preocupan.

Pero estoy aquí, y sucede ahora, y me afecta.

Cada vez es más difícil escribir y mandar estas cartas. Usted, Justin, quiere informes detallados, escritos sobre el terreno de todo lo que hago, para añadirlos al hatajo de mentiras que revisó y preparó. Ahora la fotorreducción y el grabado en metal son imposibles. A veces me dan permiso para pasar un día fuera del campamento, el tiempo justo de llegarme a la ciudad más cercana, Topeka (unos 160 kilómetros, ida y vuelta), pero siempre en domingo, cuando los comercios están cerrados, por lo que aún no he tenido ocasión de trabajarme la posibilidad de utilizar un laboratorio en dicha ciudad, suponiendo que haya uno con el equipo que yo necesito, cosa incierta. Yo dejaría que las cartas se amontonaran en una caja fuerte (ya que las puedo enviar por correo aplazado no importa cuándo), pero los bancos nunca abren en domingo, con lo que lo más que puedo hacer es una carta manuscrita no demasiado larga y abultada -cuando consigo hacerme con sobres que quepan unos dentro de otros (cosa que ahora también está difícil)- y esperar que el papel y la tinta no se oxiden demasiado con los siglos.

He comenzado un diario en el que no se hace mención de Tertius y demás (¡esta carta podría hacer que me encerraran por loco!), y que es simplemente una relación diaria de acontecimientos. Cuando esté completo, se lo puedo mandar al abuelo Ira Johnson para que me lo guarde; más tarde, cuando la guerra haya terminado y disponga de tiempo y posibilidad de aislamiento, puedo utilizarlo para escribir la clase de comentarios que usted quiere, y tomarme el tiempo que haga falta para miniaturizar y estabilizar un mensaje largo. Los problemas de un historiógrafo doblado de viajero a través del tiempo son extraños y delicados. Un cubo de memoria Welton de granofino podría recoger todo lo que yo dijera a lo largo de los próximos diez años, sólo que no podría utilizarlo aunque lo tuviera. Aquí se carece de la tecnología necesaria.

Por cierto, Ishtar: ¿me implantaste tú una grabadora en la panza? Eres una ricura, querida, pero a veces eres una ricura un poco retorcida; y yo en la panza llevo algo. No me molesta, y no lo habría notado de no notarlo un médico el día que me incorporé a este ejército. Él no le prestó mucha atención, pero después yo mismo me efectué un reconocimiento al tacto. Allí hay algo implantado, y no es aquello de lo que Ira dice que estoy lleno. Podría ser uno de esos órganos artificiales que vosotros, los rejuvenecedores, os resistís a comentar con vuestros "niños". Pero sospecho que es un cubo Welton con un oído conectado a él y una fuente de energía para diez años; viene a ser de la medida exacta.

Pero ¿por qué no me preguntaste, querida, en vez de metérmelo solapadamente durmiéndome con algún brebaje? No es verdad que siempre responda que no cuando me piden algo con amabilidad: eso es un bulo puesto en circulación por Laz y Lor. Justin pudo hacer que Tamara me lo pidiera y nadie ha hallado todavía el modo de negarle algo a Tamara. Pero Justin lo pagará: para oír lo que yo digo y lo que otros dicen delante de mí, va a tener que escuchar diez años de ruidos de tripas.

No, maldita sea, Atenea filtrará los ruidos accesorios y le entregará información impresa significativa y fechada. No hay justicia. Ni respeto a la intimidad de las personas. Atenea, querida, ¿acaso no he sido siempre bueno contigo? Haz que Justin pague la jugarreta.

No he visto a mi primera familia desde que me alisté. Pero cuando consiga un pase lo bastante largo iré a Kansas City a hacerles una visita. Mi condición de "héroe" conlleva unos privilegios de los que no puede gozar un "joven civil soltero"; en tiempo de guerra las costumbres se relajan un poquitín, y podré pasar algún tiempo con ellos. Se han portado muy bien conmigo: me escriben casi todos los días y me mandan dulces o una tarta cada semana. Estos últimos los comparto con los demás, a regañadientes; las cartas las guardo como un tesoro.

Ojalá fuera igual de fácil recibir correspondencia de mi familia de Tertius.

Mensaje básico, repetido: la cita es para el 2 de agosto de 1926, diez años T después de que me depositarais aquí. La última cifra es "seis", no "nueve".

Con todo mi amor,

Cabo Ted ("Tato") Bronson

Queridos señor Johnson y familia (Nancy, Carol, Brian, George, Marie, Woodie, Dickie, Ethel y señora Smith):

No puedo expresar cuánto me conmueve que este huérfano haya sido "adoptado hasta el final de la guerra" por la familia Smith y saber que el capitán Smith lo confirma. En el fondo de mi corazón todos ustedes han sido "mi familia" desde aquella noche triste y dichosa en la que me despidieron al irme a la guerra cargado de regalos y buenos deseos y con la cabeza llena de sus prácticos consejos, y más próximo al llanto de lo que dejé adivinar. Que la señora Smith me diga, citando una frase de una carta de su marido, el capitán, que me "adoptan" de verdad... En fin, vuelvo a estar al borde del llanto, y de un suboficial no se esperan semejantes debilidades.

No he buscado al capitán Smith. Capté la insinuación que me hacían en su carta, pero no lo necesitaba, de veras; ya llevo en el servicio el tiempo suficiente para saber que los hombres alistados no aspiran a tanto. Estoy igualmente seguro de que el capitán no me buscará a mí, por

razones que no hace falta que explique, ya que usted ha servido en el ejército mucho más tiempo que el capitán y yo juntos. La señora Smith tuvo un detalle exquisito al sugerirlo, pero ¿querrá usted hacerle comprender que no puedo aspirar a codearme con un capitán, y que ella no debiera instar a su esposo a buscar la compañía de un suboficial?

Si no logra hacérselo entender (y ello es posible, porque el ejército es otro mundo), quizá bastará con esto: el campamento Funston es muy grande, y el único medio de transporte de que dispongo son mis dos patitas. Ponga una hora para ir y volver, marchando a buen paso. Añada cinco minutos con el capitán cuando le localice, si le localizo. Ya sabe usted, porque le mandé una copia, lo apretado que tenemos el horario. Ya se ve que en todo el día no hay tiempo de hacerlo.

Pero le agradezco la amabilidad.

Por favor, transmita a Carol mis más expresivas gracias por los bizcochitos de nueces. Son tan buenos como los que hace su madre; no cabe mayor elogio. Mejor dicho: lo "eran", puesto que desaparecieron en un instante, engullidos por mí y por otros (mis compañeros son una pandilla de glotones). Si desea casarse con un granjero de Kansas zanquilargo y con muy buen apetito, dígale que conozco a uno que se casaría con ella sin necesidad de que se la presentaran, sólo por esos bizcochos.

Este lugar ya no es el simulacro de campamento que le describía en mis primeras cartas. En lugar de chimeneas de estufa ahora tenemos morteros de verdad, han desaparecido los fusiles de madera y hasta a los reclutas más novatos les dan rifles Springfield tan pronto aprenden a girar a izquierda y derecha en formación y a hacer alto más o menos a un tiempo.

Pero sigo necesitando Dios y ayuda para enseñarles a usar rifles "como manda el libro". Tenemos dos tipos de recluta: chicos que nunca han disparado un fusil y otros que alardean de que sus papás solían mandarles a cazar el desayuno y no les daban más que un cartucho. Prefiero a los primeros, aunque en su inconsciente estén aterrados y haya que enseñarles a perder el miedo. Por lo menos no han adquirido defectos y les puedo enseñar lo que los instructores profesionales del ejército me enseñaron a mí, y los tres galones que ahora llevo en la manga garantizan que me escuchan.

Pero el chico de pueblo que está convencido de saberlo todo (y algunas veces es un buen tirador) no atiende.

Cuesta una barbaridad convencerle de que no va a hacerlo a su manera; lo va a hacer a la manera del ejército, y más le valdrá cogerle el gusto.

A veces estos "yalosabía" se irritan tanto que quieren pelearse. Conmigo, no con los hunos. Suelen ser muchachos que todavía no han descubierto que también enseño combate sin armas. Ya he tenido que arreglar diferencias con un par de ellos detrás de las letrinas, después de retreta. No lucho a puñetazos; no tengo ningún deseo de que me aplasten la narizota con un puño de ordeñador de vacas. Pero la idea de pelear sin reglas, a lo que salga, hace que les brillen los ojos... o bien deciden chocarla y olvidarse del asunto. Si se empeñan en luchar, la cosa no dura más de un par de segundos, porque yo no quiero hacerme daño.

Prometí contarle dónde y cómo aprendí la técnica de la lucha callejera y el jiujitsu. Pero es una historia muy larga, no demasiado agradable en algunos puntos, y no es para contarla por carta. Será mejor que espere a tener un pase que me dé tiempo suficiente para visitar Kansas City.

Pero hace por lo menos tres meses que no me reta nadie. Uno de los sargentos instructores me dijo que había oído a los reclutas llamarme Bronson "el Mortífero". No me importa, con tal que eso signifique paz y tranquilidad cuando esté libre de servicio.

En el campamento Funston sigue haciendo únicamente dos clases de tiempo: demasiado calor y polvo, y demasiado frío y barro. Dicen que éste último es buen entrenamiento para Francia; los "tommies" de por aquí afirman que el peor peligro de esta guerra es el de ahogarse en el fango francés. Los "poilus" que hay entre nosotros no dicen exactamente lo mismo, pero culpan de la lluvia al fuego de artillería.

Por muy mal tiempo que pueda hacer en Francia, todos quieren ir allí y el segundo tema favorito de conversación es "¿cuándo?" (Ni qué decir tiene que el tema principal es cierto veterano.) Los rumores de embarque son incesantes y siempre equivocados.

Pero empiezo a preguntarme si voy a quedarme encallado aquí, haciendo las mismas cosas un mes y otro mes, mientras la guerra continúa en otra parte. ¿Qué les contaré un día a mis hijos? ¿Tú dónde hiciste la Gran Guerra, papi? En Funston, Billy. ¿En qué parte de Francia está eso, papi? Cerca de Topeka, Billy; ¡come y calla!

Tendré que cambiarme el nombre.

Va haciéndose pesado ordenar a un grupo tras otro que pongan las armas en pabellón y agarren las palas. Hemos cavado en estos prados trincheras suficientes para llegar a la Luna, y conozco cuatro formas de hacerlo: la francesa, la inglesa, la americana... y la forma como lo hace cada nuevo grupo de reclutas, con muros de contención que se derrumban; entonces preguntan qué más da si en cuanto nosotros lleguemos allí el general Pershing va a cortar este aburrimiento de la guerra de trincheras y poner en fuga a los hunos.

Puede que tengan razón. Pero yo tengo que enseñar lo que me dicen que enseñe. Hasta que tenga el pelo blanco, quizá.

Me alegra saber que está usted en el Séptimo Regimiento; sé lo mucho que significa para usted. Pero por favor, no menosprecie al Séptimo de Missouri llamándolo "guardia doméstica". A menos que alguien le haga pronto una buena llave a Hindenburg, es posible que usted vea esta guerra desde dentro.

Pero sinceramente, señor, espero que no sea así, y creo que el capitán Smith suscribiría mi razonamiento. Alguien tiene que custodiar la casa, y me refiero a una casa muy determinada del bulevar Benton. Brian junior aún no tiene edad para ser el hombre de la familia, y creo que el capitán Smith estaría preocupado si usted no estuviera allí.

Pero comprendo lo que siente. Dicen que para un sargento instructor el único modo de salir de la noria es perder los galones. ¿Se avergonzaría usted de mí si me ausentara sin permiso el tiempo suficiente para que me degradaran a cabo... y luego hiciera algo más para perder también ese galón? Estoy seguro de que con eso me metería en el primer tren que saliera hacia el este.

Será mejor que no lea esto último al resto de la familia. A un "Smith honorario" le convendría más encontrar otro medio.

Con todos mis respetos para usted y la señora Smith, y mi amor para todos los jovencitos,

Librodot

Ted Bronson "Smith"

(contentísimo de que me hayan "adoptado")

-¡Adelante!

-Se presenta el sargento Bronson, capitán Smith, según ordenó -(no te habría reconocido, papi. Pero maldito si no eres exactamente como debías ser, sólo que pareces más joven.)

-Descanse, sargento. Cierre esa puerta y siéntese.

-Sí, señor.-Lazarus lo hizo, todavía perplejo. No sólo no había esperado nunca que el capitán Smith se pusiera en contacto con él, sino que se había abstenido de pedir un pase lo bastante largo como para permitirle ir a Kansas City por dos razones: uno, su padre podía estar allí aquel mismo fin de semana; o dos, su padre podía no estar allí aquel mismo fin de semana. Lazarus no sabía a ciencia cierta qué era peor, y había evitado ambas posibilidades.

Ahora, un individuo con aspecto de ladrón de perros montado en una motocicleta con sidecar le había venido a buscar con orden de "presentarse al capitán Smith", y sólo después de hacerlo supo que este "capitán Smith" era el capitán Brian Smith.

-Sargento, mi suegro me ha hablado mucho de usted. Y también mi esposa.

Para aquello no parecía que hubiera respuesta, de modo que Lazarus puso cara de tímido y no dijo nada. El capitán Smith prosiguió:

-Vamos, sargento, no se sienta incómodo; le hablo de hombre a hombre. Mi familia, por así decirlo, le ha "adoptado", y ello merece mi más decidida aprobación. De hecho se ajusta a algo que el Ministerio de la Guerra está poniendo en marcha a través de la Cruz

Roja, la YMCA y las iglesias, un programa para localizar a cada hombre que lleve uniforme y no reciba correspondencia con regularidad, y procurar que la reciba. En otras palabras, conseguir que una familia lo "adopte hasta la terminación de la guerra". Que le escriba, que se acuerde de su cumpleaños, que le envíe pequeños regalos. ¿Qué le parece?

-Suena bien, señor. Lo que la familia del capitán ha hecho por mí ha sido bueno para mi moral, ciertamente.

-Me agrada oírlo. ¿Cómo organizaría usted un programa así? Hable claro, no tenga miedo de expresar sus ideas.

(¡Dame una mesa de despacho y lo convertiré en mi carrera, papi!)

-Señor, el problema se descompone en dos... no, en tres partes. Dos de preparación y una de ejecución. Primera parte, localizar a los hombres. Segunda, localizar al mismo tiempo a las familias dispuestas a ayudar. Tercera, reunirlos. Lo primero deben hacerlo los sargentos primeros -les va a encantar; sí, sí...-. Tendrán que exigir a los oficinistas de cada compañía que cotejen el correo con la lista antes de distribuirlo. Veamos... Habrá que hacerlo con rapidez; no es buena idea retrasar la hora del reparto por cualquier motivo. Pero el cotejo no puede dejarse en manos de los sargentos de pelotón; no están preparados para hacerlo y les saldría mal. Ha de ser en el punto donde el ordenanza de correos entrega la correspondencia a cada escribiente de compañía.-Lazarus hizo una pausa para pensar-. Pero para que esto funcione, mi capitán y

perdone, el general en jefe ha de ordenar a su ayudante que solicite de cada comandante de compañía, escuadrón y batería una notificación de la cantidad de envíos que cada hombre que tenga bajo su mando haya recibido esta semana -(y eso es una censurable intromisión en la vida privada de cada cual, además de una multiplicación del trabajo de oficina que hace empantanarse a los ejércitos. Los que añoran el hogar tienen hogar y reciben correo. Los solitarios no quieren cartas: quieren mujeres y whisky. El matarratas que venden como whisky en este estado partidario de la ley seca he hecho de mí un abstemio)-. Pero no debiera ser un papeleo aparte, mi capitán; sólo se necesita añadir una columna de marcas al parte semanal. Si la cosa requiere demasiado tiempo, los comandantes de compañía y los sargentos jefe no pararán de lamentarse... y el general en jefe recibirá informes que en su mayor parte serán producto de la imaginación de cada escribiente. Mi capitán ya lo sabe, de eso estoy seguro.

El padre de Lazarus hizo la mueca que le hacía parecerse a Teddy Roosevelt.

-Sargento, me ha hecho usted reconsiderar la carta que estoy preparando para el general. Mientras yo esté destinado a "proyectos e instrucción", ningún nuevo programa hará que crezca el papeleo, si puedo impedirlo. He estado sudando tinta para reducir éste al mínimo indispensable, y usted me ha enseñado la forma de hacerlo. Dígame: ¿por qué rehusó hacer el curso de oficiales cuando se lo ofrecieron? No me lo diga si no quiere; es asunto suyo.

(Voy a tener que mentirte, papi, porque no puedo hacerte notar que un jefe de pelotón tiene una esperanza de vida de veinte minutos si conduce su pelotón "al asalto" y lo hace "como manda el libro". ¡Qué guerra ésta!)

-Mírelo de este modo, mi capitán: supongamos que presento la solicitud. Un mes para que me la aprueben. Luego tres meses en Benning, o en Leavenworth, o dondequiera que los envíen. Luego otra vez aquí, o a Bliss, o dondequiera que me destinen con los reclutas. Seis meses con ellos, y a ultramar. Una vez allí, más adiestramiento en retaguardia, según he oído decir. Todo ello suma un año, más o menos; la guerra habrá terminado y yo no habré estado en ella.

-Hum... Puede que tenga razón. ¿Usted quiere ir a Francia?

-¡Sí, señor! (¡No, cielos!)

-El domingo pasado justamente, en Kansas City, mi suegro me dijo que ésta sería la respuesta de usted. Pero es posible que ignore, sargento, que el puesto que ocupa será igual de frustrante... sin la compensación de unos galones en las hombreras. Aquí en "proyectos e instrucción" seguimos los pasos de todos los instructores alistados, y a los que no funcionan los mandamos para allá, pero a los que sí funcionan no los soltamos por nada del mundo.

"Salvo por una cosa -su padre volvió a sonreír-: nos han pedido, que es un modo más suave de decir que nos han "ordenado", que aportemos algunos de nuestros mejores instructores a ese adiestramiento en retaguardia, en Francia, que usted ha mencionado. Sé que usted es apto para ello; no he dejado de ver ni uno solo de los informes semanales sobre usted desde que mi suegro me habló de usted. Su aprovechamiento resulta sorprendente en un hombre sin experiencia en combate... aparte una ligera tendencia a salirse de lo ordenado en algunos puntos, que personalmente no me parece que sea impedimento alguno; el soldado que cumple las ordenanzas al pie de la letra sólo sirve para la vida de cuartel. *Est-ce que vous parlez la langue francaise?*

-*Oui, mon capitaine*.

-Eh, bien! Peut-etre vous avez enrolé autrefois en la Légion Etrangere, n'est-ce pas?

-Pardon, mon capitaine? Je ne comprends pas.

-Ni yo le entenderé si hablamos tres palabras más en francés. Pero estoy estudiando mucho, porque espero que el francés será el billete que me saque de este rincón tan polvoriento. Olvídese de que se lo he preguntado, Bronson. Pero he de hacerle otra pregunta, y quiero una respuesta absolutamente franca. ¿Hay alguna probabilidad, la que sea, de que alguna autoridad francesa le ande buscando? A mí y al Ministerio de la Guerra nos importa un comino lo que haya podido hacer en el pasado. Pero debemos proteger a los nuestros.

Lazarus apenas lo dudó. (Papá me está diciendo, hablando en plata, que si soy un desertor de la Legión Extranjera, o un fugado de la Isla del Diablo, o algo por el estilo, va a mantenerme fuera de la jurisdicción francesa.)

-¡Absolutamente ninguna, mi capitán!

-Me tranquiliza oírlo. Radio macuto ha lanzado rumores que papá Johnson no podía negar ni confirmar. Ahora que hablamos de él... póngase en pie, un momento. Ahora mire a la izquierda, por favor. Y al frente. Me ha convencido Bronson. No recuerdo a tío Ned, el tío de mi esposa, pero apostaría lo que fuera a que usted está emparentado con mi suegro, y ciertamente la teoría de éste concuerda. Lo cual, de alguna manera, nos hace "parientes". Quizá cuando la guerra haya terminado podremos entrar a fondo en la

cuestión. Pero tengo entendido que mis hijos le llaman "tío Ted"...lo cual es bastante acertado, y a mí me parece muy bien, si a usted se lo parece.

-¡Desde luego que sí, señor! Es bueno tener una familia, desde cualquier punto de vista.

-Así lo creo. Una cosa más, tan sólo... y olvídela en cuanto salga por esa puerta. Creo que un día de éstos a los galones que lleva les nacerá otro... y poco después le darán un permiso corto que no ha solicitado. Cuando eso ocurra, no dé pie a más rumores. *Comprenez-vous?*

-Mais oui, mon capitaine, certainement.

-Ojalá pudiera decirle que estaremos en la misma tropa; a papá Johnson le gustaría. Pero no puedo. Entretanto, por favor, recuerde que yo no le he dicho nada.

-Ya lo he olvidado, mi capitán -(¡Papá cree que me hace un favor!)- ¡Gracias, señor!

-De nada. Puede retirarse.

7

El sargento primero Theodore Bronson encontró Kansas City muy cambiada: había uniformes y pasquines por todas partes. El Tío Sam le miraba a la cara: "El Ejército de los Estados Unidos te necesita". Una enfermera de la Cruz Roja aparecía sosteniendo en una camilla a un hombre herido, como si fuera un bebé, con una palabra: "Dad". En un restaurante, un rótulo rezaba: "Guardamos los Días de Abstinencia de Carne, de Trigo y de Dulces". En

muchas ventanas había banderines militares: en uno contó cinco estrellas, y vio varios con estrellas doradas.

Había más circulación de la que recordaba, y los tranvías iban llenos hasta los topes, con muchos pasajeros de uniforme; parecía como si hubieran vaciado sobre la ciudad todo el campamento Funston y todos los campamentos o fuertes de las inmediaciones a un tiempo. Sabía que no era así, pero el tren en el que había dormitado casi toda la noche anterior iba tan atestado que parecía verdad.

El "rápido caqui" era tan mugriento como un tren de ganado y aún más lento. Había cedido el paso una y otra vez a los trenes de mercancías, y en una ocasión a un transporte de tropas. Lazarus llegó a Kansas City muy entrado el día, cansado y sucio; había salido descansado y limpio del campamento. Pero llevaba consigo el viejo y maltratado maletín y se proponía remediar tal situación antes de ver a su familia "adoptiva".

Consiguió un taxi agitando un billete de cinco dólares a la entrada de la estación, pero el chófer se empeñó en llevar a tres pasajeros más que iban hacia el sur antes de preguntar a Lazarus qué dirección llevaba. El taxi era un landaulet Ford igual que el suyo, pero en mucho peor estado. El cristal de separación entre los asientos delanteros y traseros (la característica que hacía de él una "limusina") había sido desmontado, y la capota plegable del compartimento trasero parecía plegada definitivamente. Pero con cinco personas a bordo y el equipaje sobre las rodillas se agradecía la ventilación. El conductor dijo:

-Usted es el primero, sargento. ¿Adónde?

Lazarus dijo que quería encontrar una habitación de hotel hacia el sur, cerca de la Treinta y uno.

-Es usted un optimista; bastante cuesta encontrar una en el centro. Pero lo intentaremos. ¿Alguno de estos señores querrá apearse antes ?

Terminó cerca del cruce de las calles Treinta y uno y Mayor ("Residentes y transeúntes. Todos los apts. y habs. con baño"). El chófer dijo:

-Este sitio es demasiado caro, pero o se queda aquí o se vuelve al centro. No, guárdese el dinero hasta que sepa si le admiten. ¿Sale pronto para ultramar?

-Eso me han dicho.

-En ese caso me debe un dólar; no acepto propina de un hombre que está a punto de salir para allá. Yo tengo un hijo allí. Déjeme hablar con el recepcionista.

Diez minutos después, Lazarus se regalaba con el primer baño completo que se había dado desde el 6 de abril de 1917. Luego durmió tres horas. Cuando su campanilla interior le despertó, se vistió de pies a cabeza con ropa limpia, con su mejor uniforme: se había retocado los pantalones para que le cayeran mejor desde la rodilla. Bajó al vestíbulo y llamó por teléfono a casa de su familia.

Contestó Carol, y gritó:

-¡Oh, mamá: es tío Ted!

-¿Dónde está, sargento Theodore? -la voz de Maureen Smith sonaba serenamente cálida-; Brian junior quiere pasar a recogerle.

-Déle las gracias de mi parte, señora Smith, pero estoy en un hotel cerca de la línea de tranvía de la calle Treinta y uno; estaré ahí antes que él llegue aquí; si es que soy bien recibido.

-¿"Bien recibido"? ¡Qué cosas dice nuestro soldado adoptado! A usted no le corresponde alojarse en un hotel; tiene que instalarse aquí. Brian... me refiero a mi marido, el capitán... nos dijo que le esperásemos, y que iba a alojarse con nosotros. ¿No se lo dijo?

-Sólo he visto una vez al capitán, señora, hace tres semanas. Que yo sepa, él ignora que estoy de permiso. No quiero causarles molestias.

-¡Bah! No se hable más, sargento Theodore. Al empezar la guerra trasladamos la alcoba de la doncella a la planta baja: mi cuarto de costura, donde usted jugaba al ajedrez con Woodrow, lo transformamos en cuarto de huéspedes, para que el capitán pueda traer a casa a algún oficial hermano para el fin de semana. ¿Quiere que le diga a mi marido que usted se negó a dormir aquí?

(¡Maureen, amor mío, estamos acercando demasiado la estopa al fuego! No dormiré; permaneceré despierto en la cama pensando en ti, y tú estarás en el piso de arriba, entre los niños y el abuelo).

-No, señora capitana; sí, amabilísima anfitriona, estaré encantadísimo de dormir en su cuarto de costura.

-Eso está mejor, sargento. Por un momento creí que mamá tendría que darle unos azotes.

Brian junior aguardaba en la parada de la calle Benton, con George de lacayo y Carol y Marie en el asiento de atrás. George le arrebató el maletín a Lazarus y se encargó de él; Marie lanzó un chillido:

-¡Ahí va, qué lindo viene tío Ted! -y Carol la corrigió:

-Guapo, Marie. Los soldados están guapos y elegantes, no "lindos". ¿No es así, tío Ted?

Lazarus levantó a la niña más bajita sujetándola por los codos, la besó en la mejilla y la puso en tierra.

-Técnicamente, sí, Carol, pero si a Marie la perezco "lindo", no tengo nada que objetar. ¡Esto sí es un comité de recepción! ¿Qué hago, correr tras del coche?

-Siéntate ahí, con las niñas -ordenó Brian junior-. ¡Pero antes mira esto! -señaló-: ¡un pedal para el gas! ¿No está fenómeno?

Lazarus asintió, y dedicó unos momentos a examinar el coche; estaba en mejor estado que cuando lo dejó, reluciente y limpio de las llantas al techo y con varios accesorios nuevos además del pedal de aceleración: una tapa de radiador muy vistosa, protectores de goma para los pedales, un soporte para la llanta en la parte trasera con una maleta de cuero barnizado para el neumático de repuesto; una rejilla para guardar prendas de abrigo en el compartimento trasero, con una manta de viaje pulcramente plegada, y, como remate, un florero de cristal tallado con una rosa.

Librodot

-¿Y el motor está tan bien cuidado como todo lo demás?

George levantó el capó. Lazarus miró y movió la cabeza en señal de aprobación:

-Como una patena. Uno puede meter las manos y no mancharse.

-Eso es exactamente lo que hace el abuelo -explicó Brian- dice que si no lo cuidamos no lo podremos usar.

-Pues vaya si lo cuidáis.

Lazarus llegó en triunfo, rodeando con un brazo a una niña alta y con el otro brazo a una niña baja. El abuelo le aguardaba en el porche de la entrada y bajó por el pequeño sendero para salir a su encuentro; Lazarus corrigió al instante la imagen que guardaba de él en la mente: el viejo soldado iba de uniforme y parecía un pie más alto, al caminar rígidamente erguido; lucía cordones sobre el pecho, galones en las bocamangas, polainas cuidadosamente arrolladas y una gorra colocada muy alta y ligeramente echada hacia atrás.

Cuando Lazarus se volvió tras dejar a Carol, después de que Marie se adelantara brincando, el abuelo se detuvo y ejecutó ante Lazarus un aparatoso saludo militar de la mejor escuela.

-¡Bienvenido a casa, sargento!

Lazarus le devolvió un saludo no menos ostentoso.

-Gracias, sargento. Me alegro de estar aquí -y añadió-: Señor Johnson, no me dijo usted que era sargento de intendencia.

-Alguien tiene que contar los calcetines. Me avine a...

El resto de la frase se perdió ante la explosiva llegada de Woodie:

-¡Eh, tío sargento! ¡Vas a jugar al ajedrez conmigo!

-Claro, campeón -concedió Lazarus, con la atención fija en otras dos cosas: la señora Smith en la puerta abierta y un banderín militar en la ventana del salón. Tres estrellas. ¿Tres?

El abuelo le apremiaba a entrar diciendo algo acerca de que era noche de instrucción, por lo que cenarían temprano. Nancy le besó, abiertamente y sin antes pedir permiso a su madre con la mirada; luego hubo que tomar en brazos a Dickie y darle un beso, y a la pequeña Ethel (¡que ya caminaba!), y finalmente Maureen le tendió su delicada mano, le atrajo hacia ella y le rozó la mejilla con los labios.

-Sargento Theodore... Me alegro tanto de tenerle en casa...

La cena fue un circo ruidoso y bien dirigido, con el abuelo presidiendo en lugar de su yerno, mientras su hija lo dirigía todo con serena dignidad desde el otro lado y sin levantarse, una vez Lazarus la hubo ayudado a sentarse y ocupado a su vez el lugar de honor, a la diestra de ella. Sus tres hijas mayores hacían todo lo necesario. Ethel se sentó en una silla alta para niños a la izquierda de su madre; George la ayudaba. Lazarus supo que la tarea la realizaban por turno rotativo los cinco mayores.

La comida, para estar en tiempo de guerra, era espléndida, con pan de maíz, caliente y dorado, en sustitución del pan blanco, por ser día de abstinencia de trigo; la severísima disciplina (administrada por Nancy y Brian hijo) exigía que se comiera cada bocado que se aceptase, con admoniciones a propósito de los belgas que pasaban hambre. Lazarus no se preocupó por lo que comía, pero no olvidó felicitar a las cocineras (tres), y trató de responder a todo lo que le decían, tarea casi imposible ya que George y Brian querían hablar de la afición de su tropa a recoger cáscaras de nuez y huesos de melocotón, y de cuántas se necesitaban para cada máscara antigás, y hubo que permitir que Marie alardease de saber hacer calceta tanto como George ¡y sin que se le escapara un punto!, y contara cuántos cuadros hacían falta para montar una manta, en tanto que el abuelo quería charla con Lazarus de las cosas del oficio y tenía que ponerse serio para que le dejaran meter baza.

Maureen Smith parecía creer que no era necesario hablar. Sonreía y se mostraba feliz, pero a Lazarus le pareció que había tensión por debajo de su autodominio; el sufrimiento de Penélope, una angustia de siglos. (¿Por mí, querida? No, claro que no. Quisiera poder decirte que papá volverá, ileso. Pero ¿cómo podría convencerte de que lo sé? Tendrás que sobrellevarlo igual que lo sobrellevó Penélope. Lo siento, amor mío.)

-¿Perdón, Carol? No escuchaba.

-¡Decía que es absolutamente terrible que tengas que irte tan pronto! Cuando estás a punto de partir hacia "allí".

-Pero si es mucho tiempo, Carol, para estar en guerra. Sólo que venir aquí y regresar consume mucho tiempo. No gozo de especiales privilegios; no me consta que me vayan a mandar a ultramar.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa, y los muchachos mayores intercambiaron miradas. Ira Johnson lo rompió diciendo con voz queda:

-Sargento, los niños saben lo que significa un pase entre semana. Pero no hablan; son disciplinados. Mi yerno decidió, creo que sabiamente, no ocultarles las cosas sin necesidad.

-Pero abuelo, cuando papá viene con permiso no se marcha al día siguiente. No es justo.

-Eso -dijo atinadamente Brian hijo- es porque papá suele venir con el capitán Bozell en el Marmon Seis y ese cochazo se traga las millas como el aire. Sargento primero tío Ted, yo podría llevarte de vuelta al campamento. Así no tendrías que marcharte hasta mañana por la noche.

-Gracias, Brian, pero no creo que debamos. Si mañana por la tarde tomo el tren que llaman "el rápido de diana", estoy a salvo de riesgos aunque el tren llegue con un poco de retraso, y ésta es una de las ocasiones en que no pienso exponerme a que me pongan

falta al pasar lista.

-Estoy de acuerdo con el sargento Bronson -añadió el abuelo-, y esto zanja la cuestión, Brian. Ted no puede arriesgarse a llegar tarde. Veo que será mejor que empiece a moverme yo también. Si me disculpáis, hija...

-Desde luego, padre.

Librodot

-¿ Puedo llevarle a la explanada de maniobras, sargento Johnson? O donde sea...

-Voy al arsenal. No, no, Ted, mi capitán pasa a recogerme y me trae de vuelta a casa; él y yo llegamos temprano y nos quedamos allí hasta tarde. Brr. ¿Por qué no se lleva a Maureen a dar una vuelta por ahí? Hace una semana que no sale de casa. Se está quedando pálida.

-¿Señora Smith? Para mí sería un honor.

-¡Iremos todos!

-George -dijo el abuelo con firmeza-: se trata de que tu madre pase una hora libre del ruido y del agobio de los niños.

-¡El sargento Ted prometió jugar al ajedrez conmigo!

-Yo oí lo que dijo, Woodie. Pero no fijó hora, y mañana aún estará aquí.

-¡Y hace muchísimo tiempo prometió llevarme al Electric Park, y nunca lo hizo!

-No sabes cuánto lo siento, Woodie -respondió Lazarus-, pero la guerra llegó antes de que abrieran el parque. Quizá tengamos que esperar a que la guerra termine.

-Pero tú dijiste que...

-Woodrow -dijo su madre con firmeza-, basta ya. El que está de permiso es el sargento Theodore, no tú.

-Y no pongas esa cara de malhumor -añadió su abuelo-, o mando formar al regimiento y te ato al palo de la bandera y te doy de latigazos. ¿Nancy? Te toca hacer de cuartelera, querida.

-Pero... -La hija mayor se calló.

-Padre, el amigo de Nancy está a punto de cumplir dieciocho años y va a presentarse voluntario, creo que ya te lo dije. Por eso esta noche unos cuantos jóvenes le organizan una fiesta para darle una sorpresa.

-Ah, sí; se me fue de la memoria. Es un gran chico, Ted; usted le daría su aprobación. Rectifico, Nancy: estás libre de servicio. ¿Carol?

-Carol y yo nos podemos encargar de todo -respondió Brian-; ¿no, Carol? Esta noche me toca lavar a mí, Marie seca, y a George le corre el turno. Las horas de dormir quedan según el cuadro, los teléfonos de urgencia están en la pizarra, y ya conocemos las consignas.

-¿Me disculpáis a mí también, pues? -dijo Nancy-. Sargento primero Ted... Estarás aquí mañana, ¿verdad?

Lazarus salió a la acera para saludar al capitán de la milicia del abuelo. Cuando volvió a entrar, Maureen había subido al piso de arriba. Aprovechó la ocasión para refrescarse en el baño contiguo al que fuera cuarto de costura. Quince minutos después casi embriagado por su maravillosa fragancia, acomodaba a la señora Smith en el asiento delantero de su landaulet. ¿Había conseguido bañarse en veinte minutos, más o menos? Así parecía; desde luego, se había cambiado de ropa. Aquella moda de guerra era sorprendente; al introducirla en el coche

Lazarus atisbó no sólo un precioso tobillo, sino también buena párte de una esbelta pantorrilla. La agitación que le causó le turbó profundamente.

¿Cuánto tiempo duraría aquella moda? Mientras daba vueltas a la manivela, trató de serenarse pensando en ello. Los corsés desaparecieron inmediatamente después de aquella guerra, y las faldas se acortaron más y más durante los "tórridos veinte", la "era del jazz". Después, los vestidos femeninos fueron variando a lo largo del siglo, pero con una firme tendencia a dejar ver a los hombres más y más de "aquello por lo que luchaban". Pero el desnudo en sociedad no fue verdaderamente corriente, ni para nadar, hasta el fin de aquel siglo, según le parecía recordar. Luego hubo una reacción puritana al siglo siguiente; había escapado de una época horripilante.

¿Qué pensaría Maureen si intentaba contarle algo de aquello?

El motor arrancó; subió y se sentó junto a ella.

-¿A dónde le gustaría ir, señora Smith?

-No sé, al sur. A algún lugar tranquilo.

-Al sur, pues -Lazarus miró el sol que se ponía y encendió los faros delanteros. Viró en redondo y tomó rumbo sur.

-Pero yo no me llamo "señora Smith", Theodore... cuando estamos a solas.

-Gracias... Maureen -derecho a la Treinta y Nueve y luego ¿por el Paseo, o por Prospect y hasta Swope Park? ¿Le permitiría llevarla tan lejos? ¡Ah, si tuviera por delante mil millas de carretera abierta con Maureen junto a mí!

-Me gusta como pronuncias mi nombre. Theodore. ¿Recuerdas dónde te llevaste a los niños a merendar poco antes de que comenzara la guerra?

-Cerca del Río Azul. ¿Quieres ir allí, Maureen?

-Sí. Si no recuerdas el camino, yo te puedo guiar; fui yo quien sugirió el lugar para aquella merienda.

-Lo encontraremos.

-No hace falta que sea el mismo sitio... pero que sea un lugar tranquilo... y solitario. Donde no tengas que poner la atención en conducir.

(¡Ay, ay, ay! Maureen, querida, no querrás que sea demasiado solitario... Podría darte un susto terrible. Que lo sea lo justo para darnos un beso de despedida; eso sí, estupendo. Luego te devolvemos al hogar sana y salva. Tú eres de este siglo, dulzura mía; antes quisiera un beso, y tu amor y tu respeto, que tentarte a más y hacer que me recordaras con pesar. Lo decidí hace meses, cariño).

-¿Tuerzo por aquí?

-Sí. Theodore, Brian junior dijo que el mando nuevo que instaló permitía conducir con una mano.

-Sí, es cierto.

-En ese caso, conduce con una mano. ¿Queda bastante claro, o aún tengo que ser más atrevida?

Con precaución, él le rodeó los hombros con el brazo. Ella extendió la mano, tomó la de él, tiró de ella y la apretó contra su pecho, diciendo en voz baja:

-No hay tiempo para timideces, querido Theodore. No tengas miedo de tocarme.

Un pecho firme y suave. Un pecho erecto bajo su tacto. Ella se estremeció y se acercó más a él, volvió a apretarle la mano y emitió un leve gemido. Lazarus dijo en voz ronca:

-Te quiero, Maureen.

Ella le respondió, alzando la voz lo suficiente para que él la oyera por encima del ruido del motor:

-Nos queremos desde la noche que nos conocimos. Sencillamente, no podíamos decirlo.

-Sí. Yo no me atrevía a decírtelo.

-No me lo habrías dicho nunca, Theodore. Por eso he tenido que ser atrevida y hacerte saber que yo siento lo mismo -dijo ella, y añadió-: Creo que hay que torcer por ahí.

-Sí, creo que sí. Para conducir por ese camino necesitaré las dos manos.

-Sí -convino ella, soltándole el brazo-, pero sólo hasta que lleguemos. Luego quiero tus dos brazos... y toda tu atención.

-¡Sí! -condujo con cuidado, evitando las rodadas, hasta que el sendero se abrió al paraje llano y cubierto de hierba que recordaba. Una vez allí, dio un giro completo con el coche, en parte para dejarlo orientado para el regreso pero principalmente para cerciorarse de que no había nadie por allí. Los faros no alumbraban más que hierba y árboles. ¡Bien! (¿O mal? Ay, querida, ¿sabes lo que haces?)

Apagó las luces, paró el motor y echó el freno de mano. Maureen fue a sus brazos; su boca, abierta, buscó la de él. Durante largo rato no necesitaron palabras; la boca y las manos de ella eran tan ávidas como las de él y aún más osadas, incitándole más y más.

Al cabo, rió dichosa contra los labios de él y susurró:

-¿Sorprendido? Pero no puedo despedirme como es debido de mi guerrero con los bombachos puestos... Por eso me los quité cuando subí al piso de arriba, y también el corsé. No temas, querido mío; no puedes hacerme daño. Te estoy esperando.

-¿Qué has dicho?

-¿Siempre he de ser yo la que hable y actúe con descaro, Theodore? Estoy embarazada de siete semanas; seguro.

-Ah... este asiento es muy estrecho -añadió él, pensativo.

-He oído decir que la gente joven suele sacar el asiento trasero y ponerlo en el suelo. ¿O acaso te preocupan los bichos? Valor, querido, un guerrero ha de tener valor; eso dice mi padre, y mi marido le da la razón. Ahí detrás hay una manta de viaje, también.

(Maureen, amor mío, está bien claro de dónde saqué mi audacia... o mi cachondez. De ti, querida.)

-Si me sueltas, los sacaré. No me asustan los bichos... ni la mujer más preciosa que he tenido en los brazos. Es tan sólo que me cuesta creerlo.

-¡Te ayudaré!

Bajó del coche sin esperar; él se deslizó por el asiento y la siguió. Ella abrió la puerta del compartimento trasero... y se detuvo bruscamente. Luego dijo alzando la voz en tono jovial:

-¡Eres un bribón, Woodrow! ¡Sargento Theodore! ¡Mire quién está durmiendo en el asiento de atrás! -Mientras hablaba, manoseaba torpemente a su espalda, buscando los botones que le había desabotonado. Lazarus se hizo cargo rápidamente de la tarea.

-¡El sargento Ted prometió llevarme al Electric Park!

-Allí vamos, cariño; ya casi hemos llegado. Ahora dile a mamá: ¿te llevamos a casa y te metemos en la camita, o eres lo bastante mayor como para seguir despierto y venir al Electric Park?

-Eso, campeón -aprobó Lazarus-: ¿a casa, o al parque? -(¿Fue el abuelo quien te enseñó a mentir, Maureen? ¿O es un don? No sólo te quiero; te admiro. Tendrías que estar en el equipo de Pershing.) Le abrochó apresuradamente los botones de la espalda de su vestido.

-¿Eh? ¡Al parque!

-Pues quédate aquí y te llevaremos allí enseguida.

-¡Yo quiero ir delante!

-Campeón, puedes quedarte en este asiento hasta que lleguemos al Electric Park. O hasta que lleguemos a casa y te acostemos. No pienso conducir con dos personas más en el asiento delantero.

-¡Brian lo hace!

-Vamos a casa, señor Smith. Woodie no sabe quién conduce este coche; debe de estar muy dormido.

-¡De eso nada! He echado una cabezadita. Muy bien, iré en el asiento de atrás... al parque.

-¿Señora Smith?

-Iremos al Electric Park, sargento Theodore. Si Woodrow se echa y procura dormir otra siesta.

Librodot

Woodie se acostó sin pensarlo un instante; cerraron la portezuela y Lazarus se los llevó de allí. En cuanto el ruido del motor fue lo bastante intenso para apagar sus palabras, ella dijo:

-Debo llamar por teléfono. Encontrarás un drugstore un poco más allá, donde torcimos; nos viene de camino.

-Para allá, pues. ¿Crees que ha oído mucho?

-Creo que dormía hasta que abrí la puerta. Pero si no, no habrá oído nada importante, y habrá comprendido menos aún. No te preocupes, Ted: valor, siempre valor.

-Deberías ser soldado, Maureen. O general.

-Preferiría ser amada por soldados... y lo soy, y ello me hace rnaravillosamente feliz. Ahora puedes volver a conducir con una sola mano.

-Eso de ahí no es más que un cristal, puede vernos.

-Puedes tocarme sin rodearme con el brazo, Theodore. Yo me sentaré muy tiesa y fingiré ignorar lo que se te ocurra hacer. Pero soy una mujer muy frustrada... y quiero que me toquen. Quiero que me toques tú -con una risita, añadió-: ¿No te parece que somos un par de tontuelos?

-Supongo que sí. Pero yo no me río -Lazarus le apretó el muslo-; yo también estoy frustrado.

-Pero hay que reírse, Theodore -se levantó la falda y le desplazó la mano hasta la parte desnuda del muslo, por encima de las ligas-. Cuando has tenido tantos hijos como yo, tienes que reírte, o te vuelves loca.-Se bajó la falda cubriéndole la mano.

El acarició la piel tibia y suave; ella separó los muslos, invitando a más.

-Debe de ser cómico -reconoció él-: dos adultos derrotados por un niño de seis años.

-Cinco tan sólo, Theodore. No cumple los seis hasta noviembre -le oprimió la mano entre los muslos opulentos y luego los aflojó-. Me acuerdo muy bien. El niño mayor que he tenido: ocho libras... y me da más quebraderos de cabeza que todos los demás juntos; siempre ha sido un bribonzuelo, y siempre ha sido mi preferido, y siempre he tratado de disimularlo; y tú no me delates: me refiero a lo de que Woodrow es mi preferido; aparte esto, no temo que cuentes nada más. Sé que mi reputación está a salvo contigo.

-Lo está.

-Lo sabía; de otro modo no habría urdido esta trama para traerte hasta aquí. Pero sólo es "reputación"; ya sabes lo buena pieza que soy por debajo de la máscara. Pero he cultivado mi reputación con muchísimo cuidado... por mis hijos. Por mi marido.

-Has dicho "trama".

-¿No estabas seguro de que lo era? Yo supe enseguida, al enterarme del poco tiempo que tenías, que disponía exactamente de una oportunidad de tenerte a solas y hacerte comprender que quiero que vuelvas con tu escudo y no sobre él. Para una mujer sólo hay un modo de decirle esto a un guerrero. Por eso me procuré la ayuda de papá para alejarte de mi manada de

críos -volvió a reír entre dientes-. Pero el peor pillastre que tengo ha echado por tierra mis planes, elaborados con tanto cuidado. Porque los ha arruinado, querido; no quiero aventurarme a hacerlo en casa. Siempre lamentaré que no lo hayamos conseguido... y espero que tú también.

-¡Oh, claro que lo lamentaré, de veras! ¿Y engatusaste al señor Johnson para que sugiriese la idea de este paseo en coche? ¿No sospechará?

-Estoy convencida de que lo sospecha. Y que lo desaprueba. mejor dicho, que desaprueba lo que yo hago, Theodore, no lo que haces tú. Pero mi reputación está tan a salvo en sus manos como en las tuyas. ¿Quieres oír un chiste para desternillarse? Nos hará reír tan fuerte que olvidaremos lo frustrados que estamos.

-Me reiré si tú ríes.

-¿No te ha extrañado que conociera el lugar ideal? Es que ya he estado allí antes, Theodore, con el mismo propósito. Pero el chiste no es éste, sino éste: ese pillastre del asiento de atrás fue concebido allí, en el mismo lugar donde yo iba a hacer que me poseyeras.

Lazarus meditó durante una fracción de segundo y soltó una carcajada:

-¿Estás segura?

-Segurísima, señor mío. A diez pies de donde paraste el coche, junto a aquel nogal tan alto. Proyectaba hacer que me colocaras en el mismo lugar. Soy una sentimental, Theodore; quería que me poseyeras precisamente donde concebí a mi hijo predilecto. ¡Y el diablillo me lo impidió! Cuando yo ya estaba excitadísima pensando en hacerlo contigo exactamente en el mismo sitio.

Lazarus meditó largamente y determinó que sí quería saberlo.

-¿Quién era él, Maureen?

-¿Qué? ¡Ah! Supongo que la pregunta la he provocado yo, conque no la tomaré a mal. Theodore, yo soy liviana, pero no tanto. Mi marido, querido: todos mis hijos son suyos, no hay posibilidad de error. Tú sólo has visto a Brian como oficial, pero en la vida privada mi marido es muy retozón. Tanto, que cuando salgo de excursión con él nunca me pongo bombachos.

"Fue un dieciocho de febrero, domingo; un domingo que jamás olvidaré. Por aquel entonces tenía empleada a una chica; Nancy era demasiado jovencita como para dejarla con los más pequeños, y Brian siempre andaba de viaje por ahí, y me quería dispuesta a todo cuando estaba en la ciudad, y acababa de comprarse el primer coche.

"Aquel domingo era uno de esos días que se dirían de primavera, y Brian decidió llevarme de paseo en coche. A mí sola. Había establecido una regla terminante, la de que algunas ocasiones eran para toda la familia y otras únicamente para papá y mamá; creemos que es buena política para una familia numerosa. Así es que nos fuimos a aquel rincón tan bonito, que hasta en invierno es hermoso, y el suelo estaba seco. Nos sentamos y jugueteamos, y él metía la mano donde la tienes tú... y me dijo que me quitara la ropa.

-¿En febrero?

Librodot

-Yo no protesté. Estábamos a casi veinte grados y no soplaba viento, pero yo lo haría con mucho más frío si mi marido me lo pidiera. Conque me la quité; toda, menos los zapatos y las medias, y parecía una postal francesa de las que los hombres compráis en los estancos. No tenía frío, me sentía estupendamente; me gusta sentirme perversa, y Brian me anima a serlo, cuando estamos solos. Desmontó el asiento de atrás, lo puso en aquel punto y lo cubrió con una manta. Y me lo hizo. Y entonces fue cuando quedé embarazada de Woodrow. Tuvo que ser entonces, porque Brian sólo estuvo un día en casa y ésa fue la única vez que lo hicimos. Cosa insólita, porque normalmente apuramos más el amor; nos gusta tanto... -Rió por lo bajo-. Cuando estuve segura, Brian me gastaba bromas acerca del repartidor del hielo, del lechero y del cartero... ¿o fue quizás el chico del colmado? Yo le devolvía la broma diciendo que pudo ser cualquiera de los cuatro, pero el guardabosque llegó primero... en el bosque. Para aquí, querido; será cosa de un momento.

Entraron todos, pues Woodie se despertó (si es que había dormido; Lazarus tenía sus negras dudas al respecto, pero revisó mentalmente lo anterior y decidió que Maureen había puesto cuidado tanto en el tono de voz como en las palabras). Lazarus compró un cucurucho de helado al chico para tenerle callado y le hizo sentarse ante la fuente de soda; acto seguido fue al otro extremo del local y escuchó la llamada telefónica de Maureen; quería saber qué mentiras habría de certificar.

-¿Carol? Soy mamá, cariño. ¿Has pasado lista?... Deja de preocuparte; el muy pillastre se escondió en el asiento de atrás, y no lo descubrimos hasta que estuvimos cerca del Electric Park... Sí, querida, al Electric Park, y estoy muy contenta. Llevaré a Woodrow con nosotros y no permitiré que el diablillo nos agüe la fiesta... Antes de lo que quisiera; Woodrow se caerá de sueño antes que mamá; quiero montar en todos los tiovivos y ganar una muñeca de trapo en los puestos de tiro, por lo menos... Sí, siempre que Marie se acueste a su hora. Prepara natillas para los chicos; no, natillas no; no hay que malgastar la ración de azúcar. Haz palomitas de maíz, y diles que siento que hayan estado inquietos. Los mayorcitos podéis quedaros levantados y darle las buenas noches a tío Ted. Adiós, cariño.

Dio gracias al boticario con sonriente señorío, tomó a Woodie de la mano y salió sin prisa. Pero tan pronto Lazarus puso el automóvil en marcha, le cogió la mano derecha y la devolvió a la tibia intimidad de sus muslos desnudos.

-¿Algún problema? -preguntó él, acariciando su sedosa piel.

-Ninguno. Se habían enzarzado en una encarnizada partida de canasta y no le echaron en falta hasta que llegó la hora de meterle en cama, unos minutos antes de llamar yo. Estaban preocupados, pero conservaban la calma. El diablillo ya se nos ha escondido otras veces. Theodore, ir al Electric Park es un gasto con el que no contabas. ¿Querrás dejar tu orgullo a un lado y permitirme que te ayude?

-Lo haría si necesitara ayuda; carezco de esa clase de orgullo inútil. Pero tengo mucho dinero, de veras. Si ando escaso, te lo diré. (Querida mía, he estado dando clases a optimistas para no echar mano de mis ahorros, y ahora quisiera gastar hasta el último centavo en esmeraldas para adornar tu hermosísima piel. Pero tu orgullo hace que sea imposible).

-No sólo te quiero, Theodore, sino que eres una compañía de lo más grato.

Llevar a Woodie y a su madre al Electric Park resultó ser más divertido de lo que Lazarus esperaba. No tenía nada contra los parques de atracciones y estaba dispuesto a ir a cualquier lugar con Maureen, sólo que esta vez esperaba tener que soportar una frustración desazonada, y

en público, donde debía darle tratamiento de "señora Smith", después de estar en la más cálida intimidad, ahora frustrada.

Pero ella le dio una lección de cómo disfrutar lo inevitable.

Lazarus supo que Maureen podía mantener sin rubor alguno la intimidad, a pesar de la gente que les rodeaba, y conservar su señorío sonriente y regio. Lo conseguía guardando siempre intacto su personaje de joven matrona feliz con niño asiéndole la mano, disfrutando ambos una tarde de inocente diversión como invitados de "primo" Theodore y "tío" Ted... al tiempo que hallaba innumerables ocasiones de continuar su alegre y desvergonzada conversación. Maureen no lo hacía en susurros, sino en un tono de voz normal, calculado para llegar solamente a los oídos de Lazarus, o en ocasiones a los de Lazarus y Woodie, pero en frases que no serían comprensibles ni interesantes para el niño.

En una ocasión reprendió amablemente a Lazarus:

-Sonríe, amado mío. Que se te vea en la cara que eres lo que quieres ser y haces lo que quieres hacer. Eso está mejor, así. Ahora conserva esta expresión y dime por qué ponías esa cara de melancolía.

-Porque estoy frustrado, Maureen -respondió él con una sonrisa forzada-. Porque no estoy en determinado lugar junto a un nogal.

Ella rió como si él hubiera dicho algo chistoso:

-¿Solo?

-¡No, cielos! Contigo.

-Menos vehemencias, Theodore. No estás cortejándome; eres un primo mío que está perdiendo parte de su precioso permiso convidándonos a mí y a mi hijo a pasar una tarde de diversión... cuando esperabas que yo te encontraría una damita que resultara no tener nada de dama en cuanto te la llevaras a un lugar oscuro junto a un nogal. Eres un as, pero no le eches tanto entusiasmo o harás que la gente bienpensante arquee la ceja. Y por ahí viene gente bienpensante. ¡Señora Simpson! Y señor Simpson... ¡Cuánto me alegra verles por aquí! Lauretta, permítame que le presente a mi querido primo, el sargento primero Bronson. Theodore, la señora Simpson. ¿O quizá se conocían? ¿De la iglesia de antes de que empezara la guerra?

La señora Simpson le miró de pies a cabeza, le contó el dinero que llevaba en la cartera, le examinó la ropa interior, le inspeccionó el afeitado y el corte de pelo... y le dio un aprobadillo.

-¿Es usted de nuestra parroquia, señor Johnson?

-"Bronson", Lauretta: Theodore Bronson. Es el hijo de la hermana mayor de papá.

-De cualquier modo -dijo, cordial, el señor Simpson-, es un placer estrechar la mano de uno de nuestros muchachos. ¿En qué campamento está usted, sargento?

-En el campamento Funston, señor. Yo solía visitar su iglesia, señora Simpson; mi comunidad está en Springfield.

Librodot

Maureen detuvo sus preguntas pidiendo a Lazarus que fuera a buscar a Woodie al ferrocarril en miniatura, que acababa de llegar a la estación-taquilla.

-Arránquele de allí con sacacorchos, Theodore; tres viajes ya son suficientes. Lauretta, no la vi en la Cruz Roja la semana pasada. ¿Podemos contar con usted esta semana?

Lazarus volvió con Woodie a tiempo de que el señor Simpson le saludara agitando la mano y gritando "¡Buena suerte, sargento!", mientras los Simpson seguían su camino. El trío se dirigió a continuación hacia el picadero de ponies; Woodie montó a lomos de uno y la señora Smith y Lazarus se sentaron en un banco, complaciéndose en charlar mucho más en privado y al mismo tiempo muy en público.

-Fue un quite estupendo, Maureen.

-No era problema, querido. Sabía que alguien nos vería y por eso estaba preparada. Me alegro de que fuera la peor chismosa de la parroquia; me aseguré de que le pasáramos desapercibidos. Pilares de la iglesia y logreros de guerra; los desprecio. Así es que le tiré de los colmillos y si te he visto no me acuerdo. Me hablabas de cierto lugar oscuro. ¿Cómo iba vestida?

-¡Como una postal francesa!

-¡Caramba, sargento Bronson! Yo, que soy una mujer respetable... O casi. Seguro que no me crees capaz de semejante desvergüenza.

-Maureen, no sé muy bien de qué eres capaz. Me has sorprendido, y encantado, varias veces. Creo que tienes valor para hacer lo que quieras.

-Posiblemente, Theodore, pero lo que haré tiene un límite, no importa lo mucho que lo desee. ¿Quieres conocer mis límites?

-Si quieres que los conozca, me dirás cuáles son. Si no, no.

-Quiero que lo sepas, amado Theodore. En este preciso momento me gustaría desnudarme. Me contengo únicamente por motivos prácticos, no morales, y no por timidez. Quiero darte mi cuerpo, dejar que lo disfrutes como se te antoje... mientras yo disfruto con el tuyo. Lo que quiero hacer contigo no tiene límites... sólo los tiene lo que haré.

"Primero -detalló, contando con los dedos-, no me arriesgaré a quedar embarazada de otro hombre que Brian. Segundo, no comprometeré a sabiendas el bienestar de mi marido y de mis hijos.

-¿Acaso no lo hacías esta noche?

-¿Lo hacía, Theodore?

Lazarus meditó sobre ello. ¿Un embarazo? No era eso. ¿Un contagio? Al parecer, ella confiaba en él a ese respecto... Y sí, querida, estás en lo cierto. Ignoro por qué tienes esa opinión de mí, pero estás en lo cierto. ¿Qué nos queda? Una posibilidad de escándalo

si nos hubieran pillado. ¿Qué posibilidad? Muy pequeña; el lugar es todo lo seguro que cabría desear. ¿Polis? Lazarus dudaba que la policía registrara alguna vez el lugar, y más aún

que un policía, con la fiebre de guerra de aquellos días, le dijera a un soldado uniformado otra cosa que "Déjelo y circule".

-No, querida, no te arriesgabas. Eh... Si te hubiera pedido que te desnudaras completamente, ¿lo habrías hecho?

La risa de ella sonó como un repique de campanas. Luego le respondió en un tono de voz contenido que resultaba más discreto que un susurro:

-Pensé en ello mientras me daba un baño rápido para estar muy dulce para ti, Theodore. Era una idea deliciosamente tentadora; Brian me ha tenido así más de una vez, al aire libre. Me excita, y dice él que así le resulto más divertida. Pero es un riesgo que él opta por correr, conque no me preocupa nada... con él. Pero no me parecía honrado para con él correr yo sola ese riesgo. Por eso resolví firmemente, con los pezones tan erectos como tú los notabas... tan duros como están ahora; estoy terriblemente excitada... resolví no sólo no desnudarme sino no dejar que te desnudaras tú. Querido, ¿quieres ir a pagarle otra vuelta? o tráetelo si está cansado.

Lazarus halló que Woodie quería dar otro paseo. Pagó y volvió al banco, y encontró a Maureen amedrentando con la mirada a un soldado que iba solo. Lazarus le tocó la manga.

El soldado se volvió en redondo, dispuesto a replicar, pero al ver quién era dijo:

-Perdón, mi sargento. No quería molestar.

-No molesta. Tendrá más suerte por ahí.

Maureen dijo:

-Me disgusta desairar a un chico de uniforme, aun cuando no tengo otro remedio. No se ha puesto impertinente, Theodore; sólo tanteaba las posibilidades. Debo doblarle la edad y estuve tentada de decírselo, pero habría herido sus sentimientos.

-El problema es que aparentas tener dieciocho años; por eso es inevitable que prueben fortuna.

-Querido, yo no aparento tener dieciocho años. ¿Cómo, si tengo una hija con diecisiete cumplidos? Si Nancy se casa con aquel jovencito antes de que se vaya a la guerra... porque quiere casarse, y Brian y yo no se lo vamos a impedir... el año que viene seré abuela.

-Hola, abuelita.

-Guasón. Me encantará ser abuela.

-De eso estoy seguro, querida; creo que tienes una gran capacidad de disfrutar de la vida -(¡Igual que yo, mamá! Y ahora tengo la certeza de que la heredé tanto de ti como de papá).

-Sí la tengo, Theodore.-Sonrió-. Aun cuando me la frustran. Mucho.

-Yo también. Mucho. Pero estábamos hablando de la edad que representas. O sea, dieciocho años.

-Bah. Ya habrás notado lo estropeados y exprimidos que tengo los pechos.

-No he notado nada de eso.

-Será que no tienes tacto, señor mío... porque los has manoseado a conciencia.

-Tengo un tacto excelente. Y tú unos pechos preciosos.

-Trato de cuidármelos, Theodore. Pero han estado llenos de leche durante gran parte de los últimos dieciocho años. Para ése -señaló con la cabeza la pista de los ponies-no tenía leche suficiente y tuve que ponerle a leche en polvo, y lo tomó a mal. Cuando dos años más tarde tuve a Richard, Woodrow trató de desplazar a codazos al nuevo bebé y adueñarse de mis pechos revividos. Tuve que mostrarme firme... cuando lo que quería era tener uno a cada pecho. Pero hay que ser justo con los niños y no consentir a uno a expensas de otro -sonrió con indulgencia-. Estoy loca por Woodrow, y por eso debo seguir mis normas al pie de la letra. Vuelve dentro de un año, Theodore, y ya no parecerán tan estropeados. Se hinchan y me hacen parecer una vaca.

-¿Querrás hacer que dé el rato por bien empleado?

-¿Volviendo junto al nogal? Probablemente no habrá ocasión, querido. Me temo que el diablillo ha destruido la única que teníamos.

-Oh, no hará falta tanto para que lo dé por bien empleado. Yo pensaba en una degustación, directamente de productor a consumidor -(Mamá Maureen, como dice Galahad, y yo jamás se lo he discutido, soy el mayor lametetas de la galaxia... y estoy mirando el punto exacto donde adquirí el hábito. Ojalá pudiera decírtelo, cariño).

Ella pareció desconcertada, gruñó y mostró una expresión de contento.

-Eso podría resultar tan difícil como lo del nogal. Pero... Sí, si podemos hacerlo sin escandalizar a mis hijos. Tú también eres un bribón... igual que Woodrow. Sé que me complacería. Porque... y es un secreto, querido... Brian los ha catado a cada renovación. Él dice, muy serio, que controla la calidad y el contenido en grasas.

(¡Eres hombre de buen gusto, papi!)

-¿Y alguna vez descubre que uno sabe distinto del otro?

-Querido-dijo ella con una risita de satisfacción-, tienes tantos detalles juguetones como los de mi marido, que me haces sentir bígama. Él dice que sí, pero no es más que una de sus bromas. Yo no percibo ninguna diferencia, y lo he probado.

-Señora, espero con ilusión el momento de darle una opinión de experto. Creo que nuestro vaquero ha dejado para el arrastre a su caballito. ¿Qué viene ahora? ¿Probamos las carreras de Ben Hur?

Ella negó con la cabeza:

-Me divierten mucho las montañas rusas pero ahora no voy a subir. Nunca he abortado, Theodore, y nunca lo haré, si el ser cuidadosa me protege de tal riesgo. Sube con Woodrow si quieres.

-No. Tendrías que esperar... y estos bosques están plagados de lobos vestidos de caqui ávidos de meter mano a abuelitas de dieciocho años. ¿Vamos a la Casa de la Risa?

-Muy bien.-Pero frunció los labios-. No, olvidaba una cosa: esas corrientes de aire que salen del suelo, pensadas para que las chicas chillen y se sujeten las faldas. No me importa hacerlo, pero... es que voy sin bragas, cariño. A no ser que quieras que todo el mundo vea si de verdad soy o no soy pelirroja.

-¿Lo eres?

Ella sonrió, sin ofenderse.

-Guasón. ¿Acaso no lo sabes?

-Allí, cerca del nogal, estaba muy oscuro.

-Pelirroja por arriba y por abajo, Theodore. Como te demostraría muy contenta si no fuera por lo... difícil de las circunstancias. Brian me preguntó lo mismo cuando éramos novios. Para enredarme, porque no hacía falta preguntarlo; en aquel entonces yo estaba cubierta de pecas, como Marie. Le dejé averiguarlo por sí mismo en un lugar cubierto de hierba junto al Marais des Cygnes, donde una vieja yegua mansa llamada "Daisy" pastaba sin prestar atención a mis chillidos de contento. Supongo que tenemos automóviles para rato, pero el calesín tenía sus ventajas. ¿A ti no te lo parecía, cuando empezabas a salir de parranda con chicas?

Lazarus asintió con semblante inexpresivo, en la imposibilidad de confesar que sus recuerdos no abarcaban el año 1899 o cualesquiera fuesen los años en que pensaba ella. Maureen prosiguió:

-Solía preparar una merienda y llevarme una manta para usarla de mantel. Eso era el modo que una señorita casadera tenía de poder salir sin carabina, con tal de estar de vuelta en casa antes del anochecer. Un caballo puede llevar a una calesa a lugares aún más apartados que nuestro nogal. A decir verdad, pese a lo mucho que hablan hoy de "inconformismo femenino" y de quiebra de la moral, yo de joven tenía más libertad que mis hijas ahora. Aunque intento que mi vigilancia no sea demasiado opresiva.

-No parecen oprimidas. Estoy convencido de que son felices.

-Theodore, preferiría mil veces que mis hijos fueran felices a lo que el pastor entiende por "decentes". Sólo quiero asegurarme de que no sufren daño. Yo no soy "decente" desde el punto de vista de las normas establecidas, como sabes muy bien. Aunque no todo lo bien que yo esperaba, y me sacudo la frustración hablando de ello. ¿O prefieres que no lo haga?

-Ya que no podemos hacerlo, Maureen, lo mejor es hablar de ello.

-Eso creo yo también, Theodore. Quisiera que estuviésemos cubiertos de picaduras de bichos y yo con el alma llena de la paz que tú sabes que podrías darme. Ya que yo no puedo dártela de la forma que había esperado, quiero que me conozcas todo lo profundamente que pueden acercarnos las palabras... tan profundamente como desearía tenerte dentro de mi cuerpo en este mismo instante. ¿Te choca mi franqueza?

-No. ¡Pero podría violarte aquí en este banco!

-Menos entusiasmos, querido, por favor; pueden vernos. Estamos hablando del tiempo. Dime: ¿la tienes dura?

-¿Se me nota?

-No, pero si la tienes dura piensa en ventiscas y témpanos de hielo; Brian dice que ayuda. Porque nuestro jinete necesita que le bajen del caballo.

Jugaron los dos a juegos con premio; después, la señora Smith decidió que podía aventurarse por la Casa de la Risa si se sujetaba la falda como si cruzara una calle embarrada. Woodie disfrutó mucho, especialmente en la Sala de los Espejos y en el Laberinto de Cristal. Maureen evitaba las ráfagas de aire observando a las muchachas que iban delante, y se hacía a un lado o se sujetaba firmemente la falda.

Woodie quedó rendido de cansancio, por lo que Lazarus le tomó en brazos; el niño pareció dormirse apenas su cabeza tocó el hombro de Lazarus. Se dispusieron a salir, lo que les llevó al chorro de aire de despedida. La señora Smith se había adelantado y Lazarus supuso que lo había localizado al ver como se desviaba bruscamente; luego ella se dio vuelta como para decirle algo, y se colocó justo encima. La falda se le disparó hacia arriba.

No gritó; se limitó a bajarla una décima de segundo demasiado tarde. Una vez en el exterior, dijo:

-¿Y bien, señor?

-Del mismo color. Pero rizado, creo.

-Mucho. Tan rizado como liso es mi otro pelo. Como ya sabías.

-Y lo hiciste a propósito.

-Desde luego. Woodrow está dormido y le tenías con la cabeza vuelta hacia otro lado. Quizás algún extraño me ha echado un buen vistazo, pero creo que no. Y si alguien lo ha visto, ¿qué puede hacer? ¿Contárselo por carta a mi marido? Bah. No había nadie que nos

conociera; he mantenido bien abiertos los ojos. Y he cazado la oportunidad al vuelo.

-Maureen, me sigues sorprendiendo y maravillando.

-Gracias, señor.

-Y tienes unas extremidades muy hermosas.

-"Piernas", Theodore. Brian también me lo dice, pero yo no entiendo de piernas femeninas. Pero siempre que me lo dice, dice "piernas". "Extremidades" es para cuando se habla en público.

-Cuantas más cosas sé del capitán, más simpático me cae. Tienes unas piernas espléndidas. Y llevas las ligas verdes.

-Por supuesto que son verdes. Cuando era niña, llevaba cintas verdes en el pelo. Ya soy muy mayor para llevarlas, pero si existe la más mínima posibilidad de que me vean los rizos

me pongo ligas de color verde. Tengo muchos pares; me las regala Brian. Algunas llevan divisas picantes.

-¿Éstas llevan divisa?

-Hay ropa tendida, Theodore. Vamos a instalar a Woodrow en el asiento de atrás.

A Lazarus le parecía que la "ropa tendida" no oía nada; el niño estaba desmadejado como un muñeco de trapo. Y no se despertó cuando le acostaron; se acurrucó en la posición fetal, y su madre lo cubrió con la manta.

Lazarus la ayudó a subir al coche, lo puso en marcha con la manivela y se sentó a su lado.

-¿Derecho a casa?

-Queda mucha gasolina -dijo ella pensativamente-; Brian junior llenó el depósito esta tarde. No creo que Woodrow se despierte.

-Ya sé que hay bastante gasolina; lo comprobé cuando salí a saludar al capitán del señor Johnson. ¿Crees que daré con el nogal?

-¡Oh, querido! No me tientes, por favor. Woodrow podría despertarse, trepar por la parte trasera y salir con la misma facilidad que entró y se escondió. Es muy pequeño para comprender lo que estaríamos haciendo; sin embargo, creo que al no comprenderlo se trastornaría igual. No, Theodore; lo que he querido decir es esto: no es tarde; sólo es tarde para un niño. Mientras duerme podemos pasar... una hora paseando en coche y charlando. Si quieres.

-Eso haremos -siguió conduciendo y añadió-: Maureen, aunque deseo llevarte de nuevo junto a aquel nogal, creo que lo mejor es que no lo hagamos. Lo mejor para ti, quiero decir.

-Pero, ¡querido! ¿Por qué? ¿Crees que no te deseo?

-Sí creo que me deseas. Y Dios sabe que yo te deseo a ti. Pero a pesar del charol que te das, no creo que lo hayas hecho nunca. Necesitarías confesárselo a tu marido... y eso os haría desgraciados a los dos, y yo tampoco quiero hacer desdichado al capitán; es un bien tipo. O a lo mejor no se lo contabas a nadie y te remordía la conciencia. Porque, aunque me quieres... un poco... le quieres mucho más a él, y de eso estoy seguro. Conque es lo mejor. ¿No?

La señora Smith permaneció unos momentos en silencio. Luego dijo:

-Theodore, llévame derecho a aquel nogal.

-No.

-¿Por qué no, querido? Debo demostrarte que sí te quiero y que no me asusta dejar que me poseas.

-Lo harías, Maureen; te sobra valor para hacer cualquier cosa. Pero estarías tensa y preocupada, temerosa de que Woodie despertara. Y tú amas a Brian. Todas las dulces intimidades que me has contado lo decían.

-Pero ¿ tú no crees que mi corazón es suficientemente grande para los dos, tú y él?

-Estoy seguro de que sí. Tú amas a diez personas, que yo sepa; seguro que puedes hacerle sitio a uno más. Pero yo te quiero, y no deseo que hagas nada que pueda levantar un muro entre tú y tu marido. O haceros daño a los dos cuando intentes derribar ese muro con una confesión. Vida mía, yo quiero tu amor más aún de lo que quiero tu adorado y dulce cuerpo.

De nuevo ella guardó silencio antes de hablar:

-Theodore, debo contarte algunas cosas acerca de mi marido y yo. Cosas íntimas.

-No deberías hacerlo.

-Debería y debo, y lo haré. Pero por favor, ¿querrás tocarme mientras hablo ? No digas nada, sólo tócame íntimamente, minuciosamente, desnudamente... mientras yo me desnudo con palabras. Por favor...

Lazarus le puso la mano que tenía libre encima del muslo. Ella se levantó las faldas, abrió los muslos, y apretó contra sí la mano de él, con mayor firmeza. Luego se la cubrió con la falda y habló con voz apacible y serena:

-Amado Theodore, quiero a Brian y Brian me quiere y sabe exactamente lo que soy. Yo podría guardar eternamente un secreto para no herirle, y él haría lo propio por mí. Debo decirte lo que me dijo antes de salir para Plattsburg, y debo emplear "palabras de alcoba", Theodore; las palabras cultas no tienen la fuerza que el tema requiere.

"La noche anterior a su partida estábamos en la cama y acabábamos de hacer el amor; yo le envolvía con mi cuerpo, como un rizador de cabello, y él estaba todavía muy dentro de mí. "Mecedora", me dijo; me llama así por la forma que tengo de mover las caderas; es un apodo cariñoso que utiliza conmigo en la cama, "no he vendido el Reo para tenerte amarrada. Si quieres conducir, cómprate un Ford; con un Ford es más fácil aprender". Yo le dije que no quería ir en coche, que esperaría hasta que él volviera a casa. Él respondió: "Muy bien, Culo Caliente"; otro apodo, y Brian lo emplea con todo el cariño; "muy bien, Culo Caliente, pero cómprate uno si lo deseas; puedes necesitar un coche mientras yo estoy fuera".

""Pero el coche es una cuestión menor. Tu padre estará aquí y eso es bueno, pero no dejes que te domine. Lo intentará, no lo puede remediar, es su forma de ser. Pero tú eres tan obstinada como él; hazle frente, y él te respetará por ello."

""Ahora pasemos a cuestiones más importantes, Tetas Lindas" y también me gusta ese nombre, Theodore, aunque no lo son, y no me interrumpas para decir lo contrario... "Tetas Lindas, es posible que no te haya dejado preñada; normalmente no vuelves a quedar embarazada tan pronto. Si no, en cuanto regrese de Plattsburg lo seguimos intentando", y así lo hicimos, Theodore, y quedé encinta, como ya te conté.

"Brian continuó: "Los dos sabemos que vamos a meternos en esta guerra porque si no yo no iría a Plattsburg. Puede durar mucho: lo de ‘un millón de hombres alzándose en armas de la noche a la mañana’ es una pura monserga. Cuando lo hagamos, yo me iré otra vez, y tú te quedarás sola, y los dos sabemos lo fogosa que eres. No te diré que saltes la cerca otra vez"; "¡otra vez!", dije yo, Theodore; "pero si lo haces, espero que lo hagas a conciencia, con los ojos bien abiertos... y que luego no te arrepientas. Le tengo un respeto enorme a tu buen gusto y buen juicio; sé que no provocarás un escándalo ni causarás trastornos a los niños."

Tras una pausa, prosiguió:

-Brian me conoce, Theodore: verdaderamente soy muy fogosa, y jamás he comprendido por qué a muchas mujeres no les gusta la cosa. Mi propia madre, que tuvo nueve hijos, el día de mi boda fue y me dijo que era algo que las mujeres tenían que soportar a cambio del privilegio de tener niños -la señora Smith lanzó un gruñido-. "¡Soportar!" Yo, Theodore, no era virgen cuando Brian me lo hizo por primera vez. Ni le dejé creer que lo fuera; le dije la verdad el día que le conocí... y dos minutos más tarde me quitaba los bombachos y lo comprobaba gozándome. Rompí mi doncellez tres años antes de conocer a Brian, Theodore; y lo hice expresamente, que yo nunca me he andado con coqueteos; y se lo dije, no a mi madre, sino a mi padre, porque le tenía confianza; siempre hemos sido buenos amigos. Papá no me regañó, ni siquiera me dijo que no lo volviera a hacer. Dijo que sabía que lo volvería a hacer, pero esperaba que yo aceptaría su consejo y le permitiría mantenerme apartada de esas preocupaciones... y así lo hice, y así lo hizo.

"Pero aquella primera vez, cuando fui a él, asustada y a punto de echarme a llorar... porque me había dolido, Theodore, y no fue lo emocionante que yo había esperado... aquella vez papá sólo suspiró, cerró la puerta y me hizo tender sobre su mesa de operaciones, y me examinó y me dijo que no había sufrido daño, ¡y qué alivio me dio!, y me dijo que era la mujer más sana que había examinado en su vida y que tendría niños sin ningún problema... y yo no cabía en mí de satisfacción... y papá tenía razón: tengo niños con facilidad y no doy alaridos, o no mucho. No los que solía dar mamá.

"Después de aquello, papá me examinaba de tiempo en tiempo. Los médicos no suelen tratar a las mujeres de la familia, no por cosas de mujeres. Pero papá era el único médico a quien me atrevía a contarlas. Así, papá me ayudó con mis problemas y me quitó cualquier timidez en cuanto a que me miraran ahí o en otra parte. Y no es que fuera demasiado tímida; él me dijo que aquella clase de recato era una gazmoñería absurda... cuando mamá me decía exactamente lo contrario. Yo le creí a él, no a ella.

"Pero te estaba contando lo que Brian me dijo aquella noche en la cama. Brian añadió: "Quiero que me prometas una cosa, Gatita. Si descubres que no has mantenido cruzadas las piernas, ¿querrás callártelo hasta que acabe la guerra? Yo haré lo mismo si tengo algo que confesar ¡y no será extraño que lo tenga! No nos preocupemos el uno al otro más de lo necesario hasta que el Kaiser esté a buen recaudo. Entonces, cuando vuelva a casa, te llevaré a los montes Ozark... dejaremos a los niños en casa con alguien; iremos tú y yo solos... y no verás otra cosa que el techo mientras nos ponemos al día, y también al corriente de cualquier cosa de la que necesitemos hablar. ¿ Hace, cariño ?"

"Se lo prometí, Theodore. No le prometí no saltar la cerca; él no me habría permitido prometer tal cosa. Le prometí ser prudente... y ahorrarle confesiones hasta que la guerra esté ganada. Quise prometerle todo esto porque... porque él... podría... ¡no volver!

La voz de ella se había mantenido firme hasta el final. Luego se quebró, y él se dio cuenta de que estaba llorando. Empezó a retirar la mano y aminoró la velocidad para acercarse a la cuneta. Ella le sujetó la mano, se la volvió a poner con fuerza entre los muslos, y dijo:

-¡No, no: tócame y no pares el coche ! Podría violarte. No sé por qué me pongo tan ardiente cuando recuerdo que Brian podría no volver de la guerra. Pero es así. He estado así desde el día de la declaración de guerra... y siempre tengo que mostrarme serena, tranquila y despreocupada. Por los niños. Por Brian. No he dejado que Brian me vea llorar, Theodore. Tú

Librodot

acabas de verlo; de repente, no lo he podido evitar ¡Pero preferiría que le dijeras que traté de seducirte a oírte contar que lloré de miedo ante la idea de que no regrese!

"Ya no lloraré -la señora Smith sacó un pañuelo del bolso, se secó los ojos y se sonó-. No me lleves a casa todavía, los niños no deben verme con los ojos enrojecidos.

Lazarus decidió quitarse el embozo:

-Te quiero, Maureen.

-Te quiero, Theodore. A pesar de mis lágrimas, me has hecho feliz. Me has dejado desahogar, y no he debido hacerlo; tú también te vas a la guerra. Ahora casi me parece estar casada contigo, después de confiarte cosas que no he podido contar a nadie más. Si me hubieras acostado en la hierba y me hubieras tomado, habría sido muy bonito, y exactamente lo que yo había planeado. Pero esto aún es más íntimo. Y más dulce. Las mujeres podemos abrir nuestro cuerpo a un hombre sin abrirle el corazón. Yo tuve dos hijos de Brian antes de aprender a abrirle mi corazón como he hecho contigo esta noche.

-Tal vez nuestros corazones son muy semejantes, Maureen. Tu padre cree que somos primos.

-No, querido, no cree eso; cree que somos medio hermanos.

-¿Ha dicho eso?

-Y yo también lo creo. Por las cosas que papá no ha dicho, querido Theodore. Por lo apenado que estaba cuando te malentendió a propósito de tus intenciones de alistarte. Por cómo insistió en que debíamos pedir una estrella de servicio para ti. Estoy convencida de que tiene razón... y quiero creerlo. Sí, esto convierte lo que traté de hacer contigo en algo horriblemente pecaminoso a los ojos de la gente. En incesto. Me importa un bledo. Dado que estoy encinta, de ningún modo podría causarle daño a un niño... y eso es lo único que podría hacer censurable el incesto.

(¿Cómo decírselo? ¿Cuánto decirle? Pero tengo que hacer que me crea).

-Tu iglesia lo llamaría pecado.

-¡Me importa un rábano la iglesia! No soy una beata, Theodore; soy librepensadora, como papá. La iglesia es una buena atmósfera para los niños, y a mí me da una correcta apariencia de esposa y madre respetable; eso es todo. El "pecado" no me detendría; no creo en el pecado tal como lo entiende la iglesia. El sexo no es pecado; el sexo nunca es pecado. Lo que sí me detendría sería la posibilidad de quedar embarazada de alguien que no fuera Brian, pero ya estoy embarazada. El que tú seas medio hermano mío no me ha inquietado lo más mínimo; sólo me ha hecho estar más impaciente por darte una despedida de guerrero.

-Maureen, yo no soy medio hermano tuyo.

-¿Estás seguro? Aunque no lo seas, sigues siendo mi guerrero. Cuando te presentaste voluntario estaba tan orgullosa como papá.

-Soy tu guerrero, no te quepa duda. Pero necesito saber una cosa. El chico con quien Nancy se puede casar... ¿es un Howard?

-¿Qué has dicho?

-¿Está en la lista reconocida de la Fundación Ira Howard?

La oyó recobrar el aliento.

-¿Dónde has oído hablar de la Fundación?

-"La vida es breve..."

-"Pero los años son largos" -respondió ella.

-"No "mientras no lleguen los Malos Tiempos"."

-¡Cielo santo! Creo... ¡creo que voy a llorar otra vez!

-No lo hagas. ¿Cómo se llama el joven?

-Jonathan Weatheral.

-...del linaje de los Weatheral-Sperling. Sí, ya me acuerdo. Maureen, yo no soy "Ted Bronson". Soy Lazarus Long, de la Familia Johnson. De tu familia. Desciendo de ti.

Durante unos momentos ella pareció no respirar. Luego dijo con voz apagada:

-Creo que voy a enloquecer.

-No, mi amor precioso, tienes la mente más fuerte y sana que he conocido. Déjame que te explique, porque debo decirte algo y tú, debes creerme. ¿Has leído una novela de Herbert George Wells titulada *La máquina del tiempo*?

-Pues sí. Papá tiene un ejemplar.

-Soy yo, Maureen: el capitán Lazarus Long, viajero por el tiempo.

-Pero ese libro... yo creía que sólo era una... una...

-Que sólo era una fábula. Lo es. Pero no lo será siempre. No de la forma como la imaginó el señor Wells. Pero eso es lo que soy: un visitante llegado de una época futura. No pensaba permitir que nadie lo sospechara; por eso dije ser un inclusero. No sólo es difícil de demostrar, sino que cualquier intento de hacerlo dificultaría mi propósito, que es, sencillamente, visitar esta época y observarla. Hasta podría costarme que me encerraran por loco. Por eso he tenido cuidado y he llevado puesta la máscara, tanto cuidado como... en fin, como tienes tú. Al hablar con los Simpson. Al no dejar que tus hijos te vean llorar. Tú y yo lo hacemos igual. Audacia... y no decir nunca mentiras en las que nos puedan pillar.

-Theodore, me parece que crees en lo que dices.

-Quieres decir que parezco sincero pero debo de estar loco.

-No, no, querido, yo... Sí, eso he querido decir. Lo siento.

-No hay por qué sentirlo; parece una locura, en efecto. Pero no tengo miedo de que me mandes al manicomio, contigo estoy tan a salvo como tú conmigo. Pero debo hallar algún modo de convencerte de que digo la verdad... porque estoy a punto de decirte algo que debes creer. O habré arrojado la máscara para nada.

Se detuvo para reflexionar. ¿Cómo probárselo? ¿Con alguna predicción? Tendría que ser a muy corto plazo, para servir al único propósito que tenía al revelar su secreto. Pero no se había preparado demasiado acerca de aquel año; no tenía previsto llegar sino hasta 1919 y sabía tan poco de los años anteriores a 1919 que incluso se había confundido con la fecha en que los Estados Unidos entraron en aquella guerra. Maldita sea tu chapucería, Lazarus: la próxima vez que hagas un viaje por el tiempo vas a aprenderte de memoria todo lo que Atenea pueda decirte sobre la era de que se trate ¡y con un buen margen por cada extremo!

Los recuerdos de Woodie no le servían de ayuda; Lazarus ni siquiera recordaba que le hubiera llevado al Electric Park un sargento vestido de uniforme. ¡Mocoso egocéntrico! Del Electric Park sí se acordaba; Woodie Smith había ido muchas veces allí. Pero ninguna

de las visitas destacaba entre sus recuerdos.

-Maureen, quizá se me ocurra algún modo de demostrarte que vengo del futuro, algo que te convenza. Pero ésta es la razón por la que tenía que decírtelo: Brian, tu marido y antepasado mío, volverá ileso. Se verá en muchas batallas. Las bombas caerán a su alrededor y las balas silbarán junto a sus oídos... pero ninguna le tocará.

La señora Smith quedó boquiabierta. Luego dijo muy despacio:

-Theodore... ¿Cómo lo sabes?

-Porque los dos sois antepasados míos. No podía aprenderme de memoria los informes sobre todos los Howard actuales que hay en la Fundación, pero estudié las fichas de mis antepasados, de los que podía tener ocasión de ver. Tú. Brian. Los padres de Brian, en Cincinnati. Y deduje que Brian debió conocerte porque estudió en Rolla, y te encontró en una lista de candidatas de Missouri, no de Ohio, que le dio la Fundación. Esto es, ciertamente, algo que no he sabido por ti ni por Brian ni Ira, y tus hijos probablemente lo ignoran. Bueno, acaso lo sepa Nancy, que ya ha rellenado su cuestionario. ¿O no lo ha rellenado?

-Pues... sí, hace meses. Entonces es verdad, Theodore. ¿O debo llamarte "Lazarus"?

-Llámame como quieras, cariño. Pero aún no te he probado nada. Tan sólo que he tenido acceso a los ficheros de la Fundación... lo cual pudo ser el año pasado, no en el futuro. Seguimos buscando pruebas. Hum... Tengo una prueba para dentro de unos meses, pero he de hacer que me creas esta noche. Así no derramarás más lágrimas sobre la almohada. Y no sé cómo.

Le acarició los muslos y le tocó los rizos.

-Aquí, dentro de ti, hay una prueba que no llegará a tiempo.

-Este último niño que Brian te metió en la barriguita es un chico, queridísima antepasada, y tú y Brian le pondréis de nombre "Theodore Ira", lo cual me halaga enormemente. Cuando leí su nombre en los registros, no sabía que era mi tocayo, ya que todavía no había elegido mi nombre supuesto.

Ella le apretó la mano entre los muslos y suspiró.

-Quiero creerte. Pero ¿y si Brian quiere ponerle Joseph, o Josephine?

-"Josephine" no es nombre para un chico. Querida, Brian bautizará a este niño según las otras dos estrellas de tu enseña de servicio; esta guerra significa mucho para él. Probablemente lo sugerirá él mismo, no lo sé. Sólo sé que "Theodore Ira" es el nombre que registraréis en la Fundación. Mis otros antepasados: Adele Johnson, por supuesto, madre tuya y esposa de Ira. Vive en San Luis. Le abandonó más o menos cuando tú te casaste pero no se divorció de él, cosa que probablemente le fastidió; no creo que Ira sea hombre para permanecer célibe simplemente porque su mujer se va pero no le deja suelto.

-No lo es, querido. Estoy segura de que papá tiene... en fin, una amante, y va a verla algunas noches cuando se le supone en el "club de ajedrez", que no es un club de ajedrez, sino un salón de billar. Yo le sigo la corriente porque así es como lo llama él delante de los niños.

-Es que allí juega al ajedrez.

-Mi padre también juega estupendamente al billar. Continúa, cariño... Lazarus. Estoy dispuesta a creer. Quizás encontraremos algo.

-Bien, creo que no iré a ver a tu madre; me parece que no me llevaría bien con una mujer que opina que el sexo es algo que hay que "soportar".

-Yo me llevé bien con mamá únicamente gracias a que le mentía. Me educó mucho más papá que ella. Yo era su preferida. No lo disimulaba, y por eso pongo yo tanto cuidado en que con Woodie no se me note. Sigue, Theodore. Lazarus.

-Ésos son todos los antepasados míos con los que estás emparentada. Excepto uno. Nuestro polizón. Maureen, yo desciendo de ti y de Brian a través de Woodie.

Ella le miró asombrada:

-¿De veras? ¡Oh, espero que sea verdad!

-Lo es. Y puede que eso le haya salvado la vida. Jamás he estado tan cerca del infanticidio como cuando le encontré en el asiento de atrás.

-Yo sentí lo mismo, cariño -dijo ella con una risita-. Pero yo no dejo que se me note el enfado en la voz aun cuando esté a punto de flagelar a una criatura.

-Espero que no se me notara el enfado. Pero lo sentí. Amada, la tenía tan dura que me dolía... hasta que encontramos a Woodrow ¡Me moría de deseos de comenzar, cariñito mío!

-¡Y yo estaba a punto! Oh, Theodore... Lazarus... es tan dulce abrirse a ti... Uy, sí... ahora estás muy duro.

-¡Despacito! No hagas que me suba a la acera. He estado así desde que salimos de casa, menos cuando la obligaba a bajar. Pero la que Woodie echó por tierra era mayor y mejor.

-La medida es lo de menos, Theodore-Lazarus; una mujer debe ajustarse a cualquier talla. Me lo dijo papá hace mucho tiempo, y me enseñó ejercicios para ello, y yo nunca se lo dije a

Brian, le dejé creer que, sencillamente, soy así, y acepté sus elogios muy satisfecha. Todavía hago ejercicios con regularidad, porque los cráneos de niño me han dilatado el canal una vez y otra y otra, y si no ejercitara esos músculos estaría, en el picante lenguaje de mi padre "mas abierta que una puerta". Y yo quiero seguir siendo deseable para Brian todos los años que pueda.

-Y para el lechero, y el cartero, y el que trae el hielo... y el chico que conduce la camioneta del colmado.

-Guasón. Me gustaría conservarme joven de ahí hasta que muera.

-Lo harás, futura abuela de dieciocho años. Apartemos el sexo de nuestras mentes y volvamos al viaje a través del tiempo; sigo buscando una prueba. Para que sepas por qué sé a ciencia cierta que Brian volvió bien. Pero para suprimir tu preocupación debe ser algo que suceda pronto, y desde luego antes del cumpleaños de Woodie.

-¿Por qué antes del cumpleaños de Woodie?

-¿No he llegado a eso? Esta guerra termina el próximo cumpleaños de Woodie, el once de noviembre. De eso estoy seguro -añadí- es una fecha clave de mi historia. Pero me estoy estrujando el cerebro en busca de algún acontecimiento entre ahora y entonces, lo antes posible, para que cesen tus preocupaciones. Pero... diablos, querida, es que cometí un error estúpido. Tenía la intención de llegar después de terminada esta guerra. Pero le di a mi computadora una cifra crítica que contenía un error; un error pequeño, pero que me hizo llegar tres años antes de lo debido. No fue culpa suya: ella acepta todos los datos que le doy, y es la computadora más perfecta que jamás ha gobernado un navío. Tampoco fue un error fatal, de todas formas; no estoy perdido en el tiempo, mi nave pasará a recogerme en mil novecientos veintiséis, exactamente diez años terráqueos después de depositarme. Pero ésa es la razón de que no estudiara la historia de los próximos meses; yo esperaba saltarme esta guerra. No estoy estudiando las guerras; las historias están llenas de ellas. Estoy estudiando cómo vive la gente.

-Theodore... Estoy confundida.

-Lo siento querida. El viaje por el tiempo es algo que confunde.

-Hablas de una computadora, y no sé muy bien a qué te refieres... y has dicho que "ella gobierna" un navío que vendrá a recogerte... ¿en 1926? Y yo no entiendo nada.

Lazarus dejó escapar un suspiro.

-Por esta razón nunca pensé en decírselo a nadie. Pero tenía que decírtelo a ti, para que pudieras dejar de preocuparte. Mi navío es un navío espacial, como el de Julio Verne, pero más espacial. Es un navío interestelar, porque vive en un planeta que está muy lejos. Pero también es un navío cronomóvil; viaja tanto por el espacio como por el tiempo, y eso es demasiado complicado para explicarlo. La computadora es el cerebro de la nave; es una máquina, una máquina muy compleja. Mi nave se llama "Dora", y la máquina, la computadora que la gobierna, también se llama Dora; por ese nombre responde cuando le hablo. Es una máquina muy inteligente, y habla. Ah, sí: hay una tripulación, dos hermanas mías, que naturalmente descienden de ti, también, y se te parecen. Hace falta una tripulación; no se puede dejar una nave dando vueltas sola por ahí, excepto cuando se trata de cargueros automáticos que siguen rutas calculadas previamente, pero Dora hace el trabajo duro, y Laz y Lor, Lapis Lazuli Long y Lorelei Lee Long, le dicen lo que ha de hacer y dejan que lo haga -apretó el muslo de la señora

Smith y rió entre dientes-. Si aquella ráfaga de aire te hubiera tenido las faldas en alto dos segundos más, sabría más sobre lo mucho que se parecen a ti, porque suelen ir desnudas. Se parecen a ti de cara. De cuerpo, no, por lo poco que alcancé a ver de tus preciosas piernas. Sólo que Laz y Lor tienen el cuerpo tan cubierto de pecas como Marie la cara.

-Yo sería igual de pecosa si no me mantuviera apartada del sol. Cuando tenía los años de Marie, papá me llamaba "Huevo de Pavo". Pero ¿"el cuerpo", dices? ¿No llevan nada de ropa?

-Sí, les gusta disfrazarse para las fiestas. Y a veces el tiempo puede ser frío, aunque raras veces ocurre, porque tenemos un clima como el del sur de Italia. Muy a menudo no se ponen nada.-Lazarus sonrió y le acarició el muslo-. No necesitan dejarse las bragas en casa para hacer el amor; no las tienen. No son nada tímidas. Les encantaría cepillarse a tu padre; les gustan los hombres mayores, son mucho más jóvenes que yo.

-Lazarus… ¿tú qué edad tienes?

Lazarus titubeó.

-No quiero responder a eso, Maureen. Soy más viejo de lo que aparento; el experimento de Ira Howard tuvo éxito. En vez de eso déjame hablarte de mi familia. Tu familia, también; todos descendemos de ti por una u otra línea. Dos de mis esposas y uno de mis comaridos descienden de Nancy y de Woodie.

-¿Esposas? ¿Comaridos?

-Corazón, el matrimonio toma muchas formas. Donde yo vivo no hace falta un divorcio o una muerte para juntarte con alguien a quien amas. Yo tengo cuatro esposas y tres comaridos... y a mis hermanas, Laz y Lor... y ellos pueden casarse fuera de la familia o quedarse dentro de ella; y no pongas esa cara de sorpresa; dijiste que no tuviste miedo al pensar que yo era medio hermano tuyo. Y no te preocupes por lo de perjudicar a los hijos; en aquel lugar y tiempo saben mas de estas cosas que lo que se sabe aquí y ahora. Nosotros no corremos el riesgo de causar daño a los niños.

"Y los tenemos en cantidad. Y gatos, y perros, y todo lo que un niño puede tener como mascota. Es una auténtica familia en una casa hecha para albergar a una familia grande.

"No puedo hablarte de todos ellos uno por uno; hemos de llevar a casa a nuestro polizón. Pero quiero hablarte de una de ellas... porque has estado insistiendo en que no representas dieciocho años y todo porque, sencillamente, has utilizado tus pechos para alimentar niños. Tamara. Desciende de ti a través de Nancy y su Jonathan ¿Quieres que te hable de la recontratataranieta de Nancy? Tamara tendrá unos doscientos cincuenta años, calculo.

-¡Doscientos cincuenta!

-Sí. Uno de mis comaridos, Ira Weatheral, que también desciende de Nancy y Jonathan, pero también de Woodie... y que se llama así por tu padre, no por Ira Howard... tiene más de cuatrocientos. El experimento de Ira Howard resultó, Maureen; tenemos duraciones máximas de vida mucho mayores, heredadas de ti y de todos nuestros antepasados Howard... pero en aquel dónde y cuándo también saben rejuvenecer a una persona. Tamara ha pasado por dos rejuvenecimientos, uno de ellos reciente, y parece tan joven como yo. Rejuvenecimientos de verdad: Tamara estaba embarazada cuando me marché.

Librodot

"Pero lo importante no es su apariencia; Tamara es una sanadora... y yo sospecho que le viene de ti.

-Theodore, Lazarus, vuelvo a no entender. ¿Sanadora? ¿Como ésos que curan por la fe?

-No. Si Tamara tiene una fe religiosa, jamás la ha mencionado. Tamara es tranquila, feliz y serena, y quien está cerca de ella lo siente con tanta fuerza, ¡igual que sucede contigo, cariño!, que él o ella también es feliz. Si alguien está enfermo, se pone bien más deprisa si Tamara lo toca, o le habla, o duerme con él.

"Pero Tamara no era joven cuando la conocí. Era muy anciana y ya iba pensando en abandonar y morirse de vieja. Pero yo estaba enfermo, muy enfermo, enfermo del alma, y la que después sería esposa mía y la rejuvenecedora más eminente de toda la Vía Láctea, Ishtar, fue y me trajo a Tamara. Tamara. Barriguita abultada, pechos que verdaderamente parecían sacos, ojos hundidos, el cuello arrugado y todos los achaques de la vejez.

"Tamara curó la enfermedad de mi espíritu simplemente estando conmigo... y de algún modo esto renovó su propio interés por la vida, y se sometió a otro rejuvenecimiento y vuelve a ser joven y ya ha añadido otro pequeño a la línea Maureen-Nancy y vuelve a estar preñada. Tú y Tamara os parecéis tanto, Maureen... Ella no es más que amor con un poco de piel alrededor, y tú igual. Pero... -Lazarus se interrumpió y frunció el ceño-. Maureen, no sé cómo convencerte de que estoy diciendo la verdad. Lo sabrás cuando llegue el sexto cumpleaños de Woodie y empiecen a sonar todas las sirenas y a repicar todas las campanas y los vendedores de periódicos griten: "¡Extra, extra! ¡Alemania se rinde!" Pero ya será demasiado tarde para ayudarte. ¡Yo quiero acabar con tu inquietud ahora!

-He dejado de preocuparme, querido. Es maravilloso... y parece imposible... y te creo.

-¿Me crees? No he aportado ninguna prueba. Te he contado una historia que a primera vista es imposible.

-Sin embargo, la creo cierta. Cuando Woodrow cumpla seis años el doce de noviembre...

-¡No, el once!

-Sí, Lazarus. Pero ¿cómo sabías tú que su cumpleaños es el once?

-Toma, me lo dijiste tú.

-Querido, yo dije que nació en noviembre, pero no dije qué día. Ahora he equivocado deliberadamente la fecha... y tú me has corregido al momento.

-En fin, no sé, a lo mejor me lo dijo Ira. O uno de los niños. Lo más probable es que me lo dijera el propio Woodie.

-Woodrow no sabe su fecha de nacimiento. Despiértale y pregúntasela.

-Prefiero no hacerlo hasta que lleguemos a casa.

-¿Qué día nací yo, querido?

-El cuatro de julio de mil ochocientos ochenta y dos.

-¿Qué día nació Marie?

-Creo que tiene nueve años. No sé la fecha.

-¿Y los otros niños?

-No estoy seguro.

-¿Y mi padre?

-Maureen, ¿a qué viene todo esto? El dos de agosto de mil ocho cientos cincuenta y dos.

-Querido Lazarus, tú que te llamas a ti mismo "Theodore", yo con mis niños tengo firmemente establecida una norma: impido que cada uno sepa su fecha de nacimiento todo el tiempo que puedo para que no vaya anunciando su cumpleaños y así chantajee a la gente para conseguir regalos. Cuando uno de ellos llega a la edad de ir a la escuela y necesita saber la fecha, ya es mayorcito para saber el porqué, y le digo bien a las claras que si echa indirectas por adelantado no habrá tarta de cumpleaños ni fiesta de cumpleaños. No he necesitado recurrir a ese castigo; son todos inteligentes.

"El año pasado Woodrow era demasiado pequeño para ser problema; su cumpleaños le llegó por sorpresa. Todavía no sabe la fecha exacta, así es que creo firmemente, Lazarus, que tú conoces las fechas de nacimiento de tus antepasados directos... porque las buscaste en los registros de la Fundación. Ya que no puedes decirme las de mis otros hijos, doy por sentado que he encontrado la prueba.

-Sabes que he tenido acceso a los registros. Pude buscar cualquier fecha, el año pasado.

-Bah. ¿Por qué te molestaste en buscar la de un niño y pasaste por alto las otras siete? ¿Cómo ibas a saber la fecha del cumpleaños de mi padre si no hubieras tenido un interés especial por él ? No cuela, querido. Tú te proponías buscar a tus antepasados y viniste preparado para ello. Ya no creo que te presentaras en la iglesia por casualidad; fuiste allí para encontrarme a mí, y eso me halaga. Probablemente hiciste lo mismo con papá... en su salón de billar - "club de ajedrez". ¿Cómo lo hiciste? ¿Con detectives privados? Dudo que nuestra iglesia o esos billares consten en los archivos de la Fundación.

-Algo así. Sí, gentil antepasada, busqué un modo aceptable de encontrarme contigo. Le habría dedicado años, de haber sido necesario... porque no podía llamar a tu puerta y decir: "¡Muy buenas! Yo desciendo de usted. ¿Puedo pasar?" Habrías llamado a la policía.

-Espero que no, querido, pero gracias por buscar un modo más suave. ¡Oh, Lazarus, cuánto te quiero! Y te creo hasta la última palabra, y ya no estoy intranquila por Brian; sé que volverá junto a mí. Ay... Vuelvo a sentirme muy desvergonzada, y más apasionada que nunca, y quiero que sepas una cosa. Sobre tu familia.

-Me encanta hablar de ellos. Les quiero mucho.

-Me halagó muchísimo que me comparases a tu esposa Tamara. Querido, no lo digas si no quieres, pero ¿sucede alguna vez que dos maridos duerman con una esposa?

-Sí, desde luego. Pero lo más probable es que sea un marido, Galahad, otro descendiente tuyo, abuela, y dos de nuestras esposas. Galahad es el clásico macho incansable.

-Parece divertido, pero la otra combinación es la que me intrigaba. Querido, la idea que tengo yo de la gloria celestial sería meteros en mi cama a ti y a Brian, los dos a la vez, y poner lo mejor de mí en haceros felices a los dos. Ya sé que no podré. Pero puedo soñar en ello... y así lo haré.

-¿Y por qué no en el bosque, desnudándote para nosotros dos, quedándote en traje de "postal francesa"? Siempre que lo hagas en sueños.

-¡Ooooh! Sí, pondré eso en mi sueño. ¡Y ahora estoy que quemo!

-Mejor será que te lleve a casa.

-Sí, creo que será mejor. Me siento terriblemente feliz, y nada preocupada... y muy apasionada. Por ti. Por Brian. Me apasiona la idea de ser una postal francesa en el bosque. A la luz del día.

-Maureen, si logras que Brian acepte la idea... en fin, yo estaré por aquí hasta el dos de agosto de mil novecientos veintiséis.

-Bien... ya veremos. ¡Quiero hacerlo! -Y añadió-: ¿Se lo puedo decir? ¿Puedo decirle quién eres, y de dónde eres... del futuro... y que tú has predicho que no sufrirá daño?

-Di lo que desees a quien desees, Maureen. Pero no te creerán.

-Supongo que no -suspiró-. Además, si Brian lo creyera, y pensara por ello que algún hechizo protege su vida... podría descuidarse. Me enorgullece que vaya a luchar por nosotros... pero no quiero que se arriesgue sin necesidad.

-Creo que haces bien, Maureen.

-Theodore... He tenido la mente tan atareada con todas estas cosas extrañas que se me ha escapado una cosa. Ahora que sé quién eres... Este país no es el tuyo, ni ésta es tu guerra; entonces ¿por qué te alistaste como voluntario?

Lazarus lo dudó un instante, pero dijo la verdad:

-Quería que estuvieras orgullosa de mí.

-¡Oh!

-No, yo no soy de aquí y esta guerra no es la mía. Pero es tu guerra, Maureen. Otros luchan por otras causas; yo lucharé por Maureen. No "para hacer que el mundo sea seguro para la democracia"; esta guerra no lo logrará, aunque los aliados van a vencer. Por Maureen.

-¡Oh! ¡Oh! Ya estoy llorando otra vez. No lo puedo remediar.

-Deja de llorar ahora mismo.

-Sí, guerrero mío. Lazarus: ¿tú volverás? Debes de tener algún modo de saberlo.

-¿Eh? Querida, no te preocupes por mí. Han intentado matarme de todas las formas posibles; he sobrevivido a todas. Soy el gato precavido que siempre tiene un árbol cerca.

-No me has contestado.

-Maureen -suspiró-, sé que Brian volverá a casa, consta en los archivos de la Fundación. Vivirá hasta edad muy avanzada y no me preguntes cuántos años, porque no te lo diré. Y tú también, y tampoco te diré cuánto tiempo; no es bueno saber demasiado del futuro. Pero ¿y yo? Yo no puedo conocer mi futuro. No está en los archivos. ¿Cómo iba a estar? Aún no lo he terminado. Pero puedo decirte una cosa: ésta no es mi primera guerra, sino la que hace quince, más o menos. En las otras no me cazaron, y tendrán que ser muy rápidos para matarme en ésta. Querida, yo soy tu guerrero pero para matar hunos por ti, no para que ellos me maten a mi. Cumpliré mi deber, pero no voy a hacer ninguna exhibición de arrojo suicida para ganar una medalla; el tío Lazarus no hará tal cosa.

-No lo sabes, pues.

-No, no lo sé. Pero te prometo una cosa: no asomaré la cabeza cuando no sea necesario. No me meteré en un refugio alemán sin antes mandar por delante una granada. No daré por muerto a un alemán por el simple hecho de que parezca estarlo; me aseguraré de que lo esté. No me importa desperdiciar una bala con un cadáver. En especial si se trata de uno que se hace el muerto. Yo soy un veterano, y así es como uno llega a veterano: siendo pesimista. Conozco todos los trucos. Querida, he aquietado todas tus preocupaciones por Brian y ahora sería tonto hacerte sufrir por mi. ¡No lo hagas!

Ella suspiró.

-Lo intentaré. Si tuerces por esa calle, podemos doblar por Prospect, y luego por Linwood hasta Benton.

-Te dejaré en casa. Hablemos de amor, no de la guerra. Nuestra Nancy... ¿Sigue ahora la Fundación una regla de embarazo para los primeros matrimonios ?

-¡Madre mía! Tú lo sabes todo...

-No tienes por qué decírmelo. Es asunto de Nancy. Si Jonathan se va a la guerra, que no lo sé, puedo asegurarte que no le volarán los huevos, aun cuando pierda un brazo o una pierna. Consulté los datos de reproducción de todos tus hijos, aunque no me molesté en mirar sus fechas de nacimiento. Jonathan y Nancy tendrán muchos niños. Lo cual significa que él vuelve, o que le rechazan y no se va.

-Eso me tranquiliza. ¿Cuántos niños?

-Curiosilla. Tú aún vas a tener unos cuantos, abuela, y tampoco responderé a esa pregunta. Retiro la que he hecho sobre la regla de embarazo.

-Secreto, Lazarus...

-Más vale que empieces a llamarme "Theodore". Pronto estaremos en casa.

-Sí, señor, sargento primero Theodore Bronson, tu lujuriosa bisbisbisbisabuela tendrá cuidado. ¿Cuántos bises habría que poner?

-¿Quieres que te lo diga, corazón? Si no hubiera sido necesario calmar tus temores por Brian, yo habría seguido como "Ted Bronson". Me gusta ser tu "Theodore". No estoy seguro

Librodot

de que ser un misterioso personaje del futuro vaya a resultar tan cómodo. Especialmente si piensas en mí como en un remoto descendiente. Estoy aquí junto a ti, no en un futuro lejano.

-Junto a mi. Tocándome. Y ni siquiera has nacido todavía ¿verdad que no? Y en tu tiempo... yo llevo mucho tiempo muerta. Sabes incluso cuándo moriré. Lo has dicho. Pero no me dirás cuándo.

-Maldita sea, Maureen; ¡todo esto está muy mal! Esto es lo que pasa por confesar que he venido a través del tiempo. Pero he tenido que hacerlo. Por ti.

-Lo lamento, La... Theodore, guerrero mío. No haré más preguntas.

-Cariño, el hecho de que yo esté aquí significa que tu no estás muerta. Y yo nací, desde luego; pellízcame y lo comprobarás. Todos los "ahora" son iguales; es el teorema fundamental del viaje por el tiempo. No desaparecen; tanto el "pasado" como el "futuro" son abstracciones matemáticas; el "ahora" es siempre todo lo que hay. En cuanto a lo de saber el día que moriste... o morirás; es lo mismo... no lo sé. Sólo sé que tuviste... tienes... tendrás... muchos niños, y que vivirás mucho tiempo, y que nunca encaneces. Pero la Fundación te perdió el rastro... te perderá el rastro... y la fecha de tu muerte nunca llegó a los registros. Tal vez cambiaste de domicilio y no diste aviso a la Fundación. Qué caramba, a lo mejor yo regresé... regresaré... y te recogí cuando ya eras anciana y te llevé a Tertius.

-¿A dónde?

-A mi casa. Creo que te gustaría aquello. Podrías correr por ahí todo el día vestida, o desvestida, como una postal francesa.

-Seguro que ahora me gustaría. Pero no creo que lo hiciera, de vieja.

-No tendrías más que pedirle un rejuvenecimiento a Ishtar. Ya te he contado lo que hizo por Tamara... cuando ya le colgaban los pechos hasta la cintura y eran dos sacos vacíos. Pero mírala ahora, aquel "ahora": preñada otra vez y hecha un pimpollo. Pero olvídalo: si ocurrió, ocurrirá. Mamá Maureen, y maldito si vuelvo a llamarte "abuela", sólo estoy seguro de que no estoy seguro de la fecha de tu muerte, y me alegro de no estarlo, y tú debieras alegrarte. Ni de la de mi muerte y de eso también me alegro. ¡*Carpe diem*! Ya casi estamos en casa y tú ibas a decirme algo y yo te dije que me llamaras "Theodore" y perdimos el hilo. ¿Se refería a Tamara?

-¡Ah, si! Theodore: cuando te vayas a tu casa, dondequiera que esté, ¿puedes llevarte algo, o tienes que ir tú solo?

-Pues no. Llegué con ropa y dinero.

-Me gustaría enviarle un regalo a Tamara. Pero no acierto a adivinar lo que ella desearía de este tiempo para tenerlo en esa maravillosa época vuestra. ¿Puedes sugerirme algo?

-Mmm... Tamara guardaría como un tesoro cualquier cosa venida de ti. Ella sabe que desciende de ti, y es la más cálidamente sentimental de la familia. Tendría que ser algo lo bastante pequeño para llevarlo encima, aun en las trincheras, porque yo siempre estoy dispuesto a abandonar lo que no lleve encima; tengo que estarlo. Nada de joyas. A Tamara tanto le daría una pulsera de brillantes como un alfiler... pero guardaría el alfiler como un

tesoro si yo le dijera que te había visto llevarlo. Algo pequeño, algo que tú hayas llevado puesto. Mira, mándale una liga. ¡Perfecto! Una de las que llevas.

-¿No podría mandarle un par nuevecito? Bueno, me las pondré un momento para que le puedas decir que las he llevado. Pero éstas no sólo están tirando a viejas y gastadas, sino que esta noche las he sudado. No están frescas y limpias. Y no llevan lemas atrevidos.

-No, no: una de éstas. Cariño, lo que hoy es "atrevido" no puede serlo en Tertius; tendré que explicar a Tamara lo que son los "atrevimientos". En cuanto al sudor, espero que persistirá en ellas algún rastro de tu fragancia hasta que yo pueda entregárselas; le encantaría. ¿Dices que este par es viejo? Maureen, ¿No tendrán por casualidad seis años?

-Ya te dije que soy una sentimental, Theodore. Sí, es el mismo par. Viejo, descolorido y gastado, y le he cambiado el elástico pero es el mismo par. Las escogí para llevarlas para ti.

-¡En ese caso quiero una para mi!

-Theodore querido, tenia pensado ofrecerte las dos. Por eso sugerí un par nuevo para Tamara. Muy bien, querido: una para ti y una para ella. En cuanto lleguemos a casa. Subiré en un salto al piso de arriba y cuando baje tendré un regalo para ti y te diré que no lo abras hasta que estés de vuelta en el campamento Funston. Tú dices sólo "gracias", te vas derechito a tu cuarto y lo metes en el maletín. Veo luz en la entrada, conque ahora tengo que bajarme las faldas y ser la digna y recatada señora Smith. ¡Con un volcán oculto en su interior! Gracias, sargento primero Bronson. Nos ha hecho pasar una velada muy agradable a mi hijo y a mi.

-Gracias a ti, lindo gatito con ligas verdes y sin bombachos. ¿Quieres coger el osito de peluche y la muñeca de trapo mientras yo llevo la carabina?

Ira Johnson y Nancy aún no estaban en casa. Brian hijo recogió de brazos de Lazarus al niño dormido y se lo llevó al piso de arriba. Carol le siguió para acostar a Woodie no sin antes arrancar de Lazarus la promesa de que no se iría a la cama antes de volver ella. George quiso saber dónde habían ido y qué habían hecho, pero Lazarus lo despachó con una promesa y fue a refrescarse a su minúsculo cuarto de baño.

Tenia el cabello un poco desordenado. A Dios gracias, las mujeres respetables no usaban lápiz de labios. El uniforme ligeramente arrugado, pero no había nada de acusador en ello. Cinco minutos después, aseado y seguro de que no había en su aspecto ningún detalle que le delatara, Lazarus volvió a la parte delantera de la casa y ofreció a George y Brian junior un relato de la velada que era verdadero en todo lo que dijo.

Acababa de iniciarlo cuando Carol bajó y se puso a escuchar; luego se reunió con ellos la señora Smith, que se movía con el empaque de siempre y traía un paquetito envuelto en papel de seda.

-Es para usted, sargento Theodore; una sorpresa. Por favor, no lo abra hasta que esté en el campamento.

-Entonces será mejor que lo guarde en el maletín ahora mismo.

-Como prefiera, señor. Creo que es hora de irse a la cama, jovencitos.

Librodot

-Si, mamá -asintió Carol-, pero tío Ted nos estaba contando cómo tumbaste todas las botellas de leche.

-¡Dice que deberias jugar de lanzador con los Blues, mamá! -añadió George.

-Muy bien, os doy un cuarto de hora.

-Señora Smith -dijo Lazarus-, no ponga el cronómetro en marcha hasta que yo vuelva.

-Es usted tan malo como el resto de mis niños, sargento. Muy bien.

Lazarus metió el paquete en su maletin, lo cerró con la rapidez que daba la práctica y regresó. Nancy y su joven acompañante acababan de llegar; mientras le presentaban, Lazarus observó a Jonathan Weatheral con verdadero interés. Era un muchacho agradable, tirando a desgarbado. (A Tamara e Ira les interesará, conque fotografíale con la mirada, procura ser capaz de dibujar un apunte de él y acuérdate de todo lo que diga.)

La señora Smith hizo pasar al salón a su futuro yerno al tiempo que separaba a Nancy del resto del grupo; Lazarus terminó de relatar lo que habían hecho en el parque de atracciones mientras Jonathan se mostraba atentamente aburrido. La señora Smith volvió con una bandeja cargada y dijo:

-Ya pasó el cuarto de hora, queridos. Jonathan, Nancy quiere que la ayudes con algo; ¿quieres ver de qué se trata? Está en la cocina.

Brian hijo preguntó si podía meter el coche en el cobertizo.

-Sargento tío Ted, no he dejado ni una vez que el coche duerma en la calle. Pero lo primero que haré por la mañana será sacarlo; es un poco complicado, hay que hacer un zigzag.

Lazarus le dio gracias y despidió a Nancy con un beso, pues era evidente que ella lo esperaba. George parecía no acabar de decidir si había pasado o no de la edad de dar besos, por lo que Lazarus lo resolvió dándole un apretón de manos y diciéndole que tenía mucha fuerza en el puño. En ese momento llegó a casa el señor Johnson y volvieron a empezar las despedidas.

Cinco minutos más tarde, la señora Smith, su padre y Lazarus tomaban café y bizcocho sentados en el salón, y Lazarus recordó de pronto la primera noche que estuvo allí como invitado. El cuadro era el mismo, salvo en que ahora los hombres vestían de uniforme; cada cual se sentaba en el mismo lugar que ocupara aquella noche; la señora Smith presidía frente al juego de café "de las visitas" con el mismo sereno señorío; hasta el refrigerio era igual. Buscó cambios y sólo pudo encontrar tres: su elefante no estaba detrás de la butaca de la señora Smith, los premios que habían ganado en el parque de atracciones estaban sobre una mesa próxima a la puerta, y en el atril del piano había una partitura de *Oiga, central, póngame con Tierra de Nadie* abierta.

-Esta noche has vuelto tarde, papá.

-Siete reclutas, y yo tenia para ellos las tallas de siempre; demasiado pequeña y demasiado grande. Nos dan lo que el ejército no quiere, Ted. Decente, eso si. Ahora tenemos fusiles Lewis para las compañías de ametralladoras y Springfields suficientes para todos, ya vamos dejando de parecer la banda de Pancho Villa. No me quejo. Hija ¿qué son esas cosas de encima de la mesa? Parecen fuera de lugar.

-La muñeca de trapo la gané yo, conque voy pensando en darle un lugar de honor encima del piano. El osito de peluche lo ganó el sargento Theodore; tal vez se lo lleve a Francia. Fue en el Electric Park, padre, y creo que ganarlos no le costó al sargento más del doble de lo que valen; tuvimos una noche de suerte... y muy alegre.

Lazarus podía ver nublarse el semblante del anciano: ¿en público, con un hombre soltero? ¿Y con el marido ausente? Por ello, tomó la palabra:

-No me lo puedo llevar a Francia, señora Smith; hice un trato con Woodie, ¿no lo recuerda? Mi osito a cambio de su elefante. Supongo que fue un trato en firme; lo ha venido arrastrando desde entonces.

-Si no se lo hizo prometer por escrito, Ted -dijo el señor Johnson-, le embaucará. ¿Debo entender que Woodie fue al Electric Park con ustedes dos?

-Si, señor. Entre nosotros, yo esperaba dejar el elefante bajo la custodia de Woodie hasta el final de la guerra. Pero antes regateare un poco con él.

-Le embaucará igual, Maureen, se trataba de librarte de los niños. En especial de Woodie. ¿Cómo te dio por llevártelo?

-No nos lo llevamos exactamente, padre; se vino de polizón -dio a su padre un minucioso informe de lo sucedido, salvo que omitió ciertas cosas y no incluyó los datos horarios.

El señor Johnson meneó la cabeza, complacido:

-Ese chico llegará lejos... si no le cuelgan antes. Maureen, debiste darle una azotaina y traerlo a casa. Luego tú y Ted habríais continuado el paseo.

-No, papá, qué tontería; yo di mi paseíto, y bien agradable fue; mandé a Woodrow que se sentara en el asiento de atrás y estuviera calladito. Luego pasé un rato divertido en el parque, y no habría recibido esa propina si Woodie no se hubiera invitado a venir.

-Woodie tenia cierta razón de su parte -reconoció Lazarus-: yo le prometí que le llevaría al Electric Park y nunca cumplí la promesa.

-Debió darle un capón.

-Ya es tarde para eso, padre. Y lo pasamos muy bien. También vimos a algunas personas de la iglesia: Lauretta y Clyde Simpson.

-¡Esa bruja! Ya debe de andar murmurando sobre ti, Maureen.

-No lo creo. Charlamos mientras Woodie daba una vuelta en el tren en miniatura. Pero no debieras olvidar que el sargento Bronson es el hijo de tu hermana mayor.

Ira Johnson arqueó las cejas y rió entre dientes.

-Samantha se llevaría una sorpresa... si aún estuviera entre nosotros. Ted, a mi hermana mayor la derribó un caballo que intentaba domar... a los ochenta y cinco años. Tardó bastante en morirse, pero al final se volvió de cara a la pared y se negó a comer. Muy bien, no lo olvidaré. Ted, esto es mejor que culpar a mi disoluto hermano y aún más difícil de comprobar;

,Samantha vivió en Illinois, consumió a tres maridos y uno de ellos pudo apellidarse Bronson, que se sepa. ¿Le importa? Esto le da a usted una familia, aunque no muy lucida.

-No me importa. Aunque me gusta considerar mía a esta familia.

-Y a nosotros nos gusta que nos lo considere, hijo. Maureen ¿ha regresado ya nuestra damita?

-Poco antes de llegar tú, papá. Están en la cocina, con el pretexto de que quería prepararle un bocadillo a Jonathan. Como estoy segura de que no es más que una excusa para quedarse allí a pelar la pava sugiero que si quieres algo de la cocina dejes que vaya a buscarlo yo; haré el ruido suficiente para que Nancy se levante de las rodillas de él. Nancy está prometida, Theodore; sólo nos falta anunciarlo públicamente. Creo que lo mejor es dejarles casarse ahora, ya que él se va a incorporar muy pronto. ¿A usted que le parece?

-No soy quien para opinar, señora Smith. Espero que sean felices.

-Lo serán -dijo el señor Johnson-. Él es un gran chico. Intenté meterle en el Séptimo, pero él se empeñó en esperar a su cumpleaños para así poder entrar directamente en el ejército. Eso sí es temple. Me gusta. Ted, si necesita ir a su cuarto puede dar un rodeo por ahí y evitar pasar por la cocina.

Al cabo de unos minutos, los dos jóvenes salieron de la cocina y musitaron un saludo sin tomar asiento; luego Nancy salió al porche para despedir a su enamorado, volvió a entrar y se sentó.

El señor Johnson reprimió un bostezo.

-Ya es hora de irse al catre. Si es usted listo, Ted, también se acostará. Por aquí hay demasiado ruido para levantarse tarde, especialmente donde está su cuarto.

Nancy se apresuró a decir:

-Tendré callados a los pequeños para que tío Ted pueda dormir, abuelo.

Lazarus se puso en pie.

-Gracias, Nancy, pero anoche en el tren no descansé demasiado; creo que me acostaré ahora mismo. No te preocupes por el ruido; de cualquier modo me despertaré a la hora de diana. Es la fuerza de la costumbre.

-Vamos todos a la cama -dijo la señora Smith poniéndose en pie.

El señor Johnson le dio las buenas noches con un apretón de manos. La señora Smith dio a Lazarus un beso simbólico en la mejilla, como el que le diera a su llegada, le dio las gracias por una velada tan agradable y le apremió a acostarse corriendo si estaba habituado a levantarse a diana; Nancy se hizo la remolona y se despidió con un beso mientras los mayores empezaban a subir las escaleras.

Lazarus se dirigió a su habitación y se metió en el baño. Maureen le había dicho que no dudara en llenar la bañera: los niños no se despertarían. Se preparó un baño, salió y abrió su maletín, sacó el pequeño envoltorio, se lo llevó al cuarto de baño y echó el pestillo pues la

puerta del dormitorio no tenia llave. Era una cajita plana de las que solían usarse para las ligas; la abrió cuidadosamente, con el propósito de envolverla después tal como estaba.

¡Ah, las ligas! Descoloridas, como ella dijo, y evidentemente nada nuevas, y... ¡sí!, impregnadas de la evocadora fragancia de ella. ¿Duraría lo suficiente para darle tiempo a volver a casa y hacer analizar, amplificar y fijar el dulce y delicado aroma? Probablemente-con la ayuda de una computadora, un aromatólogo competente podría separar los olores del raso y]a goma y amplificar aisladamente el de ella. Tendria que ir a Secundus para obtener tan experta colaboración. ¡Merecía la pena hacer el viaje y más!

Ahora veamos esas inscripciones "atrevidas". Una decía: "Abierto a todas horas; toque la campanilla"; la otra: "¡Bienvenido! Pase y atice la lumbre". Cariño, si no tienen nada de "atrevido"…

debajo de las ligas había un sobre; las dejó a un lado y lo abrió.

Una tarjeta blanca; "Era lo mejor que podía hacer, querido. M"

Una fotografía de aficionado, pero de excelente calidad para aquel aquí-y-ahora: era Maureen en persona, al aire libre y bajo un sol fuerte, sobre un fondo de espesos matorrales. Aparecía de pie en una grácil postura, sonriendo y mirando a la cámara... vestida al estilo de las "postales francesas". Lazarus sintió un arrebato de pasión.

Pero cariño, qué generosa, qué confiada... ¿No será la única copia que guardas? No, Brian habría sacado más de una, y sin duda llevaba una consigo. Ésta la debías de guardar en algún rincón de tu alcoba. Si, sin corsé tienes la cintura esbelta... y no los tienes estropeados; son preciosos... y adivino lo que provocó tu sonrisa de felicidad.

Con la fotografía venia un pequeño envoltorio de papel de seda. Lo abrió con delicadeza. Era un grueso mechón de pelo rojizo, atado con una cinta verde. El mechón se enrollaba formando un apretado anillo.

Lazarus lo miró fijamente. Maureen, querida, este regalo es el más precioso de todos... pero espero que lo habrás cortado con cuidado para que Brian no note que falta.

Miró de nuevo los regalos, los volvió a colocar exactamente donde habían estado, guardó la cajita en el fondo del maletín, lo cerro, cerró el grifo de la bañera, se desvistió y se metió en el agua.

Pero un baño de agua tibia no bastó para que se durmiera. Pasó largo rato tendido a oscuras, reviviendo las horas que acababa de pasar.

Ahora sentía que comprendía a Maureen. Se sentía cómoda con lo que era; "se gustaba", tal como lo veía Lazarus y gustarse era el primer paso indispensable para querer a los demás. No tenia sentimientos de culpabilidad porque nunca hacia nada que la pudiera hacerse sentir culpable. Era invariablemente honrada consigo misma, pero mentía a los demás sin vacilar, cuando era preciso, por cortesía o por no chocar con reglas que no había dictado y que no valoraba.

Lazarus lo comprendía: él vivía del mismo modo, y ahora sabia de dónde le venia esa característica. De Maureen, y a través de ella, del abuelo. Y también de papá, reforzada. Se

sentía muy feliz a pesar de un dolor insatisfecho en los riñones. O a causa de dicho dolor, rectificó: descubrió que lo saboreaba.

Cuando se movió la perilla de la puerta, se puso en guardia instantáneamente, fuera de la cama, y aguardó hasta que se abrió la puerta.

La tenia en sus brazos, tibia y fragante.

Ella se echó atrás para despojarse de la bata, la dejó caer, volvió a sus brazos, apretó su cuerpo contra el de él y le entrego sus labios.

Cuando interrumpieron el beso, ella permaneció en sus brazos, sin despegarse. Él susurró con voz ronca:

-¿Por qué te has arriesgado?

Ella respondió en voz baja:

-He creído que debía hacerlo. Al saberlo, he comprendido que aún es menos peligroso que nuestro nogal. Cuando tenemos un huésped, los niños nunca bajan de noche. Papá puede sospechar… pero por eso es seguro que no me vigilará. No te inquietes, querido. Llévame a la cama. ¡Ahora!

Así lo hizo.

Cuando se calmaron, ella dejó escapar un suspiro de felicidad, y rodeándole con brazos y piernas, le dijo al oído:

-Theodore, incluso en esto te pareces tanto a mi marido que no se si podré aguardar a que termine la guerra para hablarle de ti.

-¿Has decidido contárselo?

-Jamás he dudado que lo haría, querido Theodore. Suavicé algunas cosas de las que te dije esta noche y omiti unas pocas. Brian no me exige que se lo confiese; pero no le molesta. Hace quince años que lo dejamos bien sentado. Me convenció de que verdaderamente confía en mi buen gusto y mi criterio -le rió al oído, suavemente pero con alegría-. Es una pena que raramente tenga nada que confesar; a el le encanta que le cuente mis aventuras. Me las hace contar una y otra vez, como si releyera su libro favorito. Ojalá le pueda contar ésta mañana por la noche. Pero no lo haré: me la guardaré.

-¿Es que llega mañana?

-Tarde, muy tarde. Lo cual me viene de perlas, porque sospecho que no voy a dormir nada en cuanto llegue -rió por lo bajo-. Me dijo por teléfono que le "e-d-y-a-d-p", que él me "d-d-l-m-m". O sea, que le esperase dormida y abierta de piernas, que él me despertaría de la mejor manera. Pero yo sólo finjo estar dormida, porque me despierto por poco ruido que haga al entrar de puntillas -emitió una risita-. Luego jugamos un jueguecito muy divertido. Cuando me penetra, yo finjo despertarme y le llamo… pero nunca por su nombre. Gimoteo: "Oh, Albert, cariño, creí que no llegarías nunca…" o algo por el estilo. Entonces le toca a él. Dice algo así como: "Soy Buffalo Bill, señora O'Malley. ¡Chitón y manos a la obra!" Yo me callo y lo hago lo mejor que sé, sin decir palabra hasta que reventamos.

"-Lo hace usted divinamente, señora O'Malley. ¿O acaso aún sabe hacerlo mejor?

"-He tratado de hacerlo lo mejor que sé Buffalo Bill, pero estaba tan emocionada que me hice un lio y a ló mejor no me ha salido todo lo bien que podría salir. Quisiera una oportunidad para mejorarlo. ¿Me la dará?

"-Sólo si me promete no hacerlo mejor. Querida, si ése no es su máximo, creo que su máximo acabaría conmigo.

"-No sólo habla usted como mi marido, y tiene su mismo tacto… sobre todo *aquí*... sino que incluso huele igual que él.

-Tú hueles igual que Tamara

-¿De veras? ¿Y hago el amor como ella?

(Tamara conoce mil formas de hacerlo, querida, pero raramente recurre a nada raro- hacer el amor no es cuestión de técnica, cielo: es una actitud. Es querer hacer feliz a alguien, y tú lo haces. Pero me has dejado pasmado con tu dominio de la técnica; los iskandrianos pagarían una fortuna por ti.)

-Si. Pero no es eso lo que te hace tan parecida a ella. Es... es tu actitud. Tamara sabe lo que ocurre dentro de la mente de la otra persona y le da exactamente lo que necesita. Quiere dárselo.

-¿Lee el pensamiento? En ese caso yo no soy como ella, a pesar de todo.

-No, no lee el pensamiento. Pero percibe las emociones de una persona y sabe lo que necesita, y se lo da. No siempre es sexo. ¿No hay ocasiones en las que Brian necesita algo más?

-Oh, si, desde luego. Si está cansado y tenso, yo me aparto y le froto la espalda o la nuca. O le arrullo. O le animo a echar una cabezadita, y entonces es posible que sí quiera despertarme "de la mejor manera". No trato de comérmelo vivo. A menos que sea eso lo que él quiere.

-Otra vez Tamara, en todo. Maureen, cuando Tamara me estaba sanando primero ni siquiera compartió una vez la cama conmigo. Tan sólo dormía en la misma habitación, comía conmigo y escuchaba si yo estaba de humor para hablar. Luego, durante unos diez

días, durmió conmigo, pero sólo dormíamos... y yo dormía profundamente y no tenia pesadillas. Una noche me desperté, y sin decir palabra Tamara me hizo entrar en ella, e hicimos el amor el resto de la noche. Y a la mañana siguiente supe que estaba bien: todos los males de mi espíritu habían desaparecido.

"Tú eres así, Maureen. Sabes, y haces. He estado muy nostálgico, y esta guerra me ha afectado mucho. Ahora no, tú le has puesto remedio. Dime: ¿qué sensación tuviste la primera noche que estuve en esta casa?

-Me enamoré a primera vista, como una colegiala tonta. Quería llevarte a la cama. Te lo dije.

-No, no lo que tú sentiste; te pregunto qué notaste en mí.

-Ah. Tuviste una erección por mi.

-Si, la tuve. Pero creía haberla disimulado. ¿La notaste?

-Bien, no es que viera un bulto en tus pantalones ni nada parecido. Theodore, yo nunca miro tan abajo; los hombres se incomodan con demasiada facilidad. Sencillamente, sabia que tú sentías lo que yo.. y yo me sentía como una perra en celo. Más aún, como una zorra en celo: en la cama no quiero andarme con recatos. Cuando tu mirada encontró la mía... tú estabas ahí, plantado en el vestíbulo... en ese mismo instante supe que nos necesitábamos el uno al otro y me excité terriblemente..., y escapé a la cocina para recobrar el dominio de mi misma.

-No escapaste; te movías con una gracia alada, como un velero.

-Pues el velero iba a toda vela; salí corriendo. Me dominé, pero la excitación no cedió. Creció. Me dolían los pechos y sentía punzadas en los pezones todo el rato que estuviste allí. Pero eso no se ve. No habría pasado nada de haber notado papá mi excitación, salvo que no te habría vuelto a invitar... y yo quería que volvieras. Papá sabe lo que soy; me lo dijo cuando me estuvo ayudando. Me dijo que afrontase lo que soy y que fuera feliz con ello..., pero que, tal como estaban las cosas, debía aprender a ocultar siempre mi lubricidad. Lo he intentado, pero aquella noche era muy difícil que no se me notara.

-Lo conseguiste.

-Brian dice que no se me nota. Pero aquella noche era tan difícil... Theodore, hay una cosa que hacen los chicos... y a veces los hombres... cuando están terriblemente frustrados. Con las manos.

-Desde luego. La masturbación. Los chicos lo llaman "hacerse una paja".

-Eso dice Brian. Pero tal vez no sepas que las chicas... y las mujeres... pueden hacer algo parecido.

-Si lo sé. Para una persona solitaria, sea del sexo que sea, es un sucedáneo inofensivo pero inadecuado.

-"Inofensivo pero inadecuado". Inadecuadísimo. Pero me alegro de que lo consideres inofensivo. Porque subí al piso de arriba y me di un baño: lo necesitaba, aunque me había bañado antes de cenar. Y lo hice, en la bañera. Y me fui a la cama y me quedé mirando al techo. Luego me levanté, cerré la puerta y me quité el camisón... ¡y lo hice, y lo hice, y lo hice! Pensando en ti, Theodore, cada instante. En tu voz, en cómo olías, en el tacto de tu mano en la mía. Pero por lo menos tardé una hora en relajarme lo suficiente para dormir.

(Tardé más, querido, y tendría que haber utilizado tu terapia directa. Pero me estaba castigando a mi misma por necia. Había perdido el seso, queridísimo, porque sé que amar no es nunca una necedad. Pero no acertaba a ver cómo podríamos revelar nuestro amor.)

-Ojalá pudiera haber estado allí, querida... porque a una o dos millas de distancia, a mi me dolía... de pensar en ti.

-Esperaba que te sintieras así, Theodore. Te necesitaba desesperadamente, y deseaba que tú me necesitaras igual. Pero lo mejor que podía hacer era cerrar la puerta con llave y hacer aquello y pensar en ti, sin nadie cerca, salvo Ethel, que dormía en su cuna y era demasiado pequeña para notar nada. ¡Upa! Te he perdido. ¡Oh, querido!

-No me has perdido a mi, sólo a ese cachito de carne altanera. Que pronto se recobrará: me has prometido una segunda oportunidad. ¿Cambiamos de posición? ¿Quieres apoyar la cabeza en mi hombro? ¿El derecho, o el izquierdo? No debí descargarte mi peso encima tanto rato, pero no quería moverme.

-Yo no quería que te movieras mientras pudiera tener un poco de ti dentro de mí. No pesas demasiado; tengo las caderas anchas y dejas respirar. Ponme en cualquier lado, el que prefieras.

-¿Así?

-Si qué cómodo. Oh, Theodore, no parece que sea la primera vez; siento como si te hubiera amado siempre y por fin hubieras vuelto junto a mi.

(No entremos en ese tema, mamá Maureen.)

-Seguiré amándote eternamente, cariño mío.

(Pasaje omitido.)

-...le dijo con cara de pocos amigos que no se casaría con ella si seguía incordiándole con lo de que iba a alistarse cuando no debía.

-¿Y qué le dijo Nancy?

-Le dijo que no esperaba oír otra cosa, y que ya podía ir pensando en dejarla embarazada en seguida para que pudiera tener unos días de luna de miel antes de que él se incorporase. Nancy siente por los guerreros lo mismo que su madre. Aquella noche vino a mi cuarto y me contó lo que había hecho, un poco llorosa pero nada preocupada por aquella salida en falso.

"Así es que soltamos unas lagrimitas de felicidad, y yo aclaré la cuestión con Brian y los Weatheral, y Nancy tuvo una falta; eso fue hace un mes; y la boda puede ser pasado mañana o al otro.

(Pasaje omitido.)

-Quisiera poder verte, querida.

-¡Oh, cariño! Preferiría no encender la bombilla, Theodore. Estas persianas no son muy opacas y desde fuera se vería luz, además de la que pasaría por debajo de la puerta si por casualidad bajara mi padre.

-Maureen, yo nunca te pediré que corras un riesgo que no te atraiga. Te veo muy bien con las yemas de los dedos; y estos dos no los tienes nada caídos.

-Me cuelgan de las costillas como quesos derretidos. Theodore, cuando abras aquel paquete, asegúrate de que no haya nadie cerca, por favor; dentro hay algo más que un par de ligas.

-Ya lo abrí.

-Entonces ya sabes qué aspecto tengo.

-Aquella hermosura ¿eres tú?

-Guasón. Brian me mandó mirar a la cámara.

-Pero, querida, mientras tú no miras tan abajo, los hombres no tienden a mirar muy arriba. En particular yo. No cuando miro la fotografía de una modelo de desnudo perfectamente espléndida.

-"Modelo de desnudo"... ¡Mientes como un bellaco!

-Maureen, es el retrato más bello que he tenido, y lo adoraré eternamente.

-Eso está mejor, y no me lo creo, y me encanta oírlo. ¿Abriste el papelito doblado que venia con la foto?

-¿El rizo de niña? ¿Se lo cortaste a Marie?

-No me molesta que bromees conmigo, Theodore; sólo hace que te parezcas más a Brian. Pero si me toma demasiado el pelo, le muerdo. Donde sea. Aquí, por ejemplo.

-¡Eh, no tan fuerte!

-Pues dime de dónde salió ese rizo.

-Salió de tu linda cabecita, preciosa mía, y lo llevaré siempre. Junto al corazón. Pero uno de los motivos de que quisiera mirarte era que te cortaste un mechón tan generoso que me preocupaba que Brian pudiera notar que ahí falta algo... y preguntara por qué.

-Puedo decirle que se lo di al repartidor del hielo.

-No lo creerá, y tendrá la certeza de que tienes una nueva aventura que confesar.

-En tal caso no me presionará para que se lo cuente; cambiara de conversación. Aunque quisiera podérselo decir ahora; no dejo de pensar en vosotros dos, al aire libre y a la luz del día: esta era la fantasía que no me dejaba dormir. Cariño, hay una vela en la cómoda; la electricidad es menos fiable que las luces de gas que teníamos. No alumbrará tanto como para preocuparme. Puedes mirarme a la luz de la vela, cuanto desees y como desees.

-¡Si, querida! ¿Dónde están las cerillas?

-Suéltame, que me levantaré y la encenderé; puedo encontrar las dos cosas a oscuras. ¿Podré mirarte yo también a ti?

-Claro. Para contrastar. "La bella y la bestia."

Ella rió divertida y le besó en la oreja

-El macho cabrío, o el semental. Theodore, necesitaba estar dilatada, para recibirte.

-Me pareció oírte decir que tenia el mismo tacto que Brian.

-Es que él también es un macho. Suéltame.

-Paga el peaje.

-¡Oh, cielos, querido, no hagas eso ahora! O me dejarás tan temblorosa que no podré prender una cerilla.

De pie, y a la luz de la vela, se observaron mutuamente. Lazarus sintió que se le cortaba la respiración ante el deslumbrante esplendor de ella. Durante casi dos años se había visto privado del dulce gozo de ver una mujer, y no se había dado cuenta de cuán hambriento había estado de aquel gran privilegio. Querida, ¿puedes imaginar lo que esto significa para mí? Mamá Maureen, ¿no te ha dicho nadie que una mujer madura es muchísimo más dulcemente hermosa que una doncella? Ciertamente, tus pechos adorables ha contenido leche; para eso están ¿Por qué habría de quererlos parecidos al mármol? ¡No quiero tal cosa!

Ella le examinó con igual detenimiento, con el semblante serio y los pezones arrugados de tan erectos. Theodore-Lazarus mi extraño amor, ¿no adivinas que sugerí la luz de una vela para poder verte? Se supone que una mujer no ha de ansiar estas cosas.. pero echo

en falta la visión, la visión al desnudo, de mi marido, y… ¿cómo en nombre de Satán y todos sus ángeles caídos podré resistir siquiera hasta noviembre sin ver un hombre? Alma Bixby me dijo que nunca ha visto a su marido sin ropa. ¿Cómo puede una mujer vivir de ese modo? Cinco hijos de un hombre al que nunca ha visto de pies a cabeza... ¡Se quedó de una pieza cuando le dije que naturalmente yo había visto desnudo a mi marido!

Theodore-Lazarus, tú por fuera no te asemejas a mi Brian; tu coloración es más como la mia. Pero ¡ay, cómo te pareces a él en el tacto, en el olor, en la forma de hablar, en la forma de hacer el amor! Tu cosita linda se vuelve a levantar. Querido Brian, voy a hacerlo otra vez con él ¡todo lo fuerte que pueda!... y te lo contaré mañana por la noche sólo con que me pidas que te cuente un cuento nuevo antes de acostarte... o, si es preciso, te lo guardaré para cuando regreses. Eres un hombre tan extraño como él... y el marido sabio y tolerante que tu desvergonzada esposa necesita. Después, queridísimo, y que me muera si miento, trataré por todos los medios de abstenerme de hacerlo hasta que vuelvas. Pero si no lo consigo, ni con papá y ocho hijos vigilándome, te prometo solemnemente que nunca me acostaré con nadie que no sea un guerrero, un hombre del que haya que enorgullecerse por todos los conceptos. Como este hombre tan extraño.

Lazarus, amor mío ¿de veras desciendes de mi? Te creo cuando dices que sabes cuándo va a terminar esta guerra y que mi Brian volverá sano y salvo a mi lado. ¿Por qué? No estoy segura... Pero desde que me lo dijiste he estado libre de preocupaciones por primera vez en esta larga sucesión de noches de soledad. Espero que el resto también sea verdad: quiero creer en Tamara, y creer que ella desciende de mi. ¡Pero no quiero que te vayas dentro de ocho años tan sólo!

Esa fotografía inocente... Si no hubiera temido escandalizarte, te habría dado algunas "postales francesas" de verdad que Brian me hizo. ¿Te molestarás si te miro más de cerca? Probaré.

La señora Smith hincó súbitamente la rodilla, le miró de cerca y le tocó. Alzó los ojos.

-¿Ya?

-¡Ya! - Él la tomó en sus brazos y la depositó en la cama. Ella le ayudó con gesto casi solemne, y tomó aliento mientras se unían.

-¡Fuerte, Theodore! ¡Esta vez no seas tierno!

-Si, hermosa mía !

Cuando cesó la feliz violencia, ella se quedó quieta en sus brazos, sin hablar, comunicándose por el tacto y la luz de una vela.

Al cabo, dijo:

-Tengo que irme, Theodore. No, no te levantes, déjame salir -se levantó, recogió la bata apagó la vela, volvió con él, se inclinó y le besó-. Gracias, Theodore. Gracias por todo. Pero... ¡Vuelve junto a mí, vuelve junto a mí!

-¡Volveré, volveré!

Salió rápida y silenciosamente.

Coda

1

En algún lugar de Francia

Querida familia toda:

Escribo estas líneas en mi diario de bolsillo, y aquí se quedarán hasta que esta guerra termine; no importa, porque las recibiréis igual. Pero ahora no puedo enviar una carta precintada, y menos aún una carta precintada y metida dentro de cinco sobres Aquí hay una cosa que llaman "censura", que quiere decir que abren todas las cartas y las leen y cortan todo lo que pudiera ser de interés para los boches. Como por ejemplo fechas, lugares, alusiones a unidades militares, y probablemente lo que uno ha desayunado (judías con tocino hervido y patatas fritas, y un café que disolvía la cuchara). Ya veis, hice un precioso viaje por el océano como invitado del tío Sam y ahora estoy en la tierra del buen vino y las mujeres bonitas (El vino ha resultado un *vin* extremadamente *ordinaire*, y parece que a las mujeres bonitas las tienen escondidas. La más guapa que he visto tenía un poco de bigote y las piernas muy peludas, cosa que yo podía haber ignorado de no haber cometido el error dé colocarme a favor del viento. Queridos, no estoy muy seguro de que los franceses se bañen, al menos en tiempos

de guerra. Pero no estoy en situación de criticar: los baños son un lujo. Hoy, puesto a escoger entre una mujer bonita y un baño caliente, me quedaba con el baño. De otro modo ella no querría tocarme).

No os inquietéis por el hecho de que esté ahora en "zona de guerra". El que hayáis recibido esta carta prueba que la guerra ha terminado y que estoy bien. Pero es más fácil escribir una carta que anotar bagatelas en un diario todos los días. Lo de "zona de guerra" es una exageración; esto es una "guerra establecida". Quiero decir que los dos bandos están en la misma situación: inmovilizados. Y yo estoy muy en retaguardia para que me hieran.

Estoy al frente de una unidad llamada "patrulla"; ocho hombres: yo y otros cinco fusileros, más un fusilero automático (el fusil, no el individuo, en esta guerra no hay robots de combate) y un octavo hombre que lleva la munición del fusil automático. Se trata de un empleo de cabo, y eso es lo que soy; la confirmación de mi ascenso a sargento, que estaba esperando (en mi última carta fechada en Estados Unidos), se traspapeló cuando me trasladaron a otra unidad.

Lo de ser cabo me viene al pelo. Es la primera vez que me asignan hombres de forma permanente, con tiempo para familiarizarme con cada uno de ellos, conocer sus puntos débiles y sus puntos fuertes y aprender a dirigirlos. Son una pandilla estupenda. Sólo uno es un problema, y no por culpa suya; es resultado de los prejuicios de la época. Se llama F. X. Dinkowski, y es al mismo tiempo el único católico y el único judío de mi patrulla -y vosotras, mellizas, si no tenéis idea de lo que es eso, preguntad a Atenea-. Por genealogía viene de una religión, pero fue educado en la otra... y ha tenido la negra suerte de que le coloquen entre unos chicos de pueblo que son de una tercera religión y no muy tolerantes.

Añadid los infortunios adicionales de ser un chico de ciudad y tener una voz que irrita los nervios (incluso a mi), y ser torpe, y que cuando se meten con él (si yo no estoy delante, no paran de hacerlo) se vuelve más torpe todavía. La verdad es que no ha nacido para soldado, pero a él no se lo preguntaron. Conque es el que transporta la munición, es lo mejor que puedo hacer para equilibrar la patrulla.

Le llaman "Dinky", lo cual sólo es ligeramente despectivo, pero él lo aborrece. (Yo le llamo por su apellido completo; lo hago con todos ellos. Por razones de ceremonial que tienen que ver con la mística de las organizaciones militares de este aquí-y-ahora, es mejor llamar a un hombre por su apellido paterno.)

Pero dejemos la mejor patrulla de las Fuerzas Expedicionarias Americanas y pasemos a poneros al corriente acerca de mi primera familia y vuestros antepasados. Justo antes de que el tío Sam me enviara a este crucero de recreo, me dieron unas vacaciones. Las pasé con la familia de Brian Smith y viví en su casa, ya que por ser yo "huérfano" me han "adoptado" para lo que queda de guerra.

Ese permiso fue el periodo más feliz que he pasado desde que me bajé del "Dora". Llevé a Woodie a un parque de atracciones, primitivo pero más divertido que algunos de los sofisticados placeres de Secundus. Le hice montar en trenes y caballos y le obsequié con juegos y cosas que le resultaban divertidas, y que me lo resultaban a mí porque él disfrutaba tanto con ellas; acabó rendido y se pasó durmiendo todo el regreso a casa. Se portó muy bien, y ahora somos amiguetes. He decidido dejarle crecer; aún puede haber esperanza para él.

Mantuve largas conversaciones con el abuelo, conocí mejor a todos los demás, en particular a mamá y a papá. Esto último no lo esperaba. Había visto a papá durante unos

Librodot

minutos en el campamento Funston, y luego él tenia que llegar a casa con permiso el día que yo tenia que volver al campamento, y no esperaba verle.

Pero salió unas horas antes de lo previsto (ventajas que a veces tienen los oficiales) y coincidimos, y él telefoneó al campamento y me consiguió una prórroga de dos días. ¿Que por qué? Ira y Tamara, escuchad con atención:

Para asistir al enlace matrimonial de...

La Srta. Nancy Irene Smith

&

El Sr. Jonathan Sperling Weatheral

Atenea, explícales a las gemelas la significación histórica de esta unión. Dales una lista de la gente importante y famosa que hay en esa línea, querida; no la genealogía completa. Y de nuestra pequeña familia pon a Ira y a Tamara, por descontado, y a Ishtar, y a cinco de nuestros niños por lo menos... y puede que olvide a alguien, pues no tengo en la cabeza todas las líneas genealógicas.

Yo fui "padrino de boda" de Jonathan, papá "entregó la novia", Brian hizo de "ujier", Marie "llevó el anillo", Carol hizo de "dama de honor", y George cuidó de impedir que Woodie le prendiera fuego a la iglesia mientras mamá cuidaba de Dickie y Ethel; Atenea puede explicar la terminología y el ceremonial; yo ni lo intentaré siquiera. Pero no sólo me valió la boda dos días más de permiso, gran parte de los cuales se me fue en hacer recados para mamá (estas bodas medievales son unas operaciones muy complicadas), sino que también me dio tiempo para estar con papá, y ahora le conozco mejor que le conocí como hijo suyo viviendo bajo su mismo techo, y le aprecio mucho y me merece todos los elogios.

Me recuerda a Ira: inteligente, sin dislates, relajado, tolerante y cálidamente afable.

Comunicado de interés: la novia estaba preñada (¡fue una boda Howard con todos los requisitos!... en una época en la que a todas las novias se las supone vírgenes), embarazada de (si la memoria no me es infiel) "Jonathan Brian Weatheral" ¿Me equivoco, Justin? Y ¿quién descendió de él? Recuérdamelo, Atenea. A lo largo de los siglos he conocido a un montón de gente; incluso es posible que alguna vez me haya casado con una descendiente de Jonathan Brian. Espero que sea así: Nancy y Jonathan son una parejita magnífica.

Les presté "mi" landaulet para una luna de miel de seis días, ya que Jonathan tenía que incorporarse (y lo hizo, pero demasiado tarde para entrar en combate. Con todo, sigue siendo el guerrero de Nancy, porque él lo intentó).

Un puñetero sargento que es incapaz de encontrarse el culo con las dos manos me manda reunir la patrulla para hacer algo con un refugio que alguien ha tratado con poco esmero. Así es que...

Recibid todo el amor del

CABO TATO

En algún lugar de Francia

Estimado señor Johnson:

Le ruego someta esta carta a una segunda censura; parte de ella tendrá que ser explicada al resto de mi familia adoptiva.

Espero que la señora Smith haya recibido la nota de agradecimiento que le mandé desde Hoboken (y que haya podido leerla: escribir apoyando el papel sobre la rodilla mientras doy saltos en la plataforma del C. & A. no me mejora la letra). En cualquier caso, le doy gracias otra vez por las vacaciones más felices de mi vida. Y gracias a todos ustedes. Por favor, dígale a Woodie que ya no le daré un caballo de ventaja. A partir de ahora, o jugamos en igualdad de condiciones o ya puede buscarse otro primo: cuatro de cinco son

demasiadas.

Pasemos ahora a lo restante: observe la firma y las señas. Mi último galón no llegó a Francia, y más tarde los otros tres quedaron en dos. ¿Puede usted explicar a la señora Smith y a Carol (a ellas dos en particular) que ser degradado no deshonra a perpetuidad a un hombre? Y que sigo siendo el soldado particular de Carol si ella me deja serlo; y que por fin me veo libre de la etiqueta de "instructor" y ahora mando un pelotón de una unidad de combate. Quisiera poder decirle dónde... pero asomando la cabeza por el parapeto podría ver algunos alemanes, suponiendo que no me viera primero uno de ellos. No estoy ganduleando a cien millas por la retaguardia.

Espero que no se avergüence de mi. No, sé que no se avergüenza; usted es demasiado veterano para que le importe la graduación. Estoy aquí y esto es lo que cuenta para usted. Lo sé. ¿Me permite decirle, señor, que desde que le conozco ha sido y es usted una inspiración para mi?

No entraré en detalles a propósito de los dos ascensos negativos; en el ejército no hay excusa que valga. Pero quiero que sepa que ninguno de ellos se debió a nada deshonroso. El primero fue en el buque transporte y en él tuvieron que ver un sargento de marina más que puntilloso y una partida de póquer en una zona de la que yo era responsable. El segundo llegó cuando estaba de instrucción: trincheras falsas, una tierra de nadie falsa... y un capitán va y me dice que espacie mejor los disparos, y yo que le respondo: "Diablos, mi capitán, ¿trata usted de ahorrar balas para el Kaiser? ¿O no ha oído hablar de las ametralladoras?"

(Supongo que no debí decir "diablos". De hecho empleé otra expresión más corriente entre soldados.)

Así, pues, aquel mismo día era cabo, y mi traslado tuvo lugar cuando lo solicité, también ese mismo día.

De modo que aquí me tiene, la mar de bien. Es un hecho comprobado que cuanto más se acerca un hombre al frente, mejor tiene la moral. He hecho amistad con los piojos, y el barro de Francia es más hondo y pegajoso que el del sur de Missouri, y sueño con baños calientes y el maravilloso cuarto de huéspedes para soldados de la señora Smith. Pero gozo de buena salud y excelente ánimo, y les mando mi amor a todos ustedes.

Respetuosamente suyo,

Cabo TED BRONSON

-¡Eh, los de ahí abajo! El cabo Bronson. Que salga.

Lazarus trepó lentamente la escalera del refugio y salió al exterior, dejando que los ojos se le habituaran a la oscuridad.

-¿Si, mi teniente?

-Hay que cortar unas alambradas. Quiero que se ofrezca como voluntario.

Lazarus no dijo nada.

-¿No me ha oído?

-Si le he oído, mi teniente.

-¿Y bien?

-Usted ha pedido un voluntario, mi teniente.

-No, yo he dicho que quiero que usted se ofrezca como voluntario.

-Mi teniente, yo ya me ofrecí como voluntario el seis de abril del año pasado. Con aquello cubrí el cupo para lo que dure la guerra.

-¿Conque leguleyo de mierda, eh?

Lazarus volvió a no decir nada.

-A veces creo que usted quiere vivir eternamente.

Lazarus seguía sin decir nada. (Das en el clavo, monicaco. Y tú también quieres; no has ido más allá de ese parapeto ni una sola vez. Que Dios proteja a este pelotón cuando lo hagas.)

-Muy bien, si no quiere por las buenas, que sea por las malas. Le ordeno que dirija esa expedición. Busque tres voluntarios más de su patrulla. Si no se ofrecen como voluntarios ya sabe lo que tiene que hacer. Cuando los tenga les dice que se preparen y se viene zumbando al puesto de mando, que le mostraré el mapa.

-Si, mi teniente.

-Y oiga, Bronson, procure hacer un buen trabajo, porque me ha dicho un pajarito que va usted a pasar por los hoyos. Retírese.

Lazarus volvió abajo sin ninguna prisa. Así que vamos al asalto, ¿no? Secreto. No lo sabe nadie más que Pershing y unos cien mil yanquis y el doble de boches y el alto mando imperial. ¿Por qué anuncian un "ataque por sorpresa" con tres días de bombardeos para "ablandar" que no hacen nada digno de mención salvo decir a los boches a dónde traer sus reservas y les dan

tiempo para colocarlas en posición? Olvídalo, Lazarus, tú no mandas. Concéntrate en escoger a tres que puedan salir, hacerlo y volver.

Russell, no: necesitarás uno que dispare con el automático antes del alba. Wyatt salió la noche anterior. A Dinkowski podían colgarle una esquila, Fielding está en la lista de enfermos, maldita sea. Conque han de ser Schultz, Talley y Cadwallader. Dos de ellos, veteranos indestructibles, y Talley el único soldado de refresco, con muy poca experiencia. Es una lástima que Fielding tenga la gripe o lo que sea; le necesito. Muy bien, Schultz irá con Cadwallader y yo llevaré a Talley de la manita.

Era un refugio para dos patrullas; la suya estaba encostalada a la izquierda, y la otra jugaba una partida de naipes a la luz de una vela, al otro extremo. Lazarus mandó agruparse a su patrulla, despertando a Cadwallader y Schultz. Russell y Wyatt permanecieron en sus literas, pues la reunión se desarrollaba junto a ellas.

-El teniente quiere que salgamos a cortar alambre y me ha dicho que pida tres voluntarios.

Schultz hizo al momento un gesto afirmativo, como Lazarus sabía que haría:

-Yo iré.-Según la opinión de Lazarus, su segundo debería mandar una sección entera. Schultz tenia cuarenta años, estaba casado y era voluntario, y se esforzaba por hacer olvidar su apellido y borrar sus rastros de acento alemán (de segunda generación), pero lo hacia con constancia, metódicamente, sin brillo. No soñaba en la gloria. Lazarus esperaba que no todos los alemanes que tenia enfrente fueran de la calidad de Schultz, pero sabia que lo eran, en particular los veteranos rebotados del frente ruso, que se había hundido. Su único defecto, a los ojos de Lazarus, era que tenia aversión a Dinkowski.

-Ya hay uno. No habléis todos a la vez.

-¿Y ésos de ahí, qué?-dijo alzando la voz Cadwallader, señalando con el pulgar a la otra patrulla-. ¿Son los mimados de la maestra? Llevan una semana sin dar golpe.

El cabo O'Brien respondió en nombre de su patrulla:

-"¡Cuéntale tus penas a Jesús! ¡El capellán se ha ido al cielo!". Ahora vas tú, abuelo.

-¿Quién más?

Dinkowski tragó saliva:

-Lléveme cabo.

Talley se encogió de hombros:

-De acuerdo.

(Maldito seas, Dinky: ¿por qué no esperaste a que la decisión fuera por unanimidad? Y maldito sea aquel lameculos que me mandó pedir voluntarios. Será mejor decírselo.)

-Oigamos algunas voces más. Aún no hemos llegado al SOS -(Teniente Cerebro de Mosquito, esputo verde, Cadwallader tiene razón: no nos toca a nosotros. ¿Por qué no has ido a

Librodot

ver al sargento de pelotón y al jefe de la sección? Ellos suelen ser justos a la hora de distribuir los trabajos sucios.)

Russell y Wyatt hablaron a la vez. Lazarus aguardó y dijo:

-¿Cadwallader? Sólo quedas tú.

-Cabo, usted ha pedido tres voluntarios y ahora quiere la patrulla entera. ¿Cómo es eso?

(Porque te quiero a ti, mono desganado. Eres el mejor soldado de la patrulla.)

-Porque te necesito. ¿Te ofreces como voluntario?

-Yo no soy voluntario cabo; a mi me reclutaron.

-Muy bien (malditos sean todos los oficiales que meten las narices donde no deben). Wyatt, tú ya saliste ayer; vuelve al catre. Russell, duerme tú también; pronto tendrás trabájo. Schultz, yo me llevaré a Dinkowski, tú ve con Talley. Pero antes tízname, y hazlo rápido, que he de ir a ver al teniente. Saca el corcho.

Lazarus atravesó las alambradas propias sin grandes dificultades gracias a las brechas que habían abierto los morteros alemanes. Hacía él solo todo el trabajo, pidiendo a Dinkowski que sencillamente se aplastara contra el suelo y le siguiera. Se oían con regularidad los estampidos de la artillería de los suyos y de los obuses alemanes. Lazarus hacía como que no las oía, no pudiendo hacer nada mejor. También hacía caso omiso del tableteo de las ametralladoras siempre que el ruido llegara de bastante lejos y desde los flancos. Los francotiradores no le inquietaban excesivamente y contra ellos se limitaba a tener la prudencia de mantenerse agazapado

Sus principales precauciones apuntaban a las patrullas alemanas -si las había- y las bengalas de estrella -que eran demasiadas-. Estas últimas eran el motivo de que mandara a Dinkowski que permaneciera boca abajo; no creía a su ayudante capaz de quedarse quieto y mantener la inmovilidad si le sorprendía de rodillas el estallido de una bengala.

Una vez rebasadas las últimas alambradas propias guió a Dinkowski, reptando ambos, a un embudo de explosión, y aplicó la boca al oído del soldado:

-Quédate aquí hasta que vuelva.

-Pero, cabo ¡yo no quiero quedarme atrás!

-No grites, que despertarás al niño. Háblame al oído. Si dentro de una hora no estoy de vuelta, vuelve solo.

-¡Es que no sabré encontrar el camino!

-Ahí está la Osa Mayor, allí tienes la Estrella Polar. Vuelve hacia el sudoeste. Si no das con las aberturas, tienes los cortaalambres. Tan sólo recuerda esto: si estalla una bengala, ¡quédate quieto! El momento de moverse es cuando se apaga, cuando ellos todavía están deslumbrados. Y trata de calmarte; me haces pensar en dos esqueletos sobre un tejado de zinc. No hagas que los nuestros te peguen un tiro en el último momento. ¿Cuál es la contraseña?

-Pues...

-¡Diablos! Es "Charlie Chaplin". Vuelve a olvidarla y te acribillarán; algunos de nuestros chavales se pirran por darle gusto al gatillo. Ahora repítela.

-Cabo, yo vengo con usted a cortar alambradas.

Lazarus suspiró hacia adentro. Aquel payaso torpe quería hacer de soldado. Si no le permito seguirme los pasos, puedo matarle la moral. Pero si se lo permito, pueden matarnos a los dos. Cadwallader, admiro tu sensatez... y te maldigo las tripas. Quisiera tenerte aquí.

-Muy bien. A partir de ahora, ni una palabra. Si tienes que señalarme algo, tócame el pie y hazlo. Y no te separes. Acuérdate de lo que te he dicho sobre las bengalas. Si ves algún boche, no respires. Si nos sorprenden... ríndete en seguida.

-¿Que me rinda?

-Si quieres llegar a abuelo. No puedes liquidar a una patrulla alemana tú solito. Aun cuando pudieras, armarías tal alboroto que los otros te cortarían en dos con las ametralladoras. Pégate a mi y no te levantes.

Lazarus casi podía tocar la primera alambrada alemana cuando estalló una bengala y el soldado echó a correr, presa del pánico, buscando un embudo por el que acababan de pasar, y fue alcanzado mientras caía en él.

Lazarus permaneció tendido e inmóvil y escuchó los gritos mientras la estrella cegadora ardía por encima de él. Es de las nuestras, dijo para si en tono meditativo; una bengala alemana estallaría para iluminar por detrás las trincheras americanas. Si ese pobre idiota no se calla, el aire de por aquí se va a llenar de felicitaciones. No se puede cortar alambre con tanta propaganda. Y..., maldita sea, se trata de mi muchacho; tengo que cuidar de él. Probablemente seria hacerle un favor a Dinky darle el tiro de gracia... pero a Maureen no le gustaría. Muy bien, vamos a devolverle a casa; luego vuelvo y acabo este trabajito de mala muerte. Esta noche no dormiré y sobre las cuatro salimos al ataque. La próxima vez me alisto en la Marina.

El fulgor se apagó y Lazarus se puso en pie y echó a andar a toda prisa... cuando estalló la llamarada de otra bengala. Las balas de ametralladora le cosieron el costado y le derribaron, haciéndole caer en el embudo. Una de ellas chocó con un injerto duro que tenia a la derecha del abdomen, se desvió y buscó una salida por encima de su cadera izquierda. Otras causaron otros daños; nada difícil de remediar en 4291 A. D., pero estando en la edad de las tinieblas, en el medioevo, cualquiera de ellas era suficiente.

Lazarus lo sintió únicamente como un potente puñetazo que le levantó los pies del suelo y lo mandó al fondo del embudo. No perdió el conocimiento en el acto; tuvo tiempo de comprender que estaba herido de muerte. Quedó tendido tal como cayó y miró a sus estrellas, comprendiendo que había llegado al lugar de su fin.

Cada animal busca un lugar para morir. Algunos lo encuentran en una trampa, otros en una lucha en la que no pueden vencer, unos pocos afortunados en un sitio tranquilo donde esperar el fin. Sea el que sea, es el lugar donde morir, y la mayoría de nosotros lo reconocemos al llegar a él. Éste es el mío.

¿Lo ha reconocido DinkY? Creo que sí, porque ha dejado de gritar. Creo que buscaba el suyo. Es curioso que no duela. Gracias por hacer que valiera la pena, Maureen..., Ita..., Dora..., Tamara... Minerva... Laz, Lor..., Ira..., Maureen...

Oyó los patos salvajes graznando muy arriba, y miró de nuevo a sus estrellas mientras se apagaban.

2

-Sigues sin comprender -dijo, monótona, la Voz Gris-. No hay tiempo, no hay espacio. Lo que fue, es, y siempre será. Tú eres tú, juegas al ajedrez contigo mismo, y te has vuelto a dar jaque mate. Tú eres el árbitro. La moral es tu estar de acuerdo contigo mismo en seguir tus propias reglas. Sé fiel a tu propio yo, o arruinarás el juego.

-Eso es una locura.

-Cambia las reglas, pues, y juega a otro juego. Tú no puedes agotar su infinita variedad.

-Si me dejaras mirarte a la cara... -rezongó Lazarus, irritado.

-Prueba con un espejo.

3

Del "Kansas City Post", 7 de noviembre de 1918

... completamente una serie de listas antiguas y una lista suplementaria de nuestras bajas. Detallamos con gran pesar las de Kansas y Missouri. *Muertos*: Abel, Thomas, sdo., Jefferson City, Avery, John tte. .~ Sedalia; Baird, George, sdo. 1º, Topeka; Badger, Francis sdo., St. Joseph; Casper, Robert, sgto.; Hatfield, Rodney, cabo, Kansas City (Kansas); Kerr, Jack, tte. 1º, Joplin; Pfeifer, Hans, sdo., Dodge City. *Desaparecidos en combate*: Austin, George, sgto Hannibal Bell, Trevor, cabo, Wichita ; Berry, Louis, sdo, Carthagó; Bronson, Theodore, cabo, Kansas City (Missouri); Casper, Michael, tte. 1º, Lawrence; Dillingham, Oliver, sdo., Rolla; Farley, Fred,-, Kansas City (Missouri); Hawes, William, sdo. 1º, Springfield- Oliver, Raymond, sdo. 1º, St. Louis. *Heridos*: Arthur, Charles...

4

-¡Ira! ¡Galahad! ¿Lo tenéis?

-¡ Sí ! ¡Súbenos! ¡Oh, qué desastre! Unos dos litros, Ish, y gelatina a montones.

-Entradlo aquí y dejadme verle. Lor, ya nos puedes sacar de aquí.

-¡Cierra, Dora y a dar el salto!

-¡Cerrada y zumbando! ¡Pantallas de protección, abajo! ¿Qué diablos le han hecho al jefe?

-Es lo que trato de averiguar, Dora. Prepara el depósito; tal vez tenga que congelarlo.

-Preparado, Ish. Laz-Lor, ya os dije que debíamos recogerle antes. Os lo dije.

-Corta ya, Dora. Nosotras le dijimos a él que le asarían el culo a tiros. Pero lo estaba pasando mejor que un gatito...

-... y no nos lo habría agradecido...

-... ni habría venido...

-... ya sabes lo testarudo que es.

-Tamara -dijo Ishtar-, acaríciale la cabeza y háblale. Manténle vivo. No quiero congelarlo, si es que lo congelo, hasta que le haya hecho algunas composturas provisionales. ¡Hamadryad, una abrazadera ahí! Hum..., Galahad, una bala dio en el localizador. Por eso le hizo tanto destrozo en los intestinos.

-¿Habrá que hacerle un trasplante-clonación?

-Tal vez. Tal como se regenera, puede bastar con una restauración y apoyo. Tenías razón, Justin; las fechas de sus cartas demuestran que no llegó hasta el final; la pérdida de la señal del localizador indicó exactamente dónde y cuánto. Galahad, ¿encuentras más fragmentos? Quiero cerrarlo. Tamara, ¡anímalo, hazle hablar! No quiero tener que congelarle. Los demás, callaos y ¡fuera de aquí! Id a echarle una mano a Minerva con los niños.

-De mil amores -dijo Justin con aspereza-; estoy a punto de vomitar.

-¿Maureen? -murmuró Lazarus.

-Estoy aquí, cariño -respondió Tamara, acunándole la cabeza contra los senos.

-Un mal... sueño. Creí... que estaba... muerto.

-Sólo era un sueño, querido. Tú no puedes morir.

FIN